JORGE INOSTROSA C.

ADIOS AL SEPTIMO DE LINEA

"Los Infantes de Bronce"

Este tercer volumen titulado «Los infantes de bronce» comienza con la desastrosa retirada del ejército aliado de Perú y Bolivia después de la Batalla de Tarapacá, el inicio de la campaña de Tacna y Arica con la gran batalla del Campo de la Alianza y la posterior toma del morro de Arica. Culminando con la campaña de Lima, relatando la Batalla de Chorrillos y Miraflores y la toma de Lima por parte del ejército Chileno, donde el general Baquedano tuvo un rol fundamental.

Jorge Inostrosa Cuevas

Adiós al séptimo de línea III: Los infantes de bronce

Adiós al séptimo de línea - 3

ePub r1.1
Titivillus 02.10.2025

Título original: *Adiós al séptimo de línea: Los infantes de bronce*
Jorge Inostrosa Cuevas, 1955
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

Digitalización y OCR para Epublibre

1

La amenazante estructura de la alianza perú-boliviana comenzaba a crujir por su base en los últimos días de noviembre de 1879. La guerra duraba ya ocho meses. Las sucesivas derrotas sufridas por el ejercito aliado derrumbaron los pedestales sobre los que se habían trepado los dos caudillos de Perú y Bolivia: el general Mariano Ignacio Prado y el general Hilarión Daza, respectivamente.

La retirada del último de ellos desde la quebrada de Camarones, operación que significó abandonar a sus aliados en los momentos en que iba a producirse la batalla de Dolores, provocó el desprecio de los peruanos hacia el ejército boliviano, y encendió el rencor de los generales del Altiplano hacia el jefe que los hizo aparecer como cobardes y traidores. La suerte del general Daza quedó echada cuando apareció en Tacna al frente de sus «Colorados», sin haber participado en la contienda. En el acto comenzó la conspiración en su contra. En La Paz se le vituperó públicamente y su nombre se registró en la lista de los traidores a la nación.

Por su parte, el general Prado disfrutó en los primeros meses de 1879 del agradable clima de Arica y de su rumbosa hospitalidad. Pero pronto los nubarrones de la guerra fueron ensombreciendo su ceño. Las noticias que le llegaban de Lima sólo contribuían a deprimirlo más.

El pueblo peruano se lanzó a la calle a ofrecer su sangre cuando los enemigos desembarcaron en Pisagua; pero cuando se supo que había sido capturada la *Pilcomayo*, el entusiasmo se enfrió de golpe. Más tarde, al divulgarse la derrota de Germania, comenzó a nacer en la masa la protesta que se transformó rápidamente en gritería amenazante. Cuando se supo el desastre de los aliados en

Dolores, la gritería subió hasta los balcones del palacio de Gobierno, donde actuaba, como mandatario interino, el vicepresidente Luis La Puerta.

La furia del pueblo limeño al enterarse de que Perú estaba perdiendo su más rico territorio, apuntó contra los generales y los gobernantes del «Palacio de Pizarro». Esto obligó al general Prado a dejar precipitadamente Arica y trasladarse a Lima, para intentar salvar su Gobierno.

Sin embargo, en su proclama de despedida al ejército y al pueblo trataba de mantener aún la prestancia de los primeros tiempos.

> *Soldados: voy a partir* —decía—. *En las solemnes horas de la prueba, me es altamente consolador contemplarlos sobrellevando con patriótica resignación las duras fatigas de la guerra. Es a vuestro brazo y nobleza a quienes más encarecidamente confío el honor de nuestros pabellones. Parto, pues, contrariando duramente las inclinaciones y deseos de mi corazón, como general y como soldado, pero cediendo a razones de las cuales depende el éxito de nuestras armas. Quedad en el puesto avanzado que es el…*

Leonora Latorre, la agente secreta chilena, y su compañera, Elcira Carrasco, escucharon la proclama confundidas con la multitud ariqueña, y no pudieron menos que sonreírse con amarga ironía al oír aquel «Parto, pues, contrariando duramente las inclinaciones y deseos de mi corazón»…

Elcira había conseguido introducirse como sirvienta en la suntuosa casona destinada al alojamiento del general Prado, y estaba enterada de sus intimidades. Sabía que la noche anterior, cuando el presidente revisó la correspondencia traída de Lima, lo único en que pensó fue en partir lo antes posible, con la esperanza de llegar a tiempo para impedir que una revolución derrocara su Gobierno.

Las dos agentes secretas estaban enteradas de lo que ocurría en Lima y el Callao, gracias a una carta que les enviara el jefe del servicio secreto, el escurridizo «Profesor». En ella les informaba que la efervescencia era terrible. Hacía tres días unos exaltados cargaron contra un inglés a quien supusieron espía chileno y le destrozaron el

rostro. Y lo mismo hicieron, al día siguiente, con un grupo de mujeres chilenas que intentaban embarcarse en el Callao. Hasta las chilenas casadas con extranjeros neutrales o con peruanos eran víctimas de los ataques callejeros y del asalto de sus hogares.

Fuese cual fuere la causa de aquellos arranques de crueldad, dieron motivo para mantener alerta a las dos mujeres y hacerlas extremar sus precauciones. El nuevo jefe político y militar del departamento de Moquegua, el contralmirante Montero, era un personaje temible. En la casa de Gobierno de Arica no había quién se atreviera a contradecirle.

El pensar que el general Buendía tendría que enfrentarse a ese hombre, al término de su calamitosa retirada por el desierto, entristecía a Leonora. El presidente Prado había dejado abierto un sumario militar en su contra y era aquélla una trampa feroz que manejaría el contralmirante.

Desafortunadamente para Buendía, la columna rebelde de su ejército, que él enviara a Camarones con la esperanza de que fuera aniquilada por la caballería chilena, llegó salva a Arica el 23 de noviembre. Los jefes y oficiales que marcharon en ella, lo culparon de todos los reveses sufridos por las tropas de la alianza.

A estos factores, vino a sumarse uno nuevo que se cargó también en el platillo contrario de la balanza en que se pesaba la suerte del general Buendía. Al día siguiente de la partida del presidente Prado, cuatro buques de guerra chilenos bloquearon Arica.

Aun cuando el contralmirante Montero y su jefe de Estado Mayor, coronel La Torre, orgullosos del poderío de las grandes baterías del Morro, despreciaron la proclamación del bloqueo que trajo a tierra un oficial de la armada chilena, no dejaron de aquilatar la amenaza del comunicado:

> *A bordo de la corbeta* Chacabuco*, frente a Arica. Noviembre 28 de 1879.*
> *Tengo el honor de comunicar a V. S. que el Supremo Gobierno de Chile ha ordenado establecer el bloqueo de este puerto y sus caletas vecinas, el que queda desde hoy establecido.*
> *Lo notifico a V. S., previniéndole que tengo instrucciones para conceder un plazo de diez días a los buques neutrales*

surtos en esta bahía, a fin de que efectúen su carga o descarga y zarpen del puerto. Debo hacer presente también a V. S. que cualquier agresión a los buques de mi mando, ya con torpedos, ya sea con cualquier otro medio de ataque intentado desde tierra, provocará el bombardeo de la población por la escuadra de Chile y demás actos de hostilidad que se crea necesarios. En tan dolorosa necesidad será V. S. el solo responsable de los daños que se ocasionen a los neutrales y demás habitantes. Dios guarde a V. S.

OSCAR VIEL.

Aun cuando los vastos conocimientos náuticos del contralmirante Montero le indicaban que había mucho de fanfarronería en la amenaza de bombardeo del puerto, el bloqueo vino a demostrarle cuánto había perdido ya su país. Los enemigos habíanse apoderado del mar, y, en tierra, se acercaban a los aledaños de Arica.

No obstante, contestó a la notificación chilena en tono enérgico:

Estoy sumamente resuelto, no sólo a contestar a la iniciativa de la provocación —decía en el último párrafo de su nota—*, sino también a emplearla por cuantos medios estén a mi alcance, pues esta plaza militar no teme en manera alguna a la escuadra de la nación que representan las fuerzas del mando de V. S.*

Pero los acontecimientos adversos a la causa de la alianza seguían acumulándose. No regresaba aún el parlamentario que enviara con su respuesta a la intimación chilena, cuando su ayudante entró en el despacho, agitando un telegrama.

—¡Ha estallado la revolución en Bolivia, señor! —espetó al contralmirante.

Los soldados bolivianos que desertaron después de la batalla de Dolores, ascendieron al Altiplano cargados con las peores noticias sobre la guerra. Rabiosos, contaron que los generales, especialmente Buendía, los habían llevado al sacrificio con criminal ineptitud; que, abandonados y traicionados por su generalísimo Hilarión Daza, se

habían encontrado inermes en mitad de la matanza. El enfurecido clamor popular cercó el Palacio de Gobierno, y el Consejo de Ministros que regía Bolivia en ausencia del general Daza se disgregó amedrentado.

—El general Jofré, ministro de Guerra, fue el primero en evadirse —concluyó de informar el ayudante de Montero—; luego le siguió Méndez, y al último, sólo cargaba con la responsabilidad del Gobierno Serapio Reyes Ortiz, quien traspasó los poderes al presidente de la Municipalidad de La Paz, Daniel Núñez del Prado.

Montero se dejó caer en su sillón, abrumado.

—Buena perspectiva para nosotros —rezongó—: una revolución desatada en La Paz, otra en gestación en Lima, y el enemigo apuntando los cañones de sus barcos sobre Arica.

—Lo más importante es saber cómo recibió o va a recibir la noticia el general Daza —fue el comentario que hizo Leonora a su compañera. Pero no había en Tacna ningún agente chileno que pudiese recoger aquella información.

—Tendremos que trasladarnos allá —dijo Elcira— y tratar de instalarnos cerca del cuartel de los «Colorados». Dicen que ésos, como forman la guardia personal del dictador boliviano, están siempre enterados de cuanto hace o dice su jefe.

El gesto malicioso con que Elcira acompañó su sugerencia, hizo recordar a Leonora los riesgos que encerraban investigaciones como aquélla. Le sería necesario trabar relación con alguno de los oficiales del batallón de los «Colorados» e intimar con él para sonsacarle todo lo que ocurría en torno al jefe boliviano.

—Mañana nos iremos a Tacna —decidió, sin embargo—. Averiguaremos lo que necesitamos saber y regresaremos a Arica. Quiero estar presente cuando llegue el general Buendía con los restos de su ejército.

—¡Dale con hablar del general Buendía! —refunfuñó Elcira—. Como si fuera su…, su…

—Un amigo, Elcira, nada más —la atajó la joven—. Yo labré, en gran parte, su desgracia, y me pesa en la conciencia. Espero tener la oportunidad de pedirle perdón algún día. Por eso quiero estar en

Arica cuando salga del desierto, abrumado por las derrotas.

Elcira no quiso seguir oyéndola. El sentimiento de Leonora hacia el jefe peruano le sublevaba la sangre.

—Bueno, ¿a qué hora nos vamos a Tacna? —le inquirió rudamente.

—Partiremos temprano, en el tren de los vendedores —respondió la agente—. Iremos vestidas como mujeres del pueblo. Pero echa en mi bolsa de viaje un traje mejor. Quién sabe si no tendré que llegar hasta el propio general Daza.

Para nadie en Tacna fue un secreto la reacción del comandante en jefe del ejército boliviano. A gritos y propinando puñetazos sobre el escritorio de la comandancia del batallón de los «Colorados», hizo conocer su opinión a todos los jefes y oficiales.

—¡Hay que regresar a La Paz! Nos hemos alejado de nuestros intereses demasiado tiempo; por eso un puñado de audaces quiere alzarse a nuestras espaldas.

Y como un coronel se atreviera a preguntarle tímidamente:

—¿Y la alianza con el Perú, Excelencia?…

Estalló, con una mueca de desprecio:

—¿Qué me importa la alianza ahora? —Pero, observando la expresión de espantado asombro en los rostros de sus auditores, comprendió que había ido demasiado lejos y quiso echar pie atrás —. No vayan a andar repitiendo por ahí estas palabras que se me escaparon, ¿eh? —les dijo, invitándolos con un guiño a la complicidad—. Pero ya tenemos bastante de alianza. Volvamos primero a La Paz a enderezar el timón de nuestro barco y después nos preocuparemos de la prosecución de la guerra. Pero entonces bajaremos nosotros, los bolivianos solos, y lucharemos por recuperar nuestro territorio de Atacama.

Varios de sus oficiales lo aprobaron con afán de adulación. En cambio, la mayoría de los altos jefes se miraron entre ellos con preocupación.

Las expresiones del general Daza se extendieron como una mancha de aceite tan pronto terminó la conferencia y dieron origen a una misteriosa entrevista entre los dos coroneles que las

escucharon y el coronel Eleodoro Camacho. Amparados por el aislamiento de la tienda del jefe del Estado Mayor boliviano, le participaron sus temores.

—Hay que cortar por lo sano, coronel Camacho —concretó uno de ellos, al mismo tiempo que alargaba a su interlocutor una carta en la que había un párrafo subrayado—. Vea usted lo que dice el ministro Zoilo Flores al general Daza en esta carta recibida hoy.

El viejo coronel Camacho acercó el papel a la llama de la vela y leyó la parte subrayada:

> *Su contramarcha de Camarones, general Daza, ha ocasionado una transformación completa en el concepto que se tenía de usted en el Perú. Esa contramarcha lo ha convertido a usted de una esperanza en una decepción; de una cantidad colosal, en un ser vulgar; de un valiente, en un cobarde; de un objeto de envidia, en un objeto de desprecio; de una garantía de la victoria, en la causa de nuestro desastre; y, lo que es más grave aún, de un leal a un traidor; de un elemento de gloria nacional, en un instrumento de vilipendio, de humillación y de vergüenza para la patria…*

El coronel Camacho movió la cabeza en un gesto de rencorosa desaprobación, y cuando el segundo coronel le alargó una copia de la renuncia del coronel Juan Granier, apenas paseó los ojos por los primeros renglones. Los violentísimos cargos contra Daza en que fundamentaba su dimisión aquel valeroso jefe resaltaban desde las primeras palabras.

—No son necesarias mayores pruebas, señores —dijo Camacho —. A ningún jefe del ejército boliviano le cabe duda de que la única esperanza de triunfo para nuestras armas impone como condición indispensable la salida de Daza del poder gubernativo y del mando del ejército.

—Es la causa de nuestra derrota sin siquiera combatir.

Los dos coroneles que habían llegado a sondear al jefe del Estado Mayor se quedaron observándolo unos instantes. Por último, el que llevaba la voz cantante se decidió a plantearle abiertamente la cuestión que los había llevado hasta su presencia.

—Coronel Eleodoro Camacho —le dijo con solemnidad—,

¿podemos desprender de sus palabras que aceptará usted tomar el mando de nuestro ejército y el gobierno de Bolivia, si fuera preciso, al producirse el alzamiento contra el general Daza?

—Sí, señores —aceptó el interrogado—. Dispongan ustedes de mí. Pero procedan con tino. Si el general descubre esta conjuración, reaccionará como una fiera.

—Descuide, coronel. El pedestal del déspota está carcomido y se vendrá al suelo al primer envión.

A la luz de la vela los ojos del que hablaba brillaron con una lumbre siniestra, cuya intención no escapó a la sagacidad del viejo jefe del Estado Mayor. Pero si pensó en oponerse a la determinación que traslucía aquella mirada, no tuvo tiempo de hacerlo. Con una rígida venia, los dos coroneles visitantes abandonaron la tienda.

Ninguna de estas maniobras quedó oculta para las avezadas agentes del servicio secreto chileno, que no habían tardado en establecer contactos esenciales en Tacna. La gran cantidad de soldados que la ocupaban y la escasez de mujeres hacía empresa fácil establecer variadas relaciones.

Fue Elcira la que primero consiguió penetrar hasta el nudo de la conspiración que tenía como centro al coronel Camacho. Un sargento furriel del propio servicio del Estado Mayor boliviano fue el eslabón que la condujo a conocer la verdad. Con este extremo del hilo en sus manos, a Leonora le fue fácil completar la información, sonsacando nuevos datos a oficiales por quienes se dejó acosar. Dos días le bastaron para ser dueña del secreto.

—El general Daza va a ser derrocado por el nuevo director de las provincias del sur del Perú, contralmirante Lizardo Montero, Elcira —reveló la agente a su compañera, cuando completó su faena—. El alma de la conspiración contra Daza no es otro que el propio comandante en jefe del ejército de la alianza.

Elcira se quedó mirándola con un gesto de cómico asombro.

—¿Y la alianza? —preguntó atónita—. ¿En qué queda la alianza contra Chile entonces?…

En verdad, allí se estaba quebrando definitivamente la alianza. Cualquier remezón bastaría para que la ruptura se convirtiera en un cisma irremediable; y éste se produjo el 29 de noviembre.

Si las derrotas de Germania y Dolores habían provocado la agitación del pueblo peruano contra el Gobierno del general Prado, el desastre sufrido por las tropas

perú-bolivianas

en la quebrada de Tarapacá y la espantosa retirada a través del desierto a que las arrastró el general Buendía, aumentaron la ira popular. Mientras en Arica la jefatura militar esperaba la llegada del culpable para someterlo a sumario, en todos los pueblos del Perú se alzó la revuelta. Inútilmente, el presidente Prado trató de contenerla, ofreciendo la dirección de un nuevo Gabinete ministerial al caudillo Nicolás de Piérola. Éste, seguro de su triunfo, le contestó despectivamente por la prensa de Lima:

Fui llamado por el señor general Prado para organizar con toda libertad un Gabinete. Me negué inmediata y terminantemente a ello, pero fundando mi negativa en una exposición tan franca como jamás ha podido ser hecha, en la que nada ha quedado reservado, y acompañándola con lo que, a mi juicio, debería por él ser ejecutado. Voy a condensar en pocos puntos mi manera de ver la situación.

1.º - Los contrastes sufridos como fruto necesario no sólo de los hombres que están al frente de los negocios, sino del régimen en que vivimos, y contra el cual he luchado con todos los medios y durante diez años, así en el Gobierno como fuera de él.

2.º - Manteniendo ese régimen es imposible hoy salvar la situación, y, por lo mismo, ayudar a sostenerlo, lejos de trabajar por el Perú, es trabajar porque se consume su ruina.

3.º - En cuanto a las personas que representan ese régimen, tanto el señor general Prado como el señor general La Puerta han llegado a ser imposibles como jefes de la nación en las actuales circunstancias; y por lo que toca al segundo vicepresidente, me bastará decir que su alejamiento del país es claro testimonio de buen juicio y patriotismo.

La lapidaria declaración del coronel Piérola fue la chispa que encendió la pólvora de la revolución y el estallido se produjo instantáneamente.

Entretanto, los directores de la guerra en el bando chileno, informados de la descomposición que fermentaba en las naciones adversarias, se empeñaban en perfeccionar su maquinaria bélica, a fin de asestar el golpe definitivo. El 6 de diciembre, el ministro José Antonio Gandarillas enviaba a Rafael Sotomayor un plan de reorganización del ejército en campaña. La batalla de Tarapacá había sido una amarga experiencia, que hizo resaltar los inconvenientes de mantener un mando único entre todas las unidades y hacer depender de un solo comandante en jefe la suerte de los soldados de las tres armas. El Ministerio de la Guerra proponía ahora la organización del ejército en cuatro divisiones, compuesta cada una por regimientos de infantería, caballería y artillería, y mandada por un jefe propio.

—Es lo que se precisa —aprobó el ministro Sotomayor cuando comentó el plan con su secretario—: independizar la jefatura de cada división, de modo que todas ellas tengan su depósito de municiones independiente, su propio parque, su propio arsenal, su sistema de abastecimiento…; es decir, que cada división venga a ser algo así como un ejército en pequeño.

La medida tendía principalmente a aligerar las responsabilidades del comandante en jefe, dejándole las manos libres para manejar planes más importantes.

—Envíe este proyecto al general Escala, a fin de que lo estudie y le introduzca las modificaciones que estime necesarias o que lo apruebe y proceda enseguida a proponer a los jefes que estime que deben ser nombrados comandantes de división y a los cuerpos que deben integrar cada una de ellas —ordenó el ministro a su secretario.

Cuando éste abandonaba el camarote que Sotomayor ocupaba en el transporte *Amazonas*, oyó la sirena de un barco. Era el transporte *Angamos* que regresaba de Valparaíso.

—Allí nos llega correspondencia del Gobierno —razonó el ministro.

Dando impacientes golpecitos con la punta del botín acharolado sobre la arena húmeda, esperó a que desembarcara el comandante del *Angamos*. Era éste el capitán José Goñi, quien saltó a tierra

portando la valija con la correspondencia gubernamental.

—A sus órdenes, señor ministro —saludó con expresión alegre —. Le traigo espléndidas noticias, alentadoras felicitaciones, recuerdos de muchas personas de Valparaíso y Santiago.

El rostro de Sotomayor se contrajo en una sonrisa triste. Llevaba muchos meses separado de su esposa, de sus hijos, de sus amigos.

—Gracias, comandante; es usted muy gentil —respondió.

Pero mientras recibía la valija distinguió, por sobre un hombro del comandante, un panzudo lanchón que se varaba en la playa. Lo que le llamó la atención fue la presencia en él de dos religiosas y dos mujeres uniformadas de gris, que saltaban a tierra confundidas con varios hombres portadores de camillas y cajas decoradas con anchas cruces rojas.

—¿Quiénes son ésos, comandante? —averiguó al jefe del *Angamos*.

—¡Ah, ésa es otra de las satisfacciones que me depara este viaje, señor! —respondió Goñi con orgullo—. He traído a ustedes una nueva sección de la Ambulancia Valparaíso.

—Pero…, ¿mujeres también?…

—Enfermeras, señor; dos religiosas y dos laicas. Los que las acompañan son tres médicos, un farmacéutico, un ecónomo y cuatro angarilleros.

El ministro esbozó un gesto de satisfacción.

—Voy a darles la bienvenida; se lo merecen.

El capitán Goñi marchó junto al ministro hasta donde desembarcaban los miembros de la Ambulancia Valparaíso, y adelantándose, les advirtió que el ministro quería saludarles.

Todos esperaron inmóviles sobre la arena mojada, impresionados por la aparición del ministro de la Guerra. El capitán Goñi comenzó a presentarlos:

—El cirujano Leopoldo Gutiérrez; el señor Lorenzo Miranda Ávila, ayudante de cirujano; el señor Arnaldo Molinari, también ayudante de cirujano; el señor Roberto Olivares, farmacéutico; el señor Juan Antonio Rodríguez, ecónomo; las madres Rafaela y Asunción, dietistas.

El ministro se inclinó con respeto ante las religiosas.

El capitán Goñi siguió presentando a las enfermeras:

—Las señoritas Hortensia Carvajal y Clementina Cobo.

Sotomayor las observó con simpatía. Se veían tan deslavadas y niñas dentro de sus uniformes grises.

—Van a trabajar ustedes en un medio muy difícil, señoritas —les advirtió—; tendrán que aprender a manejarse entre los soldados, en pleno desierto. Pero rápidamente podrán aquilatar qué valiosos beneficios pueden dar unas manos de mujer a los heridos y enfermos.

Las dos muchachas no respondieron; estaban pálidas y se mordían nerviosamente los labios.

El capitán Goñi enumeró enseguida a los cuatro angarilleros de la Ambulancia. El ministro les estrechó las manos.

Bienvenidos sean ustedes, los más valientes; sí, porque han de arriesgarse en todos los peligros que afrontan los soldados, pero sin armas, sin más defensa que una cruz roja en un brazal blanco.

Antes de alejarse volvió a decirles:

—Gracias les doy a todos por el alivio que traerán a tantos de mis soldados. Si ustedes me autorizan, quisiera tenerlos en mi mesa esta noche, en una cena de amistad.

—Gracias, aceptamos muy complacidos, señor ministro —respondió el doctor Gutiérrez, jefe de la Ambulancia.

Sotomayor hizo una última inclinación y se marchó. Desde hacía unas semanas ya le era casi imposible mantenerse en tierra; la fuerte temperatura de diciembre y el aire caldeado entre los acantilados de Pisagua lo sofocaban, le fatigaban el corazón.

Aun aquella noche, pese a estar a bordo del *Amazonas* y en mitad de la bahía refrescada por la brisa marina, cuando se sentó a la mesa con los miembros de la Ambulancia Valparaíso, sentía pesado el aire y le costaba hablar. Las dos religiosas se habían excusado de asistir a la comida, por principios a su orden, y el ministro había hecho sentar a ambos lados de él a las enfermeras. Como a través de un velo se escuchaba a sí mismo conversarles sobre las condiciones sanitarias de los campamentos del interior.

—Hace cuatro días —les decía—, en el campamento de Santa Catalina murió un soldado del «2.º de Línea». Desde hacía algunas semanas venía mostrando síntomas de locura, pero fue imposible hacerlo atender por un doctor.

—¿Acaso no tiene un médico cada regimiento? —intervino, con asombro, el doctor Gutiérrez.

—Algunos no lo tienen. Por lo demás, el cambio de clima, las insolaciones del desierto, las penalidades de las marchas sin bebida y con escasa comida, especialmente sin verduras, han determinado muchas bajas.

Clementina, que se había mantenido silenciosa, terció, preguntándole ansiosamente:

—¿Está también en ese campamento el batallón «Atacama»?

Don Rafael se volvió hacia ella esbozando una sonrisa.

—Sí, señorita. Los atacameños participaron en la conquista de esa región y allí se mantienen esperando órdenes para proseguir su avance hacia el norte.

—¿Van a continuar guerreando más al norte, señor?

Sotomayor sentía que se le entorpecían las ideas y le costaba responder a la muchacha.

—Si el Supremo Gobierno aprueba seguir combatiendo hasta apoderarnos de Lima —respondió—, tendremos que proseguir hasta que logremos firmar la paz.

—Pero en los diarios de Santiago se dijo que era preferible establecer el ejército en Tarapacá y esperar fortificados a que vinieran a atacarnos o a pactar la paz —argumentó Clementina, con tono de protesta.

—Ése es el otro plan, señorita —replicó cansadamente su interlocutor—. Muchos chilenos son partidarios de no seguir avanzando; dicen que esta guerra no fue iniciada para anexar nuevos territorios a Chile, que no es una guerra de conquista.

—A nosotros se nos dijo al salir de Valparaíso que nuestras funciones las cumpliríamos en el territorio de Tarapacá —acotó preocupado el doctor Gutiérrez.

El ministro vaciló un momento.

—Yo creo, doctor Gutiérrez —expresó—, que todos aún tendremos que alejarnos bastante más de la patria, si es que deseamos una paz duradera.

Los miembros de la Ambulancia se miraron con marcada inquietud.

—¿Proseguir… hacia el interior del Perú? —tartamudeó Clementina.

—Hasta Lima, señorita.

Clementina exclamó impulsivamente:

—¡No es posible! —Se arrepintió al momento de su impetuosidad y comenzó a balbucear una excusa—: Perdón, señor; no he querido opinar en asuntos que no conciernen a una mujer, pero…

—Creo entender, señorita. Tiene usted un pariente en las filas, seguramente.

—Mi novio, señor ministro; el teniente Rafael Torreblanca, del batallón «Atacama».

—¿El teniente Torreblanca? La felicito, señorita. —Don Rafael logró sacudir un poco la opresión que lo dominaba y alzó la voz con entusiasmo—. El teniente Torreblanca es uno de los oficiales de mejor temple de ese magnífico batallón que tomó Pisagua y que aplastó al enemigo en el cerro de Dolores.

Iba a seguir hablando con ardor, cuando la voz se le quebró y comenzó a toser. Como no pudiera dominar su tos, se encaminó hacia uno de los ventanillos de la cámara. Su criado Carlos se le había adelantado y abrió el ojo de buey ante su amo. Éste tenía el rostro congestionado y las venas del cuello hinchadas de sangre.

Todos se habían puesto de pie, alarmadísimos por el aspecto de Sotomayor. El doctor Gutiérrez llenó de agua un vaso y corrió junto a él. Pero el ministro había conseguido dominar su trastorno y comenzaba a respirar hondamente.

El doctor Gutiérrez le apoyó discretamente una mano en el antebrazo derecho y le preguntó en voz baja:

—¿Le ocurre esto a menudo?…

El ministro sonrió débilmente, tratando de restarle importancia al asunto.

—No se preocupe, doctor. Debe ser cansancio… o un comienzo de asma. Siempre me ha hecho mal el calor y últimamente he tenido que pasar muchos días bajo el sol de la pampa.

Regresó a la mesa y pidió a todos que volvieran a tomar asiento.

—Excúsenme. No ha sido nada de importancia. El norte no me prueba bien y el calor me afecta.

—Seguramente ha tenido usted demasiado trabajo y preocupaciones, señor —le comentó Clementina, todavía impresionada.

—Sí, hemos bregado duro estos siete meses —reconoció el jefe de la campaña, esforzándose por sonreír—. Confío en poder

descansar un tiempo en Santiago tan pronto quede organizado en divisiones el ejército —concluyó, con tono ligero. En esos instantes golpearon suavemente en la puerta, por lo que agregó—: ¡Carlos, atiende al que llama!

Mientras el criado abría la puerta, el doctor Gutiérrez se inclinó hacia el ministro y le preguntó en voz baja:

—¿Se ha hecho examinar el corazón?

Don Rafael rió suavemente.

—¿A qué hablar de mis achaques, doctor? El médico jefe de nuestro Servicio de Sanidad, doctor Ramón Allende Padín, se empeña también en hurgarme el corazón…, y no es para tanto.

Regresaba el criado portando un papel sellado por ambos extremos.

—Perdón, señor. Un mensajero ha traído este comunicado urgente de la Capitanía del Puerto. Dice que llegó en el *Bolivia*, de la Compañía Inglesa de Vapores.

El ministro abrió el pliego apresuradamente, y enseguida sacó de un bolsillo de su chaleco una angosta tablilla llena de perforaciones y la colocó sobre los escritos.

Durante largos segundos estudió el papel, deslizando la tablilla. Y mientras más avanzaba en la lectura, más radiante se iba poniendo su rostro. Cuando llegó al final del documento, los ojos le brillaban de contento.

—¡Gran Dios, viva la patria! —exclamó por último—. ¡Señores, señores, qué gran noticia! Este comunicado que me envía una de nuestras agentes secretas establecidas en Arica, aunque es asunto de Estado Mayor y estrictamente confidencial, no resisto el deseo de dárselo a conocer. Voy a leérselo:

> *Comunicados telegráficos llegados esta mañana a Arica provocan graves disturbios. Ellos informan que anoche, 17 de diciembre, abandonó el poder el presidente del Perú, marchándose en un barco a Europa. En medio de la agitación del pueblo, asumió el poder esta mañana el vicepresidente Luis La Puerta.*

El ministro se había puesto de pie, con los músculos en tensión. Todos, contagiados por su emoción, se levantaron.

—Si hasta el presidente del Perú abandona su país, quiere decir

que su causa está perdida —exclamó el doctor Gutiérrez.

—¡Terminará la guerra! —apuntó Clementina, trémula de alegría.

—¡Cayó el Gobierno del Perú! Se sienten sin fuerzas para seguir luchando —concretó el secretario del ministro.

Sotomayor estaba con el rostro vuelto hacia el techo, como sumido en un profundo cálculo.

—Hoy cae el Gobierno del Perú —discurría nerviosamente— y muy pronto, según nuestras informaciones, se derrumbará también el de Bolivia. ¡Es el triunfo! De ahora en adelan…

Bruscamente se le cortó la voz. Con un gesto desesperado se llevó la mano a la garganta. La respiración le silbaba como un estertor horripilante. Alzado sobre la punta de los pies, como si pretendiera cazar al aire más arriba, dio dos pasos, luego tambaleó y se aferró del borde de la mesa, pero cayó, arrastrando el mantel con todo lo que tenía encima.

Clementina y la otra enfermera, que eran las más próximas, alcanzaron a sujetarlo, impidiendo que se azotara el cráneo contra el suelo. Espantadas, se volvieron hacia el doctor Gutiérrez. Éste, al mismo tiempo que le desabrochaba a tirones el chaleco, daba instrucciones:

—¡Abran la puerta y los ventanillos! ¡Enfermera, busque un estetoscopio!

El secretario Máximo Lira, demudado, trataba de ayudar al ministro, pero el doctor lo rechazó.

—¿Qué es lo que tiene don Rafael, doctor?

—Parece un ataque al corazón —le informó Clementina, que regresaba con el maletín del doctor y le alargaba el estetoscopio.

—Sin duda, sin duda —aprobó el doctor Gutiérrez, auscultándolo con el instrumento. No demoró más de diez segundos en examinarlo—. Es una falla de la válvula mitral —determinó—. Señor secretario, vaya con una de las enfermeras y registre el botiquín del buque en busca de polvos de digital. Si no encuentran, bajen a buscarlos a tierra a toda prisa.

Enseguida, ordenó:

—¡Mozo, traiga un vaso con coñac!

El criado sacó una botella del licor pedido, pero le temblaban las manos y no pudo llenar un vaso. El doctor Gutiérrez le arrebató la

botella y, aplicando el gollete a la boca del enfermo, comenzó a verterle unos sorbos por entre los dientes apretados.

Por fin consiguió vaciarle una dosis de coñac sobre la lengua. Luego comenzó a abrir y cerrarle los brazos para ayudarle a respirar, mientras regañaba enfurecido:

—Hay que notificar al doctor Allende Padín… Aun cuando este colapso pase, el ministro no podrá seguir trabajando un día más…, ¡ni un día más! Deberá regresar cuanto antes a Santiago, a su hogar…, a descansar…

Lira regresó a la carrera.

Habían encontrado polvos de digital en el botiquín del barco.

La rapidez con que el médico actuó, salvó la vida del ministro. Éste comenzó a respirar con menos dificultad, y, por fin, quedó tendido en un sofá, agotado.

El doctor Allende Padín fue enviado a buscar de inmediato, y, alrededor de la medianoche, los dos médicos se encerraron con el enfermo. Una hora más tarde salieron ambos a cubierta y discutieron largamente. Luego el jefe de la Sanidad Militar regresó a tierra. El doctor Gutiérrez veló toda la noche junto al ministro.

En la mañana, cuando Sotomayor abrió los ojos lo primero que vio fue el rostro preocupado del médico.

—El doctor Allende Padín ha confirmado mi diagnóstico, señor. Su corazón no anda bien —le dijo.

—Lo sospechaba, doctor…, lo sospechaba —repuso el ministro, mientras sonreía con filosófica resignación.

El medico trató de imponerse con autoridad:

—Tendrá que dejar de trabajar y regresar a Santiago, a su casa, don Rafael.

El ministro cerró los ojos suspirando.

—¡Cómo quisiera regresar! Pero no es posible. Muchas vidas y grandes intereses nacionales dependen de mí, doctor. No, no es posible —repitió.

—Comprende usted a lo que se expone si continúa aquí, ¿verdad? —preguntó el médico.

El ministro asintió con un movimiento de cabeza.

—Sí. Pero, por favor, doctor, que no se divulgue lo que me ha ocurrido. Comprenda usted que no tendrían fe en los planes con perspectivas hacia el porvenir de un hombre que puede morir hoy o

mañana.

El médico se puso de pie, afectado por aquel desapego a la vida.

—Tiene usted que dejar de trabajar, don Rafael, créamelo —insistió.

El político sonrió para tranquilizarlo.

—Veremos, doctor, veremos. Por último, ¿qué vale más, mi vida o la victoria? Todo fue culpa del mensaje aquel, doctor. En él me anuncian la caída del presidente del Perú. ¡Cómo no entusiasmarme! Y eso que no alcancé a leer a ustedes el final del comunicado, que contenía otra noticia gorda.

—¿Qué noticia?

—Alcánceme la levita, por favor.

Con mano impaciente hurgó en los bolsillos hasta que dio con el mensaje. Su última frase decía:

> *Se espera para hoy la llegada a Arica de los restos del ejército aliado que sacó el general Buendía a través del desierto.*
>
> *LEONORA LATORRE.*

Presionado tesoneramente por los doctores Gutiérrez y Allende Padín, el ministro se decidió a solicitar licencia al Gobierno para viajar a Santiago. Lo hizo dos veces, pero en ninguna de sus cartas mencionó su peligroso estado de salud.

El presidente Pinto recibió con asombro aquellas notas y su determinación fue la que Sotomayor esperaba.

—Lo lamento mucho…, realmente lo lamento —comentó el primer mandatario con su ministro del Interior—, porque presiento que Rafael debe tener algunas razones poderosas para pedirme descanso, pero los intereses superiores del país hacen imposible que abandone su misión. No existe otro hombre que sea capaz de montar la enorme maquinaria bélica, administrativa y económica en el norte para emprender la nueva campaña que planeamos. Y para no dejar a Rafael posibilidad alguna de negarse a seguir cumpliendo con su deber, haré que sea mi propia Delfina quien le escriba, conminándolo, a nombre de todas las madres de los

soldados nuestros, a no retirarse de la dirección de la guerra. Es penoso, señor Santa María, pero la situación lo exige.

No se levantan estatuas a los hombres que combaten sin fusil ni espada, por eso no existe ninguna del ministro Rafael Sotomayor. Sin embargo, cuando, en el límite de su resistencia, el Gobierno le pidió que siguiera adelante, obedeció. El gran proyecto inmediato, aun cuando no estaba proclamado todavía, consistía en saltar la última barrera de Arica y Tacna para caer sobre el corazón del Perú. Para organizar aquella gigantesca campaña, para dar seguridad a los soldados de que tendrían víveres, agua, municiones, caballadas y hasta correo de sus hogares, se precisaba la mente previsora y prolija de Sotomayor.

La nota de la esposa del presidente tembló en las manos del ministro cuando la leyó a los doctores Gutiérrez y Allende Padín.

> *Mi querido amigo: Haga el último sacrificio por su patria permaneciendo en su puesto hasta el fin de la campaña. Las madres no tendremos temor por nuestros hijos mientras usted sea el director de ella. Hago los más fervientes votos porque cuando regrese a ésta llegue lleno de gloria y salud. Éstos son los deseos de su sincera amiga.*
>
> *DELFINA CRUZ DE PINTO.*

Los dos médicos se observaron entre ellos y no se atrevieron a objetar más. Por otra parte, el ministro no les dio una segunda oportunidad. No habiendo descanso, tampoco necesitaba doctores. Ambos, con todos sus ayudantes y elementos, recibieron orden de partir inmediatamente hacia el campamento de Santa Catalina.

Cuando se quedó solo con su secretario, en su despacho a bordo del *Amazonas*, Sotomayor se dispuso a proseguir su trabajo, despreciando su corazón sentenciado.

—Secretario, hay que solicitar al Gobierno el nuevo plan de campaña. Pediremos al presidente que ausculte al Congreso acerca de si permaneceremos fortificados en Tarapacá esperando que los enemigos lancen su ejército a desalojarnos o si proseguiremos el avance, bien por tierra, contra Arica y Tacna, bien por mar, desembarcando nuestras tropas más al norte de esas bases de los adversarios. Es preciso, además, conectarse con el general Erasmo

Escala para indicarle que haga despejar completamente el territorio de Tarapacá. Tenemos informaciones de que existen guerrillas enemigas galopando por la pampa y de que un supuesto prefecto de Tarapacá corre por el desierto levantando pobladas indias que obstaculizan los movimientos de nuestras patrullas. Es necesario, pues, lanzar destacamentos de nuestra caballería para limpiar a fondo los montes y las quebradas. Comunique usted al general Escala que se ha decretado la formación de un cuerpo de exploradores con ese fin; que lo utilice, procurando las mayores responsabilidades a los capitanes Manuel Rodríguez Ojeda y Andrés Layseca Despot, ambos baqueanos de estas tierras y hombres decididos. Advierta, finalmente, al comandante en jefe, que deseamos que esa operación de limpieza esté completada para fines de este mes de diciembre, porque confiamos estar en condiciones de lanzar el ataque directo contra los centros principales del Perú al comenzar 1880.

El secretario se disponía a salir para redactar los despachos correspondientes, cuando el ministro lo detuvo.

—¡Olvidaba algo! Comuníquese con nuestra agente secreta en Arica para que nos proporcione todos los datos que pueda sobre la llegada del ejército del general Buendía a ese puerto. En su último mensaje nos participó que se esperaba la salida de esas tropas del desierto para el 18 de diciembre en la mañana. O sea, debe haber ocurrido hace ya once días.

2

Desde el 27 de noviembre y durante veintidós días marcharon las tropas del general Buendía por la región más desolada y áspera de la pampa.

Contagiadas por el pánico con que se alejaban aquellas tropas de Tarapacá, todas las poblaciones que veían pasar a la columna sedienta se plegaban a ella en esta retirada indescriptible. Mujeres con críos sucios y desnutridos, viejos mendicantes, indios silenciosos y torvos, mineros idiotizados por el aguardiente y la soledad formaban un séquito que daba a la columna la apariencia de un pueblo que huyera perseguido por la maldición de Dios. Noventa y cinco leguas, trescientos ochenta kilómetros, caminaron bajo el sol.

Sesenta y seis prisioneros chilenos compartieron las penalidades de aquella retirada, sesenta y cuatro soldados, el alférez de quince años Alberto Silva Basterrica y la cantinera María la Grande. Alimentados con maíz molido, al que se agregaba una ración de carne de burro cada cuatro días, pudieron mantenerse en marcha. Los cadáveres de seiscientos cincuenta hombres del ejército aliado quedaron jalonando la ruta de la fuga.

Al mediodía del 16 de diciembre la columna logró llegar a Chaca; a las 3 de la madrugada del 18 arribó a Pampa; refrescaron allí durante una hora, se mataron los últimos cinco burros, los soldados se envolvieron los pies sangrantes en trapos húmedos y se dio comienzo a la última jornada, que había de llevarlos hasta Arica, distante tres leguas.

El general Buendía marchaba a la cabeza de las filas. Sucio, con la guerrera desgarrada y las botas abiertas en las suelas, el elegante jefe de otros tiempos se veía envejecido en quince años.

Arica, puerto eje de la alianza en la guerra, se revolucionó aquella mañana del 18 de diciembre. Sus pobladores, aumentados en cinco veces su número habitual por los fugitivos llegados de la pampa del sur y por los soldados de todas las armas venidos de las provincias del centro del Perú, tendieron un largo cordón doble desde el Morro Gordo, en la desembocadura del camino del sur, hasta el pueblo. Banderas de las dos naciones aliadas flanquearon esta calle de recepción. Pero no era aquélla una manifestación de bienvenida; los rostros de los que esperaban estaban más bien hoscos y duros.

Mezcladas con las vendedoras, las dos agentes secretas chilenas se escurrieron a lo largo de la multitud estacionada a la vera de la calle principal y del camino.

Leonora marchaba rápidamente, deseosa de encontrar un buen sitio en la Pampa del Buitre, al pie del Morro Gordo, en donde se haría la recepción oficial de las tropas del sur. Elcira la seguía a regañadientes. Aun cuando iban perfectamente disfrazadas, temía que la joven se traicionara en presencia de su antiguo amante. Antes de salir de la casa habían hablado del asunto.

—Estoy preocupada por el general Buendía. Elcira —había dicho Leonora, que estaba muy nerviosa por la inminencia de un encuentro con el jefe vencido—. Todos estos aprestos demasiado bélicos para una recepción me dan mala espina.

Elcira siempre evitó el tema, pero esta vez lo enfrentó. Ese sentimiento hacia el general, de Leonora, le parecía un detestable afecto hacia un enemigo.

La joven se defendió turbada:

—Fue siempre un caballero conmigo, y me amó. Cegado por ese amor me confió los secretos militares que yo comuniqué a nuestro Gobierno. No seré capaz de asistir a su derrumbe.

—Señorita Leonora —la conminó la criada—. Yo no estoy dispuesta a que me fusilen porque usted se ponga a gimotear cuando vea lo que harán con el general Buendía.

La agente hizo un esfuerzo y se repuso. Luego salieron a la calle.

Confundidas con la multitud que invadía alborotadamente los faldeos orientales del Morro Gordo, llegaron hasta el borde del camino que cruzaba la Pampa del Buitre. Desde allí dominaban el espectáculo que ofrecía el pueblo preparado para la recepción.

El jefe político y militar de Arica, contralmirante Montero, acompañado por el jefe del Estado Mayor, coronel La Torre, y sus ayudantes se ubicaron en un punto avanzado dentro de la Pampa del Buitre, a fin de ser los primeros en ponerse en contacto con las tropas que llegarían desde el sur.

A las nueve de la mañana asomó en el fondo del sendero un pelotón de jinetes. Lo formaban el general Juan Buendía, el coronel Belisario Suárez y sus ayudantes.

Una onda de sincera emoción recorrió al público al verlos aparecer.

A su vez, el general Buendía, al divisar la gran masa humana que los esperaba, ordenó a su gente presentarse erguidos y más compuestos. Pero cuando llegaban frente a las autoridades militares de Arica, inesperadamente una corneta les dio la orden de alto.

—¿Por qué nos dan el alto, general? —preguntó el coronel Suárez—. Usted es el comandante de estas tropas, y mientras no entre con ellas al pueblo y entregue el mando, nadie tiene el derecho de darles órdenes.

—No dé importancia a pequeñeces, coronel Suárez —lo tranquilizó el general—. Seguramente lo hacen para escoltarnos en el desfile de ingreso al pueblo. Detengámonos.

El contralmirante Montero se adelantó al trote de su cabalgadura escoltado por su comitiva.

El general Buendía se levantó sobre los estribos y, crispando su rostro enflaquecido, saludó a los que les salían al encuentro.

—¡Alabado sea el Señor de los ejércitos que nos ha permitido volver a cobijarnos bajo los pliegues de la bandera de la alianza! ¡Contralmirante Montero, no sabe usted qué inmensa alegría invade mi corazón al…!

—¡Basta, general Buendía! —lo atajó el jefe de Arica, deteniendo su caballo—: ¡Limítese a hacernos entrega de las fuerzas que trae!

—¿Cómo? —exclamó Buendía—. No le entiendo, contralmirante.

El marino irguió su figura corpulenta y aclaró:

—Hablo lenguaje claro y militar. Entrégueme usted al momento el mando del ejército del sur y entre a Arica.

El general reaccionó ante la afrenta como si le hubiesen propinado un latigazo. Su diestra se crispó en el pomo de la espada.

A su ademán, los acompañantes del contralmirante llevaron también sus manos a las armas.

—Soy el comandante en jefe del ejército —exclamó Buendía—. Después de haber mandado a estas tropas en muchas batallas y de haberlas traído a través de todo el desierto de Tarapacá, tengo el derecho de entrar al frente de ellas a su reducto de descanso. Son honores de los que no se puede privar a un general que…

—A un general que las ha conducido a la victoria o que ha luchado valientemente encabezándolas —lo interrumpió Montero—. Pero como usted no se ha comportado como un verdadero general…

—¡Contralmirante!

—… sino que ha sido el culpable de las espantosas derrotas sufridas por nuestros hombres, y el culpable de que el Perú haya perdido temporalmente el dominio sobre un rico territorio, lejos de ser merecedor de honores, se hace acreedor al calificativo de…

—¡No, no! —gritó el general—. Me niego a entregar el mando de mi ejército hasta que se esclarezca esta abominable acusación.

—Tienda su vista en torno suyo, general —le dijo Montero—. Todos estos fusiles que ve usted están cargados y dispararán a una orden mía.

—¿Me amenaza usted?

—Le advierto que una culpabilidad como la suya, en cualquier otro país sería castigada con el fusilamiento. En cambio, nosotros nos conformamos con hacer que sea la justicia militar quien lo juzgue, escuchando sus descargos.

—¿Se atreverán a someterme a sumario?

Por toda respuesta el contralmirante hizo una seña al coronel La Torre, quien sacó un pliego con los sellos de la Presidencia de la Nación y lo extendió al general.

> *Señor contralmirante* —leyó—*: Su Excelencia el Presidente, director de la guerra, dispone que todas las fuerzas que llegasen a los departamentos del mando de V. S., provenientes del departamento de Tarapacá y que han estado bajo el mando del general don Juan Buendía, quedan a las órdenes de V. S., y que someta V. S. a juicio a dicho general por su conducta en la campaña que ha*

dirigido y en la batalla que ha perdido el ejército a sus órdenes; debiendo V. S. proceder desde luego a levantar el sumario respectivo, a fin de que se reciban las declaraciones correspondientes a todos aquellos que puedan o deban dar datos conducentes al esclarecimiento de los hechos. Dios guarde a VS.

M. ÁLVAREZ.

El general Buendía estrujó el papel en su puño izquierdo, mientras repetía:

—Esto es una infamia…, una infamia…

—Es la justicia que alcanza a los culpables —le remachó el contralmirante Montero—. Su espada, general.

El jefe del ejército del sur levantó los ojos, aterrado.

—¿Debo entregar mi espada, como si fuera un traidor? —balbuceó.

¡Retíresela, coronel La Torre! —ordenó el jefe de Arica a su ayudante.

El designado quiso alcanzar el cinto del ofendido, pero éste lo enfrentó con un gesto de fiera dignidad, se desprendió la espada y se la entregó.

El contralmirante se volvió al coronel Suárez.

—La suya también, coronel.

El coronel Suárez desenvainó con desesperado arrebato su arma y la alargó al coronel La Torre, al tiempo que reprochaba al general Buendía:

—Vea a lo que nos han conducido sus devaneos de Iquique y Tarapacá.

Por la suave convexidad de las dos grandes dunas que cerraban el horizonte por el sur, comenzaban a surgir las primeras escuadras del derrotado ejército defensor de Tarapacá. El contralmirante Montero adelantó su caballo hacia las tropas que llegaban.

—Coronel La Torre, avance con los ayudantes y tome el mando de esa columna. Yo la esperaré en este lugar para dar la bienvenida a los soldados y revistarlos.

El jefe de Arica volvió a interesarse en el general Buendía y el coronel Suárez.

—Capitán —ordenó al comandante de su guardia personal—,

escolte a estos señores hasta el pueblo y hágalos entrar por calles apartadas, a fin de que no reciban aclamaciones que no se merecen. Quedarán arrestados bajo palabra de honor en el hotel Colón, en tanto que se organiza el tribunal que ha de juzgarlos.

Al entrar en Arica, el general Buendía se sostenía sobre el caballo como un sonámbulo, y sentía opacamente el son de las bandas y el griterío de la muchedumbre aclamando a los soldados que habían logrado sobrevivir a la espantosa retirada a través del desierto de Tarapacá.

El anillo de fortificaciones que rodeaba Arica iba iluminándose intermitentemente, como si una luz fugaz corriera por el puerto a medida que las señas nocturnas de los centinelas se encendían y apagaban en los cinco fuertes y los dos morros. Comenzaba en el Fuerte San José, levantado en el extremo norte de la playa; descendía por el Fuerte Santa Rosa, ubicado enseguida, también junto al mar; pasaba al Fuerte 2 de Mayo, alzado frente al pueblo y junto al muelle, para saltar a la cumbre del Morro de Arica. De ahí las luces del alerteo pasaban al Morro Gordo, a espaldas del anterior, repitiéndose luego en las casamatas del Fuerte del Este, el más avanzado en la pampa. La última luz se encendía en el Fuerte Ciudadela, que cerraba el anillo defensor de la plaza.

El general Buendía contemplaba aquel ininterrumpido girar de las luces vigilantes, cuando a su espalda se abrió la puerta.

—¿Quién está ahí? —preguntó.

Suave en un susurro, le respondió una voz de mujer:

—Por favor, cierre esa ventana y encienda su luz, general.

El viejo militar tuvo un estremecimiento que lo sacudió desde las fibras más hondas. Estaba tan impresionado y nervioso que los fósforos se le quebraban al rasparlos.

La misteriosa recién llegada avanzó sin ruido y se situó a su lado.

—Permítame —dijo, y le quitó la caja de fósforos.

Cuando brotó la luz, el general se volvió ansiosamente hacia la vaga forma femenina. Pero ella llevaba el rostro cubierto con un espeso velo.

—Es usted, Elena, ¿verdad? Quítese el velo, se lo ruego.

La visitante alzó lentamente el velo. Era Leonora, que no había podido resistir su deseo de hablar con el hombre a quien consideraba su víctima.

—¡Elena!… ¡Elena, por Dios! —exclamó con dolorido apasionamiento el militar, hincando una rodilla en tierra y besándole las manos.

Leonora retrajo suavemente sus manos y lo instó a alzarse.

—Levántese, general —le susurró—. Usted y yo sabemos que no soy una mujer que merezca que se arrodillen ante ella.

—No diga eso. En toda esta horrible tiniebla de la guerra, el único rayo de luz que me ha iluminado ha sido su presencia.

—¡Chist, calle! Me hace sentir terriblemente culpable. Usted sabe que soy chilena, general, y agente del servicio secreto de Chile.

Pero el militar no quería encauzarse en ese tema.

—¿A qué hablar de eso?… ¿A qué recordar?…

—Necesito sincerarme con usted, Juan. Al recordarle estas cosas coloco mi vida en sus manos, pero preciso este descargo; de lo contrario, mi conciencia estaría acusándome siempre…, especialmente si a usted le ocurriera algo, como consecuencia de ese proceso militar.

El general calló. Con delicadeza la tomó de una mano y la condujo hasta un sofá, invitándola a sentarse.

—Había pensado abandonarme a la suerte, no defenderme —murmuró—. Pero ahora que la veo, me defenderé, gritaré muy alto mi inocencia y demostraré que…

—General —lo interrumpió la joven, turbada—, ¿acaso no comprende usted que la causa de sus derrotas fui yo?

El militar se quedó mirándola sin entender.

—Sí, fui yo —insistió la agente—. Yo, que entregué al ejército de mi país todos los secretos militares que logré sorprender valiéndome de que usted…

—Valiéndose de que yo la amaba —completó el general tristemente.

La congoja del militar tocó a Leonora. Sin poder contenerse, comenzó a revelarle las causas que la habían arrastrado.

—Antes de comenzar la guerra perdí en algún punto del territorio de Atacama a un hombre a quien amé. Fue herido en la

revuelta que promovió en 1876 una liga de chilenos que se llamó «La Patria». Como pasara el tiempo y no regresara a Santiago, vine al norte a buscarlo. Durante meses seguí sus pasos por todas partes y no lo hallé. Convencida de que él había sido muerto por los bolivianos o por los peruanos, entré al servicio secreto de mi país, para vengar aquella pérdida tan dolorosa para mí. La guerra comenzó. Me instalaron en el Callao. Allí lo conocí a usted un día, y, desde entonces, no tuve otro objeto que robarle su intimidad y los secretos militares que le fueran confiados por la alianza.

—¿Me engañó usted… siempre, Elena? —preguntó balbuceante el general.

—Casi siempre —reconoció ella—. Ni siquiera mi nombre es Elena Alcérreca como usted me llama, ni Zulema Díaz de Arellano, como rezan mis documentos de peruana. Lo engañé casi siempre, Juan, hasta el momento en que fui descubierta en Iquique y usted me facilitó la fuga hacia Santa Catalina. Después, el conocimiento de su declinación…, me fue incrustando en el alma un dolor nuevo.

—Elena, ¿es posible que aún…?

—No, general; necesitaba decirle esto y descargar mi conciencia, pero nada más. Buendía guardó silencio. Pero, de súbito, un nuevo pensamiento cruzó por su cerebro.

—Elena, ¿qué hace usted en Arica?

La joven le sostuvo la mirada firmemente. El general tuvo la certeza de que iba a responderle la verdad. No alcanzó a hacerlo; una mano golpeó en la puerta del cuarto y la voz de un hombre traspasó las maderas. La agente y el militar se pusieron de pie silenciosamente.

—¿No hay otra puerta? —le indagó Leonora.

—No. Además…, no quiero que se marche todavía.

El hombre en la puerta insistía.

—General, abra. El general Hilarión Daza, que ha venido desde Tacna para verlo, le solicita ser recibido.

Leonora tuvo un sobresalto. Buendía franqueó la entrada.

—Diga usted al general Daza que tendré mucho placer en recibirlo —expresó al hombre que esperaba.

La mirada de la agente secreta se clavó en el rostro del militar peruano. Aquel hombre que acababa de repetirle gastados juramentos de amor, ¿la denunciaría al jefe del ejército boliviano?

Bien comprendía ella que era una carta decisiva en el proceso militar que estaba por instruirse.

Leonora se apegó de espaldas a la ventana. Buendía amenguó la luz. La puerta entornada se abrió totalmente y el alto morrión del jefe boliviano rozó con sus plumas el dintel. El general Hilarión Daza contempló a Leonora y al militar peruano desde la altura de su metro ochenta y cinco.

—¡Caray, dispénsenme ustedes! —musitó haciendo una leve inclinación—. Veo que soy muy inoportuno.

—Adelante, general —lo animó el peruano.

El dictador de Bolivia cerró la puerta y avanzó hasta el centro del cuarto.

—¡Por Nuestra Señora de las Mercedes! —dijo—, yo no sé qué embrujo tiene esta Arica que a todos nos trastorna el alma. —Hizo una reverencia ante Leonora—: Distinguida señora…

—Servidora de usted. Excelencia —respondió la joven, imitando el acento de las peruanas.

El general Buendía, fascinado por su sangre fría y habilidad, le siguió el juego en aquella farsa.

—Tengo el honor de presentarle a una encantadora dama limeña, la señora Zulema Díaz de Arellano, quien ha sabido tener la grandeza de espíritu de las mujeres de verdadero linaje al acordarse de traer a un caído el consuelo de su compañía.

—Comprendo, amigo mío, comprendo. Y os envidio tanto que quisiera, en este instante, estar yo también en desgracia.

—¡Gua, qué liso había sabido ser el señor general! —ronroneó Leonora, imitando la graciosa coquetería de las limeñas. Luego recatándose, continuó—: Los señores tendrán graves asuntos de Estado que debatir y yo retardándolos con mi presencia.

Saludó y se encaminó a la puerta.

El general Buendía no se resignó a perderla.

—Por favor, señora, no se marche usted.

El jefe peruano se volvió hacia el general boliviano y le expresó con llaneza:

—Don Hilarión, usted es un caballero que ha vivido lo suficiente como para comprenderme en este momento.

El boliviano rió con picardía chulesca.

—Mis enemigos dicen que he vivido más que lo suficiente,

general —repuso socarronamente.

—Siéntese, general —carraspeó Buendía, incómodo por la actitud de su visitante—. Hablemos de lo que lo trae a usted, como si estuviéramos solos.

Daza se acercó al sofá, pero antes de sentarse invitó a Leonora a hacerlo. Luego se ubicó a su lado.

El general Buendía sintió que el mal juicio que tenía sobre el jefe boliviano se empeoraba ahora.

—Ya ve usted, general Daza; éste es el desenlace que ha provocado su inexplicable retirada desde la quebrada de Camarones.

—¡Bah! ¿A qué vamos a discutir eso ahora? Disponemos de poco tiempo y hay mucho de qué platicar.

Buendía repitió la muletilla que corría por Arica.

—«Daza se comió los Camarones y Buendía sufre la indigestión».

El jefe boliviano lanzó una carcajada, pero la sofocó enseguida. Luego se inclinó hacia su interlocutor con los ojos brillantes aún por la gracia de la situación.

—¿Y qué me diría usted, don Juan, si yo le expresara que vengo ahora a traerle la libertad? Vengo a hacerle una proposición, pero le exijo primero su palabra de honor de guardarla en estricto secreto, aunque no la acepte.

—Tiene usted mi palabra.

Leonora puso sus sentidos en alerta para no perder un detalle de aquella conspiración.

—Usted sabe que tengo tres mil quinientos soldados bolivianos en Tacna —comenzó el general Daza—, y entre ellos, el batallón de los «Colorados». En La Paz me están haciendo una bribonada; sé que se urde una trama siniestra para derrocarme y reemplazarme en el Gobierno. Tengo dos buenos satélites en La Paz, los comandantes Fabián Luna y Tomás Rivas, y por ellos estoy informado de que los derrotistas levantan la zarpa sobre mi nuca. Pero no les voy a dejar tiempo para consumar su alevoso intento. Cuento para impedirlo con mis «Colorados»… y con usted, general.

Buendía se irguió en su sillón.

—¿Qué puedo hacer yo, prisionero, despojado de todo mando?

—Yo puedo hacerlo recuperar el mando, mi amigo —aseguró Daza, ufano.

El jefe peruano miró a Leonora. Resultaba descabellado hablar ante ella ese asunto. Pensó en acallar al general Daza, pero éste continuaba explayándose.

—El contralmirante Montero me detesta tanto o más que a usted, general; y se pondrá de parte de mis rivales si éstos se atreven a llegar a este departamento. No debo, por consiguiente, tener consideraciones con él.

—Pero ir contra las órdenes del jefe político y militar del departamento es provocar una revolución —intentó oponerle Buendía, para cortar la conversación.

—¿Derrocarme a mí no es acaso una revolución también? ¿Y no está al borde de una revolución el propio Perú?

Aquella afirmación cogió de sorpresa al jefe peruano.

—¿Revolución en el Perú? —exclamó—. Yo sólo sé que el general Prado navega hacia Europa para comprar un blindado y nuevas armas para proseguir la guerra.

El dictador boliviano lanzó una carcajada.

—El general Prado marcha a Europa porque no podía mantenerse más en Lima, mi amigo.

—¿Entonces, el viaje?

—Es una piadosa mentira para engañar a la opinión pública. Esta urdimbre la maneja el caudillo Nicolás de Piérola, y ya verá que antes de muchos días más se planta a caballo dentro del palacio de los virreyes.

El general Buendía estaba abrumado. El conocimiento de esa nueva calamidad lo aplastaba.

—Somos, pues, los destinados a impedir tanto mal antes de que se produzca el estallido —sentenció el boliviano—. Ayudémonos mutuamente, amigo Buendía, y saldremos ganando. Nos afirmaremos en el poder de Bolivia y Perú y entonces sí haremos la guerra como se debe.

El general Buendía no se sentía con ánimos ni para oponer objeciones ni para aceptar el plan.

—¿Qué debo hacer? —preguntó, sin embargo.

—Seguir mis indicaciones. Comenzaré por difundir en las filas del ejército peruano que es una injusticia incalificable la que se comete con usted. Me oirán; usted tiene muchos adeptos en los regimientos. Cuando todo esté listo, le enviaré un aviso para que

salga a ponerse al frente de las tropas que le son leales.

El general Daza se disponía a retirarse, cuando el general Buendía le advirtió:

—Olvida usted que estoy prisionero. ¿Cómo me llegaría su aviso?

El jefe boliviano se quedó perplejo un instante, pero luego, reparando en Leonora, la indicó sonriendo.

—La señora será el medio más seguro para mantenerlo informado todo el tiempo —determinó—. Ella correrá el pequeño riesgo por usted, ¿verdad, señora?

—Por supuesto, Excelencia —aceptó Leonora.

—¿Ve usted? Todo está arreglado —estableció Daza.

Leonora comprendió que se le presentaba una ocasión inmejorable y decidió no dejarla perderse.

—Acepto muy complacida la misión que el señor Daza quiere encomendarme; y como es preciso que sepan dónde ubicarme, saldré con el señor general para indicarle el lugar de mi residencia.

El general Buendía intentó oponerse.

Leonora lo miró a los ojos y sonriendo con coquetería le dijo:

—Ahora tiene usted la certeza que vendré a verlo muy a menudo, general.

El jefe peruano sospechaba el juego de la agente y no hallaba cómo impedirlo, pero mucho más lo alarmaba el hecho de que la joven se iba a marchar con el general Daza, y bien sabía él la desenfrenada afición del boliviano por las mujeres. Su temor fue tan notorio que Daza no dejó de advertirlo.

—¡Vamos, vamos, general! ¡Qué caray! Déjeme usted disfrutar a mí también de la amable compañía de esta hermosa dama y pavonearme por las calles de Arica con ella. —Y gozándose en el fondo del despecho de su rival, ofreció su brazo a Leonora.

—Descanse tranquilo, mi amigo, que ya están en marcha la reparación y la justicia —concluyó.

Buendía no le contestó sino con una leve inclinación de cabeza. Mirando con tristeza a Leonora, dijo:

—Buenas noches, mi querida amiga. Cuídese.

Leonora le respondió con coquetería:

—Buenas noches, Juan. Volveré.

El contralmirante Lizardo Montero incrustaba su cuerpo grueso en un tosco sillón frailero que había hecho subir desde el Convento de las Trinitarias hasta la Comandancia del Fuerte del Morro. Allí, rodeado por los once cañones de grueso calibre y por el millar de fusiles de los defensores del fortín más poderoso del Perú, se sentía en calma para estudiar sus planes. Sin embargo, aquella noche estaba intranquilo e irritado a causa de una carta que acababa de llegarle desde La Paz. Estaba por llegar a su término, cuando sintió resonar unos pasos. Segundos más tarde hizo su aparición en el recinto el coronel La Torre.

—Tenía usted la razón, señor contralmirante —le informó—: el general Daza visitó a Buendía para proponerle una conspiración.

El marino apretó los labios.

—¿Escucharon ustedes su conversación? —preguntó.

—Toda, señor. El general Daza propuso soliviantar a nuestros soldados en favor de Buendía y simultáneamente levantarse él con sus tropas, para apoderarse de Tacna y Arica e imponer enseguida condiciones al Gobierno de Lima.

Un puñetazo del contralmirante hizo crujir el escritorio.

—¡Era cierto, entonces!

—¿Lo sabía usted, señor?

El contralmirante le alargó la carta que leía en el momento en que él entró.

—Esta carta de Quiñones, nuestro embajador en La Paz, me ha llegado hoy. Lea aquí:

> *Participo a V. S. que el señor doctor Núñez del Prado, de cuya adhesión al Perú y a la alianza es imposible dudar, en una conferencia que me pidió por medio de nuestro cónsul, señor Lizárraga, y que ha tenido lugar hoy a las 12 M., me ha dicho que obre con tino y prudencia para evitar que el señor general Daza con su ejército se declaren dueños de Tacna y Arica, si posible es, fusilando nuestro ejército por la retaguardia en los momentos de un combate con las fuerzas de Chile, porque tiene motivos y aun documentos para temer tan criminal procedimiento.*

—¡Qué bribón ha sido este general! —exclamó con fastidio el coronel La Torre, cuando terminó de leer.

—Pues sus bellaquerías no lo van llevar muy lejos, coronel —le aseguró el contralmirante—. Se cree con mucho poder, pero no ha contado los enemigos que tiene; los que ya han andado zumbando en torno mío para sondearme el estómago y ver si tengo hambre de generales. Coronel La Torre, preciso un hombre de absoluta confianza para que lleve un mensaje mío al coronel Eleodoro Camacho, jefe de la «Legión Boliviana».

—Mi ordenanza, señor.

—Bien. El coronel Camacho, que es el militar más respetado en toda Bolivia, me ayudará a salvar la alianza. Vea usted modo de que se reúna conmigo aquí, en conferencia secreta, mañana en la noche o pasado mañana, a más tardar.

El coronel iba a retirarse, pero se detuvo en la puerta.

—¡Ah, señor! En la habitación del general Buendía estaba una mujer cuando éste sostuvo su entrevista con el general Daza.

—¿Se enteró esa mujer de todo lo que dijeron?

—Sí, señor, y fue designada como enlace entre ambos. ¿La hago arrestar?

El contralmirante meditó un momento.

—Sería encender la mecha y provocar el estallido —dijo—. Por el momento, que esa mujer siga yendo y viniendo a su antojo, bajo estricta vigilancia. ¿Es peruana o boliviana?

—Peruana.

—Bien. Cuando destapemos la olla ella también estará hirviendo adentro.

Pasaron dos noches antes de que el coronel Camacho pudiera llegar hasta la Comandancia del Fuerte del Morro.

—Daza sospecha algo en contra suya o prepara alguna cosa muy grave —explicó el coronel Camacho al contralmirante, cuando pudo llegar a la fortificación del Morro.

El jefe político y militar de Arica no perdió tiempo en circunloquios.

—Hablemos rápido y francamente. Esta noche tenemos que dejar definido un plan que nos lleve a la meta que ambos deseamos.

No tuvieron dificultad en entenderse. Pero no era una empresa baladí despojar del mando al hombre que estaba siempre rodeado

por el batallón de los «Colorados», que constituía la tropa más aguerrida y mejor armada del ejército del Altiplano.

—Nuestro pronunciamiento sólo podrá realizarse después de haber desarmado a los «Colorados», y, en lo posible, estando el general Daza ausente —puntualizó el coronel Camacho.

—Puedo hacerlo venir a Arica con cualquier pretexto —aportó el contralmirante.

—Bien —aceptó el coronel Camacho—, entonces los altos jefes del ejército boliviano estudiaremos la forma de provocar una oportunidad en que los «Colorados» deban desprenderse de sus armas. Cuando hayamos resuelto este detalle le avisaremos y fijaremos la fecha del pronunciamiento.

—De acuerdo. Pero recuerden que hay que estar dispuestos a todo. Bien conocen ustedes la audacia de vuestro jefe.

—Y su ferocidad y crueldad. —El coronel Camacho calló. Luego agregó en voz baja—: Es posible que sea necesario… matarlo… para impedir que haya más derramamiento de sangre entre los nuestros.

Cuando el coronel Camacho abandonó el recinto fortificado del Morro y descendió hacia Arica, para regresar antes del amanecer a Tacna, el contralmirante Montero lo miró alejarse malignamente. Había conseguido llevar al viejo y digno militar al punto que deseaba.

—Muerto el perro, se acabó la rabia —dijo con risa silenciosa.

3

Como al toque de una varilla mágica, Iquique, la quieta ciudad minera de los peruanos, se había convertido en una bullanguera ciudad-cuartel de los chilenos. Sus calles anchas, tapizadas con arena amarilla, su avenida de palmeras junto al mar, sus barriadas de cafetines chinos se veían llenas de soldados y marinos llegados de todas las provincias de Chile. En su rada se apretaban numerosísimos barcos, incluso ingleses, franceses y alemanes, que no interrumpían su tráfico pese a la guerra. Los portalones de los buques chilenos estaban vomitando continuamente centenares de nuevos soldados, los que pasaban un día o dos vociferando por las calles blanqueadas de sol y luna, y volvían a emprender viaje hacia Pisagua.

El regimiento «Esmeralda» era el amo y señor de Iquique. Sus integrantes se hicieron el propósito de cuidarla como una ciudad propia. El capitán de navío Patricio Lynch estableció la ley chilena y la vida del puerto fue regida por las mismas ordenanzas municipales que Santiago. Hasta se preocupó de desterrar a los jotes o gallinazos que tradicionalmente habían sido los encargados de llevarse las basuras de las casas.

Los pobladores fueron adaptándose a las normas chilenas, y finalmente, la vida de Iquique se hizo normal.

Cada grupo se ingenió para encontrar la manera de matar las largas horas de ocio. Los oficiales y suboficiales de la tercera compañía del primer batallón, a la que pertenecía Alberto Cobo, descubrieron una cocinería de una familia china, compuesta por un pequinés viejo, su esposa y su sobrina de edad imprecisable. Los muchachos la bautizaron *Butterfly*, nombre que ella no comprendía.

—Yo soy Su Co Fang —decía a los oficiales.

El padre tocaba música de su tierra en una pequeña guitarra y preparaba unas empanadas fritas de pescado seco.

Registrando las dos habitaciones interiores de la cocinería, los tenientes descubrieron una lira china, de cuyo contorno colgaban numerosas campanillas. Mientras ellos comían, la china vieja la hacía sonar siguiendo los compases de la guitarra de su marido. No contentos con esta música, hicieron que el cabo Cardemil trajese uno de los pitos de la banda de guerra del regimiento y los acompañara en sus exóticas serenatas.

Entretanto, la delicada *Butterfly* iba de mesa en mesa ofreciendo con cortesía té o vino. Parecía tener especial predilección por Alberto Cobo, y a cada momento se acercaba a él y le hacía una reverencia:

—Una tacita de té, *salgento*.

El subteniente Del Solar gozaba con estas manifestaciones de la muchacha.

—¿Cuándo vas a aprender a ofrecer otra cosa, chinita? —le decía riendo—. El pobre sargento ya no sabe en dónde meter tanto té que tú le das.

Todos celebraban con grandes carcajadas las salidas del oficial.

Una de esas tardes llegó jadeante a la cocinería el sargento Carrera Pinto.

—Les traigo una tremenda noticia.

Todos los que estaban en la cocinería se pusieron serios. Imaginaron que la noticia era que los mandaban, por fin, al desierto. Uno de ellos consultó a Carrera:

—No. Falta poco; pero la noticia es otra —respondió—. Vamos a quedarnos sin jefe.

Se explicó rápidamente: el ejército iba a ser reorganizado en cuatro divisiones y al «viejo» pensaban nombrarlo comandante de la primera división, lo que lo obligaría a dejar el mando del «Esmeralda».

—¿Cómo nos vamos a quedar sin jefe? —exclamó el capitán Baeza, por sobre las demás protestas—. Es como si destetaran a un crío cuando está empezando a mamar.

—Por mucho que chillen ustedes la cosa quedará igual —insistió Carrera Pinto—. El «viejo» va a tener que dejar al mando del «Esmeralda» a mi coronel Adolfo Holley.

No había terminado de hablar, cuando una voz tronó en la puerta de la cocinería:

—¡Atención, esmeraldinos!

—¡Chitas, el «viejo»! —y saltaron a la posición de «firmes».

El coronel Amengual entró a pasos lentos. Plantado en medio del boliche, los recorrió a todos con sus fieros ojos grises.

—Conque ya los informaron de que el «viejo» se va, ¿eh? ¡Pues, no, señores! El viejo Amengual no abandona a sus soldados. ¡Rechazo el ascenso a comandante de división! Aunque el «Esmeralda» no está en la primera división, prefiero seguir siendo simplemente comandante de mi regimiento y llevar a mis niños a las batallas bajo mi ala —dijo—. Voy a marchar inmediatamente hacia el campamento en donde está mi general Escala, para discutirlo con él. Desgraciadamente, como las operaciones sobre Arica y Tacna están por comenzar, no podré viajar en barco, tendré que hacerlo por tierra —agregó.

Aquella revelación de que la campaña estaba por comenzar sacudió a los hombres. Las preguntas llovieron sobre el comandante. Éste les confirmó lo dicho.

—Por eso mismo —prosiguió—, como seguramente el asalto se hará antes de que termine diciembre y ya estamos a 20, es forzoso que yo me presente ante el general lo más pronto. ¡Necesito dos jinetes con jarretes de fierro para que me acompañen hasta el campamento El Bearnés, donde está mi general!

Veinte voces resonaron al unísono:

—¡Firme, mi comandante!

El coronel examinó a «sus niños»; enseguida indicó al sargento Cobo, que estaba a su lado, y al cabo Cardemil.

—Usted, sargento, y usted, cabo. ¡Ni una palabra más! A preparar su equipo y conseguir las mejores cabalgaduras… Conéctense con el capitán de exploradores Manuel Rodríguez, que está esperándome en el patio de nuestro cuartel. Díganle que partiremos dentro de dos horas.

Los dos suboficiales se perdieron corriendo por la calle.

El soberbio viejo se volvió entonces a los que quedaban:

—¡Esmeraldinos, hasta la vuelta y portarse bien! Ya saben que el segundo comandante Holley tiene la mano tan dura como la mía.

Hasta la vuelta, mi comandante —le respondieron todos.

La travesía desde Iquique hasta el campamento El Bearnés era como para poner a prueba la resistencia del más consumado jinete y, sin embargo, el coronel Amengual no dio en ningún momento demostraciones de extenuación. Claro que el capitán Manuel Rodríguez se preocupaba especialmente de él y, mientras Cobo y Cardemil clavaban las tiendas para pernoctar, preparaba una rudimentaria cama para el esforzado veterano.

Al segundo día de marcha, los ayudantes de campo Patricio Larraín y Manuel Aguirre, el sargento y el cabo iban deshechos.

Cuatro días demoraron en cruzar la franja del desierto. Por fin, se detuvieron ante los primeros puestos de centinelas de la gran guardia de El Bearnés.

Escoltados por los centinelas del campamento, llegaron al cuartel general del comandante en jefe del ejército. Desmontando sin esfuerzo aparente, el comandante Amengual entró acompañado por sus ayudantes y el capitán Rodríguez. Alberto Cobo y el cabo Cardemil quedaron afuera para atender a los caballos.

Echaron a andar, paso a paso, tirando las bestias de las bridas, hasta un cobertizo próximo donde había otros animales atendidos por un grupo de soldados. Lo raído de sus uniformes, así como sus destrozados botines no escaparon a los ojos del fisgón de Cardemil.

—¡Chitas que andan «huiludos» los *sordaos* por aquí, mi sargento! —dijo, arriscando la nariz.

En ese momento Cobo detenía a los caballos junto al bebedero y ordenaba a su acompañante:

—Da de beber a los caballos y enseguida vamos a rasquetearlos.

El soldado que estaba sentado en el suelo les dijo con acento socarrón:

—Si los *caalleros* lo desean…, les *podimos emprestar* una escobillita de dientes *pa* que les *eusaminen* la dentadura a sus «corceles».

Cardemil lo miró de soslayo:

—¿De cuándo será que las lagartijas que están *tendías* al sol tienen habla como los cristianos, no?

El aludido se puso de pie de un salto.

—¿Qué te *habís figurao*…, paisano?

—¡Paisano! Paisana sería tu *agüela*, tarro de ulpo frío.

—Yo te voy a enseñar que a los veteranos hay que hacerles la *cuadrá* y… —gritó el soldado.

Cobo lo sujetó en el aire cuando se abalanzaba sobre Cardemil.

—¿Qué es eso, soldado? ¿No tiene ojos para ver las jinetas?

El soldado se refrenó.

—Es que…, es que éste es demasiado palabreador y al *sordao* Román *naiden* le grita y…

Como desmintiéndolo, una voz juvenil sonó junto al pesebre:

—¡Asistente Román!… ¿Dónde carajo te has metido?

—¿*Naiden* lo grita al perla, eh? —comentó con sorna Cardemil.

El soldado se puso tieso de rabia. En ese instante apareció un oficial por un costado del pesebre.

Cobo se quedó mirándolo con la boca abierta. Era Rafael Torreblanca.

Los dos mozos se abrazaron con toda efusión.

—¡Qué sorpresa, Alberto, por la vida! —exclamaba el atacameño.

—¡Qué alegría encontrarte, chiquillo! —replicaba Cobo—. Suponía que habría de encontrarte por alguno de estos campamentos, pero no soñaba con que serías tú el primer amigo que toparía.

—Román, el sargento Cobo es mi mejor amigo —explicó Torreblanca.

—¿El sargento Cobo? —inquirió el ordenanza—. Entonces tiene que ser pariente de la señorita enfermera que pasó con la Ambulancia Valparaíso hace unos días…

—¿Clementina?… ¿Está por aquí mi hermana?

—Sí, Alberto. Hace cuatro días, la vi aparecer en un furgón de ambulancia, vestida de gris y con un brazal de cruz roja. Casi me desmayo de impresión.

—¿Y dónde está ahora ésa locuela?

—La Ambulancia Valparaíso se estableció en el campamento de Santa Catalina. Está a cinco kilómetros al norte de éste.

Cobo se quedó un rato meditabundo.

—Voy a pedirle permiso a mi comandante Amengual para hacer una arrancadita hasta allá.

—¿Vinieron con el viejo Amengual desde Iquique?

—Sí —asintió riendo el sargento—, el veterano es de fierro.

Torreblanca tomó a Cobo de un brazo y lo apartó hacia un lugar en sombra.

—Ustedes dos se encargarán de los caballos —dijo al cabo y al corneta, y les volvió la espalda.

Se sentaron sobre una piedra al costado más fresco del cobertizo y encendieron cigarrillos. Después de aspirar la primera bocanada de humo. Rafael preguntó:

—¿Y cómo te va en el «Esmeralda»?

—Ah, es un regimiento magnífico. Lo único malo es que estamos rabiando de ganas de entrar a la batalla, pero la jefatura se empeña en mantenernos anclados en Iquique. Por eso vino el «viejo» a mata caballo hasta El Bearnés.

Torreblanca frunció el ceño.

—Eso quiere decir que, sin saberlo, el coronel Amengual va a echar a perder más la cosa.

—¿Por qué dices eso?

—El asunto está requetemalo, Alberto.

Torreblanca fue explicándole, con expresión preocupada. El proyecto de organización del ejército en divisiones estaba levantando una verdadera ola de protestas. Según él, el corro de jefes que rodeaba al general Escala le había metido en la cabeza que esa medida no tenía otro objeto que restarle autoridad, lo que hirió la altivez del veterano. Pero el asunto no era sino una trama política muy bien urdida. El período presidencial de Aníbal Pinto terminaba en 1881. Su sucesor tendría que ser el hombre que mayor lucimiento alcanzara en la guerra, y ya se corrían dos nombres como candidatos posibles. Uno era el del ministro del Interior, Domingo Santa María, y el otro, el del ministro de la Guerra en campaña, Rafael Sotomayor. Los dos eran amigos y se respetaban, pero los políticos que impulsaban la candidatura de Santa María estaban tratando por todos los medios de opacar los méritos que el otro pudiera demostrar, no trepidando en introducir la política en las filas. Lamentablemente, entre los jefes que rodeaban al general Escala había muchos que no querían a Sotomayor, y era de esperar que harían cuanto pudieran por achatarlo. La razón de este encono era el hecho de que un civil mandara tanto en las cuestiones de la guerra. Y el pretexto para atizar la hoguera era el proyecto de

reorganización del ejército. El general Escala no se oponía a la partición en divisiones. Cuando se dijo que la idea se había generado en el Gobierno elevó una airada protesta, alegando que él era el padre de ella. Luego, cuando comenzaron a intervenir los políticos, alteró leve pero trascendentalmente su opinión, afirmando que su pensamiento inicial no fue el de fraccionar permanentemente el ejército en divisiones, sino darle esa organización poco antes de entrar en batalla. Por su parte, el ministro Sotomayor se puso firme en que no se podía iniciar ninguna operación mientras no se procediera a la reorganización definitiva.

Desde aquel momento, los dos comenzaron a mirarse como los más enconados enemigos.

—Qué lamentable es todo esto —comentó Alberto, cuando Torreblanca terminó de hablar.

El atacameño se encogió de hombros y suspiró con hastío.

—Nosotros, simples sotas de esta baraja, no tenemos más que obedecer. Que se las arreglen ellos. —Cambiando de tema, preguntó confidencialmente a su amigo—: ¿Has averiguado algo sobre el paradero de Leonora?

—No, Rafael; es decir sí. En Iquique, una muchacha de vida alegre… me contó cosas intolerables.

Torreblanca lo observó con sorpresa.

—Vamos, Alberto —le inquirió con acento de reproche—, ¿qué cosa incorrecta pueden contar de Leonora? Tú y yo la conocimos bien, ¿no es así?

Cobo hundió la cabeza entre los hombros.

—En Iquique fue famosa —masculló—. La llamaban la «generala Buendía». Dicen que era… la amante del general Buendía.

Torreblanca se puso de pie violentamente.

—¡Basta, Alberto! —lo recriminó—. Si tú has sido capaz de creer esas canalladas y dejarte influir por ellas, yo no puedo permitirte que las repitas ante mí.

—Perdóname, Rafael —le explicó el sargento—. Pero aquella mujerzuela me contó tantas cosas que coincidían…

—No debiste darles crédito…; no debes darles cabida en tu cerebro ahora.

Alberto jamás había visto a su amigo tan enojado. Por primera

vez, creyó que todo lo que le había contado Anita Buendía tenía que ser falso. Pero si no era Leonora aquella mujer, ¿dónde estaba? ¿Qué se había hecho entonces?…

—¡Ah, Dios, ésta es una hora maldita! Uno se pone a soñar con Santiago…, con la vida normal…, con el hogar…, con los amores.

—Yo sólo sueño con encontrarla —musitó Alberto—, en saber qué fue de ella. No quiero morir de un balazo o atravesado por una bayoneta antes de averiguarlo.

Alrededor de las ocho salió el comandante Amengual de la bodega donde estaba instalado el general Escala. Desde el sitio en que estaban, Cobo y Torreblanca oyeron sus voces despidiéndose y se pusieron de pie. Cuando los jefes se separaban, el general Escala dijo al coronel:

—Tenemos que demostrarles que los militares de carrera sabemos algo más que los entrometidos que se las dan de guerreros.

—No hay para qué ser tan drásticos, mi general —le respondió el veterano—. Estoy seguro del que el ministro va a entender las razones.

—Hasta muy pronto, coronel, hasta que lancemos nuestros soldados contra Lima.

Amengual avanzó hacia el pesebre a largas zancadas. Cobo se despidió de su amigo y salió al encuentro del comandante.

Éste alzó la voz para ordenar a Cobo:

—Sargento, embarque los caballos en un tren que está en la estación. Vamos a Pisagua dentro de media hora.

Al leve sonido de los tacones del ordenanza cuadrándose ante él, el ministro Sotomayor alzó el rostro de los papeles que llenaban su escritorio en una cabina del *Abtao*, al que se había trasbordado hacía una semana.

—¿Qué hay, Carlos? —preguntó al criado.

—Ha venido desde tierra un oficial de la Capitanía del Puerto. Trajo este mensaje para su señoría y espera en cubierta por si hay respuesta.

El ministro extendió el pliego sobre el escritorio y comenzó a leerlo.

—¿Te hablé alguna vez de un personaje misterioso que se hace llamar «El Profesor», Carlos? —preguntó a su criado al terminar.

—Sí, patrón.

Él es quien manda esta nota. Me comunica que hace cuatro días, el 23 de diciembre, el coronel Nicolás de Piérola provocó la revolución en Lima, dominó a las tropas del vicepresidente La Puerta y se proclamó dictador del Perú.

Razón tenía el ministro para regocijarse. Ahora sólo faltaba que se produjera la anarquía en el campo boliviano. Con ese fin se había otorgado la libertad a un coronel de las fuerzas del Altiplano, de apellido Equino, a cambio de que insurreccionara a la oficialidad en contra del general Daza.

Pero no fue necesaria la intervención de aquel hombre. La sola noticia del golpe de Estado bastó para debilitar aún más la posición del dictador boliviano. La atmósfera de conspiración que reinaba entre sus oficiales se hizo entonces perfectamente perceptible y el general Daza comprendió que no le quedaba otro remedio para impedir la revuelta que regresar cuanto antes a La Paz. Por intermedio de Leonora Latorre, hizo saber al general Buendía que postergaba indefinidamente su promesa de conseguir su libertad.

El jefe peruano se quedó aturdido ante el mensaje que le llevó la criada de Leonora.

—Regresar a Bolivia con sus tropas representa romper la alianza —exclamó—. Lizardo Montero no lo dejará alejarse; lo hará matar, si es preciso.

—Parece que por ese lado va la cosa —conjeturó Elcira—, porque el ordenanza del general, que trajo el mensaje desde Tacna, nos advirtió que, cuando él venía hacia Arica, vio pasar al coronel Eleodoro Camacho escoltado por un grupo de jefes, que son los que más detestan al general Daza.

—El coronel Camacho y el contralmirante Montero están confabulados, sin duda —discurrió Buendía, alarmado—: y de eso sólo puede resultar la perdición de Daza y de todos los que se encuentran a su lado. Diga a Leonora que se ponga a salvo inmediatamente y que esta noche abandone el puerto.

—¿Y usted, señor?

—Si huyera con ella, la comprometería. Y sin ella, no me importa mi suerte. ¡Corra, mujer, y dele mi adiós!

Elcira llegó a la casa alquilada por su ama totalmente rendida. Jadeando, trajinó las habitaciones en busca de Leonora, hasta que la encontró en el dormitorio que ambas compartían. La agente estaba vestida como para viajar y sobre el lecho tenía las maletas ya listas.

—Este oficio me ha agudizado el olfato —sonrió Leonora—. Ya me había dado cuenta de que nos seguían disimuladamente cada vez que salíamos a la calle. Por eso fue que ahora te pedí que fueras tú al hotel Colón; y, a mi vez, te seguí, cuidadosamente, como los dos hombres que iban pisándote los talones, uno de los cuales, después que entraste al hotel, corrió a la Comandancia de Armas del puerto, en donde sabemos que trabaja el contralmirante Montero.

—¿Y ahora… *pa* dónde vamos a arrancar? —preguntó Elcira.

—Para un barco francés que está en el puerto desde hace tres días —le contestó la agente, tranquilizándola—. Reservé dos pasajes tan pronto arribó; adivinaba que nos veríamos precisadas de buscar refugio en un buque extranjero. ¡Despabílate!, toma esa maleta y salgamos por la puerta falsa.

Comenzaba a obscurecer. Envolviéndose el rostro en los rebozos negros, se lanzaron a la calle por la estrecha puertecilla de servicio.

Aquella misma noche el contralmirante Montero y el coronel Camacho definían el plan que había de derrumbar al general Daza. Al día siguiente el batallón de los «Colorados» debía ir, como lo hacía todos los viernes, a lavar sus ropas al río que bordea Tacna. Para realizar esta faena sus hombres iban siempre sin armas. Aquélla era la oportunidad que buscaban los conspiradores.

—¿Y qué hacemos con el general Daza? —preguntó el contralmirante Montero.

—Le dirá que necesita consultarle algunos detalles imprescindibles de ese descabellado plan que él ha discurrido como pretexto para regresar a Bolivia con nuestro ejército —le respondió el jefe de la «Legión Boliviana».

El marino peruano lanzó una carcajada al oír mentar aquel estrambótico plan elaborado por el general Daza.

—¿Cómo pudo imaginar ese necio que le creeríamos que aspira atacar a los chilenos descendiendo por San Pedro de Atacama sobre

Calama y Antofagasta, lo que representa hacer cruzar a sus tropas seiscientas leguas de montaña y desierto, cuando retrocedió desde la quebrada de Camarones, temeroso de atravesar quince leguas?

Pese al odio que Camacho sentía por Daza, no le hacía mucha gracia el desdén del contralmirante Montero, que envolvía a todos los bolivianos, de manera que apuró la exposición de los detalles de la trama.

Mientras el general Daza esté aquí con usted y los «Colorados» se encuentren desarmados en el río, yo levantaré las tropas que me son adictas y provocaré el pronunciamiento del ejército completo en contra del dictador. Cuando regresen los «Colorados» a su cuartel, los someteremos o los convenceremos. Eso es todo.

—¿Eso es todo? ¿Piensa acaso dejarme al general Daza como presente de Año Nuevo?

—No, contralmirante. El general tomará el tren de regreso en la tarde. Pero, como su presencia ante el ejército y su violenta reacción al verse destituido podrían provocar una revuelta entre los soldados, no llegará a Tacna.

—¿No? —preguntó el contralmirante, fingiendo inocencia.

—Porque…, porque un grupo de oficiales jóvenes lo aguardará en la estación anterior a Tacna… —el viejo coronel vaciló, pero pronunció la sentencia— y lo decapitará.

Mientras los sables de los oficiales bolivianos comenzaban a alzarse sobre el cuello de su propio generalísimo, en las líneas chilenas reinaba una sorda irritación y la disciplina pasaba por una dura prueba.

Así pudo comprobarlo el comandante Amengual desde el tren que lo conducía a Pisagua.

Criado en antiguos principios militares, según los cuales sólo cabía un jefe supremo en el ejército, había prometido al general Escala apoyar su negativa a reorganizar el ejército en divisiones semiautónomas. Pero el espectáculo que observaba al cruzar por los campamentos introducía una duda insoportable en su ánimo: no estarían tan desordenados si existiera sobre ellos un mando más inmediato. Se sintió falso y vacío cuando bajo la mirada serena del

ministro terminó diciendo:

—Creo que en el oficio de la guerra no hay que precipitarse, señor, y aplicar el refrán que dice: «No desechar lo viejo por lo mozo, ni lo cierto por lo dudoso».

El ministro no le respondió inmediatamente. Meditó un momento y luego le expresó:

—No estamos precipitándonos al proponer una reorganización del ejército, coronel Amengual. Jamás Chile ha tenido antes una guerra como ésta; por ello ningún chileno sabe cómo debe encararse una contienda en el desierto, lejos del agua, de los alimentos, de las ciudades, y en cuya extensión hay que enfrentar a un enemigo numeroso, organizado y que no sabe nunca por dónde puede atacar. ¿Qué experiencia tiene en este tipo de campaña, coronel?

El comandante del «Esmeralda» se agitó, desconcertado.

—En 1838 contra la Confederación Perú-Boliviana… —comenzó a recitar.

—Aquélla fue una guerra en pleno territorio peruano —le apuntó el ministro—, en una región que proporcionaba toda clase de elementos.

—Es verdad —aceptó el coronel—. Después combatí en la revolución chilena, en 1851.

—Guerra civil de pequeña envergadura, realizada en torno a ciudades y de muy breve duración —volvió a acotar Sotomayor.

—El 17 de marzo de 1859 organicé el batallón «7.º de Línea» y con él combatí contra los revolucionarios de Copiapó. En la batalla de Cerro Grande me metieron una bala en el pecho y me inutilizaron el brazo derecho.

—También fue ésa una breve guerra civil y se desarrolló en un campo bien provisto de todo.

—Por último marché con mi regimiento a la frontera de Arauco y luché contra los indios…

—Guerra de malocas, de ataques accidentales, de lucha cuerpo a cuerpo contra hordas desorganizadas y en un territorio rico en toda clase de recursos —puntualizó el ministro—. Dígame usted, ¿ha sufrido Chile alguna vez otra guerra contra naciones enemigas, en medio del desierto inhospitalario?

—No, señor —admitió el coronel.

—Pues, si es una guerra nueva y distinta, ¿no es ilógico aplicar a ella los mismos principios que rigieron las contiendas anteriores? Acabamos de tener una amarga experiencia en la quebrada de Tarapacá. ¿Tenemos derecho a exponer a nuestros soldados a otros desastres similares?

—Por supuesto que no. Pero no veo la relación…

—La hecatombe de Tarapacá se produjo porque se envió a combatir a una sección del ejército, agrupada sin orden ni concierto en el momento mismo de partir, y sin que nadie se preocupara de proporcionarle los elementos que se precisan para entrar en batalla. Si la tropa del coronel Luis Arteaga hubiera estado organizada como una división del tipo que se propone ahora, habría actuado precedida por exploradores propios, habría usado medios de transporte propios, habría llevado su parque de artillería propio, su almacén de municiones, su sección de avituallamiento y un comandante general que hubiera velado, no sólo de lanzar a los soldados a la lucha, sino de controlar que todos esos servicios funcionaran en forma simultánea y eficiente. Así el desastre que ahora lamentamos no se hubiera producido, coronel.

El comandante Amengual tuvo que reconocer cuánta verdad había en las afirmaciones del ministro.

—Nuestra base al proponer una reorganización del ejército en divisiones autónomas, aunque dependientes del general en jefe, es la siguiente: Dentro de muy breve plazo vamos a emprender campañas hacia el norte, seguramente sobre el centro del territorio peruano, saltando por mar más allá de Arica y Tacna. Nuestras tropas se moverán en campo hostil y su supervivencia dependerá de una especie de cordón umbilical que las unirá a los barcos de la escuadra establecidos en alguna caleta próxima. Será preciso que cada sección de soldados que avance hacia Lima o descienda hacia Tacna disponga de todos los elementos para bastarse a sí misma. Estas secciones o conjuntos de regimientos serán las divisiones propuestas. ¿Está claro?

—Perfectamente, señor ministro —aprobó el comandante del «Esmeralda».

—¿Seguirá usted oponiéndose a esta reorganización, coronel?

Amengual inclinó la cabeza, plegándose al deseo del ministro.

—Gracias, coronel. Espero ir convenciendo a todos en igual

forma —le declaró el organizador de la campaña—. Pero mi mayor interés reside en ablandar al general Escala. Él imagina que se está atentando contra sus prerrogativas y que esta medida ha sido tramada exclusivamente para disminuir su mando y rebajar su autoridad. Y, sin comprenderlo, está bloqueando los proyectos del Gobierno, al mismo tiempo que exige la aceleración de los preparativos para iniciar las nuevas operaciones. Me acusa de retardar inútilmente la entrada en acción. Pero ¿es cuerdo lanzar adelante a los soldados sin saber adónde se va, cómo se va, con qué recursos se va?

El coronel Amengual estaba ya sobradamente convencido de la lógica del planteamiento.

—Comprendo su preocupación, señor Sotomayor, y le pido que disponga de mí.

—Gracias, comandante. Por el momento, tenemos dos grandes obstáculos por vencer. Primero, que el general Escala acepte la organización del ejército en divisiones; y usted me ayudará en esto aceptando el cargo de comandante de la Primera División, en la cual quedará comprendido el regimiento «Esmeralda».

—Bien, señor, acepto.

—Y el segundo obstáculo es conseguir el nombramiento de un jefe de Estado Mayor. Propusimos al general Villagrán, pero como el general Escala se ha conquistado muchos enemigos y entre ellos está el mencionado, éste rehusó el cargo. Se lo ofrecimos entonces al coronel Velásquez, jefe de artillería, a riesgo de provocar la dimisión de Escala, que lo detesta. Pero Velásquez lo detesta aún más y también rechazó el nombramiento. Sólo nos quedaba por elegir al comandante del batallón «Santiago», coronel Pedro Lagos. Pero el general Escala nos hace saber que vería con profundo desagrado que fuera designado este jefe, porque tuvo un choque con su ayudante, el mayor colombiano Zubiría.

—¡Oh, pero esto es absurdo! —protestó el comandante Amengual—. Dígame, ¿no hay quien tenga la autoridad suficiente para imponer orden en esto?

—Usted sabe bien que yo la tengo —dijo el ministro.

—Pues, ¡úsela! ¡Úsela de una vez por todas y volvamos a ser soldados, por mil diablos!

El ministro no alcanzó a responder. Inesperadamente su

secretario le anunció que acababa de entrar en la bahía la corbeta *Chacabuco* y su comandante, el capitán Óscar Viel, solicitaba, con toda urgencia, hablar con Sotomayor. Éste adivinó que algún motivo muy poderoso tenía que haber movido al comandante Viel para abandonar el bloqueo del puerto de Ilo, que estaba encargado a su barco, y para romper los principios de jerarquía pidiéndole que fuera a la *Chacabuco*, en lugar de acudir él al despacho del *Abtao*.

El ministro se puso de pie al momento.

—¿Me acompaña, comandante Amengual?

La lancha a vapor del *Abtao* los esperaba al pie de la escalerilla y enfiló su proa al momento hacia la *Chacabuco*.

El ministro iba explicando al jefe del «Esmeralda» las razones que promovieron el bloqueo del puerto de Ilo. El *Cochrane* y la *Covadonga* mantenían el bloqueo de Arica, base principal del ejército aliado. Pero aquella medida se tornaba ineficaz, mientras los peruanos pudieran seguir proporcionándose recursos que desembarcaban en la caleta de Ilo y transportaban por tierra hasta Tacna.

—Lo mismo tendremos que hacer a corto plazo con el puerto de Mollendo —explicó el ministro—. Esperamos solamente que venga desde Valparaíso el *Huáscar*, mandado ahora por el comandante Manuel Thomson.

—Y dígame, señor ministro —le inquirió Amengual—, ¿cuáles son, al fin, los planes para la próxima campaña?

—El plan primitivo era transportar 10 000 hombres al norte y caer sorpresivamente sobre el Callao y Lima, para terminar la guerra de un solo golpe. Pero… razones de Estado…

—¿Tal vez que se ha dado en llamar «la política boliviana», señor? —aventuró el coronel.

—Exacto. El ministro Santa María se ha empeñado en conseguir un arreglo con Bolivia. Sostiene que, habiendo privado a ese país de todo su litoral, jamás lo veremos conformarse, y luchará hasta el último extremo. Confía en que, si nosotros ofrecemos a Bolivia entregarle Tacna y Arica, no sólo quedará conforme su Gobierno, sino que estará llano a firmar una paz por separado.

—Hum, no me parece acorde con la altivez de los bolivianos —opinó Amengual—. Además, el general Daza es enemigo irreconciliable de Chile.

Ésa era otra de las razones que esgrimía el ministro del Interior para propiciar el ataque por Tacna y Arica, siguió explicando Sotomayor. Se pretendía vencer al general Daza en Tacna, con el fin principal de pactar con el hombre que lo sucediera.

Existía otra razón que el ministro no confió al coronel Amengual: el convencimiento de que Chile jamás podría disfrutar del dominio de Tarapacá mientras mantuviera una frontera común con el Perú. De ahí nacía la oferta de Tacna y Arica a Bolivia. Esta medida serviría para oponer una muralla viva entre Perú y su antiguo arcón de minerales de Tarapacá.

La lancha a vapor atracó a la escalerilla de la *Chacabuco*. El jefe del barco comenzó a excusarse por hacerlo acudir hasta allí, pero Sotomayor lo atajó, sin conceder importancia al asunto:

—Ya estoy en su barco y basta. Ahora me interesa saber sus noticias, por qué abandonó el bloqueo de Ilo.

—Quedó manteniéndolo la corbeta *O'Higgins*, al mando del comandante Jorge Montt, señoría —le explicó Viel—. Pero era urgente que yo viniera a comunicar a usted que quizás en Ilo esté abierta la puerta de entrada al corazón del Perú.

El ministro cogió al comandante de un brazo y lo impulsó hacia la cámara principal. Allí le pidió una aclaración.

—El 20 de este mes, o sea, hace seis días, fondeé la *Chacabuco* en Ilo —comenzó Viel—. Habíamos averiguado en Mollendo que la *Unión* navegaba hacia ese puerto cargando fusiles Remington para la guarnición de Arica. Aunque navegamos aceleradamente, cuando arribamos, la *Unión* había alcanzado a descargar en la noche del 19 al 20.

—¿Consiguieron averiguar de qué medios se valían para transportar esas armas hasta Arica?

—Lo hicieron en caravanas formadas por toda clase de acémilas, señor. Lo supimos por unos pescadores que aprisionamos.

—Esas caravanas deben marchar muy lento —calculó el ministro con la idea de interceptarlas—. ¿Qué más pudo usted saber, comandante?

—Que Ilo está abandonado.

—¿Cómo? ¿Está loco usted o lo están los peruanos? —dejó escapar.

—Ellos, señor —afirmó el comandante—. En Moquegua, pueblo cabecera de aquel departamento y que está unido a Ilo por una espléndida vía férrea, se ha levantado el comandante de los milicianos, un coronel Julio César Chocano. En la agitación que esto ha provocado, los moqueguanos se han despreocupado completamente de la defensa de Ilo, y los pocos habitantes de esa caleta, atemorizados por la aparición de nuestros barcos, huyeron hacia el interior con las caravanas con armas de que le hablé. Así, en estos momentos los peruanos han dejado abierta una puerta de entrada a su territorio.

—¡Gran Dios, qué oportunidad, ministro! —exclamó el comandante Amengual—. Denme ustedes un barco para transportar a mis niños del «Esmeralda» y yo entro al hígado del Perú por la caleta de Ilo.

Sotomayor había percibido las ventajas de aquella extraordinaria oportunidad, pero no quería precipitarse.

—Gracias, coronel —dijo tras meditar unos instantes—, pero creo que tendría que ir un regimiento que pudiera partir en el acto y al que no fuera preciso reemplazar en las funciones que desempeña en la actualidad. Podría ser, por ejemplo…, ¡el «Lautaro», que está en Tocopilla! Todo está en encontrar un barco que lo transporte. Comandante Viel, ¿está la *Chacabuco* en disposición de regresar rápidamente a Ilo escoltando a un transporte?

—Por supuesto, señor.

—Bien. Voy a tierra, a la oficina del telégrafo. Si no fallan mis cálculos, el transporte *Copiapó* debe estar descargando en Iquique. Por telégrafo ordenaré a su comandante descender a toda máquina a Tocopilla. Por el mismo medio habré dado orden al comandante del «Lautaro» de que apreste su batallón para ser recogido por el *Copiapó* y mañana, antes del mediodía, tendremos ya a nuestra fuerza expedicionaria frente a Pisagua. Aquí le saldrá al encuentro usted con la *Chacabuco*, comandante Viel, y la escoltará hasta Ilo. ¿Comprendido?

—Comprendido, señor.

—Si conseguimos meter una cuña de soldados en Ilo, la suerte de Tacna y Arica estará sellada —continuó Sotomayor—. Desembarcaremos nuestro ejército en esa caleta, aislaremos las dos

ciudades enemigas y después nos será fácil rendirlas. Aquello significará el término de la carrera de los caudillos Daza y Montero.

Pero los hechos se precipitaron, anticipándose a los planes chilenos. El 27 de diciembre, a las 9.30 de la mañana, el general Hilarión Daza, acompañado por un doctor apellidado Gutiérrez y varios edecanes, llegaba a la estación de Tacna y se detenía junto al tren que lo conduciría a Arica. Llevaba en su casaca la carta, firmada por el prefecto Severino Zapata, en la que se le invitaba a sostener una conferencia táctica con el contralmirante Montero. Durante unos minutos se le vio discutir con el doctor Gutiérrez, instándolo a subir al tren con él, pero aquél se negó. En vista de eso se instaló en el vagón acompañado sólo por sus edecanes.

Tan pronto partió el convoy, el doctor Gutiérrez se acercó a un militar delgado y alto que permanecía inmóvil en el andén. Era Abdón Ondarza, secretario de Guerra de Bolivia.

—¡Oh, mi querido amigo Ondarza, estamos perdidos! —le confió —. El general Daza ha querido llevarme a Arica para que firme la ruptura de la alianza entre Bolivia y Perú. Yo no puedo prestarme a eso ni a que regrese a nuestra patria a derramar la sangre de los bolivianos para satisfacer sus odios personales.

El secretario de Guerra sonrió desdeñosamente.

—No pase cuidados, doctor Gutiérrez —le confesó con maligno acento—. Ya la carrera del general Daza ha concluido. Desde el momento mismo en que puso pie en este tren su destino quedó cancelado.

—¿Qué dice usted, señor secretario? —le inquirió con ojos desorbitados.

—Venga, venga, doctor —lo tranquilizó el militar, impulsándolo a caminar hacia el pueblo—. Vamos a platicar con el coronel Camacho, que ya tiene dispuesto al batallón «Murillo» para que se apodere de la Casa de Gobierno, mientras toda la oficialidad y las tropas se pronuncian contra el dictador.

El doctor Gutiérrez se detuvo, súbitamente enfermo por la impresión:

—¿Acaso…, acaso se ha determinado que…?

—Ahí tiene usted la respuesta, mi amigo —le replicó el secretario de Guerra, mostrándole un grupo de jinetes que se alejaban galopando sin prisa por el costado de la vía férrea—. Esos oficiales esperarán al general Daza en la estación anterior a Tacna y, cuando regrese de Arica… —No concluyó la frase, pero se pasó significativamente la mano extendida por el cuello.

—¿Tienen orden de… de terminar con él?…

—Es la única forma de que vuelva a reinar el orden en nuestro ejército y podamos organizar la campaña contra las hordas de Chile que se están aprestando para saltar sobre Arica y Tacna, doctor —se limitó a responderle el secretario de Guerra.

La conspiración continuó su marcha. Y mientras el general Daza proponía al contralmirante Montero su falso plan que le permitiría retirarse de La Paz, el coronel Camacho, al frente del batallón «Murillo», se apoderaba de los cuarteles de Tacna. Reuniendo a todas las tropas bolivianas en la Alameda, las arengó, consiguiendo volcarlas a su causa.

El contralmirante Montero interpretó su papel en la farsa con una habilidad digna de un actor profesional, mientras Daza exponía su plan cada vez con mayor ardor. Sin medir la magnitud de su desatino, proponía que las fuerzas peruanas descendieran hasta la quebrada de Camarones y se estacionaran allí en espera de que él con el ejército boliviano diera la vuelta por Bolivia, pasando por La Paz para descender por Potosí hasta los contrafuertes de la cordillera.

—Desde allí caeré como un torrente incontenible sobre Chiu Chiu y Calama —prometía—. Posesionado de este último pueblo, lanzaré mis tropas a la pampa y atacaré al ejército chileno por el flanco oriental, al mismo tiempo que usted lo hará desde el norte con los regimientos peruanos. Entre las dos olas de nuestros ejércitos arrollaremos a las huestes enemigas y arrojaremos sus cadáveres al mar. Enseguida, unidos ya, continuaremos nuestra marcha triunfal hacia el sur, en busca de la capital adversaria.

—¡Magnífico, magnífico! —interrumpió su verborrea el jefe peruano—: ¿Y cuánto tardará usted en dar la vuelta por el Altiplano con sus tropas, general?

—Bueno…, algún tiempo, naturalmente —se escabulló el boliviano—; la ruta no es corta: entre cuatrocientas cincuenta y…

seiscientas leguas. Pero eso no es obstáculo; mis soldados son de hierro.

El contralmirante tuvo que contener una carcajada.

—¡Perfecto! Su plan es soberbio, general.

—¿No es verdad, contralmirante? —se ufanó Daza, casi olvidado de que estaba representando una comedia—. Pues, démoslo por aprobado, que estoy impaciente por comenzar a ponerlo en práctica.

El marino peruano hizo un gesto ambiguo.

—Yo lo aprobaría de inmediato —observó—, pero usted comprenderá que para dar un paso tan trascendental, debo consultarlo con nuestro director supremo, el coronel Piérola.

—¡Oh, caray! Eso nos hará perder un tiempo precioso.

El contralmirante lo tranquilizó, asegurándole que haría salir a un emisario en el primer barco que pasara hacia el Callao.

—Además, usted tiene que preparar sus tropas para la marcha hasta La Paz —agregó—. Lo menos demorará tres días en los aprestos.

—Sí…, sí —aceptó disgustado el general Daza—. Pero mis deseos eran de partir…, partir lo antes posible. Sea —rezongó—. Esperemos el regreso del emisario que irá a Lima.

—Pues no malgastemos más tiempo. Regrese a Tacna para disponer la marcha de su ejército, y yo ordenaré la partida de mi emisario.

Sin darle tiempo a reanudar la conversación, el contralmirante se apresuró a llamar a los edecanes del dictador y dio orden a Severino Zapata de acompañar a los bolivianos hasta la estación.

—Hasta la vista, general Daza. Le deseo toda clase de venturas.

Cuando el contralmirante cerró la puerta de su despacho se arrancó la sonrisa de un golpe. Resoplando se dejó caer en su sillón y esperó que regresara el comandante Maclean, a quien había enviado a Tacna. Éste se presentó media hora más tarde.

—¿Cómo quedó eso en Tacna? —le preguntó el contralmirante.

—Todo se ha terminado, señor. El coronel Camacho dispone ya del ejército boliviano y ha despojado al general Daza.

—¿Y el batallón de los «Colorados»?

—Fue dominado en el río.

—¡Magnífico! Entonces todo aquello está en orden ya, ¿verdad?

—Por el momento, sí, señor. Pero si el general Daza es asesinado, esta medida puede provocar una revuelta sangrienta entre los soldados.

Aquel factor no había entrado en los cálculos del contralmirante Montero. Irritadísimo, exigió toda clase de informes. Tuvo que rendirse a la evidencia. Era forzoso impedir la muerte del dictador.

El comandante Maclean abandonó el despacho a la carrera y se dirigió a galope a la estación. El tren en que viajaría el general Daza partía a las cuatro y cuarto y eran las cuatro y cinco de la tarde. Consiguió llegar al recinto ferroviario en diez minutos. El tren comenzaba a ponerse en movimiento. Derribando cestos de frutas, atropellando a hombres y mujeres, consiguió emparejarse a la locomotora.

—¡Maquinista, deténgase! ¡Por orden del jefe del departamento, pare el tren!

El tren interrumpió su marcha con chirrido de frenos y entrechocar de vagones.

El comandante controló a su caballo que se encabritaba asustado por el estruendo y lo obligó a trotar por el costado del convoy. Casi inmediatamente asomó por una ventanilla el rostro iracundo del general Daza.

—¿Qué demonios significa esto? —protestaba—. ¿Por qué se retarda nuestro viaje?

El comandante Maclean se aproximó rápidamente.

—Perdón, Excelencia —le dijo—, he sido yo quien hizo detener el tren. Ya le explico.

—¿Qué ocurre, comandante Maclean? —lo recibió el general tan pronto lo vio aparecer en el vagón.

El comandante miró a los edecanes y a otras personas que ocupaban el vagón y se inclinó sobre el oído del general, musitando:

—En este tren Su Excelencia no habría llegado jamás.

El dictador alzó los ojos desconcertado.

El militar hizo un gesto que expresaba que no le era posible hablar delante de todos. Entonces Daza los ahuyentó. Cuando en el vagón quedaron solos, clavó su mirada inquisitiva en el militar.

General Daza —acertó a decir, por fin Maclean—, tengo orden del señor contralmirante Montero de comunicar a usted una ingrata

noticia.

—¿Cuál?

—Esta mañana se ha producido en Tacna un levantamiento de los jefes y oficiales y todo el ejército boliviano se ha pronunciado contra usted.

El general abrió la boca, y su rostro se fue poniendo rojo hasta el tono púrpura. Sus manos crispadas atraparon al comandante por los hombros.

—¡Miente!

El militar se desasió bruscamente.

—Jamás miento, general —le replicó, ofendido—. El ejército boliviano, obedeciendo al coronel Camacho, se ha rebelado y lo ha destituido del mando.

—¿Me han destituido?… Pero ¿qué se ha imaginado ese borrego de Camacho? ¿Qué basta con que él lo ordene para que se me despoje de mis prerrogativas de generalísimo del ejército de mi patria? Pues, he de ir a Tacna a rebajarle las ínfulas y arrastrarlo ante un piquete de fusilamiento por insubordinación y desacato contra…

Maclean lo interrumpió secamente:

—Si usted sigue el viaje en este tren será asesinado en el camino.

La palabra «asesinado» traspasó al general.

—¿Asesinado? —murmuró—. ¿Asesinado por quiénes?…

—Por un grupo de oficiales que aguardan en la estación anterior a Tacna. Se han juramentado para decapitarlo.

El dictador se llevó la mano al cuello con ademán aterrado, como si lo sintiera ya cercenado.

Minutos más tarde, abandonaba el tren acompañado sólo por el comandante Maclean y salía a la calle. Aplastado por la noticia, no opuso resistencia cuando el militar peruano lo subió a un coche de alquiler y dio orden de dirigirse hacia el puerto. Sólo entonces se percató de que sus edecanes se habían esfumado.

—Ingratos —se lamentó. Tuvo aún un rapto de rebeldía—: Pero el contralmirante Montero tendrá que ayudarme a recuperar mi mando. Ordene que el coche nos lleve a…

El comandante Maclean movió la cabeza, negándose. Aquel gesto despectivo e inflexible, dio al general Daza la medida de su

derrumbe.

—¿Por qué no? —protestó.

—El contralmirante no puede inmiscuirse en la organización del ejército boliviano —le respondió el comandante—; ni siquiera le es dado recibir a un jefe destituido.

El general tragó su impotencia con una mueca acongojada.

—Le escribiré entonces —expresó débilmente—. Pero comprenda que no puedo meditar una carta de tanta importancia aquí, en el interior del coche.

—Le haré una sugerencia. En estos momentos está en el puerto, listo para zarpar, un barco francés. Su nombre y su rango servirán para persuadir al comandante de la nave de que postergue la partida hasta que usted alcance a recoger su equipaje y sus caudales. También tendrá tiempo para enviar su carta.

—Pero todo cuanto poseo está en manos de uno de mis ayudantes en Tacna.

—Le prestaré un hombre de confianza para que vaya a Tacna.

El general Daza doblegó la cabeza. Afortunadamente estaba preparado. Todas sus joyas y una gruesa cantidad de dinero estaban reunidos en un cofre cuya llave llevaba siempre consigo.

—Está bien —aceptó—. Vamos al barco francés.

La carta del general Daza quedó hecha una bolilla sobre el escritorio del contralmirante Montero. Éste opinó después de leerla:

—¡Qué majadería! ¿Hasta cuándo pretende ese ciego seguir mirando?

Junto con enviar su respuesta hasta el barco en que se asilaba el depuesto dictador, ordenó que las fuerzas bolivianas salieran en maniobras fuera de Tacna y que esta cuidad fuese ocupada de inmediato por la Tercera División peruana.

El general Daza quedó aniquilado con la nota del jefe militar de Arica. En la borda del barco, junto al ayudante que le trajera el cofre con sus bienes, contemplaba las opacas luces de tierra.

—Me hunden…, me aplastan como a una alimaña —se lamentaba—. ¿Qué hacer, Dios mío, qué hacer?

El ayudante se atrevió a intervenir:

—Ya tiene usted su dinero y sus joyas. ¿Por qué no autorizar al capitán para que se dé el zarpe al barco?

—Espero… Espero no sé qué —se obstinaba el general—. Tal vez que se presenten en la playa mis partidarios y vengan a devolverme mi poder… —Lloraba de impotencia y de rabia—. Huir así… Huir como un criminal hacia el extranjero…

El ruido de unos pasos dobles sobre la cubierta lo hizo esconder el rostro en el pecho. Su ayudante se volvió hacia quienes se acercaban. Eran dos mujeres. Una joven, alta y delgada; la otra, baja y gruesa.

Ya debiéramos haber partido, Elcira —decía la joven—. ¿Por qué este retardo?

El general Daza levantó la cabeza al oír aquella voz. La habría reconocido entre mil. No podía ser otra que la de la señora Zulema Díaz de Arellano.

—¡Señorita! —exclamó—. ¿Usted a bordo de este barco?

Las dos mujeres se detuvieron, observándolo en actitud desconfiada.

—¿Quién es usted? —preguntó la joven.

El general Daza se quitó el morrión y les hizo una profunda reverencia.

—Pero…, si es el generalísimo Daza —exclamó hondamente sorprendida Leonora.

—Ya no más generalísimo, señorita. Ahora soy un simple viajero y nada más.

—¿En desgracia, don Hilarión? —le inquirió la joven.

—Ujum. ¿Y usted?

—En Arica se ha declarado la fiebre amarilla —mintió Leonora sin disimularlo—. Viajo en busca de aires menos contaminados.

—¿Hacia el norte?

—Sí. Pero no sé exactamente a qué lugar. ¿Al Callao?… ¿A Lima?… ¿A Trujillo?… No sé.

El señor Daza sonrió plenamente.

—¿Me aceptaría usted una copa en el comedor, para que charlásemos? —le propuso con su expresión más galante.

—Gustosa, general.

4

Una ansiedad creciente vibraba en los campamentos chilenos. Todo el mundo en Santa Catalina, Dolores, San Antonio, Jazpampa, Tiliviche y El Bearnés presentía que iban a comenzar nuevamente las operaciones. Los hilos telegráficos tendidos entre el despacho del ministro en el Alto de Hospicio, la tienda del general Escala en El Bearnés y la oficina del presidente Aníbal Pinto en La Moneda transmitían toda clase de mensajes. A través del telégrafo se traslucía la lucha sorda empeñada entre el ministro Sotomayor y el general Escala. Sin embargo, aquella rencilla no lograba frenar el ansioso devenir de los acontecimientos.

El 27 de diciembre comenzaron las acciones. El primer batallón del regimiento «Lautaro» fue sacado de su campamento en Tocopilla y embarcado en el transporte *Copiapó*. El 29 de diciembre pasaba este vapor frente a Pisagua y la corbeta *Chacabuco* se le emparejaba para escoltarlo hasta Ilo.

El mando de la expedición fue confiado al comandante de ingenieros Arístides Martínez, a quien secundaría, como ayudante, el ingeniero Federico Stuven.

Pero aun cuando ambos jefes tenían fama de mesurados, el ministro no quiso dejarlos partir sin subrayarles la necesidad de prudencia.

—No quiero que se cometan disparates como el de Tarapacá, comandante Martínez —recalcó—. Este viaje será simplemente de exploración. Necesitamos averiguar si será posible usar el puerto de Ilo como lugar de desembarco de nuestro ejército, para caer por la espalda de los defensores de Tacna y Arica y cortarles toda comunicación con Lima. La misión de ustedes debe limitarse a levantar croquis topográficos de la región y estudiar el comienzo de

la vía férrea que une Ilo con Moquegua. Cuando mucho llegarán ustedes hasta tomar algunos prisioneros en la comarca, a fin de obtener de ellos informes sobre los caminos que existen hacia Tacna y Arica.

Pese al respeto con que el comandante Martínez acató sus observaciones, las sonrisas fanfarronas de los soldados hicieron comprender al ministro que sería difícil sujetarlos si se les presentaba una oportunidad de ampliar la operación.

En los momentos en que se disponía a bajar la escalerilla que lo conduciría a la lancha que lo esperaba, un bote atracó al casco de la *Chacabuco*. Dos hombres treparon a cubierta: uno era el capitán Manuel Rodríguez y el otro el sargento Alberto Cobo.

—¡Menos mal que alcanzamos a llegar antes de que zarparan! —exclamó el primero, cuadrándose ante el ministro.

Éste lo presentó al comandante Martínez:

—El capitán Manuel Rodríguez, del «Cazadores del Desierto», es uno de nuestros mejores guías y un explorador consumado. Quiero que grabe en su memoria todas las características de la comarca que van ustedes a conocer.

—Perfectamente —aceptó el jefe de los ingenieros—. Capitán, queda usted incorporado a la expedición. Pero dígame, ¿para qué ha traído un ayudante?

El capitán rió divertido.

—No, mi comandante. El sargento viene por su cuenta.

—¿Cómo es eso? —refunfuñó el comandante Martínez—. A ver, sargento, aproxímese.

Cobo se adelantó y permaneció cuadrado ante él.

—¿Quién es usted y a qué cuerpo pertenece?

—Soy el sargento Alberto Cobo, del regimiento «Esmeralda», mi comandante.

—Pero ¿qué hace usted aquí, siendo que su regimiento está de guarnición en Iquique? —le inquirió el ministro.

—Formé en la escolta personal de mi comandante Amengual, señor. Y mi comandante estimó necesario que viniera a presentarme ante ustedes para pedirles, en su nombre, que se me permita formar parte de la expedición.

El ministro frunció las cejas:

—Pero ¿para qué?

—Mi comandante Amengual supone que esta partida exploradora va a incursionar en el territorio que servirá posteriormente de punto de desembarco del ejército y considera preciso que un hombre del «Esmeralda» forme en ella para poder guiar al regimiento.

—¡Oh, caramba! —exclamó el ministro—. Estos jefes de la antigua escuela desprecian el secreto militar como cosa innecesaria. Quédese, sargento, y para mejor desempeño de su misión, póngase bajo las órdenes del capitán Rodríguez.

Al mediodía del 30 de diciembre, la *Chacabuco* y el *Copiapó* abandonaron Pisagua y enfilaron sus proas hacia el norte. Tomando mar abierto, para no ser descubiertos desde la costa de Arica, los dos barcos avanzaron lentamente hasta que vino la noche. Entonces el comandante de la *Chacabuco* dio orden de navegar a todo vapor, sin importarle dejar atrás al otro barco. Avanzando con sus luces apagadas, la corbeta pasó frente a Arica y prosiguió a Ilo. Serían aproximadamente las once de la noche cuando se divisaron las luces profusas de un buque de pasajeros que navegaba también hacia el norte. A una orden del comandante Viel, las máquinas fueron detenidas y la corbeta quedó inmovilizada, aguardando.

Ignorante de tan peligrosa vecindad, el vapor de pasajeros se deslizaba mansamente. En la borda de babor, dos personas conversaban: eran Leonora Latorre y el general Daza.

—Nos hallará la llegada del Año Nuevo navegando, señorita —reflexionaba él.

—No, general; uno de los oficiales me informó que el barco pasaría la noche de Año Nuevo en el muelle del Callao —le replicó la joven.

—¡Qué contratiempo! Preferiría alejarme cuanto antes de estos lugares.

Dejaron de hablar durante unos instantes. Él, urdiendo la forma de conquistar a esa mujer que lo enardecía tanto. Ella, buscando el modo de encontrar una coyuntura que le permitiera sacar de ese hombre, que aún tenía poder, documentos que le abrieran las puertas de Lima.

—Yo desembarcaré en el Callao —dijo, finalmente, Leonora, con una sonrisa picaresca—. Me esperan en Lima.

—¿Cómo? ¿No dijo usted que no tenía a nadie en la capital

peruana?

—¿Dije eso, general? Pues olvidé algo muy importante. —Rió sin sonido y volvió el rostro hacia la costa.

—Bien me lo sospechaba —murmuró contrariado Daza—. ¿Y quién es el dichoso mortal que tendrá el placer de estrecharla en un abrazo de bienvenida y de buen augurio en la próxima noche de Año Nuevo?

—¿He dicho que sea un hombre? —Leonora arrastraba la voz suavemente—. No, general: he dicho sólo que en Lima me espera una compañera invisible que se llama… la soledad.

El general Daza levantó el rostro, esperanzado.

—¿Y para qué ir tras ella, pues? Señorita Zulema, voy a hacerle una proposición quizás un tanto intempestiva, pero que tiene su justificación.

—General, no ofrezca usted nada que después lo llame a arrepentimiento —siguió provocándolo Leonora.

—Diré únicamente lo que siento —exclamó el militar—. Señorita, llevo conmigo bastante riqueza; guardo en mi valija documentos y valores que me permitirán hacer una vida regalada en un país tan hermoso como es Francia. ¡Zulema, no desembarque usted en el Callao, no vaya a Lima! Siga conmigo hacia el norte…, déjeme adorarla.

Leonora retiró un poco el cuerpo, fingiendo recato y asombro.

—¡General!… Bien sabe Dios cuánto me duele tener que responderle como lo voy a hacer, pero, por desgracia, la respuesta puede ser sólo una: tengo una misión que cumplir en Lima. Empeñé mi palabra y no puedo faltar a ella.

—Luego, ¿rechaza usted definitivamente mi proposición?

—Definitivamente no, general —replicó ella en tono evasivo.

—¿No alcanzaría usted a llegar hasta Lima, cumplir ese deber y regresar al vapor, durante el tiempo que éste va a detenerse en el Callao?

Leonora se quedó apoyada en la borda, como pensando una posibilidad que no se le había ocurrido.

—¿Sabe usted que puede tener razón? —exclamó—. En verdad, mi promesa es de llegar hasta la casa del general Buendía y entregar a cierta señora una serie de documentos muy confidenciales. Pero no sé dónde encontrar a esa dama, ni si podré llegar libremente

hasta ella. Es probable que la casa del general Buendía esté vigilada por la policía política del coronel Piérola. Ahí está la dificultad para regresar rápidamente al vapor.

El general Daza arrugó el entrecejo, pensando en alguna solución. Por fin, afirmó:

—Habría un modo de que usted encontrara con rapidez a la familia del general y pudiera regresar a tiempo a este vapor. Tengo amigos muy influyentes en Lima. Bastará una nota mía para que ellos la atiendan en todo y le allanen los caminos.

Leonora giró hacia él.

—Gracias, general.

El exiliado la asió apasionadamente de una muñeca.

—¿Regresará a este barco? Con ello me sentiré sobradamente recompensado.

—Volveré, general. Usted sabe bien que volveré.

El exdictador no supo resistir más y la atrajo hacia sí. Pero la joven lo contuvo colocándole los codos en el pecho.

—Aún no, general; cuando regrese de Lima. Vamos a mi cámara. Allí redactará las cartas para que mi misión en la ciudad sea más breve.

El general Daza se dejó conducir rebosando de satisfacción y placer.

Cuando las luces del vapor francés se perdieron hacia el norte, el comandante Viel dio orden de que la corbeta *Chacabuco* se pusiera nuevamente en movimiento. Alrededor de las once y media de la noche embocaba a la ancha bahía que encierra los puertos de Ilo y Pacocha. Poco más tarde llegaba también el *Copiapó*. Los dos barcos se reunieron frente a la Punta Coles, que se incrusta en el mar como un agudo espolón de rocas. No tardó en acudir a la cita la corbeta
O'Higgins,
que mantenía el bloqueo de la rada. Cuando las tres naves se hubieron identificado por medio de luces, el comandante Arístides Martínez se hizo trasbordar al *Copiapó* para impartir las instrucciones para el desembarco.

La fuerza incursionista estaba compuesta por el primer batallón del regimiento «Lautaro», que contaba con quinientos hombres mandados por el sargento mayor Ramón Carvallo Orrego, doce granaderos a caballo y un pelotón de pontoneros que estaban bajo las órdenes del capitán Federico Stuven. Además, estaban las tripulaciones de los tres barcos, las que podían actuar en caso de emergencia.

El plan de desembarco del comandante Martínez fue el siguiente: La cuarta compañía del «Lautaro», ciento cincuenta hombres, se trasladó a la
O'Higgins,
llevando como jefe al capitán Nicomedes Gacitúa. Allí se les agregarían 20 hombres de la tripulación de la corbeta. Ésta fue a apostarse al norte de Ilo.

Las tres compañías restantes del «Lautaro», que permanecieron a bordo del *Copiapó*, fueron trasladadas en dirección contraria y esperaron frente a la playa sur de Pacocha. Los pontoneros, con el ingeniero Stuven, el capitán Rodríguez y el sargento Cobo, esperaron en la *Chacabuco* en la mitad de la bahía, enfrentando a la desembocadura del río Ilo. Este grupo constituía la vanguardia de desembarco y su misión era la de apoderarse de la estación de ferrocarril y de la oficina del telégrafo, mientras las fuerzas vaciadas por el *Copiapó* y la
O'Higgins
avanzarían por ambos flancos para envolver los dos puertecillos en un semicírculo de bayonetas.

Después de que los tres barcos tomaron la colocación que se les había indicado, comenzó la espera. El comandante Martínez permanecía en la proa del *Copiapó* aguardando las primeras luces del alba. Un minuto antes de las cuatro, se volvió al mayor Ramón Carvallo.

—Ya es la hora, mayor. Ordene que los soldados desciendan a los botes.

El ayudante del coronel Martínez fue hasta la toldilla de popa y agitó brevemente un pequeño fanal rojo. Aquélla era la señal de comienzo de la operación.

El comandante de la
O'Higgins,

Jorge Montt, terminaba de cerciorarse de que dos de los cañones Armstrong de la corbeta estaban ya embarcados en una lancha y bajo el cuidado del teniente Silva Palma. Al divisar la señal roja trepó rápidamente al barco y ordenó al capitán Gacitúa que vaciara los hombres de la cuarta compañía del «Lautaro» en otras lanchas. A las cuatro diez éstas navegaban ya hacia la playa.

Por su parte, el ingeniero Stuven también había puesto en movimiento a sus hombres, y su bote con los pontoneros se separó apresuradamente del costado de la *Chacabuco*.

El capitán Manuel Rodríguez y el sargento Cobo habían sido encargados de una misión especial y disponían de una pequeña embarcación para ellos solos.

—Cerciórese de que el yatagán sale fácil de la vaina — recomendó el capitán a su compañero—. En esta operación no debe haber disparos que arruinarían la sorpresa.

Comenzaron a remar vigorosamente, aunque tratando de no golpear las aguas. Iban directamente hacia la desembocadura del río.

Antes de que llegaran a la costa, la aurora hizo posible la visión de la rada. Capitán y sargento encallaron su bote en una playa abierta al costado derecho del río. Rápidamente sacaron la embarcación hasta la arena y se escabulleron agazapados por entre unos cañaverales próximos. A un centenar de pasos hacia el sur se veía atracando la lancha de los pontoneros de Stuven y, más abajo, las cinco del *Copiapó*, que aún no llegaban a la playa. Los dos hombres aguardaron hasta que la primera fase de la operación quedó cumplida. Sin un ruido, los soldados iban saltando a tierra y diseminándose por entre las rocas. Entonces el capitán Rodríguez echó a trotar agachado, por entre las cañas y matorrales. Cien pasos adelante se detuvo.

—Hemos desembarcado en la orilla donde está Pacocha — cuchicheó a Cobo—. Es una suerte, porque ahí están la estación del ferrocarril a Moquegua y la oficina del telégrafo. Avancemos con cuidado ahora para no toparnos de repente con los pontoneros o los lautarinos. Tenga listo el santo y seña.

Siguieron penetrando en el cañaveral. Subían una suave pendiente e iban a asomar a una amplia meseta amarilla por el pasto seco, cuando el capitán Rodríguez detuvo a su compañero.

—Me pareció oír pasos a la derecha —susurró.

Volvieron a caminar. El bosquecillo terminaba poco más arriba. El capitán se puso en cuatro pies y siguió gateando hasta el linde de la meseta. Asomaron las cabezas a ras del suelo, amparados por un matorral.

—¿Ve usted algo? —musitó el sargento.

El explorador tendía el oído, receloso.

—Juraría que… —alcanzó a decir, cuando a la derecha de ellos se oyó un súbito aplastar de ramas, un golpe sordo y un gemido atroz y sofocado.

—¿Oyó, mi capitán? Ahí pusieron a uno fuera de combate.

El explorador indicó a Cobo un punto con la mano.

—Son los pontoneros, sargento. Allí van deslizándose apegados a los muros del cobertizo de la estación.

—Vamos hacia allá entonces, mi capitán.

—Con cuidado. Cobo; no sea cosa que nos liquiden nuestros propios compañeros.

Se pusieron de pie y corrieron por la meseta.

—Bien atentos a los uniformes que se nos crucen —recomendaba Rodríguez, mientras corría—. Si son azul y rojo, salto a la garganta y golpe de yatagán.

Llegaron a la parte posterior de la barraca de la estación y se apegaron al muro de tablas, con la intención de contornear el edificio. Pero, al asomar a la primera esquina, dos fusiles les apuntaron al pecho.

—Somos compañeros, hombre —aclaró Rodríguez sin alzar la voz.

—¡Santo y seña!

—Vanguardia —dijo Cobo.

—Vengadores —agregó el que los había detenido.

—Valientes —concluyó Rodríguez.

Los dos pontoneros que los amenazaban bajaron los fusiles.

—Bien. Adelante —dijo el que había hablado—. Ahí está el capitán Stuven. —Y los precedió.

—¿Ninguna novedad por ese lado? —les inquirió Stuven.

—No hemos divisado a nadie —le respondió Rodríguez—. Ese sector está vacío.

—Nosotros liquidamos al guardián de la oficina de telégrafos —

les participó el ingeniero—. Acabo de mandar a dos hombres a cortar los alambres un poco más arriba. No seguiremos avanzando hasta tener la seguridad de que hemos aislado estos dos puertos de la base de Moquegua.

El resto de los pontoneros permanecía en tensa expectativa.

La luminosidad total de la madrugada permitía ya divisar a los soldados del «Lautaro», que se escabullían por los faldeos del Cerro de las Coles. Progresaban muy velozmente para envolver al pueblo por la retaguardia, impedir que se escapara ningún enemigo y juntarse con los que desembarcaron por el norte de Ilo, cerrando el anillo que cercaría los dos puertos.

Al cabo de unos minutos surgió uno de los pontoneros que había partido a cortar los hilos del telégrafo.

—Listo, mi capitán Stuven —anunció ufano.

—Adelante, entonces. Vamos a apoderarnos de la estación y del pueblo.

Stuven distribuyó a sus hombres de modo que embolsaran a todos los posibles ocupantes de las oficinas y las bodegas.

Rodríguez y Cobo se apartaron, para actuar por su cuenta.

—Ganémosles la mano a los pontoneros, sargento —secreteó el capitán a Cobo, y le indicó la puerta de la oficina principal de la estación.

Se escurrieron por el frente del edificio. Corriendo paralelamente a las vías del tren hasta la oficina principal, Cobo empujó la puerta, pero no se abrió.

—Está atrancada por dentro, mi capitán.

—Métale el yatagán y trate de levantar la tranca.

Alberto no alcanzó a cumplir la indicación. En el interior sonó una voz soñolienta y cascada:

—¿Eres tú, Recaredo? —preguntaba.

Rodríguez respondió, imitando el acento cerrado de los cholos:

—Sí, soy yo; ábrame que ya está claro, pues.

—¡Oh, maldito condenado, siempre has de venir cuando uno está en lo mejor del sueño! —se le oyó rezongar a medida que se acercaba a la puerta.

Cuando estaba quitando la tranca, el capitán recomendó a Cobo:

—Apriétele el cuello para que no grite.

La puerta se abrió crujiendo y en el hueco apareció un hombre

barbón y sucio. Las manos duras de Alberto le engarfiaron el cuello. El hombre agitó los brazos tratando de zafarse de aquellas zarpas que le cortaban la respiración, pero el sargento lo tenía bien cogido y lo arrastró violentamente hacia el interior del cuarto, donde lo tumbó.

El capitán Rodríguez se plantó al lado del hombre que se debatía con los ojos desorbitados y le dijo amenazadoramente:

—Vamos a soltarlo, pero si da el menor grito o se resiste, lo clavo contra el suelo. Suéltelo, sargento.

El peruano respiró con ruidosa avidez cuando las manos de Alberto aflojaron su cuello.

—Ay, señores, ¿qué pueden robarle a un pobre hombre? —comenzó a gimotear. Pero al reparar en los uniformes, su expresión de terror se ahondó más aún.

—¡Los… chilenos! —balbuceó, con un hilo tembloroso de voz—. ¡No me maten, señores oficiales, por la Virgen santa! No soy más que un pobre jefe de estación…

—Nadie te va a matar si te portas bien —le dijo el capitán—. Levántate y dime: ¿hay trenes en este lugar?

—Sí, sí, señor —respondió el hombre—; hay dos locomotoras con sus correspondientes vagones.

En ese instante retumbaron a cierta distancia varios tiros de fusil. Comenzaba el ataque.

—¿Cuántos soldados defienden Pacocha? —urgió Rodríguez.

—Veinticinco, señor.

—¿Nada más? ¡Estás mintiendo! Sabemos que hay cerca de trescientos.

—Había, mi señor. Pero hace dos días el señor delegado, don Julio César Chocano, se los llevó a Moquegua, porque iba a apoderarse de esa ciudad en favor del coronel Piérola.

Afuera empezaban a oírse gritos empavorecidos de hombres y mujeres a quienes los pontoneros de Stuven o los soldados del «Lautaro» habían sorprendido y arreaban hacia la estación.

La operación proyectada se estaba cumpliendo con sincronismo perfecto. La cuarta compañía del «Lautaro» y los tripulantes de la *O'Higgins* habían entrado a Ilo casi sin disparar. Las otras tres compañías del regimiento habían cercado Pacocha y cortaban el camino hacia

Moquegua. Por su parte, los pontoneros de Stuven se habían posesionado del pueblo y mantenían acorralados a sus escasos habitantes. Los veinticinco soldados no tardarían en ser capturados, ya que las dos alas de ataque convergían a juntarse a espaldas de los dos pueblos.

Tal como lo había confesado el jefe de la estación, en el depósito vecino había dos locomotoras utilizables y numerosos vagones. En la maestranza, extraordinariamente completa para un lugarejo tan insignificante, había toda clase de repuestos, un taller mecánico muy bien dotado y dos locomotoras más, que estaban en reparaciones. Una última revisión permitió al ingeniero Stuven descubrir un estanque con agua para abastecer a las locomotoras.

El barbudo jefe de los pontoneros se irguió frente al comandante Martínez y le reveló con febril entusiasmo:

—Disponemos de todos los elementos para movilizarnos hacia el interior, mi comandante.

—¿Hacia el interior? —El jefe de la expedición levantó una ceja, asombrado—. ¿Qué cosa dice? Nuestra misión es explorar la costa, sin arriesgarnos en penetración alguna. —Pero no había convicción en sus palabras.

El comandante Martínez se mesó la barba, indeciso. Sus impulsos de soldado veterano y audaz lo impelían a correr esa aventura. Pero recordaba la prohibición específica del ministro Sotomayor. Casi sin darse cuenta, preguntó a Stuven:

—¿Podría usted echar a andar dos trenes y guiarlos hacia el interior, capitán?

—¡Por supuesto, mi comandante!

Los oficiales y soldados que los rodeaban esperaban las palabras del comandante con ansiedad. Éste no supo echar pie atrás.

—Bien —dijo, aún dudoso—. Ponga en marcha esas dos locomotoras y penetre con algunos pontoneros hacia el interior para explorar los alrededores…, y usted, capitán Gacitúa —ordenó al oficial que había comandado el desembarco por Punta Coles—, … usted forme al regimiento aquí, en la estación, dejando sólo una gran guardia en el filo de las colinas del oriente.

Gacitúa acató sonriendo. Aunque el comandante no lo había expresado, la orden equivalía a una decisión de profundizar en el territorio enemigo. Sin embargo, el capitán Manuel Rodríguez instó

al jefe de la expedición a precisar su propósito.

—No lo sé…, no lo sé aún —respondió éste—. Cuando lleguen los partes de los comandantes de compañía que acaban de posesionarse de Ilo, lo decidiremos.

Las dos locomotoras no tardaron en partir. Iban repletas de pontoneros entusiasmados. El teniente coronel Arístides Martínez quedó paseándose nerviosamente de un extremo a otro del andén.

Dos horas demoró la incursión del ingeniero Stuven y los suyos. Recorrieron la línea férrea en una extensión de diez kilómetros, sin descubrir ningún indicio que hiciera presumir que los habitantes avecindados a la vía férrea se habían percatado del desembarco de tropas chilenas. Cuando regresaron las máquinas a Pacocha, el comandante Martínez seguía paseándose frente a la estación.

El jefe de la expedición escuchó la rendición de cuentas del ingeniero Stuven con el rostro gravemente contraído, pero al término de ella, su expresión se aclaró.

—Capitán Stuven, mayor Carvallo, capitán Rodríguez… Por boca de los prisioneros he sabido que en Moquegua hay apenas unos cuatrocientos cincuenta milicianos, cifra que no representa un verdadero peligro. Por otra parte, nos será muy útil enterarnos de la topografía del territorio, de las posibilidades de defensa de él, y de los lugares en que podríamos ir escalonando nuestro ejército, en caso de una invasión definitiva por esta zona. Además, es posible que encontremos en el camino la caravana de mulas que lleva las armas desembarcadas por la corbeta *Unión* hace cinco días. De modo que… ¡Vamos sobre Moquegua, muchachos!

Los dos capitanes y el mayor Carvallo lanzaron un grito de entusiasmo.

El comandante ordenó las disposiciones que tanto había meditado esa mañana, y toda la gente se puso en actividad. En el primer tren embarcaron la cuarta compañía del «Lautaro», del capitán Gacitúa, y los pontoneros y mecánicos de Stuven, quien actuaría de maquinista; en el segundo se acomodaron las otras tres compañías del regimiento, dirigidas por el mayor Carvallo y el propio comandante Martínez.

Cuando los soldados trepaban atropelladamente a los vagones, Alberto Cobo consultó con la mirada al capitán Manuel Rodríguez:

—¿Y nosotros, mi capitán?

—Nosotros vamos en la primera locomotora, junto al capitán Stuven.

—¿Nos permitirá ir a su lado?

—Necesitará protección de fusiles mientras maneja la máquina hacia Moquegua —razonó el capitán, guiñándole un ojo.

Corrieron hasta la cabeza del primer convoy, saltaron al estribo de la locomotora y se encaramaron a la caseta, donde Stuven terminaba de examinar los dispositivos de la máquina. Sin dejar de revisar palancas y llaves, el ingeniero escuchó la proposición del capitán Rodríguez, y antes de que éste terminara, con un gesto les indicó el ténder repleto de carbón.

—Desde ahí podrán dominar mayor extensión, capitán Rodríguez.

—Gracias, ingeniero. Arriba, sargento Cobo.

A saltos treparon sobre la ruma de carbón y se instalaron con las piernas colgando hacia la caseta del maquinista: Alberto, dominando el campo de la derecha; el capitán, el de la izquierda.

En ese momento, el comandante Martínez gritó la orden de partir.

El ingeniero Stuven movió las palancas correspondientes y la locomotora se puso en ruidoso movimiento.

Pesadamente, el tren comenzó a tomar velocidad y pronto dejó de correr junto al andén y fue adentrándose en el campo.

Alberto Cobo, que reía y gritaba simultáneamente con el capitán Rodríguez, tuvo un recuerdo repentino.

—¿Pasaremos el Año Nuevo en Moquegua, mi capitán? —consultó a gritos a Stuven.

—¡Claro que sí, sargento! —le respondió el ingeniero, con la cara llena de risa—. Y a cada soldado le regalaremos una cholita para que empiece bien el año 1880.

El sol iluminaba los dos trenes y en los campos se destacaban las figuras encorvadas de los chinos que trabajaban esclavizados en las plantaciones de caña de azúcar o en los famosos viñedos del valle de Moquegua. Todo estaba terriblemente en calma.

A treinta y dos kilómetros de Ilo, los convoyes se detuvieron en la estación Estanques. Los soldados guardaron silencio mientras el ingeniero Stuven y varios ayudantes proveyeron de agua a las calderas. Varios curiosos se acercaron a los vagones, saludando;

incluso algunos treparon a ellos, pero no volvieron a bajar, porque fueron presta y silenciosamente aturdidos. Los convoyes reemprendieron la marcha. Cuando estaban distanciados ya sesenta kilómetros de la costa, cruzaron por la estación de Hospicio, bifurcación de senderos de donde nacen rutas hacia Tacna y Arica.

Los pontoneros se lanzaron a tierra y cortaron los cables del teléfono que comunicaba Moquegua con el sur. Algunos vecinos próximos contemplaron, con los ojos desorbitados, alejarse las dos locomotoras.

Vertiginosamente, los soldados chilenos vieron quedarse atrás las estaciones de Conde, San José y Calaluma. Cien kilómetros llevaban recorridos, cuando las locomotoras disminuyeron su velocidad, deteniéndose. Estaban frente a un largo puente colgante de hierro suspendido sobre un río. En la otra ribera se divisaba la ciudad de Moquegua.

El comandante Martínez vino corriendo hasta el costado de la primera locomotora.

—¿Por qué no seguimos, capitán? —gritó a Stuven.

—Antes de cruzar el puente, quiero hacer algunas preguntas a los maquinistas de esta línea que traemos prisioneros en la segunda locomotora.

La consulta a los maquinistas peruanos dejó satisfecho al ingeniero: supo que el punto en donde se habían detenido era una paradilla llamada Puente y que tres millas más allá del río estaba la estación terminal de la línea, Alto de la Villa. Para llegar a ella era forzoso contornear la ciudad por el norte.

—Llegar hasta esa estación equivale a apoderarnos de Moquegua, mi comandante —argumentó el ingeniero al regresar.

—¿Y a qué hemos venido, capitán? —gruñó el jefe.

—Tendremos que combatir. Los milicianos de ese coronel Chocano y los pobladores se defenderán. Y no es fácil rendir a un pueblo decidido.

—Tenemos a nuestro favor la sorpresa, ingeniero —afirmó el teniente coronel Martínez—. Nadie sabe que los que llegamos en estos trenes somos chilenos. Si logramos llegar al Alto de la Villa, la ciudad es nuestra; y tendremos oportunidad de estudiar sus defensas y levantar croquis de su topografía.

El capitán Stuven no hizo más objeciones. Pero un chispazo de

prudencia del jefe de la expedición lo hizo desistir de entrar con toda su tropa a la ciudad. En cambio, dispuso que lo hicieran los pontoneros de Stuven y cuarenta soldados mandados por el capitán Ignacio Díaz Gana, quienes llevarían con ellos las dos piezas Armstrong de la
O'Higgins.
El resto de la expedición quedaría aguardando en el segundo tren inmovilizado en ese punto.

Realizados los transbordos, el ingeniero Stuven puso en marcha la locomotora, a la que dejaron sólo dos vagones, y la lanzó sobre el puente colgante. Cuando se acercaban a la ciudad, volvió la cabeza hacia Rodríguez y Cobo:

—¡Prepararse, amigos! —les advirtió—. Vamos a tener una bonita aventura. Habrá que ir con el ojo en la mira del fusil.

Pocos minutos después, el tren iba corriendo por los extramuros de Moquegua y desde la pequeña altura del terraplén por el que se deslizaba era posible ver el término de las calles. Numerosos eran los brazos que saludaban el paso de los expedicionarios, y éstos les respondían con cínicas sonrisas, ocultando los quepis y fusiles bajo las ventanillas.

Iban llegando a la estación del Alto de la Villa. El ingeniero Stuven se volvió a Rodríguez y Cobo y les gritó:

—¡Bajen a la caseta, muchachos! Hay mucha gente en la estación.

Efectivamente, frente a la trompa de la locomotora se divisaba un medio centenar de personas. Como en todos los pueblos provincianos, aquí la estación constituía un paseo obligado de todas las tardes. Lo que hizo poner rígidos los músculos del capitán Rodríguez y de Alberto fue el divisar entre los grupos varios soldados y una pareja de oficiales. Estos últimos platicaban junto a un grupo de mujeres jóvenes.

—Esos están tan entusiasmados requebrando a las mocitas —comentó Stuven, riendo—, que no se darán cuenta de que somos enemigos. Pero, de todos modos, prepararse. Salten a tierra tan pronto se detenga el tren y protejan la locomotora. Dejen los quepis aquí arriba.

El capitán de exploradores y Cobo descendieron juntos, y se quedaron con los fusiles a la espalda, sonriendo beatíficamente a

cuantos los miraban. Por los estribos de los dos vagones comenzaron a aparecer los soldados, fingiendo una absoluta inocencia.

Una de las jóvenes que conversaban con los dos oficiales peruanos, sorprendida por el colorido de sus uniformes, llamó la atención de sus acompañantes hacia los recién llegados. Los oficiales se volvieron y examinaron a Rodríguez y a Cobo con escrutadora atención. Los dos mozos se prepararon para entrar en acción, sin abandonar sus sonrisas. Pero los cortejantes de las mocitas les sonrieron y uno de ellos se les acercó con ademán desenvuelto.

—Perdonen —les dijo—, pero las damas que nos acompañan tienen una viva curiosidad por conocer a qué regimiento pertenecen y nosotros no hemos podido informarlas.

Los cuarenta lautarinos y los pontoneros se habían formado ya en el andén y el capitán Díaz Gana les ordenaba inesperadamente:

¡Atención, apunten…!

Sesenta y un fusiles se levantaron de súbito y amenazaron a todos los presentes. La gente que paseaba por el andén levantó los ojos dilatados por la sorpresa más mayúscula. Nadie atinaba a comprender lo que estaba ocurriendo.

Alguien, un hombre, gritó: «Son los chilenos», y los chillidos de espanto de mujeres y hombres subieron ensordecedores.

Varias mujeres rodaron por el suelo, desmayadas. Los hombres fueron alineados contra el muro de la estación. Las mujeres jóvenes se apelotonaban en torno a las de más edad, empavorecidas. Las versiones sobre la ferocidad y la lujuria de los soldados chilenos que tanto les habían repetido las hacían tiritar de espanto. El chillerío que tenían fue acallado por el capitán Díaz Gana:

—¡Basta! ¡Silencio! Ustedes no tienen nada que temer. Los soldados chilenos no atentan contra las damas. Hemos venido a posesionarnos de Moquegua.

La apostura del joven capitán y su tono mesurado, acallaron sus lamentos. A una orden, los lautarinos y pontoneros rodearon la estación, y el capitán Rodríguez desarmó a los dos oficiales y a los soldados que estaban mezclados entre los civiles. Después, el capitán Díaz Gana encerró a todos los prisioneros.

Entretanto, el ingeniero Stuven había explorado los contornos y

designaba al jefe de los lautarinos el mejor sitio para emplazar las piezas de artillería, de modo que dominaran la ciudad. Esta maniobra fue realizada en menos de una hora y los invasores pudieron descansar mientras esperaban noticias del resto de la fuerza expedicionaria. Pero avanzó la noche y éstas no llegaron.

Las tres compañías restantes del «Lautaro» habían acampado a la orilla del puente, en un lugar muy visible desde la ciudad. Muy pronto la noticia de la invasión chilena se esparció por las calles de Moquegua. El pánico se apoderó de la ciudad. El comandante Martínez, buscando proceder de acuerdo con las normas más humanitarias, llamó a un empleado del ferrocarril que habían aprisionado en Hospicio y le concedió la libertad a cambio de que llevase un mensaje suyo para el prefecto de Moquegua. Decía:

> *Suburbios de Moquegua. Diciembre 31 de 1879. A las puertas de la ciudad que V. S. gobierna, a la cabeza de una división del ejército de Chile, estimo como un deber de humanidad hacerle presente que si en el término preciso e improrrogable de una hora no pone V. S. a mi disposición todo el armamento, municiones, jefes y oficiales del ejército regular que haya en ésa, me veré en la dura necesidad de bombardear y asaltar la ciudad de Moquegua. Igual cosa haré si noto que se forman agrupaciones de soldados o parte del pueblo con ánimo hostil para la tropa que comando, aunque no haya transcurrido el tiempo que fijo. Dios guarde a V. S.*
>
> *A. MARTÍNEZ.*

El portador del mensaje partió a la carrera. El comandante Martínez sacó su voluminoso reloj de plata y se dispuso a esperar.

La hora avanzaba lentamente, acercándose a la medianoche que marcaría el comienzo del nuevo año.

Pasada la efervescencia del primer momento, los soldados fueron sumiéndose involuntariamente en el mutismo de la sentimentalidad. Iba a ser Año Nuevo ya y ellos estaban tan lejos de sus hogares, de sus amores…

En la estación del Alto de la Villa, una melancolía parecida se había apoderado de los soldados. Pero las voces de las mujeres

encerradas agregaban un cierto sabor picante a la espera. El capitán Díaz Gana sorprendió a dos soldados que tramaban introducirse en la sala donde estaban las prisioneras y los ahuyentó a culatazos.

El capitán Manuel Rodríguez hizo salir a uno de los prisioneros casados y, manteniendo a su mujer como rehén, le encomendó bajar al pueblo y traerle un cuero de vino. El hombre regresó muy pronto con lo pedido. Gracias a eso, los soldados pudieron tomar un trago.

El capitán Rodríguez fue a sentarse junto a Alberto Cobo, en el estribo de uno de los vagones del tren.

—¡Eh, sargento! ¿Quiere un trago?

—¿Decía, mi capitán? —se sacudió Cobo.

—¿En qué luna anda usted viajando, hombre?

—Va a ser Año Nuevo, mi capitán —murmuró Alberto, abatido —. ¿Cómo estarán los nuestros recordándonos en Santiago?…

El capitán se agitó en su asiento.

—¡Mejor hacerles el quite a esos pensamientos, Cobo! —Bebió un largo trago suspirando hondo—. ¿Tiene usted novia, sargento?

Alberto se echó hacia atrás.

—Ya ni lo sé. Tuve una novia… muy querida.

—Lo siento, amigo. ¿Murió?

—Creo que no. Desapareció en estas tierras malditas. Perdí su rastro en Iquique respondió Cobo tomando un trago.

—Si no ha muerto no hay por qué perder la esperanza —lo consoló el capitán—. ¿Regresó ella al sur, a Chile?

—No, parece que siguió hacia el Perú.

El explorador ladeó la cabeza en un gesto de intriga.

—¿Cómo pudo una chilena pasar al Perú sin ser sorprendida? ¡Ah, qué tontería la mía! Está prisionera, ¿no es verdad?

Cobo sacudió la cabeza.

—No creo —replicó.

—Entonces…, ¿cómo explica usted que… —empezó Rodríguez.

Alberto no lo dejó seguir.

—No quiero explicármelo —dijo con contenida violencia—, no puedo aceptar la explicación que me dio una mujer de Iquique…, me es imposible creer que la generala Buendía y mi novia…

—¿La generala Buendía?… —Al oír aquel nombre, el capitán dio un salto. Vagamente recordó que aquel apodo le era aplicado a una persona que él había conocido mucho.

En ese instante dos de los centinelas que se habían apostado en torno a la estación se acercaban arrastrando a un hombre.

Mi capitán, hemos apresado a este sujeto que dice ser emisario del prefecto de Moquegua —explicó uno de los soldados.

El prisionero era un hombre maduro. Estaba asustado, pero mucho más ofendido.

—Vengo en nombre de la autoridad, señor comandante —dijo—. Quiero entregarle la respuesta de la autoridad de Moquegua a la conminación que usted nos envió.

—Tendrá que dársela usted a nuestro comandante, que está en el puente. Lo acompañarán dos hombres para que no lo intercepten patrullas nuestras.

El capitán fue hasta donde estaba el capitán Díaz Gana y le participó lo que ocurría. Minutos más tarde el emisario partió.

El comandante Martínez, socavado también por las evocaciones que despertaban aquellas últimas horas del año, lo recibió con hosquedad.

—¿Qué responde el prefecto?

—Que no teniendo tropas para oponer a vuestras fuerzas, os rinde la ciudad sin resistencia.

—Muy bien, señor. Pero en mi nota hacía saber claramente al prefecto que exijo la entrega de todas las armas que existen en la ciudad.

—La ciudad está totalmente desarmada, señor —se debatió el emisario.

El viejo comandante frunció el ceño amenazante.

—¡Miente usted! —protestó colérico—. Sabemos con certeza que existen en el recinto de la población numerosos milicianos, mandados por el delegado de Ilo, un tal Julio César Chocano. Exijo, pues, el desarme de esas fuerzas y la entrega de sus armas.

—Imposible, señor, imposible —gimió el hombre—. No podemos desarmar el batallón del coronel Chocano, porque la milicia de Ilo, con la que él quiso rebelarse para ungirse prefecto de Moquegua, ha desaparecido del pueblo.

—¿Y dónde se han ido?

—No lo sabemos con certeza, señor.

El comandante lo acercó a una fogata para cerciorarse de su sinceridad. Como la expresión de espanto y angustia del hombre lo

convenciera, le dijo con acento perentorio:

—Pues, han de averiguarlo. No estoy dispuesto a hacer concesiones. Regrese adonde están las autoridades de su ciudad y dígales que prolongaré mi tolerancia hasta la medianoche de hoy. Pero, si a esa hora no he recibido todas las armas, ordenaré disparar las baterías sobre Moquegua. ¿Comprendido?

El parlamentario partió descorazonado. Sabía que la exigencia era imposible de cumplir. El delegado Chocano no sólo había huido con su gente a un lugar inaccesible, sino que estaba en pugna con las autoridades locales y no permitía que nadie ascendiera a la madriguera que había escogido.

La ciudad de Moquegua está espaldeada por cuatro grandes montes de paredes casi verticales, casi inescalables. En el más alto de ellos, el llamado Los Ángeles, había buscado refugio con sus cuatrocientos cincuenta hombres. No se había contentado con ampararse allí, sino que mandó al mejor de sus jinetes hacia la vecina localidad de Torata con un mensaje reclamando la venida de los batallones peruanos que estaban acantonados allí. Al mismo tiempo, expidió a otro hombre de confianza hacia Arica, llevando al contralmirante Montero la noticia de la aparición de los chilenos en Moquegua.

Dados estos pasos, esperaba confiado en su alto refugio. Contaba con la presunción de que los invasores festejarían el Año Nuevo con feroces libaciones. Y se sentía dispuesto a sacrificar a todas las mujeres, que estarían expuestas a la lascivia alcohólica de los sitiadores, a cambio de que permanecieran en el pueblo el tiempo necesario para que llegaran las tropas de Torata o de Arica y los cazaran encerrados en Moquegua. Así, dieron las doce de la noche, hora que marcaba el comienzo de 1880 y, al mismo tiempo, la expiración del plazo fijado por el comandante Martínez para cañonear Moquegua. El veterano había enviado una orden al teniente Silva Palma. En ella le decía que si veía encenderse en el puente un fanal rojo después de la medianoche, disparara una primera andanada sobre el pueblo. Si el fanal seguía luciendo, continuara disparando hasta que se apagara.

Medio minuto antes de las doce, el ingeniero Stuven se aproximó a la locomotora, llevando su reloj en la mano.

—Prometí a mis hombres advertirles cuando fuera Año Nuevo

con un toque del pito del tren —dijo al pasar a Rodríguez y Cobo.

El capitán Gacitúa vino también hacia ellos, rodeado por varios soldados.

—Ya va a ser Año Nuevo, compañeros. Hagamos un brindis por aquellos que amamos y que están tan lejos.

Se miraban entre ellos, sin que ninguno se decidiera a tomar la palabra, cuando el ingeniero dio un grito agudo en la caseta de la máquina y comenzó a tocar el pito frenéticamente.

—¡Son las doce! —exclamó Rodríguez con la garganta estrangulada—. ¡Feliz Año Nuevo, camaradas!

¡Feliz Año Nuevo! —gritaron todos y comenzaron a abrazarse. Pero muy pronto el rapto de alegría se les fue amustiando. Entonces Alberto levantó su cantimplora y la llevó a sus labios diciendo:

¡Felicidades, compañeros! Y que el próximo Año Nuevo nos encuentre en la patria.

Un violento estampido los sobrecogió y se agacharon instintivamente, como si el proyectil viniera hacia ellos. Pero ese y otro proyectil que estalló enseguida iban hacia Moquegua. El comandante Martínez comenzaba a bombardear la ciudad. En el puente donde mantenía sus tropas lucía brillante un fanal rojo.

—Pobre gente de Moquegua —musitó Rodríguez—; triste noche de Año Nuevo les espera.

Pero el fanal rojo se extinguió y el teniente Silva Palma dio orden de «cesar el fuego».

El comandante Martínez había decidido prolongar el plazo concedido a las autoridades de Moquegua.

—Aguardaremos cinco minutos más —comunicó al mayor Carvallo Orrego—. Si al cabo de ese tiempo no hay novedad, ordenaré que los cañones disparen hasta destruir el pueblo.

—¿Es necesario que nos apoderemos de él, mi comandante? —le observó el mayor.

—Ahora sí lo es —afirmó el jefe—. Retirarnos sin haber entrado en él sería un desprestigio para nuestras armas. Además, sería expuesto a dejar intactas a nuestras espaldas las fuerzas del caudillo Chocano, cuando nos retiremos hacia la costa.

—Es penoso cañonear una ciudad indefensa —monologó el mayor Carvallo.

Pero el comandante no le prestó atención. Había vuelto a sacar

su reloj y lo observaba.

—Ya van a terminar los cinco minutos —dijo—. Voy a dar la orden de fuego y, junto con el tronar de los cañones, avanzaremos todos, disparando sobre cualquier hombre que encontremos y no se rinda a la primera intimación.

Extendía la mano hacia el fanal depositado en el suelo, cuando se oyeron voces que surgían del comienzo del puente. Los centinelas los alumbraron con sus antorchas al tiempo de darles el «alto». Los que llegaban eran extranjeros: el vicecónsul de Italia, señor Florencio Raggio, y el vicecónsul de España, don Juan Martinat. Venían espantados a pedir que se evitara la destrucción de Moquegua. El cuerpo consular, reunido a los primeros cañonazos, los había comisionado para ir a ofrecer la rendición incondicional e inmediata del pueblo.

El comandante los escuchó con rostro inescrutable y les recordó fríamente:

—Exigí la entrega de las armas del comandante Julio César Chocano y no me han sido remitidas.

—Imposible, señor, imposible —se desesperó el español—. Ese bellaco se ha fugado con las tropas hacia la altura de Los Ángeles. —Y con la diestra señalaba las cuatro montañas que dominan Moquegua.

—Puede usted creernos, señor comandante —insistió el vicecónsul italiano—; con nuestras vidas garantizamos lo afirmado: no hay armas en Moquegua…, no hay soldados. El pueblo está rendido y pueden entrar en él como vencedores.

El comandante meditó un instante.

—Bien —decidió—, haré que mis hombres ocupen la ciudad. Pero ustedes irán marchando delante de mi caballo y si se nos hace el menor amago de ataque, serán los primeros en sufrir las consecuencias. ¿De acuerdo?

Los dos diplomáticos aprobaron. El representante de España agregó:

—Entraremos delante de vosotros, pero recordad el siglo en que vivimos y ved que vuestras tropas no cometan desmanes.

—¡Basta, señores! —protestó ofendido el comandante Martínez —. Las tropas chilenas están formadas por soldados dignos. — Volviendo la espalda a los parlamentarios, se dirigió al mayor

Carvallo Orrego—: Mayor, vamos a entrar en Moquegua al alba. Entretanto, envíe un mensajero al destacamento que ocupa la estación del Alto de la Villa para que se nos reúna al otro lado de este puente.

A las voces de mando los soldados se pusieron de pie y requirieron sus armas. Luego cruzaron el puente y formaron en un llanito que allí había y de donde nacía un camino directo a Moquegua. En ese punto se les reunió la partida del capitán Díaz Gana que regresó en el tren que conducía el ingeniero Stuven. A las cuatro de la madrugada, un abanico de luz se abrió sobre las cumbres de los montes Ilabaya, Chunculí, Torata y Los Ángeles. Era la aurora, que trepaba a los picachos y comenzaba a rodar suavemente sobre la ciudad.

El comandante Martínez se alzó sobre los estribos, hizo una seña al tambor mayor de los músicos y levantó su espada.

—¡Regimiento, atención…, firm! ¡Al hombro…, arm! ¡De frente…, marrr!

La banda rompió con los primeros compases del himno nacional chileno y la columna fue avanzando hacia Moquegua. Así fue la entrada de las tropas chilenas a la primera ciudad del centro del Perú: una columna de doscientos hombres, encabezada por diez granaderos a caballo y llevando por los flancos tiradores desplegados en guerrillas.

Los soldados desfilaron por la calle principal de Moquegua y se adueñaron de la plaza central. Gran cantidad de vecinos se aglomeró allí a presenciar la entrada de los temidos enemigos, y en los ojos de muchos había respeto y admiración por las tropas que ocupaban la ciudad.

El comandante Martínez, erguido sobre la montura, esperó a que terminara el himno nacional. Un grupo constituido por los principales vecinos de Moquegua y encabezado por un hombre anciano y de honorable apariencia, se le acercó respetuosamente. El que lo dirigía habló en nombre de todos los habitantes del pueblo. Era presidente del Concejo departamental. Se llamaba José Benigno Pomareda. En términos respetuosos, pidió al jefe de las tropas un trato humanitario para los vecinos.

—Pueden estar ustedes tranquilos, señor —le respondió el comandante—. Dispondré que el orden se respete rigurosamente,

restableciéndolo si lo ha alterado el hecho de que las tropas defensoras se hayan retirado con el comandante Chocano a las alturas de Los Ángeles.

—Así es, señor —aprobó Pomareda—. Hasta la policía se ha marchado con el comandante Chocano.

—Pues bien —determinó el jefe chileno—, la autoridad quedará entregada al Concejo que usted preside, señor, y él me responderá de cuanto ocurra en el pueblo. Pero —añadió—, mis tropas no han tenido rancho en toda la tarde de ayer y en la noche que acaba de terminar. Necesito que el pueblo contribuya a su manutención.

—Lo tendrá todo, señor comandante. En una hora más entregaremos a los encargados del rancho cuantos comestibles precise la tropa.

Los soldados rompieron las filas, armaron pabellones con sus fusiles y se instalaron a descansar en la plaza de Moquegua. Pero la curiosidad comenzó a acicatearlos y, aprovechando una distracción de los jefes, comenzaron a diseminarse por las calles. Todo estaba en absoluta calma.

Fue aquel exceso de tranquilidad el que comenzó a despertar los recelos del comandante Martínez. Aquella sumisión tan absoluta le hacía presentir que se realizaba algún trabajo subterráneo en contra de ellos. Sin embargo, su patrullaje por la ciudad no dio resultado. Regresó a la plaza más preocupado aún.

Tenía toda la razón para estarlo. El Concejo departamental no se había resignado a la entrega de Moquegua. Aquella aparente sumisión no servía otro fin que el de retener a los chilenos en el pueblo hasta que tropas peruanas llegaran a coparlos. El propio José Benigno Pomareda era el que dirigía la trama. Reunido secretamente con sus secretarios, los señores Vincava y Pagano, había determinado mandar un emisario a Arequipa pidiendo la venida apresurada de las tropas acantonadas allí y, al mismo tiempo, habían urdido un plan que confiaban rendiría frutos más rápidamente. Desde el momento mismo en que los chilenos se instalaron en la plaza, dispusieron que todos los hombres en estado de cargar armas fuesen abandonando el pueblo, uno a uno, para trepar a la cuesta de Los Ángeles y ponerse a las órdenes del comandante Chocano. Calculaban poder así elevar los efectivos de ese caudillo a mil hombres, los que sumados a los soldados de

Arequipa, elevarían la cantidad de defensores hasta dos mil.

Ultimaban los detalles del plan cuando entró en la sala un hombre al que habían destacado como observador de los movimientos de los chilenos.

—Los chilenos están desmandándose, señor —dijo al oído de Pomareda—. Se han hecho abrir por la fuerza la cantina de doña Flor Bergantaño y están bebiéndose cuanto encuentran.

El presidente del Concejo alzó el rostro sonriente.

—Mejor así —exclamó—. Ahora les será más difícil retirarse a tiempo.

—Es que se han lanzado a la calle a perseguir a las mujeres que han tenido la imprudencia de dejarse ver, señor. Y si sus jefes no los contienen, muy pronto comenzarán a saquear las casas y a ultrajar a cuantas mujeres hallen en ellas, señor presidente.

El anciano reconoció que su secretario estaba en la razón. Volviéndose a su otro ayudante, le dijo:

—Señor Pagano, usted va a llevar una nota mía al jefe enemigo.

El aludido se puso pálido, pero no se atrevió a negarse. Aceptó bajando la cabeza.

El comandante Martínez estaba sentado en uno de los escaños de la plaza cuando le llegó el mensaje.

—Esta excesiva resignación no es de buen agüero —decía el capitán Gacitúa en el momento en que éste le traspasó la nota—. Haga repartir observadores por todos los contornos del pueblo.

—Bien, mi comandante —y agregó—: El emisario espera respuesta.

El veterano abrió el pliego y lo leyó:

> *Señor comandante general:*
> *Fundado en la oferta de V. S. en la conferencia de esta mañana, me dirijo a V. S. a fin de que se sirva dictar las órdenes convenientes para que la fuerza de su mando no esté diseminada por la ciudad causando algunos daños que deben evitarse en una guerra humanitaria como la presente y, sobre todo, cuando V. S. no ha encontrado la menor resistencia en esta plaza. Dios guarde a V. S. señor comandante general.*
>
> *J. B. POMAREDA.*

El comandante Martínez extendió la nota al capitán Gacitúa:

—¿Qué le parece, capitán?

El oficial la leyó y se excusó luego:

—La tropa se ha repartido por la ciudad y no hemos podido impedirlo, mi comandante. Son soldados que se han comportado bien y…, ¡qué diablos!

—¡Vaya al momento —gritó el jefe— y traiga a mi presencia a todo el que haya cometido algún desenfreno! Le haré castigar ante formación en el primer campamento que levantemos fuera de este condenado lugar. ¡Parta!

Tan pronto como el capitán se alejó, el jefe de la expedición se puso de pie y llamó al sargento Cobo. Escribió un mensaje y lo entregó al suboficial ordenándole que lo llevara de inmediato al presidente del Concejo departamental. El comunicado decía:

Moquegua, enero 1.º de 1880.
Inmediatamente va tropa a buscar a los soldados dispersos; y para evitar que pueda suceder igual cosa haré alejar el campamento de mi división.
Dios guarde a V. S.

A. MARTÍNEZ.

Después que el sargento partió a cumplir el encargo, el comandante quedó satisfecho. Había encontrado el pretexto para retirarse pronta y honrosamente del pueblo. Así lo participó, en voz baja, al capitán Díaz Gana.

—A cada momento se ven menos hombres en las calles.

El capitán reconoció que a él también ya le había llamado la atención ese hecho. Por lo demás, prolongar la permanencia en Moquegua era inoficioso; los ingenieros habían terminado de levantar los croquis de la región que se les pidieran.

—Bien, saque usted entonces las tropas fuera de la ciudad —determinó el comandante y subrayó—: Con dignidad, ¿eh? Nada de apresuramientos: al son de banda. ¿Comprendido?

Como lo dispusiera el jefe, los soldados del «Lautaro» se fueron retirando de Moquegua a los compases de su banda de músicos. Pero, aun cuando marchaban con aire despreocupado y altivo, todos se sentían como si a sus espaldas hubiera mil fusiles apuntándoles.

A las tres de la tarde de aquel mismo 1.º de enero llegaron al puente colgante en donde los esperaban uno de los trenes y la reserva del regimiento. Tan pronto se dio la orden de alto, un corneta tocó a rancho. Los hombres comieron sin dejar de tener el fusil al alcance de la mano.

El comandante Martínez comía junto a uno de los montantes del puente, atisbando los contornos con su anteojo de campaña. De súbito se puso de pie y clavó los prismáticos en un punto al oriente de Moquegua.

—Capitán Gacitúa —preguntó en alta voz—, ¿envió usted algún hombre por el flanco derecho del pueblo?

—No, mi comandante, a ninguno.

—Pues, ahí viene uno de los nuestros.

El primero en reconocerlo fue el capitán Rodríguez.

—¡Es el sargento Cobo, mi comandante! —gritó—. El sargento del «Esmeralda» que anda conmigo.

El comandante recordó que lo había enviado con un mensaje para las autoridades moqueguanas y presintió que el apresuramiento con que regresaba el suboficial obedecía a alguna causa seria.

—Capitán Rodríguez —dijo al explorador—, prepárese para galopar por la línea férrea hasta el Alto de la Villa, en donde están los pontoneros con el ingeniero Stuven.

—Perfectamente, mi comandante.

El sargento Cobo traía noticias gordas. Junto con entregar el mensaje al presidente del Concejo departamental, se percató de que una sucesión de hombres entraban en la casa en donde funcionaba el Concejo y se marchaban enseguida, con mucho sigilo, hacia el oriente de la ciudad. Entrando en sospechas, decidió seguirlos y averiguar adonde iban.

—No me diga usted más —lo interrumpió el comandante—. Iban todos al picacho de Los Ángeles, ¿no es así? ¿Y averiguó cuántos hombres han subido?

Cobo rió y mostró sus manos fuertes.

—Agarré a uno por el pescuezo y lo hice cantar la verdad. Arriba, entre milicianos y civiles, no suman menos de mil hombres, mi comandante. Y hay algo peor; el mismo sujeto me confesó que las autoridades de la ciudad han pedido auxilio a Arequipa y a

Arica y antes de mañana por la noche caerán sobre nosotros por lo menos cuatro mil soldados armados hasta los dientes.

Un sordo murmullo de rabia recorrió las filas. Todos los soldados querían volver al pueblo para hacer picadillo a los concejales y a cuanto hombre pillaran en el camino. Y el comandante Martínez tuvo dificultad para contenerlos. Mientras el capitán Rodríguez salía a escape a llamar al ingeniero Stuven, el comandante ordenó a los lautarinos en los vagones y dejó todo dispuesto para emprender la retirada en cuanto llegara el segundo tren que permanecía en el Alto de la Villa. Éste no tardó en llegar. El ingeniero había entendido al momento el riesgo en que se encontraban. Presintiendo que los moqueguanos no sólo intentaban coparlos allí, sino que también harían cuanto les fuera posible por impedirles la retirada, cargó en un carro plano gran número de durmientes, pernos, rieles, gatas y clavos en previsión de que les cortaran la línea del ferrocarril. Y antes de abandonar la estación del Alto de la Villa arrancó las piezas vitales a dos locomotoras que allí estaban, para evitar que pudieran perseguirlos. Luego arrancó a todo vapor hacia el puente en donde estaba el campamento chileno.

No obstante comprender que les iba la vida en llegar cuanto antes a la costa, el comandante Martínez hizo prevalecer sus principios sobre la dignidad militar: ordenó que la banda subiera en el último vagón y se despidió de Moquegua con una serenata. Los dos convoyes se pusieron en movimiento a los acordes del himno *Adiós al 7.º de Línea*, que ya se había difundido entre todos los músicos del ejército.

El ingeniero Stuven manejaba la primera locomotora, escudriñando la vía lo más lejos que alcanzaba su mirada. Una tras otra iban dejando atrás las míseras estaciones: Chimba, Calaluma, Humo, Corpanto. Una hora después de abandonar el puente pasaron por San José. Cuando la pequeña estación se perdió, el ingeniero se inclinó preocupado sobre un croquis que había dibujado en el viaje de penetración.

—Ahora viene el caserío de Chamos —murmuró—. A derecha e izquierda del terraplén hay sendos barrancos. ¡Hum, lindo sitio para una emboscada! —Se volvió hacia el capitán Rodríguez, que venía con Alberto Cobo sobre el carbón del ténder—. ¡Capitán! —le gritó —. ¿Divisa al frente dos montículos por entre los cuales corre la

línea?

—Sí, capitán Stuven —le confirmó Rodríguez—. Ya vamos a pasar entre ellos.

El ingeniero tiró la palanca del freno y contuvo la marcha del tren. Según su croquis, al otro lado de esos montículos la vía entraba en una curva muy cerrada bordeada por ambos lados de barrancos. El convoy entró al abra abierta entre los dos murillos y fue avanzando en descenso. Stuven se descuidó apenas un par de segundos para hurgar en uno de sus bolsillos y sacar un cigarro, y aquello bastó. El grito de advertencia del fogonero lo hizo saltar hacia la ventanilla.

—¡Mi capitán, han arrancado los rieles en la curva!

—¡Pendejos de mierda!

Stuven se aferró a la palanca del freno y la tiró hacia atrás con todas sus fuerzas. Las ruedas chirriaron.

Pero los vagones cargados y en descenso empujaban a la locomotora. Las ruedas delanteras de la máquina llegaron al sitio en donde habían sido quitados los rieles y cayeron pesadamente sobre los durmientes. Éstos crujieron y se partieron por el medio. La locomotora se ladeó como si fuera a tumbarse hacia el barranco de la izquierda, pero en otro barquinazo se inclinó hacia la derecha. Así, dando tumbos y cortando los durmientes avanzó una cincuentena de metros. Poco más allá la curva se cerraba y era indefectible que el tren saltaría al barranco.

—¡Vamos a despeñarnos! —alcanzó a gritar Alberto y salió despedido del ténder, yendo a caer al borde del terraplén, donde quedó tendido, aferrado a los riscos.

En mitad de la curva se alzaba una enorme roca solitaria. Stuven soltó la rienda y aflojó el freno. La máquina, sin control, dio un salto hacia adelante impulsada por los vagones y, en lugar de entrar en la curva, se estrelló de frente contra la roca. De un manotón, el ingeniero abrió las válvulas del vapor, alejando el peligro de que estallara la caldera. Atrás los vagones iban chocando uno contra otro con estruendoso golpear de hierros. El ingeniero saltó al suelo por entre la nube ardiente que envolvía la locomotora. Desgreñado y sudoroso, comenzó a barbotar maldiciones al cerciorarse de los destrozos que había sufrido la máquina. Tras él brincó al suelo el capitán Rodríguez, que venía enteramente negro por los revolcones.

Fusil en mano, se inclinó hacia el fondo del barranco. Abajo, a un costado, había un grupo de hombres observando. Eran sin duda, los que habían arrancado los rieles. Sin pensarlo dos veces, el explorador les disparó.

Muchos otros fusiles lo siguieron.

—Capitán Gacitúa, preocúpese de ver si hay heridos —gritó el comandante Martínez al oficial que descendía del último carro.

El segundo tren llegaba en ese instante. Sus ocupantes, advertidos por sus capitanes, habían empezado a saltar de los vagones antes de que cesara la marcha y tomaban posiciones en la orilla del barranco.

—¡Capitán Díaz Gana! —gritó el comandante al oficial que los mandaba—. ¡Baje a los cañaverales del fondo y persiga a esos bribones que nos tendieron esta emboscada!

—¡A su orden, mi comandante! —le respondió el aludido, haciendo señas de seguirlo a sus hombres.

La voz del comandante lo siguió en el descenso:

—¡Capture un par de prisioneros y maten a todos los demás!

Refunfuñando se acercó a la locomotora y consultó a Stuven, que examinaba la trompa de la máquina:

—¿Hay caso de reparar los desperfectos, capitán?

—Creo que sí. Lo primero es reparar la vía.

En aquel momento Stuven pensó que Dios lo había iluminado cuando se le ocurrió cargar un carro plano con toda clase de elementos.

—Dentro del desastre hemos tenido suerte, mi comandante. El segundo tren quedó intacto y podremos poner su locomotora a tirar hacia atrás a este convoy hasta meterlo de nuevo en los rieles. Luego, con gatas y a brazo, retiraremos esta máquina, la repararemos y nos dedicaremos a componer la línea.

—¿Cuánto tiempo cree usted que tardará en esos arreglos? —inquirió el comandante, preocupado.

—Si usted me proporciona un centenar de hombres, demoraremos unas… ¡cuatro horas, mi comandante!

El jefe quedó alelado. En cuatro horas se les vendría encima la noche, y, tal vez, también los enemigos. Pero no había otro remedio que resignarse. A los cien hombres de la primera compañía pedidos por el ingeniero, se sumaron los pontoneros que ya comenzaban a

descargar las herramientas del carro plano. El resto de la tropa fue distribuido a ambos costados de los dos trenes y montó guardia fusil al brazo. Uno de estos grupos encontró al sargento Cobo semidesmayado sobre el borde del terraplén. Estaba muy magullado, pero sin heridas. El capitán Rodríguez se puso al mando de los granaderos y tomó posición de vigilancia sobre la vía férrea, en dirección a Moquegua.

La fuerzas del capitán Díaz Gana disparaban de vez en cuando en el fondo del barranco, continuando la persecución de los que habían arrancado los rieles.

Los soldados puestos bajo las órdenes de Stuven trabajaban con el torso desnudo, e iban ordenando lentamente el convoy. La locomotora del segundo tren fue enganchando los carros salidos de la línea y tirándolos hacia atrás. Sacar la locomotora del sitio en que se había incrustado fue más difícil. Dos horas y media demoró aquella faena.

El comandante Martínez, que se paseaba de un lado a otro, no aguantaba su nerviosidad.

—¿Cuánto falta todavía? —preguntaba por centésima vez al ingeniero, que se multiplicaba en el trabajo.

—Dos horas todavía, señor. Y, por favor, no me lo vuelva a preguntar.

Afortunadamente llegó el capitán Díaz Gana con algunos soldados. Traía consigo a un hombre burdo herido.

—¿Y los demás emboscados? —le inquirió el comandante.

—Ocho quedaron allá abajo, con la cara enterrada en el barro, mi coronel —le informó el capitán, añadiendo—: Y como este bribón presenció la suerte que corrieron sus compañeros, no me parece que esté como para negarse a contestar a todo lo que usted le pregunte.

El comandante sacó su revólver y le echó hacia atrás el gatillo. Enseguida alzó el cañón hasta la altura de los ojos del prisionero. El campesino se puso pálido y desencajado. Con la lengua trabada por el pánico, balbuceó:

—Por piedad, no haga usted eso. Yo le diré cuanto sé…, aunque no es mucho, porque soy apenas un peón de esta hacienda. Pero lo he visto todo —se apresuró a confesar—, y he oído los planes que los patrones de la hacienda, en combinación con las autoridades de

Moquegua, han hecho para cazarlos a ustedes.

Esa declaración venía a confirmar los temores del comandante. Los enemigos intentaban cerrarles la salida al mar.

—¿Hay muchos hombres por los contornos? —siguió preguntando al campesino.

—No, señor; la mayor parte se retiró hacia la costa, corriendo junto a la línea del tren.

El comandante se dejó dominar por la rabia. Atrapó al prisionero por el cuello y lo tumbó al suelo.

—¡Respóndeme! ¿Tienen tramada otra emboscada parecida a ésta más allá?

—Sí, señor —gimió el hombre—. En la estación de Conde volaron el estanque de agua para el tren y más adelante van a cortar los rieles como lo hicieron aquí.

—¿Marchan a pie?

—Sí, señor.

El comandante concibió una esperanza: quizás alcanzarían a pasar antes de que los hacendados de la zona consumaran su propósito.

Stuven ni siquiera se molestó en levantar la cabeza. Profiriendo una retahíla de palabrotas inglesas, siguió trabajando.

Cuatro horas y media se cumplieron desde que el tren desrieló. Cuando todo estuvo dispuesto para reemprender la marcha, los soldados que habían realizado la faena estaban a tal extremo extenuados que sus compañeros tuvieron que ayudarlos a trepar a los vagones. El ingeniero Stuven, que parecía inagotable, empuñó los mandos de la locomotora y se dispuso a partir. El comandante Martínez subió esta vez a su lado en la locomotora y dio la orden de partida. Habían tomado dos precauciones para proteger la marcha: hacía una hora había partido el capitán con los diez granaderos a caballo para explorar la línea y en la trompa de la máquina había instalado como vigías al sargento Cobo y al capitán Gacitúa.

Los dos trenes fueron avanzando a una velocidad prudente. Todos los ocupantes iban tensos.

—¿A qué distancia de la costa estamos todavía? —preguntó el coronel Martínez al ingeniero Stuven.

—Alrededor de ochenta kilómetros, mi comandante. En tres horas podemos estar en la playa…, si es que no encontramos

inconvenientes insalvables.

Comenzaba a anochecer. Si se veían forzados a pernoctar en el camino, era inminente que amanecerían envueltos por un cerco de fusiles enemigos.

Cuarenta y cinco minutos después pasaban por la estación de Conde. No se detuvieron. Una ojeada les bastó para comprobar que los hacendados habían volado el estanque de agua.

—Las máquinas todavía tienen elementos para funcionar hasta la próxima estación —calculó Stuven—. Pero si no renovamos el agua allá no podemos seguir.

La vía comenzaba a tenderse a través de la árida pampa de Candarave. Stuven conducía a una velocidad suicida, confiado en que la línea corría por una extensión lisa, sin barrancos. Poco antes de las nueve, súbitamente surgieron al frente la luminosidad de una fogata y varias antorchas agitadas en la obscuridad. Eran los granaderos con el capitán Rodríguez que les daban el alto en la estación de Hospicio. El primer tren se detuvo.

—¿El estanque? —preguntó Stuven, sin bajarse de la locomotora.

—Está destruido, capitán —le respondió el explorador—, y la bomba aspirante fue desarmada.

El ingeniero saltó al suelo.

—Hay que repararla —determinó.

Maniatado junto a la cabalgadura del capitán Rodríguez había un chino.

—Este bellaco que capturamos por casualidad ha confesado que las piezas que le faltan a la bomba se las llevaron a una hacienda que está hacia el sur, allí en los cerros en que termina esta pampa.

—Pues iré a buscarlas con los granaderos.

El comandante Martínez se espantó ante la perspectiva de tener que permanecer inmóviles otras horas más en aquel sitio.

—No podemos mover las locomotoras sin agua, mi comandante —porfió el ingeniero, y pidió su caballo a uno de los granaderos. Antes de partir, advirtió al jefe—: Volveré antes de una hora. Entretanto, que los soldados comiencen a llenar las calderas a baldes.

Afortunadamente, la hacienda donde estaban las piezas de la bomba no quedaba lejos y los granaderos pudieron regresar en

menos tiempo que el calculado. Arreglado el artefacto, las calderas recibieron el líquido que necesitaban y los convoyes volvieron a emprender la marcha.

Los granaderos, a riesgo de reventar sus caballos, habían galopado adelante con poco más de media hora de ventaja. Confiado en que ellos les prevendrían de cualquier peligro en la vía, el ingeniero Stuven forzaba la marcha de las locomotoras. El capitán Gacitúa y el sargento Cobo, provistos de banderolas, iban de pie a ambos lados de la trompa de la primera máquina, con sus miradas ansiosas.

Salieron de la pampa de Candarave y la vía torció levemente hacia el noreste, apegándose al río Ilo. Iban a llegar a la estación llamada Salinas.

El comandante Martínez se había dejado amodorrar, cuando lo sobresaltaron varias detonaciones sucesivas. En la densa obscuridad se distinguían como chispas los fogonazos de unos disparos.

—¡Los granaderos están combatiendo allá adelante! —bramó—. Y son apenas diez. ¡Métale vapor, ingeniero!

—¿Y si la línea está rota y nos desrielamos por correr?

—Peor será que los enemigos agarren solos a los granaderos y los carneen. ¡Métale vapor, le digo!

El tren tomó el máximo de su velocidad. Los tiros se sentían cada vez más cerca. De pronto Alberto Cobo agitó desesperadamente su banderola frente al fanal de la máquina.

—¡Alto!… ¡Alto!… ¡Está rota la línea!…

El capitán Stuven aplicó los frenos a fondo. Afortunadamente, las ruedas delanteras de la locomotora dejaron de resbalar a un metro escaso de la rotura.

Todo el mundo saltó a tierra.

Los hacendados peruanos habían arrancado más de diez metros de riel.

—¡Malditos pendejos! —barbotó Stuven—. Tenemos para trabajar durante toda la noche.

El comandante Martínez murmuró con hosco fatalismo:

—Consiguieron su objetivo estos bandidos: nos tienen embotellados.

Pocas horas antes, en el atardecer de aquel 1.º de enero, la corbeta
O'Higgins
entraba al surgidero de Pisagua y una lancha a vapor se desprendía de su costado dirigiéndose presurosa hacia la playa. Minutos más tarde, el comandante Jorge Montt pisaba tierra y se encaminaba hacia el cuartel donde atendía el ministro Sotomayor. Pero éste ya se echaba a la calle, presintiendo que el barco no había abandonado sin poderosas razones el bloqueo de Ilo y la espera de la expedición que debía explorar aquella región. El marino confirmó sus temores, relatándole la temeraria aventura que había emprendido el comandante Martínez con el primer batallón del «Lautaro». Como pasaran dos días desde que se internaron hacia Moquegua, el comandante Viel comisionó al comandante Montt para informar al ministro de los hechos.

—¡Por todos los diablos del infierno! —estalló Sotomayor—. Siempre iguales: imprevisores, audaces, imprudentes. ¿Quién le da derecho al comandante Martínez para exponer tan vanidosamente las vidas de los soldados?

Durante unos cuantos minutos siguió desahogando su cólera sobre el comandante Martínez. Pero de súbito lo olvidó todo, pendiente sólo de buscar los medios para reparar el daño y aminorar las consecuencias.

—Comandante Montt —dijo al marino—, navegaremos a toda velocidad hasta Iquique. Allí embarcaremos al regimiento «Esmeralda» y lo trasladaremos a Pacocha. Sus batallones entrarán al valle de Moquegua a rescatar a los soldados del «Lautaro».

Al tiempo que Sotomayor se embarcaba en la
O'Higgins,
su secretario telegrafiaba al general en jefe al campamento de El Bearnés explicándole la situación suscitada y excusando al ministro por haberse tomado la atribución de sacar al «Esmeralda» de Iquique para llevarlo a Pacocha.

Ignacio Carrera Pinto había sido ascendido a subteniente. En el cuartel de la Recova Nueva, que ocupaba el regimiento

«Esmeralda», compartía dormitorio con su primo en segundo grado, el capitán José María Pinto, hijo del presidente de la república. Era hijo de don José Miguel Carrera Fontecilla y de doña Emilia Pinto Benavente, prima hermana de don Aníbal Pinto.

Aquella noche del 1.º de enero los dos oficiales terminaban de vestirse con uniformes de parada, urgidos por el teniente Manuel Aguirre Peña y Lillo. Se aprestaban para asistir a una curiosa ceremonia, promovida por el subteniente Alberto del Solar con el único fin de matar las horas de aburrimiento en Iquique. El donjuanesco subteniente había inventado comprometerse con la frágil y enigmática chinita Su Co Fang, o *Butterfly*, como la llamaban todos los oficiales del primer batallón que frecuentaban la cantina del viejo pequinés Fang. Para celebrar el compromiso, que se realizaría de acuerdo al ritual chino, Del Solar había invitado a todos los oficiales del batallón.

El capitán Pinto se resistió, al comienzo, a asistir a lo que le parecía una farsa cruel. Pero el entusiasmo de la muchacha oriental, que no ocultaba su amor por el oficial, y el propósito de impedir que las cosas se consumaran totalmente, lo determinaron a aceptar la invitación.

Ignacio Carrera Pinto terminó por abrocharse el cinturón, se alisó la guerrera y se caló el quepis. Luego giró, cómicamente erguido ante sus amigos.

—¿Eh? ¿Qué tal? No me dirán que no tengo la apostura tradicional de los Carrera, ¿eh?

Aguirre tomó de un brazo a Carrera y lo impulsó a salir del cuarto.

—Te esperamos en el patio, José María —dijo al capitán—. No hay que hacer esperar a los novios, hombre.

No habían terminado todavía sus risas, cuando frente a ellos apareció el coronel Amengual.

—¿Qué significa esto, oficiales? —les indagó—. Vayan a quitarse todos esos miriñaques al momento y a vestir el uniforme de campaña. Embarcaremos al momento en el *Itata*. Tienen ustedes dos minutos para presentarse en la formación con uniforme de campaña. ¿Entendido?

—¡A su orden, mi comandante!

Los jóvenes iban a emprender la carrera hacia el dormitorio,

cuando Aguirre hizo acopio de valor.

—Perdón, mi comandante. Dijo usted que embarcaremos. ¿Podemos saber hacia dónde?

—Hacia el norte, *m'hijos* —exclamó el coronel muy ufano—. Vamos a rescatar a los del «Lautaro» que se han dejado embotellar en el valle de Moquegua.

Los dos oficiales entraron en el dormitorio y comenzaron a quitarse la ropa a tirones, explicando la situación al capitán Pinto, que los observaba estupefacto.

A los dos minutos llegaban a la formación. Todo el primer batallón estaba listo para partir y el comandante Amengual se paseaba como un león frente a las filas, examinando a oficiales y soldados. Cuando estuvo satisfecho, dio la orden de abandonar el cuartel y dirigirse a la playa.

Horas de angustia vivió el ministro Sotomayor mientras esperaba la llegada del *Itata* con el primer batallón del «Esmeralda». El temor de que el batallón del «Lautaro» que estaba atrapado en el valle de Moquegua pudiera perderse le impedía conciliar el sueño. Al fin, dormitó algunas horas en la noche del 2 al 3 de enero. Pero al alba su secretario, Máximo Lira, lo despertó: el *Itata* había entrado en la bahía de Pisagua.

—¡Ah, gracias a Dios! —suspiró el ministro—. Disponga que se prepare al instante una lancha a vapor para embarcarme en el *Itata*.

—¿Va usted también a Pacocha, señor?

—Por supuesto. Máximo, y usted me acompaña.

Lira no puso objeciones, aunque hubiera querido hacerlo, considerando el estado de salud de Sotomayor. Minutos más tarde estaban a bordo del transporte y Sotomayor explicaba al comandante del barco y al jefe del «Esmeralda» la situación en que creía se encontraba la expedición mandada por Martínez.

—Perfectamente —afirmó el coronel Amengual—. El *Itata* está con las calderas a presión y mis hombres dispuestos a saltar a tierra en cualquier región del Perú y abrir una brecha a punta de bayonetas para que salgan por ella los camaradas del «Lautaro».

Pero el ardiente anhelo de los esmeraldinos de entrar en acción

habría de frustrarse otra vez. No bien el *Itata* se había puesto en movimiento, resonó un cañonazo en la boca de la bahía y los vigías de las cofas anunciaron la aparición de un barco que llegaba: el *Copiapó*.

El ministro abrió los brazos con alivio:

—¡Menos mal que regresan salvos! —exclamó.

El comandante Amengual frunció el ceño:

—¿No me dirá usted que en esa nave regresan los locos del «Lautaro»?

—Si es el «Copiapó», no hay duda de que son ellos —repuso jubilosamente el ministro.

—¡Decididamente el destino se ensaña con los soldados del «Esmeralda»! Ahora que teníamos la oportunidad tan deseada de caer en territorio enemigo y hacer siquiera una carga, esos gusanos del «Lautaro» regresan por su propio esfuerzo.

Pese a que habló bajo, alcanzó a ser oído por el ministro, quien lanzó una carcajada.

—Calma, coronel —le dijo—. El ataque definitivo no ha de tardar y el «Esmeralda» será el ariete que vaya abriendo el camino al ejército.

—Sí, pero ¿cuándo será eso, ministro?

Sotomayor se puso súbitamente serio:

—Cuando el general Escala acepte la reorganización del ejército en divisiones y apruebe el plan de ataque propuesto por el Gobierno —repuso gravemente.

—¿Cuál es ese plan, señor?

—Lo esencial, coronel; que la invasión comenzará por Pacocha, si el comandante Martínez no indica algún otro punto de las costas peruanas más apropiado. Si de mí dependiera, estaríamos invadiendo antes de quince días.

El coronel Amengual regresó a Iquique con su batallón, convencido de que si no se arreglaba la querella existente entre el general Escala y el ministro, la iniciación de las operaciones se retardaría definitivamente.

Aquella misma noche, Sotomayor escribía al presidente Aníbal Pinto informándole sobre las impresiones recogidas por los comandantes Viel y Arístides Martínez en su incursión.

El comandante Viel escribe diciéndome que Ilo es un magnífico puerto para desembarcar —decía en un párrafo de su carta—. *Por su parte, el comandante Martínez me informa que de Pacocha parte un ferrocarril hasta Moquegua, pueblo ubicado en mitad del camino a Arequipa. El río Ilo corre en las inmediaciones, eliminando el problema del agua. También comunica el comandante Viel que existen otras caletas intermedias, al norte de Arica: Sama e Ite. Pero en ambas el mar es muy fuerte y no existen elementos de desembarco. Al mismo tiempo, encierran el peligro de que puedan ser defendidas desde elevados cerros que corren paralelamente al mar. Por si estos antecedentes fueran pocos, se sospecha que ambas caletas están foseadas con minas de pólvora.*

El presidente de la república, después de consultarlo con su consejo de ministros, respondió lacónicamente:

Reúne consejo de guerra en ésa para decidir sobre el posible desembarco en Ilo e infórmanos.

ANÍBAL PINTO.

Sotomayor ejecutó de inmediato la orden presidencial. El consejo de guerra se reunió en Pisagua, y a él no asistió el general Escala, que se hallaba en el campamento de El Bearnés. El ministro explicó a los más altos jefes del ejército el plan que sugería el Gobierno: desembarcar en la caleta de Ilo y establecer en el valle de Moquegua un campamento de guerra. Luego, la caballería chilena se dedicaría a hostilizar y cortar las comunicaciones del enemigo entre Tacna y Arica y el centro del Perú. No se contemplaba la penetración y dominación del interior; solamente provocar a los enemigos y atraer sus regimientos hasta el valle de Moquegua.

—Para conseguir esto —explicó el ministro—, nos apoderaremos de Moquegua y los pueblos de sus alrededores; amagaremos Torata, asaltaremos Locumba, introduciremos el mayor desconcierto en toda la zona, en forma tan sangrienta, que o el dictador Piérola baja con sus fuerzas desde Lima para expulsarnos o el contralmirante sube con las suyas para intentar lo mismo. Si esto último ocurriera,

mientras nuestra columna expedicionaria les presenta batalla en Moquegua, nuestra reserva establecida en Tarapacá se abalanzará sobre Tacna y Arica por el sur.

El plan fue entusiastamente aprobado por todos los jefes. Solamente el coronel Amengual hizo una consulta:

—¿Y si, a pesar de todo, los regimientos enemigos no se movilizan sobre el valle de Moquegua —dijo—, qué haremos?

—Entonces habría que pensar en cerrar nuestras fuerzas del norte y del sur sobre Tacna y Arica, encerrándolas en un círculo de fuego —respondió el ministro—. Pero lo primero es ir al desembarco en Ilo y Pacocha. ¿Están de acuerdo en esta fase inicial del plan?

Todos volvieron a aprobar al ministro. Pero uno de los generales quiso saber cuál era exactamente la fuerza enemiga concentrada en Tacna y Arica.

—Según nuestros informes —le participó Sotomayor—, hay en aquellas plazas alrededor de 12 000 soldados, entre peruanos y bolivianos, bien armados y bien alimentados. La firma «Gómez, Puch y Cía.», que maneja el excónsul de Argentina en Iquique, los surte de abundante carne.

—¿Y cuántos hombres podríamos lanzar nosotros al desembarco en Ilo? —le consultó el coronel Amengual.

—Siete mil quinientos —le contestó el ministro—. El resto del ejército tendrá que atacar Tacna trasladándose por tierra desde el sur.

Con aquella explicación se dio por terminada la conferencia. Sotomayor retuvo a su lado al coronel Amengual, diciéndole que quería pedirle un servicio.

—¿Qué más hay? —preguntó el jefe del «Esmeralda».

—Mis eternos choques con el general Escala —le informó el aludido.

—Dispénseme usted, pero, siendo yo un subalterno, no puedo intervenir en ese asunto.

—Todos dicen lo mismo —le recriminó el ministro—. ¿Es que no comprenden que con esa actitud negativa están entorpeciendo las gestiones para iniciar la campaña? El decreto que determina la reorganización del ejército en divisiones no puede ser promulgado mientras el general en jefe no lo acepte. Hace muchos días que se lo

envié al señor Escala y éste no ha tenido ni siquiera la cortesía de acusarme recibo de él.

El coronel intentó excusar a su superior.

—Recuerde que el general Escala ha estado enfermo —le dijo—. El 16 de diciembre sufrió un ataque de apoplejía.

—Sí, lo sé; pero sé también que ya está repuesto. Y, por otro lado, el Gobierno sigue urgiéndome. Mire este telegrama:

Enero 2.
Gobierno quiere pronta organización de divisiones.

—¿Puede esto continuar así? Dígamelo usted, que es un militar de larga carrera.

El comandante Amengual tuvo que reconocer que se estaba estropeando la campaña. Aquello dio pie al ministro para solicitarle el servicio anunciado.

—Trasládese en tren al campamento de El Bearnés —le rogó— y converse con el general Escala. Discretamente, sin que él llegue a sospechar que este ruego proviene de mí. ¿Querrá usted hacerme este favor, coronel?

Al día siguiente, el secretario del ministro recibía un telegrama del general en jefe aceptando la organización del ejército en divisiones. Todo pareció definitivamente arreglado. No obstante, llegó una carta del general en jefe, que aclaraba que aceptaría todas las indicaciones que le hiciera el Gobierno, pero que rehusaba hacerse responsable de las consecuencias.

—¡Habráse visto! —estalló Sotomayor—. De este modo, ocurra lo que ocurra, la responsabilidad no recaerá sobre él, sino en mí.

En aquella oportunidad, el ministro pensó en destituir al general Escala. Pero desistió de hacerlo.

—Por el momento, no hay nadie que pueda ocupar su puesto —dijo.

—Está el general Baquedano —le recordó su secretario.

—Sí, sí. Sin embargo, no cambiaremos al general Escala. Ya hemos conseguido un triunfo obteniendo que aceptara la organización del ejército en divisiones autónomas.

La reorganización del ejército repercutió, desde el momento mismo de ser decretada, sobre el regimiento «Esmeralda». Su primer efecto fue la pérdida del comandante. El coronel Amengual pasó a ser el jefe de la Primera División. Los oficiales y soldados lo lamentaron profundamente. Formaban esa división el «Esmeralda», el «3.º de Línea», los batallones «Navales» y «Valparaíso», el regimiento «Cazadores» y una brigada de artillería.

El segundo efecto alegró a los esmeraldinos. El ministro de la Guerra en campaña ordenó al regimiento trasladarse al momento a Pisagua, a fin de reconocer ciertas zonas de la costa del Perú.

El 10 de febrero, al caer la tarde, el transporte que conducía al primer batallón del «Esmeralda» detenía sus máquinas en la bahía de Pisagua. Lentamente, para no forzar su corazón enfermo, Sotomayor subió la escalerilla de gato y se presentó en la cubierta, en donde lo esperaban las compañías del «Esmeralda» rindiéndole honores.

—Buenas tardes, soldados —los saludó, y de inmediato preguntó al capitán del barco—: ¿Está todo listo para zarpar?

—Esperamos su orden, señor ministro.

—Pues hágalo al momento, capitán. Vamos a Ilo. El *Cochrane* bajará a recibirnos a la altura de Arica y nos escoltará hasta nuestro destino.

El capitán se volvía hacia sus tripulantes, cuando pareció recordar algo.

—Perdón, señor, había olvidado que tengo un encargo para usted. —De las bocamangas de su casaca sacó un sobre cerrado—. Me entregó esta carta en Antofagasta el capitán del vapor inglés *Colombia*. Le fue confiada en Valparaíso en carácter de muy urgente.

Sotomayor rasgó el sobre con gran precipitación. Había reconocido la escritura de su esposa. Fue leyendo ávidamente, y a medida que avanzaba, su rostro se iba puniendo más pálido. Su secretario se le acercó con expresión preocupada.

—¿Qué ocurre, don Rafael?

—¡Dios santo, no! —sollozó el ministro—. ¡Cómo puede ser tanta mi mala suerte!

El secretario insistió:

—¿Qué pasa, don Rafael?

Sotomayor exclamó con voz desgarrada:

—Mi mujer me anuncia que mi hija…, mi pobrecita hija menor…, está agonizando.

El capitán del transporte y el comandante Holley se le acercaron condolidos, pero ninguno de los dos se atrevió a hablarle.

El primero en reaccionar fue Máximo Lira:

—Dentro de dos horas pasa un vapor de pasajeros rumbo al sur. Podrá irse en él a Valparaíso.

—No, no, amigo Lira —le expresó el ministro—. Debo partir hacia el norte con ustedes. La campaña no puede interrumpirse. La suerte de Chile está antes que la mía. Mi pobrecita hija sabrá comprenderme.

La máquina del vapor comenzó a acelerar su ritmo y la cubierta crujió al iniciarse el movimiento.

—Parte el barco, señor —le advirtió el comandante Holley—. Descienda mientras sea tiempo.

—No, comandante. Vamos a Ilo. El deber está antes que todo.

El transporte comenzó a virar hacia el mar abierto. Sotomayor, encerrado a solas en una de las cámaras de popa, observaba la costa y sentía que se iba alejando de él la imagen adorada de su pequeña hija. Abatiendo la cabeza, lloró desconsoladamente.

Punta de Lobos…, Arica…, caleta Yanadadas…, cabo Quiaca… El barco seguía ascendiendo hacia el norte. Ingenieros, exploradores y el ministro iban registrando con sus anteojos de larga vista todos los accidentes de la costa peruana. Mar adentro, el blindado *Cochrane* voltejeaba como un coloso vigilante. Al cruzar a la altura de la caleta de Sama, Sotomayor pidió que se detuvieran los barcos. En un informe que le mandara el comandante Viel, se indicaba que en la punta de tierra llamada Cumba existía un tolderío en el que calculó se amparaban más de dos mil hombres, entre infantes y jinetes.

—Necesitamos conocer con absoluta certeza a cuánto ascienden esos hombres y si tienen el propósito de permanecer en esta región o han recibido orden de incorporarse al ejército establecido en Arica —participó el ministro al comandante Holley, del primer

batallón del «Esmeralda».

Se decidió que era preciso mandar algunos exploradores expertos a tierra.

—La hora del crepúsculo es la más indicada para un desembarco furtivo —señaló Holley—. Propongo a usted un oficial de mi regimiento para esta exploración. El teniente Martiniano Santa María es un experto nadador y hombre fornido e inteligente.

—Perfectamente —aceptó Sotomayor—. Pero estimo que debe ir acompañado por otros que hayan intervenido en exploraciones semejantes en territorio enemigo. Para esto he traído en mi comitiva al capitán del «Cazadores del Desierto» Manuel Rodríguez. Y recuerdo también a un sargento del «Esmeralda» que participó en la incursión a Moquegua junto a ese capitán. Tengo muy buenos informes de él.

—Es el sargento Alberto Cobo, de la tercera compañía del primer batallón, señor puntualizó el comandante, orgulloso.

Sin pérdida de tiempo, se hizo citar a los dos oficiales y al sargento a la cámara del ministro. Éste los recibió sentado frente a un diminuto escritorio en el que se amontonaban planos y documentos.

—Voy a confiar a ustedes una misión muy importante —les dijo —. ¿Han oído hablar del plan de Moquegua?

—Por supuesto, señor —asintió el capitán Rodríguez.

—Bien, señores —prosiguió el ministro—. No ha sido posible poner en ejecución este plan aún, porque el general en jefe y yo tenemos profundas divergencias acerca del poder efectivo de los enemigos. Según mis informes, el ejército aliado distribuido entre Arequipa, Moquegua, el valle del Sama, Locumba, Tacna y Arica no excede de 14 000 hombres. Pero el general Escala, basado en datos que le han proporcionado informantes propios, calcula en el doble las fuerzas que nosotros anotamos. Él supone que el enemigo tiene por lo menos 29 000 soldados repartidos en la siguiente forma: 15 000 en Tacna y Arica, 7000 en Moquegua, 2000 en Ilo y Pacocha, y de 4000 a 5000 en tránsito continuo entre Chala y Mollendo.

—El mayor Zubiría, ayudante de mi general Escala, opina que la suma es aún más alta —acotó el comandante Holley.

—Por esta divergencia —continuo el ministro— el asalto a

Moquegua no se ha realizado todavía. El plan del Gobierno era desembarcar 7500 hombres en Pacocha y con ellos enseñorearnos del valle de Moquegua, apoderarnos de Locumba, recorrer el valle del Sama y llegar al linde superior de Tacna.

—Por lo que nosotros pudimos ver —intervino Alberto Cobo—, siete mil soldados constituyen una cantidad más que suficiente para lograr el dominio de toda esa zona, señor.

—El general Escala no quiere iniciar la campaña mientras no se le garantice un desembarco en Pacocha de lo menos diez mil hombres —advirtió el ministro.

—Y si no hay barcos para transportar diez mil soldados, señor —indagó el teniente Martiniano Santa María—, ¿en qué forma se resolverá la cuestión?

—En busca de esa solución hemos venido, teniente. Este viaje no tiene otro objetivo que demostrar prácticamente al general Escala que las fuerzas enemigas en esta región no son tan numerosas como él opina.

Los tres jóvenes cambiaron entre ellos una mirada de inteligencia. El ministro se dio cuenta de que no necesitaba darles más explicaciones, de modo que fue inmediatamente al grano:

—Tendrán que bajar a tierra, buscar los campamentos enemigos, rondarlos, filtrarse en ellos, observarlo todo, y regresar trayéndonos uno o dos prisioneros, oficiales si es posible.

—¡Estas son misiones, señor! —exclamó el capitán Rodríguez—. ¿No opinan lo mismo, camaradas?

El teniente y el sargento aprobaron calurosamente:

—Dé usted la orden y desembarcamos, mi comandante Holley.

—No tendrán que esperar mucho —apuntó el comandante—. El bote que han de usar está arriado ya y la hora es la exacta para una empresa como la propuesta.

El ministro se puso de pie y los precedió hacia la cubierta. Mientras salían les dio las últimas instrucciones:

—Lleven sólo pistola y yatagán; el fusil les servirá de estorbo. Provéanse además de una cuerda cada uno. —Luego les señaló un punto en la costa—: Ésa es la Punta de Sama —les explicó—; la caleta de Sama está más al norte, al otro lado de esa lengua de tierra. Ustedes desembarcarán aquí, pasarán por sobre la Punta de Sama y se encontrarán asomados sobre la caleta del mismo nombre

y sobre un llano llamado Cumba. En ese último sitio debe estar ubicado el campamento enemigo. ¿Me han entendido?

Los tres hombres afirmaron con una inclinación de cabeza.

Cuando descendían, oyeron la voz del nuevo jefe del «Esmeralda» haciéndoles una postrera recomendación:

—Si se encuentran en peligro, imposibilitados de reembarcarse por sus propios medios, disparen tres tiros uno tras otro e iremos a recogerlos. ¡Hasta la vuelta, esmeraldinos!

—Hasta la vuelta, mi comandante —respondieron los tres, y saltaron a la embarcación.

Alumbrados por el último fulgor del día, lograron embocar el bote por entre los rompientes y lo encallaron al sur del Morro de Sama, en una angostísima faja de playa. Tomaron alientos por unos instantes, retiraron la embarcación de las aguas e iniciaron la ascensión del morro. Ensartando el yatagán en la tierra reseca y aferrándose de las raíces muertas que emergían por las junturas de los riscos, fueron trepando hasta la cumbre. Caminaban hacía ya cerca de una hora, cuando el capitán Rodríguez, que marchaba delante, detuvo a sus compañeros. Estaban casi en el lomo del morro y desde allí se divisaba la cima, una estrecha meseta oblonga, en cuyo borde occidental se divisaba un cañón de bronce apuntando hacia el mar. A pocos metros, en torno a una hoguera, dormía una docena de soldados, mientras otros tres montaban guardia vueltos hacia el océano.

Los exploradores se tendieron uno al lado del otro, muy juntos para poder entenderse es susurros.

—De ahí podemos sacar el prisionero que necesitamos, mi capitán —musitó Alberto.

—Es como meter mano en una mesa se billar y robarse una bola sin que se enteren las otras —comentó Rodríguez en tono jocoso.

—Están durmiendo todos, salvo los centinelas —terció el teniente Santa María.

—Despertarán al menor ruido —le objetó el capitán—. Lo que debemos hacer es atraer hasta un sitio apartado a alguno de esos sujetos.

—Se me ocurre una treta —murmuró Alberto—: Esos pobres hombres deben pasar bastante hambre en tierras tan peladas como son las de estas cumbres.

—No crea, sargento —le acotó el capitán—. Abajo está el valle del río Sama, un verdadero oasis con abundantes pájaros y animales.

—Bien —aceptó Cobo—. Pero no creo que estos vigías de la costa vean muy a menudo un chancho. Y si nosotros les hiciéramos concebir la ilusión de una pierna de chanchito asada —expresó divertido—, serían capaces de ir a cualquier lado por ella, ¿no les parece?

El capitán comprendió al momento y se rió, pero el teniente Santa María, que cumplía su primera misión de explorador, se quedó mirándolos.

—¿No jugó usted nunca, cuando niño, a imitar los berridos de un cerdito nuevo? —se burló el capitán—. No perdamos tiempo —agregó Rodríguez—. El procedimiento será el siguiente: Ustedes se retiran a un sitio más o menos alejado, en donde puedan esconderse para esperar el paso del cazador de cerdos. Yo, humilde chanchito, arrastrándome por el suelo, lo iré llevando hacia el lugar en donde ustedes estén, y cuando el tentado pase buscándome, ¡salto a la garganta y silenciarlo!

Buscaron con la mirada un lugar para ejecutar la emboscada. A una cincuentena de pasos a la derecha, el sendero que conducía a la plazoleta pasaba por entre dos rocas de mediana altura que permitían el ocultamiento de dos hombres.

—Allí, compañeros —murmuró Alberto.

Rodríguez aprobó.

—Bien, camaradas —dispuso—, deslícense a ubicarse cada uno detrás de una roca. Y quiera Dios que el que se deje tentar por mis berridos sea nada menos que un oficial.

El teniente y el sargento comenzaron a alejarse, arrastrándose sobre los codos y las rodillas. Cuando consiguieron ocupar sus escondites, el capitán Rodríguez ya se había puesto en acción. En el silencio de la noche se lo oía imitando el gruñido de un cerdo pequeño y el de una marrana. Durante un par de minutos no se escuchó nada más. Pero luego uno de los hombres que estaban tumbados junto a la fogata se puso de pie y tendió el oído hacia el sitio en que sonaban los gritos porcinos. Cobo chistó al teniente Santa María:

—Allá viene uno —le susurró.

El teniente Santa María lo atajó asustado:

—Son dos los que vienen, sargento. ¿Qué vamos a hacer?

Cobo pesó la situación:

—Ellos no sospechan que estamos aquí. Dispongámonos a saltarles al cuello y silenciarlos, cueste lo que cueste.

Volvieron a acurrucarse detrás de las rocas y se pusieron a la expectativa. Cuando ambos pensaban que el capitán y sus perseguidores se habían ido por otro lado, sintieron el ruido apenas perceptible de alguien que se acercaba. Casi enseguida pasó por entre las rocas el capitán Rodríguez avanzando en cuatro pies. Cobo y Santa María contuvieron la respiración. En el sendero se oían inconfundibles los pasos cautelosos de dos personas que se acercaban en puntillas.

Con terrible exactitud, ambos chilenos derribaron a los dos soldados peruanos con el peso de sus cuerpos. Los atacados se debatían e intentaban gritar, pero sólo emitían unos gemidos estrangulados.

El teniente Santa María, en la nerviosidad del ataque, no atinaba más que a hincar sus dedos en la garganta del enemigo. En cambio, Cobo, más experimentado, junto con estrangular a su hombre, le levantó la cabeza y le estrelló la nuca contra el suelo, dejándolo laxo en tierra. Pero el otro luchaba como un desesperado. Por fortuna, en ese momento regresaba el capitán Rodríguez, quien levantando su revólver le propinó un feroz cachazo en la mollera.

—No podemos quejarnos, muchachos —murmuró—. Hemos cazado nada menos que a dos oficiales. Ahora hay que echárselos a cuestas y bajar con ellos al bote. Átenles las manos —añadió—, amordácenlos y bajen lo más rápido posible al bote. Allí espérenme. Yo voy a deslizarme a la carrera por el campamento de Cumba para echarle una ojeada.

—¿Cuánto lo esperamos, mi capitán? —le inquirió Cobo.

—Digamos…, treinta minutos —determinó el explorador—. Si no he vuelto en ese plazo, significará que me fue mal y partan ustedes solos. Lo importante es llevar a estos dos oficiales ante el ministro. Ellos le proporcionarán los datos que se necesitan.

No tuvieron que esperar la media hora fijada. Justamente, cuando en la plazoleta superior del Morro de Sama empezaban a oírse voces llamando a los oficiales desaparecidos, llegó el capitán

Rodríguez. Radiante, se metió al agua y saltó al bote que sus compañeros mantenían a flote. Cuando comenzaron a bogar, en el nido de la artillería enemiga se divisaban antorchas moviéndose en todos sentidos.

El propio ministro de la Guerra comunicó el ascenso a subteniente al sargento Alberto Cobo y, en un arranque de entusiasmo, le regaló las presillas correspondientes para que las cosiera en su guerrera. El capitán Rodríguez, el teniente Santa María y Alberto Cobo cumplieron una labor de trascendental valor para el ministro. Al igual que lo hicieran en Sama, desembarcaron en Ite, en Pacocha y en Mollendo; y en todos aquellos puntos levantaron croquis de los caminos, rondaron los campamentos y calcularon el número de soldados que albergaban. Sus conclusiones fueron el arma decisiva que el ministro esgrimió para dirimir su controversia con el general Escala. La región comprendida entre Mollendo y Arica no contaba con más de 15 000 defensores y la mayor parte de ellos se encontraba concentrada en los alrededores de Tacna. El comandante en jefe del ejército se vio obligado a aceptar el plan de invasión por Ilo y Pacocha. Sin embargo, su aceptación fue condicional.

—¿La invasión se efectuará con los mismos 7500 hombres que usted indicó en un comienzo? —planteó al ministro.

—No disponemos de barcos para transportar mayor cantidad —le respondió el interrogado.

—Sea como usted quiere —acató el general—. Pero opino que obrando con el número de soldados que anota usted, nos veremos precisados a mantenernos a la defensiva en el litoral, mientras no recibamos nuevo aporte de tropas que nos permitan avanzar hacia el interior; por lo que mi responsabilidad se ceñirá exclusivamente a actuar a la defensiva, salvo el caso de que se produzcan circunstancias excepcionalmente favorables que me permitan adelantar y escoger mejores posiciones estratégicas.

—Como a usted le parezca —dijo Sotomayor—. Lo único que importa, por el momento, es iniciar la acción.

Pero la esperanza del ministro de comenzar las operaciones

volvió a frustrarse. El general Escala se dejó influir por los viejos jefes que torcían sus buenos propósitos y se negó a poner en ejecución el plan en tanto no se le garantizara una cantidad mínima de 10 000 soldados para el primer desembarco. Aquella terca determinación estuvo a punto de producir un cisma en el ejército. Los regimientos acampados en el desierto se mantenían inmóviles desde el 28 de noviembre y ya se llegaba al fin de enero. La monotonía de esos meses abrumadores apenas había sido rota por algunas escaramuzas contra merodeadores de la pampa y contra las montoneras de un coronel llamado Melgar, a quien el Gobierno de Lima había nombrado prefecto de Tarapacá. La escuadra había bombardeado Ite y Sama y capturó una lancha torpedo que el Perú compró a los ingleses en cien mil soles. Pero la inercia pesaba sobre las tropas.

Sotomayor comprendía que era forzoso poner fin a esa dañosa estagnación, pero no se decidía a embestir contra el general Escala, pese a que el presidente y el ministro del Interior le señalaban la solución.

No trepides; tienes los brazos libres; elige general en jefe a quien quieras, le telegrafiaba Santa María.

Procede como mejor te parezca. Nadie puede decidir este punto mejor que tú, le escribía, por su parte, don Aníbal Pinto.

Pero Sotomayor pasaba por un período de depresión que le impedía adoptar actitudes enérgicas.

> *Me pregunto día a día si el sacrificio que hago estando fuera de mi familia, después de la desgracia ocurrida, no será completamente estéril* —les contestaba—. *Llego a creer que lo es y que tendría que optar entre dejar llevar las cosas sin orden ni arreglo alguno, o bien tener que tomar una actitud demasiado violenta contra el general, a quien no quiero ofender intencionalmente. Llevo mis temores hasta no tener confianza en el éxito de operaciones que podrán complicarse por el capricho o por la falta de ideas exactas sobre lo que aconsejan las circunstancias.*

El presidente Aníbal Pinto supo comprender que al ministro en campaña no le sería posible zanjar sus diferencias con el general en

jefe por sí mismo, y realizó un acto que acrecentó su nobleza. Deponiendo su orgullo, llamó al palacio de La Moneda a José Francisco Vergara, que se había retirado de las actividades de la guerra, disgustado con el ministro Sotomayor y con el Gobierno en general. Sostuvo con él una estéril entrevista, pues no pudo hacer variar de opinión a Vergara. Cuando la querella entre el general Escala y el ministro en campaña se extremó, el presidente hizo un sacrificio aún mayor: viajó a Viña del Mar y visitó a Vergara en su suntuosa residencia. Digno, volvió a exponer sus razones al despechado aristócrata.

—Comprendo su recelo, don José Francisco —le dijo—. Pero hay ocasiones en que es preciso postergar todo sentimiento personal ante las necesidades superiores de la nación. Le pido encarecidamente que acepte volver al norte como secretario del general Escala. Es indispensable que él tenga a su lado a un hombre inteligente y patriota que anule las malas influencias y ayude a mantener la buena armonía entre el general en jefe y el ministro en campaña.

Vergara negó con la cabeza:

—Ese hombre que usted busca, don Aníbal, tiene que estar en buena disposición con el ministro, y yo no gozo de las simpatías del señor Sotomayor. Él no podrá olvidar jamás que, por mi protesta, fue sacado su hermano del cargo de jefe del Estado Mayor. A mi vez, yo no podré perdonar al ministro el haberme separado del ejército, culpándome del desastre de Tarapacá.

«Quisiera poder servirle, don Aníbal —agregó el coronel de milicias—; pero no creo que el ministro haya olvidado nuestra disputa y sea capaz de pasar sobre ella. ¿No lo cree usted?».

El presidente hizo una pausa. Luego dijo a su interlocutor, emocionado:

—Usted tiene varios hijos, ¿verdad, José Francisco? Rafael Sotomayor también los tiene. Pero su predilecta, su regalona, era su hijita menor. La niña enfermó gravemente. Yo mismo hice cursar la carta que la esposa de Sotomayor le mandó al norte, participándole que su hija se moría. Pero Rafael no abandonó su puesto. Desgarrado por la angustia, siguió organizando la campaña que no caminaba sin él. Cuando regresó de una exploración a la costa del Perú, en Pisagua lo esperaba la tremenda noticia: su hijita había

muerto. ¿Y qué hizo el ministro? Continuó en su puesto, superior a su desgracia. ¿No es eso olvidarse de todo lo personal en aras de la patria?

Vergara lo había escuchado fumando intensamente.

—Tiene usted razón, don Aníbal —murmuró—. No conocía ese incidente tan penoso de la vida de Sotomayor. Volveré al norte y haré cuanto pueda por ayudar al ministro.

Al día siguiente de su conversación. José Francisco Vergara embarcó hacia el norte y se presentó al ministro Sotomayor, en Pisagua. El ministro lo recibió con recelo. Pero una mirada de sus ojos penetrantes le bastó para adivinar un cambio en el comandante de milicias. Lealmente le extendió su mano y sin explicaciones se pusieron a trabajar.

Horas después el recién llegado partía hacia el campamento donde estaba el general Escala, llevando una carta de Sotomayor.

El comandante en jefe del ejército volvió a tener una de sus violentas reacciones después de que leyó la nota, y los esfuerzos que hacía el señor Vergara para calmarlo parecía iban a ser infructuosos.

—Es que es preciso desmenuzar las frases, captar la soberbia que hay entre lineas para comprender que no puedo agachar la cabeza, comandante Vergara —debatía el general.

—Veamos, mi general —trataba de apaciguarlo Vergara—; hagamos todos un esfuerzo porque la armonía vuelva por sus fueros.

Pero el general estaba empecinado en ver en la nota párrafos vejatorios para su dignidad de comandante en jefe e insistía en leérselos al comandante.

—Escuche esto:

> *V. S., en virtud de los datos que ha podido recoger sobre el número y calidad de las fuerzas del ejército enemigo y que, según V. S. mismo, no son ni completos ni enteramente fidedignos, expone ahora que no es prudente operar sobre Ilo con menos de 10 000 hombres en el primer viaje,*

aunque manifestando también que está dispuesto a emprender la expedición con los elementos que haya, si así se le ordena. Es aquí precisamente donde encuentro a la nota de V. S. el vacío que me propongo llenar. Siendo V. S. el inmediatamente responsable de las operaciones del ejército, le cumple decir si acepta o no la responsabilidad de la operación proyectada, operando al principio con menos de los 10 000 que V. S. juzga necesarios para emprenderla.

—¿Ve usted? —exclamaba—. Y oiga usted lo que dice el último párrafo:

El Gobierno aceptará la responsabilidad que le incumbe cuando dé, si la da, la orden que V. S. espera. Mas en el momento presente necesitaba saber si V. S. asume o no la responsabilidad de la operación militar sobre Ilo con los únicos elementos de movilidad disponibles. Obtenida la respuesta de V. S. de un modo categórico, el Gobierno resolverá lo conveniente…

—¿No está clara la amenaza? —estalló el general—. Dice en letras así de gordas: o acepta usted marchar al ataque de Moquegua con los hombres que nosotros le entregamos o dígalo, para destituirlo y poner a otro general en jefe.

—Mi general, usted prejuzga precipitadamente —le arguyó Vergara, apaciguador—. Usted mismo mandó decir al señor Sotomayor que los datos en que basaba su planteamiento no eran ni completos ni enteramente dignos de fe. En cambio, el ministro tiene una red de agentes confidenciales ramificada por todo el territorio enemigo; en consecuencia, sus informes son más exactos. ¿Por qué no creerle? ¿Por qué no creerles a todos ellos?

El general comenzaba a ablandarse, pero no quería dar su brazo a torcer.

—Yo no puedo entenderme con el ministro —opuso como último obstáculo el general.

—Lo haré yo a nombre suyo, mi general —le allanó Vergara.

El comandante en jefe del ejército no encontró argumentos para seguir oponiéndose. Durante un par de minutos se paseó por la

barraca. Al cabo de ellos, cedió, no sin cierto esfuerzo.

—Está bien, comandante, quizás así sea posible. Yo también estoy impaciente por entrar en batalla.

—Gracias, mi general —le dijo Vergara efusivamente—. ¿Me permitirá entonces que responda al ministro que acepta usted la responsabilidad de las operaciones que se realicen contra el valle de Moquegua?

—Bien, comandante —aceptó—. Respóndale y tráigame la nota para firmarla.

5

El 22 de enero los pobladores del Callao corrieron al muelle. Y allí vieron… ¡al *Huáscar*! Coronado de humo, veloz y ágil como en los tiempos en que el almirante Grau regresaba de sus temerarias correrías. Pero ahora el monitor enarbolaba en el tope de sus mástiles enormes banderas chilenas.

El ministro Sotomayor, junto con el comodoro Riveros y el capitán de fragata Guillermo Peña, nuevo comandante del *Huáscar*, habían proyectado aquella exhibición del barco, sabedores de que ése sería un golpe desquiciador en la moral de los peruanos. Y no se equivocaron. Una ola de rabia y desesperanza azotó a la multitud chalaca, y muy pronto esta impresión se corrió hasta Lima. La gente se aglomeró en las calles, dominadas por una fúnebre sensación de derrota. Algunas torres de iglesias echaron sus campanas a doblar y los templos se llenaron de plegarias de desagravio por el almirante Grau.

Por el balcón enrejado de una casa de la calle Ramaditas, envuelta en un rebozo obscuro, Leonora Latorre contemplaba pasar a la muchedumbre. Las cartas de recomendación del general Daza le habían facilitado su instalación en Lima. Del exiliado caudillo boliviano no había vuelto a saber. El barco en que viajaron juntos hasta el Callao continuó su viaje hacia Europa. Además, el fracaso de una revolución provocada en La Paz el 14 de enero para devolver el poder al general Daza selló su suerte. Los cabecillas del motín fueron fusilados y el mando de Bolivia recayó en el general Narciso Campero, uno de sus más enconados adversarios.

Leonora cerró la ventana y se volvió hacia su leal acompañante, Elcira:

—¡Qué duro golpe para el orgullo peruano! —le dijo—. ¡Cuánto

deben desconfiar ya del triunfo! Los dos gobernantes de la alianza fugados a Europa; el almirante Grau muerto; el *Huáscar* amenazando con sus cañones a su propia cuna; la revolución en Bolivia…

—Con razón van por las calles como si formaran un cortejo fúnebre —apuntó Elcira.

—¿Sabes, mujer? Es el momento en que podremos restablecer contacto con El Profesor… —sonrió maliciosamente Leonora—. Si se encuentra en el centro del Perú, podremos tener la certeza de que irá al Callao a contemplar el *Huáscar* y a intentar comunicarse con los marinos que lo tripulan. Corre a buscar un coche. Nos vamos al puerto.

Horas más tarde, las dos chilenas pudieron medir la depresión que provocaba en la multitud la presencia del monitor.

Con premeditada insolencia, el comandante chileno, capitán José Guillermo Peña, lo hacía pasar justo al término del brazo de los cañones de a mil libras de los fuertes, que, de cuando en cuando, atronaban el aire con sus inútiles detonaciones.

Leonora y Elcira comenzaron a vagar entre la muchedumbre con la remota esperanza de ser vistas por El Profesor. Ninguna de las dos lo conocía, sólo sabían su apodo, pero Leonora tenía la fuerte sospecha de que era el señor José Abelardo Núñez, a quien viera actuar, primero, como secretario del plenipotenciario chileno en Lima, Joaquín Godoy, y, enseguida, como organizador del espionaje en el Callao. Confiaba en reconocerlo por un rasgo inconfundible: el gran volumen de su cabeza.

Comprendiendo que aquel detalle era muy vago para distinguirlo en una multitud y previendo que él vendría tocado con algún gorro, Leonora decidió que tendría que ser El Profesor quien la identificara, para lo cual descubrió su rostro.

—¿Está usted loca, niña? —medió Elcira—. Puede reconocerla cualquier militar que la haya visto en Iquique, Arica o en este mismo puerto.

—Algo tenemos que arriesgarnos, ¿no te parece?

Echaron a andar escurriéndose por entre los grupos, deteniéndose a ratos y acodándose en el parapeto del muelle-dársena.

Durante más de dos horas recorrieron la extensa plataforma de los

muelles, y regresaron al centro del puerto, sin que nada les indicara la presencia del enigmático personaje que buscaban. Terminaron por sentir hambre. Elcira se acercó con algunas monedas a un cholo viejo que dormitaba en el suelo, sentado entre dos canastos de mazos de chancaca de Paita y panes de melcocha.

Aun cuando la tarde declinaba, la muchedumbre no raleaba. Eso servía a las chilenas, ya que les daba más tiempo para cumplir su tarea. En la plazoleta frontera del Fuerte de La Merced se detuvieron unos segundos y volvieron para dirigirse hacia el torreón obscuro del Fuerte Independencia. Al girar Leonora advirtió que detrás de ellas estaba el vendedor de chancaca de Paita que habían dejado dormitando bajo su chupalla en el muelle. El cholo se acercó, y con una sonrisa mendicante les ofreció su mercancía:

—Chancaca de Paita, dulce y sabrosa. Dos céntimos el mazo, mi caserita.

—¡Aparta, cholo, aparta! —lo rechazó Elcira, disimulando su acento chileno.

Pero el vendedor insistió y fue nuevamente ahuyentado por la criada.

—Vamos al Fuerte Independencia —determinó Leonora—. Estaremos allí un rato y nos retiraremos. No regresaremos a Lima. Nos quedaremos en el Callao hasta que se marche el *Huáscar*. Conozco este puerto y sé dónde hay una buena hospedería para alojarnos.

Abandonaron el muelle cuando caían las primeras sombras y entraron al pueblo. En la estación del ferrocarril recuperaron sus valijas, y se dirigieron a la hospedería donde Leonora había determinado alojarían. Cenaron en la habitación que les dieron y enseguida Leonora se arrellanó perezosamente en un sillón frente a la ventana.

Elcira se acercó a su ama con cariñosa solicitud y comenzó a quitarle las horquillas. El cabello castaño y abundoso se esparció como una cascada sobre la espalda de la joven. Con maternales cuidados, la mujer fue alisándolos con un peine.

Leonora, con los ojos cerrados, se entregaba con soñador abandono a la caricia.

—Estas noches calurosas del Callao me traen miles de recuerdos. Cuando viví aquí tuve una criada chola que se llamaba Riana. Era

una negra grande y fornida. Yo me sentaba ante el balcón abierto y ella me daba aire con un abanico de papel. Recuerdo que el embajador Godoy me había mandado un arpa con don Abelardo Núñez para que desempeñara mejor mi papel de seductora de los oficiales de la guarnición del puerto. —Resucitó en su mente escenas de su antigua vida familiar, en Santiago; emergía del olvido el rostro de su tía Clara, que le enseñó a tocar ese instrumento…, después, los compases de un vals llamado *Carmen Julia*, que la tía ejecutó aquella noche en que en casa de los Latorre se dio una fiesta de despedida a Alberto Cobo…

—¡Oh, qué lejos, qué lejos ha quedado todo! Alberto no regresó más. Vino la guerra… y todo se convirtió en soldados, barcos…, saltar de una playa a otra…, fingir…, vivir siempre alerta… ¡Dios Santo, cómo se perdió mi mundo en una niebla de pólvora! —Desasió su cabellera de las manos de Elcira y hundió el rostro entre las manos, sollozando—. Perdóname, mujer —trató de sonreír—; fue un momento de debilidad, pero ya pasó.

La ruda mujer la observaba con ojos ansiosos.

Repentinamente, ambas se sobresaltaron. Afuera de la ventana había sonado una voz cascada y gangosa:

—¡Chancaca de Paita!… ¡Chancaca de Paita, mi caserita!

—¡Habráse visto el cholo testarudo! —protestó Elcira y se acercó a la cortina para ahuyentar al hombre. Pero Leonora se le anticipó:

—¿Qué quiere usted? —le preguntó la agente, mirándolo intensamente.

Una chispa de malicia brilló en las pupilas del negro y murmuró con voz totalmente distinta a la que usaba al pregonar:

—¡Hablar de Chile con usted, señorita Leonora!

—¡Usted es…! ¿El Profesor?

—El Profesor, compatriota —sonreía el hombre y su labio ya no colgaba.

Las mujeres lo contemplaban atónitas. Ése era el propio jefe del servicio secreto chileno en territorio peruano. Repentinamente su gesto volvió a ser el de un negro. Con gesto torpe alargó a Leonora un atado de su dulce mercancía:

—¡Chancaca de Paita, dulce y sabrosa! Tome, mi caserita, cómpreme este macito.

La agente reaccionó al momento y le recibió el paquete.

—Siga al pie de la letra las instrucciones que contiene —le susurró el jefe del servicio secreto. Leonora cerró la ventana. Bajo la luz de la lámpara deshicieron el paquete y la agente extrajo un papel que venía cuidadosamente plegado bajo el envoltorio de hojas de totora. Éste decía:

> *Informaciones enviadas por Roberto Rodríguez, desde el* Huáscar *indican que la próxima acción chilena será contra Tacna. Si no tienen ustedes misión especial en el Callao o Lima sería útil viajaran conmigo a esa ciudad por el interior. Volveré mañana a las nueve. Entréguenme respuesta junto con el dinero con que paguen mi mercadería.*
>
> *EL PROFESOR.*

El Profesor había agregado a la misiva un grueso fajo de billetes peruanos. Aquel dinero llegaba muy oportunamente, porque la suma que les entregara el agente Roberto Rodríguez en Arica estaba concluyéndoseles.

La aparición del El Profesor en los precisos momentos en que la nostalgia la abatía era realmente providencial para Leonora, seguir al jefe del servicio secreto a Tacna representaba aproximarse a Chile, acortar la distancia que las separaba del ejército donde estaba Alberto Cobo.

—¿Y yo me voy a arriesgar por qué? —preguntó Elcira.

—Por volver a nuestro mundo. ¿No anhelas conversar con compatriotas, sentirte en sitio seguro, sin nervios, sin esta alerta continua?…

—Sueños…, sueños —refunfuñó resignada la sirvienta—; la guerra tiene todavía para muy largo. Quizás ni siquiera consigamos llegar vivas a Tacna.

—Es posible —suspiró Leonora—. Veremos lo que El Profesor nos dirá mañana y viajaremos rápidamente a Lima para recoger nuestras cosas y ponernos en marcha con él.

Sin pérdida de tiempo, escribió su decisión en un diminuto trozo de papel. Pero la ansiedad le impidió dormir. El Profesor llegó poco antes de las ocho. Desde lejos sintieron su voz cascada pregonando su mercancía:

—¡Chancaca de Paita!… ¡Dulce y sabrosa la chancaca de Paita!

Leonora lo aguardó con la ventana apenas entreabierta. Como en la noche anterior, el hombre le ofreció un paquete de azúcar de caña envuelta en hojas. Junto con el dinero, Leonora le deslizó su mensaje y se dispuso a cerrar la ventana. Pero El Profesor le alcanzó a susurrar:

—Me encontrarán en la plazuela del Fuerte Independencia al mediodía.

Poco después de las doce, se echaron los mantos sobre la cabeza y salieron a la calle.

El sol fuerte del verano caía a plomo sobre las calles, ahuyentando a los transeúntes. Sin embargo, en el muelle-dársena y en las proximidades de los fuertes una densa multitud seguía observando las evoluciones del *Huáscar*.

Aunque la agente y su compañera trataban de caminar con aire indiferente, la nerviosidad de las últimas horas las hacía moverse con prisa. No tardaron en llegar hasta la plazoleta del Fuerte Independencia. Desde lejos divisaron la figura del vendedor de chancaca. Fingiendo atender sólo a lo que ocurría en el mar, fueron contorneando la plazuela hasta llegar frente al hombre. Como si acabara de reparar en su presencia, Leonora se detuvo y pidió a Elcira, en voz alta, que comprara un mazo de chancaca. El vendedor abrió un ojo turbio y, requerido por la criada, sacó un paquete de su canasto y se lo entregó. Luego siguió dormitando. Las dos mujeres se alejaron caminando de regreso a la hospedería.

Allí desenvolvieron el paquete y hurgaron su contenido, encontrando un segundo mensaje:

> *Hay fiebre amarilla y epidemia de viruelas en Tacna y Arica. Partiremos en una caravana sanitaria formada por voluntarios. Ésta va a cargo de dos doctores y cuenta con cinco enfermeras y numerosos enfermeros y angarilleros. Ustedes pasarán por enfermeras bajo los nombres de Rosa Uriarte y Artemisa Canales. Yo figuraré entre los enfermeros con el nombre de Girardo. Iremos por la ruta del interior, que pasa por Arequipa y Moquegua. Allí tomaremos el tren que va a Pacocha y nos bajaremos en la*

estación de Conde. Desde este punto a Locumba, Yaras y Tacna, seguiremos en mulas y carretones. Esta noche les echaré por la ventana todos los papeles que necesitan y mañana nos encontraremos, al mediodía, en la estación del ferrocarril a la Oroya.

EL PROFESOR.

Aquella noche recibieron los documentos que les prometiera El Profesor y a la mañana siguiente regresaron a Lima. Para evitar las sospechas de un desaparecimiento repentino, Leonora se entrevistó con el propietario de la pequeña casa en la calle Ramaditas y le hizo entrega de las llaves, pretextando que debían acudir a toda prisa a la cabecera de una parienta que se moría en Arequipa.

A las doce en punto entraron a la estrecha estación del ferrocarril que asciende a la sierra por el valle de la Oroya. A medida que fueron acercándose al grupo de personas al que camillas portátiles y cajas de medicamentos, de hilas y de algodón denunciaban como la caravana sanitaria, sintieron un vago temor. Entre aquellas personas no estaba El Profesor. Leonora se detuvo a una decena de metros y sujetó a su lado a Elcira. Con disimulo fueron examinando a los componentes de la ambulancia. Dos caballeros gruesos, de cuidadas barbas y largos mostachos, vestidos con levitones negros, eran sin duda los dos doctores encargados de la caravana. Cerca de ellos platicaban cuatro mocetones fornidos. Eran seguramente los angarilleros. Preocupados del embarque de las cajas con medicinas, se veía a otros tres hombres; dos de ellos casi ancianos, bajos y barrigudos, y el tercero, un individuo larguirucho, de cabello rasurado y con una pierna anquilosada en la rodilla. Debía ser también muy corto de vista, porque usaba gruesos anteojos azules. Completaban la dotación de la ambulancia tres mujeres: una mulata de mediana edad, de huesos grandes y cara masculina, y dos viejas rubicundas y gruñonas.

Leonora giró con la intención de dirigirse a la puerta de la estación y esperar allí a El Profesor, cuando vino hacia ellas el enfermero largo y de antiparras azules. Con un gesto amistoso de su diestra las detuvo y se les acercó cojeando con su pierna tiesa.

—¿Son ustedes las enfermeras Rosa Uriarte y Artemisa Canales? —les preguntó.

Sólo entonces Leonora le reconoció la voz y, pese a que llevaba el cabello tan estrambóticamente corto, identificó la desmesurada cabeza de Abelardo Núñez.

Cuando «Girardo» vio que las chilenas habían recobrado el aplomo, las guió hasta donde estaban los dos doctores y las presentó. Éstos, preocupados en acelerar el embarque de los elementos de la caravana sanitaria, no les prestaron mayor atención, sino que las pusieron inmediatamente a trabajar. Media hora más tarde partían hacia la sierra.

Según el cálculo hecho por los directores de la caravana, tardarían siete u ocho días en llegar a su destino. Partieron el 24 de enero; en consecuencia, arribarían a faena entre el 1.º y el 2 de febrero.

Por aquellos mismos días, el ministro Sotomayor daba los últimos toques a la invasión. En la baraúnda que provocaban los preparativos finales de la empresa, se dio tiempo para instruir personalmente al coronel Santiago Amengual, quien debería encabezar el desembarco comandando a su regimiento «Esmeralda».

—El «Esmeralda» tomará tierra en la Punta Coles y se apoderará de Pacocha, cuidando de posesionarse antes que nada de la estación de ferrocarril y de la cabecera de la vía férrea que conduce a Conde y a Moquegua. Nuestro principal objetivo será tender una línea de combate a lo largo de esa vía y con sus extremos apoyados en Pacocha y Moquegua, operación que nos exigirá asaltar enseguida esa última ciudad —instruyó el ministro al fiero veterano—. Debemos establecer nuestra línea entre esos dos puntos, porque gracias a esa operación cortaremos los caminos y telégrafos que unen a Arequipa con Tacna. ¿Me comprende usted?

—¡Cómo no voy a comprenderlo, ministro —exclamó—, si estoy escuchándolo como si usted fuera el Santo Padre! Meses llevo soñando con emprender la acción… ¡Esta es la oportunidad por la que he estado rogando junto con mis valientes del «Esmeralda»!

El señor Sotomayor se sonrió divertido por el aparatoso ardimiento del coronel.

—Pues sus anhelos ya están a punto de cumplirse, don Santiago

—le aseguró el ministro—. Tan pronto el intendente general del ejército, don Vicente Dávila Larraín, me satisfaga este pedido de elementos que le expediré hoy mismo, emprenderemos el avance. Nuestra línea de combate entre Pacocha y Moquegua debe quedar establecida en los primeros días de febrero.

El comandante Amengual se retiró satisfechísimo. Al fin iba a poder demostrar lo que valían sus infantes de bronce del «Esmeralda».

El ministro llamó a su secretario y repasó con él la lista de los elementos que pedía a Valparaíso. Estos consistían en 300 000 raciones de charqui, igual cantidad de galletas y de harina tostada; 5000 caramayolas para reponer las perdidas o destruidas; 2000 capotes de paño; 3800 pantalones de paño y el mismo número de brin; 2200 blusas de paño y 5400 de brin; 8000 camisas; 5000 calzoncillos; 1300 pantalones de artillería; 125 polainas de caballería; 5700 quepis de brin; 10 000 pares de zapatos; ocho lanchas planas con sus remos para el desembarco; anclas y cadenas; 210 cargas de odres para el agua y varios depósitos de fierro para almacenarla en el desierto; 24 cocinas portátiles; aparejos para mulas; arneses para el arrastre de la artillería y los carretones; una despensa surtida de sal, grasa, ají y fréjoles; 500 caballos de repuesto; 500 mulas e igual número de vacunos en pie para la alimentación del ejército en marcha.

—Pero, señor —le objetó el secretario, al anotar esa última petición—, ¿no acampara el ejército en el valle de Moquegua y allí esperará el ataque enemigo?

—¿Y si ni el coronel Piérola, con el ejército de Lima y Arequipa, ni el contralmirante Montero, con las fuerzas de Tacna y Arica, nos atacan?… ¿Vamos a quedarnos inmovilizados en esas tierras, envenenadas por millones de mosquitos y zancudos portadores de fiebres? ¡No, Máximo! En tal caso, preferiremos tomar la iniciativa nosotros y atacaremos.

—¿Avanzaremos sobre Lima o descenderemos sobre Tacna y Arica, señor ministro?

—Tacna y Arica son nuestra meta, secretario.

Con rasgos enérgicos, el ministro firmó la lista de pedidos y la alargó a su interlocutor.

—Despáchela al momento en el vapor que está en el puerto

esperando para llevarse esta nota.

—Bien, señor.

Cuando Sotomayor volvió a quedarse solo, se enfrascó en el estudio de unas cartas geográficas del territorio comprendido entre el río Ilo y Tacna. Siendo aquéllas de origen peruano, no podía dudarse de la sinceridad de lo que exponían en los informes complementarios. Del valle del río Ilo hacia el sur nacía la Pampa de Candarave, un infierno de arena ardiente. Seguían luego la Quebrada Honda, Locumba y el valle del río Sama, comarca tan hostil como la anterior. Por último, hasta Tacna, se extendía otra pampa reseca y torturada, sin vestigio de vida.

«Ojalá no tengamos que cruzar esa espantosa comarca —pensaba el ministro—. Ojalá los enemigos se decidan a atacarnos en el valle de Moquegua».

Pero el general Erasmo Escala no pensaba igual. Gracias a la diligencia del comandante Vergara, había visto satisfecha su más empecinada exigencia. El Gobierno alquiló dos barcos más, lo que permitiría llevar a la campaña los 10 000 hombres que pedía.

—¡Ahora sí! —exclamaba triunfal—. Con un ejército de diez mil soldados, no me detiene nadie. Haré que venga desde Iquique el general Villagrán con la división de reserva para que defienda estos peladeros de Tarapacá y yo…, yo iré al ataque con mis bravos. Que no me hablen a mí de guerra defensiva en la línea de Pacocha a Moquegua. Iremos a paso de carga contra Tacna y contra Arica.

Embravecido por este pensamiento, abandonó su campamento en El Bearnés y se trasladó a Pisagua para acelerar la partida. Cuando llegó al puerto, se dio cuenta de que no cabía apresurar más los aprestos. Los transportes estaban llegando ya y centenares de soldados trabajaban como enloquecidos en la ordenación de los víveres, las máquinas de agua, las municiones y el vestuario.

«Perfecto, perfecto», pensó el general. Sólo le quedaba salvar el último obstáculo, para lo cual fue a entrevistarse con Sotomayor en su despacho.

—Es urgente que la Cuarta División, que comanda el coronel Orozimbo Barbosa, se embarque en los dos buques que arrendó el Gobierno, el *Giuseppe Muzzi* y el *Humberto I* —le expresó.

—El ejército que la alianza mantiene en Arica y Tacna podría hacer un descenso vertiginoso hacia el sur y apoderarse de estas

posiciones conquistadas con tanto sacrificio —le objetó el ministro.

—Quedará defendiéndolas la División de Reserva del general Villagrán —le propuso el general Escala—. Además, el contralmirante Montero no se atreverá jamás a cruzar el desierto para venir a reconquistar esta región; temerá dejar a Arica y Tacna expuestas a que nuestro ejército expedicionario las ataque por el norte. —E insistió—: ¡Necesito diez mil soldados para la ocupación del departamento de Moquegua, ministro! ¡Ni uno menos! Usted me los negaba por falta de buques. Pues bien, ahí tenemos los dos que faltaban.

Sotomayor no pudo oponerse a las razones del general Escala y aceptó la incorporación de la Cuarta División al ejército expedicionario. Al mismo tiempo, entre comandante en jefe y ministro determinaron la fecha de la partida. El comandante Galvarino Riveros había informado que la flota estaría concentrada en Pisagua el 22 de febrero. Se decidió que se comenzaría a cargar y embarcar el día 23 y que el zarpe sería el 25 de febrero.

Por primera vez el general Escala estrechó la diestra del ministro con verdadero regocijo.

En los días que siguieron, Pisagua estuvo agitada día y noche. La bahía se veía constantemente convulsionada por la entrada y salida de barcos de guerra, carga y pasajeros. Junto al muelle que se construía a toda prisa en mitad del arco de la bahía se agrupaban bulliciosos tropeles de caballos, mulas y burros, junto a rebaños de vacas y ovejas.

Por su parte, el comodoro Riveros mantenía y acrecentaba el dominio del mar. Los barcos de la escuadra merodeaban frente a todos los puertos peruanos, destruyéndoles las defensas, los muelles, los aparejos para el carguío del guano y del salitre, las embarcaciones menores. El buque insignia *Blanco Encalada*, escoltado por el *Amazonas*, que dirigía ahora el comandante Manuel Thomson, bombardearon la Isla de Lobos, incendiando sus muelles e instalaciones guaneras; luego repitieron la faena destructora en la bahía Independencia, y el 2 de febrero, cuando descendían hacia el sur, avistaron frente a Ilo al *Huáscar* que regresaba a la costa chilena después de mantenerse durante cinco días burlándose de los pobladores del Callao.

Disgustado el comodoro porque el comandante Guillermo Peña

le confió que no había podido localizar un desperfecto en la máquina del monitor, que reducía su andar a sólo 7 nudos, lo despojó del mando, obligándolo a cambiar de nave con el comandante Thomson.

El comodoro Riveros tenía pensadas difíciles misiones para el barco del difunto almirante Grau; lo destinaba a bloquear Arica y cañonear los fuertes costeros enemigos, para lo cual se lo dotaría de cuatro cañones de 40 libras y de 4500 metros de alcance que se habían encargado especialmente a Europa.

A la altura de Pisagua, los barcos se separaron y el monitor siguió hacia Valparaíso para que Thomson pudiera estudiar cuál era la falla de su maquinaria y le hiciera repasar los fondos antes de lanzarlo en sus nuevas faenas.

Por aquellos días ya habían comenzado a bajar a Pisagua los regimientos acampados en el desierto y la División de Reserva llegaba en transportes desde Iquique.

En las calles del puerto y en el campamento del Alto de Hospicio se atropellaban soldados y bagajes en una ruidosa confusión. Pero aquel aparente desorden seguía cauces fijos, que dirigía desde su despacho el ministro Sotomayor.

El 16 de febrero reunió en la caseta de la aduana que le servía de despacho a los jefes de todos los servicios especializados para explicarles la actuación que les correspondería a cada uno en la próxima invasión.

Se presentaron ante él el teniente coronel Víctor Pretot Freire, jefe de transportes; el comandante de ingenieros Aristides Martínez; el jefe de telégrafos, capitán Romero; el ingeniero de ferrocarriles Federico Stuven; el jefe de hidráulica, capitán Zelaya; el jefe del Servicio Sanitario, doctor Allende Padín; los directores de las ambulancias Valparaíso y Santiago; el comandante de la caballería, general Baquedano, y el comandante de la artillería, coronel Velásquez.

—Los puntos capitales que debemos considerar son tres —les expuso el ministro—. Primero, el establecimiento del campamento central; segundo, la mantención de los soldados, es decir, provisión de víveres y agua; y tercero, la comunicación del campamento con la zona interior. Estudiemos el primer punto: el establecimiento del campamento central —les dijo. Se volvió hacia el comandante

Aristides Martínez—: A usted, como jefe de los ingenieros, le corresponde este problema.

—Está resuelto —le respondió el aludido—. En mi viaje anterior al valle de Moquegua pude estudiar la zona. Junto a Pacocha, en la orilla sur del río Ilo, existe un llano amplio y bien regado, con abundantes árboles de sombra, incluso higueras, granados y olivos. Esta explanada, además de estar bien protegida de los vientos, se halla al lado de la bahía en donde recalarán los buques. Reúne una última ventaja: que podrá ser fácilmente defendida y custodiada, ubicando vigías y cañones en la cumbre del cerro de la Punta de Coles.

—¿Sanidad del lugar? —le inquirió Sotomayor.

—Poca, señor. En general, todos los terrenos que están encerrados dentro de la quebrada por donde corre el río Ilo, son peligrosamente insalubres; los zancudos y mosquitos pululan allí por millones.

El ministro se volvió al doctor Allende Padín:

—Tome nota, doctor, para que adopte las precauciones sanitarias. Lo mismo digo a los directores de las ambulancias.

El cirujano Allende Padín acató, pero intentó una objeción.

—¿No se podría pensar en otro lugar menos insalubre, señor?

—No lo hay, doctor —explicó el coronel Martínez—. Más adelante, se podrá trasladar el campamento a la estación de Conde, un lugar seco y saludable ubicado en la intersección de los caminos y telégrafo que unen a Arequipa con Tacna y a Moquegua con Pacocha. Está a ochenta kilómetros al interior.

Enseguida, el ministro se dirigió al coronel Velásquez, jefe de la artillería.

—La fortificación del campamento corresponde a usted, coronel. A la derecha de él tendrá usted el morro de Punta de Coles y a la izquierda, la pared de la quebrada por cuya hondura corre el río. Emplace en esas alturas sus baterías.

—Comprendido, señor ministro. Estudiaré los croquis de la zona.

Sotomayor alzó la voz:

—La instalación del campamento será simultánea con su fortificación, señores —dijo—. El regimiento «Esmeralda» iniciará el desembarco y sus hombres coronarán los cerros y caerán al valle por la espalda de Pacocha. Gracias a esta maniobra podrán proteger

a ustedes de todo ataque mientras se emplaza la artillería. Realizado el desembarco total y mientras se levanta el campamento, enfrentaremos el segundo problema: la conquista del agua. Aunque los barcos irán provistos de grandes estanques para abrevar al ejército en los primeros momentos, será preciso apoderarse de las fuentes y pozos del valle. —Buscó entre los que lo escuchaban al capitán Zelaya, jefe de hidráulica—: Usted, capitán, tendrá que avanzar con sus patrullas especializadas e internarse por el río para examinar su cauce y asegurarse de que las aguas no podrán ser cortadas por el enemigo.

—¿Y si los defensores del valle se anticipan a cortar el cauce del río o lo desvían y enseguida rompen el estanque que surte de agua a Pacocha en caso de emergencia? —le consultó el capitán Zelaya.

—Instalará usted rápidamente las bombas Morton de que se ha provisto a su cuerpo y que tan buen éxito tuvieron en Pisagua. Ahora bien, en esta conquista del agua entran en juego dos factores muy importantes, señores —agregó—. Usted, comandante Pretot —advirtió al antiguo ingeniero de ferrocarriles, ahora jefe de transporte—, con su gente tomará con toda celeridad posesión del estanque matriz que surte de agua al pueblo. Y un piquete de caballería, desembarcado en pos del «Esmeralda» —dijo al general Baquedano—, debe penetrar al galope por el costado del río para defender su cauce.

Por último, tenemos el asunto de la profundización hacia el interior —siguió explicando el delegado de Gobierno, acercándose al ingeniero Federico Stuven—. Junto con proteger el cauce del río, la caballería y las patrullas de hidráulica y de transportes estarán cuidando la vía férrea que se dirige hacia Moquegua. Precisaremos mantener esa línea en funcionamiento y trenes corriendo por ella. Usted, ingeniero Stuven, se encargará de esa tarea con sus mecánicos y pontoneros. En cuanto se produzca el desembarco, se apoderarán de la estación y empezarán a trabajar para tener lista una locomotora con sus correspondientes vagones.

—Será fácil, señor —le avanzó el ingeniero—. Cuando hicimos nuestra excursión a Pacocha y Moquegua en diciembre pasado, habilité dos locomotoras, a las cuales quité varias piezas vitales al reembarcarnos. Puedo asegurarle que a los peruanos les habrá sido imposible moverlas de allí, y si no las han destruido para que no

caigan en nuestro poder, en unos instantes podremos tenerlas funcionando nuevamente.

—Muy bien, señores. Ahora sólo nos queda un detalle por tratar y quedarán ustedes en libertad para ir a concluir los preparativos. —Extendió su diestra hacia el capitán Romero, jefe del grupo de los telegrafistas—. Usted saltará a tierra junto con los diez primeros soldados del «Esmeralda». Le servirá de guía Alberto Cobo. Tan pronto pisen tierra, correrán hacia la oficina del telégrafo de Pacocha y lo aislarán, cortando los alambres. ¿Comprendido?

—Sí, señor.

—Enseguida penetrarán al interior, siguiendo la vía férrea en pos de la caballería y, deslizándose por entre los poblados enemigos, llegarán hasta la estación de Conde, que está a 80 kilómetros de la costa y apenas a 24 de la base enemiga de Moquegua. En ese punto se ingeniarán para cortar las líneas telegráficas que unen Arequipa con Tacna y Moquegua con Tacna. El subteniente Cobo lo ilustrará sobre la topografía del terreno en que tendrán que operar.

—¿Cuándo estará aquí ese subteniente?

—Ya está en Pisagua, capitán. Pertenece a la tercera compañía del primer batallón del regimiento «Esmeralda». Dispone de tiempo hasta el 17 de febrero, fecha en que llegará el segundo batallón desde Iquique y el regimiento completo embarcará para partir hacia Pacocha.

Debatido aquel último detalle, se dio por terminada la conferencia. Todos los jefes de los cuerpos especializados partieron a dar las últimas órdenes para que nada fallara en las acciones. El comando en jefe había dado licencias especiales a los soldados. La mayor parte de ellos llegaba desde los campamentos del desierto en donde habían permanecido casi diez meses luchando o achicharrándose bajo el sol. Venían ávidos de fiestas y de mujeres. Los que acudían desde Iquique y Antofagasta, arribaban bien alimentados, serenos, y acompañados por las «camaradas» y cantineras. Al fundirse los dos grupos, Pisagua se convirtió en un reñidero de gallos lleno de voces, cantos, músicas y grescas alborotadas.

Los hombres del «Esmeralda» se establecieron en el extremo sur de Pisagua.

Tan pronto como el batallón «Atacama» ingresó al puerto, viniendo desde Dolores, el teniente Rafael Torreblanca se dio a buscar a su antiguo amigo Alberto Cobo. Acompañado por su ordenanza, Ceferino Román, fue deslizándose por las callejuelas estrechas. Por fin, alguien lo ilustró sobre el lugar donde estaban los esmeraldinos: las cocinerías que antes sirvieron al ejército aliado. Después de explorar en dos de ellas. Torreblanca llegó a otra, en donde se veían agrupados muchos oficiales jóvenes. Abriéndose paso consiguió asomarse al ruedo central. En aquel momento, un oficial terminaba de narrar algo divertido, y lo celebraban riendo a mandíbula batiente.

—La consecuencia de toda la maroma que armó Del Solar —oyó Torreblanca que decía— fue que el padre de la chinita se presentó al cuartel a protestar a mi comandante Holley. Desde el patio se oían los gritos del viejo Fang mientras denunciaba: «¡Vengo a *acusal* a un *mentiloso* oficial, muy *enamolao* y *comedol* y *bolacho* que me ha *aluinado* y *deshonlao*!».

Era el desenlace de la historia de la cándida chinita «Butterfly». El subteniente Del Solar había consumado su matrimonio con ella por medio del rito chino, pero cuando el padre quiso imponerle el rito católico, el oficial se escurrió, hasta que el embarco hacia Pisagua vino a salvarlo.

Todavía se reían los oficiales, cuando Torreblanca divisó entre ellos a Alberto Cobo.

—¡Alberto! —lo llamó, avanzando hacia él.

—¡Rafael! ¡Adelante, mi viejo querido!

Se abrazaron estrechamente. Los presentes dejaron de conversar para observarlos.

Cobo se apartó un poco de él, y lo mostró a sus compañeros.

—Esmeraldinos, tengo el orgullo de presentarles a mi más grande amigo, el teniente Rafael Torreblanca, héroe del batallón «Atacama» y veterano de las luchas en el desierto.

El nombre del «Atacama» obró como una varilla mágica sobre todos los oficiales. Se abalanzaron sobre Torreblanca felicitándolo. ¡Era uno de los leones del «Atacama»!

Torreblanca agradecía emocionado.

Alguien propuso un brindis y el teniente Martiniano Santa María lo concretó:

—¡Por los bravos mineros del «Atacama» que nos abrieron la entrada a Tarapacá en Pisagua y en Dolores!

Se llenaron los vasos a la carrera y todos bebieron pródigamente. Alguien recordó el prestigio de poeta que se había ganado Torreblanca.

—¡Que nos diga un verso, un verso de guerra! —irrumpió.

Todos acogieron la proposición y reforzaron alborotadamente el pedido. Cobo auscultó con la mirada a Torreblanca e hizo un gesto al cabo Cardemil:

—Redobla en tu guitarra, Cardemil —le ordenó.

—Un aire de marcha —le aclaró Rafael, sonriendo—. Vaya esta improvisación para los soldados que van a partir:

Feliz la patria, en productiva paz
su comercio y su industria cultivaba;
sus hijos tranquilos sus faenas
atendían y Chile progresaba.
Sonó una voz: el clarín guerrero.
De confín en confín dejóse oír,
y el chileno, enardecido, dejando
combo y azadón, tomó un fusil.

¡Ved ahí cómo marcha en el desierto,
entusiasta y dichoso, tan feliz!
Va cantando; sus triunfos da por ciertos,
ya celebra sus glorias. ¡Ved y oíd!

Y pasando de la recitación al canto, comenzó a entonar el himno del Batallón «Atacama»:

En marcha, atacameños,
al puesto del deber;
Soldados de la patria,
a morir o a vencer.

La vibrante canción encendió un eco de entusiasmo en los oficiales. Algunos comenzaron a corearla:

Patria, ideal supremo,
de hombres libres, fe altiva,

encarna, exalta, aviva
tu amor en nuestro amor.
Muera el que ofende osado
la honra de nuestra tierra.
Toque el clarín a guerra,
llame a guerra el tambor.
En marcha, atacameños,
al puesto del deber;
soldados de la patria,
a morir o a vencer.

Todos coreaban con fervor la canción de los mineros.

El coronel Santiago Amengual, que había llegado a la puerta de la cantina, se quedó en silencio, esperando que terminara el cantar. Sólo cuando Torreblanca lanzó la última nota y todos se abrazaron felicitándose, alzó su voz y gritó:

—¡Esmeraldinos, atención!…

Con un sonoro choque de tacones se cuadraron todos y esperaron con las pupilas atentas al manco fiero.

El comandante les paseó una mirada húmeda de ternura y orgullo por la prontitud y uniformidad de la reacción. Luego llamó desde la puerta:

—¡Teniente Santa María y subteniente Cobo, síganme al cuartel!

Los dos mozos se desprendieron del grupo. Antes de marcharse, Amengual autorizó a los demás:

—Sigan la fiesta. Tienen licencia hasta mañana a las cinco de la madrugada. ¡A divertirse, niños, pero guarden la decencia, que mañana embarcaremos para el norte!

Echó a andar hacia el cuartel, seguido por los dos oficiales. Cuando hubieron caminado una cincuentena de pasos, les habló:

—Ustedes han sido escogidos para cumplir una misión especial. Usted, teniente Santa María, mandará el primer piquete de diez hombres del «Esmeralda» que desembarcará en Pacocha, y su faena consistirá el tomarse el morro de Punta de Coles. Usted, subteniente Cobo, avanzará con el capitán Romero y cortará la línea telegráfica que une Pacocha con Moquegua. Ambas misiones son vitales y peligrosas. Deberán estar, pues, muy despiertos y descansados. Irán conmigo hasta el transporte *Loa*, en donde se celebrará un consejo

de guerra para estudiar la invasión en todos sus detalles. Terminado éste, no volverán a tierra. Lo siento, pero son exigencias de la guerra.

En la playa los esperaba la lanchita a vapor del *Amazonas*, que los llevó a este transporte y no al *Loa*, como había dicho el coronel.

En la cámara del *Amazonas* se discutió largamente aquella noche, analizando la labor que tendría que desarrollar cada cuerpo y cada jefe durante la navegación y, luego, al poner pie en tierra enemiga. A las cinco de la mañana, los jefes militares volvieron a tierra y los marinos regresaron a sus barcos. Los oficiales y soldados que habrían de actuar como vanguardia en territorio enemigo fueron transportados al *Loa*, barco del que no volverían a salir ya.

Alberto Cobo se encontró reunido otra vez con el intrépido capitán de exploradores Manuel Rodríguez, alojado también bajo el castillo de proa de la nave. Junto a ellos debería mantenerse el teniente Santa María con los diez soldados escogidos entre los más fuertes del regimiento «Esmeralda».

Era la noche del 16 de febrero. Ocho días habrían de permanecer en absoluta ociosidad en la cubierta del transporte. Durante ellos vieron embarcarse en los demás barcos a los diversos cuerpos de la Primera División, los cañones, la caballada, las cocinas, los centenares de aparatos relacionados con el agua y, por último, las municiones.

A las siete de la mañana del día 24, llegó del interior el último tren, que conducía a los soldados que habían ido quedando rezagados por los senderos del desierto. Fueron embarcados rendidos por la sed, el hambre y la fatiga.

Un sol radiante alumbraba aquel día el escenario de la bahía repleta de barcos. El ministro Sotomayor los contempló desde la cubierta del *Amazonas*, acompañado por el comodoro Riveros y rodeado por los soldados del regimiento «Buin».

—¿Están todos listos, comodoro? —preguntó.

—Todos, señor. Anoche ya determinamos las posiciones que ocuparán durante la navegación. El *Blanco Encalada* irá al centro de la primera línea, encabezando el convoy. A babor llevará al vaporcito *Toro*, que se desempeñará como barco de órdenes; a estribor irán las lanchas torpederas y, cerrando el ala, la *Magallanes*. La segunda fila la formarán el *Itata*, el *Copiapó*, el

Amazonas y el *Loa*. Y la tercera la formarán el *Matías Cousiño*, que llevará a remolque al *Giuseppe Muzzi*; el *Limarí*, remolcando al velero *Elvira Álvarez*; el *Lamar*, remolcando al *Humberto I*, y el *Santa Lucía*, que remolcará un lanchón con equipo.

Estaban ya en el momento de la partida. El ministro respiró aliviado de ver coronada una labor que temió no pudiera consumarse.

—¿A qué hora zarpamos, comodoro?

—Tan pronto yo regrese al *Blanco*. Cuando el buque insignia dispare un cañonazo, los barcos remolcadores deberán tomar a sus remolcados. Un segundo cañonazo será la señal de salir del puerto para tomar la colocación que se mantendrá durante la navegación. Saldrán primero los barcos que no remolcan para aclarar el fondeadero. Estando ya todos fuera de la bahía y con presión alta, les seguirá el *Blanco* e irá a tomar su posición al frente del convoy. Entonces disparará un tercer cañonazo. Ésta será la orden de partir.

Giró para alejarse, cuando desde la cofa más alta cayó el grito de alerta:

—¡Barco a popa!…

Centenares de anteojos se enfocaron hacia el sudoeste.

—Regresa ya de Valparaíso —comentó asombrado el comodoro Riveros—. Eso quiere decir que sus desperfectos eran pequeños y han sido corregidos ya. —Casi enseguida recordó otro detalle—. Si regresa es porque le han colocado ya los dos cañones de largo alcance que pedimos a Europa, los que le permitirán bloquear Arica con ventaja, ya que podrá bombardear los fuertes enemigos desde una distancia superior al alcance de las baterías de tierra.

—Tendrá usted que conferenciar con el comandante Thomson, ¿verdad? —le inquirió Sotomayor, temeroso de que eso retardara la partida del convoy.

—Muy brevemente, ministro. Lo único que tengo que ordenarle es que se dirija a Arica y releve en el mantenimiento del bloqueo a Juan José Latorre, a fin de que aquél pueda llevarse al *Cochrane* a limpiar fondos a Valparaíso.

El delegado del Gobierno miró su reloj, enervado por aquella inesperada dilación.

—Son las 11.45. ¿A qué hora podrá comenzar el zarpe, comodoro?

—Deme usted media hora. A las 12.15 nos pondremos en movimiento.

Aquellos treinta minutos fueron para los soldados más difíciles de soportar que los varios días que llevaban hacinados en los barcos.

El capitán Manuel Rodríguez, uno de los pocos que mantenían serenidad, se acercó sonriendo a Martiniano Santa María.

—¿Qué le pasa, teniente? —le dijo—. Está usted pálido.

—¿Hay quién no lo esté? —le replicó el oficial—. Es la primera acción del «Esmeralda», ¡qué diablos! —agregó, justificando su nerviosismo.

Rodríguez iba a seguir hablando, pero se interrumpió, atraída su atención por algo que ocurría en tierra. Lo indicó a Cobo y a Santa María, profiriendo al mismo tiempo una breve carcajada:

—¿No es para la risa? Ustedes entristecidos y, en cambio, ése muy orondo enamorando en la playa.

Alberto buscó el punto que señalaba el capitán y Santa María lo imitó. Junto al muelle, un oficial hablaba con una mujer, manteniéndola estrechada por los hombros con un brazo. Cobo creyó reconocerlos. Pidió sus anteojos de larga vista al capitán Rodríguez y los enfocó sobre la pareja. Eran Rafael Torreblanca y Clementina. ¿Cómo era posible que el atacameño se hubiera quedado en tierra? Hacía ocho días le aseguró que partiría con su batallón. Alberto no lograba desentrañar lo que para él era un misterio.

La razón era simple. Los jefes de las ambulancias no habían querido arriesgar a las mujeres en el asalto al valle de Moquegua. Las dejaban cuidando los heridos y enfermos que quedarían en Pisagua.

—Yo pasaría por todo…, soportaría cualquier privación sin quejarme, con tal de que me dejaran estar cerca de ti cuando vengan las batallas —protestaba la muchacha.

—No, no; es mejor así, mi adorada —trataba de consolarla Rafael—. Además, yo estaré más tranquilo sabiéndote fuera de peligro.

—Quizás cuánto tiempo ha de pasar antes de que vuelva a verte, Rafael —se rebelaba Clementina—. No regresarás en muchos meses… No regresarás quizás hasta cuándo, Rafael.

—Vamos, mi niña, no te dejes abrumar por presentimientos —la alentaba el teniente—. Volveremos. En cuanto nos apoderemos de Moquegua y aislemos Tacna y Arica, los peruanos tendrán que pedir la paz.

Aunque Torreblanca hablaba sonriendo, había en su tono un dejo de tristeza. Clementina lo advirtió.

—¿Y si…, si los derrotan al desembarcar en Pacocha?

Rafael se quedó un momento en silencio.

—Nadie debe pensar en eso, Clementina. Recuerda solamente esto —le dijo con ternura—: que te adoro, que jamás dejaré de pensar en ti.

De un bote se elevó impaciente la voz del corneta Román:

—¡Mi te…, mi teniente Torreblanca, ya izan en el *Blanco* la banderola de «alistarse para zarpar»!

Rafael estrechó apasionadamente a la muchacha entre sus brazos:

—Adiós, mi amor; piensa en mí.

Se besaron desesperadamente. El corneta volvió a gritar su advertencia desde el bote. Entonces el oficial se desprendió y echó a andar por la playa.

El teniente saltó al bote.

—Vamos, piloto —ordenó al patrón de la embarcación—. ¡Rápido, al «Copiapó»!

Casi enseguida se oyó un estampido. Era la señal para que los barcos abandonaran la bahía y fueran a tomar la formación definitiva en mar abierto. Los primeros en ponerse en movimiento fueron los buques mayores y Torreblanca y su asistente alcanzaron a embarcar en el *Copiapó*.

La algarabía de los soldados era ensordecedora.

Alberto, en la borda junto al capitán Rodríguez, murmuró impresionado:

—¿Qué iremos a encontrar en Moquegua?

El explorador lo miró con asombro y le gritó:

—Peruanos. ¿Qué otra cosa?

Y lanzó una estentórea carcajada.

Lentamente, los diecinueve barcos fueron saliendo de la bahía de Pisagua.

El coronel Amengual había salido a la cubierta del *Loa* acompañado por el comandante Holley e hizo formar al regimiento «Esmeralda» junto a la borda de estribor. La banda se acomodó en torno al palo mayor. El viejo coronel paseó su mirada por los barcos vecinos. Todos los soldados del ejército expedicionario formaban en las cubiertas y los comandantes, al igual que él, enfrentaban a sus regimientos y batallones portando en sus manos una proclama del general Escala, escrita para ser leída en el momento de la partida. La voz del «viejo» se elevó sobre las filas silenciosas:

> *Soldados:*
> *Vamos a emprender la segunda jornada de la campaña en que nos hemos empeñado para mantener ileso el decoro de nuestra honra y el respeto de nuestro derecho. Las heroicas hazañas que habéis realizado en la primera etapa han marcado vuestro paso con la luminosa huella de vuestras victorias; y a esto se debe que nuestro glorioso pabellón flamee hoy triunfante en las mismas posiciones que ocuparon los enemigos, quedando así sometida a nuestro dominio absoluto y tranquila posesión la más rica provincia de su territorio. ¡Soldados del ejército del Norte, mucho os debe la patria!*

Cargadas de patriótico sentimiento fluían las frases de los labios del veterano. En el párrafo postrero alzó su voz áspera:

> *Vamos a invadir otras provincias del territorio enemigo. ¡Intrépidos asaltantes de Pisagua, retemplad el brío del arrojo con que supisteis vencer esas inexpugnables posiciones y probad una vez más a nuestros contrarios que no hay obstáculo que vuestro valor no venza! ¡Bizarros veteranos de Germania! ¡Valientes defensores de la Encañada! ¡Soldados que habéis venido a ofrecer a vuestra amada patria el sacrificio de vuestro bienestar, de vuestro porvenir y de vuestra vida, que todos y cada uno se muestren a la altura de vuestro santo deber y de la importancia de la obra que vamos a realizar, seguros de*

que al frente de vosotros encontraréis a vuestro general en jefe! ¡Viva Chile!

—¡Viva Chile! —corearon los esmeraldinos, y el mismo grito fue repitiéndose en los otros barcos.

La banda del «Esmeralda» irrumpió con los sones de *Adiós al 7.º de Línea*, y fundió luego sus compases marciales con los de los himnos de los otros regimientos.

6

Dos días después de abandonar Lima, la caravana sanitaria de que formaban parte Leonora Latorre y Elcira Carrasco, entró en Arequipa, la Ciudad Blanca, con sus casas construidas con blancas piedras sillares extraídas del cuerpo de Misti, el volcán sagrado de los incas. Allí descansaron veinticuatro horas, para continuar enseguida su viaje hacia el sur.

Los doctores que mandaban la caravana iban en una desvencijada diligencia tirada por mulas de gran alzada, mientras las enfermeras, enfermeros y angarilleros se acomodaban en varios carretones arrastrados por troncos de borricos. Subiendo y bajando por las ásperas sierras de Ilabaya y Socabaya, fueron progresando hacia el destino que se habían fijado. Después de sufrir los frígidos vientos de la altura, entraron en la región templada de las faldas de la Caldera, cordón montañoso que cierra por el oriente la desolada pampa de Islay, y muy pronto comenzaron a sentir el ardor de las tierras bajas. Los viajeros, sofocados por la canícula, cruzaron Vanabamba y entraron al caserío de Quequeña. Unas pocas casas de muros de piedra o barro, mudaron la fisonomía del paisaje solitario. En sus puertas se veían mujeres indias en cuclillas.

La caravana se detuvo en la plaza central del poblado. Media docena de soldados de rostro oliváceo les cerraban el paso interpuestos en mitad del camino. Uno de ellos parlamentaba apegado a la ventanilla del coche de los doctores.

Los ocupantes de los carros aprovecharon aquella parada para estirar sus miembros adoloridos y magullados por los golpes del sendero.

Elcira se acercó a Leonora, por entre los pies de los que llenaban el carro.

—¿Cómo se siente, señorita Rosa? —le preguntó en voz baja—. ¿Cree que soportará el viaje?

La agente estaba pálida, y a simple vista se veía su profundo cansancio.

—Tendrán que dejarnos descansar hasta mañana —se quejó—. Todos estamos deshechos, Elcira.

Por la parte del pescante del carro asomaron el rostro aguzado y las antiparras azules de El Profesor. Al verlo, una de las enfermeras gruñó:

—Ahí viene ese desgraciado del practicante Girardo. Tiene un genio… Mejor me bajo del carro para estirar las piernas.

Casi todos los ocupantes del vehículo imitaron su ejemplo.

Leonora hubiera querido conversar a solas con su jefe, pero temía a la desconfianza de las enfermeras, que estaban constantemente con la oreja alerta.

—Buenas tardes, señoras —les dijo El Profesor, introduciéndose en el carro—. ¿Cómo se sienten ustedes?

—Muy maltrechas, Profesor —le respondió Leonora.

—¿Qué pasa afuera que discuten tanto con ese soldado? —le inquirió Elcira.

—Aquel sargento, que es la máxima autoridad de Quequeña, se ha propuesto retenernos aquí.

Una expresión de espanto se estampó en el rostro de Leonora ante la idea de pernoctar en aquel caserío infecto.

—El hombre se empeña en detenernos —prosiguió El Profesor—, porque en el tambo de Usudá, a media legua de aquí, se ha producido un brote de viruela. Sostiene que nuestra obligación es ir a atender a los enfermos, antes de que el contagio se corra hasta este caserío o los pobladores del tambo mueran sin auxilio.

»Lo siento, mi amiga —le confesó Abelardo Núñez—, pero creo que vamos a tener que quedarnos. No podemos olvidar que la obligación de la caravana es atender a los apestados de viruelas o a los contagiados de fiebre amarilla allí donde los encuentre. Pensé que llegaríamos a Tacna sin detenernos y que allí podríamos desaparecer, sin tener que mezclarnos con los enfermos, pero se ha producido esto y habrá que afrontarlo.

Una voz aguardentosa llamaba con acento colérico desde la delantera del convoy:

—¡Practicante Girardo! ¡Practicante Girardo, venga usted! Ya partimos.

—¡Voy, doctor, voy! —gritó al hombre que lo llamaba, y apremió a los demás miembros de la caravana—: ¡Todo el mundo a los carros! ¡Todos arriba, seguimos viaje!

—Quiera el Altísimo que en el próximo paradero nos dejen tiempo siquiera para las necesidades, pues —protestaba una de las enfermeras viejas, mientras trataba de llegar a su sitio.

—¡En marcha! ¡En marcha! —se oía afuera la voz de uno de los doctores, y los trallazos de los aurigas sobre el lomo de las mulas fueron el anuncio de que se obedecía su orden.

La hilera de carromatos giró en torno a la plaza y en lugar de tomar el sendero del sudoeste, que conducía a Moquegua, embocó por el del sudeste, que llevaba al tambo de Usudá.

Al anochecer del 24 de febrero, los diecinueve barcos que conducían al ejército expedicionario chileno pasaban a la altura de Arica, a siete millas de la costa, precaución necesaria para no ser avistados por los observadores de tierra. Tan sólo una lancha torpedera, guiada por el teniente Señoret, se acercó a la playa con el propósito de buscar una oportunidad para torpedear a algún barco enemigo. Desde las siete de la tarde el convoy era escoltado por la cañonera francesa *Chasseur*, que, adivinando que esos aprestos conducían a una interesante acción de guerra, navegaba a prudente distancia para asistir a ella.

Se había calculado que los barcos asomarían en Pacocha antes del alba, pero a medianoche se vieron obligados a disminuir la marcha porque el *Abtao* y el *Toltén* se habían rezagado y hubo de darles tiempo para que se incorporaran a la flota. Esto tuvo por consecuencia que la aparición frente a Punta de Coles se realizara a las 9.30 de la mañana.

Tremolando ascendió por el palo mayor del *Blanco* una banderola de señales que significaba «alistarse para fondear». Una ojeada sobre el convoy mostraba la ausencia del *Toltén*, el *Abtao* y de la cañonera francesa que los había seguido. Atendida la orden de fondear, las naves detuvieron sus máquinas. Únicamente la lancha

torpedera, guiada por el teniente Señoret, y la *Magallanes* se adelantaron hacia el centro de la bahía. Las anclas de los otros barcos se sumergieron en las aguas.

No terminaba de detenerse el *Loa*, cuando apareció en su cubierta el coronel Amengual, portando un croquis enrollado y un pliego de instrucciones. Se dirigió a proa, en donde esperaban el capitán Manuel Rodríguez, el capitán Romero, el teniente Santa María, Alberto Cobo y los diez soldados escogidos del «Esmeralda».

Con un gesto rudo extendió el croquis sobre la escotilla de la bodega de proa y pidió que se acercaran.

—Fijarse bien, capitán Rodríguez y teniente Santa María —les reclamó—. Pasada la Punta de Coles, hay una caletita suave. Se llama De los Hermanos. Por ella van a desembarcar ustedes. Abandonando los botes se correrán por un cañaveral hasta la base del cerro Punta de Coles. Usted, teniente Santa María, se posesionará del cerro con sus diez soldados y fusilará desde arriba a todos los enemigos que intenten venirse sobre la playa en donde estarán desembarcando los demás. ¿Entendido?

—Entendido, mi comandante. —El teniente Santa María tuvo que tragar saliva para que le saliera la voz.

—Usted, capitán Rodríguez, con el capitán Romero y el subteniente Cobo —proseguía el coronel— se deslizarán por el cañaveral hasta el pueblo de Pacocha y cortarán el telégrafo, matando a todos los que se opongan e impidiendo que alguno intente huir hacia el interior con la noticia de nuestra llegada. ¿Comprendido?

Los tres aludidos acataron vigorosamente.

El coronel se volvió impresionado al oír el chirrido de los pescantes que sostenían los botes. En la nave capitana se había izado la banderola que ordenaba arriarlos. El comandante del *Loa* y el comandante Holley dirigían nerviosamente la maniobra de organizar las filas del «Esmeralda» frente al portalón donde descenderían los soldados a las embarcaciones.

El grupo que constituiría la vanguardia en la invasión observaba con no disimulada nerviosidad, cuando Alberto Cobo, que estudiaba las costa, divisó, en el lomo del morro de Punta de Coles, un jinete en la cumbre que mejor dominaba el mar y se lanzaba al galope tendido hacia el interior de la comarca.

—¡Diablos, ése va a dar la alarma! —barbotó el comandante Amengual al ser advertido y, volviéndose al capitán Rodríguez, le dijo—: Capitán, cueste lo que cueste, atrápeme a ese monigote.

El explorador midió con la vista la distancia que los separaba de la costa y la que se extendía entre el rompeolas y el hombre que huía. Comprendió que era imposible conseguir lo que el coronel le pedía, pero se reservó su opinión, considerando que quizás la casualidad le permitiría cumplir. Los botes ya estaban apegados a los cascos de las naves y los soldados se disponían a transbordar a ellos. A una señal, la vanguardia abandonó la cubierta.

—¡A la lancha la patrulla de desembarco! —gritó el coronel Amengual, y el grupo que estaba a su lado corrió como impulsado por un resorte. De unos pocos saltos cayeron en el interior de la lancha a vapor y ésta se puso inmediatamente en movimiento.

—Uf, buena nos espera —resopló el teniente Santa María, dominado por los nervios.

Alberto Cobo le alargó la cantimplora con un gesto significativo. El oficial tuvo que toser, con la boca sollamada por el aguardiente.

—Hace bien —le dijo Cobo—, calienta la sangre.

Acomodados en los bancos de la lancha, esperaron hasta que la costa estuvo próxima. Pronto comenzaron a contornear el roquerío en que se asentaba la Punta de Coles y asomaron, por fin, a la caleta llamada De los Hermanos. Desde ahí era visible la bahía por donde desembarcaría el ejército chileno. Frente a la proa de la lancha se divisaba, al norte, el caserío ruinoso y pobre de Ilo; al centro, la desembocadura del río del mismo nombre; y al sur, la alegre población de Pacocha.

Por el lado del mar se avistaban las moles empequeñecidas del *Toltén* y del *Abtao*, que llegaban con retraso, y la forma aguzada de la cañonera francesa *Chasseur*. Simultáneamente con la lancha en que iban los esmeraldinos se había desprendido del *Blanco* otra cargada con un piquete de artilleros de marina que se dirigía a la caleta Inglesa, ubicada al sur de Pacocha.

Cuando esas dos lanchas de avanzada estuvieron cerca de la playa, el vapor *Toro* y la lancha torpedera del teniente Señoret empezaron a remolcar botes repletos de soldados.

A las 11.15 de la mañana, la embarcación en que iba Alberto Cobo fue a encallar sobre arena clara. No se percibía un

movimiento en el puerto. Sólo sobre el lomo de los cerros, se divisaban algunas siluetas que huían en dirección al interior.

Rápidamente saltaron los esmeraldinos a tierra y corrieron a esconderse entre las rocas de la playa. El teniente Martiniano Santa María lo hizo por la derecha con los diez soldados de su patrulla, atento únicamente al cerro Punta de Coles, que era su objetivo; los capitanes Rodríguez y Romero, seguidos por Alberto Cobo, lo hicieron más hacia el pueblo. Desde su primer refugio vieron a los esmeraldinos calar la bayoneta y lanzarse a la carrera hacia la ladera del cerro.

—Tenemos que cortar la línea del telégrafo, subteniente —advirtió el capitán Romero a Cobo—. Usted sabe dónde está la oficina. Vaya adelante.

—A la derecha, junto a la estación de ferrocarril, mi capitán —le advirtió el mozo, emprendiendo la marcha.

—Apresúrense —recomendó el capitán Rodríguez—. Atravesando los cañaverales llegarán al muelle y divisarán la estación. Yo los cubriré con mi fusil.

Encorvados fueron atravesando el trecho cubierto de vegetación. Los tres iban extrañados de no ver manifestaciones de vida en parte alguna. Seguramente las autoridades de Pacocha mantenían vigías en las cumbres de los cerros desde la incursión anterior de los chilenos y éstos habían avistado los barcos frente a la bahía.

Repentinamente terminó el cañaveral. Frente a sus ojos estaba el muelle, pero no se advertía ningún ser humano en los alrededores.

—Pero ¿cómo es que no destruyeron nada antes de retirarse? —reflexionó Alberto—. El muelle está intacto y hasta dejaron la grúa que sirve para desembarcar la carga pesada.

—Huyeron precipitadamente o están escondidos en las casas —apuntó el capitán Romero—. ¿Dónde está la oficina del telégrafo, subteniente?

Cobo señaló una caseta alzada más allá de los grandes barracones que constituían la maestranza del ferrocarril. Corrieron hacia ella con los fusiles en ristre. La puerta estaba cerrada. Alberto la hendió de un puntapié por el lado de la cerradura. Parapetados a ambos costados, asomaron las bocas de sus armas hacia el interior. Pero la caseta estaba vacía. Entraron y pasaron una rápida revista a los instrumentos del telégrafo: el telegrafista había arrancado los

instrumentos a tirones y se los había llevado consigo.

—¡El jinete que divisamos en la cumbre del cerro! —recordó el capitán Romero—. Tiene que haber sido el telegrafista que huía hacia Moquegua.

Alberto revisó un manojo de papeles que estaban diseminados por el suelo. Eran borradores de telegramas. De pronto alzó uno y, después de leerlo, se lo alargó a su superior.

El capitán Romero leyó de una ojeada:

> *Escuadra chilena desembarca estos instantes. Todo el ejército enemigo en Pacocha e Ilo. Abandonamos el pueblo.*

Una búsqueda más prolija les puso en las manos un trozo de cinta telegráfica que decía:

> *Moquegua. Confirme su comunicación. ¿Ejército chileno desembarca en ésa?*

Aquellas dos comunicaciones confirmaban las sospechas. Habían llegado tarde.

El capitán Rodríguez se inquietaba afuera y los llamaba en voz alta. Salieron de la caseta. En esos mismos momentos el ingeniero Stuven, a la cabeza de sus pontoneros, empezaba a rodear la maestranza del ferrocarril.

—¡No hay nadie en el pueblo, capitán! —le gritó Rodríguez—. Ocupe la estación y la maestranza sin cuidado.

El ingeniero reagrupó a sus hombres, encaminándolos rectamente hacia la entrada principal de la maestranza, en donde comenzaron a descerrajar los candados. Ya atracaban al muelle cuatro lanchas cargadas con soldados del «Esmeralda» y en la caleta de Los Ingleses se divisaba a los artilleros de marina desembarcando sus equipos.

—Todo va bien —comentó alegremente el capitán Romero.

—No cante victoria tan luego, mi amigo; estamos comenzando —le sentenció Rodríguez—. Imagínese que la retirada de los pobladores hacia el interior no obedezca a otro fin que a romper el estanque de agua y cortar las cañerías de hierro que la traen hasta los pilones del pueblo.

—La caballería tiene la misión de proteger el estanque y la línea

del tren —deslindó el capitán Romero.

—Los caballos van a demorar por lo menos una hora en ser desembarcados y cuando entren en acción va a ser demasiado tarde.

—Entonces empleémonos nosotros —terció Cobo.

—¿Vamos, capitán Romero? —consultó Rodríguez a su compañero—. Nos servirá para explorar el interior de la quebrada y para ver si quedan enemigos emboscados.

El jefe de los telegrafistas no vaciló.

—¡Adelante! —exclamó—. Pero con precauciones, ¿eh?

Pasaron por un costado de la estación y comenzaron a descender hacia el río.

A poco andar arribaron a la orilla del Ilo. Experimentaron una verdadera satisfacción al ver agua en cantidad después de tantos meses de vivir en la sequía del desierto. Aunque era barrosa, hundieron felices los pies en ella y se inclinaron para beber.

—Vamos a tener motivos para regodearnos aquí, compañeros —vaticinó el capitán Rodríguez, mostrando los contornos—. Higueras, paltos, chirimoyos, olivos…

Lo que más importa es el agua —filosofó Romero—. ¡Cómo se van a poner de contentos los soldados del desierto cuando vean este río! Hay agua hasta para bañarse.

No había terminado de hablar, cuando millones de moscos y zancudos aparecieron como una nube y se abatieron sañudamente sobre los tres exploradores. Matándoselos a manotones, los chilenos abandonaron al trote la oquedad de la quebrada.

—Ésta es la otra cara de la medalla, compañeros —iba rezongando Rodríguez—: los mosquitos portadores de la fiebre y de la peste. Salgamos de aquí o nadie nos libra de estar esta noche quemándonos.

Acosados por la nube zumbadora, corrieron quebrada arriba, guiándose por la cañería del agua que cruzaba en la altura. Jadeantes llegaron al camino que corría a un costado del tajo del río. Allí respiraron aliviados. Iban a seguir caminando hacia el oriente, en dirección a las lomas que espaldeaban Pacocha, cuando el ruido creciente de una cabalgata los hizo detenerse. Casi enseguida apareció un pelotón de caballería viniendo desde el puerto, y pasó a todo galope hacia el interior. Era el primer destacamento de esa arma que acudía a cumplir su misión de

preservar la vía del tren y el estanque del agua de posibles daños.

Los tres exploradores comprendieron que su actuación ya no era necesaria.

Dieron media vuelta y echaron a andar hacia Pacocha. Pero los estampidos de tres sorpresivos disparos los hicieron detenerse nuevamente.

—¿Serán los enemigos? —reflexionó Cobo. Pero Rodríguez lo tranquilizó:

—No, es la señal. Observen allá, sobre la cumbre del cerro del sur.

En esa dirección se veía un grupo de soldados ocupando la cima del morro de Punta de Coles. Eran los diez esmeraldinos que comandaba el teniente Martiniano Santa María que habían cumplido su tarea de posesionarse de ese punto. Sobre el techo de una casa, en la cumbre, plantaban una bandera chilena.

—¡Cumplido el desembarco! —exclamó jubiloso el capitán Rodríguez—. Es el primer paso hacia la victoria en esta región.

Terciándose los fusiles a la espalda, se dirigieron al trote hacia el pueblo.

Durante las primeras horas de la tarde siguieron desembarcando los hombres de la Primera, Segunda y Tercera División. El gigantesco *donkey* o grúa a vapor que había quedado en aquel sitio sirvió para desembarcar rápidamente los cañones y los carros de municiones. La caballería fue trasladada a tierra sin dificultades en anchas balsas que se atracaban a los portalones de los buques. A las cuatro y media de la tarde ocupaban Pacocha 5000 hombres de los 9500 que componían el ejército expedicionario. Formaban la avanzada hacia el valle de Moquegua 50 cazadores a caballo, y en los cerros del oriente montaban guardia los regimientos «Buin» y «Navales»; en torno al pueblo acampaba el «Esmeralda», formando un semicírculo que protegía el flanco del este.

Poco antes del crepúsculo, y viendo que los chilenos no parecían dispuestos a cometer excesos, comenzaron a abrirse algunas puertas por las que asomaban los rostros asustados de varios pobladores. El ministro Sotomayor recorrió el pueblo en compañía del general Escala, tomando noticias de aquellas gentes e inspeccionando el proceder de los soldados. Estos últimos, agrupados en torno a los tres o cuatro pilones de agua que existían en la plaza y en algunas

esquinas, se hallaban entretenidos en jocosas batallas a baldadas, de las cuales salieron cansados de reírse y empapados. En el muelle, la grúa seguía trabajando con gran celeridad y muy pronto tres barcos quedaron desocupados y dispuestos a ser devueltos a Pisagua para recoger a la Cuarta División del coronel Barbosa. Como consecuencia, el ejército expedicionario ascendería a 12 000 hombres, fuerza con la que ya podía tenerse la certeza de derrotar al ejército de la alianza.

En un consejo de guerra celebrado aquella tarde, los jefes de los cuerpos especializados rindieron su informe al ministro y al general en jefe. El comandante Martínez había determinado que el mejor sitio para la ubicación del campamento estaba en la meseta superior de los cerros que encerraban la bahía, a dos kilómetros de la costa. El coronel Velásquez aprobó la elección, puesto que el lugar se prestaba admirablemente para el emplazamiento de las baterías. El capitán Zelaya, jefe de hidráulica, llegó hasta el estanque que surtía de agua a Pacocha e Ilo, situado sobre una altura en la margen izquierda del río. Descubrió que la bomba aspirante que la depositaba en el estanque se hallaba intacta, así como también la cañería que la transportaba a los pilones del pueblo. Además, al caer por sorpresa sobre la casa del cuidador del estanque consiguió capturar a un portugués, que era el encargado de accionar la bomba. Traído al campamento, reveló al ingeniero Stuven que ciertas piezas vitales que los peruanos habían extraído a las locomotoras que se encontraron en la maestranza las tenía en su poder el cónsul de Francia en Pacocha.

Al oír aquella confesión, el teniente Santa María lanzó una estrepitosa carcajada.

—Al coronar la cumbre del cerro de Punta de Coles —explicó— izamos nuestra bandera en el techo de una casa. Esta resultó ser de un francés, que intentó oponerse a nuestra maniobra. Tuvimos que reducirlo y bajarlo atado al pueblo. Aquel francés es el cónsul de que habla este prisionero.

Esta afortunada coincidencia permitió al ingeniero Stuven reacondicionar las locomotoras, que eran las mismas que los chilenos habían utilizado en la incursión a Moquegua el día de Año Nuevo. Como el capitán Stuven había traído consigo las piezas que les extrajera en el viaje anterior, no le fue difícil ponerlas en

funcionamiento. Interrogado por el ministro sobre cuánto tiempo tardaría en echar a andar un tren completo, le respondió:

—Tres días, señor. Hay en la maestranza treinta vagones y cuatro locomotoras. Éstas llevan por nombre *Huaracani*, *Alerta, Moquegua* y *Pacocha*. La última estará funcionando mañana mismo; las otras, en los días sucesivos.

Simultáneamente, los 150 pontoneros inspeccionaban la vía férrea, escoltados por un pelotón de caballería. Hasta el filo de los cerros del oriente estaba intacta, tan sólo cubierta por la arena.

—Es preciso que enviemos cuanto antes una división a explorar hasta la estación de Conde —manifestó el ministro.

El ingeniero recapacitó un instante y luego consultó con el capitán Manuel Rodríguez.

—Primero está la estación de Hospicio, a sesenta kilómetros de aquí —recordó el explorador—. Enseguida viene Conde, a unos ochenta kilómetros.

Precisaron el dato sobre un mapa. Conde quedaba a sesenta kilómetros de Pacocha y a sólo veinticuatro de Moquegua.

—Conde es el nudo en donde convergen las líneas telegráficas y los caminos que unen a Arequipa, Moquegua y Pacocha con Locumba, Tacna y Arica —explicó el ministro—. Por eso es que el comando en jefe escogió ese punto como el lugar en que debe tomar posiciones nuestro ejército. Es el centro preciso para cortar toda conexión entre las fuerzas peruanas del norte y del sur. Desde allí podremos apoderarnos de Moquegua, si se hace necesario.

El capitán Stuven calculaba cuánto tardaría en tener listo el tren completo que le exigía el ministro, cuando entró el capitán Romero. Había estado trabajando en la caseta del telégrafo y llegaba, muy nervioso, a comunicar los resultados obtenidos.

—Instalé un aparato en los alambres que dejó sueltos el operador de Pacocha —reveló— y estoy recibiendo mensajes.

—¿Mensajes de dónde, capitán? —le interrogó el ministro.

—De Moquegua, señor. Preguntan y vuelven a preguntar si es efectivo que han desembarcado los tropas chilenas e inquieren detalles sobre su cantidad.

El general Escala pensó un momento y luego lo aferró de un brazo.

—Capitán, ¿no puede usted responderles haciéndose pasar por el

telegrafista de Pacocha?

—No lo consigo todavía. Si lo logro, le avisaré. Entretanto estoy copiando los telegramas que recibo. Son dramáticos, señores. En Moquegua están enloquecidos por el temor.

El ministro y el general en jefe salieron hacia la caseta del telégrafo precedidos por el capitán Romero. Querían enterarse de los mensajes. Por el camino los alcanzó el ingeniero Stuven.

—Señor ministro —declaró al jefe de la invasión—, tendrá usted el tren que se necesita para que una división completa explore hasta la estación de Conde. Cuente usted con él, bajo mi palabra.

La invasión chilena de Ilo y Pacocha repercutía en el Perú con patéticos sones; el desembarco de los enemigos en un territorio tan cercano a los centros vitales de la nación alarmaba a sus gobernantes.

Los pobladores del valle de Moquegua corrieron a refugiarse a la ciudad cabecera del departamento, implorando a las autoridades militares una efectiva protección contra la pregonada ferocidad de los chilenos. En Ilo y Pacocha sólo quedaron algunos extranjeros y ocho peruanos. Pero los jefes militares de la zona no podían garantizar ni siquiera la salvación de los pobladores de su propia villa. Desesperadamente comenzaron a enviar sucesivos telegramas y mensajeros hacia Arequipa y Tacna durante los días 25, 26 y 27 de febrero de 1880.

El coronel Andrés Gamarra, hijo de un expresidente del Perú, que había sido enviado por el contralmirante Montero a regir el destino de Moquegua, reunió a sus tropas y a las milicias del comandante Julio César Chocano y, distribuyéndolas en círculo en torno a la ciudad, implantó el estado de alarma en toda la comarca. Como se temía que en cualquier momento aparecieran las fuerzas invasoras por el camino de la costa, diseminó pelotones de caballería a lo largo de la vía férrea, hasta la estación de Conde.

Entretanto, la población civil se acogía al amparo de las iglesias, que doblaban constantemente llamando a los fieles a impetrar la protección divina.

Mientras se desarrollaban estos dramáticos sucesos en Moquegua, la caravana sanitaria de que formaban parte Leonora, Elcira y El Profesor descendía penosamente por los senderos de las sierras de Maromero, Molla y el valle de Quilacha. La epidemia de viruela los había retenido en el tambo de Usudá por espacio de veintiún días. Después de un viaje horrible desde Arequipa, entraron a Moquegua. Varios de los angarilleros, uno de los doctores y dos enfermeras habían abandonado la partida.

Leonora tuvo que ser trasladada al coche de los doctores, que se golpeaba menos que los carretones y en donde viajaba también El Profesor.

A la entrada de Moquegua, un cordón de milicianos les interceptó el paso.

El oficial que mandaba al pelotón se acercó y asomó un rostro inquisitivo dentro de la diligencia que encabezaba el convoy.

—¿Quiénes son ustedes y de dónde vienen? —inquirió con rudeza.

—Formamos una caravana sanitaria, destinada a combatir las epidemias de fiebres y viruela que se han declarado en Tacna y Arica, señor oficial —le respondió tímidamente el doctor jefe—. Venimos desde Lima, pasando por Arequipa.

El oficial abrió la portezuela del coche e invitó al doctor a marchar con él al puesto de vigilancia, portando los documentos de todos, para revisarlos y ponerles un visto bueno.

Intrigados y presas de la alarma, Leonora y El Profesor quedaron solos en el coche.

—¿Se le ocurre a usted qué puede estar ocurriendo? —preguntó la agente a su compañero.

—Trato de adivinarlo, pero… ¡Sargento! ¡Oiga usted, sargento! ¿Acaso ocurre algo malo acá, en Moquegua? —le preguntó El Profesor—. Se ha hablado mucho de las epidemias de fiebres, pero no sabíamos que aquí…

—¡Epidemia de fiebre! —barbotó el suboficial—. Una epidemia peor tenemos acá, sépalo: peste chilena.

Leonora sintió que se le cortaba la respiración. El Profesor se quedó mudo un instante, pero luego trató de sonsacar más detalles

al sargento.

—¿Peste chilena? —tartamudeó—. No, no conozco esa enfermedad.

El hombretón lanzó una carcajada y les advirtió sádicamente:

—Pues si se quedan en Moquegua van a conocerla. Apenas tenemos 1400 hombres para defender la ciudad y esos condenados chilenos han desembarcado como 20 000.

—Pero ¿por dónde?, ¿cuándo lo hicieron? —inquirió El Profesor.

—Ayer mismo, doctor —le aclaró el suboficial—. Esos pícaros tomaron tierra en Pacocha y se nos vienen encima. La alarma ha estado ensordeciéndonos desde ayer. Desde la costa llegan más y más fugitivos que huyen de esos bandidos a lo largo del valle.

El oficial que comandaba el puesto de centinelas regresó minutos más tarde, acompañado por el doctor. Éste venía pálido y tembloroso. Juntos revisaron los carros de la caravana y, finalmente, se los dejó entrar en la ciudad.

Los viajeros fueron alojados en un tosco barracón, vecino a un convento de Trinitarias, al oriente de la población. Desde aquel sector se divisaba imponente el alto picacho de Los Ángeles.

Mientras los angarilleros descargaban el bagaje del convoy y el médico jefe platicaba con la religiosa encargada de acomodarlos, El Profesor volvió a reunirse con Leonora, en un rincón de la barraca donde se amontonaban vendas y medicinas. La agente revisaba el número de cajas, cuando el jefe del servicio secreto le habló en voz baja:

—Leonora, debemos salir de Moquegua y ponernos en contacto con nuestros compatriotas. Tengo valiosos antecedentes sobre las defensas de Arequipa y de Moquegua que será preciso entregar a los jefes chilenos cuanto antes.

—Discurra un plan y comuníquemelo.

Abelardo Núñez echó una mirada recelosa hacia la entrada de la barraca.

—Si logramos convencer al doctor jefe de que Moquegua va a ser asaltada por los chilenos, y de que es una temeridad estéril quedarse dentro de ella, seguramente conseguiremos que la caravana prosiga su marcha hacia Conde y enseguida a Locumba y Tacna —expuso.

—Pero ¿qué habremos conseguido con dirigirnos a Tacna si las

tropas chilenas están en Pacocha?

Abelardo Núñez sabía que Moquegua estaba unida a Pacocha por una vía férrea de ciento cuatro kilómetros. Explicó brevemente a Leonora que la caravana tendría que marchar junto a ella hasta Conde.

—Todo el valle está abandonado hasta la costa —prosiguió—. Sin duda nuestro ejército habrá lanzado exploradores a lo largo de la línea del tren y no sería difícil que nos topáramos con algunos de ellos.

—Si nos encontramos con una partida avanzada chilena, la caravana será aprisionada —razonó Leonora.

—Seguramente; y nosotros tendremos que soportar el trato de prisioneros como si fuéramos peruanos auténticos. Es la única forma de proseguir nuestra labor.

Dos angarilleros se acercaban. El Profesor alcanzó a deslizarle en un susurro:

—A la hora de la cena conversaremos con el doctor Ascuí. Esté dispuesta a secundarme.

El doctor Ascuí, que por deserción del otro médico había pasado a ser el responsable de la caravana, estaba hastiado de aquel interminable viaje. Lo único que ansiaba era salir cuanto antes de la zona de peligro.

Aquella noche se había improvisado una especie de celdilla en un rincón de la barraca. Estaba sentado en el borde de su catre de campaña, con una botella de licor entre las piernas, cuando Elcira asomó su cabeza y le comunicó que el practicante Girardo quería hablarle y lo esperaba en la diligencia.

El médico meneó la cabeza disgustado, pero se puso de pie.

—¡Qué extraño! —rezongó—. ¡En fin, vamos allá!

El doctor llegó hasta la portezuela de la diligencia y asomó su cabeza al interior, sin decidirse a trepar la pisadera.

—Suba, doctor Ascuí, por favor —oyó la voz del supuesto practicante Girardo, y le obedeció sin chistar.

Cuando estuvo dentro del coche, el doctor vio que estaba en el vehículo la enfermera Uriarte.

—El señor Girardo me pidió que asistiera a esta reunión, doctor —explicó Leonora.

—Me alarman un poco estas cosas secretas, practicante —balbuceó.

—Lo oí esta tarde expresar su propósito de quedarnos definitivamente en Moquegua —le dijo El Profesor.

—Creo que las circunstancias lo imponen, Girardo —argumentó el médico—. Los chilenos están allí a pocos kilómetros de esta ciudad. El riesgo de encontrarlos en el camino…

—Permaneciendo en Moquegua corremos un riesgo mucho mayor, doctor —lo interrumpió el jefe del servicio secreto chileno —. Moquegua dispone de una guarnición que alcanza apenas a 1400 hombres; los chilenos han desembarcado más de 10 000. Es absurdo imaginar que sea posible defender la ciudad contra un ataque.

El médico se rascó la cabeza con un gesto de aturdimiento.

—¿Cree usted entonces que Moquegua…? —aventuró con voz temblorosa.

—Caerá bajo el zarpazo de los chilenos —afirmó El Profesor.

—En la caravana sanitaria venimos cinco mujeres, doctor, y a todas nos espanta la idea de quedarnos en una ciudad dominada por esos salvajes —agregó Leonora.

—Pero ¿qué podemos hacer, señorita? —musitó el doctor.

—Marchamos. Partir hacia cualquier lugar hasta donde los chilenos no puedan llegar.

—Cualquier lugar no —objetó El Profesor—. Nuestro destino es Tacna.

—Jamás podremos llegar a Tacna —gimió el doctor—. Los chilenos están en el camino.

—Están en la costa, a ciento cuatro kilómetros de aquí —apuntó severamente El Profesor—. Y nosotros, para ir a Tacna, sólo tendremos que bajar hasta la estación de Conde, o sea, apenas veinticuatro kilómetros hacia la costa. Desde ese punto torceremos hacia el sur, alejándonos de todo peligro.

—Además, nuestro grupo no constituye una ambulancia de guerra, doctor —añadió Leonora—. Nuestra permanencia en Moquegua sería inútil.

—Tiene usted razón, señorita Uriarte —balbuceó Ascuí—. No

alcanzaremos a pasar…

—Si nos ponemos en marcha lo conseguiremos, doctor Ascuí —lo alentó El Profesor—. Dé usted la orden y yo me encargaré de hacerlo.

—Está bien… Es ese caso partiremos… ¿Mañana?

—A primera hora, si es posible, doctor.

El médico se agitó.

—Tendré que notificar a las autoridades que hemos mudado de parecer y que seguiremos el itinerario que traíamos fijado… Además, habrá que agradecer y prevenir a las monjas del convento vecino. No podremos partir hasta pasado mañana.

—Quizás los chilenos caigan sobre Moquegua antes —le advirtió Leonora.

—Mañana en la tarde entonces.

—Eso está mejor —aceptó El Profesor—. Viajaremos de noche y estaremos en la estación de Conde al amanecer.

A ciento cuatro kilómetros de distancia hacia el oeste, a esa misma hora, también se proyectaba una partida. El ministro Sotomayor había sido llamado a toda prisa por el ingeniero Federico Stuven, y ambos se encontraban en la maestranza de la estación de Pacocha, envueltos por el estruendo de numerosos martillos.

El ministro, mudo de asombro, observaba una locomotora bruñida y lista ya sobre los rieles, a la cual un medio centenar de mecánicos iba acoplando, uno tras otro, un vagón de pasajeros, tres de carga y, por último, un
carro-estanque.

—Pero esto es maravilloso. ¿Cómo pudo realizar este milagro, comandante Stuven?

—Haciendo trabajar como negros a los mecánicos y a mis pontoneros, señor ministro. De ellos es el mérito.

—De ellos y suyo, comandante. Y seríamos muy ingratos si no dejáramos en su hoja de servicios una nota de agradecimiento del Gobierno y una petición de ascenso para usted.

—Gracias, señor ministro, no es todavía la hora de los ascensos

—discurrió con modestia el ingeniero—. Primero hay que ganar la guerra. Ésa es mi única ambición.

El ministro le palmeó afectuosamente la espalda y caminó por un costado de la máquina. En la trompa de ésta, campeaba una plancha de bronce que decía: Pacocha N.º 3.

—¿Cuándo podremos embarcar tropas en este tren e internarnos por el valle de Moquegua, ingeniero? —le consultó el ministro con entusiasmo.

—Mañana, señor; tan pronto se termine de apernar el
carro-estanque
para el agua que necesitan las calderas de la locomotora.

—¡Magnífico! —celebró el señor Sotomayor—. Voy a comunicar la noticia al general Escala para que designe la gente que irá en él. Necesitamos reconocer el territorio hasta Conde para decidir si nos instalamos allí, nos apoderamos de Moquegua o avanzamos inmediatamente hacia Tacna.

A la mañana siguiente, un agudo pitazo del tren al salir de la maestranza para ir a colocarse junto al andén de la estación estremeció el aire.

De los tolderíos del batallón «Artillería de Marina» y de los regimientos «Buin» y «Esmeralda», ubicados en torno a la estación, asomaron docenas de soldados a medio vestir. Igualmente en la puerta de la única
cantina-billar,
que había puesto en funciones un español, surgieron otros reclutas con los tacos en la mano o portando vasos a medio beber.

Alberto Cobo observaba los trajines del capitán Rodríguez en la calle que, pasando por la estación, llegaba hasta el muelle.

—¿En qué andará mi capitán? —comentó con el cabo Cardemil, que no se le despegaba un momento—. Ese gallo se siente tan guerrillero como su abuelo.

—¿Usted le conoció el *agüelo* a mi capitán Rodríguez? —le preguntó con ingenuidad el suboficial.

Cobo lanzó una carcajada.

—Era Manuel Rodríguez, el famoso guerrillero de la época de la independencia, pedazo de ignorante.

De la casa frontera a la estación que se había escogido para Cuartel General, salían en ese instante el ministro y el general

Escala, les salió al encuentro el capitán Rodríguez, quien marchó con ellos hacia el tren.

—Ah, mi capitán Rodríguez va a acompañarlos en la exploración al interior —dedujo Alberto, y volviéndose al cabo le propuso—: ¿Vamos a curiosear, Cardemil?

Cruzaron la calle y se ubicaron cerca de los jefes que conversaban junto a la locomotora.

El ministro informaba al general Escala que todo estaba listo para la partida del tren, que los pontoneros habían limpiado la vía en las partes en que el viento la había cubierto de arena y que la caballería patrullaba hasta tres kilómetros hacia el interior.

El general en jefe se proponía incursionar mucho más adentro aún, hasta la estación de Pampa, cuando menos.

Mientras hablaban formó junto al convoy una compañía del regimiento «Buin», destinada a servir de protección a la partida. Poco después llegaron el comandante José Francisco Vergara, y el secretario del ministro, Máximo Lira. Sólo faltaba el general Manuel Baquedano, que completaría el grupo. Pero éste no alcanzó a acudir, porque algo inesperado se interpuso en el plan de exploración. Súbitamente resonó un cañonazo estruendoso en la bahía. Todo el mundo se volvió hacia el mar y en los rostros se marcó una honda perplejidad. Acababa de surgir en la rada la cañonera *Magallanes*, la que era saludada por una batería del *Blanco*. Pero la razón de la perplejidad de los jefes estribaba en que la cañonera de Condell debía encontrarse bloqueando Arica en compañía del *Huáscar*.

—¿Qué demonios está pasando? —exclamó el general Escala, desconcertado al ver las banderas a media asta—. Parece que alguien ha muerto a bordo de ese barco.

Durante unos instantes siguieron mirando hacia el mar, sin tomar determinación alguna. Pero cuando observaron que también el *Blanco* bajaba la bandera hasta la mitad del asta y que casi enseguida imitábase esta maniobra en todos los transportes que llenaban la bahía, el ministro Sotomayor y el general en jefe se miraron presas de profunda inquietud.

—Vamos al puerto, general —dispuso el primero nerviosamente.

—Caramba, no hay que sembrar la alarma —reflexionó el segundo—. ¡Por mil diablos! Esto me produce un ahogo en el pecho.

Vamos, ministro. Ojalá esas demostraciones de duelo no sean por la pérdida de Tarapacá, de Iquique o de Antofagasta…

Echó a andar a zancadas vertiginosas, sin preocuparse de saber si el ministro lo seguía o no. Este último ordenó al capitán Rodríguez antes de ponerse en movimiento:

—Prevenga al comandante Stuven que postergamos la exploración indefinidamente.

Todos los jefes se alejaron presurosamente hacia la playa. Entonces Alberto Cobo se acercó al capitán Rodríguez, que buscaba con la mirada al ingeniero Stuven.

—¿Qué puede haber pasado, mi capitán? —le preguntó.

—No lo sospecho. Ha muerto alguien, no hay duda. Y muy gordo debe ser el pájaro para que se hagan tantos aspavientos.

El explorador dejó de escrutar el andén y se volvió al subteniente, al que quedó mirando con pasmo y duda.

—Está usted cambiando, teniente —le dijo—. ¿Qué le pasa? Desde que salió de Iquique ha ido tomando hasta otra fisonomía. Esa sonrisita zumbona no la he visto en su cara antes.

—Estoy aprendiendo a vivir la guerra, mi capitán —le respondió Cobo, con una mueca algo cínica—. Tengo la sospecha de que pronto voy a tener que aprender a morirla.

—No diga tonterías, hombre. Vamos a comunicar a Stuven que se posterga la exploración y enseguida nos empeñaremos en una partida de billar.

El ministro Sotomayor trepó la escalerilla de la *Magallanes*, olvidado de su lesión cardíaca. Abruptamente se dirigió al primer oficial que encontró en su camino:

—¿Dónde está el comandante Condell? —le preguntó.

—Mi comandante no ha venido al mando de la *Magallanes*, señor ministro. Delegó su autoridad en el teniente 1.º Tomás Rogers.

—¿Dónde está el teniente Rogers? —inquirió, a su turno, el general Escala.

—En la cámara principal, rindiendo cuenta al señor comodoro Riveros, que trasbordó desde el *Blanco* hace un momento, mi

general.

Ministro y general en jefe irrumpieron en la cámara-comandancia de la *Magallanes*.

—El *Huáscar* y la *Magallanes* se han batido ayer, desde las nueve de la mañana hasta las cinco de la tarde, contra todos los fuertes de Arica y contra el monitor artillado *Manco Cápac*, que está anclado al amparo del morro —les espetó el comodoro Riveros al verlos entrar—. El teniente Rogers estaba informándome de eso, señores.

—Pero… ¿cómo pudo ocurrir eso? —indagó el ministro encolerizado—. ¿Qué razones movieron al comandante Manuel Thomson a exponer al *Huáscar* y la *Magallanes* de ese modo? Los barcos bloqueadores tienen orden de mantenerse siempre fuera del alcance de los cañones de la costa.

El teniente Rogers se quedó un momento sin contestarle. Luego le dijo con acento fatalista:

—Tenía que ser así, señor ministro. Mi comandante Thomson necesitaba provocar un combate feroz. Él fue maestro de todos los marinos que se han destacado en esta guerra: del capitán Prat, del teniente Serrano, de los comandantes Condell y Latorre. El destino estaba negando a mi comandante Thomson su oportunidad de ganar gloria.

Los ojos del ministro se endurecieron, adivinando la revelación que iba a oír:

—Permítame que le relate cómo fue —dijo el teniente.

El *Huáscar* había llegado a Arica el 25, es decir, hacía tres días. Iba a reemplazar al *Cochrane* en el bloqueo, para que el comandante Latorre pudiera llevarse su blindado a Iquique o Antofagasta, en donde se le repasarían los fondos, que los tenía muy sucios. Desde el primer momento todos comprendieron que el comandante Thomson tenía una obsesión clavada en el fondo del cerebro: Desde que arribó con su monitor no hizo otra cosa que desafiar al enemigo de tierra. El comandante Condell estaba realmente preocupado y, hora tras hora, seguía las evoluciones que el comandante Thomson imponía a su barco. El *Huáscar* se acercaba a la costa y volvía a retirarse. Otras veces navegaba hacia el sur y regresaba apegado a los roqueríos de la playa, mientras en

la cumbre del morro los grandes cañones giraban lentamente, siguiéndolo en su derrota.

Aquella situación crispaba al comandante Condell. Desde que apareció el comandante Thomson de pie en la toldilla de popa del *Huáscar* todo era tensión y alerta.

En la cubierta del monitor peruano *Manco Cápac*, cuyas máquinas no tenían la fuerza suficiente para movilizar su pesada mole de acero y que, por esta causa, había sido transformado en un fuerte flotante anclado en mitad de la bahía, se divisaba a los artilleros siempre inclinados sobre los enormes cañones de 500 libras. Por último, el desafío de Thompson fue tan audaz que hasta aquella masa de grueso caparazón blindado comenzó a echar humo y vapor, amagando movimientos dentro de la red de lanchas que la protegían contra posibles ataques al espolón.

El 27 de febrero, a las 8.35 de la mañana, ocurrió la explosión. El *Huáscar* ascendía desde el sur, apegado a la costa, cuando sus tripulantes vieron que se iban prácticamente encima del morro. Nadie dijo nada, pero todos los ojos se clavaron en el comandante Thompson que, como de costumbre, dirigía las maniobras. A su lado estaba el marinero 1.º Luis Ugarte, a quien sus camaradas llamaban «El Resucitado», por haber sido el tripulante que saltó con Arturo Prat a la cubierta del *Huáscar* cuando el monitor hundió a la *Esmeralda*. Salvó con vida sólo porque la casualidad quiso que resbalara sobre la borda empapada en sangre y cayera al mar.

El barco se inclinó suavemente sobre babor y siguió corriendo paralelo a la costa. Iba pasando apenas a mil metros del morro y todos los tripulantes sabían que las baterías de la cumbre tenían una potencia superior a los tres mil quinientos metros.

—¿Tienes miedo, Ugarte? —preguntó burlón el comandante al marinero.

Éste se encogió de hombros.

—¿Miedo yo, mi comandante? No. Algunos dicen que usted no se quedará tranquilo hasta que no parta el morro de Arica por la mitad de un espolonazo, y yo les respondo: Él sabrá lo que hace.

Manuel Thomson rió con salvaje fiereza.

—Tú eres uno de los pocos que sienten como yo en este barco, Ugarte. Los demás son mesurados, metódicos, disciplinados. A ellos debe parecerles una barbaridad sin nombre pasar el barco tan cerca

de la playa. Pero ya veníamos en esta ruta y tenemos que pasar a nuestro fondeadero habitual, frente a Punta Chacota. No podíamos retroceder; habría sido permitirles creer que les tenemos miedo.

Confirmando sus palabras, subía en ese momento a la toldilla el teniente Valverde.

—Vamos a surgir en la bahía de Arica muy próximos al *Manco Cápac*, señor —indicó respetuosamente a Thomson—. En el momento de pasar frente a la punta más avanzada del morro estaremos expuestos a los cañones de ese fuerte, a los del *Manco Cápac* y a los de los tres fuertes de la playa.

—¿Acaso no tenemos baterías nosotros, teniente? —le replicó con desprecio el comandante—. ¿O piensa usted que nuestra presencia sobre este monitor artillado con dos cañones de 300 libras y dos de retrocarga de 40 libras es para que interpretemos el papel de la Hermana Portera que vigila la entrada del convento?

El teniente Valverde se puso pálido y miró a su jefe, como queriendo averiguar si estaba loco o borracho.

—¡Ordene que los artilleros de la torre blindada giren la colisa hacia el morro y se mantengan con el ojo en las miras! —gritó Thomson.

Por su parte, el comandante se dirigió a gritos al aspirante Eulogio Goycolea, que mandaba al grupo de sirvientes del cañón Armstrong de retrocarga emplazado sobre la aleta de estribor:

—¡Prepare su pieza, Goycolea! ¡Apúntela sobre el fuerte del morro!

—¡A su orden, señor!

Todo el mundo comenzó a movilizarse sobre cubierta, buscando protección dentro de los departamentos blindados de la nave; sólo quedaron visibles el comandante Thomson y el marinero Ugarte sobre la toldilla y los sirvientes de los dos cañones Armstrong.

—La *Magallanes* ha comenzado a moverse y parece que viniera a nuestro encuentro.

Thomson tendió la mirada hacia el norte, y confirmó lo asegurado por Ugarte.

—Condell debe estar alarmado de vernos pasar tan cerca de las baterías peruanas —rió socarrón—. Pero ¡qué diablos!, si nos hemos de trenzar con estos cholos, que sea de una vez.

En ese instante el *Huáscar* pasaba frente al morro y asomaba a

la bahía de Arica. Los cañones defensivos del puerto reventaron en un simultáneo y atronador estampido. El mar se punteó de penachos de agua en todo el contorno del monitor y algunos proyectiles zumbaron siniestramente por sobre sus palos. Después de la confusa primera andanada se oyeron claros y distintos, broncos e impresionantes, los cañones de 500 libras del *Manco Cápac*.

—¡Comandante, hay que salir de aquí! —gritó una voz en el claro de silencio que hubo entre dos estampidos.

—¡Respondan a esos fuegos, por mil demonios, y dejen el rumbo como está! —rugió Thomson, frenético—. Que los cañones de la torre disparen sobre el *Manco Cápac* y los Armstrong sobre el morro. Estos últimos eleven algunos tiros para que pasen sobre el blanco y caigan en la población de Arica. ¡Que sientan los ariqueños lo que es la guerra!

El *Huáscar* parecía una caja de petardos; avanzaba disparando sin cesar por sus cuatro bocas de fuego. Pero estaba metido en medio de un infierno.

De pronto un golpe terrible sacudió a la nave desde los masteleros hasta la quilla. Una bala de 300 libras del morro la había alcanzado en el blindaje, por estribor, detrás del portalón, pero, afortunadamente, dos pies sobre la línea de flotación.

El monitor siguió avanzando. Ya no trataba solamente de pasar a ocupar su fondeadero habitual, sino que estaba empeñado en un duelo rabioso con las baterías de la costa.

Carlos Condell, aunque en completo desacuerdo con la imprudente operación de su colega Thomson, lanzó la *Magallanes* al medio de la lucha, sin importarle que su barco no fuera blindado, sino una frágil cañonera de madera. Alzando las bocas de sus baterías, ametralló, con magnífica puntería, las fortificaciones del morro.

A las 9.30, el *Huáscar* izó banderola de «seguir sus aguas» y ambas naves se retiraron, disparando, hasta la boca de la bahía, en donde quedaron fuera del alcance de las baterías costeras.

Thomson se encerró en su cámara, que había sido la del almirante Grau, y, de paso, dio orden a la tripulación de descansar.

El teniente Tomás 2.º Pérez, jefe de los cañones Armstrong, y el aspirante Eulogio Goycolea, todavía ensordecidos y jadeantes, se

recostaron sobre la escotilla de la bodega del combés y aflojaron sus músculos.

—¡Uf, de buena hemos escapado! —suspiró el aspirante Goycolea. Era apenas un muchacho; no debía tener todavía 20 años.

—¿Te fijaste en la cara del comandante? —le secreteó impresionado el teniente Pérez—. Daba la impresión de que se sentía defraudado porque los tres impactos que recibió nuestro barco no perforaron el blindaje.

—No se va a quedar tranquilo hasta que hunda al *Manco Cápac* o nos hundan a nosotros.

Eso último era lo más posible, pensó el teniente Pérez.

—Lo mejor que podemos hacer, Goycolea, es preparar nuestros asuntos —comentó, riendo con cierta amargura—. Puedes estar seguro de que mi comandante Thomson no va a cambiar de ideas.

—Tienes razón —aceptó el ayudante con seriedad—. ¡Qué coincidencia, Tomás! Fíjate que esta mañana desperté con la sensación de que debía preparar mis asuntos.

—No tengo mucho que disponer. En el armario que está al lado de mi litera están todos mis papeles ordenados y atados con un piolín. Si me pasa algo, ya sabes…

—No hagas bromas macabras, por favor, Eulogio —lo atajó su amigo.

Pero el muchacho estaba hablando con sinceridad.

—¿Qué quieres? —se explicaba—. Tengo la sensación de que hoy día me voy. ¿No es mejor tomarlo con buen espíritu? Tengo un amigo de la niñez, que por enfermo no pudo venir a la guerra, a quien prometí que escribiría un diario de campaña para él. Bueno, éste no es propiamente un diario, pero en esta libreta están estampadas algunas impresiones de la guerra. Hazme el favor de guardártela y entregársela, si algo me ocurre. Se llama Fernando Díaz y vive en Santiago en la dirección anotada en la libreta.

—¡Oh, esto es una majadería, Eulogio! —le reprochó el teniente —. Dejemos a un lado las bromas tontas, ¿quieres?

—Bueno —aceptó suavemente el aspirante Goycolea—. Guárdate la libreta y no se hable más del asunto.

El teniente Pérez le obedeció a regañadientes y marchó hacia proa.

Goycolea encendió un cigarrillo y se tendió de espaldas sobre la

escotilla, mirando el cielo. Sonreía vagamente. Pero, de pronto, se puso boca abajo y, ocultando el rostro entre los antebrazos, se quedó quieto, luchando por disimular un sollozo.

El comandante Thomson, encerrado en su cámara, no podía aplacar su agitación. Estaba obsesionado, pero no podía evitarlo. Cuando el marinero Ugarte entró a comunicarle que la *Magallanes* indicaba por señales que se aproximaba un tren con tropas a Arica, se apaciguó un tanto. Al menos la destrucción de aquel convoy le serviría para desfogar el volcán que ardía dentro de su pecho. Salió a cubierta y ordenó al comandante Condell que cañoneara el tren, acercándose a la playa norte. La vía férrea corría un largo trecho junto a la costa. Pero la *Magallanes*, para realizar aquella operación, debía colocarse dentro del radio de las baterías de los fuertes y del *Manco Cápac*. Las de este último eran las más temibles y, por eso, el comandante Thomson decidió atraerlas sobre su propio barco.

—Adelante las máquinas —ordenó al teniente Valverde—. Vamos a acercarnos al *Manco Cápac*.

La bahía de Arica volvió a llenarse de estampidos y humo de pólvora. Con la audacia que lo caracterizaba, el comandante Condell metió a la *Magallanes* bajo la garra de los fuertes y comenzó a disparar vertiginosamente sobre el tren que se acercaba por el norte. Pasando y volviendo a pasar junto a la playa, escurriéndose ágilmente frente a los fuertes, la corbeta persistió en su fuego graneado sobre el tren hasta que éste se detuvo. Desde a bordo se vio a los soldados saltar a tierra buscando un refugio en los cerros del fondo, en donde se había amparado la población del puerto.

Por su parte, el *Huáscar* enfrentaba al *Manco Cápac* y hurtaba el cuerpo a los artilleros del morro, que afinaban cada vez más su puntería. A las 11.45 Thomson consideró que ya había acercado su nave a una distancia propicia del *Manco Cápac* y ordenó virar para enfocarle su cañón Armstrong de babor. Pero cuando ejecutaba esa maniobra, un proyectil del morro dio justo bajo el cañón de 40 libras. Simultáneo con la explosión y el crujido feroz de los hierros

y las maderas hendidas, se alzó un doloroso griterío. La bala de 300 libras había despedazado a todos los sirvientes del Armstrong.

Thomson descendió de la toldilla con los ojos desorbitados y fue a comprobar el daño. Se detuvo junto al montón informe de los catorce cadáveres y con voz que no parecía la suya, preguntó al teniente Valverde:

—¿Y el aspirante Goycolea, que dirigía esta pieza?

—Fue pulverizado por el impacto, señor.

El comandante tuvo que afirmarse en la borda. Cuando logró dominarse, varios marineros levantaban al teniente Tomás Pérez de entre los cadáveres.

—¿Está usted herido, teniente? —le preguntó el comandante.

El joven tuvo que hacer grandes esfuerzos para sacar la voz:

—No, señor. Es peor. Estoy cubierto con la sangre y los despojos de mi amigo Goycolea.

Al principio tuvo una convulsión de llanto, luego levantó la cabeza con los ojos salidos de las órbitas.

—¡Qué carambola!… ¡Qué estupenda carambola hizo la bala del morro! —gritaba—. Arrasó con los catorce sirvientes del Armstrong, mató enseguida a Goycolea, y, por último, fue a reventar al marinero que estaba en la otra banda.

Todos volvieron los rostros hacia el sitio que indicaba el oficial enloquecido.

—¡Por la Virgen santa, es el marinero Luis Ugarte! —gritó el teniente Valverde.

El comandante Thomson perdió la cabeza. A saltos cruzó la cubierta y fue a arrodillarse junto al marinero agonizante, y le susurró en voz muy baja, casi llorando:

—Lo siento, mi amigo. Salvaste la otra vez y viniste a caer ahora.

El marinero Ugarte abrió penosamente los ojos y tentó a hablar.

—Estaba… predestinado, señor —musitó—. Debía terminar… sobre el *Huáscar*… Tenía la vida prestada… desde… desde… —no pudo seguir.

Thomson se puso de pie aterrado. Había muerto «El Resucitado».

Los cadáveres fueron alineados detrás de la torre giratoria, justamente en el sitio en que cayera casi un año atrás el comandante Prat.

Uno de los ventiladores de la máquina se veía destrozado; la batayola y parte del cubichete de la cámara de oficiales estaban igualmente despedazados.

El comandante Thomson dio órdenes de retirar el monitor a aguas alejadas, mientras la *Magallanes* seguía sola sosteniendo el duelo.

El valeroso comandante Condell siguió batiéndose contra todas las baterías enemigas durante veinte minutos más, hasta que desde el *Huáscar* le ordenaron alargar distancia.

Ambos barcos fondearon al sur de Punta Chacota, fuera de tiro de la costa.

Condell, alarmado, se trasladó al monitor acompañado por el doctor Luis Aguirre. Este último se puso inmediatamente a trabajar junto al cirujano del *Huáscar*, doctor Pedro
O'Ryan,
mientras los comandantes conferenciaban.

El jefe del acorazado estaba descontrolado.

—Estoy maldito, Condell —repetía—. Todo lo que hago ha de resultar mal.

—No diga usted eso, Manuel. Todos los marinos sabemos que es usted uno de los mejores y más valientes comandantes.

—¡Uno de los mejores y más valientes! ¡Bah! Yo mandaba la *Esmeralda*, pude haberme batido honrosamente en ella el 21 de mayo pasado. Pero el contralmirante Williams me transbordó al *Abtao* para llevarme a colaborar con él en el asalto al Callao, que no se realizó. Entretanto. Prat se cubrió de gloria en la *Esmeralda*. Luego se me dio el mando del *Amazonas*. Se suponía que con aquel barco tan rápido debía lucirme. Partí persiguiendo enemigos hasta Panamá. Durante esos días, Juan José Latorre se glorificó en el combate de Angamos, capturando este monitor. Yo…, yo sólo aprisioné una lancha torpedera tripulada por dos gringos. Y ahora sólo he conseguido que me maten mis mejores hombres y que los enemigos se rían de mí, después de tres horas de combate.

—Dice usted tonterías, comandante —se exasperó Condell—. Nadie se ríe de usted.

No pudo seguir porque el teniente Valverde se coló en la cámara para espetarles una información urgente: el monitor *Manco Cápac*

había levantado la presión y se les venía encima a todo lo que daba su andar.

—¿Conque nadie se ríe de mí, eh? —estalló Thomson—. ¿Y entonces qué significa que esos atrevidos se nos vengan encima de nosotros con un barco que estaba inmovilizado definitivamente y que apenas desarrolla cuatro nudos? ¿No es éste un desafío lleno de desprecio?

Condell frunció el ceño, herido por aquel desprecio que él también medía, y exasperado por la falta de serenidad de Thomson.

—Bien, comandante —le dijo con energía—, hunda usted entonces al *Manco Cápac* y rehabilítese. —Sin solicitar autorización, abandonó la cámara del *Huáscar* y se dirigió a la *Magallanes*.

Por su parte, Thomson, iracundo, ordenaba que subieran los ingenieros de máquinas a cubierta.

Los defensores de Arica creían que el *Huáscar* estaba gravemente dañado y, envalentonados por la falta de éxito de los ataques chilenos, lanzaban contra ellos al *Manco Cápac*, al que su comandante, José Sánchez Lagomarsindo, logró activar recurriendo a todos los arbitrios de urgencia.

De pie en la toldilla de popa, Thomson consideró la situación. Los cañones de 300 libras serían inefectivos contra el blindaje del *Manco Cápac* y contra las baterías de 500 libras. La mejor posibilidad de hundirlo estaba en atacarlo con el espolón, aprovechando la ventaja de movilidad.

El teniente Valverde le anunció la aparición en cubierta de los ingenieros, pero, al mismo tiempo, le advirtió que el barco enemigo se acercaba demasiado.

Llegaron los ingenieros. Eran David Glover, Pablo Rebolledo, Rafael Astorga y Fructuoso Vargas.

—Señores —les recriminó Thomson—, existe un grave cargo contra los conductores de la máquina de este barco.

—Las tuberías y las válvulas están en pésimo estado, señor —comenzó a disculparse el ingeniero 1.º Glover—. Las llaves no ajustan…

Pero Thomson no lo dejó proseguir:

—Sea lo que fuere, sepan que desde este momento las vidas de todos los tripulantes y del barco mismo van a depender de ustedes.

Contemplen al *Manco Cápac*. Viene a descargar sobre nosotros sus grandes baterías. Su comandante sabe que las nuestras poco daño pueden hacerle. Pues bien, lo atacaremos con el espolón. Esto nos exigirá actuar con la máxima rapidez. Esa rapidez la espero de la máquina que ustedes manejan.

—No se podrá aumentar la velocidad mientras no se limpie un tubo que está casi obstruido, mi comandante —se opuso el ingeniero 2.º Pablo Rebolledo.

Thomson miró a la nave enemiga y calculó:

—El *Manco Cápac* no estará a una distancia verdaderamente peligrosa hasta dentro de diez minutos. ¿Les alcanza ese tiempo?

—Lo intentaremos —respondió Glover.

—Pues bien, señores. Cuando por el telégrafo de señales les ordene «avante», deben ustedes dar el máximo andar al barco, pues en ello nos irá la vida a todos.

El teniente Emilio Valverde venía a cada momento a solicitar órdenes del comandante. Pero éste se contentaba con repetirle:

—Cálmese, Valverde. No abriremos fuego hasta que el *Manco Cápac* esté a mil metros. Entretanto, haremos los movimientos indispensables para capear las balas de ellos.

Eran momentos de terrible tensión. El monitor enemigo, haciendo caso omiso de las andanadas de la *Magallanes*, seguía acercándose lentamente al *Huáscar*. Jamás se había alejado tanto de los fuertes de la costa.

El comandante Thomson observaba, junto a un corneta de órdenes y el teniente Tomás Pérez, que, ya calmado, había sido devuelto de la enfermería. Cuando la distancia que separaba a los dos barcos fue de mil metros, el teniente Valverde lo anunció con un grito desde la proa. Entonces Thomson ordenó a Pérez que hiciera apuntar la colisa de la torre giratoria sobre la nave atacante. El comandante del *Huáscar* esperó un minuto, y luego gritó la orden de fuego.

—¡Fuego! —repitió el teniente Pérez, y el barco se corrió lateralmente hacia babor por la repercusión de las dos explosiones.

Inmediatamente Thomson ordenó:

—¡Avante, a toda máquina!

Los cañones de la torre volvieron a escupir su carga sobre el monitor, mientras se acortaba la distancia entre ambos.

Cuando la nube de humo de los disparos se disipó, el teniente Pérez corrió al pie de la toldilla y gritó a su comandante:

—¡Mi comandante, el *Manco Cápac* está virando como si quisiera regresar al amparo de los fuertes!

Pero era una maniobra aparente. Al virar por avante hacia estribor, el armatoste había dejado libre una

lancha-torpedo

que llevaba en su flanco, y ésta avanzaba recta hacia el buque chileno.

—Vamos a volar torpedeados si no viramos, mi comandante —lo previno el teniente Pérez. Pero Thomson no le hizo caso, no pensaba más que en cortar la retirada al *Manco Cápac*.

—Teniente Pérez —le ordenó—, que se preparen los artilleros. Voy a meter al *Huáscar* entre el *Manco Cápac* y la costa.

Los que alcanzaron a oírlo se quedaron con la boca abierta y horrorizados. Eso equivalía a poner al monitor entre dos fuegos.

—A toda máquina es realizable —siguió Thomson, enardecido —. Describiremos un círculo cerrado por delante de la proa del *Manco Cápac* y lo picaremos con el espolón por la otra banda. El morro tendrá que suspender sus fuegos por no herir a su propia nave.

—Es peligrosísimo, señor —intentó disuadirlo el oficial—. Pasaremos a unos doscientos metros de los cañones del *Manco Cápac*, y si nos aciertan con un proyectil de quinientas libras, volamos.

—No ocurrirá si vamos a toda velocidad —le repitió Thomson.

Por sobre los palos del monitor zumbaban toda clase de proyectiles y el agua saltaba picoteada en todo el contorno. Pero el barco iba raudamente siguiendo el rumbo que quería imprimirle el comandante. Pronto estuvieron frente a la proa del *Manco Cápac*.

Estaban sólo a doscientos metros cuando la máquina del *Huáscar* dio un tosido, luego otro, y dejó de sonar.

La alarma cundió por la cubierta. La máquina se había descompuesto y el monitor avanzaba impulsado sólo por el envión que traía.

Thomson dio un desesperado puñetazo sobre la baranda de la toldilla y su grito se oyó hasta en el alcázar:

—¡Ah, maldita suerte mía!

Uno de los grandes cañones del *Manco Cápac* hacía fuego.

La enorme bala dio de lleno en el pecho de Thomson. Despedido el cuerpo por el brutal impacto, fue a chocar contra la barandilla de bronce, que lo cortó limpiamente en dos.

El teniente Rogers suspendió su relato por unos momentos. El ministro Sotomayor dobló la cabeza y se cubrió los ojos con los puños. El comodoro Riveros y el general Escala se mordían los labios, muy afectados. El teniente Rogers terminó su relato con acento opaco:

—La bala que mató al comandante Thomson derribó también el palo de mesana, en donde flameaba la bandera tricolor, y destruyó el compás magistral y el código de señales, por lo que no fue posible avisar al comandante Condell para que acudiera a tomar el mando del *Huáscar*. Lo hizo entonces el teniente Emilio Valverde, quien ordenó al momento izar la bandera en el palo mayor y urgió el arreglo del desperfecto que paralizara las máquinas. Esto fue subsanado en forma rápida y el monitor pudo seguir persiguiendo al *Manco Cápac*, que se colocaba otra vez al amparo de los fuertes. Durante veinte minutos más continuó el combate, hasta que se vio que era estéril prolongarlo. Entonces las dos naves volvieron a la boca de la bahía. La *Magallanes* tenía varios heridos y un enorme boquete sobre la línea de flotación. Nadie se explica cómo salvó vivo el comandante Condell. Cuando volvió la calma, subió a bordo del *Huáscar* y tomó posesión del mando. Ante los restos del comandante Thomson, arengó a la tripulación. Les dijo que todos debían seguir el ejemplo de su jefe y estar dispuestos a morir si era preciso por el honor de la marina chilena. Luego me entregó el mando de la *Magallanes* y me comisionó para traer a ustedes la triste noticia, en tanto él seguía manteniendo el bloqueo de Arica con el *Huáscar*.

Los altos jefes de la guerra cayeron en un pesado silencio después de la narración. El primero en hablar fue el comodoro Riveros:

—Han matado a uno de mis mejores marinos, señores —dijo.

—Aunque no soy amigo de la venganza, creo comprenderlo —lo apoyó el general Escala.

El ministro Sotomayor levantó lentamente la cabeza y sentenció:

—Hay momentos en que se justifica olvidar la mesura y los principios de humanidad, señores.

No eran necesarias más palabras.

—Solicito su venia, señor ministro, para bombardear Arica y castigar a los victimarios del comandante Thomson —le requirió solemnemente el comodoro.

—Acordado. Realícelo con el *Huáscar*, el *Blanco* y el *Angamos*, que acaba de ser dotado de un cañón de 70 libras del más largo alcance. Podrá bombardear Arica desde siete mil metros de distancia, o sea, el doble del alcance de las baterías del morro y del *Manco Cápac*. Lleve también al *Itata* para que recoja los restos del comandante Thomson y a los heridos y los traslade a Iquique.

—Perfectamente, señor ministro. Partiremos al momento.

—Los acompañaré en el *Angamos*. Bombardearemos Arica durante tres días consecutivos.

El domingo 29 de febrero se ofició, en la capilla de Pacocha, una misa solemne a la que asistieron todas las tropas, salvo las compañías que montaban guardia en las cumbres de los cerros. En el pórtico se improvisó un altar, que fue rodeado por las cantineras y las camaradas de los soldados, en tanto que los batallones asistían a la ceremonia formados en torno a la plazoleta frontera al templo.

El capellán Madariaga, encargado del oficio, terminó su prédica con fervorosa emoción:

—Hagamos una pausa de silencio en memoria de los compañeros caídos en cumplimiento del deber, sin olvidar incluir en nuestras oraciones una petición por el descanso de las almas de nuestros enemigos. Recemos por nuestros heridos, por nuestros enfermos y por los desventurados pobladores de Arica que han atraído sobre sus cabezas la cruel represalia del bombardeo de su ciudad.

Alberto Cobo miró la hora. Eran las diez de la mañana.

«En estos momentos nuestros barcos deben estar cañoneando

Arica», pensó.

—Compadezco a los ariqueños —le susurró el subteniente Del Solar, que se encontraba a su lado.

Al término de la ceremonia. Del Solar y Cobo rompieron filas y se alejaron por la callejuela central del pueblo.

—Si nos apuramos, llegaremos los primeros a la cantina, y podremos jugar una partida de billar —dijo Alberto a su camarada.

—Yo te acompañaría —le repuso el subteniente—, pero sucede que ando en unos trajines… privados.

Cobo enarcó una ceja:

—¿Y se puede saber qué trajines son ésos, subteniente? ¿Hum?…

Del Solar empezó a reírse a borbotones.

—Bueno, tocayo —se explayó—, lo que hay es que me presentaron una cantinerita del «Atacama» que es como una fruta madura.

—No me digas más. ¡La Carmen Vilches!

Del Solar se detuvo en seco.

—¿Cómo lo sabes?

—Me han hablado mucho de ella —reconoció Alberto riendo—. Debe ser muy tentadora y suelta de piernas, ¿eh?

Del Solar se puso serio.

—Mira. Alberto. Estas cosas de mujeres hay que discutirlas como hombres y… ¡qué carajo, yo le estoy atracando el bote a la Carmencita y te lo cuento para que no te metas de por medio, eh!

—Por mí no pases cuidado, grandísimo lacho.

Iban a seguir caminando hacia la cantina, cuando desde atrás les llegó la voz del capitán Manuel Rodríguez.

—Lo ando buscando por orden de mi comandante Stuven, subteniente Cobo —dijo.

—¿Y qué quiere de mí el comandante Stuven, mi capitán?

Manuel Rodríguez se rió quedamente.

—En realidad, yo le sugerí al comandante que lo incluyera a usted en un viaje de exploración.

—¿Hacia dónde?

—En tren.

Si era en tren no había alternativa.

—¡Hacia Moquegua de nuevo! —exclamó Cobo.

—Hasta donde se pueda; que no creo que sea Moquegua —aclaró el capitán.

—¡Bah, los enemigos no se van a dejar sorprender dos veces! —terció Del Solar—. Ya se habrán preocupado de colocar buenas minas en la línea del tren o unos cuantos batallones escondidos en el trayecto…

—Todo es posible, pero hay que averiguarlo —aceptó Rodríguez —. El comandante Stuven iba a realizar este viaje al interior con mi general Escala, el ministro Sotomayor y mi comandante Vergara, pero como el ministro se marchó al bombardeo de Arica, el comandante Vergara ha determinado efectuar una exploración previa, para evitar emboscadas.

—Acepto encantado, mi capitán —declaró Cobo—. Sólo tengo que pedir permiso a mi comandante Holley para dejar el regimiento.

—Ya está conseguido el permiso, subteniente.

—¿Y yo… no puedo ir? —se entusiasmó Del Solar.

—Si se consigue permiso, ¿por qué no? Pero partiremos a las cuatro y media de la tarde.

Del Solar salió de estampía, anunciando que iba en busca del comandante Holley.

—¿Cree usted que podremos penetrar a la comarca interior? —preguntó Cobo al capitán, cuando se quedaron solos.

—De entrar, tenemos que entrar —le respondió éste—. Pero hasta dónde, no puedo saber. El ministro quiere que el campamento definitivo quede establecido en la estación de Conde, y ésa está a veinticuatro kilómetros de Moquegua. Iremos con una compañía del «Buin» y todos muy bien armados, mi amigo —prosiguió el capitán —. Cuando menos no se dirá que le hemos tenido miedo a la empresa.

A las dos de la tarde de aquel mismo domingo terminaba de cargarse el equipaje de la caravana sanitaria que permanecía en Moquegua. Sacudiéndose de los baches de las calles moqueguanas llegaron hasta el puente colgante que servía de entrada a la ciudad, por el sur. Un grupo de milicianos lo custodiaba y el oficial que

estaba a cargo de ellos interceptó el paso de la caravana.

El supuesto practicante Girardo se encargó de ilustrarlo sobre la misión que los llevaba hacia Tacna, advirtiéndole que estaban enterados del peligro que significaba la proximidad de las fuerzas chilenas. El oficial, después de escucharlo con deferencia, les dejó el camino franco.

Había avanzado unos metros, cuando el oficial les gritó:

—¿Conocen el camino?

—Sí —le respondió Girardo desde el pescante de la diligencia—. Llegaremos hasta Conde apegados a la vía férrea. Allí pernoctaremos y mañana tomaremos rectamente hacia el sur, por la ruta a Locumba.

—Ojalá lleguen a su destino. Buena suerte.

Dos horas y media más tarde, desde el otro extremo de la misma línea férrea, desde Pacocha, salía el tren que conducía a la partida militar chilena que iba a explorar hasta Conde.

Desde su puesto en el pescante de la diligencia y so pretexto de vigilar el camino, El Profesor tomaba apuntes y dibujaba croquis de todo cuanto le parecía que podía tener algún valor militar. Después de recorrer unas seis millas, el mayoral que guiaba el coche le señaló un pequeño amontonamiento de casuchas:

—Calalum —le anunció.

—¿Nos detendremos en él?

—Sólo para darles agua a los caballos en la alberca del italiano.

—¿Qué italiano es ése, mayoral?

El cholo se rió flojamente.

—Es tipo raro, ¿sabe? Tiene una cantina ahí. Vive solo y no se separa del revólver ni para dormir.

Entraban al caserío y el conductor detuvo los caballos frente a un abrevadero de piedra alzado junto a la entrada de la casa.

El mayoral saltó al suelo provisto de un balde y se encaminó al pilón del agua.

—¡Don Giuseppe!… ¡Don Giuseppe! —se puso a gritar—. ¡Atención para la posta!

Pasaron algunos segundos antes de que alguien respondiera a su llamado, pero, por fin, se abrió la puerta de la casa y apareció en el umbral un individuo alto, flaco. Usaba botas acordonadas hasta la rodilla y una chaqueta corta ceñida por un cinturón lleno de balas y

del que colgaba un voluminoso revólver.

—¿Quién llama, *per la Madonna*? —inquirió con voz bronca y áspera—. ¿Qué significa tanto grito?

El mayoral lo saludó con gran cordialidad y le pidió permiso para acercar los caballos y mulas al pilón.

—Ah, eres tú, Reinaldo —lo reconoció el italiano—. *Bene, bene*. Baña tus bestias, si quieres. Pero amor con amor se paga, ¿eh?

—Como usted diga, don Giuseppe. ¿Qué desea a cambio?

—Necesito ir a Conde ahora mismo, Reinaldo. Tengo que recoger unas cosas que me dejaron dos clientes allí antes que los condenados chilenos lleguen y las cojan para ellos.

El Profesor prestó atención al oír aquellas expresiones.

—Tendrá usted que pedir permiso a los doctores que viajan en el coche —observó el mayoral al italiano.

El dueño de la alberca se acercó a la diligencia a pasos lentos.

—*Bon giorno, signori* —saludó desenfadadamente a los ocupantes de la diligencia—. ¿Tendrán ustedes la bondad de permitirme…?

El doctor Ascuí sacó la cabeza por la ventanilla, con expresión de enojo, cuando intervino El Profesor, interesado por el aspecto de aquel hombre. La soledad en que vivía y su curiosa vestimenta, semiguerrera, le intrigaron.

—Buenos días —le contestó—. ¿Conoce usted bien estos caminos, señor?

El italiano rió bulliciosamente.

—¡Eh, cómo no! Cinco años viviendo aquí…

—Entonces suba —se apresuró a aceptarle el agente secreto—. Irá aquí en el pescante con el mayoral y conmigo, y me indicará los lugares por donde pasemos.

El curioso personaje le agradeció, anunciando luego:

—Voy a cerrar mi casa y soy presto para partir. Permiso, ¿eh?

—No es prudente echar personas extrañas en nuestros coches, Girardo —reconvino Ascuí.

—Es conveniente llevar con nosotros a un hombre que conoce bien la región —le replicó el agente.

Rápidamente fueron abrevados todos los animales de tiro y el mayoral acopió buena cantidad de agua para el camino. Apenas terminaba estos menesteres, cuando volvió a aparecer el italiano.

Trepó de dos saltos al pescante de la diligencia y, sentándose entre El Profesor y el mayoral, ordenó con desparpajo:

—¡*Avanti*, Reinaldo!

—Me dijo usted que conocía bien esta comarca, ¿verdad, señor? —preguntó El Profesor a su vecino de asiento, en un momento en que el zarandeo del coche le permitió hablar.

—¡Oh, sí, como las arrugas de mi cama, *signor*! —le contestó el italiano.

—¿El camino corre siempre por el borde del río? —le consultó El Profesor.

—Ah, no, hasta la estación de Conde nada más. Desde el Alto de la Villa de Moquegua hasta Conde, río, camino y ferrocarril corren juntos. Pero en Conde la línea del tren se aparta del río hasta ocho kilómetros de distancia.

—Eso no puede ser —lo interrumpió el agente—. Tendría que hacer su recorrido por el desierto y allí no hay agua.

—Pues, así es —insistió el italiano—. El tren corre por el desierto y el agua la lleva en sus propios tanques. ¡Uh, de la estación de Conde hasta Pacocha el viaje es un martirio, *signor*!

—Afortunadamente nosotros torceremos en Conde y seguiremos por el camino carretero hacia Locumba —suspiró El Profesor—. ¿Cuántas estaciones debemos pasar antes de llegar a Conde, señor?

—Estación propiamente, una: San José. Pero caseríos, paraderos del tren, hay dos más: Humo, en donde vamos a entrar muy pronto, y Carpanto. Después viene San José y por último, Conde. Allí me quedo yo, y vosotros proseguís el viaje al sur…, si los pícaros chilenos lo permiten.

Caldeada hasta envolverse en vapor, la locomotora que manejaba el ingeniero Stuven avanzaba por la faja de desierto extendida al sur del valle de Moquegua. Hacía dos horas que el tren había dejado atrás la fresca vegetación de la quebrada y corría por el secadal.

Los jefes desprendían de aquella visión cuál era la ventaja que las tropas peruanas y bolivianas tenían sobre las chilenas. Las primeras cruzaban fácilmente por aquellas regiones. Con un puñado

de hojas de quina en una faltriquera y otro de hojas de coca en un saquete eran capaces de marchar días y días bajo aquel sol quemante.

El ingeniero Stuven había calculado que llegarían a Hospicio al obscurecer, pero la máquina se recalentaba tanto que quiso disminuir la velocidad. El comandante Vergara se opuso categóricamente.

—Aun cuando nos expongamos a que estalle la caldera, es preciso marchar más ligero todavía, ingeniero —le ordenó.

El convoy apuró su marcha. Gracias a ello consiguieron entrar en Hospicio antes de que se extinguieran las últimas luces del día. El caserío que circundaba la estación estaba abandonado: lo confirmaron muy pronto las patrullas enviadas a registrar las casas. No obstante, una partida de soldados creyó escuchar el galope de un grupo de caballos que se alejaba hacia el oriente.

El comandante Vergara se quedó pensativo al recibir el informe.

—Esto confirma mi sospecha —murmuró el comandante Vergara —. Estamos aparentemente solos, pero nos siguen los pasos decenas de enemigos invisibles, escondidos tras los cerros o en las quebraduras del terreno. Vamos a continuar hasta Conde, mas ahora tomaremos algunas precauciones. Es indispensable que consigamos coger algún prisionero para que nos informe sobre la topografía de ese lugar. No llegaremos a Conde en tren, sino a pie. Según sus croquis, Stuven, tenemos aún que pasar por la estación de Rinconada y, por último, el río Pucay, que cruza un centenar de metros antes del punto que hemos elegido como destino.

—Exactamente, señor.

—Llegaremos con el tren hasta un kilómetro antes del río y allí desembarcaremos a la mitad de la compañía del «Buin». Con esta tropa nos deslizaremos por el vado y caeremos por sorpresa sobre la estación de Conde. Sería el colmo de la mala suerte si tampoco así lográramos cazar un lugareño.

Los integrantes de la partida volvieron a trepar al convoy y éste se puso otra vez en marcha. Avanzaba ahora con extremada lentitud en medio de la obscuridad de la noche.

Los carros de la caravana sanitaria entraban a Conde sin más guía que la luz de las estrellas. El grupo de carruajes fue avanzando por la única calle, hasta detenerse en un espacio abierto, señalado por dos anchos pimientos.

—Aquí está la plaza, señores —gritó el mayoral—. A tierra todo el mundo; ya no podremos seguir el viaje hasta mañana.

—Ah, ya estamos en casita —bromeó el italiano, restregándose alegremente las manos entumecidas por el frío que comenzaba a reinar. Luego descendió también a tierra, seguido por El Profesor.

Los miembros de la caravana fueron deslizándose al suelo, en medio de lamentaciones y protestas.

El Profesor fue el primero en darse cuenta de que por las junturas de las puertas y ventanas de algunas casas próximas se filtraban unos tenues rayos de luz. El poblado no estaba abandonado, como imaginaran. Esto quedó confirmado cuando el italiano le dijo al doctor Ascuí:

—Voy a la casa de un socio mío, doctor, y si encuentro algo le traeré comida y una botellita de vino.

El Profesor lo observó distanciarse, mientras ayudaba a Leonora a descender de la diligencia.

—¿Cómo se siente, señorita Rosa? —preguntó a la joven.

—Muy maltratada, señor Girardo —le respondió ella—. Pero dispuesta a acatar lo que ustedes decidan.

—Descansar unas horas en este lugar y proseguir cuanto antes hacia Locumba y Tacna —interpuso el doctor Ascuí, que estaba junto a ellos.

—Podemos refugiarnos en la casa de la estación y encender fuego dentro —propuso el agente chileno—. Tendremos que aguardar hasta el alba.

El Profesor se separó de las dos mujeres chilenas, quedando atrás disimuladamente. Quería dar una vuelta por el caserío y ver quiénes eran los misteriosos pobladores que habían permanecido en él, pese a la proximidad de las fuerzas enemigas. Al mismo tiempo, quería hablar a solas con el curioso personaje italiano. Pensaba que podría sobornarlo para que llevara un mensaje suyo al comando chileno. Echó a andar en la misma dirección en que había visto esfumarse al hombre. Caminó apegado a los muros de las casas, con grandes precauciones. Así llegó casi al término de la callejuela

central. Iba a devolverse desesperanzado de encontrar al italiano, cuando le pareció oír un amortiguado rumor de voces en la última casa. Extremando las precauciones, avanzó hasta ella. El Profesor apegó el oído a las tablas. Inmediatamente reconoció la voz del italiano entre las de dos o tres peruanos que le sostenían el diálogo.

—Esto no admite demora y hay que correr el riesgo —decía—. Los chilenos pueden caer sobre este lugar mañana al alba y encerrarnos antes de que podamos actuar. Uno de vosotros debe correr a Tacna y llevar estas cartas al contralmirante Montero. Tú lo harás, Sebastián.

—¿Y por qué no va usted a Tacna, don Giuseppe? —preguntó una voz.

—Ah, todavía no —rió el italiano—. Iré a casa cuando sepa todo lo preciso. Entonces quedamos todos entendidos, ¿eh? Tú, Juan, regresas a Moquegua con las cartas de Gamarrita. Tú, Sebastián, partes antes de una hora hacia Tacna. Yo me quedaré aquí, escondido en un buen sitio, para hacer mi labor. ¿Alguna pregunta? ¿No? Bien. Buenas noches y mucha fortuna. *Addio*.

El Profesor apenas tuvo tiempo de escurrirse por un costado de la casa. El italiano salió y se encaminó sin prisa a la estación. El jefe del servicio secreto chileno dio un amplio rodeo y llegó a la estación por la parte posterior. Ahora sabía que tenía que habérselas con uno de los directores del espionaje peruano y conocía por experiencia que éste no se arredraría ante nada.

Cuando asomó a la casa de la estación en cuya sala central ya había una fogata, el doctor Ascuí le salió al encuentro:

—Girardo, estoy sumamente inquieto. Uno de nuestros hombres me ha dicho que, cuando buscaba leña para la fogata, le había parecido oír algo así como el ruido de un tren a la distancia.

El Profesor no le respondió inmediatamente. En su cerebro se encendía una luz esperanzada: venían los chilenos. Pero disimuló su contento tras frases intrascendentes.

Empujó suavemente al doctor hacia la casa de la estación y, cuando se hubo cerciorado de que ya estaba todo el personal de la ambulancia adentro, cerró la puerta.

Cuando El Profesor los vio a todos durmiendo, se inclinó sobre Leonora, que dormitaba a su lado, y le susurró el descubrimiento que había hecho sobre el italiano. Este último se había adosado a

un rincón del cuarto y parecía dormir. Sin embargo, el jefe del servicio secreto chileno presentía que estaba muy despierto, esperando escuchar algún ruido que le indicara que sus hombres se ponían en camino hacia Tacna y Moquegua. Por su parte, él mismo se mantenía con el oído atento hacia el silencio exterior, esperando percibir el ruido distante del tren que anunciara el angarillero.

Poco antes de la medianoche, el italiano se incorporó sigilosamente. Observó uno a uno a los reunidos y, convencido de que nadie lo observaba, abandonó el recinto como una sombra.

Por un instante. El Profesor estuvo decidido a seguirlo, pero, temiendo desbaratarlo todo y exponerse en vano, permaneció inmóvil, aunque más alerta todavía.

El tren que conducía el ingeniero Stuven quedó inmóvil a un kilómetro de distancia del río que bordeaba Conde. Desplegados en una larga línea, los soldados de media compañía del «Buin» llegaron hasta el cauce profundo y se lanzaron al vado. Cuando se encontraron en la orilla, el comandante Vergara los reunió y dio las últimas órdenes, en voz muy baja.

—Capitán —dijo a Rodríguez—, con la mitad de los hombres flanquee el caserío de Conde por la derecha. Con la otra mitad envolveré el pueblo por detrás, para que encerremos a todos los posibles pobladores en una redada.

Cuando el capitán Rodríguez asomó con sus veinticinco soldados al nivel del suelo, salió del lecho del río, distinguió delante suyo las casas dispersas de Conde. Cuchicheando mandó a su asistente Acosta que se adelantara a explorar y prosiguió con su gente muy despacio. A una cincuentena de pasos del edificio que se veía más voluminoso, detuvo a sus hombres y esperó. Casi enseguida regresó el asistente Acosta.

—¡*Hei'stán*, mi capi! —reveló a su superior.

—¿Soldados?

—No, mi capi; *ceviles*. Hay unas cuantas mujeres también.

El oficial llamó a sus hombres y les dijo:

—Tenemos que rodear esa casa y no dejar escapar a ninguno de los que están dentro.

El pelotón volvió a desplegarse en línea y avanzó en semicírculo.

Paso a paso, llegaron hasta la puerta de la oficina de la estación. El capitán Rodríguez escuchó atentamente. Luego se echó un poco hacia atrás y hendió la puerta de un violento empujón, despertando a todos los durmientes. Cuando éstos, sacudidos de espanto, quisieron levantarse, se encontraron encañonados por los fusiles del grupo de chilenos.

—¡Quieto todo el mundo! —tronó el capitán Rodríguez—. Pónganse de pie y levanten las manos en alto. Cualquiera que intente rebelarse puede darse por muerto. Acosta, remueve los tizones de la fogata para verles las caras a estos bellacos —ordenó el capitán a su asistente—. Sargento Urrutia, corra a avisar a mi comandante Vergara que tenemos varios peces en la red… y también algunas corvinas.

El doctor Ascuí, las enfermeras y los angarilleros se encogían contra el muro, mientras la mirada escrutadora del oficial les iba pasando revista. En un rincón, un tanto separado del grueso del personal de la ambulancia, estaban El Profesor, Leonora y Elcira. Sus rostros no eran bien visibles, pero repentinamente la fogata despidió largas llamaradas que alumbraron a los tres agentes chilenos. Los ojos del capitán se abrieron asombrados. Acababa de reconocer el rostro de Elcira. Aunque no pudo precisar dónde había visto aquella cara, supo que la conocía y que era de una chilena. Su mirada cayó entonces sobre Leonora. Ésta lo había reconocido desde que entró al recinto y, temerosa de que el oficial dejara escapar alguna exclamación que los denunciara, le hizo una mueca casi imperceptible.

Entonces se hizo luz en los recuerdos del capitán, e identificó las facciones de la agente secreta que él había rescatado de Pisagua hacía algunos meses. Comprendió que las dos mujeres se encontraban en aquella caravana peruana cumpliendo alguna misión confidencial y endureció el gesto para ocultar su sorpresa. Preguntó:

—¿Quiénes son ustedes y qué hacen aquí?

Un coro de voces lastimeras alzó la respuesta.

Las acalló con violencia.

—¡Hable uno solo! A ver… ¡Usted! —La punta de su sable indicaba a Leonora.

—Formamos una caravana sanitaria que va a curar enfermos de fiebre amarilla a Tacna, señor —le respondió ésta, fingiendo nerviosidad.

—¿No llevan armas?

—Por supuesto que no, señor oficial —saltó el doctor Ascuí—. Soy el doctor Roberto Ascuí, jefe de…

—¡Silencio! Ya hablará cuando mi comandante Vergara se lo exija —lo atajó el capitán, y vuelto siempre a Leonera, prosiguió—: ¿Qué llevan en esos carretones que están fuera?

—Camillas, vendas y medicinas, oficial.

—Bien. Eso ya lo comprobaremos. ¡Todos los que están al fondo, volverse contra el muro para registrarlos! Ustedes tres, apéguense a la pared del costado y levanten los brazos también. ¡Vamos, a obedecer!

Los miembros de la ambulancia tomaron la colocación que les ordenara el capitán y uno de los soldados los fue registrando minuciosamente. Entretanto, el capitán Rodríguez hizo lo mismo con Elcira, Leonora y El Profesor. Mientras realizaba esa tarea pensaba aceleradamente cómo sacar a la agente secreta del recinto, a fin de interrogarla, sin que los demás entraran en sospechas. Pronto encontró una fórmula. Cuando terminó de palpar los bolsillos y el cinto de El Profesor, dijo exagerando la rudeza:

—Bien, ahora revisaremos los carros. Ustedes me servirán de guía —indicó a Leonora y a su compañera, y las empujó hacia la puerta—. ¡Que nadie salga de este recinto, por motivo alguno! —gritó al sargento.

Leonora había comprendido al momento la intención del explorador y lo condujo directamente a la diligencia, que se prestaba para una entrevista privada.

—¿Quiénes viajan en este coche, señorita? —le preguntó el capitán todavía representando su papel de inquisidor.

—El doctor Ascuí, jefe de la caravana, y yo, señor —le respondió Leonora, también en voz alta.

Mientras hablaban había subido a la diligencia y el capitán, volviéndose a Elcira, que quedaba en tierra, le susurró:

—Tú esperas ahí afuera, sin moverte, ¿eh?

El oficial la miraba sonriente, sin responderle, y en su rostro se marcaba un gesto de abierta admiración. A fin de observarla mejor

y de poder hablar sin alzar la voz, el capitán Rodríguez se sentó junto a ella. Leonora se había bajado el rebozo sobre el cuello y el óvalo armonioso de su rostro se destacaba nítido. Contemplando sus ojos grandes y melancólicos, pero decididos, el oficial experimentó una indefinible sensación, una curiosa emoción, que creía haber sentido antes, pero en menor grado, cuando sacó a las dos agentes de Pisagua. Ésa era una mujer nacida para él, pensó en ese instante. En las pupilas de Leonora brilló, de pronto, una chispa curiosa, y el capitán supo que ella había adivinado su pensamiento. Se sonrojó como pillado en falta, y retomó el hilo de la conversación.

—Estuve a punto de saludarla cuando la reconocí, señorita Leonora. Pero me di cuenta de que era preferible dejarla actuar. ¿En qué anda usted por estos lados?

La agente le explicó en breves palabras cuál era la misión que realizaban junto a El Profesor, haciéndole ver la necesidad de que se les permitiera continuar el viaje hacia Tacna, con el personal de la ambulancia.

—Es vital para nosotros que ninguno de los miembros de la caravana sospeche de nuestra condición. Estudie con su jefe la forma de permitirnos proseguir viaje con la ambulancia, sin que se note que nos dan suelta deliberadamente —agregó Leonora—. Por otra parte, El Profesor tiene datos valiosos para el ejército expedicionario, capitán. Denle una oportunidad para que se los participe.

—Entendido, señorita.

Prolongar la conversación era peligroso, de modo que se dispusieron a abandonar el coche. Pero cuando descendía por el estribo, Leonora le preguntó:

—¿Cuáles son los planes del comando, capitán?

—No los sabemos en forma concreta todavía. Se supone que acamparemos en algún lugar de esta comarca, y esperaremos a que los enemigos vengan a expulsarnos de su territorio.

Elcira se les juntó mientras caminaban hacia los carros.

—¿Se acordó de hablarle de los hombres que sorprendió El Profesor, Leonora? —le recordó cuchicheando.

—No, casi lo olvido —reconoció la agente—. En la callejuela que desemboca en el camino a Moquegua, cinco casas más allá de la estación, hay tres hombres escondidos. Se trata de un italiano que

maneja el espionaje en esta región, y de dos de sus subalternos. Estos últimos llevan consigo cartas para entregar al contralmirante Montero, en Arica, y otras del mismo Montero para el coronel Gamarra, que defiende Moquegua.

—Los haré apresar al momento.

Por el lado del andén sonó en sordina un toque de corneta, llamando a reunión.

—Ha llegado mi comandante Vergara. Vamos al recinto de la estación.

El cerco del pueblo se había completado sin ningún contratiempo, y el comandante Vergara examinaba a los detenidos, cuando entraron al círculo de luz las dos agentes y el capitán.

—No hay armas en los carros, mi comandante —le informó este último—. Y es verdad lo que afirman: forman una caravana sanitaria en viaje a Tacna.

—Bien, capitán Rodríguez. Tienda un anillo de centinelas en torno a la estación.

El explorador se cuadró a su lado, pero, al hacerlo, se inclinó al oído de su superior:

—Necesito hablarle, mi comandante.

—Bien —le respondió en el mismo tono Vergara, y, alzando la voz, ordenó a un hombre que pasaba cerca—: ¡Teniente Cobo, rodee con diez hombres la estación!

Leonora se quedó petrificada. Sus ojos ansiosos buscaron a la figura que se movía en la penumbra, guiando a los soldados. No le cupo duda: la estatura, la forma de caminar eran las de Alberto.

—Mi comandante, tengo que hablarle —insistió el capitán Rodríguez a Vergara, y le hizo seña de alejarse unos pasos.

Leonora temblaba entera. Sin poderse contener, empezó a llorar débilmente.

Elcira, aunque emocionada, la tomó de un brazo con cierta brusquedad.

—Pero ¿por qué llora? Debería estar contenta. Ya encontró a su novio.

—Lo encontré, sí —aceptó, desesperada—, pero no podré darme a conocer, tendré que ocultarme de él. Debemos seguir a Tacna. No podemos permitir que alguien nos reconozca —le recordó, mordiéndose los labios para sofocar los sollozos.

—Este mundo está loco —exclamó por todo comentario Elcira.

Los soldados terminaban de rodear la estación, y la silueta de Cobo aparecía por el otro extremo del andén. Al verlo aproximarse, Leonora levantó precipitadamente el rebozo y se cubrió el rostro y la cabeza, dejando al descubierto nada más que los ojos. Sujetándoselo con una mano crispada, esperó que el hombre pasara.

—Cumplida la orden, mi comandante —venía diciendo éste, pero se interrumpió al no ver al coronel Vergara—. ¿Adónde se fue el jefe? —preguntó, deteniéndose al lado de las dos mujeres—. ¡Ajá! Conque atrapamos algunos pájaros y unas tórtolas también, ¿eh? —exclamó jovialmente—. ¿De dónde vienen ustedes?

—Venimos de Moquegua, pues —le contestó Elcira.

—¿Y a qué pueden venir mujeres a este peladero en donde no hay más que frío y calor?

Leonora sentía que la voz de Alberto la traspasaba como un cuchillo. Con la cabeza gacha, sin atreverse a mirarlo, segura de que si lo hacía no sabría resistir y se denunciaría, lo escuchaba a través de una niebla de irrealidad. Su cuerpo temblaba de pies a cabeza.

Cobo reparó en su estado, y dijo con acento compasivo a Elcira:

—Tu compañera está tiritando. ¿Tiene fiebre?

—No, señor. Es seguramente frío.

El oficial echó mano a su cantimplora:

—¿Quieres un trago de aguardiente? Te hará bien —le dijo con suavidad.

—No, muchas gracias, señor —intervino Elcira, articulando con dificultad—. Ella no quiere, no bebe nunca.

—¿Siempre hablas tú por las dos? ¿Cómo sabes si no quiere aguardiente? De veras, te hará bien un trago, mujer. —Se quedó con la cantimplora tendida—. ¡Ah, tú eres de las desdeñosas que creen que los chilenos tenemos lepra!

Leonora no pudo contenerse.

—¡No, por favor!… —exclamó, acongojada.

Cobo se quedó un rato extrañamente silencioso. Leonora sintió que una corriente psíquica vibraba entre los dos, y esperó con terror y ansiedad que él la identificara. Pero no ocurrió así.

—Menos mal que hablaste —murmuró melancólico el oficial. Iba a retirarse, pero se detuvo, movido por un inexplicable sentimiento de simpatía—. ¿Sabes, niña? —le dijo afectuosamente—. Tienes una

voz muy linda. Me gustaría saber si tu cara corresponde a ella. ¿Nunca te quitas el rebozo?

Leonora movió la cabeza de un lado a otro, y comenzó a llorar débilmente.

—Pero… ¡qué rara eres! —dijo Alberto, desazonado—. ¿Por qué demonios lloras?

—Había sabido ser despierto el señor —le reprochó Elcira, acudiendo al primer subterfugio que se le pasó por la mente—. Hablarle de rostro lindo y pedirle que se quite el rebozo.

—¿Acaso su cara…? —balbuceó Alberto, condolido.

—Viruelas, señor.

—¡Oh, lo siento! Perdóname, cholita. —Avergonzado, se marchó en dirección al comandante Vergara y el capitán Rodríguez, que ya terminaban de conferenciar.

—Teniente Cobo, tome diez hombres y vaya a capturar a tres espías que están escondidos en la cuarta o quinta casa de esta calle, más allá de la estación —oyó Leonora que le ordenaba el comandante, y luego lo vio perderse entre los soldados.

Los dos jefes se acercaron enseguida a las chilenas.

—Voy a instalarme en uno de los carros, y usted llevará a mi presencia, uno a uno, a los prisioneros que están ahí dentro —venía diciendo el coronel Vergara al capitán—. Comience por el doctor, y después me lleva al que nos interesa. —Cuando el oficial se alejaba a cumplir la orden, le agregó—: Consígame un farol también.

Se detuvo junto a Leonora, y, cerciorándose de que nadie los observaba, le secreteó con simpatía:

—La felicito, señorita. Todo se hará como usted lo ha indicado. Nos iremos dentro de una hora más, repentinamente. Adiós, y buena suerte. —Y siguió de largo sin esperar respuesta.

Los prisioneros permanecían sentados en el suelo, con las espaldas apegadas a los muros del recinto de la estación. El doctor Ascuí, más tranquilizado después de hablar con el comandante Vergara, trataba de calmar a Leonora, que lloraba quedamente.

Entretanto, en el interior del carro que el coronel Vergara escogiera para los interrogatorios, El Profesor hablaba con rapidez.

Sus informaciones condensaban todo lo que había observado en el viaje desde Lima hasta Conde.

—Me parece muy improbable que los enemigos logren concentrar sus fuerzas en Moquegua o en este valle, coronel —decía —, y me atrevería a asegurar que ni siquiera intentarán hacerlo.

Vergara le oponía el pensamiento del Gobierno chileno, que creía que las tropas de Arequipa y las de Tacna y Arica convergerían sobre Moquegua.

—Es absurdo, coronel. Ninguno de esos tres núcleos dispone de medios de movilidad para cruzar las sierras y los desiertos que los separan de Moquegua. Además, el grueso de las fuerzas defensoras que restan a la alianza se encuentra protegido en las fortificaciones de Tacna y Arica. No se arriesgarán a abandonar esos amparos.

En la memoria prodigiosa de El Profesor estaban registradas todas las cifras que se referían al ejército enemigo. Pero las escribió en un pequeño trozo de papel, para que el coronel Vergara las pudiera llevar al general en jefe. Ellas indicaban que en Arequipa existía un cuerpo de milicias de 4500 hombres, reclutados por el coronel Segundo Leiva. Ellos eran, en su mayoría, indios sacados de las sierras y armados apresuradamente con los elementos que había enviado el dictador Piérola desde Lima. En Moquegua, la guarnición no pasaba de 1500 soldados, mandados por el coronel Andrés Gamarra, hijo de un expresidente del Perú. La formaban los batallones «Canas» y «Canchis», venidos de Arequipa; los «Granaderos del Cuzco», que eran indios serranos, y las milicias del comandante Julio César Chocano, llamados pomposamente «Los Inmortales de Grau».

—Y en cuanto a Tacna y Arica, ¿ha podido usted averiguar algo, Profesor? —le inquirió el coronel.

—Nada concreto todavía. He oído hablar de 14 000 hombres, distribuidos en la siguiente forma: 10 000 peruanos y 4000 bolivianos. Pero no puedo asegurar nada hasta que entre en esas ciudades. Para lo cual es preciso que la señorita Latorre y yo sigamos con la caravana sanitaria.

—Ya me hizo ver ese antecedente el capitán Rodríguez —le advirtió Vergara—, y hemos discurrido una estratagema para dejarlos en libertad. Rodríguez ha comisionado a su ordenanza y a tres hombres más que trepen al cerro que domina esta localidad, y,

dentro de media hora, disparen unos cuantos tiros de fusil al aire. Eso nos servirá de pretexto para reunir apresuradamente nuestras tropas y retirarnos como si huyéramos. Ustedes podrán montar en sus carros y desaparecer por el camino al sur, a toda prisa, hacia Tacna.

—¡Perfecto!

Voces y ruidos de pasos en el exterior interrumpieron la conversación. Era el subteniente Cobo, que llegaba con sus prisioneros: dos hombres, a quienes hacía avanzar aguijoneándolos con la punta de la bayoneta. El tercero, el italiano, se había hecho humo. Los sorprendió en el momento preciso en que quemaban las cartas de que eran portadores. Pero no alcanzaron a completar su destrucción. Amenazados de muerte, hicieron una confesión completa de sus labores y del contenido de los documentos. Una de las cartas pedía al contralmirante Montero que enviara tropas de Arica a toda prisa. Otra, del contralmirante Montero a las autoridades de Moquegua y Arequipa, decía a los jefes de esas guarniciones que se defendieran con sus propias uñas, porque le era imposible cruzar el desierto para acudir en su ayuda, y, además, no podía desguarnecer Tacna y Arica, dejándolas expuestas al ataque de los chilenos por el sur.

Aquellas informaciones echaban por tierra el plan del Gobierno de Chile. Era preciso ir urdiendo otro proyecto.

El coronel Vergara hizo llevar a los dos espías atados hacia el tren, y se dispuso a partir. Ya no les quedaba nada más que averiguar en Conde.

Iban a ser las tres de la madrugada. El doctor Ascuí se revolvía inquieto.

Leonora, acurrucada a un paso de él, había dejado de llorar, pero permanecía con la cabeza sumida entre los brazos.

—¿Cómo se siente, señorita? —le preguntó el doctor, deseoso de sentir que había alguien despierto cerca.

—Ya pasó todo —le contestó la muchacha, con voz cansada—. Fue la impresión.

—Muy explicable, señorita. Pero me atrevo a ser optimista. No nos harán daño; nos protegen las leyes de la guerra, por ser sanitarios…

Una sucesión de detonaciones producidas a la distancia cortó el

hilo de sus reflexiones. Casi todos los prisioneros se pusieron de pie, aterrorizados. Unánimemente pensaron que los chilenos estaban fusilando a alguien en las proximidades de la estación.

—No se alarmen; no fusilan a nadie —los acalló El Profesor—. Estamos todos aquí.

Era verdad. Todos los miembros de la ambulancia estaban dentro del recinto. Pero no podían quedarse quietos, asaltados por toda clase de conjeturas. Aprovechando aquel estado de ánimo, dejó caer una frase, como al azar:

—Los disparos sonaron lejos. No parecen haber sido hechos por los chilenos.

El doctor Ascuí mordió el anzuelo:

—¿Cómo? —exclamó, esperanzado—. ¿Acaso cree usted que podrían ser tropas nuestras que…?

No fue necesaria una respuesta. Afuera, siempre en sordina, sonó una corneta, lanzando un breve toque.

—Están ordenando la retirada —les observó El Profesor.

Los sanitarios se agolparon en la puerta, atisbando con ansiedad hacia el exterior. A la luz difusa de la noche se veían correr las sombras de los soldados chilenos, alejándose apresuradamente hacia el oeste. No cabía duda: huían. Los miembros de la ambulancia celebraron con regocijo su buena fortuna. Sólo Leonora se afirmó en el marco de la puerta, pálida como un cadáver.

Elcira la aferró de un brazo, temerosa de que intentara correr tras los soldados.

El doctor Ascuí y los angarilleros, ya en el andén, comentaban a grandes voces la partida de los chilenos.

—No cantemos victoria tan anticipadamente, señores —les advirtió El Profesor—. No sabemos si van a volver al cabo de un rato.

—Pues lo harán después de que nosotros nos hayamos ido —se rió el doctor—. ¡Mayoral, enganche las mulas al coche! ¡Los demás, a uncir las bestias a los carros, y a partir cuanto antes!

Hombres y mujeres se movilizaron con febril actividad, preparando la partida. En minutos, la diligencia y los carros estuvieron listos para emprender la marcha.

El Profesor buscó con la mirada a Leonora y Elcira. Esta última traía a la agente, apoyándola cuidadosamente, como si se tratara de

una enferma. El dinámico agente fue hasta ellas, y poniéndose al otro costado de Leonora, la obligó a apresurarse. Después de que la dejó instalada en la diligencia, trepó de un salto al pescante, en donde ya estaba el mayoral, y dio la voz de partida:

—Tome el camino hacia el sur. Vamos por la ruta de Locumba hacia Tacna.

El convoy de carros se alejó de Conde bajo las blasfemias de los conductores que urgían a los animales para abandonar cuanto antes la zona de peligro.

7

Al amanecer del 20 de febrero, llegaron a Pacocha los soldados chilenos que expedicionaron hasta la estación de Conde. Volvían extenuados, recalentados por el sol del desierto, por el frío del regreso. Pero sonreían satisfechos por haber conseguido penetrar tanto dentro del territorio enemigo. Sólo el coronel Vergara estaba preocupado.

Dando por terminada la incursión, el coronel Vergara se abrió paso hasta la casa del ministro Sotomayor. Pero allí le informaron que éste aún no regresaba del bombardeo de Arica. Tuvo, pues, que frenar su impaciencia hasta el 3 de marzo, día en que éste volvió en el transporte *Toltén*. El coronel caminó por entre la aglomeración de soldados que tomaban el fresco en el muelle. Junto a la gigantesca grúa que dejaron los peruanos, encontró al coronel Amengual, que departía con el comandante del «Esmeralda», teniente coronel Holley.

Inmediatamente que se tendió la pasarela al muelle, el ministro pasó a tierra. Los tres jefes lo saludaron respetuosamente y lo escoltaron hacia el pueblo.

La experiencia del bombardeo de Arica había dejado en claro que los nuevos cañones de largo alcance colocados al *Angamos* y al *Huáscar*, podían destruir las fortalezas de ese puerto desde una distancia superior a los 7000 metros. Los pobladores de Arica tuvieron que huir aterrados a los cerros, en los cuales permanecieron durante tres días.

—Malo, malo; no estoy de acuerdo —rezongó el coronel Amengual, después de escuchar el relato—. No considero que la guerra deba hacerse así, bombardeando poblaciones, matando civiles. En fin, ya ocurrió, y ojalá no se hable más de ella, y no

alcance a quedar grabada en la historia de las armas chilenas.

—Son crueldades de la guerra, pero hechos absolutamente tácticos. Tendremos que ser despiadados si es que deseamos que los enemigos se atemoricen y se decidan a solicitar la paz —afirmó Sotomayor.

—Prefiero llegar a esa meta por el único camino que he recorrido en mi vida de soldado —porfió el veterano—: calar la bayoneta y adelante, pecho al frente. ¿Cuándo comenzamos las acciones, ministro?

—No lo sé, coronel —le replicó Sotomayor, sombrío.

En verdad, se había enterado de algo que alteraba los planes del Gobierno. Durante el cañoneo de Arica, estaban bajo la trayectoria de las balas tres barcos extranjeros: la fragata italiana *Garibaldi*, la cañonera francesa *Chasseur* y la fragata inglesa *Turquoise*. Igualmente, estaba en el puerto el mercante inglés *Knight Templar*, capturado por el *Huáscar* al descubrirse que portaba un contrabando de armas para la guarnición de Arica. Este hecho movió al comandante de la fragata *Turquoise* a intervenir en defensa de sus connacionales, lo que lo puso en contacto con el ministro. En las conversaciones que sostuvieron, pudo el político chileno enterarse de que el contralmirante Montero no pensaba movilizar sus tropas de Arica para llevarlas a expulsar a los invasores de Moquegua.

—Así es —le confirmó Vergara, en cuanto el ministro relató este asunto. Y acto seguido puso en su poder las cartas que los mensajeros peruanos llevaban al contralmirante Montero y al coronel Gamarra.

—El contralmirante Montero se ha trasladado a Tacna con el grueso del ejército de la alianza, y no se moverá de allí —dijo el ministro.

—Será preciso, entonces, avanzar sobre Tacna, y batirlos en su propia madriguera. Eso es todo —opinó con inocencia el coronel Amengual.

El ministro prefirió no decirle nada. Comprendía que era estéril intentar meter en la cabeza de los veteranos de las guerras anteriores de Chile, la diferencia que había entre aquéllas y esta que se libraba ahora en territorio extranjero, en la cual era preciso trasladar enormes masas humanas a través del desierto y el mar,

proveyéndolas de víveres, agua, municiones, etc. Además, aquélla no era la dificultad mayor. El inconveniente insalvable que veía el ministro residía en la desarmonía entre el general en jefe y gran parte de los hombres que comandaban las divisiones o los regimientos. Para nadie era un secreto, por ejemplo, que entre el general Escala y sujete de Estado Mayor, coronel Pedro Lagos, había una inquina tan rabiosa, que no se hablaban. Ante la necesidad de verse obligado a estudiar un nuevo plan, el ministro optó por reunir a todos los altos jefes en un consejo de guerra.

En la conferencia que se realizó aquella noche del 3 de marzo, la única conclusión más o menos definida que surgió de aquella agria asamblea fue que era insensato seguir manteniendo al ejército expedicionario en el valle de Moquegua, y que no quedaba otro camino que atacar Tacna. El general Baquedano fue el que puso término a las fastidiosas discusiones que se prolongaban ya hasta la medianoche.

—Lo único que se puede hacer es avanzar sobre Tacna —gruñó —. Ahí estoy en mi salsa: atacando. Pero comprendan, señores, no se puede pensar en correr a Tacna dejando a nuestras espaldas…, a nuestras espaldas, sí, a la guarnición de Moquegua: 1400 soldados, que saltan, y, ¡bam!, nos pegan el zarpazo por el espinazo…, y nos embroman.

El general Escala no lo dejó seguir hablando. Terció en la discusión, alegando que no sólo existía ese peligro, sino que a la guarnición de Moquegua podía plegarse fácilmente la de Arequipa, que se suponía de 4000 a 5000 hombres. Luego la amenaza por la retaguardia sería de 5000 a 6000 enemigos.

Su exposición dio motivo para un nuevo y violento altercado. Muchos que no lo querían, lo rebatieron por el solo placer de molestarlo; otros lo aprobaron, creándose así dos bandos. El ministro tuvo que imponerles silencio, usando toda su autoridad.

—Si Arequipa ha enviado ya sus tropas a Moquegua, podemos saberlo enviando una partida exploradora a averiguarlo —terció el ministro, para aclarar la atmósfera de violencia que se estaba generando—. Y si no los ha mandado, buscaremos un medio para hacerles creer que es la propia Arequipa la amenazada, a fin de que mantengan sus tropas para su propia defensa.

La mayoría de los asistentes aprobó la medida propuesta por el

ministro, especialmente el general Baquedano, que había quedado enfurruñado, como un toro furioso.

—Ha puesto usted el dedo en la llaga, ministro —dijo—. Y qué simple es: pegamos un bayonetazo por Mollendo, y, mientras los arequipeños se rascan por ese lado, saltamos sobre Moquegua y nos hacemos dueños de este valle, cortando definitivamente las comunicaciones entre el norte y el sur del Perú. ¡Espléndido!

Pese a la ruidosa aprobación de todos, el ministro no quiso saltarse la opinión del general en jefe:

—Esperemos a saber noticias de Moquegua, y luego decidiremos —se evadió éste, disgustado.

El ministro quiso también consultar la opinión del jefe del Estado Mayor.

—¿No está el jefe del Estado Mayor? —preguntó.

—El coronel Lagos no gusta de mi compañía, parece —acotó el general Escala.

El ministro pronunció el nombre del coronel Amengual. El comandante Vergara respondió:

—No pudo acudir, señor. Esta tarde cayó postrado por un fulminante acceso de fiebre palúdica.

El coronel José Velásquez y varios otros jefes consultados enseguida, estuvieron completamente de acuerdo con la idea del ministro y se decidió allí mismo que al día siguiente partiría un destacamento explorador hacia Moquegua, mandado por el comandante Vergara, a quien acompañaría como observador el coronel José Velásquez, para que estudiara los sitios más convenientes para el emplazamiento de cañones y de campamentos fortificados.

Minutos después de las once de la mañana del 4 de marzo partió esa expedición. Iba en un tren de seis vagones repletos de soldados. Participaban en ella los ayudantes del Cuartel General y del Estado Mayor, 250 soldados del regimiento «Buin», mandados por el sargento mayor Pedro León García; 25 cazadores a caballo, encabezados por el teniente León, y 25 artilleros montados.

El viaje fue accidentado. La locomotora, al trepar el gradiente de los cerros que encierran Pacocha, rompió uno de sus cilindros, y hubo de volver. Fue preciso aguardar que el ingeniero Stuven enganchara a los vagones una segunda máquina, de mucho menos

poder que la primera. El ingeniero logró sacar el tren de la órbita de los cerros, pero pronto tuvo que convencerse de que era imposible llevar un convoy tan cargado, y fue preciso desembarcar la infantería. Prosiguieron el viaje sólo los 50 jinetes, artilleros y cazadores. Culebreando sobre los barrancos, el tren marchó recalentado como una marmita a la lumbre hasta las seis y media de la tarde, hora en que entró a la estación de Estanques. Soplaba un viento caluroso, que acarreaba horizontalmente una gruesa lluvia de granos de arena, cuando, de un costado de la casucha que servía de estación, aparecieron dos jinetes armados. Alberto Cobo, designado para la vigilancia de la máquina, se echó el fusil a la cara, e iba a disparar, cuando reconoció a uno de los aparecidos. Era el capitán Marcos Latham, reputado baqueano del ejército. Agitando los brazos frenéticamente, gritaba:

—¡No sigan!… ¡No sigan!… ¡Cortaron las líneas!… ¡Cortaron las líneas!

Manos invisibles habían arrancado los rieles en más de cincuenta metros. Era imposible proseguir la marcha en el tren. El comandante Stuven, reuniendo a sus mecánicos, se dio a la tarea de bajar algunos rieles de repuesto que traía en un carro plano.

En la noche, estremecidos por el frío, los hombres se acurrucaron dentro y en torno a la estación, robando el calor del cuerpo a sus cabalgaduras.

A la mañana siguiente, con la primera luz, prosiguieron la marcha hacia el oriente; pero, esta vez, a caballo. Alejándose de la vía férrea, para acortar camino, fueron abriéndose paso a través de las arenas, que ardían más a cada minuto que pasaba. A las doce del día, bajo un sol de fuego, enceguecidos y sedientos, llegaron a Hospicio. Sacando fuerza de flaqueza, espolearon los caballos y los guiaron en dirección al estanque metálico. Pero ahí sufrieron un nuevo desencanto. El estanque había sido vaciado completamente.

—¡Maldición! ¿Cómo nos vamos a arreglar sin agua? —rabió el comandante Vergara—. ¿Cuánto falta para llegar a Conde o al fondo de la quebrada por donde corre el río?

—Lo menos cuatro leguas, mi comandante —le informó Cobo.

El soldado que estaba en lo alto del estanque lanzó un grito de advertencia. En la cumbre de ella se veía un grupo de soldados enemigos, observando. El coronel Vergara se echó a los ojos los

prismáticos: eran unos doce jinetes, calculó. Seguramente, una avanzada de la guarnición de Moquegua.

—¿Qué hacemos? ¿Volvemos atrás, o vamos a buscar el agua pasando por encima de esos hombres? —planteó el coronel Velásquez, por cortesía, ya que el coronel Vergara iba al mando del destacamento.

Vergara titubeó. Detrás de esos jinetes podía estar el grueso de las fuerzas de Moquegua y Cobo aprovechó aquella indecisión para proponerle que lo autorizara para avanzar con algunos hombres, a fin de ahuyentar a los atrevidos y averiguar qué había más allá.

—¿Mide el riesgo, teniente? —le advirtió Vergara.

—Perfectamente, mi comandante. Pero no podemos volver atrás sin haber dado agua a los caballos y a los soldados.

—Tiene usted razón: ¡Ocho voluntarios! —dijo el comandante.

Levantaron la mano casi todos. Cobo fue eligiendo a los ocho más próximos y partió a galope tendido, en línea recta, hacia los observadores enemigos, los cuales, al ver desprenderse la patrulla chilena, volvieron bridas precipitadamente.

Envueltos en una nube de cascajos, los perseguidores trasmontaron la loma y se perdieron de vista. Durante largos minutos los coroneles Vergara y Velásquez aguardaron su regreso. El sol del mediodía caía como un baño de fuego sobre todos, y cada piedra, cada palmo de arena cuajada de cristales parecía un espejo que devolvía hacia arriba, multiplicándolos, los rayos solares. El medio centenar de hombres maldecía en voz baja, pasándose el dorso de las manos por los labios agrietados.

Por fin, sobre la loma volvieron a aparecer los artilleros a caballo. Al frente de ellos, venía un prisionero que montaba una mula de gran alzada. Era un italiano que declaró llamarse Giuseppe Perotti. Sus captores no podían imaginarse que aquel hombre de largos mostachos y barba aguzada que imploraba clemencia, era el hombre que se les escapó en la estación de Conde hacía unas noches, él mismo a quien El Profesor denunció como el organizador del espionaje peruano en esa zona.

Interrogado por el jefe del destacamento, declaró no ser más que un pobre comerciante que venía de Moquegua.

—Oh, *signor* comandante, ¿cómo puede un pobre hombre de negocios como yo saber…?

El comandante hizo una seña al soldado más próximo y le sacó de un golpe la bayoneta dentada que llevaba en la boca del fusil. El italiano interpretó inmediatamente el gesto.

—Oh, no. No, *signor* comandante; diré todo lo que sé. En Moquegua están el batallón «Inmortales de Grau» y el «Cazadores del Cuzco».

—Di la verdad, porque te vamos a mantener prisionero, y si comprobamos que nos has mentido, nadie te salvará de terminar con ocho balazos en la barriga. ¿Cuántos defensores tiene Moquegua actualmente?

El preso, dramáticamente, declaró:

—Dos mil, *signor*. Es la verdad.

—Sólo nos falta por saber si llegarán más desde Arequipa —terció el coronel Velásquez.

—Y este italiano zorro nos lo va a decir al momento —dispuso el comandante Vergara, colocando la punta de la bayoneta en el cuello del arrodillado—. ¿Oíste, bachicha? ¿Hay noticias en Moquegua sobre si vienen o no refuerzos desde Arequipa?

El hombre vaciló, tragó saliva.

—No lo sé, *signor*…, no lo sé. Dicen en Moquegua que vienen cuatro mil soldados más, pero no lo sé…, no lo sé.

—¡Cuatro mil hombres marchando desde hace dos días por la sierra! —recapacitó el comandante Vergara—. No es verosímil. Sabemos que la guarnición de Arequipa no llega a cinco mil hombres.

—En Moquegua se dice que vienen cuatro mil hombres desde Arequipa, *signor*. Les juro que no miento.

—¿Y desde Tacna no vendrán otros tantos miles, eh? —le observó Vergara con acento burlón.

—De Tacna no viene nadie, *signor* comandante —afirmó seriamente el italiano—. El contralmirante Montero mandó decir al coronel Gamarrita que se agarrara con sus propias uñas.

Como aquella declaración coincidía textualmente con lo que él había leído en una de las cartas que se quitaron a los prisioneros en Conde, el comandante Vergara dio crédito a la declaración del interrogado.

—Llévanos al lugar más cercano en donde haya agua —le ordenó—. Después volverás a contar tu historia a los jefes.

—El agua está a nueve millas de aquí, en dirección a la estación de Conde. En dos horas de marcha la habremos encontrado —dijo el italiano.

El italiano no los había engañado. Marcharon a través del desierto desde las doce hasta las cinco. Los caballos iban con la lengua colgando y los soldados con los ojos empañados por el cansancio y la sed. A la derecha, sobre una alta meseta, se divisaba la estación de Conde. Destrozando el cerco de una viña, los soldados se lanzaron como locos hacia un lento curso de agua que se divisaba en el bajo. Como un tropel invadieron un vergel que se les antojó paradisíaco. Uvas, duraznos, granadas, brevas y membrillos maduraban a lo largo del hilo de agua turbia. Durante largos minutos reinó allí la locura, pero aquel deleite les duró poco. Repentinamente se abatió sobre ellos una nube de millones de mosquitos y zancudos que comenzaron a picarlos sin piedad.

—¡Éstos son los bichos que traen las fiebres!…

Y todos se lanzaron a la carrera fuera de la quebrada. Pero el mal ya estaba hecho: once hombres cayeron presa de la fiebre en Pacocha.

Esa demostración bastó para que el ministro y el general Escala descartaran el lugar como posible ubicación de un campamento. Tampoco se podía pensar en establecerlo en Conde, ya que la estación quedaba a excesiva distancia del agua, la que debería ser acarreada en odres.

La organización de la fuerza que expedicionaria sobre Mollendo comenzó de inmediato, para lo cual se pidió al comodoro Riveros que bajara a tierra.

El general Escala no demoró mucho en su interrogatorio del prisionero italiano y las conclusiones a que llegó dejaron pasmados a todos los que habían asistido a su captura.

—No es sino un pobre emigrado que se ha visto envuelto en los movimientos de las tropas enemigas que vagan desconcertadas por las proximidades de Moquegua —insistió el general, y hablaba con tal seguridad que el ministro no se atrevió a contradecirle.

—Bien —aceptó—. ¿Y qué logró sacarle a ese italiano?

El espía había conseguido engañar totalmente al jefe chileno. Así lo convenció de que en Moquegua no había más que 2000 soldados y de que las tropas que se pretendía habían sido enviadas desde

Arequipa no podrían jamás cruzar las escarpadas sierras que se interponían entre las dos ciudades.

Pese a la afirmación del general Escala de que se podía descartar aquel peligro, el Estado Mayor determinó realizar, de todos modos, el amago de invasión de Mollendo. Pero, como no se disponía de barcos suficientes para bloquear ese puerto, se prefirió destruirlo.

Se dispuso que las tropas encargadas de aquella faena serían trasladadas en el *Blanco*, el *Amazonas* y el *Lamar*, los que serían protegidos por la
O'Higgins
y la *Covadonga*. Y atendiendo a que su número debería ser relativamente corto, no más de 2000 hombres, se procedió a designar batallones de las tres armas elegidos entre los más recios del ejército. La partida de la expedición se fijó para dos días más tarde, es decir, para el 7 de marzo. Sin embargo, ésta no pudo efectuarse sino un día después.

Una afiebrada actividad agitaba Pacocha. Llamados por una orden urgente del general en jefe, los regimientos de las cuatro divisiones bajaban desde los campamentos que habían establecido en los cerros de la bahía.

Escurriéndose por entre los centenares de soldados en la callejuela principal, Alberto Cobo llegó hasta una barraca en un costado de la plazuela. Allí funcionaba el hospital de campaña y la misión del subteniente consistía en entregar un mensaje al coronel Amengual, que continuara con fiebre palúdica. Pero en el momento en que se disponía a franquear la entrada, su vista se detuvo en un grupo de soldados que conversaban. De pie entre ellos destacaba la figura esbelta del teniente Torreblanca. Cobo abrió los brazos y le gritó con alegría:

—¡Rafael!

—¡Alberto, por la vida! Allá voy, mi viejo querido.

—Por fin bajas de nuevo a la civilización, atacameño —bromeó Cobo, con sincero afecto, aludiendo a que al batallón «Atacama» lo habían mantenido desde el día del desembarco acampado en la cumbre del cerro Coles.

—Y tú te has quedado flaco como un pollo, esmeraldino —le respondió el copiapino.

—Pensaba subir a verte a tu picacho, Rafael, cuando me enteré

de que les mandaban orden de bajar al pueblo para incorporarlos a la fuerza que irá a tomarse Moquegua.

—¡Conque para eso nos han hecho venir! —razonó el atacameño.

Cobo se asombró de que los oficiales del «Atacama» no estuvieran enterados de la razón por la que se les movilizaba.

—En la punta del cerro no recibíamos noticia alguna —le explicó Torreblanca.

—Mejor así —lo consoló Alberto—. Se han evitado enterarse de un montón de cosas que andan muy mal acá abajo. Acompáñame al interior del hospital y te lo iré contando.

Mientras marchaban lentamente por entre las camas y jergones en que yacían los enfermos, Cobo le fue explicando lo que era el comentario de todo el ejército. Las relaciones entre el general Escala y el coronel Lagos habían llegado a una ruptura violenta. La razón fue que el general no tuvo ni siquiera la cortesía de comunicar al jefe del Estado Mayor que se había determinado mandar una expedición a apoderarse de Mollendo. Esto provocó un formidable trastorno, del cual fueron víctimas los soldados que formaban en la expedición.

Cobo tuvo que suspender su explicación, porque en ese momento llegaban a una hilera de cuartuchos improvisados en el fondo de la barraca. De uno de ellos surgía enronquecida la voz del coronel Amengual.

—Se está levantando, pese a que tiene unas tercianas que estremecen el catre —dijo el ordenanza.

—¡Por la condenación de mi alma, no me obliguen a enojarme de veras! ¡Apartarse todos, qué diablos! —gritaba el viejo.

La puerta del cuartucho se abrió violentamente, y en el marco apareció el rostro demacrado y sudoroso del veterano. Sus ojos grises, enrojecidos por la fiebre, relampagueaban.

—¿Dónde está la jerarquía, me pregunto? —salió vociferando. Su mirada cayó sobre Cobo y Torreblanca, que se habían quedado paralizados de espanto, y les espetó, como un latigazo—: ¿Y ustedes qué hacen aquí, mentecatos?

Los dos oficiales se quedaron rígidos.

—Perdón, mi coronel —tartamudeó Cobo—. Le traigo un mensaje de mi comandante Holley.

—¡Váyase al infierno!

—¡A su orden, mi coronel!

Una figura corpulenta interceptó la luz del interior. Era el coronel Pedro Lagos que llegaba tan furioso como el «viejo» Amengual.

—¿Qué le parece, don Santiago? —le dijo sin preámbulos.

—Coronel Lagos, esto yo no lo soporto —bramó el aludido—. ¿Quién ordenó que se embarcara el batallón «Navales» de mi división, sin comunicármelo ni pedir mi visto bueno? ¿Usted?

—¿Me cree loco, Amengual? Esta expedición se ha organizado a espaldas suyas y mías; somos los dos los atropellados.

—¿A usted tampoco se lo comunicaron, Lagos?

—¿Cuándo me toma en cuenta para algo el general Escala? —masculló el coronel—. Para él el ejército de Chile es un feudo propio en el cual puede hacer su antojo, sin consultar a nadie.

—Lo único que sé es que me quitaron mis navales.

—Pues, espántese: mandaron también al «3.º de Línea», de Ricardo Castro.

El coronel Amengual abrió la boca, atónito.

—Eso es un salvajismo —exclamó.

Nadie ignoraba en el ejército que el «3.º de Línea» estaba formado por los chilenos expatriados del Perú, por los mineros que fueron expulsados despiadadamente por las autoridades de Tarapacá antes de comenzar la guerra, y que tuvieron que mantenerse hacinados en botes y lanchones, hasta que les fue posible encontrar cabida en los barcos que los devolvieron a Chile. Sabido era también que los tercerinos tenían un juramento: «El Perú nos la pagará».

El coronel Amengual salió al exterior y echó una mirada a la bahía. No había ningún barco en ella. Eso significaba que no existía forma alguna de detener el convoy que llevaba las tropas a Mollendo.

—Debemos poner a salvo nuestra responsabilidad, coronel —le observó Pedro Lagos—. Tenemos que presentar nuestra protesta formal al general en jefe, apoyándola, si es preciso, con nuestra dimisión. Yo, cuando menos, voy a redactar una comunicación al comando, en la que le haré ver que «me es imposible aceptar un orden de cosas que desprestigia y anula al Estado Mayor ante el

ejército». Con su permiso.

Descortés, por causa de la cólera que lo invadía, el coronel Lagos dio vuelta la espalda y se marchó con pasos rápidos.

Amengual partió apresuradamente hacia la Comandancia General. Pero no alcanzó a alejarse gran trecho. Repentinamente lo vieron empezar a tambalearse como un borracho. Su ordenanza, Cobo y Torreblanca apenas tuvieron tiempo para correr y sujetarlo antes de que rodara por el suelo. Rezongaba débilmente cuando lo transportaron a la barraca y le echaron nuevamente a la cama.

Entretanto, el coronel Lagos, aunque encendido de furia, tuvo la serenidad suficiente para escribir su protesta al general en jefe en un tono mesurado. No obstante, ella era clara y precisa.

El general Escala bufó de rabia cuando la leyó y su réplica no se hizo esperar. Pero la forma en que la redactó era tan exaltada que el comandante Vergara, que la leyó, tuvo que advertirle que sólo serviría para agravar aún más la querella existente.

—Eso es lo que quiero: que uno de los dos reviente de una vez. ¿No se da cuenta de que Lagos y yo no cabemos juntos en el ejército?

El párrafo principal de la respuesta del general Escala decía textualmente:

> *La ley y la naturaleza misma de la constitución de un ejército hace del jefe del Estado Mayor un secretario y ejecutor de las órdenes del general que lo manda y no un copartícipe de su dirección con responsabilidad propia por operaciones que no le han sido encomendadas por su jefe superior.*

Los jefes más amigos del coronel Lagos tuvieron que sujetarlo para impedir que fuera a la Comandancia en Jefe y cometiera un desaguisado. Serenado a medias, el jefe del Estado Mayor decidió alejarse durante unos días del campamento y, con ese objeto, salió en marcha de exploración de los recursos de Ite y sus alrededores.

El general Escala sonrió satisfecho y fue tanto su alivio que no dio importancia a la información que le trajo en esos mismos instantes uno de sus secretarios: el italiano que se aprisionara en Conde, aprovechando la libertad en que el general lo dejara, se había esfumado del pueblo. No podía imaginar que aquel hombre,

engranaje principal del servicio de espionaje peruano en la comarca, comunicaba a esa misma hora a las autoridades de Mollendo y a las de Moquegua los planes chilenos.

La división expedicionaria que debía destruir Mollendo llegó el martes 9 a una caleta situada al sur de su punto de destino. Amparadas por la penumbra del amanecer, varias lanchas cargadas con dos compañías del batallón «Navales» se dirigieron a la costa, luchando contra una marejada infernal. Desde los barcos se pudo observar cómo una de ellas se estrelló contra el roquerío, obligando a los soldados a ganar la orilla a nado. Tan pronto como se tuvo la certeza de que todos esos hombres estaban ya en tierra, el *Lamar* y el *Amazonas* continuaron navegando, pasaron frente a Mollendo y fueron a desembarcar al grueso de la división en la caleta de Batarini, centro de la rada de Islay.

Las dos compañías de ese cuerpo que habían desembarcado al sur de Mollendo, con los capitanes Simpson y Beytía, fueron eliminando los puestos de centinelas que protegían el puerto, y por boca de los prisioneros supieron que toda la guarnición militar de Mollendo, advertida por los espías desde Pacocha, se habían retirado la noche anterior a la estación de Ensenada, ubicada 17 kilómetros hacia el interior. En el puerto sólo habían quedado los extranjeros y las mujeres, las que no pudieron ser evacuadas por causa de la precipitación de la partida.

El comodoro Riveras y Máximo Lira, que representaba al ministro en la expedición, pudieron comprobar el abandono del puerto cuando el *Blanco* entró en la bahía de Islay.

Los primeros en tomar tierra en la caleta de Batarini fueron treinta hombres del «3.º de Línea», mandados por el capitán Gregorio Silvia. El resto del regimiento fue desembarcado poco después, cuando el transporte pudo ser atracado al muelle. Junto con este grupo bajó a tierra el jefe de la división, coronel Orozimbo Barbosa, Lira y los miembros del Estado Mayor. Inmediatamente que pusieron pie en el muelle comenzó a apoderarse de ellos la inquietud. Los soldados del «3.º de Línea» se habían lanzado a la carrera hacia el pueblo y entraban en él blandiendo sus fusiles como

una horda salvaje. Alguien cometió la insensatez de intentar oponerles resistencia, disparándoles algunos tiros de fusil. Rotas las filas, entregados absolutamente a su propia iniciativa, los tercerinos se diseminaron por las calles haciendo fuego a diestra y siniestra, rompiendo las puertas y ventanas a culatazos, y rebelados en forma abierta contra su comandante, Ricardo Castro, siguieron corriendo por el camino que se proyectaba hacia el interior.

El coronel Barbosa tuvo que mandar a uno de sus ayudantes para que exigiera del comandante Castro que impusiera la disciplina a sus soldados. Después de una borrascosa intervención de los oficiales y sargentos se logró sujetar a los embravecidos mineros. Pero en la media hora de desbandada habían alcanzado a producir un daño enorme en el pueblo. Las calles se veían sembradas de muebles destrozados y a través de las puertas hendidas se veían los rostros espantados de numerosos extranjeros que habían recibido un bárbaro trato de sus manos. Hoscos y nerviosos formaron, por fin, los tercerinos junto a la vía férrea que conducía a Arequipa y esperaron nuevas órdenes.

El coronel Barbosa estaba temeroso. Acababa de enterarse de que había más de mil mujeres en Mollendo y presentía que eso le acarrearía más de algún problema desagradable. Pero su mayor preocupación era el odio de los tercerinos, cada vez más difícil de manejar. Así determinó acamparlos en las afueras del puerto, entregando la custodia del mismo a los navales, en tanto que él, con los cazadores a caballo, avanzaba hacia la estación de Ensenada para ahuyentar a los enemigos fortalecidos allí. Por su parte, el grupo de zapadores que integraba la división debía colocar dinamita a todos los edificios del puerto, a la estación de ferrocarril y a las instalaciones del muelle.

—¿Destruir todo esto, mi coronel? —le observó, espantado, el capitán Beytía, que acababa de hacer un reconocimiento del pueblo y venía maravillado por la superior calidad de las construcciones y la hermosura de sus barrios comerciales. El edificio de la estación era un verdadero palacio; detrás de ella existía una magnífica maestranza, espléndidamente dotada de herramientas y maquinarias; las bodegas contiguas estaban llenas de maderas finas, pinturas y repuestos para los trenes. Pero lo que allí había de más valioso, era, sin duda, la aduana; estaba repleta de mercaderías.

Hasta el día anterior había dos barcos europeos, descargando valiosos cargamentos de seda, joyas, muebles, comestibles y licores. Esto último fue lo que más hizo enarcar las pobladas cejas del coronel Barbosa. Exigiendo mayores detalles, supo que un barco francés había traído una cantidad enorme de vinos y licores europeos. Y lo peor era que, quizás por qué ignorado conducto, los soldados del «3.º de Línea» ya se habían enterado de ese detalle.

La aduana fue rodeada por una fuerte guardia desprendida de las filas del batallón «Navales», la que tenía orden estricta de defender a toda costa el acceso al recinto.

Sin embargo, aquella noche el coronel Barbosa no se acostó tranquilo. Por eso la aparición a medianoche de Lira no lo sorprendió dormido.

—¿Qué ocurre, Lira? —le preguntó saltando de su catre de campaña.

—Los soldados del «3.º de Línea», coronel. Un centenar de ellos se han fugado del campamento y se han metido al pueblo. Además también se han colado los centinelas, coronel. Es algo vergonzoso. Andan recorriendo las calles, entregados al más inmundo saqueo. En los barrios del oriente se oyen intermitente los alaridos de las mujeres y los gritos de terror de los hombres. Esos soldados están procediendo como bandidos.

—¡Oh, es intolerable! —El barbudo y digno coronel cogió su capote y se lo puso a toda prisa—: ¡Mis soldados saqueando casas y ultrajando mujeres! ¡Hum! Aunque tenga que fusilar a media docena de tercerinos, voy a meterlos en la horma de la disciplina.

Sólo al amanecer volvió a restablecerse la calma en el puerto y el comandante Castro pudo presentarse ante el jefe de la expedición a comunicarle que ya reinaba la normalidad. Era el comandante Castro un hombre avejentado y sin autoridad, a quien, en forma inexplicable, se había confiado la comandancia de un regimiento tan fiero.

—Comandante Castro, cuando regresemos al cuartel general de Pacocha haré que se abra un sumario sobre la actuación denigrante de sus hombres en este lugar, pero, entretanto, mientras yo salgo con los cazadores a perseguir a los enemigos que se han fortificado en Ensenada, usted será absolutamente responsable de la disciplina de su regimiento. ¿Me entiende bien? Lo hago a usted totalmente

responsable —dijo Barbosa.

El comandante Castro respondió avergonzado:

—Parta usted tranquilo, mi coronel; no volverá a suceder lo de esta noche.

A las tres de la mañana salieron las avanzadas de caballería al mando del teniente Belisario Amor. Tras ella marchó el coronel Barbosa escoltado por el ingeniero Augusto Orrego y una compañía de zapadores.

Al cuidado de Mollendo quedaron los navales, mientras la segunda compañía de éstos se dio el trabajo de colocar tiros de dinamita debajo del muelle, en la estación y en los principales edificios públicos. Otra compañía del mismo cuerpo comenzó a acarrear combustible para incendiar la aduana.

Pero, a las cinco de la madrugada, en el campamento del «3.º de Línea» comenzó a producirse una sorda agitación. Sabedores de la partida del coronel Barbosa y aprovechándose de que el comandante Castro se había echado a dormir, los más rebeldes fueron exaltando a los más tímidos y pronto el número creciente fue deslizándose hacia el pueblo.

—Van a quemar la aduana con todo lo que hay adentro, compañeros —se decían unos a otros—. Y se van a perder las cosas lindas que los comerciantes traen para los ricachos de Arequipa. Y hay vinos y licores de todas clases, compañeros.

Disimuladamente primero, a gritos desembozados después, fueron alentándose unos a otros hasta concluir por lanzarse a la carrera contra el recinto de la aduana. Inútil fue la resistencia que intentaron oponerles los navales que lo custodiaban. Y el desborde de los soldados sobre la aduana fue incontenible. Rompiendo puertas, descerrajando baúles, destripando fardos a punta de bayoneta, fueron apoderándose de cuanto objeto de valor estaba allí almacenado. Incluso hasta algunos de los capellanes de los regimientos participaron en el pillaje desenfrenado. Habiendo descubierto los cajones con vinos y licores, procedieron a emborracharse sin escrúpulos. Luego, convertidos en fieras, salieron a las calles y se entregaron al saqueo del pueblo, matando a todo aquel que se les cruzó por el camino. Por último, perdido todo sentido de humanidad, atracaron fuego a las casas e incendiaron Mollendo por los cuatro costados.

Las noticias sobre este bárbaro comportamiento llegaron al campamento de Pacocha. Pero el general Escala estaba demasiado ocupado por un nuevo problema y, como éste tenía relación con la sorda querella que mantenía con el coronel Pedro Lagos, no dio al asunto de Mollendo toda la importancia que se merecía.

El nuevo problema que ahora embargaba al general en jefe había comenzado en una chispa y terminó en un volcán. Un soldado del regimiento «Santiago» pasó corriendo junto a unos fusiles armados en pabellón y los botó al suelo; el sargento de la compañía le dio una bofetada; el soldado, cegado por la rabia, se revolvió contra el suboficial y lo hizo arar por el suelo de un formidable puñetazo. Intervino un capitán, quien ordenó se le propinaran cincuenta azotes al insubordinado. Cumplido el castigo, el soldado afectado, saltándose el conducto regular, se fue directamente a donde el general Escala.

Sabido era en el ejército, y comentado con disgusto por todos los jefes y oficiales, que el general concedía demasiada confianza a los soldados y de que casi siempre les daba más crédito que a los encargados del mando.

—¿Es éste el tratamiento que merecen los soldados de la patria? —dijo. Y, acto seguido, ordenó a uno de sus ayudantes que se apersonara en el campamento del «Santiago» y procediera a realizar una investigación minuciosa.

Tal proceder atropellaba abiertamente el conducto regular y la autoridad del comandante del regimiento «Santiago». Pero, en el fondo, había algo más grave. Ese regimiento había sido creado por el coronel Lagos, su primer comandante. Traspasado al puesto de jefe del Estado Mayor, éste había dejado a cargo del cuerpo a su mejor amigo, el teniente coronel Barceló.

Cuando el ayudante del general se presentó en el campamento del «Santiago» y quiso iniciar su investigación, el comandante Barceló puso el grito en el cielo.

—Esto es una irregularidad incalificable —protestó— y no estoy dispuesto a soportarla. Yo mando en este regimiento y no admito actos abusivos que tiendan a relajar la disciplina. Si mi general Escala quiere saber cuáles fueron las causas que motivaron el castigo de azotes aplicado al soldado Valderrama, debe dirigirse al comandante de la división a que pertenece el regimiento

«Santiago»; y ha de ser mi coronel Muñoz quien me ordene a mí que informe sobre los hechos, en mi calidad de comandante del cuerpo.

Esta firme actitud del coronel Barceló provocó el consiguiente estallido del general Escala.

—Estas manifestaciones irrespetuosas y de franca insubordinación tenían que venir —barbotó—. Lo presumí desde el momento mismo en que Sotomayor, con su absoluta ignorancia de los usos del ejército, propuso fraccionarlo en divisiones. Pero esto no he de tolerarlo. O yo dejo de ser general en jefe o el comandante Barceló sufre la pena que se merece por su desacato.

Cuando las cosas llegaban ya a tal estado de gravedad vino a saberlo el comandante Vergara. Enterado de los detalles del asunto, el señor José Francisco Vergara corrió al despacho del general Escala, pero ya era tarde: la ruptura entre el general y el jefe del «Santiago» se había producido. Justamente en el momento en que entraba en la ayudantía de la Comandancia General, asomaba el señor Escala, pálido de ira, y ordenaba a sus ayudantes que arrestaran al comandante Barceló.

—¡Oficiales, llévenselo! ¡Tiene treinta días de arresto en su cuarto por desacato al general en jefe! —gritó Escala.

La drástica disposición del general en jefe se conoció casi inmediatamente en todos los campamentos y se comentó durante muchas horas en la

cantina-billar

en donde se reunía la oficialidad joven. Allí se enteraron de ella el capitán Manuel Rodríguez y el subteniente Cobo en los momentos en que jugaban una partida. Fue el tartamudo ordenanza del explorador quien les llevó la información.

El capitán Rodríguez comentó, sin ningún aspaviento:

—Yo ya lo veía venir; sabía que se iba a armar una muy gorda. Me imagino lo que va a ocurrir cuando se entere el ministro.

—Si el *menistro* ya se enteró, mi capí. Se lo… se lo dijo el segundo comandante León. En ese momento comenzaban a tronar en algún punto no muy lejano los cañones. Eran los artilleros de la segunda y tercera brigada del comandante Novoa que probaban las baterías Krupp.

Como muchos de los oficiales salieran a presenciar la maniobra, clareó el espacio dentro de la cantina y esto permitió a Alberto

divisar a Rafael Torreblanca que asomaba. Lo llamó con los brazos.

—¡Hola, viejitos! —los saludó el recién llegado. Ya la campaña había anudado a la sólida amistad de Torreblanca y Cobo la del capitán Rodríguez—. Acaban de leernos la orden del día —prosiguió el copiapino—. Nuestro batallón parte hacia Moquegua pasado mañana 12 de marzo, a las cinco de la tarde.

—Me imagino que el «Esmeralda» partirá también pasado mañana —dijo Alberto.

—Pero ¿cómo?… ¿No sabes que el «Esmeralda» no va a Moquegua? El coronel Amengual está con fiebre todavía. Va sólo la segunda división, reforzada por la artillería —afirmó Torreblanca.

—¡Por mi madre, otra vez! —Cobo dio un feroz puñetazo en el borde de la mesa—. Entonces ¿para qué diablos nos han traído a estas tierras? Hasta anoche mismo nos han estado haciendo instrucciones de combate. —Recogió su quepis con un gesto violento y se lo caló hasta los ojos—. Perdónenme, pero voy a averiguarlo ahora mismo.

Tomaban los tacos para comenzar una partida cuando se presentó uno de los ayudantes del despacho del ministro. Sotomayor pedía al capitán que se apersonara cuanto antes en su oficina.

El ministro de la Guerra en campaña celebraba el último consejo antes de la partida de la expedición contra Moquegua. Así el capitán Rodríguez tuvo que esperar con los jefes de los diferentes cuerpos que se reunían en la antigua sala de clases de la escuela parroquial de Pacocha, donde funcionaba la oficina de Sotomayor. Estaban allí esa mañana el general Manuel Baquedano, el comandante del «Cazadores». Pedro Soto Aguilar, y el teniente coronel Tomás Yávar, comandante del «Granaderos», cuyos escuadrones formarían la avanzada montada. Estaban también el teniente coronel Estanislao del Canto, jefe del «2.º de Línea»; el teniente coronel Echeverría, comandante del batallón «Bulnes»; el coronel Novoa, jefe de la artillería, y el coronel Juan Martínez, comandante del ya legendario batallón «Atacama». Junto al ministro se sentaban el coronel Mauricio Muñoz, que tendría a su cargo la infantería, y el teniente

coronel Arístides Martínez, que actuaría como jefe del Estado Mayor en ausencia del coronel Pedro Lagos, que aún recorría la costa de Ite y cuya dimisión a ese cargo, se rumoreaba, estaba ya en poder del general Escala. Este último estaba también presente, como es lógico, e inclinado sobre un amplio mapa tendido en la mesa iba explicando las fases del ataque a Moquegua. Hacía poco rato había indicado que la división iría bajo el mando del general Baquedano y marcharía fraccionada en dos porciones: la caballería, que partiría al día siguiente a las once de la mañana, y la infantería, que la seguiría veinticuatro horas más tarde, bajo el mando del coronel Muñoz.

—Esta división tendrá dos misiones que cumplir —especificaba —. Primero, apoderarse de Moquegua, asegurando nuestro dominio sobre todo este valle y cerrando el paso a posibles refuerzos peruanos enviados hacia el sur desde Arequipa; segundo, hostilizar, por medio de la caballería, todo el territorio encerrado entre Moquegua y Tacna, especialmente, a Locumba y el Paso de Sitana, que están en el camino que obligadamente tendremos que hacer hasta Tacna. Hemos estimado que para cumplir estas dos misiones bastará con una división de poco más de cuatro mil hombres de las tres armas. Su número exacto será de 4366 soldados.

Sotomayor añadió algunos detalles. Entre el general Escala, el coronel Urrutia, que era jefe de la Intendencia, y él se habían encargado de la organización de la marcha para la travesía del desierto existente entre Pacocha y Conde. El ingeniero Stuven había sido comisionado para acarrear víveres y agua suficientes y desde hacía varios días el tren iba y volvía transportando elementos.

—Las jornadas serán las siguientes —les ilustró el general Escala —: la primera, hasta Estanques, que está a 19 kilómetros de aquí. Se ha acumulado un depósito de víveres y agua en la estación. La segunda, hasta Hospicio, treinta kilómetros más allá de Estanques. Se ha hecho llenar de agua el depósito de hierro que surte a los trenes allí. En este momento tiene siete mil litros de agua. Allí encontrará también la tropa un rancho caliente. La jornada hasta ese lugar es la más dura. La tercera será hasta Conde, ubicado veintidós kilómetros más al interior. En ese punto el camino desciende a la quebrada por cuyo fondo corre el río y allí existen plantaciones de árboles frutales y también viñas. La última jornada,

de apenas veinte kilómetros, los dejará en Moquegua. ¿Comprendido?

Los jefes asistentes al consejo de guerra asintieron en voz baja. Enseguida, el ministro agregó que para mayor previsión una locomotora provista de un

carro-cisterna

marcharía junto a la columna para proveer de agua a los batallones y, por si aún esto fallara, cada soldado llevaría su cantimplora llena con dos litros.

Terminadas estas explicaciones, el general Escala ordenó el acuartelamiento de la tropa a partir de las doce de la noche.

En los momentos en que los jefes asistentes abandonaban la reunión, el ministro llamó al capitán Rodríguez, que seguía aguardando en un rincón de la sala.

—Cierre la puerta, por favor. Voy a encomendarle una comisión privada, mi estimado amigo —le confió—. No tengo a mi lado a mi secretario Máximo Lira, y usted es, después de él, el hombre que me merece más confianza en todo el ejército.

El oficial hizo una leve inclinación de cabeza que expresaba su agradecimiento.

El ministro continuó:

—Necesito que realice usted para mí, y cuanto antes, una investigación de suma importancia. El coronel Urrutia está sumido en una confusión terrible por causa de que no ha llegado el coronel Lagos, que debió haber sido quien proporcionara a esta expedición todos los elementos necesarios; y hace una hora me ha dicho que sospecha que no se han cumplido enteramente las instrucciones que di a propósito de la organización de la marcha. Urrutia me ha informado que los regimientos que formarán en la partida no tienen el número suficiente de cantimploras y que el «2.º de Línea» ni siquiera posee morrales para llevar los víveres y las municiones. Mucho me temo que hasta hayan pensado que es innecesario llevarlos —observó el ministro con desaliento—. Confían en que nosotros les tendremos de todo en los paraderos del camino. ¿Pero si las unidades se extravían?… ¿Si el tren se descompone?… ¿Con qué sobrevivirá la tropa? Diez horas sin agua en ese horrible desierto bastarán para aniquilar a toda la columna.

Bien comprendía el capitán Rodríguez cuánta verdad encerraban

las observaciones del ministro. Parco en palabras, se limitó a preguntarle:

—¿Qué debo hacer, don Rafael?

—De aquí a mañana averígüeme si todos los regimientos y batallones tienen caramayolas para el agua y morrales para los víveres. Luego, investigue si los comandantes han pedido a la Intendencia los alimentos necesarios para que sus tropas se mantengan durante dos días.

El capitán Rodríguez se cuadró suavemente.

—A su orden, señor ministro. Mañana en la noche tendrá usted el informe completo.

El ministro se quedó mirando con simpatía sus anchas espaldas, el cabello crespo y demasiado crecido. En la hipersensibilidad que le provocaba su estado de salud, don Rafael sentía una verdadera emoción en la compañía del explorador. Sabía que era uno de los hombres más hábiles y leales del ejército y la certeza de que podía confiar en él en forma absoluta lo compensaba de las muchas defraudaciones que había sufrido en la campaña.

Al alba del 11 de marzo partieron los cazadores y granaderos del general Baquedano. Con ellos salió el tren conducido por el ingeniero Stuven, arrastrando un
carro-cisterna.
El resto del día, el campamento de Pacocha se mantuvo en un ajetreo constante.

El capitán Rodríguez, montado en una mula, recorrió uno por uno los diversos campamentos, revisando equipos y preguntando a los capitanes detalles sobre los sistemas de abastecimientos de cada batallón. A las doce meridiano, cuando los regimientos comenzaban a formarse ya frente a la plaza para emprender la marcha, se presentó, jadeante, en la oficina del ministro.

—¿Cuáles son los resultados, capitán?

—En el batallón «Bulnes» faltan cantimploras para un tercio de los soldados, señor —comenzó diciendo—, y en el «2.º de Línea» no las tienen ni la mitad de los hombres.

—¿Y en estas condiciones van a partir? —murmuró.

—Están formados en la plaza, señor. Consultado mi coronel Urrutia, me ha revelado que nadie pidió a la Intendencia los víveres secos para dos días, como se había establecido. Los del «2.º de

Línea» ni siquiera tienen morrales, señor.

—¡Oh. No, esto es francamente inconcebible! ¿Querrá acaso el general Escala que se repita el desastre de Tarapacá? Por favor, capitán, siéntese a esa mesa y escriba lo que voy a dictarle.

El ministro comenzó a pasearse nerviosamente.

> *Martes 12* —comenzó a dictar— *Me aseguran que en el tren no pueden ir los víveres suficientes para la división que debe marchar esta tarde y sé que hasta las doce del día de hoy no se había dado al coronel Urrutia orden de entregar las raciones de marcha que debe llevar la tropa. Como usted sabe, se ha calculado desde el principio que el soldado en sus marchas debe llevar víveres para dos días y en este territorio esta precaución es más necesaria que nunca.*

Pero el general Escala, que continuaba sintiéndose herido en sus atribuciones de jefe superior del ejército, se limitó a responderle:

> *Marzo 12. Es verdad que no se les han dado víveres de marcha, pero en Hospicio tienen los calderos y los víveres necesarios para hacer un buen rancho caliente, pues el tren se ha ocupado, de dos a tres días a esta parte, de llevar víveres que he acopiado en ese lugar. Esté usted con la seguridad de que estará bien atendida esa tropa…*

Y la expedición se puso en marcha hacia Moquegua. Los soldados iban animosos y alegres. Pero no estaban igualmente alegres los que los vieron partir. Los soldados del «Esmeralda» formaron calle a los lados del camino y los despidieron con expresiones apesadumbradas y envidiosas. Una vez más se dejaba postergado al «regimiento de los pijes», privándolo de intervenir en la operación que iba a emprenderse.

Por otra parte, Sotomayor no vio alejarse la columna con buen ánimo. Y la razón íntima de su inquietud se reveló cuando el coronel Amengual se plantó altivamente ante él.

—¿Conque nos dejan otra vez en la retaguardia, como a soldados inservibles, ministro? —le espetó.

Sotomayor lo reconvino suavemente:

—No debió dejar el lecho, coronel Amengual.

El digno veterano se veía muy demacrado.

—¿Soportar en la cama este nuevo desprecio, ministro? No, señor. Exijo una razón, de lo contrario voy a morirme de rabia y no de fiebre.

Por primera vez el ministro no sonrió ante el tono y el ademán de caballero andante del coronel. Frunciendo el ceño, le dijo perentoriamente:

—Coronel, prepare sus tropas para seguir la misma ruta dentro de dos días. Pensaba no mover su división de este lugar, pero ahora sé que va a ser preciso hacerla avanzar también.

—¿Por qué me lo dice usted con ese tono, don Rafael? —le preguntó extrañado—. ¿Algo anda mal?

—Esas tropas que allá van llegarán diezmadas a su destino, coronel. Van sin agua y sin víveres. La testarudez de un hombre lo ha querido así. Caigan sobre su conciencia las consecuencias, si, por causa de un accidente inesperado, el tren no puede suministrarles agua y alimentos durante la marcha. El más leve tropiezo conducirá a esa división al desastre —profetizó.

El coronel Amengual regresó a su cuartel sintiendo resonar en el fondo de su alma la predicción del ministro. Por su parte, Sotomayor anotó esa misma tarde en su «diario» el siguiente dato:

> *El 11 de marzo, al atardecer, partió la caballería del general Baquedano, 800 jinetes del «Cazadores» y del «Granaderos», más 100 buines mandados por el capitán Rivera. Los acompañó hasta Estanques el tren guiado por el ingeniero Stuven. Debe regresar inmediatamente para recoger más agua y víveres. El 12, a las cinco de la tarde, partió la infantería bajo el mando del comandante Mauricio Muñoz, jefe de la segunda división. En su retaguardia va la artillería de campaña, llevando como jefe al comandante Novoa. En las estaciones de Estanques y Hospicio deben encontrar depósitos con agua y rancho caliente, de atenernos a las informaciones del general Escala.*

Esta última frase reflejaba claramente la duda que corroía al ministro. Así como el comandante Muñoz llevaba consigo un

aparato telegráfico portátil que podía conectarse a los alambres en cualquier punto de la línea férrea, Sotomayor fue a instalarse a la oficina del telégrafo de Pacocha, para ir recibiendo, minuto a minuto, informaciones de la suerte de la columna en el territorio enemigo.

En cambio, el general Escala se encerró, amurrado, en su despacho provisional sin interesarse más por el avance hacia Moquegua.

La noche del 12 de marzo, cuando el tren del ingeniero Stuven descendió resoplando por la ladera de los cerros, el ministro, que lo sintió llegar desde su observatorio, corrió a la estación y fue el primero en abordar al incansable «gringo».

—Todo marcha como sobre rieles, señor ministro —le declaró el rubicundo ingeniero, sonriendo alegremente—. Llegué con la caballería hasta la estación de Estanques. Allí mi general Baquedano dio descanso a sus jinetes, pero les impuso dormir con las riendas de sus caballos atadas a las muñecas.

—Proseguí luego hasta Hospicio, para comprobar si los 60 cazadores y granaderos junto con 20 soldados del «Buin», permanecían en sus puestos. Así era. Conversé con los capitanes Urcullu y Marcos Latham y verifiqué que hay quince mil litros de agua en el estanque. Regresé al momento.

—Lógicamente encontró a la infantería en camino a su regreso, ¿verdad? ¿Qué impresión le causó la tropa, ingeniero?

Stuven ladeó un poco la cabeza y frunció la boca. No quería incurrir en una falsa información.

—Iba bien —dijo, por fin, pero con tono poco convencido—, no se había roto del todo la formación. Conversé, de pasada, con mi comandante Muñoz. Me gritó que pensaba llegar a Estanques al amanecer y que le comunicara a usted que todo se cumplía perfectamente.

—Menos mal —suspiró el ministro.

Pero el ingeniero acentuó más su mueca de duda.

—¿Qué vio usted, ingeniero, que lo hace torcer el gesto en esa forma?

—Rezagados, señor…, muchos rezagados.

—Pero… ¿continuaban la marcha esos rezagados?

—Oh. Sí, de andar, andaban… y llegarán a Estanques, pero…, ¿y

más allá?…

El ministro agitó bruscamente la cabeza y le reprochó, sin convicción:

—No sea pesimista, Stuven. Si llegan a Estanques, allí descansarán. Me imagino que hay bastante agua en ese lugar…

—Dejé diez mil litros en el depósito, señor. Y, de todos modos, tengo pensado volver allá mañana al amanecer, llevando algunos miles más, amén de dos carros con municiones y otros dos con forraje y víveres. Vaya y duerma tranquilo, don Rafael —le recomendó el ingeniero—. Haga como yo, que, en cuanto deje cargados los vagones, voy a intentar tomarme un descansito.

Pero el ministro no podía pensar en descansar. Durante el resto de aquella noche dispuso que el coronel Urrutia despojara a todos los cuerpos acampados allí, salvo al regimiento «Esmeralda», de sus cantimploras y morrales, a fin de que Stuven pudiera llevarlos en la mañana hasta los lugares en donde estuvieran la caballería y la infantería.

Como lo había asegurado el ingeniero, aquella noche el general Baquedano llegó a Hospicio con sus 900 jinetes y fue recibido en la estación por los capitanes Urcullu y Latham. También acertó Stuven al afirmar que la infantería llegaría a Estanques durante las horas de obscuridad. E igualmente estuvo en lo cierto cuando dejó entrever al ministro que no todo se desarrollaba perfectamente bien en aquella marcha endemoniada.

En efecto, durante la noche la columna de infantería, encabezada por los vigorosos mineros del «Atacama», desfiló dificultosamente hacia el oriente por el desierto, aproximándose cada vez a Estanques, pero el número de rezagados era cada vez mayor. Así lo pudo comprobar, en la aurora, el diligente Stuven. Cuando les dio alcance con su tren. Había partido de Pacocha a las cinco de la madrugada, pero con los vagones tan recargados por el agua, los víveres, el forraje, las municiones, las caramayolas de repuesto, además de veinticinco personas, entre enfermeros y médicos, que le dio miedo cuando divisó la profusión de soldados diseminados a la retaguardia de la columna del coronel Muñoz; miedo de que aquellos pobres desdichados, incapaces de seguir andando, tomaran por asalto el convoy, desesperados. Cerrando los ojos a todo sentimiento compasivo, aceleró la marcha y pasó junto a

los hombres como una exhalación. Por la ventanilla pudo ir observando, con pavor, las penalidades de los soldados. Los había de todos los cuerpos, del «Santiago», del batallón «Bulnes», del «2.º de Línea»… Por fin alcanzó al grueso de la columna y entró en Estanques. Antes de detener la máquina dio unas órdenes apresuradas a sus subalternos; debían saltar a tierra y proteger los depósitos del agua de los soldados.

El coronel Mauricio Muñoz fue el primero en acercarse al tren. Venía ceniciento de polvo y de cansancio.

—¡Dios santo! No me imaginé nunca que las marchas por estas tierras pudieran ser tan matadoras —dijo—. ¿Trae usted bastante agua. Stuven?

—Sí, mi coronel. Voy a vaciar en los estanques de la estación quince mil litros y llevaré enseguida los diez mil restantes al depósito de Hospicio.

Los regimientos y batallones fueron formados a cierta distancia y la oficialidad obligó a la tropa, hasta a correazos, a permanecer quieta mientras se vertía agua en el depósito de la estación.

Era un espectáculo desconsolador el que ofrecían aquellos pobres hombres, torturados por la sed, esperando y mirando cómo caía el agua desde el

vagón-cisterna

hasta el depósito.

El teniente Torreblanca sostenía por las axilas a su ordenanza, el corneta Ceferino Román, a punto de desmayarse.

—¡Vamos, arriba ese ánimo, muchacho! —le decía.

—Este… si yo no digo *na*, mi teniente. Es que…, es que lo quejidos se me salen solos, fíjese. Tengo los… los pies *desollaos*, mi te… teniente, y cuando piso se me *refalan* adentro de los calamorros. *Pa* mí que… que es la sangre la refalosa, don Rafaelito. Si algún día… este que… le *pueo* devolver la mano:…, ya sabe…, su asistente Ceferino Román.

Pese a las animosas palabras con que el oficial trataba de infundir alientos a su ordenanza, comprendía que el corneta no daba más. Era inhumano exigirle que siguiera marchando sobre sus pies despellejados. Pensando en esto, se encaminó disimuladamente hasta el tren y buscó hablar a solas con el ingeniero Stuven.

—Mi comandante —le dijo en voz baja—, le ruego que lleve en

el tren a mi ordenanza. Tiene los pies en carne viva, no puede dar un paso más.

El ingeniero movió la cabeza condolido, pero se negó.

—Muchos oficiales han venido a pedirme el mismo servicio, Torreblanca —le declaró—. Ya han trepado a los vagones más de cien soldados igualmente imposibilitados para continuar la marcha.

—Es que no se puede dejarlos abandonados en este infierno, comandante. ¿Qué sería de ellos? Han andado toda la noche, vienen exhaustos por la fatiga y la falta de sueño. Muchos se han botado al suelo, vencidos por el cansancio, pero… ¿cuántos van a despertar enloquecidos por la insolación?… ¡No, hay que llevarlos, comandante!

—Sí, sí, lo comprendo, teniente —aceptó el ingeniero—; pero ¿cómo quiere que eche al tren más carga que la que puede llevar? Si nos ocurre cualquier percance y no podemos trasladar más agua a Hospicio, ¿qué será de todo este ejército?

Torreblanca se mesó los cabellos.

—¡Qué calamidad! —protestó—. Cuando pienso que deberemos reiniciar la marcha a las cinco de la tarde se me pone la carne de gallina. Esos soldados van a despertar más maltratados todavía. Se están achicharrando mientras duermen.

La súbita aparición de una mujer interrumpió sus pesimistas reflexiones. Era la cantinera Carmen Vilches. Vestía guerrera de soldado y ostentaba en el brazo izquierdo un galón de cabo. No obstante su condición de mujer, se veía más animosa que casi todos los hombres. Se acercó decidida al ingeniero.

—Mi comandante, quiero pedirle un favor.

—¿Cómo? —exclamó el interpelado con ojos escandalizados—. ¿Mujeres también en este lío? Esto es la culminación de la locura.

—Para que sea menos locura es que acudo a usted —le replicó la cantinera sin achicarse—. Usted es el único que me puede *emprestar* dos odres grandes *pa* colgar a los lados de la montura de mi mula.

—Menos mal que marcha usted en mula.

—Si mi comandante Martínez no me la hubiera dado, marcharía a pie como todos los demás —afirmó la muchacha—. Para eso soy un soldado como otro cualquiera.

—¿Y para qué quieres los dos odres?

—Para llevar agua, mi comandante. La jornada que nos espera hasta llegar a Hospicio es la más brava de todas. Vamos a ir todo el tiempo por salinas en donde el suelo es blando y uno se hunde hasta los tobillos. Y encontrar agua ahí es como esperar un milagro.

—Pero yo iré con el tren hasta Hospicio, dejaré allí el estanque lleno y volveré dando agua por el camino a la infantería —le argumentó Stuven.

—¿Y si el tren revienta? ¿Hum? ¿Si los enemigos cortan los rieles? ¡Ah, no, mi comandante! Mujer prevenida vale por dos hombres. —Lanzó una carcajada breve y juvenil.

—Pide los odres a nombre mío. Y te felicito por tu bravura, Carmencita —dijo Stuven.

—Servidora, mi comandante, y gracias. —La muchacha se cuadró suavemente.

La entrevista con la cantinera suavizó la sequedad del ingeniero. Así cuando Torreblanca volvió a insistirle en que hiciera un hueco en el tren a su ordenanza, le respondió sonriendo afirmativamente.

A mediodía volvió a ponerse en marcha el convoy. Iba tan sobrecargado que las ruedas rechinaron estridentemente al patinar sobre los rieles espolvoreados de arena. No bastó, sin embargo, el gran ruido que hizo para despertar a los 3500 hombres que yacían tumbados en la arena.

El tren fue corriendo por aquella tierra inclemente de arena endurecida que espejeaba enceguecedora, piedras porosas diseminadas por todas partes, resquebrajaduras del suelo torturado por el sol.

Al cabo de una hora, el tren comenzaba a repechar una ligera pendiente, cuando, de súbito, se oyó un inesperado y formidable chasquido, los émbolos de la derecha de la locomotora quedaron girando alocadamente y el tren perdió de golpe gran parte de su velocidad. La locomotora se detuvo al momento, envuelta en una nube estrepitosa.

—¡Se rompieron las bielas, por la mierda! El exceso de carga nos reventó los cilindros de seguro. Ahora estamos jodidos. La máquina segura tirando nada más que con las bielas del otro lado. ¡A ver, atado de pendejos, miren si viene más atrás la otra locomotora! —gritó el ingeniero.

Nuevamente el sentido de previsión del «gringo» Stuven rindió

su fruto. La otra locomotora, la más pequeña, que ostentaba el nombre de *Pacocha*, como lo ordenara el ingeniero, había seguido al convoy y llegaba en ese instante. Pero era muy poco potente para que pudiera empujar a la cadena de vagones.

—Tenemos que desconectar el cilindro que se ha roto y disminuir el peso del convoy —decidió al momento el jefe—. Es la única forma de seguir.

Stuven, con las mandíbulas apretadas, y asomándose al interior de la locomotora, de un manotón arrebató al corneta Román su fusil y echó a andar hacia la cola del tren. Sin titubeos trepó al vagón en donde venían los soldados amontonados por el cansancio y los enfrentó con su expresión más fiera.

—¡Todos a tierra! —les gritó—. ¡Abajo al momento! Por culpa de ustedes el tren se ha quedado botado. ¡A tierra todos! No podemos seguir acarreándolos.

Los hombres lo miraron primero como si no entendieran. Luego vino la reacción de aquellos seres que temían al desierto como a la muerte misma.

—¡A mí no me baja *naiden*! —exclamó uno, y eso bastó para que todos lo corearan con tonos cada vez más amenazantes.

—¡Venga a bajarnos usted si es tan gallo!…

Stuven comprendió que estaba a punto de producirse una peligrosa insubordinación.

—Escuchen. De que este tren pueda seguir su marcha depende la vida de todos sus compañeros que vienen caminando por el desierto. El tren tiene que llevarles agua a Hospicio para que beban cuando lleguen a ese punto.

Pero la irritación de los soldados y el temor a verse abandonados nuevamente en la pampa hostil los ensordecía a toda argumentación.

—¡Cobardes!… ¡Piojosos cobardes! —les escupió Stuven y se echó el fusil a la cara—. Por no caminar algo más son capaces de privar a todo el ejército del agua que necesita para salvarse y combatir.

—¿Cobardes?… ¿Cobardes nosotros? —se oyó que vociferaban algunos.

El ingeniero subió sobre una de las banquetas del vagón y estirando su alta estatura para dominarlos a todos, les advirtió con

acento siniestro:

—¡Voy a contar hasta diez! Si cuanto termine de hacerlo queda alguno de ustedes en el carro, sea quien fuere, lo dejo seco de un balazo. ¡Abajo, indignos! —Y comenzó a contar.

Los soldados se dieron cuenta de que iba a cumplir inexorablemente su promesa. Además, un soldado del batallón «Bulnes», más viejo y más sereno, opinó de pronto, con voz tranquila:

—Mi comandante Stuven tiene razón, el tren tiene que seguir.

Y otro agregó:

—Es cierto. Bajemos mejor, compañeros.

Sofocando sus dolores y venciendo su fatiga, los hombres fueron poniéndose de pie y comenzaron a descender por el extremo del vagón opuesto al que interceptaba el ingeniero. Éste, por su parte, dejó de contar y bajó el arma. Suspiró con hondo alivio.

—¡Gracias a Dios que no tuve que matar a ninguno!

La segunda locomotora acababa de detenerse detrás del tren y su maquinista pregunta a gritos qué ocurría. Stuven fue a darle las instrucciones precisas.

—Tenemos que llegar a Hospicio, sea como sea —le dijo por último—. Usted empuje el convoy con su locomotora a toda fuerza y yo con la otra lo iré tirando lentamente.

—¿Y los soldados que están en tierra, mi comandante?

—Lo siento, pero tendrán que seguir a pie y salvarse como Dios se los dé a entender. Vamos, maquinista, manos a la obra.

La infantería salió a las cinco de la tarde de Estanques, como estaba dispuesto. Pero el imprudente sueño al sol había surtido su efecto. Los soldados iniciaron la marcha con las cabezas ardiendo. En las manos y todos los trozos de piel que les habían quedado al descubierto el sol estampó manchas rojizas que luego se convirtieron en ampollas y, más tarde, en llagas. Los que se durmieron sin zapatos tenían sollamadas las heridas que se les habían producido en la marcha anterior. Sin embargo, al darse la orden de marcha todos obedecieron; y empezaron a andar automáticamente, atontados, sin preocuparse de cantimploras, de

morrales ni de nada. Caminaron todo el resto de la tarde, toda la noche y la madrugada los sorprendió marchando. Al amanecer toparon con los hombres que el tren había dejado en tierra. Nadie habló. Prosiguieron la marcha de pesadilla. Los mantenía una sola, pero firme esperanza: en Hospicio encontrarían agua, mucha agua.

—El comandante Stuven está encargado de eso. Dejó un estanque con quince mil litros en Hospicio —repetía a cada regimiento el coronel Muñoz, para infundir ánimos a la tropa.

Y así habría sido, a pesar del accidente que sufriera el tren. Porque Stuven consiguió llegar con el convoy hasta Hospicio a las tres y media del 13 de marzo. Pero, en lugar de encontrar allí al general Baquedano con la caballería, le salieron al encuentro sólo los capitanes Urcullu y Latham, que se habían quedado a esperarlo, acompañados por la mitad de los jinetes. El general Baquedano había seguido adelante hacia Conde, con la otra mitad.

—¡Gracias a Dios que llega usted, mi comandante Stuven! —lo recibió el capitán Latham—. Los soldados van a levantarle un altar como su fuera un santo.

—¿Y para qué me esperaban, capitán Latham?

—Pues…, porque estamos todos muertos de sed y con las caramayolas completamente vacías —le aclaró con extrañeza.

—¿Cómo es eso? —exclamó enronquecido—. ¿Y el estanque que dejé con quince mil litros de agua hace tres días?

El capitán Urcullu rió con inocencia.

—No iba a durar eternamente, ¿verdad? Mi general Baquedano…

Stuven lo atrapó de un brazo, crispándole en él los dedos de la diestra.

—No me diga usted que mi general Baquedano… —no se atrevió a seguir, y prefirió encaminarse hacia el estanque que se divisaba a un centenar de pasos.

—Mi general repartió el agua entre los jinetes y ordenó que se abrevara a los caballos, ya que iban a emprender una jornada muy dura —le explicó Urcullu, siguiéndolo asombrado.

—¡Vacío!… ¡Vacío!… —tartamudeó Stuven.

El capitán Latham comprendió que estaba ocurriendo algo muy grave y remeció al comandante de un brazo con brusquedad.

—Mi general Baquedano aseguró que usted iría con su tren hasta

Conde para traer más agua del río… —le dijo.

—¡El tren!… ¡El tren está malo! ¿Me oyen? —les gritó descontrolado el ingeniero—. ¡Definitivamente malo! —Se derrumbó, sin fuerzas, sobre un fardo de pasto.

Los dos oficiales lo contemplaron impresionados, pero sin comprenderlo del todo. Urcullu, considerando que aquella escena era inexplicable y vergonzosa, le dijo, sin disimular su disgusto:

—El tren ha llegado hasta aquí; según me parece, empujado por la locomotora chica. La solución es simple entonces. Vaya con esa máquina y los

carros-estanques

hasta Conde, saque agua del río y regrese.

Stuven levantó la cabeza y lo miro casi con odio.

—Sí, así de simple es, capitán. Pero permítame que le diga que la máquina grande, que era el doble de poderosa, no tuvo fuerza para llegar hasta aquí. Los rieles están cubiertos de arena y las curvas y cuestas que jalonan la vía son como para destruir cualquiera locomotora. ¿Y si se echa a perder esta última que nos queda, qué va a ser de los 3500 infantes que vienen cruzando el desierto desde Estanques?

—Pues, seguirán marchando a pie hasta Conde —replicó Urcullu con indiferencia.

—¡Imbécil! ¡Cómo se adivina que usted llegó hasta aquí en tren y no ha pisado la arena del desierto! —agregó Stuven con desprecio.

—Mi comandante, nada lo autoriza para ofenderme en esa forma —le dijo.

—No he intentado ofenderlo, capitán —le observó Stuven con desaliento—. Simplemente me da pena su cortedad de visión. ¿No comprende que esos miles de infantes vienen enloquecidos por la sed? Caminaron durante toda la noche de ayer, lo harán también en la de hoy ¿y seguirán marchando hasta encontrar agua o desfallecer?

—Estoy seguro de que el capitán Urcullu no quiso desconocer el esfuerzo titánico que vienen haciendo los infantes, señor, sino hacerle ver que la salvación de ellos depende de usted —dijo Latham.

—Ya lo sé —declaró—. Por eso es que voy a partir al momento

hacia Conde. No demoraré allí más que el tiempo justo para descargar los carros del forraje, desenganchar los que no necesite y marcharé al río a recoger el agua. Hecho esto regresaré a todo escape.

El capitán Urcullu, asustado por las revelaciones del ingeniero, hizo acudir a diez de sus hombres para que lo ayudaran en la tarea de descargar los vagones en Conde y cooperaran en el bombeo de agua en el río. Y el capitán Latham, por su parte, se ofreció para acompañarlo en calidad de baqueano; pero lo hacía con el propósito de ayudarlo, ya que se daba cuenta del extremo agotamiento del comandante.

El tren volvió a ponerse en marcha a las seis y media de la tarde. El ingeniero aceleraba cada vez más.

El capitán Latham lo observaba inquieto, sin atreverse a distraerlo. Pero cuando vino la oscuridad y se percató de que el reverbero que llevaba la máquina apenas alumbraba unos metros delante de la trompa, no pudo contenerse y le dijo:

—Va usted demasiado rápido. El fanal apenas alumbra y es peligroso avanzar así.

—No teníamos mecha para colocarle —le respondió el comandante, sin volver la cabeza—. Tuvimos que ponerle un trapo cualquiera. Por eso llevo dos hombres instalados en la trompa de la locomotora. Tendremos que confiarnos en sus ojos y en los nuestros.

Lo que el capitán Latham no sabía era que, antes de partir, uno de los centinelas del campamento de Hospicio trajo a un desertor de las filas peruanas, quien le reveló que zapadores moqueguanos habían arrancado cuatro metros de riel en un punto ignorado de la ruta. El comandante Stuven ocultó este informe a todos sus acompañantes, para no asustarlos y para no verse constreñido por la prudencia. Su único pensamiento era que debía llegar con el agua a Hospicio antes de las diez de la mañana. Cuando uno de los soldados de la máquina gritó aterrado: ¡Cuidado, la línea está cortadaaa!, tiró la palanca hacia atrás y el tren fue resbalando, hasta detenerse justamente antes del trecho en que la vía había sido arrancada. Saltó a tierra llamando a gritos a los mecánicos y pontoneros y se adelantó a examinar la rotura de la línea. La collera de rieles había sido quitada en una extensión de no más de cinco metros.

—Esto es fácil de arreglar —expresó a sus hombres y fue dándoles nerviosas órdenes e indicaciones.

El comandante Stuven estaba casi contento. Había logrado salvar ese obstáculo sin sufrir daños. De ahí en adelante podría correr libremente, como lo hizo una hora más tarde cuando la reparación fue terminada.

Cerca de las once de la noche el convoy enfrentó una cuesta de pendiente muy pronunciada y el ingeniero tuvo que dar el máximo de fuerza a la máquina.

—Menos mal que fue capaz de subir. Si nos es posible mantener esta marcha hasta que lleguemos a la parte baja de… —estaba diciendo Stuven, cuando los soldados que iban en la trompa dieron un alarido:

—¡Cuidado, está rota la líneaaaa!

La alarma cogió al ingeniero totalmente desprevenido. Tiró la palanca del freno desesperadamente. Justamente al término de la bajada, en una curva cerrada, los enemigos habían vuelto a romper la vía, quitando los rieles y excavando un pozo de más de un metro de profundidad.

Con los ojos dilatados de espanto, los hombres vieron cómo el tren, con las ruedas atascadas por los frenos, iba resbalando hasta que la pareja de ruedas delanteras saltaron y la máquina se incrustó de trompa en la rotura abierta de un dinamitazo. El convoy se sacudió entero, pero terminó por inmovilizarse. La excavación de aquel hoyo fue su salvación, porque impidió que máquina y vagones rodaran a un barranco de más de cuarenta metros de profundidad abierto al flanco derecho.

El ingeniero Stuven saltó a tierra y corrió a inspeccionar los daños. Todos los ocupantes del tren se agruparon en torno suyo, pálidos de impresión.

Stuven se había detenido junto a la parte trasera de la máquina y miraba agachado las últimas ruedas. Éstas habían alcanzado a quedar sobre los rieles. El capitán Latham se le acercó desalentado.

—Se cumplió lo que usted temía, comandante. Ya no habrá agua para los infantes que vienen hacia Hospicio.

El «gringo» se irguió a la luz del farol.

—¿No habrá agua? —dijo fieramente—. Pues, tiene que haberla, aunque nosotros la llevemos a pie, capitán. ¡Muchachos, hay que

sacar la máquina de este hoyo y volver a colocarla sobre los rieles! Después rellenaremos el suelo, tenderemos una nueva vía y proseguiremos la marcha. ¿Entendido?

—Hacer todo eso en medio de la oscuridad es casi imposible, mi comandante —se arriesgó a decirle uno que parecía jefe de escuadra de los pontoneros.

El comandante se plantó entre ellos y comenzó a hablarles con desesperada energía:

—¿Han visto alguna vez morir a un hombre de sed? Se vuelve loco antes. Se le hunden las mejillas, se le saltan los ojos, le giran las pupilas como a los que se están ahogando…, le crujen los dientes primero y se le sueltan las quijadas después. ¡Eso va a ser lo que tendrán que sufrir todos los compañeros de ustedes mañana! Van a morir por centenares…, van a enloquecer otros tantos. De ustedes dependen las vidas de los valientes del «Atacama», de los del «Santiago», de los del «2.º de Línea», de los del «Zapadores»… ¿Vamos a cruzarnos de brazos y a echarnos ceniza sobre la cabeza, mirando la locomotora, sin intentar sacarla del hoyo y llevar el socorro que precisan nuestros 3500 compañeros?…

La perorata del ingeniero surtió su efecto. Todos los hombres se dispusieron a trabajar sobreponiéndose. Eran las diez de la noche. A las ocho de la mañana debían estar nuevamente en marcha, dispuso el ingeniero Stuven. A la luz de unas fogatas que fueron encendidas delante y detrás de la locomotora, los pontoneros y mecánicos forcejeaban como sombras infernales.

Salía el sol sobre la columna de infantería en marcha. Eran las cuatro y media de la madrugada. Los soldados llevaban ya once horas de ininterrumpido caminar por el desierto. Durante la noche la sed y el frío les habían impedido el descanso. Al surgir el sol regresó el peor enemigo de la tropa: el calor. Los mineros del «Atacama», que encabezaban la columna, se quitaron los capotes y los arrollaron sobre la mochila. Ahora, para hacerlo, tuvieron que detenerse. Ya no les quedaban fuerzas para realizarlo sobre la marcha. Este esforzado batallón era el único que guardaba todavía cierto orden en sus filas. Marchaba bastante adelantado a los

demás, que se veían diseminados por la anchura del desierto. La inexperiencia de los guías había extraviado a la columna y la tropa derivaba serpenteando por las arenas, avanzando en forma imprecisa hacia el oriente. Los oficiales se preocupaban de los soldados, aun cuando sufrían las penalidades con igual intensidad, ya que viajaban también a pie.

Rafael Torreblanca había recogido a su asistente Román entre los desfallecidos del tren de Stuven y lo ayudaba a caminar, sosteniéndolo casi en vilo por debajo de las axilas. Igual cosa hacían otros tenientes y capitanes con los más extenuados de sus compañías. Pero aquella situación no podía prolongarse por mucho tiempo más. Aunque el «Atacama» no había perdido hasta ese instante más de tres o cuatro hombres, las fuerzas de los restantes disminuían a ojos vistas. Seguían andando sostenidos casi exclusivamente por un esfuerzo titánico de la voluntad.

El teniente Arce se acercó a Torreblanca al ver que se detenía pugnando por sostener a su ordenanza que se le desplomaba por entre los brazos.

—¿Lo puedo ayudar, Rafael? —le preguntó.

—El pobre Ceferino ya no da más —le explicó Torreblanca.

—Y yo llevo otro muy enfermo. Tengo un miedo tremendo de que se ponga a gritar y se me contagie la gente de la compañía —dijo Arce.

—Hay que golpearlos para que recuperen la calma —le recomendó Torreblanca—, aturdirlos en último trance, Moisés. No podemos dejar que cunda el desaliento.

Como si hubiera estado esperando aquel momento, un soldado de la compañía del teniente Arce comenzó a gimotear. De repente, lanzó un alarido y se salió de la fila agitando los brazos como remolinos.

—¡Ayyyyy!… ¿Hasta cuándo?… ¿Hasta cuándo, por la Virgen Santa? —vociferaba, perdido todo control—. ¡Ay, mamita de mi alma!, ¿por qué no nos dejan morir?

Un sordo murmullo, ronco como un sollozo colectivo, comenzó a levantarse en las filas, mientras el hombre seguía gritando.

—¡Hazlo callar, Moisés! —Y el teniente Arce tuvo que trotar por la arena para dar alcance al soldado enloquecido.

—¡Silencio!… ¡Silencio!… ¡Cállate, bullicioso! —le gritaba

remeciéndolo de un brazo—. ¿Eres una mujer o un cobarde que te pones a llorar a gritos? —El hombre parecía no oírlo y tuvo que propinarle dos vigorosas palmadas en la cara para hacerlo volver a la razón.

Los demás hombres de la compañía, contagiados por el rapto de nervios, protestaban también en un loco «crescendo».

—¿Hasta cuándo?… ¿Nos quieren matar andando?… ¡Agua!… ¡Agua!…

Arce tuvo que volver rápidamente a la fila y plantándose frente a los soldados más descontrolados, les gritó con desesperada irritación:

—¡Atacameños, no los hemos oído quejarse en las peores batallas! ¿Cómo es posible que olviden ahora quiénes son? Ya sé que son terribles la sed y el cansancio, pero es poco más lo que tendremos que aguantar. Estamos por llegar a la estación de Hospicio y allí encontraremos agua en abundancia para todos; y podremos tendernos a la sombra del tren a descansar, comer y dormir. ¡Arriba el ánimo, atacameños, no se dejen abatir en el último instante! Hagamos honor a nuestro himno de guerra y sigamos…, sigamos. —Haciendo un esfuerzo sobrehumano comenzó a cantar las estrofas del himno—: «En marcha, atacameños; al puesto del deber. Soldados de la patria, a morir o a vencer… —Tuvo que detenerse por la tos, pero se repuso y continuó cantando —: En marcha, atacameños, al puesto del deber… Soldados de la patria…».

Su voz había ido apagándose, y no pudo continuar. Hundiendo la cabeza sobre el pecho, siguió caminando, con el rostro oculto para que sus hombres no lo vieran llorar. Detrás de él un soldado viejo levantó el rostro al cielo y comenzó a rezar fervorosamente.

La columna de infantería seguía arrastrándose hacia Hospicio.

Poco antes de las cuatro de la mañana los pontoneros del comandante Stuven dieron el último tirón a la locomotora y consiguieron sacarla del hoyo en que estaba incrustada.

—¡Bueno, muchachos! —agradeció el ingeniero—. Ahora vamos a rellenar el hoyo y a tender nuevos rieles sobre él para que el tren

pueda continuar la marcha.

Los hombres lo miraron desconsolados. Tenían los brazos laxos de fatiga y apenas podían tenerse en pie.

—¿Sin un descansito, mi comandante? —se atrevió uno de ellos.

—¡Nadie tiene derecho a descansar! —fue la respuesta del ingeniero—. ¿Acaso descansan los infantes que vienen acercándose a la estación de Hospicio? ¡No, soldados, vamos a seguir trabajando hasta que camine el tren o se nos revienten los pulmones!

Los pontoneros y mecánicos volvieron a la tarea con resignación fatalista. Pero la faena se hacía con demasiada lentitud. Aquellos desdichados ya no tenían fuerzas para nada. Stuven estaba como loco.

—¡Más aprisa, muchachos!… ¡Más aprisa, por Dios!… —gritaba.

Pero todo fue inútil. Sólo a las nueve de la mañana comenzaban a ser apernados los rieles sobre los durmientes. El jefe de los pontoneros comprendió que no iban a llegar a tiempo con el agua.

—Capitán Latham —llamó con urgencia—, coja usted uno de los caballos que vienen en el carro de forraje y galope a encontrar a mi general Baquedano, que está en Conde. Dígale que el tren no podrá salir hasta dentro de una hora y que, cuando llegue al río, ninguno de mis hombres tendrá fuerzas para bombear el agua necesaria. Que me preste una compañía de las suyas para ejecutar el trabajo.

—¡A su orden, mi comandante!

—Ah, y algo más. Diga a mi general que le sugiero que ordene que se carguen muchas mulas con cantimploras llenas de agua y se las lleve a todo escape a Hospicio. Esa será la única forma de atenuar la insoportable sorpresa del estanque vacío.

El capitán Latham partió minutos más tarde siguiendo la vía férrea. Corría sin ninguna esperanza en el éxito de su misión. La columna de infantería ya debía estar entrando a Hospicio y no encontraría agua.

Así era. Rafael Torreblanca, a la cabeza de la columna, sosteniendo siempre a su ordenanza, vio pasar al coronel Muñoz a caballo, seguido por sus ayudantes.

—Me estoy muriendo, mi tenientito lindo —gimió el corneta Román al oír el ruido de los cascos—. Ya siento hasta caballos pasar por mi cabeza.

Torreblanca lanzó una exclamación de contento:

—No son fantasmas tuyos, Ceferino. Es el coronel Muñoz que se adelanta para entrar a la estación de Hospicio. ¡Mira! Levanta la cabeza, muchacho. ¡Allá se divisan las casas de la estación! —El oficial levantó la voz para ser oído por los soldados que venían más atrás—: ¡Allí está Hospicio, muchachos! ¡Allí está el agua!

Los hombres parecieron resucitar como por encanto. Casi todos levantaron las cabezas pardas por el polvo y fijaron los ojos febriles en el caserío que asomaba.

—¡El agua!… ¡El agua!… —gritaban y automáticamente la formación se rehízo y apresuró su avance.

—¡No corran, no corran! —los sujetaba el teniente Arce, pero él mismo iba ya al trote.

Los oficiales del «Atacama» corrían para organizar a los hombres de su compañía, a fin de evitar desórdenes en el estanque, pero los soldados, al verlos apresurarse, corrían también, creyendo que se apuraban para disputarles el agua.

Hay escenas que no puede reproducir la imaginación humana: el pequeño gesto, el rictus, la crispación de las manos, la respiración que se queda en suspenso ante el desastre escapan a toda descripción.

No existen pincel ni pluma capaces de reflejar lo que se vio aquella mañana del 14 de marzo junto al estanque de hierro de la estación de Hospicio.

El coronel Mauricio Muñoz, jefe de la infantería, permanecía sobre su caballo, pálido, observando con espanto profundo a la hueste que avanzaba, cayendo y levantándose, sobre la arena. En el borde superior del estanque, a horcajadas sobre el canto de hierro, permanecía idiotizado el ayudante que subiera a comprobar cuánta agua había. En los oídos de los miembros del Estado Mayor resonaba todavía la frase incomprensible:

—¡Está vacío!… ¡Dios santo, está vacío!

Al coronel Muñoz, en el extremo desamparo de su situación, un revibrar de su firme sentido de la jerarquía militar le dio fuerzas para alzar la diestra y gritar, deteniendo a los soldados del «Atacama»:

—¡Alto!… ¡Alto he dicho, soldados!

—¡Agua!… ¡Agua, mi coronel! —se atropellaban los atacameños, estirando sus cantimploras vacías frente al caballo del jefe.

—¡Mis valientes!… ¡Mis queridos soldados! —volvió a gritarles el coronel, pero no lo escuchaban.

El teniente Arce llegó hasta la cabalgadura del jefe.

—Mi coronel, agua antes, después habla.

—¡No, no! Escúchenme primero —se impuso el veterano, alzándose sobre los estribos—. Se lo ruego.

Y su figura alta y digna consiguió realizar el milagro: los hombres de las primeras filas se detuvieron.

—La guerra, soldados, tiene a veces situaciones muy crueles —les advirtió con una dramática congoja—; hay momentos en que todo se combina en contra de un batallón, de un regimiento o de una división. Entonces es cuando hay que demostrar que somos lo bastante hombres como para sobreponernos a la adversidad, como para resistir hasta los choques más duros. ¡Soldados! —La garganta se le desgarró en un grito de involuntaria rebeldía—. Voy a decirles una cosa tremenda. Pero ustedes son capaces de soportar lo peor…

Los ojos de los soldados brillaban, dilatados, sospechando ya cuál era esa verdad.

—¿Qué va a decirnos, por la vida? —vociferó finalmente uno que no pudo aguantar más.

El coronel Muñoz declaró casi llorando, pero con la voz firme:

—¡Bravos mineros del «Atacama»…, heroicos infantes del «2.º de Línea»…, valientes del «Santiago»!… ¡Ay, Virgen santa, qué difícil se me hace decírselo…, pero tendremos que seguir al momento hacia Conde!

Entre los soldados se produjo un incontenible torbellino. Nadie atinaba a comprender al coronel. Los gritos de protesta se levantaron histéricos y amenazantes.

Los más próximos se abalanzaron sobre el estanque, olvidados del respeto a los oficiales y a los miembros del Estado Mayor que lo rodeaban.

El coronel Muñoz arremolinó su caballo para obstaculizarles el paso y se decidió, por fin, a confesarles la verdad.

—¡No sé qué ha ocurrido! No lo sé —les gritó desesperado—. Pero ¡no hay agua! ¡No hay una gota de agua! ¡El estanque está vacío!…

Un alarido inmenso, desgarrador, pronunciado por miles de gargantas deshechas por la sed, se elevó hasta el mismo cielo:

—¡No hay agua!… ¡No hay agua!…

El coronel Muñoz los contemplaba escalofriado, sintiendo repercutir en su corazón sus gritos roncos y bestiales. Durante largos minutos los vio vagar, cuando de pronto alguien gritó:

—¡El río está a cinco leguas hacia el oriente!

Los millares de hombres se volvieron hacia el oriente con las pupilas brillantes y, sin pensar más, sin preocuparse del equipo ni de la disciplina, echaron a correr hacia la línea vaporosa del horizonte pampino. Inútiles fueron las voces de los oficiales, inútil que los jefes plantaran sus caballos delante de la muchedumbre que se desbandaba alucinada.

El coronel Muñoz comprendió que toda aquella tropa estaba condenada a morir antes de llegar al río, entonces ordenó a la artillería de montaña que emplazara cuatro piezas cargadas apuntando un poco más allá del sitio en que los hombres avanzaban, y galopó tras ellos hasta dar alcance a los que iban primero.

—¡Deténganse, soldados, y vuelvan a las filas! —les gritaba—. ¡Esto es insubordinación y esa falta, en la guerra, se paga con fusilamiento!

—¡Mátenos, mi coronel! ¡Antes morir a bala que de sed! —respondían.

Los soldados se escurrían corriendo por los costados de su caballo y no atendían a las amenazas. El coronel escondió el rostro en su antebrazo izquierdo y bajó el sable. Aquella era la señal de «fuego».

—¡Sea lo que Dios quiera!

Las cuatro piezas de montaña comenzaron a disparar una tras otra. Los primeros proyectiles cayeron a un centenar de metros delante de los soldados, las balas siguientes iban estallando cada vez más cerca de la masa desbandada.

El teniente coronel Ricardo Santa Cruz, comandante de los zapadores, llegó al galope junto al coronel Muñoz.

—Coronel, ¿está usted loco? —lo recriminó.

—Hay que volverlos a la disciplina. Están amotinados —argumentó el coronel, sin saber lo que decía.

—Están enloquecidos por la sed por culpa de los que organizaron esta marcha endemoniada —estalló el jefe de los

zapadores—. Esos que corren hacia el río son mis hombres y no admitiré que se los mate, luego de haberles impuesto tan estúpido como cruel sacrificio. ¡Coronel, suspenda el fuego!

El jefe de la división agitó su sable en alto y la artillería dejó de disparar.

El jefe de los artilleros se les reunió inmediatamente después. Venía empalidecido por haber tenido que disparar sus piezas contra los soldados.

—Cálmense, señores, por favor —trató de serenarlos el comandante Novoa—. El mal es reparable. Vean, junto al estanque se han quedado los del «Atacama», todos mis artilleros y muchos del «Santiago». Escúchenme. Hay una posibilidad de salvar a estos hombres y a los que se fugaron, en tanto que llega el tren con el agua.

—¿Cuál, comandante?

—Ésta, mi coronel: ordenaré a mis artilleros que desenganchen todas las mulas que arrastran los cañones y carguen en ellas cuanta cantimplora encuentren. Las mulas irán a llenarlas al río y volverán con ellas en unas tres horas. Pero se salvarán muchos hombres.

—Sí, pero también morirán muchos, comandante.

—¿Qué quiere usted que se haga? Se le ofrecen soluciones y sólo sabe ver los inconvenientes —estalló Santa Cruz.

El coronel Muñoz agachó la cabeza y se rindió ante los razonamientos de sus subalternos.

—Perdónenme, estoy espantado —balbuceó—. Haga lo que acaba de proponer, comandante Novoa. Yo haré unir, entretanto, el telégrafo a los alambres que pasan por la estación para comunicarme con el ministro.

El telegrama tembló en las manos de Sotomayor.

Hospicio, marzo 14. Infantería sin agua. Una parte de la fuerza se ha desbandado. He hecho tirar tiros por la artillería para hacerla volver. A todos los cuerpos los tengo formados.

MUÑOZ.

El ministro quitó los ojos del papel y los fijó ceñudamente en el general Escala, que por casualidad se encontraba con él. Estaba a punto de producirse un desastre semejante al de Tarapacá. Sólo faltaba que cayeran sobre las tropas desmembradas por la sed y la fatiga las fuerzas enemigas. Aquella mirada del señor Sotomayor fue claramente interpretada por el señor Escala, y representó la gota de agua que colmaría el vaso de la paciencia de ambos.

—General, en lo sucesivo el ejército no dará un paso sin que haya sido acordado por usted y yo.

El general se mordió los labios:

—Comprendo. Pronto se dará usted el gusto de improvisarse general.

—Eso lo discutiremos más tarde. Por el momento, disponga usted que todas las mulas y animales de carga que tenemos en Pacocha partan hacia Hospicio llevando odres llenos de agua.

—Está bien. Partirán. —Dio media vuelta y abandonó el despacho con un portazo.

Dos horas más tarde se ponía en marcha la tropilla de acémilas con el socorro del agua para los infantes que morían en el desierto. Al frente de ella iba un oficial de toda la confianza del general Escala, quien debía informarlo detalladamente sobre todos los incidentes ocurridos en la infantería.

Los soldados del «Atacama», fieles a sus férreos principios de camaradería, se habían apiñado a la sombra del estanque de Hospicio, decididos a recibir juntos la muerte o el agua.

Rafael Torreblanca estaba sentado en el suelo al lado de su ordenanza Román, que estaba sumido ya en un estado de semiinconsciencia. De pronto una mano liviana se posó en el hombro del oficial y lo hizo volver la cabeza. Ante él estaba la cantinera del «Atacama» Carmen Vilches. Aunque cubierta de polvo y sudorosa, se la veía llena de ánimo y ligera de movimientos.

—¿Cómo sigue su ordenanza, mi teniente? —le preguntó.

Torreblanca no tuvo necesidad de explicarle que se estaba muriendo. La muchacha se arrodilló junto al yacente y le aplicó a los labios uno de los odres. Al sentir el frescor del líquido, el

ordenanza pareció recobrar un destello de vida y comenzó a sorber débilmente, como un niño dormido que chupa el pecho de su madre.

El corneta abrió pesadamente los párpados, resucitado por el agua, y, al ver el rostro moreno de la mujer inclinado sobre él, tuvo el coraje de quitarse el gollete de la boca y decirle, tartamudeando más que nunca:

—Gra… gracias, Carmelita. Este que… es usted… un án… un ángel.

—Pobrecito, mi tararita —lo acarició la muchacha con ruda ternura—. Quédese tranquilito, que después le voy a traer más agua, ¿no? Y a usted también, mi teniente Torreblanca.

—¿Y de dónde va a sacar más agua, Carmelita? —dijo Rafael.

—Me voy a ir por la huella que dejaron los artilleros que partieron hacia el río —declaró la esforzada cantinera—. Me traeré, por mi cuenta, estos dos odres llenos para ir auxiliando a los compañeros del «Atacama» que se desbandaron por el desierto. Después vendré a verlos a ustedes de nuevo.

Y sin más palabras, la valiente mujer se internó sola en el amedrentante arenal.

No había terminado de perderse la silueta de la mujer y la mula en la raya horizontal del desierto, cuando uno de los cornetas del Estado Mayor tocó «tropa» y los oficiales se pusieron de pie para conducir a sus hombres a la formación.

Torreblanca tomó a su ordenanza de un brazo y lo alzó trabajosamente. Pero el pobre Ceferino Román tenía las plantas de los pies tan llagadas que no podía afirmarlas en el suelo.

—Vamos a reiniciar la marcha… Vamos a reiniciar la marcha —se oía repetir por todo el campamento. Poco después, cuando la tropa estaba formada, los capitanes recibieron orden de aprestar a sus compañías para proseguir el avance hacia Conde.

El coronel Muñoz estaba a un centenar de metros, a solas con el telegrafista, enviando un mensaje al ministro de la Guerra. Éste decía:

> *He dicho en varios telegramas que mi situación es insostenible. La tropa se principió a desbandar. Hice tocar llamada y tirar granadas a los que se habían marchado. Continuó la insubordinación y me fue imposible emprender*

la marcha. Temo en la marcha algo más grave. La máquina telegráfica la llevo para comunicarme con usía en la marcha.

MUÑOZ.

Sotomayor envió al general Escala una copia de ese telegrama, sin ningún comentario. El jefe del ejército, que había recibido otros mensajes del mismo coronel Muñoz, se limitó a expresar a uno de sus ayudantes:

—Voy a enviar una nota al coronel Muñoz «aprobando su enérgica conducta y desaprobando la de los dos jefes que se opusieron a que siguiese dando fuego a esos bribones olvidados de la disciplina, de los deberes que tienen para con su patria y de las circunstancias solemnes por que atravesamos, se desbandaron en busca de agua»…

Sólo a las dos de la tarde del día 14 logró el ingeniero Stuven hacer pasar el tren sobre la vía provisional que había construido en el sitio en que los enemigos la habían dinamitado. Y se lanzó a toda máquina hacia Conde, a cuyo lugar llegó a las cuatro de la tarde. Allí sufrió un nuevo desencanto: el capitán Latham con un mensaje del general Baquedano, en el cual éste le decía que no le era posible prestarle hombres para bombear el agua porque su campamento estaba a dos millas de distancia y los caballos demasiado cansados.

El ingeniero volvió a apretar las mandíbulas voluntariosas y decidió arremeter él solo con la empresa, sin considerar que hacía ya cuarenta horas que trabajaba aceleradamente, sin comer ni dormir. Llegado al río se puso a accionar personalmente la bomba. Llegó un momento, sin embargo, en que no pudo seguir y se desplomó doblado sobre el brazo de la misma.

La operación hubiera muerto allí de no haber aparecido el capitán Latham arreando a cuatro chinos atados. Los había encontrado en el fondo de una

casucha-miradero

de una viña. Sin duda eran presidiarios fugados, porque aún conservaban argollas de grilletes en las muñecas y los tobillos.

El capitán arrimó a los chinos a la palanca a culatazos de su carabina y les indicó cómo debían moverla. El agua turbia del río comenzó a caer en un grueso chorro, sonoramente, en el carro cisterna.

Sólo a las nueve de la noche terminaron los cuatro chinos de llenar el depósito de agua. Los dos más débiles quedaron allí, desmayados o muertos. El capitán Latham se limitó a comentar:

—Se cortaron.

A las diez de la noche llegó también a ese punto el tren. En formar el convoy y dar vuelta la locomotora para emprender el regreso hacia Hospicio dieron las doce. Cuando un maquinista terminó esa maniobra, el capitán Latham buscó al ingeniero Stuven. Nadie podía indicar dónde estaba. El último que lo vio dijo que estaba sentado sobre un montón de tablas.

—Lo vide allí cabeceando —agregó el soldado.

Efectivamente, allí estaba el heroico ingeniero, vencida su formidable resistencia. Fue imposible despertarlo.

—Hay que echarlo al tren y partir —dijo el capitán Latham, y le pareció que su voz surgía del fondo de un pozo. El cansancio y el sueño lo derrotaban también. Paseó la mirada por el desolado andén. Todos los soldados, mecánicos y maquinistas estaban tumbados como muertos.

—No se puede, mi capitán…, no se puede —balbuceó el soldado que lo acompañaba, tambaleándose como si tuviera vértigo.

El hombre se dejó caer sobre las rodillas y luego se echó de bruces al suelo.

El capitán Latham hizo un esfuerzo desesperado por despejarse la mente, pero comprendió que era inútil. Había llegado al límite de su resistencia.

El viento nocturno corría como un susurro helado sobre los cuerpos sembrados por todas partes, en torno al tren inmóvil.

A las cinco de la mañana despertaron los maquinistas y se procedió al momento a la descarga de los carros de forraje. A las ocho se presentó el general Baquedano, acompañado por un escuadrón de caballería. Desde lo alto de su caballo contempló ceñudo al todavía adormilado comandante Stuven y lo recriminó:

—¿Cómo es posible que el agua de este tren no haya sido llevada todavía a Hospicio, eh? Que usted haya sufrido un accidente

no excusa, ¿no?

El ingeniero no tuvo ánimo para protestar, sólo replicó:

—Perdón, mi general, pero si yo hubiera sufrido un accidente no habría importado. Con dejarme botado en el camino como han quedado esos 3500 infantes habría bastado. Pero, desgraciadamente, el accidente lo sufrió el tren completo y…

—Insolente, ¿eh? —El general Baquedano se irguió violento—. Conque no cumple como soldado y enseguida hace burlas, ¿eh?

—No, mi general, insolente no: cansado, deshecho por dentro…, desilusionado.

El general se arrepintió al momento de su rudeza. Prestamente echó pie a tierra y le inquirió condolido a Stuven:

—¿Tan grave fue la cosa, comandante?

—Tanto que, si usted no nos presta ayuda, este tren no llegará nunca a Hospicio con el agua para la infantería.

—Eso está malo; hay que remediarlo. —Se volvió hacia su tropa y llamó en voz alta—: ¡Capitán Dardignac, desmonte diez hombres y que procedan a terminar el descargo de este forraje! Otros diez se pondrán bajo las órdenes del comandante Stuven para todo lo que estime necesario.

Gracias a la ayuda proporcionada por los jinetes del general Baquedano, el tren pudo reiniciar la marcha una hora más tarde y a las once de la mañana llevaba recorrida la mitad del camino hasta Hospicio. Entonces fue cuando comenzaron a verse los primeros soldados de la infantería. Avanzaban en desorden total, perdida toda noción de jefatura o de milicia. Eran simplemente vagabundos del desierto que exprimían hasta la última gota de energía a sus organismos en una pugna terrible por salvar la vida. Venían marchando sin agua ni comida desde las cinco de la tarde del 12 de marzo y ya era mediodía del 15. Adelante se reconocían los uniformes de los mineros del «Atacama»; detrás de ellos no existía formación ni nada. Y más atrás aún, el espectáculo sobrecogía: como un reguero de bultos amarillentos, entre los cuales destacaba uno que otro azul y rojo, se veían los cuerpos tumbados de los que no tuvieron fuerzas para seguir.

Los que encabezaban la trágica hueste vieron el tren y, alzando los brazos, apresuraron el paso.

—Van a caer sobre el convoy como lobos hambrientos —

reflexionó el capitán Latham.

—Vamos a colocar grandes tachos a ambos lados de él —le informó el ingeniero—. Voy a detener el tren aquí mismo para dar tiempo a mis hombres para que preparen todo.

El capitán Latham procedió por iniciativa propia. Corrió hacia la masa humana que se acercaba al trote y comenzó a gritarles:

—¡No se precipiten! En el tren hay agua para todos.

—¡Agua!… ¡Agua!… —gritaban.

Pero las indicaciones del capitán Latham sirvieron para ordenar la llegada de los infantes hasta el tren. Era una escena escalofriante. Esos seres no parecían humanos, sino bestias salvadas de un cataclismo.

—¿Han quedado muchos en la ruta? —preguntó el capitán Latham a uno de ellos, después que lo vio algo repuesto.

—Lo menos ochenta vide yo —acotó un vecino, con los ojos empañados por la extenuación.

El comandante de los zapadores llegó mezclado con su tropa, trayendo cruzado en el arzón de su montura el cuerpo de un oficial joven. Era el teniente del «Santiago» Pedro Navarro.

—Ayúdenme a bajarlo y atiéndanlo —gritó el teniente coronel Santa Cruz—. Se viene muriendo de sed.

—Ábrale los dientes con un yatagán, comandante —urgió el jefe de los zapadores tirándose a tierra—. Quizás cuántas horas estuvo tumbado en la arena, bajo el sol. Lo encontré hace apenas media hora. ¿Traga? ¿Revivirá?

Stuven dejó suavemente en tierra la cabeza del teniente.

—Este oficial… está muerto, comandante Santa Cruz. Lo traía usted ya muerto en los brazos.

Seguían llegando soldados en cantidad cada vez mayor, pero ya se habían organizado filas y los rezagados iban agregándose a ellas, con cierto orden.

Dos horas más tarde llegó el general Baquedano con sus jinetes. Después de cerciorarse de que el reparto del agua había sido realizado, tomó antecedentes sobre los hombres que faltaban en las listas de los diferentes cuerpos y lanzó a sus jinetes, distribuidos en pelotones divergentes, a recoger a los caídos. Luego caminó lentamente por el costado del tren inspeccionando los batallones. Los comandantes le rindieron cuenta, apesadumbrados. Más de

ochenta hombres yacían sin poderse incorporar y tendrían que ser dados irremediablemente de baja. Además faltaban muchos cuyo paradero se ignoraba. No era posible formarse una idea cabal de la magnitud del desastre mientras los piquetes de caballería no regresaran con noticias de los rezagados. Pero el cuadro que ya presentaba la infantería bastaba para amargar a cualquiera. Junto al último vagón yacían tres soldados del «Atacama» y un teniente del «Santiago», muertos de sed. En un carro forrajero gemían o ululaban ocho hombres más, trastornados por el sol y la angustia.

—Es un crimen todo esto —protestaba el teniente Torreblanca —; un crimen cometido con nuestros soldados.

La cantinera Carmen Vilches, que había regresado con sus odres con agua, trataba de calmarlo usando los prácticos procedimientos de una mujer sin remilgos.

—Venga, mi teniente, recuéstese a la sombra de mi mula y yo le sacaré las botas. Eso lo refrescará. —Y sin esperar el consentimiento del oficial lo empujaba hasta la mula y se acuclillaba a sus pies para quitarle el calzado.

Torreblanca, con la voluntad reblandecida por las penurias, la dejó hacer. El ordenanza Ceferino Román, que yacía a pocos pasos, sonreía contento de ver cómo la cantinera sobaba cariñosamente los pies adoloridos del teniente.

—¿Cómo se siente, don Rafael? —le preguntó Carmen con solicitud.

—Triste, muy triste —le respondió el oficial—. Lo que ha ocurrido es tremendo.

—*Güeno, pue*, no piense más en eso, mi teniente —lo reconvino suavemente la muchacha y agregó, con ruda filosofía—: Son cosas de la guerra y qué vamos a hacerle.

El general Baquedano había terminado la revisión y montaba a caballo para regresar a su campamento. Antes de partir, se detuvo en medio de los soldados y les espetó unas frases que tenían algo de arenga y un poco de desafío a la adversidad.

—¡Soldados, dura prueba habéis soportado! Sí, sí, no me lo digan, ya lo sé. Pero ya pasó, y lo pasado, pasado. Ahora a recordar para qué hemos cruzado el desierto, ¿eh? Nuestra misión es asaltar Moquegua y lo haremos sin pérdida de tiempo, ¿eh? De modo que a descansar quince minutos…, ni uno más ni uno menos…, quince

minutos, ¿eh? Enseguida proseguimos la marcha. Esta noche acamparemos en el valle, en la parte baja de Conde. Allí hay frutas, agua, comida… Dormiremos con un ojo y mañana…, mañana, ¿eh?, caeremos como un torbellino sobre Moquegua. ¿Comprendido? Quince minutos de descanso, ni uno más ni uno menos. Y lo pasado, pasado. Mañana Moquegua. Somos soldados o no, ¿eh?

Ésa fue toda la arenga que dijo el jefe de la caballería a los soldados que acababan de pasar por tan terrible prueba… y bastó. Desde ese momento. Manuel Baquedano pasó a convertirse ante los ojos de toda la tropa en «el general», en el único digno de ser obedecido. Reanimados como por obra de un milagro, lo siguieron hasta la parte baja de Conde. Allí pudieron, por fin, descansar a la sombra de los emparrados y de los árboles frutales; y tuvieron que contemplar, con melancólica resignación, cómo corrían los ricos mostos moqueguanos diluidos en las aguas turbias del río, por orden del general Baquedano, que hizo derramar todos los toneles de una enorme bodega para evitar que sus hombres se embriagaran. Desde que llegaron al río, el general mandaba, una tras otra, avanzadas exploradoras hacia Moquegua para que les abrieran el camino del asalto.

Entretanto, en Pacocha, la Primera División se aprestaba para partir. El coronel Amengual esperaba únicamente la orden emanada del general Escala o del ministro. Pero los dos directores de la guerra vivían en esos momentos la etapa culminante de la honda querella que los había mantenido en pugna tanto tiempo.

Otros factores contribuían también a mantener cargada la atmósfera del campamento. El 14 había regresado la división que, al mando del coronel Orozimbo Barbosa, tomara por asalto Mollendo, y el relato de la insubordinación del «3.º de Línea». Al atardecer del 17 de marzo, algunos oficiales del «Esmeralda» comentaban esos hechos, mientras revisaban sus armas y equipos. Se esperaba de un momento a otro una revista de comisario, y se sabía que el «viejo» era implacable cuando se hallaba en esas funciones. Él mismo se los recordó esa tarde.

—Revisando las armitas, ¿eh? Me alegro, me alegro. Porque

ustedes han de saber, mijos, que yo soy muy bueno antes de las revistas, pero que puedo ser la peor bestia durante ellas. He querido venir a verlos antes precisamente para advertirles que la menor manchita que encuentre en una bayoneta, cualquier falta de aceite en el cerrojo del fusil, un botón flojo, una fornitura deslustrada…, cualquier falla va a significarle al culpable veinte azotes propinados delante de toda la división formada. ¿Comprendido, mijos?

Los oficiales sabían que al «viejo» le gustaba aparecer más terrible de lo que en realidad era.

—Vamos a partir hacia Moquegua y Tacna dentro de dos días —continuó el coronel—, y cuando estemos sobre la marcha, los soldados no tendrán otro padre y otra madre que su fusil y su cantimplora. A los del «Esmeralda» no les va a pasar lo que a los desdichados que partieron hace unos días hacia Moquegua. Al que se me caiga en el camino, lo que no será por culpa mía, lo levanto a puntapiés. ¿Comprendido?

La cabeza rubia del comandante Holley, tocada por el quepis, asomó por sobre la pequeña reja que separaba el patio de la calle.

—¿Está ahí el coronel Amengual, teniente? —preguntó a Martiniano Santa María.

—Creo que soy bastante alto y que tengo charreteras bien visibles, comandante Holley —le dijo, con pomposa gravedad, el propio coronel.

—Perdón, mi coronel —se turbó el comandante, y siguió caminando por afuera de la tapia, buscando la puerta de entrada al patio—. Recién supe algo muy grave y he venido a participárselo: Acaba de regresar de Ite el coronel Pedro Lagos.

El silencio se hizo tras la noticia. Desde hacía muchos días se esperaba, en suspenso, la aparición del jefe del Estado Mayor. Todos hacían conjeturas sobre la reacción que tendría el coronel cuando se enterara de que el general Escala mantenía arrestado en el cuartel vacío del regimiento «Santiago» a su sucesor en el mando de ese cuerpo, el coronel Barceló.

—¿Vio usted al coronel Lagos, comandante Holley? —le preguntó el jefe de la Primera División.

—No, mi coronel. Pero supe que al enterarse del arresto de Barceló tuvo un terrible estallido de cólera y salió en dirección al despacho del general Escala.

—Esto puede provocar una revuelta en el ejército —reflexionó el coronel Amengual—. ¡Comandante Holley, vamos al despacho de mi general Escala! Pasaremos a recoger primero al coronel Amunátegui, que es muy amigo de Lagos, para que nos ayude a sujetarlo antes de que se trance con el general. ¡Vamos, don Adolfo!

Los jefes del «Esmeralda» salieron casi al trote del patio y tomaron por la calle en dirección al mar.

Los capitanes y tenientes se quedaron mirando entre ellos, sin atreverse a comentar.

El general Escala levantó una ceja y miró fríamente a su ayudante.

—¿Qué dice usted? ¿Qué ahí, en el corredor, estaba el coronel Lagos esperando para hablar conmigo? ¿Y por qué condenación no lo hizo entrar al momento?

El oficial ayudante se encogió, confundido.

—Perdón, mi general, pero…, en el momento en que iba a anunciarlo, llegaron los comandantes Amengual y Amunátegui y se lo llevaron.

—¡Ah, entrometidos! ¿Por qué no dejaron que la situación se definiera de una vez por todas?

—Se llevaron al coronel Lagos poco menos que a tirones, señor. Él protestaba, mientras lo sacaban: «Esto hay que arreglarlo, sea como sea. Ya es algo personal entre Erasmo Escala y Pedro Lagos».

—¡Presumido! —exclamó con desprecio el general—. Lo que pasa es que quiere que me salga de mis casillas y renuncie al cargo de general en jefe. Quiere ser él quien lo desempeñe. Como es masón y está respaldado por el ministro, que también lo es… ¡Pues no, señor: mis prerrogativas y mi autoridad no las comparto con nadie! Soy el general en jefe del ejército de Chile y usaré mi mando para impedir que los ambiciosos me lo menoscaben. Y en vista de que ellos quieren abrir el fuego, voy a tomar una medida drástica. Secretario, siéntese y escriba una orden que voy a dictarle.

El ayudante le obedeció silenciosamente y esperó con la pluma y el papel listos. Pero el general tuvo que reconocer que no se hallaba en estado de hilvanar nada.

—Estoy demasiado encolerizado, ayudante. Redacte la nota, ordenando al jefe de los telégrafos de Pacocha que no se curse ningún telegrama para las fuerzas acampadas en el interior y no se entregue ninguno de los que se reciban del valle de Moquegua sin el visto bueno mío. ¿Ha entendido?

El secretario se quedó mirándolo asombrado:

—Pero el jefe del Estado Mayor, por razones de su cargo, necesita comunicarse por…

—Pues para eso dicto la orden: para colocar a cada jefe en su lugar, para demostrar a ese coronel que está bajo la voluntad de un general en jefe. Escríbala, me la da para la firma y la envía enseguida al jefe de telégrafos.

Aquella abusiva exhibición de poder del general Escala provocó el estallido definitivo. El coronel Lagos presentó en el acto su dimisión como jefe del Estado Mayor, y envió una copia de ella al ministro Sotomayor. Éste, con el ceño endurecido por la preocupación y la molestia, leyó lentamente las razones del coronel:

> *Los sentimientos que dominan al ejército* —decía Pedro Lagos—*, debido al orden y procedimientos en él establecidos, que pugnan con mis principios de soldado y con el respeto del alto puesto que ocupo, me obligan a recurrirá V. S., haciendo formal renuncia del cargo de jefe del Estado Mayor General que desempeño, salvando así la responsabilidad que pudiera afectar al distinguido personal de esta sección, que tan útiles servicios ha prestado al país.*

El coronel Lagos contaba con la simpatía de la mayor parte de los jefes y oficiales, y hasta la tropa comprendía que la razón estaba de su parte. La beligerancia entre el general y él podía provocar una peligrosa creación de bandos en el ejército. El ministro midió los alcances de la situación y, enfrentado a la ineludible necesidad de evitar que el conflicto tuviera consecuencias, decidió usar las facultades que le había otorgado el Gobierno. Éstas comprendían la remoción de cualquier jefe del ejército. No había querido usarla porque hasta hace pocos días no veía descollar ningún jefe con los méritos suficientes como para reemplazar al general en jefe; pero en la marcha hacia Moquegua se había destacado la figura de un hombre: el general Baquedano.

El ministro decidió afrontar el asunto del cambio de cabeza del ejército y pensó embarcar hacia Iquique para ponerse en comunicación telegráfica con el Gobierno. Con el fin de substraer al coronel Lagos a la autoridad del general Escala e impedir que la querella entre ambos tomara más incremento, ordenó al jefe del Estado Mayor se preparara para partir con él.

Con la bayoneta en ristre, escoltada por guerrillas desplegadas en la vanguardia y los flancos, y protegida por los cazadores y los granaderos, la división expedicionaria avanzaba sigilosamente, paso a paso, hacia Moquegua. Había partido el 17 de marzo al alba, siguiendo a la caballería, y penetraba en la hondonada en que se alza la ciudad por el camino que bordea el río. De no haber sido por los millares de mosquitos que acosaban a hombres y bestias, la marcha habría sido tan grata como un paseo. Conde quedó atrás; luego la expedición pasó por los caseríos de Carpanto y Humo. En el pueblo siguiente, Calalum, se levantó campamento. Se acercaba el gran momento y era preciso tomar alientos antes de lanzarse al ataque.

Comenzaban a correr los minutos, provocando la impaciencia. En la segunda compañía del batallón «Atacama» el corneta Ceferino Román se revolvía inquieto en su puesto, a la diestra del teniente Torreblanca.

—¿Qué te pasa, hombre? —le preguntó el oficial.

—¿*Pa* qué tanta historia, mi teniente? ¿No dicen que en Moquegua no hay más que 1200 gatos? Este que… Conque nos dan la orden de ca… calar bayoneta y a degüello y ¡sanseacabó, *pue*!

—No se sabe con certeza qué defensas tiene Moquegua, Ceferino. Tenemos que esperar a que la caballería despeje el campo.

En ese momento pasaba frente a las filas la cantinera Carmen Vilches, jinete en su mula rosilla.

—¡Chis, la caballería! —ronroneó, el ordenanza—. A mí la única caballería que me gusta es ésa, mi te…, mi teniente.

Rafael lanzó una alegre carcajada.

—No te metas con la Carmen Vilches, Ceferino. Mira que por algo le han dado fusil —exclamó alegre Rafael.

—Y ya me llegará la ocasión de usarlo, mi teniente —afirmó enérgicamente la cantinera.

—¿Cómo? ¿Va también a Moquegua, Carmelita?

—Detrasito de ustedes, mi teniente —respondió disgustada—. A mi comandante Martínez se le metió en la cabeza que no podía ir con las avanzadas.

Un corneta hizo oír el toque de «adelante la marcha» y las cuatro compañías del «Atacama» se pusieron en movimiento casi enseguida. Poco después las imitaron las del «Santiago», las del «2.º de Línea» y las del «Bulnes».

Carmen Vilches los contempló alejarse contrariada. Pero después compuso el gesto y despidió a los soldados.

—¡Adiós, mi teniente Torreblanca, y buena suerte! —gritó al oficial, distinguiéndolo de los demás.

A las ocho de la mañana, los cazadores y granaderos, mandados por los coroneles Pedro Soto Aguilar y Tomás Yávar, refrenaban sus corceles ante el puente colgante que daba acceso al pueblo de Moquegua. Junto a los primeros montantes del puente el general Baquedano y el comandante José Francisco Vergara observaban a tres exploradores que regresaban por el vado, después de aventurarse hasta el linde del poblado.

A la luz radiante del sol mañanero se contemplaban, en todos sus detalles, los gigantescos picachos de piedra que sirven de espaldar a Moquegua. Destacándose la llamada Punta de los Ángeles. En el foco de los prismáticos de campaña de los dos jefes se advertía perfectamente que era una fortaleza inexpugnable. En la estrecha meseta de su cima estaba la fortificación que defendía Moquegua.

—Hasta ahí no trepa nadie, como no tenga alas —gruñó el general Baquedano, llamando al capitán Manuel Rodríguez, quien avanzó su caballo hasta emparejarlo con el del jefe—. Capitán —le indagó—, me dicen que usted merodeó por el campamento enemigo anoche. ¿Tiene algún sitio abordable ese picacho?

—No lo creo, mi general. Hay que considerarlo como un castillo con su foso y su puente levadizo. El foso está formado por dos torrentes que lo abrazan: el Moquegua y el Torata. Son dos riachuelos que se juntan en la punta más próxima a nosotros, formando el río Ilo.

—¿Entonces no hay forma de acercarse al picacho sin cruzar uno de los torrentes?

—No, mi general. —El capitán Rodríguez sonrió suavemente y agregó—: Más vale no meterse con la Punta de los Ángeles, señor.

Llegaban los tres exploradores que venían por el río. El sargento Plata, que los comandaba, traía una noticia extraordinaria, que comunicó al general Baquedano.

—Los cuatro batallones que defendían Moquegua abandonaron el pueblo; partieron ayer, dejándolo entregado a las autoridades consulares extranjeras.

—¿Y adónde se han ido, sargento?

—Se remontaron a la Punta de los Ángeles, mi general. Ahí están ahora; son 1200 hombres, provistos de baterías de montaña. No los baja ni un terremoto, señor.

—¡Oh, grandísima porquería!

Aquél era el peor inconveniente que podía oponerse a la división expedicionaria. Descender hacia Tacna y Arica, dejando en su retaguardia aquel núcleo enemigo, era arriesgarse a marchar teniendo enfocadas permanentemente sobre la nuca las bocas de sus fusiles. No se podía pensar en proseguir la operación sin antes limpiar la cumbre del picacho. Mientras estudiaba cómo realizar esa empresa, el general Baquedano decidió ocupar Moquegua y entró a galope tendido hasta la plaza del pueblo.

A la una y media de la tarde toda la división había penetrado a Moquegua y se completaba la ocupación de ella. En lo alto del edificio del ayuntamiento flameaba el estandarte del escuadrón «Cazadores». Justo en el momento en que era izado, en lo alto de la Punta de los Ángeles brotó un cañonazo.

Los batallones chilenos se distribuyeron en perfecto orden por los cuarteles, escuelas y barracas, y el coronel Yávar tomó a su cargo la guardia del pueblo.

Los días 20 y 21 de marzo fueron empleados en reconocimiento de los alrededores.

Al anochecer del 21, cuando el teniente Torreblanca se disponía a salir del cuartel asignado al batallón «Atacama», sonó la corneta llamando a reunión de oficiales. El coronel Juan Martínez esperaba a sus atacameños en la comandancia del cuartel. Durante unos segundos los escrutó, con calma, antes de explicarles el porqué de la

reunión.

—Tengo entendido que la mayor parte de ustedes han sido mineros —comenzó diciéndoles.

—Y lo somos todavía, mi comandante —le corrigió el teniente Moisés Arce.

—De acuerdo. Enmiendo mi error. Decía que son mineros, y, por lo tanto, hombres que saben trepar cerros como las mulas o las cabras. ¿Verdad?

Sin excepción, todos los oficiales del «Atacama» sonrieron, adivinando adonde quería ir a parar. De modo que no los sorprendió cuando les dijo:

—Supongo que, como viejos cateadores, ustedes habrán echado una mirada al cerrito que está al fondo del pueblo, ¿no? Me imagino que se habrán fijado en que a la derecha del picacho de Punta de los Ángeles se levanta otro de igual altura que se llama Estuquiña, y a la izquierda, un tercero denominado Quilinquile.

—Y sobre las cumbres de esos dos cerros hay fusileros peruanos, dispuestos a cazar a todos los atrevidos que se atrevan a acercarse a los costados del Punta de los Ángeles, mi comandante —le observó jocosamente uno de los capitanes.

—¡Válgame la Virgen, qué sorpresa! —exclamó con fingido asombro el jefe de los atacameños—. Y yo que creía que era el único que se había tomado el trabajo de observar la posición enemiga. —Hizo una pausa y continuó con gravedad—: Bien, les completo los detalles que he observado en la fortaleza enemiga. El costado de la izquierda, que enfrenta el cerro Quilinquile, y a cuyo pie corre el torrente Moquegua, es el de más fácil acceso. Pero allí los peruanos han excavado trincheras y sobre sus senderos han enfocado las bocas de sus cañones. Por consiguiente, debemos descartarlo. Pero el costado derecho, llamado Guaneros, que enfrenta al cerro Estuquiña y por cuya base corre el torrente Torata, como es una pared de roca lisa, casi perpendicular al suelo, ha sido dejada sin defensa, porque el coronel Gamarra ha considerado que es imposible que alguien pueda treparla.

—¿Imposible? —exclamó un atacameño retadoramente—. Pues, nosotros la treparemos.

Simultáneas voces decididas lo confirmaron.

—Ya sabía que no tendrían ustedes otra respuesta, y me alegro

de ello —les celebró el comandante—. Pues bien, escuchen el plan que hemos discutido con mi general Baquedano. Mientras el coronel Muñoz, con 2000 hombres, amaga por la ladera izquierda y el general Baquedano ataca con la caballería por el frente, el batallón «Atacama» sólo deberá trepar por la pared inescalable del Guaneros, llegar a la cumbre y caer, por la espalda, sobre los defensores de la fortificación de Punta de los Ángeles. ¿Podremos hacerlo, niños?

Los oficiales del batallón de mineros se miraron unos a otros.

—Claro que subiremos, mi comandante. ¿Cuándo hay que hacerlo?

—Mañana, oficiales. Esta noche destacaremos a los dos hombres más fuertes y hábiles de nuestro batallón para que se acerquen a estudiar el paredón del cerro y vean si existe algún sendero o un sector en donde los pliegues de la roca permitan asentar el pie. Con los datos que ellos nos traigan, mañana, a las dos de la madrugada, intentaremos subir hasta la cúspide de la fortaleza enemiga. ¿Están ustedes dispuestos?

—Dispuestos, mi comandante.

En la mañana, uno a uno y por distintas calles, los regimientos chilenos fueron trasladados al Alto de la Villa y sus vivaques ardieron en torno a la estación y a las casas palaciegas de aquel barrio nuevo. Solamente el batallón «Bulnes» quedó patrullando el pueblo viejo, fundado por los incas en la parte baja de la hondonada, junto al río. En sus estrechas callejuelas los extranjeros —italianos y asiáticos— contemplaban los movimientos de las tropas chilenas, que, poco a poco, se iban escalonando bajo el enhiesto peñón de Punta de los Ángeles.

La hora del ataque había sido fijada secretamente para la madrugada del 22 de marzo; sin embargo, en la tarde del 21, siete compañías del «2.º de Línea» comenzaron a desfilar lentamente por el borde del río hacia el oriente, en la dirección de la aldea de Tumilaca. Poco después se movilizaron 200 cazadores y 100 granaderos en el mismo sentido con la orden de flanquear la posición enemiga por la izquierda e ir a ubicarse detrás de ella, en la aldea de Samagua, a mitad de camino del caserío montañés de

Torata, única vía de escape de los peruanos por el oriente.

A las nueve de la noche se presentó en el vivac del «Atacama» el comandante Martínez y llamó a Rafael Torreblanca. Acababa de separarse del capitán de ingenieros Francisco Zelaya, quien le había traído una comunicación secreta del general Baquedano. Esta rezaba escuetamente: «Parta con el "Atacama" y posesiónese de la fortificación enemiga en la cumbre de Punta de los Ángeles». El comandante de los mineros comunicó al oficial que el informe proporcionado por los dos exploradores que enviara durante la noche anterior descartaba categóricamente la posibilidad de ascender a la fortificación peruana por la ladera del Guaneros, como se había pensado.

—Sin embargo —agregó—, los exploradores hallaron la forma de subir, pero por otro lado, escalando el cerro vecino al Punta de los Ángeles, Estuquiña. Se alza al lado del anterior y está unido a él por detrás, mediante una cuchilla de roca que cierra la quebrada de Guaneros.

Torreblanca pensó un momento, tratando de recordar las imágenes que había captado a través de su anteojo de larga vista.

—Treparemos al Estuquiña —dijo, por fin—, aunque es tan difícil como el otro; sus laderas son igualmente empinadas y lisas.

—Ya lo sé; y por eso he querido hablar con usted antes de partir.

Rafael prestó atención. Éste se atusó el bigote áspero y le explicó:

—Vamos a llevar nuestro batallón a una empresa tremenda, teniente. Si los que vayan a la cabeza se amedrentan o vacilan, los que les sigan se contagiarán de temor, quizás muchos pierdan pie por causa de la nerviosidad y se precipiten al abismo, en cuyo fondo corre el torrente del Torata. ¿Comprende usted que es vital para el éxito que los hombres que encabecen la cordada de ascensión deben ser invulnerables al miedo y al vértigo?

—Entiendo perfectamente, señor.

—Pues bien, esa misión de tanta responsabilidad se la encomiendo a usted. Los soldados del «Atacama» lo admiran y lo consideran un ejemplo; adonde usted vaya lo seguirán. Ya sé que es un presente griego premiar sus méritos en esta forma, pero estoy en el deber de aprovechar sus condiciones. Torreblanca, usted irá primero en la ascensión del Estuquiña. ¿Aceptado?

—A su orden, mi comandante. Trataré de llegar arriba con toda mi compañía.

Torreblanca escuchó las siguientes instrucciones como a través de un paño espeso. El veterano lo había alabado diciéndole que lo escogía por considerarlo invulnerable al miedo, pero bien sabía el teniente que no existía soldado que no hubiera sentido el escozor del pánico alguna vez…, y en esta ocasión, anticipadamente, él comenzaba a sentirlo. Lo último que oyó decir al comandante fue que partiría con su segundo, el sargento mayor Juan Francisco Larraín, y 20 soldados provistos de hachas y palas para abrir una trocha a través de las viñas y las huertas hasta la falda del Estuquiña. Regresarían antes de la medianoche. Durante las tres horas que le quedaban prepararía a la segunda compañía.

Cuando terminó de instruir a sus hombres y de revisarles las armas que llevarían: fusiles, bayoneta y un morral con tiros, los alejó a un extremo distante del campamento y los hizo sentarse en el suelo, guardando la formación. Poco antes de las doce de la noche se les acercó el teniente Moisés Arce. Había recibido orden de ponerse en marcha con su compañía quince minutos después de que partiera la de Torreblanca.

Todo parecía estar preparado, según la opinión de Arce. La caballería había partido para cortar la retirada de los enemigos por el oriente; el «2.º de Línea» había desaparecido también y se suponía que cerraría los pasos por el lado opuesto del peñón; el «Santiago» y el «Bulnes» se habían apostado frente al objetivo para atacar cuando comenzaran los disparos del «Atacama» en la cumbre. La artillería tenía emplazadas sus baterías para bombardear todos los senderos que permitían el descenso desde la cima.

—Ahora lo único que falta es que el «Atacama» trepe por el murallón de roca de cuatrocientos metros de alto, cortado a pico, y en medio de la noche —reflexionó burlonamente Arce.

Una sombra menuda surgió de la negrura.

—Cabo Carmen Vilches se presenta, mi teniente —dijo en voz baja.

Los dos oficiales y el ordenanza la observaron admirados. Vestía ahora uniforme completo de soldado y cargaba fusil terciado a la espalda, bayoneta y un lazo colgando del cinto.

—Pero ¿qué vienes a hacer aquí, Carmelita? —le inquirió

afectuosamente Torreblanca.

—Asciendo al Estuquiña con mi compañía, mi teniente. Tengo la autorización de mi comandante Martínez.

—Es una locura. Los hombres se van a ver apurados para hacerlo… Mi comandante no puede…

—Sí pudo, mi teniente. Dijo algo así como «efecto moral sobre los soldados»… y me dio el pase. De modo que subo con ustedes, mi teniente.

—Está bien, cabo Vilches —aceptó Torreblanca—, ocupe su lugar en la fila.

Minutos antes de las doce llegó el comandante Martínez acompañado por el segundo comandante Larraín.

—Ya es la hora —dijo—. Hemos abierto un sendero que cruza los potreros, en línea recta, hasta la falda del Estuquiña. Esos dos hombres, el cabo Belisario Mardones y el soldado José Vicente Zelada, les servirán de guías. Parta al momento. Yo me retardaré unos minutos, disponiendo la salida sucesiva de las otras compañías, pero le daré alcance de un galope.

—¡A su orden, mi comandante!

La segunda compañía se levantó del suelo y compuso su formación. A un suave «adelante, marcha de camino…, marrrr», de Torreblanca, comenzó a avanzar hacia las moles altas de los picachos. Desde ese instante quedaban prohibidas las conversaciones y fumar.

Serpenteando silenciosamente por el camino, la compañía fue acercándose a su objetivo. Antes de llegar al hondo cajón por donde corre el torrente Torata entraron en una arboleda obscura y pavimentada de hojas podridas. Allí les dio alcance el comandante Martínez, quien dejó su caballo en aquel sitio y marchó a pie junto a sus hombres. Iban a salir del boscaje cuando una inesperada descarga de fusilería resonó en la retaguardia. A una orden, todos los soldados se inmovilizaron.

—Son las últimas compañías de nuestro batallón las que disparan —discurrió el comandante—. Seguramente las atacan desde los flancos. Teniente Torreblanca, disemine sus soldados entre los árboles y espere muy alerta mi regreso. Voy a averiguar qué ocurre.

El comandante recuperó su caballo y rehízo el camino en sentido

contrario hasta el fin de la línea intermitente que formaba el batallón. El segundo comandante Larraín le informó que un grupo invisible de enemigos había abierto fuego sobre la última compañía, pero habían sido repelidos.

—¡Malo está! —rezongó el comandante Martínez—. ¿Cómo podemos seguir avanzando si tenemos enemigos, en número indeterminado, entre nosotros y el resto de la división? Mayor Larraín, vaya adonde está mi general Baquedano y consúltele si seguimos con el plan trazado o lo alteramos, en vista de las circunstancias.

En el campamento del Alto de la Villa el general Baquedano bebía hirvientes tazas de té, «para frenar los nervios», como él decía. Estaba rodeado por sus ayudantes cuando se le presentó el segundo comandante del «Atacama». Después de oír su informe, el general de puso de pie y le dijo con tono imperioso:

—¡Adelante, adelante! Ya el «2.º de Línea» está flanqueando la posición enemiga por la izquierda, la caballería tomó posiciones detrás y el «Bulnes» y el «Santiago» van a comenzar su ataque por el centro. ¡Lo ordenado, mayor Larraín, lo ordenado!

A las tres y media de la madrugada volvió el segundo comandante del «Atacama» a la arboleda. Junto con informar al comandante Martínez que debían continuar la marcha, le comunicó que el tiroteo se había debido a un asalto perpetrado por los enemigos contra el corral de los caballos de aquel escuadrón.

A las cuatro, la compañía de Torreblanca reanudó el avance. Después de cruzar un alfalfal llegaron al pie de la empinada ladera del Estuquiña. Sin detenerse, comenzaron el ascenso. Al poco rato se detuvieron los guías y esperaron al comandante y a Torreblanca para comunicarles que en ese punto terminaban los senderos. Hacia lo alto se veía la pared de roca desnuda.

—Hay una sola manera de subir, mi comandante —opinó el cabo Belisario Mardones—. En zigzag y haciendo escalones con las bayonetas. No es difícil, pero sí peligroso —seguía explicando el guía—. Sube un hombre primero llevando una cuerda y clava su yatagán en el sitio más alto que pueda. Ahí se afirma y recoge la cuerda, de la cual se habrán colgado las bayonetas de los hombres que le siguen. Una por una las irá clavando en las junturas de la roca, cada vez más arriba, hasta llegar a la cumbre. Los soldados, a

medida que vayan pisando en estos escalones, deberán golpear las bayonetas para hundirlas más firmemente, y el último que trepe las irá desclavando y amarrando en una soga que se recogerá desde arriba. ¿Me comprende, mi comandante?

El jefe del «Atacama» asintió con la cabeza. Era la única forma de hacerlo.

—No perdamos tiempo —decidió—. ¿Quién será el que suba primero?

—Yo, por supuesto, mi comandante —reclamó el cabo Mardones.

—¿Y el segundo?

—Yo, mi comandante —dijo Torreblanca.

—Bien, yo iré tercero entonces —determinó el jefe—. Los demás siguen por fila y el último recoge las bayonetas.

—Yo voy en el cuarto lugar —protestó la cantinera Carmen Vilches, y saliéndose de la fila, fue a colocarse detrás del comandante.

En breves palabras se explicó la operación a los hombres, desenvainaron todos sus yataganes y se dio la orden de comenzar.

El cabo Mardones tomó impulso y se lanzó a trepar aceleradamente. Llegado a varios metros de altura, vaciló, pareció que iba a resbalar hacia abajo, pero se aferró con las uñas a una rugosidad de la pared. Allí incrustó la primera bayoneta, puso un pie en ella y tiró de la cuerda, izando las que habían sido atadas previamente. Clavó la segunda medio metro más arriba y afirmó el otro pie sobre su hoja. Y así, en zigzag, fue incrustándolas más y más arriba. Cuando dejó libres los primeros escalones, le siguió Torreblanca y poco después Carmen Vilches. El comandante se quedó para el último, a fin de ir ordenando la ascensión de los soldados. En silencio absoluto, pálidos pero decididos, éstos fueron trepando por la frágil escalerilla de cuchillos.

Nunca las guerras de América han visto otra hazaña semejante. Mirados desde la distancia, de día claro, se habría visto a la segunda compañía como una culebra elevándose en vertical por la escala de puñales.

Pronto llegaron las demás compañías a la base del escalamiento y comenzaron a utilizar el mismo camino. Pero cuando lo hacían, inesperadamente estalló un cañonazo, en mitad de la altura del

picacho Punta de los Ángeles, en una estrecha explanada llamada «El Púlpito». Allí los enemigos habían emplazado una pequeña batería, y disparaban tras avistar a los del «2.º de Línea» y del «Zapadores» que flanqueaban el montículo por la izquierda.

Eran las cinco de la mañana y el general Baquedano acababa de frenar su caballo en Tambolongo, frente al centro del peñón Punta de los Ángeles. Tras él llegaban el batallón «Bulnes» y parte del regimiento «Santiago», junto con una pequeña escolta de caballería. El general, que aguardaba el alba para dar la orden de ataque, se revolvió contrariado sobre la silla de su cabalgadura.

—¡Maldición! Esos condenados han abierto fuego sobre el «2.º de Línea» y el «Zapadores». Esto echa por tierra mi plan. El combate no debía haberse empeñado hasta que los atacameños llegaran a la cumbre.

A la batería de «El Púlpito» se sumaban ya las de la cumbre, en un nutrido fuego de fusilería. Los del «2.º de Línea» estaban corriendo un grave peligro; los fusilaban desde lo alto, sin que pudieran contestar el fuego.

—¡Van a hacer pedazos a la tropa de Estanislao del Canto! —bramó el general. Volviéndose a uno de sus ayudantes, le gritó—: ¡Mayor Dublé, que la artillería empiece a cañonear a esos macacos de la cumbre y de «El Púlpito»!

Al mismo tiempo que el mayor Dublé Almeyda se alejaba al galope de su caballo hacia el lugar en donde el comandante Novoa había emplazado su artillería, el general dio orden al «Santiago» y al «Bulnes» de que avanzaran de frente hacia el peñón. La batalla se generalizó en pocos minutos en los sectores del frente y la derecha de Punta de los Ángeles. Pero las miradas inquietas del general Baquedano iban una y otra vez hacia la ladera vertical del cerro Estuquiña. ¿Qué habría ocurrido al «Atacama»? ¿Por qué no se hacía notar?

La segunda compañía del batallón minero iba llegando a la cumbre del Estuquiña en esos momentos. Jadeantes, el cabo Belisario Mardones y el teniente Torreblanca conquistaban los últimos metros de roca. Debajo de ellos se sentían el sofocado alentar de Carmen Vilches y los gruñidos de la fila de hombres que se suspendía sobre la ladera. Por fin, el cabo guía estiró el brazo derecho y sus dedos duros se engarfiaron en el borde del muro

rocoso. Haciendo un esfuerzo titánico se izó en una flexión del brazo que le hinchó desmesuradamente el bíceps y se arrojó de bruces sobre la meseta superior. Había llegado, había completado la gigantesca empresa. Sin perder tiempo, echó la cuerda hacia abajo para que se ayudaran los demás compañeros y extendió su brazo al teniente Torreblanca.

—¡Arriba, mi teniente! ¡Ahora!

Torreblanca quedó de barriga a su lado. Mientras el cabo seguía ayudando a los que venían detrás, se movilizó a gatas por un último trecho de ladera, hasta asomar la cabeza en la parte más alta. Desde ahí dominaba perfectamente las cimas de los tres picachos y las fortificaciones enemigas. Habían aparecido por detrás de las casamatas que los peruanos mantenían en la cumbre de Punta de los Ángeles. Para llegar allí deberían atravesar una delgada cuchilla de roca que, a modo de puente, unía las dos cimas.

Los soldados del «Atacama» desbordaban la meseta superior del Estuquiña y se iban repartiendo junto al teniente Torreblanca. Pero tres de ellos cometieron la imprudencia de ponerse de pie y fueron avistados por los centinelas de la fortificación de Punta de los Ángeles. Inmediatamente una ráfaga de fusilería rasó la cumbre del Estuquiña.

—¡Al suelo, idiotas! —gritó Torreblanca, mientras las balas seguían zumbando por sobre sus cabezas.

Del vientre de las casamatas enemigas surgieron decenas de peruanos disparando en dirección a la cuchilla que separaba los dos cerros, con el evidente propósito de llegar al Estuquiña y repeler a los chilenos, arrojándolos al precipicio. Pero ya habían llegado arriba casi todos los componentes de la compañía de Torreblanca y, aunque agotados, descolgaban sus fusiles y respondían al fuego. El último en subir fue el comandante Martínez, quien recogió en un atado todas las bayonetas. Lanzándolas junto a los soldados, les gritó:

—¡Pasen todos por aquí y recojan bayonetas! ¡Tenemos que cambiar de posición para desviar el fuego hacia otro lado y puedan subir las demás compañías!

Desfilando a la carrera, los atacameños fueron recogiendo sus yataganes y, manteniendo un fuego continuo, se adelantaron hacia la cuchilla que unía los cerros. Entretanto, las demás compañías del

batallón iban terminando el ascenso y ocupaban posiciones sobre la meseta. A las seis de la mañana estaban todas sobre la cumbre del Estuquiña y sus proyectiles convertían a la fortificación de Punta de los Ángeles en un infierno.

Finalmente, la segunda compañía del «Atacama» enfrentó la cuchilla divisoria de los picachos y estuvo en posición de lanzarse al ataque cuerpo a cuerpo. El comandante Martínez se puso súbitamente de pie y alzando su sable gritó la orden electrizante:

—¡Valientes de Atacama, calar bayonetas!… ¡A degüello…, carrera, marrr!

Enardecidos, los mineros se lanzaron a la carrera por el puente de roca. Ululando como los araucanos, entraron a la meseta en que se asentaban las fortificaciones enemigas y se desparramaron en torno a ellas, baleando, pinchando, tajeando. Pronto uno de ellos cogió una antorcha y prendió fuego a un cobertizo en donde se guardaban municiones. Sobrevino una explosión que desde el llano se vio como si el picacho hiciera erupción y todo el campo de lucha quedó alumbrado con una luz rojiza que hacía más impresionante las figuras rabiosas de los atacameños.

El coronel Andrés Gamarra, que comandaba la defensa de Punta de los Ángeles, se dirigía en esos momentos con sus fuerzas de reserva a aniquilar a los regimientos «Santiago» y «2.º de Línea», que presionaban sobre la ladera derecha del picacho, pero al percatarse de la ola arrolladora de mineros que invadían la cumbre, tuvo que girar, con el propósito de contener a los asaltantes. Pero no había poder humano capaz de atajar a los fornidos barreteros de Atacama. Al primer choque perforaron los débiles murallones de paja y barro que servían de parapeto a los soldados del «Inmortales de Grau»; luego siguieron hacia adelante, clavando contra los muros y contra el suelo a todos los que se les oponían.

Bastaron unos pocos minutos de refriega cuerpo a cuerpo para que los defensores comprendieran que jamás podrían oponerse a esos terribles combatientes. Con gritos de alerta a los que ocupaban las otras posiciones, huyeron a la carrera hacia la Pampa del Arrastrado, continuación de la meseta de la cumbre hacia el oriente y única salida que les quedaba libre.

El teniente Torreblanca alzó sobre su cabeza el fusil con la bayoneta tinta en sangre y gritó la orden de seguirlos. Ebrios de

sangre, los mineros hicieron una conversión y continuaron persiguiendo a los enemigos. Torreblanca se quedó un momento atrás y retuvo a su lado al cabo Belisario Mardones, el portador de la bandera de Chile. A saltos treparon sobre la casamata más alta y ahí clavaron la enseña. Enseguida, la artillería chilena suspendió sus fuegos, comprendiendo que el «Atacama» había conseguido la victoria. El general Baquedano agitó una banderola y el escuadrón de «Cazadores», que se mantenía a la expectativa al costado del peñón, se lanzó al galope a cortar la retirada a los hombres del coronel Gamarra. Mientras, los regimientos «Santiago» y «2.º de Línea» se aprestaron para recibir el choque de los que huían del Punta de los Ángeles. Pero aquello hubiera sido como pretender frenar un alud despeñado desde lo alto de una montaña. Las tropas peruanas, precipitadas a la carrera, penetraron con la fuerza de un ariete en sus filas, las perforaron y siguieron huyendo hacia el oriente, en dirección de la aldea de Yacango y del pueblo de Torata.

La caballería intentó, a su turno, cortarles el paso. Pero las tropas peruanas tomaron por un terreno quebrado por zanjas, riscos, subidas y bajadas, que hicieron imposible la acción de los cazadores.

—¡Por mil diablos! —blasfemó el general Baquedano—. ¿Cómo puede fallar por tonterías un plan tan bien concebido? Prisioneros los quería…, prisioneros a todos.

Pero aún quedaban esperanzas de que se cumpliera su deseo. La caballería insistía en la persecución, flanqueando los cerros en busca de una oportunidad que le permitiera caer sobre la columna en retirada.

—¡Que los persigan hasta el concho del mundo! —había gritado el general Baquedano a su ayudante, el mayor Diego Dublé, antes de comenzar a subir hasta la cumbre del picacho Punta de los Ángeles. Desde lo alto vigilaba con sus anteojos de campaña que su orden se cumpliera. Cuando ya perseguidos y perseguidores se perdieron en la distancia, se volvió hacia los soldados del «Atacama», que descansaban del titánico esfuerzo hecho para apoderarse de la fortificación enemiga, y fue estrechando la diestra de los jefes y oficiales. Y con un abrazo a un soldado, felicitó a todo el batallón.

El parte de la batalla, que envió al ministro Sotomayor, que

todavía no se había embarcado hacia Iquique, trasuntaba la admiración del general por los bravos mineros:

> … *Réstame hacer presente a V. S. que la conducta de todos los elementos del batallón «Atacama»* —decía en uno de los párrafos finales—*, tanto oficiales como tropa, me merece los mayores elogios por la constancia, energía y valor que desplegaron durante los sucesos de la noche. Dignos de especial mención son el teniente señor Rafael Torreblanca, el capitán Gregorio Ramírez, teniente Antonio María López y subtenientes Abraham Becerra y Walterio Martínez, que fueron los primeros en dominar la cima del cerro Estuquiña. Como un deber de gratitud y un ejemplo de estímulo recomiendo a V. S. muy particularmente al teniente Torreblanca, quien en las tres acciones de guerra en que ha tenido la gloria de actuar el batallón se ha distinguido por su valor y sus buenos acuerdos. En esta virtud, le pido el inmediato ascenso de este oficial para capitán del cuerpo. También creo un deber de mi parte hacer presente a V. S. que los méritos contraídos por la cantinera Carmen Vilches durante la penosa jornada de Hospicio al valle, dando agua y atendiendo a los que caían rendidos por la fatiga, como igualmente peleando en el asalto de la Cuesta de los Ángeles con su rifle e infundiendo ánimo a las tropas con su presencia y singular arrojo, obligan nuestra gratitud y la hacen acreedora a un premio especial…*

Tan pronto el ministro Sotomayor y el general Escala leyeron este parte de guerra concedieron los ascensos solicitados; Rafael Torreblanca paso al grado de capitán de su batallón y Carmen Vilches llegó a ser sargento.

Aun cuando el general Escala insistía en su actitud despegada hacia el ministro, éste consideró que su presencia era necesaria en Moquegua y lo invitó a viajar con él en el mismo tren. Así lo hicieron, y en una impresionante ceremonia, en la que formó toda la división que había conquistado Moquegua, el ministro Sotomayor rindió público tributo de admiración a los valientes mineros atacameños.

Pese a que en sus frases no recordó a los jinetes de la caballería, el general Baquedano le agradeció entusiastamente.

—¡Magnífico gesto, ministro! —le repitió varias veces—. Los soldados necesitan que se reconozca su valor cuando son temerarios y se los estimule con honores con tanta prodigalidad como se los castiga y degrada cuando actúan como cobardes.

Sin darse cuenta, el general Baquedano actuaba y opinaba ya como el jefe indiscutido; y no porque él buscara aparentarlo, sino porque los hechos y la situación lo mostraban como el más capaz.

—Sólo ahora estamos comenzando a enfrentar la guerra, ministro —dijo a Sotomayor, cuando terminó la ceremonia pública —. Déjeme que los guíe un tiempo más y los llevo hasta las cumbres más defendidas del territorio enemigo… y sin parar…, terminando «a la carrera, marrrr» esta guerra tan desventurada, pero tan virilmente hermosa.

El general Baquedano estaba enardecido. Su caballería había limpiado por completo todo el territorio. Los enemigos fueron perseguidos primero hasta Yacango, después hasta Torata. Allí se plegó a la columna en retirada todo el pueblo civil y la fuga fue en masa. Enseguida fueron despejadas las aldeas de Chuculai, Chilligua y Carumas. No quedó un solo foco de peligro en todo el camino de Ilubaya. Por boca de algunos prisioneros se supo que el coronel Andrés Gamarra se había replegado con sus fuerzas diezmadas hacia Paucarpata, con la intención de comunicarse con su Gobierno. Limpia de enemigos la región, ya podía el ejército chileno lanzarse hacia el sur, a través de Locumba, el Sama y Tacna. Ésa era la meta que se fijaba el general Baquedano: Tacna.

Lamentablemente, la acción anhelada no pudo ser iniciada al momento. Un telegrama llegado desde Pacocha avisó al ministro que estaba en la bahía el vapor *Copiapó*, que se dirigía hacia el sur. Sotomayor regresó a la costa con la intención de embarcar en él llevándose al coronel Lagos, para alejarlo del brazo autoritario del general Escala. Pensaba que así conseguiría pacificar los ánimos y hacer posible el nombramiento de un jefe de Estado Mayor que satisficiera a todos.

Pero el general al enterarse de esa orden estalló rabiosamente:

—Pero ¿qué se ha creído ese señor? ¿Cómo se faculta a sí mismo para dictar órdenes removiendo a los jefes del ejército sin recabar

mi autorización? ¿Soy yo o es él el general en jefe?

Acto seguido, dictó otra orden en la que prohibía al coronel Lagos y su ayudante, el capitán Julio Argomedo, se movieran, por motivo alguno, de sus puestos.

Aquélla fue la chispa que generó el incendio definitivo. El ministro Sotomayor, colmada su paciencia, le contestó con un oficio tajante:

> *25 de marzo de 1880.*
> *Es notorio para todos que el coronel don Pedro Lagos dejó de ejercer las funciones de jefe del Estado Mayor desde la fecha de su renuncia. En cuanto a ésta, como V. S. no ha tenido a bien ponerla en mi conocimiento, nada he podido proveer sobre ella. De haberla conocido oficialmente me habría apresurado a aceptársela, porque desde tiempo atrás vengo viendo que su presencia al frente del Estado Mayor y la de V. S. al frente del ejército son enteramente incompatibles.*
>
> *Así, pues, como el buen servicio del ejército exige que el coronel Lagos marche al sur, reitero a V. S. la orden contenida en mi nota de hoy, agregándole que el vapor en que debe ir parte en media hora más. En cuanto al capitán don Julio Argomedo, que también va al sur, considérelo V. S. como oficial que está con licencia concedida por el infrascrito, hasta que el Gobierno resuelva lo conveniente sobre el destino que deba dársele.*

El tono categórico de esta comunicación puso al rojo la irritación del general en jefe, quien dictó a su ayudante, el teniente coronel Justiniano Zubiría, una airada dimisión.

El ministro recibió una copia de la renuncia, la guardó en su cartera de documentos y embarcó hacia Iquique junto con el coronel Lagos y el capitán Argomedo. Permaneció en aquel puerto desde el 26 de marzo hasta el 3 de abril, manteniéndose todo el tiempo en comunicación telegráfica con el presidente Aníbal Pinto y su Gabinete.

La dimisión del general Escala, que éste mando cursar también por telégrafo, por intermedio del capitán de navío Patricio Lynch, formó parte del apretado expediente que se manoseó con

vertiginosidad en aquellos días. El tono violentísimo en que estaba concebida exhibía claramente la vieja animadversión que sentía el general por Sotomayor.

Pero ya el vaso de la tolerancia estaba rebasado. En ajetreos febriles comenzaron a barajarse nombres para cubrir los cargos de general en jefe y jefe del Estado Mayor. Lógicamente, destacado por la luz de su reciente victoria, el nombre del general Manuel Baquedano fue el más visible desde el primer momento.

Entretanto, el general Escala intentaba echar pie atrás en su decisión, para lo cual ofreció al coronel Amengual el cargo de jefe de Estado Mayor.

—Tengo el compromiso de llevar al ejército hasta la victoria final —le argumentó—, y temo que entreguen el mando a otro que no reúna los conocimientos y la experiencia necesarios. Escúchame, Santiago. Es poco lo que pido para conseguir esa victoria. Tan sólo necesito tener a mi lado a un buen soldado, a un hábil jefe de Estado Mayor. Tú podrías serlo, eres el único que puede devolver la disciplina al ejército y restablecer el respeto a la jerarquía.

El coronel se mordió el bigote cano, pensativo, pero no tardó en responderle:

—Erasmo, ya te lo he dicho: no me gusta el cargo de jefe de Estado Mayor. Soy soldado de acción, no sirvo para hacer croquis y estudiar planes sobre un escritorio. Además, quiero mucho a mis hombres, me agrada ir al frente de ellos con el sable desnudo. Por nada del mundo me dejaría arrebatar ese placer ahora que sé que vamos a partir contra Tacna. Tú mismo me has hecho llegar la orden de partir mañana de Pacocha, marchar hasta Hospicio y torcer desde allí hacia Tacna.

El general no se resignó a renunciar a su propósito y lo tentó con las charreteras de general.

El coronel Amengual lo analizó con una lenta mirada de sus ojos grises y el general comprendió que había estropeado toda posibilidad de ganarlo para su causa. No le extrañó, pues, cuando en la próxima mañana recibió una nota que expresaba:

> *Gran esfuerzo tengo que hacer sobre mí mismo, amigo Escala, para no aceptar el cargo de jefe de Estado Mayor que has tenido a bien ofrecerme. Pero debo ser franco con el antiguo compañero de armas: nadie duraría en aquel*

puesto, estando las cosas como están; sería estéril mi sacrificio y me ganaría muchas enemistades, sin conseguir con esto ayudarte. Te ruego comprendas mi punto de vista y cuánta razón me asiste. Te saluda con todo afecto tu amigo y siempre servidor.

SANTIAGO AMENGUAL.

El general murmuró para sí:

—Otro más. Esto es definitivo.

Minutos más tarde entró al despacho el comandante Vergara, anunciando que el capitán de un vapor que acababa de entrar en la bahía avisaba que el ministro Sotomayor regresaba de Iquique en otro barco que arribaría al día siguiente:

—Pues, no quiero encontrarme aquí cuando llegue ese señor —discurrió el general acremente—. Parto hoy mismo a Santiago. ¿Está aún el vapor *Mendoza* en el puerto?

El coronel Vergara lo miró y se rascó la barba con gesto ambiguo.

—¿Desaprueba mi determinación, coronel?

—No. Pero creo que no volverá a proseguir la campaña, mi general.

El general se irguió como si lo hubieran pinchado.

—¿Ah, sí? Luego usted, señor, está al corriente de los secretos y los planes del Gobierno y sabe que se ha resuelto sacrificarme.

—No, mi general, pero conozco bastante las leyes de los acontecimientos humanos para decirle, sin temor a equivocarme, que entre el ministro, que representa el poder y la autoridad del Gobierno, y usted, el Gobierno apoyará al primero. Sería preciso, para que sucediera lo contrario, que el ministro no tuviera prestigio alguno, que no inspirara confianza ni estimación, y usted sabe lo que piensan de don Rafael el presidente y los demás miembros del Gabinete. Así es que usted debe hacerse el ánimo de quedarse en Chile.

—Allá lo veremos. Por supuesto, usted no me acompañará, ¿verdad?

—No, mi general, no tendría objeto.

—¡Hum, me abandonan todos! Pero ya verán que no me faltan buenos amigos en Santiago. Y se enterarán de que, por más que el

Gobierno quiera, no podrán quitarme el mando del ejército, porque la opinión pública saldrá en mi defensa y no lo tolerará.

Una hora más tarde, el general embarcaba en el vapor *Mendoza* y partía hacia Chile. No sólo pensaba afianzarse nuevamente en el cargo de general en jefe, sino también pedir la exoneración del ministro Sotomayor. Pero, cuando los barcos en que navegaban ambos personajes se cruzaron en el mar, ya la suerte estaba decidida. El Gobierno había autorizado al ministro para destituir al general Escala, reemplazándolo provisionalmente por el general Baquedano, a quien se le asignó un nuevo jefe de Estado Mayor, el coronel José Velásquez, comandante de la artillería.

Zanjado así el problema del mando, la campaña volvería a tomar nuevamente la velocidad requerida por la tropa fastidiada de tanta demora.

8

El asalto de Moquegua inició un período de actividad de todo el ejército expedicionario desembarcado en Pacocha. Las unidades comenzaron a distribuirse a lo largo del valle que se extiende desde la costa hasta la sierra, y los planes de campaña enfocaron el territorio abierto desde ese valle transversal hasta Tacna. Todo esto se produjo después del regreso del ministro Sotomayor desde Iquique, el 3 de abril de 1880.

Actuando de acuerdo con las últimas órdenes impartidas por el general Escala, la primera división, comandada por el coronel Amengual, había marchado hacia Hospicio, por la misma espantosa ruta del desierto en que sufrieron muerte y locura los soldados de la segunda división hacía apenas veinte días.

Mientras los esmeraldinos avanzaban penosamente hacia el interior, soportando los dardos de fuego del sol durante el día y el aguijón del frío durante la noche, el ministro Sotomayor volvía a preocuparse de la preparación de las enormes marchas que habría de realizar el ejército en su avance hacia Tacna. La misma noche de su regreso llamó al comandante José Francisco Vergara. Hubo un breve preámbulo en la conversación que sostuvieron. El ministro temía que el coronel de milicias estuviera herido por no haber sido nombrado jefe de Estado Mayor, pero el señor Vergara se apresuró a disuadirlo:

—Velásquez es un militar de carrera y yo soy un guerrero accidental, apenas un coronel de milicias cívicas —le dijo.

Sotomayor sonrió aliviado, y fue a inclinarse sobre un mapa que mantenía extendido en su escritorio.

—Don José Francisco, usted seguramente comprende que estamos al borde de la campaña más peligrosa —dijo a su

interlocutor—. Jamás pensamos que tendríamos que atacar Tacna y Arica. Ahora tenemos la certeza de que así tendrá que ser. Pero esa operación encierra problemas de muy ardua solución. ¿Comprende usted cuál es el principal de ellos?

—Salvar el terrible desierto que se extiende entre el valle de Moquegua y la línea de Tacna, ¿no es eso?

—Exactamente —reconoció el ministro—. Si en la breve marcha desde Pacocha a Hospicio fueron víctimas del desierto cuatro soldados que murieron, ocho que se volvieron locos, ochenta que quedaron inhabilitados para siempre y una división entera que anduvo errante y sedienta por las arenas, ¿qué podemos esperar que ocurra cuando sean 12 500 hombres los que lancemos al cruce de un desierto enormemente mayor y en cuyo término estarán esperando las líneas fortificadas enemigas?

—Todo dependerá de cómo se organice la distribución de aguadas y depósitos de víveres y municiones en el camino —opinó el coronel de milicias.

—¿No considera usted que será preciso establecer cuáles son los caminos, coronel?… ¿Cuáles son los más cortos, los menos expuestos, los más socorridos?… Para hacer este estudio tan valioso es que lo hemos elegido a usted.

El ministro había posado su diestra sobre el antebrazo izquierdo del aristócrata, y éste le agradeció la designación estrechándosela por el dorso.

—Usted sabe cómo me atraen esas exploraciones —le confesó—, qué satisfecho me siento a lomos de un buen caballo y frente a una partida de jinetes audaces. Ésa es la verdadera guerra, a mi entender.

—¡Bravo, amigo mío! —le celebró el señor Sotomayor con alegre entusiasmo—. Usted será el encargado de explorar con la caballería todos los valles y desiertos limítrofes de Tacna, y sus datos serán los que allanen el camino a nuestro ejército.

El ministro no estaba totalmente ayuno de datos sobre la comarca en estudio. En su escritorio se acumulaban variados informes proporcionados por algunos exploradores. Los capitanes Latham y Manuel Rodríguez habían estado realizando periódicas incursiones por los senderos que parten de Moquegua y de Hospicio hacia el sur; el coronel Pedro Lagos había explorado los que nacen

de Pacocha hacia el suroriente. Del mazo de croquis se podía desprender la existencia de tres rutas viables hacia Tacna. Una seguía la línea del ferrocarril hasta Hospicio, para descender desde ese punto hacia el sur, a través del desierto, cruzando por la aldea de Sitana, el valle de Locumba y el valle del Sama, que enfrenta Tacna. La segunda, llamada «de la costa», partía de Pacocha y, atravesando el desierto en diagonal hasta la aldea de Camiera, iba a empalmar con el camino de Hospicio en el valle de Locumba. La tercera ruta era mixta: por mar desde Pacocha a Ite; por tierra, a través del desierto, por el valle del Sama, hasta el pueblo de Yaras.

El coronel Vergara escuchó estas explicaciones del ministro inclinado sobre el mapa; concretó sus impresiones afirmando:

—Exploraré las tres rutas, comenzando por la más oriental, que es la que parte de Moquegua, en donde está actualmente la caballería del general Baquedano.

—Perfectamente. Pero poseo algunos antecedentes que quiero que conozca. Tenemos actualmente en Tacna y Arica a un grupo de agentes recientemente establecidos allí. Ellos son El Profesor, de quien usted seguramente algo habrá oído hablar, y dos agentes mujeres cuyos nombres…

El comandante Vergara las recordaba perfectamente.

—Iban confundidos con los miembros de una ambulancia que se dirigía hacia Tacna —expresó.

—Pues lograron cumplir su propósito, comandante —le completó el ministro—. Se infiltraron en el campo enemigo y ahora están ubicados en los siguientes campamentos: El Profesor, en el de Pocollay, lugar de concentración del ejército boliviano, a cinco kilómetros de Tacna; Leonora Latorre, en esta última ciudad, donde está el grueso del ejército peruano, y Elcira Carrasco en Arica, puerto por el cual pueden hacer salir los mensajes hasta los barcos de nuestra escuadra que lo bloquean.

La organización del espionaje estaba funcionando, otra vez, en forma perfecta. En uno de los informes enviados por El Profesor se revelaba que una nueva revuelta militar estremecía a Bolivia. Un coronel llamado Uladislao Silva, comandante de la guarnición de Viacha, se pronunció contra el general Narciso Campero, haciéndolo abandonar el poder y huir hasta Sicasica. Aquel mismo día, 12 de marzo, el nuevo dictador prometió a su pueblo que haría descender

su quinta división de ejército al desierto de Atacama para recuperar Antofagasta.

Aunque la baladronada sólo provocó una sonrisa desdeñosa en los jefes chilenos, de todos modos se comunicó la alarma a las guarniciones de la reserva que protegían la pampa.

Otro comunicado secreto enviado por Leonora Latorre narraba cómo la corbeta peruana *Unión* logró burlar los barcos bloqueadores y huir hacia el norte. Pero lo que más interesó al comandante Vergara fue el comentario que la agente hacía, en sus párrafos finales, de la atmósfera psicológica que reinaba en Tacna.

> *La inquina que existe entre el general Piérola, dictador de Lima, y el contralmirante Montero, jefe de Tacna, ha redundado en perjuicio del ejército peruano del sur —* advertía*— El general Piérola no sólo ha despojado al contralmirante de todo mando político en esta comarca, sino que le ha introducido en su cuartel general a uno de sus más fanáticos adeptos. Éste es un coronel llamado Solar, quien ha pasado a ocupar el cargo de prefecto, que desempeñaba el señor Carlos Zapata, personaje respetado por todo el mundo. Su destitución arbitraria ha agravado la pugna entre el nuevo prefecto y el contralmirante. Como consecuencia de ella, el ejército peruano está tan abandonado, que los soldados no tienen ni ropa ni zapatos, y se alimentan muy mal. Llega esta falta de recursos hasta el extremo de que no se ha podido proseguir el juicio militar contra el general Buendía por falta de papel. La única actividad bélica que se advierte en esta comarca es la que desarrolla un afamado guerrillero de apellido Albarracín, quien, al frente de cuatrocientos cincuenta jinetes, acaba de entrar al desierto que se extiende entre Tacna y el valle de Moquegua. Se sabe que sus paraderos más seguros serán los pueblos de Sama y Locumba.*

El comandante Vergara dejó de leer y se quedó con la mirada ausente y el ceño fruncido, como si tratara de recordar algo muy grave.

Entretanto el ministro le advertía:

—Su enemigo particular será ése, comandante, el coronel Albarracín. Tiene usted que barrerlo del desierto.

—Se hará, ministro, se hará —le repuso Vergara, distraído, y de pronto se dio una ligera palmada en la frente—. Don Rafael —le dijo—, acabo de recordar algo muy grave. El general Escala, antes de embarcarse, autorizó al teniente coronel Diego Dublé Almeyda y a una patrulla para que se internara en el desierto y explorara la ruta que nace de este pueblo y lleva a la quebrada de Locumba. Ellos partieron hace tres días, don Rafael.

El ministro no necesitó mayores explicaciones. Rápidamente hizo venir a su secretario y le ordenó que le consiguiera una nómina de los que formaban la patrulla que comandaba el teniente coronel Dublé. Mientras Máximo Lira iba en busca del dato requerido, Sotomayor imaginaba las consecuencias que tendría para la patrulla el encontrarse en mitad del desierto con la guerrilla del coronel Albarracín. Eso representaría la exterminación total de la avanzada chilena.

La lista que trajo el secretario no hizo más que confirmar la exigüidad de la fuerza que comandaba el teniente coronel Dublé. Iban con él su primo y ayudante el capitán Ramón Rojas Almeyda y el alférez Luis Almarza, el sargento Espinoza y 22 jinetes del escuadrón «Cazadores», además de un guía del «4.º de Línea».

El ministro no pensó el asunto mucho rato. Encaminándose a la puerta de la cámara, determinó:

—Venga conmigo a tierra, comandante. Es preciso mandar al desierto a un hombre hábil para que saque de allí a la patrulla de Dublé Almeyda. Telegrafiaré al general Baquedano para que confíe esta misión al capitán Manuel Rodríguez. Es el único que puede ubicar a los nuestros en esa inmensidad de arena y sacarlos antes de que caigan en las garras del guerrillero Albarracín.

Pero la respuesta telegráfica desde Moquegua anonadó al ministro. El capitán Rodríguez frente a un pelotón de cien granaderos había sido enviado el día anterior a perseguir al guerrillero Albarracín, de cuyos merodeos en torno a Moquegua se había tenido conocimiento. Pero la parte más grave que contenía el telegrama del general era su frase final: «Se sabe que Albarracín se repliega hacia el sur, sobre Locumba».

El comandante Vergara y el ministro se miraron consternados.

Aquello significaba que la propia partida de granaderos que comandaba el capitán Rodríguez iba empujando al guerrillero peruano sobre los 26 cazadores del teniente coronel Dublé Almeyda. No era necesario ser vidente para pronosticar el resultado. Y nada podían hacer ambos hombres para evitarlo.

Tendida de poniente a oriente, la quebrada de Locumba abría su profunda garganta exhibiendo una maraña de achaparrada vegetación, que alimenta el río que le da su nombre.

A las nueve de la mañana del 1.º de abril, después de cabalgar un día entero, la patrulla del teniente coronel Diego Dublé Almeyda terminaba de cruzar la franja de candentes arenas y comenzaban a descender al fondo de la quebrada. Aplacada la sed de hombres y bestias en el río, el jefe de patrulla dio orden de seguir la marcha y la pequeña columna fue remontando la quebrada hacia el oriente. Reconfortados los ánimos por la frescura del valle, llegaron hasta la hacienda de Cameara, donde los guías apresaron a dos paisanos, quienes les informaron que se encontraban a cinco leguas del pueblo de Locumba, para llegar al cual debían pasar antes por el caserío de Sitana. Por las declaraciones de los dos lugareños, por primera vez el teniente coronel Dublé Almeyda oyó el nombre del guerrillero Albarracín.

—¿Albarracín?… ¿Quién es ése? —preguntó sin darle importancia.

—Pues, un jefe, señor…, un gran jefe que viene de Tacna —tartamudeó uno de los prisioneros.

¡Tacna! Aprisionar a ese hombre que venía de las posiciones enemigas sería una valiosa faena.

—¿Cuántos hombres lleva consigo? —inquirió.

El cautivo que llevaba la voz cantante se decidió a mentir:

—Ciento cincuenta no más, señor —balbuceó—. Lo sé porque estuve en Locumba hace dos días apenas y ahí estaba, pues.

—¿De modo que se encuentra en Locumba?

—No, señor, ahora ya no. No hay quién no sepa que se fue para el oriente, a la aldea de Sagayo, porque en Locumba no hay pasto y los caballos no tenían qué comer, señor.

—¿Dónde queda esa aldea de Sagayo, cholo?

—Unas dos leguas más hacia la cordillera, pasado Locumba, señor. Siguiendo siempre por el fondo de la quebrada se llega a ella,

pues.

—¿No hay más fuerzas militares en Locumba?

—Setenta guardias nacionales había, señor. Pero me creo que se «deshacieron» porque no tenían rifles, pues.

El comandante Dublé Almeyda había sido siempre un jefe profundamente reflexivo, pese a la terca energía de su carácter. Sin embargo, aquella mañana procedió olvidando toda prudencia. Encandilado por el deseo de ser el primero en llegar a Locumba y con la insensata esperanza de aprisionar a ese guerrillero de apellido arábico, dio la orden de marcha hacia Sitana. Allí sus batidores capturaron a otro prisionero, un italiano. Flaco, alto, de rostro inofensivo, convenció al comandante Dublé de su perfecta neutralidad en el asunto de la guerra.

—Soy italiano, *signor*, ¿por qué habría de engañarlo? El tal Albarracín ha partido ayer para Sagayo y en Locumba no resta guarnición alguna.

—¿Y la guardia nacional?

Se ha dispersado, *signor*. Y le juro que los pobladores de Locumba van a agradecer a los soldados chilenos por llegar al pueblo. Los chinos se han sublevado, aprovechando que no hay guardias, y están robando en las casas y los almacenes.

La ansiedad volvió a cegar al comandante Dublé. Agradeciendo al italiano por sus informes, picó espuelas a su caballo y lo enderezó en la dirección de Locumba.

El italiano entró rápidamente en una de las casuchas de Sitana y sostuvo una breve y misteriosa conversación con un muchacho indio.

—Corre a Locumba, a la casa del *signor* cura —le ordenó—. Preguntas por mi amigo Andrés. Está en la iglesia con un ayudante. Ve y dile que una patrulla chilena, de 27 hombres, va tranquila hacia Locumba.

Cuando el muchacho partió y salió de la quebrada para correr por el borde de ella y adelantarse a los jinetes chilenos, el italiano montó en su mula y tomó un sendero hacia el sur. Mientras se alejaba iba riéndose inconteniblemente.

Al paso descansado de los caballos, conversando algunos, otros fumando cigarros, iban los cazadores avanzando por entre los escarpados muros de la quebrada. A las once y media de la mañana

llegaron hasta la entrada de una huerta cuya casa mostraba su puerta y ventanas herméticamente cerradas. Sobre el pórtico de troncos campeaba un letrero que decía: «Finca Cornejo».

La patrulla se detuvo. Dublé comenzó a escribir un papel. Estaba en ese trabajo, cuando el «¡quién vive!» de un batidor avanzado y la respuesta miedosa de un hombre vinieron a interrumpirle. Segundos después apareció el cabo 1.º Juan Muñoz arreando a un individuo vestido.

Si en el ejército chileno hubiera existido la elemental precaución de detener a los personajes sospechosos que se descubrían durante la campaña, aquel hombre no hubiera estado allí, pues era justamente el mismo italiano que El Profesor descubrió como espía en Conde, el mismo que el capitán Manuel Rodríguez llevó prisionero al cuartel general de Pacocha y a quien el general Escala dejó en libertad, por considerarlo «un pobre emigrado».

Pero el comandante Dublé Almeyda no podía conocer esos antecedentes y se limitó a preguntar:

—¿Quién es ese hombre?

—Un gringo que pillé en el camino, mi coronel. Dice que es cónsul de Italia en Locumba y que venía a encontrarnos.

El rostro del italiano no mostraba miedo. Con gran dignidad insistió en que era el cónsul italiano y que se había adelantado por el camino para venir a pedirle que no hicieran daño a los pobladores indefensos de Locumba, que se aprestaban para recibir sumisamente a la fuerza chilena.

—Y los jinetes del guerrillero Albarracín, ¿dónde están? —le inquirió secamente el comandante Dublé.

—¡Oh, se fueron hacia Sagayo hace dos días! —dijo el italiano, sonriendo como si le produjera alivio la partida de esa tropa cerril.

—¿No hay guarnición militar en Locumba?

—¡Qué va a haber, *signor*! La guardia nacional se disolvió. Estamos viviendo desde hace dos días en peligro, porque los chinos se han revolucionado y andan buscando ocasión para saquear. Por esta causa, en nombre de los extranjeros que vivimos en Locumba, suplico entrar en la villa, en donde no sólo no encontrará resistencia, sino toda clase de consideraciones para los soldados chilenos.

—Está bien. Garantizo a usted que mis soldados no causarán

ningún daño a los pobladores. Pero, antes de entrar, quiero que las autoridades sepan que si oponen la menor resistencia a mis soldados o se atenta contra ellos, todos ustedes, extranjeros y naturales, cargarán con las consecuencias.

Volvió al papel que estaba escribiendo cuando trajeron al italiano y terminó de llenarlo. Luego se lo entregó al capitán Rojas Almeyda, diciéndole:

—Entre con este señor a Locumba y dé a conocer a las autoridades el contenido de esta nota.

—A su orden, mi coronel. Vamos, señor cónsul. Precédame.

El italiano hizo una ceremoniosa reverencia al comandante, y echó a andar a grandes zancadas. El capitán sacó la carabina del gancho de la montura y la cruzó sobre sus muslos. Enseguida puso su caballo en pos del curioso personaje.

La patrulla de cazadores quedó esperando frente a la Finca Cornejo. La mitad de los hombres fue autorizada para desmontar y rondar en torno a la casa, mientras la otra se mantenía en una floja vigilancia.

El capitán Rojas Almeyda entró en el pueblo con el ojo avizor y la carabina lista para disparar. Pero la quietud y soledad de la callejuela central, que conducía a la plaza, lo tranquilizaron. En el cuadrilátero florido, abierto frente a una descascarada capilla, se agrupaba un cierto número de mujeres y niños, además de unos pocos cholos y chinos, viejos y haraposos. Al aparecer el capitán, salió a la puerta del templo un cura alto y enjuto, de rostro muy atezado. Apoyado en una de las pilastras del pórtico contempló gravemente a los recién llegados. Interrogado por el capitán sobre quiénes eran las autoridades del pueblo, respondió que no las había, que se habían marchado el día anterior.

—Bien. Leeré entonces esta proclama en voz alta para que todos se enteren de ella y se atengan a sus disposiciones:

> *Señor gobernador militar o civil de Locumba.*
> *El que subscribe, comandante de las fuerzas chilenas que han llegado a este valle, pone en conocimiento de V. S. que, deseando pasar con ellas por el pueblo de Locumba, previene que ante cualquier acto hostil que los habitantes de este pueblo hagan a las fuerzas chilenas, será tratado el lugar como tomado a viva fuerza. Si el procedimiento es*

contrario, se dará a los habitantes toda clase de garantías. Espera la contestación de V. S. para entrar en el pueblo su atento servidor,

DIEGO DUBLÉ ALMEYDA.

Cuando terminó de leer, el capitán paseó su mirada sobre los que lo rodeaban, quienes lo observaban extáticos, como si no le hubieran entendido. El oficial se revolvió incómodo sobre la montura y hasta pensó en volver a leer la proclama; pero el cura rompió el pesado clima.

—Diga usted a su comandante que puede entrar en el pueblo con su tropa cuando lo estime conveniente, en la seguridad de que aquí sólo sabremos atenderlos —expresó—: Respondo por la sumisión de mis feligreses.

El capitán no esperó más. Se sentía incómodo bajo la mirada bovina de aquellas gentes.

El sacerdote lo observó alejarse con mirada rencorosa, y cuando estuvo distanciado hizo disgregarse al grupo.

El italiano entró en la capilla tras el cura, y tan pronto traspusieron la puerta lanzó una carcajada:

—¡Bravísimo, Andrés! Has representado el papel de cura como si hubieras profesado en el mismísimo Seminario Pontificio de Roma.

El falso sacerdote se limitó a preguntarle con sequedad:

—¿Mandaste el aviso al coronel Albarracín?

—Con el mismo mensajero que vino desde Sitana para advertirnos la llegada de esos insolentes invasores. Nuestro amigo Albarracín ya debe estar bajando de Sagayo con sus jinetes y caerá sobre esos bribones cuando estén más confiados.

—Tú, como párroco del pueblo, los invitarás a almorzar. Harás entrar a los jefes en la casa de Melchor Durante, que es la más abierta, y mientras les des tertulia ahí, yo conduciré a la gente de Albarracín por detrás de las tapias de las casas hasta rodearlos por completo. Será mi última misión en el desierto. Después regreso a Tacna a cobrar mi recompensa.

—Y yo también, Giuseppe —lo coreó el falso cura—. El contralmirante Montero tendrá que reconocernos el derecho a un descanso.

Al rato ambos hombres oyeron el tarareo lejano de una corneta.

Entonces Giuseppe Perotti hizo una mueca de cómico espanto y exclamó:

—¡Uyyy, ahí vienen los chilenos!

La patrulla del comandante Dublé entraba a la boca del lobo con la más imperdonable inocencia.

El cura y el italiano los vieron acercarse por la callejuela principal.

Curiosos y sonrientes, los soldados avanzaban, tratando de mirar a los interiores por las puertas y ventanas entornadas. Pero todas las mujeres que había visto el capitán Rojas se habían dado prisa en esconderse.

En la entrada de la iglesia los esperaba el cura solo; el otro, el italiano que se hacía pasar por cónsul, había desaparecido.

Sin el menor recelo, el comandante Dublé dio el «alto» y la patrulla se detuvo a la sombra del pequeño templo. Por rutina dispuso el establecimiento de cuatro centinelas, uno en cada esquina de la plaza, y otro en lo alto de la torre.

Éste, de no más de dieciséis años, entró en la capilla y dobló una rodilla, vuelto hacia el altar; enseguida trepó por la angosta escalerilla que remontaba al techo.

El comandante Dublé había inspeccionado los contornos desde su caballo y divisando un almacén en una esquina se encaminó a él con la intención de comprar algunos víveres para sus hombres. El capitán Rojas quedó con los cazadores y los autorizó para echar pie a tierra, aflojar un poco las cinchas de los caballos y ampararse a la sombra.

Estaban en esos menesteres, cuando el cura se acercó al oficial y con gesto obsequioso le dijo:

—Perdone usted, señor capitán… Ya que la autoridad está ausente…, desearía tomarme la libertad de ofrecer a ustedes, los tres oficiales que comandan esta patrulla, un modestísimo almuerzo, ya que es la hora que Dios ha dispuesto para reconfortar el organismo y… —rió con turbación, como excusándose por su atrevimiento.

El oficial le respondió con una sonrisa amable. En realidad, mucha falta les estaba haciendo un plato de comida caliente. Pero había que esperar la autorización del comandante.

El coronel Dublé no tardó en volver. Traía un paquete con diez

latas de sardinas y ocho libras de pan, que distribuyó entre los soldados. Entonces el cura le repitió su convite.

—Le ha apuntado usted medio a medio, padre —reconoció jovialmente el comandante.

—Pues doy gracias al cielo —celebró el cura, ya más en confianza—. Yo tomo pensión, es decir, hago mis comidas aquí al lado, en casa de mi buen amigo Melchor Durante. Cocina su esposa, una buena mujer, muy limpia… Tengo la seguridad de que ellos estarán contentísimos de poder ofrecerles una sabrosa cazuela de ave y unos vasos de vino de la zona.

El coronel aspiró profundamente el aire ante la sola mención de esos manjares.

—¡Hum, señor cura! Realmente no sabríamos cómo agradecerle. No esperábamos que en tierras enemigas…

El sacerdote lo interrumpió alzando piadosamente las manos ante él.

—Todos somos hermanos bajo la mirada de Dios —sentenció con hipocresía—. Entonces, ¿me hacen el honor de aceptar mi humilde ofrecimiento?

—Gustoso, señor cura.

Ni un brillo en los ojos, ni un gesto delató al espía.

—Está ahí, a la vuelta. Síganme, por favor.

Llamaron al alférez Almarza y al sargento Espinoza, y fueron en pos del sacerdote. Éste los condujo a una vieja casona ubicada casi en la esquina de la plaza, cuya entrada estaba a unos veinte metros de ella. Frente a la puerta ataron los caballos en una larga vara y el sargento Espinoza quedó cuidándolos.

En el medio de la sala había una tosca mesa redonda rodeada por silletas de asiento de paja entretejida. El comandante Dublé giró su mirada por la habitación, luego tomó asiento y sus subalternos lo imitaron.

El cura llamó hacia el interior y se presentaron un cholo de unos sesenta años y su mujer. Sumisamente acataron las instrucciones que éste les dio y volvieron a desaparecer por el interior. Entonces el falso párroco regresó junto a sus huéspedes y, cogiendo una garrafa de greda, les escanció vino en tres vasos y se excusó de no acompañarlos a beber.

No hablaron mucho. Hacía demasiado calor. Los oficiales

alcanzaron a beber dos o tres vasos de vino fresco antes de que aparecieran dos mujeres trayéndoles cazuelas en toscos platos. Tenían hambre y se concentraron absolutamente en la faena de engullir.

Entretanto, el italiano Perotti, que se había escondido en la última casa del pueblo, escuchaba en el patio al muchacho indio que le servía de ayudante.

—Ya llega el señor coronel Albarracín con sus jinetes, mi señor —le decía éste—. Lo alcancé cuando iba a partir hacia la sierra y volvieron bridas para acudir a tu llamado.

El espía se trepó sobre un montón de piedras y asomó la cabeza por sobre el muro. Efectivamente, por una revuelta del camino, invisibles para los vigías chilenos, avanzaban los guerrilleros serranos. Al frente venía el coronel Albarracín. Rechoncho, de rostro ancho e intensamente moreno, mostraba en la contracción de su ceño y en el brillo acerado de sus ojos pequeños una energía indomable, al par que una ferocidad ostensible.

—¡Coronel Albarracín! ¡Mi carísimo y valiente Gregorio! —lo saludó el italiano con gran entusiasmo.

—¿Llego a tiempo, Giuseppe? —se limitó a preguntarle al guerrillero, deteniendo su cabalgadura.

—Muy a tiempo, Gregorio —le respondió el espía y enseguida lo informó del número de soldados chilenos que rancheaban en la plazuela y del sitio en donde se encontraban los tres oficiales.

—Bien —aprobó el coronel—. Voy a desmontar a mis hombres y los haré rodear la plazuela entrando a las casas por las tapias traseras. Llegado el momento oportuno dispararemos sobre ellos a través de las ventanas.

—Y eliminar a los oficiales será más fácil —terció el italiano—. Yo guiaré a un grupo de tus hombres por la chacra y los haré tomar posiciones detrás de las higueras y las hortensias. Cuando tus guerrilleros comiencen a disparar sobre los que están en la plazuela, sus jefes se lanzarán a la calle. Entonces tú avanzarás con una veintena de jinetes a galope tendido por la calle principal. Ellos volverán a entrar en la casa y tratarán de huir por detrás. Allí será donde los fusile yo. ¿Te parece bien?

—Perfectamente. Voy a dar a mis tenientes las órdenes que correspondan.

—Espera un poco, Gregorio —lo atajó el italiano—. Andrés va a intentar dividir el grupo de enemigos, pidiendo a los jefes que le presten unos cuantos para cargar al cementerio a un vecino que murió esta mañana. Hemos impuesto a su viuda que tome parte en la farsa con que vamos a engañar a esos atrevidos. Cuando ya esté todo listo, Andrés me hará una seña. Uno de los hombres que estarán conmigo agitará una banderola desde la copa de una de las higueras y comenzarás el ataque. ¿Estás de acuerdo?

—De acuerdo, amigo —rió el guerrillero y fue al encuentro de sus jinetes.

El alférez Almarza terminó de comer antes que sus dos superiores y se asomó a la puerta de la calle, frente a la cual estaba el sargento Espinoza. También observó al corneta Candelario Ramírez que vigilaba desde la torre de la capilla. Cuando regresó al comedor, vio al cura que se había levantado y cuchicheaba con una mujer vieja que lloraba con expresión asustada. Lentamente se acercó a ellos.

—¿Qué pasa, señor cura? —terció el alférez.

—Ay, señor oficial. A esta pobre mujer se le ha muerto su marido y no encuentra modo de llevarlo al cementerio para darle sepultura.

El capitán Rojas Almeyda dejó la cuchara en el plato y levantó la cabeza.

—¿Dónde está el muerto? —preguntó.

—En una casa, a un centenar de metros de aquí —le contestó el cura, acercándose a la mesa—. Yo no me atrevo a pedirle el concurso de ustedes para una función tan desagradable —tartamudeó—, pero ya comprenderán ustedes la desoladora situación en que se halla esta infortunada y…

—Tal vez algunos de nuestros hombres podrían llevar el cajón al cementerio, mi comandante —interpuso el alférez Almarza.

El teniente coronel Dublé aprobó con naturalidad.

—Sí, alférez, hágame el favor de disponer que seis hombres acompañen a esa mujer hasta su casa y lleven el muerto al cementerio.

Obedecía ya el joven oficial cuando el capitán Rojas se volvió hacia la viuda y le preguntó:

—¿Cuánto tiempo hace que está muerto su marido, señora?

—Dos horas, mi señorito —le respondió la mujer, ofuscada por el sufrimiento.

El comandante Dublé miró extrañado a ella y al cura.

—¿Dos horas y ya quieren enterrarlo? —exclamó.

¡Oh, esta vieja no sabe lo que dice! —barbotó descontrolado el cura y en un tono que de todo tenía menos de sacerdotal. Pero, comprendiendo que había cometido un desliz, dulcificó su acento y aclaró—: Dos días ha querido expresar, sin duda.

Pero la mujer era demasiado tonta y vieja para poder seguirle la farsa y volvió a decir:

—Dos horitas no más, padrecito.

Dublé se puso lentamente de pie, recogió su quepis y su cinturón con el sable.

—Si hace dos horas que está muerto, no conviene enterrarlo todavía —afirmó gravemente—. Deben esperar hasta mañana.

El cura se dio cuenta del cambio de humor del jefe chileno y su nerviosidad fue visible.

—Ya oíste al señor comandante, mujer. Retírate —dijo con brusquedad a la viuda—. Bueno, ahora, con el permiso de ustedes, voy a salir un momento para encargar que les traigan unas tazas de café —agregó más calmado.

Sin dar tiempo a que los chilenos reaccionaran, salió apresuradamente al patio.

El capitán Rojas Almeyda se quedó mirándolo, intrigado.

—¿No le dio mala espina a usted esa historia del muerto? —preguntó a su superior.

Esa reflexión terminó de iluminarle el cerebro; el teniente coronel se abrochó de un golpe la hebilla del cinturón y calándose el quepis determinó con urgencia:

—¡Salgamos de aquí al momento! Presiento que estamos siendo emboscados.

Iban llegando a la puerta de calle, cuando el toque nervioso y lejano de una corneta los hizo estremecer. Era el toque de alarma y llegaba desde la capilla.

Simultáneamente, una impresionante descarga sacudió la

quietud de la atmósfera y pronto hubo un tableteo constante de la fusilería.

Sorprendidos en el sopor que les provocaron el rancho y el sol, los soldados chilenos tardaron en responder al fuego. Cuando consiguieron organizarse, ya había caído más de la mitad de ellos. Los restantes sólo pensaron en salir de la plazuela. Forcejeando con sus caballos espantados o heridos salieron de estampía en un desesperado «sálvese quien pueda».

Los tres jefes se lanzaron febrilmente hacia sus caballos. El capitán Rojas y el alférez Almarza partieron al galope hacia la plazuela con el propósito de ayudar a los cazadores. Pero el comandante Dublé no pudo zafar el nudo que ataba las riendas de su corcel a la vara y cuando lo cortó con un golpe de navaja la callejuela estaba enteramente nublada por la polvareda de las cabalgaduras de los chilenos y las de los guerrilleros de Albarracín que entraron al galope tendido. Envueltos por la granizada de balas que llovían de todos lados, el comandante y el sargento Espinoza, que había permanecido junto a él, se encontraron totalmente desorientados. Picando espuelas, se lanzaron hacia la plaza, pero antes de llegar el sargento gritó a su superior:

—¡No se meta ahí adentro, mi comandante! Los nuestros están diseminándose por las calles, tratando de salir del pueblo.

Galopando apegado a las casas, apareció un cabo de cazadores. Un manchón de sangre le coloreaba todo un lado del rostro. Era el cabo Muñoz. De un tirón de riendas frenó a su caballo junto al de su comandante y le dijo:

—Aquí morimos con usted, señor.

—¿Dónde están los demás, cabo Muñoz?

—Tratan de salir del pueblo. Pero muchos cayeron acribillados en la plaza. Y el corneta Ramírez está encerrado allá, en lo alto de la torre.

—Hay que salir de esta zona descubierta, mi comandante —le advirtió el sargento—. Nos están baleando de todas partes.

El caballo del cabo Muñoz fue alcanzado en la mitad del vientre.

—¡Salgamos del pueblo! —determinó el teniente coronel.

Pero al fondo de la calle un centenar de jinetes de Albarracín obstruían el paso.

—¡Rompamos la línea enemiga o nos hacen harneros! —bramó

el sargento y desenvainó el largo sable curvo de los cazadores.

Pero en ese instante el animal que montaba el cabo rodó por el suelo.

El hombre quedó revolcándose junto a la bestia. Pero, encogido en la tierra, tuvo ánimos para advertir a su jefe.

—¡Fuera del pueblo, mi comandante! ¡Hacia los cerros! ¡Hacia los cerros!

El jefe y el sargento lanzaron sus caballos a todo galope contra la muralla humana que les oponían los guerrilleros serranos. Tajando el aire con las hojas relumbrantes de sus sables, hendieron la línea enemiga y lograron romperla y salir al otro lado. Envueltos por el polvo y el zumbido de las balas se perdieron corriendo hacia los cerros.

Sólo ocho escaparon vivos de la celada de Locumba. Dieciocho cazadores, incluidos el capitán Rojas Almeyda y el alférez Almarza, quedaron destrozados en el campo del guerrillero Albarracín. Desde lo alto de un cerro se divisaba al corneta Candelario Ramírez, que colgaba cabeza abajo, doblado sobre el pretil del campanario de la capilla.

A las cinco de la madrugada del día siguiente, los ocho jinetes, destrozados física y moralmente, llegaron a La Rinconada, entre Hospicio y Moquegua. Después de abrevar los caballos continuaron marchando y llegaron a Hospicio a las nueve y media del 2 de abril. Allí les salió al encuentro una partida de veinte granaderos mandada por el capitán Manuel Rodríguez.

El comandante Dublé fue bajado del caballo por el propio capitán de exploradores, quien lo condujo hasta su tienda y lo ayudó a tenderse en las mantas. El ordenanza Gaspar Acosta le trajo una cantimplora con café caliente y lo hizo beber. El teniente coronel estaba como loco. Sólo hablaba de continuar la marcha para ir a entregarse a la justicia militar en Pacocha, pues se sentía culpable de la pérdida de los dieciocho cazadores. El capitán Rodríguez tuvo que emplear todo su poder de convicción y su energía para conseguir que el comandante dejara descansar a sus hombres una hora, y esperara el tren de Moquegua que los llevaría a Pacocha.

—Y no piense más en entregarse a la justicia militar, mi comandante —le aseguró rudamente—. Lo que tiene que hacer es

recuperar sus fuerzas y lanzarse otra vez al desierto para cobrarle la deuda a Albarracín.

—Si la justicia militar me absuelve, así lo haré, pierda usted cuidado, capitán.

El explorador no quiso oponerle nuevas objeciones. Para él aquel exceso de pundonor ocultaba en el fondo un asomo de debilidad; era la romántica y caballeresca forma de entender la guerra que primaba en muchos jefes. Él también disfrutaba del atractivo novelesco de las mil aventuras que deparaba la contienda, pero, llegado el momento de actuar, era firme, duro y deshumanizado como una máquina.

Como corroborando sus pensamientos, comenzaron a oírse los sones de una banda de músicos, por el oriente. Tocaban la inconfundible marcha *Adiós al 7.º de Línea*. No había lugar a equivocarse: era el regimiento «Esmeralda» que llegaba.

El capitán Rodríguez se asomó a la entrada de la tienda y con el rostro lleno de risa comentó al comandante Dublé:

—El coronel Amengual no pierde su soberbia costumbre de hacer entrar a sus hombres a todos los pueblos al son de bronces y tambores. Venían marchando desde Pacocha, acaban de hacer la misma travesía del desierto que costó tantas bajas a los regimientos que se tomaron Moquegua y, sin embargo, el «Esmeralda» llega tocando su himno. El viejo Amengual supo templar a su batallón de pijes.

El teniente coronel comprendió la velada recriminación. Se quitó la manta con que el ordenanza Acosta lo había cubierto y se puso de pie. Cuando el capitán Rodríguez salió a saludar a sus amigos del «Esmeralda», abandonó la tienda y se entregó a la tarea de redactar su información sobre la celada de Locumba.

El último párrafo del parte insistía sobre su determinación:

> *… al dar cuenta de mi cometido* —decía—*, ruego a V. S. se sirva solicitar del Cuartel General la orden para la instrucción de un sumario para la averiguación de los hechos que dejo relatados, pues creo que en toda operación militar en que se experimente el más ligero fracaso debe adoptarse este procedimiento, por las miles consideraciones que no escaparán a la experiencia de V. S.*

Baquedano estalló cuando se enteró de la pérdida de los dieciocho cazadores. Adoraba a sus jinetes.

—Lo haré someter a consejo de guerra y se le aplicará todo el rigor de la ley militar —barbotaba enfurecido.

—Más importante que castigar al comandante Dublé es buscar la forma de eliminar al guerrillero Albarracín, general —le corrigió serenamente Sotomayor.

—Las dos cosas, ministro, las dos cosas. El consejo de guerra me castiga aquí al comandante Dublé y mis jinetes salen inmediatamente a cazar a ese atrevido: ¡Comandante Vergara! —gritó colérico.

El requerido se presentó en el acto; enterado del desastre de Locumba se explicaba el enojo del general en jefe. Éste le indicó con un gesto brusco un mapa extendido sobre la mesa de trabajo.

—Aquí está Locumba —dijo, clavando uno de sus dedos en un lugar del mapa—. Vamos a considerarlo como el vértice de un triángulo cuyos otros dos vértices fueran Pacocha y Moquegua, y cuya hipotenusa será la vía férrea que une esos dos puntos. Pues bien, dentro de este triángulo debe quedar encerrado Albarracín. Vamos a cercarlo con nuestra caballería.

El plan del general Baquedano fue puesto en práctica inmediatamente. El comandante Vergara recibió orden de ponerse en marcha desde Moquegua, con los cazadores y granaderos, batiendo el desierto, a través de la aguada de Jagüey, hasta Locumba. El coronel Rafael Vargas, jefe del «Carabineros de Yungay N.º 2», saldría con su regimiento desde Pacocha, para cruzar el desierto en diagonal hasta el caserío de Cameara. Desde allí seguiría por el fondo de la quebrada hasta Locumba. Las dos fuerzas de caballería se juntarían en el pueblo que servía de base de operaciones a Albarracín y lo obligarían a retirarse hacia el centro del triángulo, en donde habría de estrellarse contra los infantes del «Esmeralda», que avanzarían desde Hospicio.

Al coronel Amengual le brillaron los ojos de contento cuando recibió la orden. Marchar hacia Locumba significaba adelantarlo hacia las líneas enemigas, tendidas un poco más al sur, protegiendo a Tacna. Pero la satisfacción le duró poco. Sin explicación de ninguna especie, llegó una contraorden del Cuartel General: el

regimiento encargado de combatir a Albarracín sería el «Buin». Aquel mismo 7 de abril se adentraron los «buines» en el arenal.

Fastidiado por aquel contraste, el viejo Amengual siguió adiestrando a los regimientos de su división: el «Esmeralda», el «Navales» y el «Chillán». Presentía que en cualquier momento recibiría la voz de ponerse en acción.

El 11 de abril regresaban de una práctica de tiro en guerrillas, cuando vieron venir desde el sur a dos jinetes que salían al galope del desierto. El coronel Amengual no detuvo la marcha de la columna, pero se cruzó frente a los que se aproximaban y dio el «quién vive» a sus conductores.

Eran el capitán Orrego Cortés, ayudante del coronel Vergara, y su ordenanza. Iban hacia Pacocha para comunicar los resultados de la persecución del guerrillero Albarracín al general Baquedano. Pese a las reservas con que se había manejado el asunto, el servicio de espionaje peruano pudo prevenir al guerrillero, y, cuando la caballería chilena llegó a Locumba, galopaba ya con sus serranos hacia la cordillera. El comandante Vergara lo persiguió hasta la aldea indígena de Mirave; Albarracín se remontó a los faldeos de la sierra. Ciento cincuenta granaderos fueron en pos de él hasta Ilabaya. El caudillo se lanzó a los desfiladeros de los Andes, y culebreando por senderos desconocidos, burló la persecución de los chilenos y bajó hacia el sur, abandonando definitivamente la comarca de Locumba. Junto con comunicar esta auspiciosa novedad, el comandante Vergara pedía al general Baquedano la entrega del mando de toda la caballería, para continuar la limpieza del territorio, incluyendo el ancho y fértil valle del río Sama.

—Pero el Sama está apenas a siete leguas al norte de Tacna —reflexionó el coronel Amengual.

—Exactamente, mi coronel —le confirmó el capitán Orrego Cortés—. Por eso es que mi comandante Vergara pide toda la caballería, para barrer a cuanto enemigo ande vagando en la comarca extendida entre estas líneas y las peruanas que defienden Tacna. Hecho esto, queda abierto el camino para que pasen nuestra infantería y nuestra artillería y caigan sobre esas posiciones enemigas.

¡Tacna! Ese nombre sonaba en los oídos del viejo coronel como una nota electrizante. En sus fortificaciones «sus niños»

encontrarían la tan anhelada oportunidad de demostrar lo que valían.

—¿Cómo les probó la travesía a los del «Buin»? —inquirió a su informante.

—Desastrosamente, mi coronel. Usted sabe que llevaban gran cantidad de carretas en las que transportaban estanques de agua que iban a dejar escalonados en la ruta, para que las demás divisiones hallaran bebederos cuando les tocase hacer el mismo camino. Pero las carretas se hundían hasta los ejes en la arena blanda, las mulas caían reventadas de cansancio. Fue preciso abandonar las carretas con los estanques de hierro, y a duras penas consiguieron establecer las barricas de madera.

—Bueno, sean de hierro o de madera, todos son estanques y en ellos encontrará agua la tropa —discurrió el coronel.

—Sí —admitió el capitán—. Pero lo ocurrido con las carretas encierra una advertencia muy grave: si no pudieron pasar las que llevaba el «Buin», y fue preciso sacrificar tanta mula y gastar tanto esfuerzo, ¿qué sucederá cuando se intente hacer la travesía con las pesadas cureñas de los cañones?

—Es verdad —reconoció el veterano, frunciendo el ceño—. Ese es asunto que corresponde resolver al coronel Velásquez. A mí lo que me interesa es que mi división pase el desierto en la mejor forma posible, y usted me va a ayudar, capitán. Venga a mi tienda y márqueme en el mapa todos los puntos difíciles de la ruta. Venga. Aprovecharé para convidarle unos vasos de ulpo fresco.

Estaban en esa tarea, cuando entró un tren ambulancia a la estación. Venía cargado de enfermeros, doctores, camillas y medicinas.

Pronto se difundió la razón de la marcha apresurada de ese tren hacia Moquegua. Se habían producido epidemias de paludismo y viruelas entre los soldados de la Segunda División, que mantenía el coronel Mauricio Muñoz en Moquegua. Veinte soldados de cada cien eran víctimas de las plagas.

El coronel Amengual no tuvo tiempo para impresionarse con la información. En ese mismo tren llegaba el capitán Dardignac, ayudante del general Baquedano, y traía la orden de movilización de los regimientos que mandaba el creador del «Esmeralda».

—¿Partir?… ¿Partir ya? —exclamó alegremente asombrado el

coronel.

—Sí, mi coronel. La Primera División debe ponerse en marcha mañana al alba y reunirse en Locumba con el «Buin» y la caballería. Irá fraccionada en dos porciones. El «Esmeralda» lo hará por la ruta de Sitana; los batallones «Navales» y «Chillán», por la aguada de Jagüey hasta Locumba.

El comandante Amengual estuvo toda aquella tarde radiante de satisfacción. Sonriendo paternalmente, sin descuidar la vigilancia, inspeccionó a hombres y materiales; luego veló porque todos los soldados se durmieran temprano, y a la mañana siguiente estaba en pie antes del toque de diana.

Con resonar de pitos y tambores se emprendió la marcha. Eran las cinco de la mañana del 12 de abril. El subteniente Alberto del Solar lo anotó en su diario de campaña. El regimiento de los pijes iba a entrar, por fin, en acción. El viejo Amengual los iba a meter en tantas batallas y en tanta aventura, que desde ese momento no tendrían descanso hasta llegar a la meta: la ciudad de Tacna.

El coronel Amengual viajó con el «Esmeralda» por la ruta de Sitana. Desde que empezaron a subir y bajar por las dunas del desierto su voz fue repitiendo atronadora y tajante:

—Nadie toma agua sin esperar una orden mía, ¿entendido? Ni aunque se les estén cayendo los dientes de sed. ¡Atentos los comandantes de compañías! Cinco planazos a quien se sorprenda tocando la cantimplora con la punta de los dedos siquiera.

La terminante prohibición bastó para que todos comenzaran a sentir sed, pero nadie se atrevió a desobedecer al «viejo».

La bahía de Ilo y el puerto de Pacocha eran un torbellino en aquellos días en que los regimientos se iban adentrando en el desierto. Docenas de barcos descargaban víveres, pertrechos y municiones, que cuadrillas de soldados de la Intendencia General iban reuniendo en el muelle o almacenando en barracas construidas a toda prisa. Los dos trenes habilitados por el ingeniero Federico Stuven entraban y salían continuamente, con destino a Hospicio y Moquegua, proveyendo a los diferentes cuerpos que acampaban junto a la línea férrea. La artillería de montaña comenzaba a ser

embarcada en los vagones que la transportarían hasta Hospicio, de acuerdo con la orden del general Baquedano. La Tercera y la Cuarta División esperaban la partida acampadas en el círculo en torno al poblado, rodeadas por tolderíos más pequeños que levantaban las cantineras y «camaradas» que llegaban desde Antofagasta, Iquique o Pisagua en los barcos de carga en que lograban esconderse.

El ministro Sotomayor, el general Baquedano y el coronel Velásquez trabajaban día y noche organizando la distribución de los cuerpos y de los elementos bélicos. El coronel Pedro Lagos ocupaba ya el cargo de Secretario General de la Comandancia en Jefe en Iquique y desde allí colaboraba con ellos.

Todo parecía marchar perfectamente hasta que llegó el capitán Orrego Cortés y comunicó al general en jefe y al ministro la información del comandante Vergara de que las carretas que llevaba el «Buin» no habían podido cruzar el desierto. La conclusión era que la artillería se quedaría atascada en la arena.

El general Baquedano se puso furioso.

—Cuando un general da una orden no deba anularla si existe una posibilidad siquiera de mantenerla —gruñó—. Yo ordené que se trasladara la artillería que tenemos en Pacocha y en Moquegua hasta Hospicio, para que desde allí sea arrastrada por el desierto a Locumba.

—Pero, general —argumento el ministro—: si las carretas del «Buin» no pudieron pasar…

—¡Bah, bah, bah! ¿Y qué haremos con los cañones entonces? ¿Los echamos al mar?

—Hay que encontrar otra ruta que sea practicable.

El comandante Vergara había estudiado esa posibilidad y expresaba sus conclusiones en el mismo comunicado. Explorando la zona comprendida entre el puerto de Ite y el valle del Sama, comprobó que la distancia que separa esos dos puntos es menos de la mitad de la distancia que existe entre Hospicio y Locumba.

—Podríamos conducir la artillería en barco hasta Ite —sugirió el coronel Velásquez—, desembarcarla allí y llevarla por tierra hasta el valle del Sama. Entretanto, la caballería y la infantería habrán avanzado más allá de Locumba y posiblemente se habrán apoderado del punto de nuestro destino.

Pero el general Baquedano era duro como el granito cuando se

trataba de hacerlo alterar sus decisiones.

—¡Para otras generaciones! ¡Para otras generaciones! —protestó —. He dicho que la artillería irá por tren hasta Hospicio y atravesará el desierto por la misma ruta que lleva ahora la Primera División.

Fue imposible hacerlo desistir. Para evitar un rompimiento entre él, el jefe de la artillería, y el coronel Velásquez, el ministro propuso enviar a un oficial experto para que estudiara el puerto de Ite y la senda que lo unía con el valle del Sama.

—Sea, sea —aceptó el general Baquedano—. Pero velen ustedes porque ese informe no demore mucho; de lo contrario, se me acabará la paciencia y partiré con la artillería hacia Hospicio. Estoy esperando únicamente saber que el coronel Amengual llegó con sus hombres a Locumba para poner en marcha las otras tres divisiones y los cañones.

En cuanto a la petición del comandante Vergara de que se le confiara la jefatura de toda la caballería, los tres jefes estuvieron de acuerdo en que no convenía arriesgar a la fuerza montada en una empresa tan audaz como lo planteado. La infantería estaba todavía demasiado retrasada y adelantar la caballería sola era exponerse a perderla. Por otra parte, era cosa sabida que los galopes por el desierto desgastan a las bestias.

Pero la discusión no terminó allí; el secretario del ministro, Máximo Lira, traía un mensaje urgente de la agente secreta Leonora Latorre. En él la joven informaba que el movimiento revolucionario producido en Bolivia había sido sofocado y que el coronel rebelde Uladislao Silva había sido apresado, recuperando el poder el general Narciso Campero.

—¡Magnífico! —celebró el general Baquedano—. Mientras menos se entiendan ellos, mejor para nuestra campaña.

Sotomayor, que había seguido leyendo para sí el mensaje, se interrumpió de pronto y llamó la atención de los generales:

—Un momento, señores; aquí viene una información valiosísima, que deben conocer. Escuchen:

> *La disputa por el mando superior de las fuerzas de la alianza se ha agriado en estos últimos días, trascendiendo al público. El tratado de alianza estipula que ambos ejércitos deben ser mandados por aquel de los presidentes,*

de Perú o Bolivia, que se encuentre en campaña, pero no explica quién debe tomar el mando en caso de que ninguno de los presidentes se encuentre aquí. El coronel Camacho, jefe de las fuerzas bolivianas acantonadas en el campo de Pocollay, vecino a Tacna, se ha subordinado a regañadientes al contralmirante Montero. Pero el problema de la defensa de esta zona, sobre el cual tienen encontradas opiniones, ha degenerado en una grave disputa entre ellos. El coronel Camacho estima que debe establecerse una línea defensiva en el valle del Sama. En cambio, el contralmirante Montero ha recibido órdenes de Lima de no moverse de Tacna y emplazar la línea defensiva en los extramuros, con el fin de proteger solamente a esta ciudad y a Arica. La tensión entre los dos comandos ha llegado a tal extremo, que El Profesor, nuestro agente en Pocollay, me informa hoy que el coronel Camacho se está preparando para salir por su cuenta con las tropas bolivianas y establecerlas en el valle del Sama, insubordinándose abiertamente contra el mando del contralmirante Montero. Si el avance del ejército boliviano se llevara a la práctica, ello podría provocar la ruptura de la alianza.

Esta noticia, que a simple vista parecía favorable, examinada más a fondo, los hizo alarmarse. El comandante Vergara se aprestaba a lanzarse con su caballería hasta el valle del Sama, pensando dar caza allí al guerrillero Albarracín; el regimiento «Buin» también iniciaría de un momento a otro su marcha desde Locumba al Sama: y la Primera División, mandada por el coronel Amengual, seguía ya por la misma ruta. Esas tres masas de soldados avanzaban confiadamente hacia el sur, ignorantes por completo de que podían topar de manos a boca nada menos que con la totalidad del ejercito boliviano, compuesto de 4000 hombres.

—Hay que prevenir a toda prisa a los comandantes de esas avanzadas —dispuso alarmado el ministro.

Peto el general Baquedano lo contuvo con un gruñido:

—¡No, no! ¿Hacerlos cruzar en sentido inverso el tremendo desierto que han tenido que vencer con tanto padecimiento? ¡Jamás! Lo que hay que hacer es distinto… Hay que mandarles más

fuerzas, iniciar la acción, desencadenar la guerra total.

El carácter resuelto del general quedó de manifiesto entonces. Cerrado a toda argumentación, dispuso que la Tercera División, mandada por el coronel Amunátegui, que aún se encontraba en Pacocha, debería partir cuanto antes hacia Locumba, y lo mismo debería hacer la Segunda División, del coronel Muñoz, que estaba en Moquegua.

—Pero, general, si sabemos que en la Segunda División se han producido graves epidemias de paludismo y viruela —le objetó el coronel Velásquez—. Casi el diez por ciento de los soldados está en los hospitales.

—Irán todos los que puedan tenerse en pie —insistió, implacable, el general en jefe—. El ejército en su totalidad debe avanzar a la carrera hacia Locumba.

Las órdenes correspondientes fueron impartidas con celeridad. Cuando ya comenzaban a ejecutarse, se les agregó el regimiento «Carabineros de Yungay N.º 1». Éste fue capturado en el transporte *Rímac*, pero acababa de ser canjeado por los prisioneros del *Huáscar* y estaba en Pisagua con su comandante Bulnes. Se le ordenó embarcarse en el primer transporte que pasara hacia el norte y que tomara tierra en el puerto de Ite. Desde allí se dirigiría al galope hacia el campo de operaciones del Sama.

Entretanto, el regimiento «Esmeralda» seguía cruzando el desierto por la ruta de Sitana, en dirección al valle de Locumba.

Envuelto por la nube de arena reseca que levantaban los pies de los soldados, Alberto Cobo apenas alcanzaba a divisar a los hombres de su compañía. A la cabeza de ella iba el capitán Florencio Baeza, seguido por el teniente Vicente Calvo. Junto a Cobo, en el flanco izquierdo de la formación, iba el subteniente Alberto del Solar.

Los hombres iban extenuados. El coronel Amengual les había concedido una marcha lenta, pero sin interrupción. Con las cabezas gachas y levantando apenas los pies, caminaban automáticamente.

Cobo se comportaba con intencionada crueldad. Conocía a sus hombres. Sabía que sostenían la marcha gracias a un esfuerzo titánico de la voluntad y que el mejor medio para obligarlos a

sobreponerse a la debilidad era irritarlos. El mismo procedimiento había empleado con su compañero Alberto del Solar en un momento que el subteniente se detuvo, incapaz de seguir andando.

Poco antes de llegar a una depresión del desierto, pasó el comandante Amengual recorriendo la columna en sentido inverso a la marcha.

—Un esfuercito más, mijos —pedía a los soldados—. La cabeza de la columna va descendiendo a una hondonada que se llama Río Seco. Allí les voy a dar dos horas para tenderse y dormir. Seguiremos marchando durante la noche, y verán que con el fresco es más fácil. Y a la aurora acamparemos a legua y media de Locumba, en la hacienda de un potentado enemigo llamado Mariano Pío Cornejo, al que en la región lo llaman «El Dios Chico». ¡Un empujoncito más, mis niños, y vamos a descansar como dioses chicos! Les prometo cazuela, medio litro de vino por cabeza y sueño a la sombra. Un día entero podrán dormir cuando lleguemos a esa hacienda.

Por fin, la columna descendió al fondo de Río Seco y se dio el alto. Los soldados se tumbaron como fardos, tal como estaban, sin quitarse ni siquiera el fusil que llevaban en bandolera.

—¡Creí que me iba a morir de cansado! —se quejó el subteniente Del Solar, haciendo un esfuerzo por quitarse las botas. Pero parecía tenerlas adheridas a la piel y desistió de su intento—. De aquí no me levantaré nunca.

El capitán Baeza lo remeció de un hombro:

—Subteniente Del Solar, levántese. Usted permanecerá de guardia en lo alto de aquel cerro hasta que reemprendamos la marcha.

El muchacho abrió los ojos y lo miró con una desesperada súplica, pero, rehaciéndose, se puso trabajosamente de pie.

—A su orden, mi capitán. Voy al momento.

Alberto Cobo tomó al capitán Baeza de un brazo y le rogó en voz baja:

—Del Solar ya no puede más, mi capitán. Permítame que yo lo reemplace y déjelo descansar.

No se pueden hacer concesiones, subteniente —le replicó el capitán con sequedad y tratando de mostrar energía, pero sin disimular su enorme cansancio—. En dos horas más proseguiremos

la marcha y llegaremos a Locumba —agregó—. Mi coronel Amengual venía pintándoles un panorama risueño, pero la realidad puede ser distinta. No olvidemos que allí cogieron en una trampa al coronel Dublé Almeyda. ¿Quién puede asegurarnos que no nos atraparán a nosotros también? Estamos en la guerra, subteniente; cada cual debe cumplir su deber.

—Sí, ya lo sé, ya lo sé —le admitió Cobo con amarga rebeldía—. Pero llega un momento en que el patriotismo no es capaz de vencer a la fatiga, y entonces… ¿Qué pasaría si nos esperaran enemigos en Locumba? ¿Tendría fuerzas para combatir Del Solar? ¿Las tendrían los centenares de soldados que están tan agotados como él?

El capitán calló un momento. Luego miró a Cobo y le respondió con voz ronca:

—Quiero creer que sabrían hacer fuerzas nuevas. No hablemos más de esto. Tiéndase, subteniente, y descanse lo que más pueda. En dos horas más seguiremos andando y estaremos frente a Locumba al amanecer.

Los soldados durmieron como leños durante las dos horas concedidas. En medio de un frío cruel, reemprendieron la marcha con las primeras luces de la aurora del 13 de abril.

Los centinelas gritaron el último alerta desde las colinas que encierran la cuenca y descendieron a la planicie para incorporarse al regimiento que se iba extendiendo sobre las amarillentas arenas.

Embrutecidos, avanzaron durante varias horas. Pero pronto se vio que sería imposible mantener aquella marcha terrible. El primer soldado que cayó fue uno de la segunda compañía del primer batallón, que mandaba el capitán Juan Aguirre. Dobló las rodillas y se tumbó de bruces, con el rostro hundido en la arena. El subteniente Ignacio Carrera Pinto se desvió para socorrerlo. Tomándolo por el cabello le levantó la cabeza. El soldado lloraba de impotencia. Subteniente y capitán se miraron y se mordieron los labios. Luego este último gritó una orden ronca y toda la compañía se tumbó en el suelo, con un quejido de alivio. Un rato después volvieron a emprender la marcha. El mismo procedimiento fueron usando los demás comandantes de compañías. El comandante Holley tuvo que ordenar a los sargentos que se desplegaran en línea en la retaguardia para impedir que fuesen quedando soldados rezagados.

Así marchó el «Esmeralda» durante todo el día 13. Subiendo y bajando, trasmontaron cuatro quebradas secas y entraron finalmente a una pampa que tenía una anchura de tres leguas. Al otro lado de ella, se divisaba el valle de Locumba.

Con las gargantas resecas y los párpados agrietados por el calor y la sal, los esmeraldinos sacaron fuerzas de la desesperación de su flaqueza y apresuraron el tranco.

Los caballos de los jefes, venteando el río y el pasto, comenzaron a trotar y la columna extenuada los siguió también trotando. Al morir el día, envueltos en la vaharada rojo sangre del ardiente crepúsculo, asomaron al borde del barranco. Abajo se divisaban las casuchas de la aldea de Sitana y, junto a ellas, ¡la cinta plateada del río!

Hombres y bestias se abalanzaron como posesos al agua. Con las cabezas totalmente sumergidas en la corriente, bebieron a grandes sorbos, hasta hartarse. Cuando aplacaron la angustia, les resucitó la alegría.

El coronel Amengual, con la guerrera abierta y chorreando agua, pasó por entre la gente dando voces alegres:

—¡A ver, mijos! Quitarse los calamorros para pasar una revista de pies. ¡Los capitanes de compañías, a revisar! Los soldados que tengan los pies llagados, a la derecha; los que los tengan sanos, ponerse de nuevo los zapatos y a la izquierda.

Toda la tropa, sentada sobre el pasto, procedió a aflojarse los cordones del calzado, en medio de las gruesas bromas y estrepitosas carcajadas.

—¡Chis! En cuanto me saque uno solo de los calamorros mato a *toítos* los zancudos que andan zumbando por aquí, mi teniente —cacareó el cabo Cardemil junto a Cobo.

El subteniente Del Solar se sobaba con amoroso cuidado los pies despellejados en las coyunturas. De pronto levantó la vista y se quedó mirando el lugar en que se encontraban.

—Oye, Alberto —dijo a Cobo—, mira, estamos en el verdadero paraíso terrenal.

Efectivamente, el valle era paradisíaco. Mezclados con frondosas encinas alzaban sus troncos esbeltos los cocoteros, los naranjos cargados de frutos dorados, los platanares llenos de plátanos amarillos. En la tierra barrosa vecina al agua se levantaban

interminables cañaverales, con largas flores sedosas que imitaban colas de zorro.

El capitán Florencio Baeza se acercó para cumplir la orden dada por el coronel.

—¡Atención, segunda compañía! —gritó con acento jocoso—. ¡Tenderse sobre los lomos! ¡Levantar las patas al aire…, marr!

Cumplida la revista, comenzó a disponerse el orden del campamento. El caserío de Sitana había sido abandonado por sus pobladores. Se lo rodeó con un doble anillo de centinelas y la tropa fue distribuida, por compañías, en las casuchas.

Los cocineros se esmeraron en el rancho de esa tarde.

Terminaron de comer pasadas las diez de la noche y el jolgorio fue aquietándose rápidamente. El cansancio reclamaba sus derechos y los hombres se dormían como piedras.

A la mañana siguiente, el regimiento tomó el camino de Locumba. Marchando por un sendero que culebreaba el barranco que encajonaba al río, avistaron las primeras casas cuando eran ya las once.

Descendiendo nuevamente al fondo del valle, tomaron posesión de la finca de «El Dios Chico». En la casa principal se ubicaron el comandante Amengual y los oficiales; la tropa se acomodó en las bodegas y el patio central.

Era una granja opulenta, con grandes bodegas repletas de vino y cereales. Por todas partes se veían instrumentos de labranza abandonados a toda prisa y en el repostero de la casa principal existía un alambique enorme y de gran lujo.

En el salón, dotado con muebles franceses de medallón y cortinajes de terciopelo, colgaban todavía los retratos de los antepasados del dueño de casa, destacándose en el centro un retrato al óleo de una mujer de gran belleza.

En el comedor, ante una mesa larguísima, de caoba maciza, almorzaron los oficiales, presididos por el coronel Amengual.

A la sobremesa, mientras expresaban su impaciencia por llegar cuanto antes a faena, oyeron el ruido de los cascos de una numerosa caballada que descendía desde el oriente por el interior del valle. Era un grupo de oficiales del «Cazadores» al mando del comandante José Francisco Vergara. Venían cansados y de pésimo humor.

—Hemos andado como persiguiendo fantasmas, coronel

Amengual —declaró el jefe de la caballería—. Parece que el guerrillero Albarracín llevara a sus hombres en caballos con alas. Se nos escurren y desaparecen como si fueran espectros.

El encono de los cazadores se debía especialmente a que, en su primer avance sobre Locumba, descubrieron los cadáveres de dieciocho de los cazadores que acompañaban al comandante Dublé Almeyda. Estaban amontonados en la plaza, humando una gigantesca pila, y habían sido quemados. Algunos prisioneros contaron que de toda la partida chilena que cayera en esa emboscada, sólo habían sido respetados el capitán Rojas Almeyda y el alférez Almarza, que fueron conducidos prisioneros a Tacna.

Infatigablemente, los cazadores habían seguido el rastro de los guerrilleros, pero habían terminado por perderlo. Su inesperada aparición en Locumba se debía a que perseguían una partida de chinos, siervos de la guerrilla serrana, que vagaban por las proximidades del valle.

Les íbamos dando alcance cuando nos enteramos de que ustedes habían llegado a esta finca —siguió explicando el comandante Vergara, mientras bebía con avidez un segundo vaso de vino—. Dejé a la tropa al mando del capitán Rodríguez, y pasé a saludarlos. Necesito saber si ustedes han recibido orden de seguir avanzando hacia el valle del Sama.

—No se nos ha dicho nada al respecto —le confesó el coronel Amengual—. Mis instrucciones se limitan a levantar el campamento aquí, en Locumba, y esperar que se nos reúnan las demás divisiones. Entiendo que antes de proseguir hacia Sama la caballería tendrá que despejarnos el camino.

El comandante Vergara asintió vigorosamente. Había propuesto a la Comandancia General que le permitieran apoderarse de los tres poblados del Sama. Pero esperaba todavía la aprobación de su plan. Requerido por el coronel Amengual, les hizo una somera descripción del valle en que estaban emplazados esos pueblos. Ellos eran los de Buenavista y Yaras, en la ribera norte del río, y Sama, en la otra orilla, veinte kilómetros más hacia la cordillera. Buenavista era el caserío de mayor valor estratégico, por estar ubicado sobre el camino real hacia Tacna y a siete leguas exactas de esta ciudad. Allí era, según su opinión, en donde debía establecerse el núcleo de la línea chilena.

Poco más de media hora después, aparecieron las patrullas del «Cazadores» que perseguían a los chinos. Los habían encontrado escondidos en un membrillar, algo más al oriente. Los prisioneros eran una veintena de hombrecillos empavorecidos y maltrechos. Los cazadores los rodeaban en el patio de la finca, cuando salieron el comandante Vergara y el coronel Amengual para interrogarlos. El capitán Rodríguez hizo avanzar al más viejo de los chinos.

—Éste, que es el que guiaba a los fugitivos, parece ser el más enterado, mi comandante.

Vergara curvó entre sus manos su fusta de cuero y dijo al oriental, con acento amenazante:

—Vas a decirme cuanto sepas, chino endemoniado, o te arranco el pellejo a latigazos. Tú estabas con Albarracín, ¿verdad?

El chino, arrodillado en tierra, comenzó a explicarse en tono plañidero. El guerrillero peruano había hecho una leva forzosa de chinos en todas las plantaciones y los obligaba a cuidarles los caballos y a transportar sobre sus espaldas barriles con agua. Su voz atiplada y gangosa fue narrando las penurias que les significó aquella esclavitud. El comandante Vergara tuvo que sacudirle un puntapié para interrumpirlo.

—¿Dónde se separaron ustedes de la guerrilla de Albarracín? —le preguntó.

—En el *caselío* de *Coluca*, mi *señol*.

Coruca, según el capitán Manuel Rodríguez, era la aldea más avanzada hacia la cordillera de todas las que existían dentro del valle del Sama.

El comandante Vergara calculó mentalmente la trayectoria seguida por la guerrilla peruana. El dato proporcionado por el chino explicaba el camino que siguió el coronel Albarracín. Cruzando el desierto llamado Quebrada Honda entró al valle del Sama por Coruca y descendió desde los faldeos cordilleranos hacia la costa. El prisionero confirmó su hipótesis. El guerrillero había bajado por la quebrada hasta el pueblo de Buenavista, y allí estaba ahora organizando milicias, proporcionándoles fusiles y sables que acababan de enviarle desde Tacna.

—¿Cuántos hombres de caballería lleva el montonero? —siguió preguntando Vergara al chino prisionero.

—Cien *hombles* a caballo, mi *señol*. No más que cien.

—Y las milicias que puede haber reclutado en Sama, Yaras y Buenavista no pasarán de unos doscientos hombres —calculó el capitán Rodríguez.

Los escuadrones de caballería del comandante Vergara estaban muy disminuidos por la expedición a la sierra, las fiebres y la viruela, pero aún le quedaban alrededor de cuatrocientos jinetes. Por otra parte, tenía la certeza de encontrar pronto, dentro del valle de Locumba, al regimiento «Carabineros de Yungay N.º 2». Su comandante Vargas le prestaría cien más. Podría, pues, disponer de quinientos hombres.

—Sobran —opinó categóricamente el coronel Amengual—. ¿Qué espera entonces para salir al galope a copar al guerrillero?

Como tenían prometido el teniente coronel Dublé Almeyda terminar con la guerrilla de Albarracín y vengar a los dieciocho cazadores que fueron inmolados en Locumba, dispuso la partida al momento. Ya sobre el caballo, advirtió al coronel Amengual:

—Lo mantendré informado de los resultados, don Santiago. Voy a buscar a los carabineros de Vargas y caeremos sobre Buenavista. Si no tengo la suerte de pillar allí a Albarracín, cuando menos me apoderaré del valle del Sama y dejaré limpio el terreno para que avance la infantería. Y allí, en Buenavista, estaremos apenas a siete leguas de Tacna.

Id 15 de abril el comandante Vergara logró reunirse con el batallón «Carabineros de Yungay N.º 2», en el poblado de Angociña. Le faltaba aún incorporar a su columna una partida de granaderos que acampaba en la hacienda de Oconchai al mando del comandante Yávar. Ésta se unió al destacamento el 17 en las proximidades del caserío de Mirave. Inmediatamente Vergara dio la orden de marcha hacia el sur y se echaron al ondulante desierto que separa los valles de Locumba y Sama. Antes del amanecer del 18 descendieron al interior de este último, y torcieron en dirección al mar, para alcanzar la aldea de Buenavista.

Sobre la marcha, el comandante Vergara comisionó al capitán Manuel Rodríguez que adelantara hasta Buenavista, a fin de averiguar la posición exacta de las tropas de Albarracín. Avanzando al galope alcanzaría a entrar y salir de la plaza enemiga antes de la aurora. La caballería aguardaría su informe en la aldea de Yaras, ubicada a ocho kilómetros de Buenavista.

—¿Necesita usted acompañantes? —preguntó al capitán.

—Me basta con mi ordenanza Acosta, mi comandante —le respondió sonriente el oficial.

Se adelantó, pues, a la columna acompañado solamente de su fiel y ladino asistente. Avanzaron al desierto y galoparon por la planicie arenosa, siguiendo el borde de la quebrada. Al cabo de hora y media de carrera estaban frente a Buenavista.

Buscaron un senderillo y bajaron por él al paso de los caballos. Pocos minutos más tarde, el capitán detenía su cabalgadura junto a un macizo de árboles y mostraba a Acosta un punto hacia abajo.

—Dejaremos los caballos aquí —le susurró—, y proseguiremos a pie. Allá, a cincuenta metros, hay una casucha.

Desmontaron, ataron a las bestias a un árbol, les echaron las mantas sobre las cabezas para que no relincharan, y avanzaron sigilosamente hacia la cabaña. El capitán, más diestro que su compañero, se le adelantó en más de diez metros. Llegó junto a los muros de la casa y, circundándola, aplicó la oreja contra la puerta de tablas. Después de escuchar con toda atención durante algunos segundos, volvió en busca del soldado.

—Hay dos tipos durmiendo en la casucha —le susurró—. Deben ser comerciantes, porque han dejado unos atados de charqui y unas bolsas de harina al lado afuera de la puerta.

El oficial le explicó en breves palabras lo que tenían que hacer. Abrirían la puerta de un empellón y saltarían uno hacia la izquierda y otro hacia la derecha de la puerta, buscando el cuerpo de los dormidos.

—Con una mano le buscas la boca y con la otra le plantas el cuchillo en la garganta, dándole un puntacito para que vean que no es juego —terminó de exponerle.

Se lanzaron simultáneamente contra las maderas. Los ocupantes de la casucha despertaban sobresaltados.

En la obscuridad se oyó una voz aterrada que exclamó, con marcado acento italiano:

—*Per la madonna*! ¿Quién…? —y luego un gemido ronco al sentir el pinchazo de un cuchillo en su garganta.

Simultáneamente el capitán y su ordenanza que ordenaron:

—¡Quieto o lo clavo contra el suelo!

—¡No te *movai* o te degüello como a un ganso!

Los chilenos no perdieron tiempo en explicaciones. Manteniéndolos siempre bajo la punta de sus puñales, los obligaron a volverse boca abajo y les ataron las manos. Luego el capitán Rodríguez preguntó al que tenía bajo sus rodillas.

—¿Tienen velas?

—Sí, *signor* —le respondió el del acento italiano—. Al lado de mi cabecera hay una y cerillas.

A la luz de la vela el oficial examinó a los prisioneros. Al que había dominado Acosta no lo había visto nunca. Pero el rostro del italiano que tenía a su lado le era extrañamente familiar. Mas no podía recordar dónde lo había conocido.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó a su cautivo.

—Comerciantes, *signor* —tartamudeó éste—. Mi compañero se llama Andrés Iturra y yo Giuseppe Perotti. Hacíamos nuestro negocio con los indios de este valle cuando…

Aquel acento y el nombre de Giuseppe Perotti hicieron la luz en el cerebro del capitán. Aquel hombre era el mismo que aprehendieran cerca de la estación de Conde.

El capitán Rodríguez no podía saber qué papel habían desempeñado el italiano y su compañero en la emboscada tendida en Locumba a los cazadores de Dublé Almeyda, pero comprendió que, al menos, el primero estaba demasiado mezclado con los movimientos de las tropas enemigas para ser un simple comerciante. Arrodillándose nuevamente a su lado, le plantó el cuchillo en el cuello y se lo hundió unos milímetros en la carne.

—¿Dónde está la caballería de Albarracín?

El italiano torció la cabeza, con una mejilla apegada a la tierra, y respondió empavorecido:

¡Oh, no, no! *Per Dio, pietá*! La caballería de Albarracín está al otro lado del río, extendida en la línea por la pared sur del barranco.

—¿Alcanzó a organizar milicia en este pueblo?

—Sí, *signor*, pero una mala milicia. Ciento ochenta hombres, más o menos.

—¿Dónde están acampados?

—Al lado del pueblo, junto a la orilla del río.

—¿Hay centinelas a este lado del río?

Nadie imaginaba que podían venir chilenos por este lado, *signor*.

Todos los centinelas están en la otra orilla.

—Bien. Voy a bajar al pueblo a comprobar lo que me has dicho —determinó el capitán, y volviéndose al ordenanza, le indicó de modo siniestro—: Acosta, si no regreso en media hora, me clavas a este par de bribones por el gaznate.

Pero no fue necesario ejecutar tan cruel orden. Los prisioneros no habían mentido y el capitán Rodríguez regresó antes de treinta minutos. Llegó a toda prisa, pues no faltaba más de una hora para el amanecer y aún deberían retroceder hasta donde los aguardaba la caballería chilena. Durante unos segundos contempló irresoluto a los cautivos. Hubiera querido llevarlos atados sobre la grupa de sus caballos, pero las bestias estaban muy desgastadas y no convenía agotarlas. A disgusto, tuvo que decidirse a dejarlos atados dentro de la cabaña, pensando en volver por ellos cuando atacaran Buenavista. Atentamente les revisó las ligaduras y partió con su ordenanza. A las cinco de la madrugada llegaron a Yaras y rindieron cuenta al comandante Vergara de lo que habían averiguado.

Confiado en esos datos, el jefe de la caballería chilena dispuso la partida. Cazadores, granaderos y carabineros tomaron al galope corto el camino hacia Buenavista. Calculaban caer sobre el campamento enemigo junto con las primeras luces del alba y sorprender a la guerrilla enemiga antes de que salieran del sueño.

Pero justamente en los mismos minutos en que los cascos de los caballos chilenos levantaban una nube de polvo salino en el filo de la quebrada, el espía Giuseppe Perotti terminaba de cortar la soga que lo ataba raspándola contra la arista de una piedra. Con las muñecas ensangrentadas corrió hacia el tolderío de Albarracín, dando la alarma a grandes voces.

El oído experimentado del guerrillero captó inmediatamente la dirección por donde se oía el redoblar de los cascos de la caballería invasora y calculando que llegaban en un número muy superior al de sus hombres, con gritos enérgicos les ordenó montar a caballo, sin preocuparse de ensillar ni de recoger sus pertrechos. Alzado sobre el lomo del suyo, atisbó hacia los dos paredones que encerraban el valle y viendo que la fuerza chilena se había dividido en secciones que trataban de encerrarlo por el sur y por el norte, tomó la única ruta que le ofrecía alguna posibilidad de salvación.

—¡Fuera de la quebrada, rectamente hacia el sur! —gritó a sus hombres, lanzando su caballo hacia el sendero que subía directamente la pared del barranco e iba a empalmarse con el camino real a Tacna. Comprendía que de la rapidez con que sus cabalgaduras cruzaran el desierto de siete leguas de ancho que los separaba de la línea peruana dependía por completo su salvación.

El comandante Vargas, jefe del «Carabineros de Yungay N.º 2», fue el primero de los chilenos que vio escapar a los guerrilleros. Su batallón había recibido la orden de cruzarlo más al oriente y se encontraba descendiendo al galope tendido por el borde sur de la quebrada. Era, pues, el que mayores posibilidades tenía de alcanzar a los fugitivos. Sin pensarlo dos veces, dio la orden tradicional para las cargas de la caballería chilena:

—¡Ponchos a la cintura!… ¡Los sables desenvainar!… ¡Por Dios y Santa María…, a la carga, galope, marrrr!

Los carabineros se envolvieron los riñones y el bajo vientre en los ponchos negros y alzando los sables relucientes a los primeros rayos del sol, picaron espuelas y se lanzaron vertiginosamente hacia el desierto, por el que huían los guerrilleros de Albarracín, diseminados y sin orden.

Mientras los carabineros iniciaban su ululante carga, los cazadores y granaderos rodeaban el pueblo de Buenavista donde se parapetaban los ciento ochenta milicianos que había alcanzado a armar el jefe peruano. Desde el borde norte de la quebrada, el comandante Vergara y el segundo comandante Tomás Yávar los veían escurrirse por entre las casas y correr hacia los pajonales y la arboleda que bordeaba el río. Su propósito era bien visible. Escondidos en la espesura, en posiciones que anulaban las maniobras de la caballería, estarían en situación ventajosa para fusilar a los jinetes chilenos. De común acuerdo, los jefes Vergara y Yávar determinaron que los cazadores desmontaran y cargaran a pie por el cañaveral y el bosque.

Pero aquella persecución de mata en mata y de árbol en árbol pronto fastidió al comandante Yávar y dio la terrible orden que liquidó a los defensores de Buenavista:

—¡Métale fuego al bosque, capitán Rodríguez! —grito al oficial de exploradores, que le servía de ayudante accidental. Y en pocos minutos, la arboleda y el cañaveral que amparaban a los milicianos

peruanos ardieron por todo el lado del sur.

Inexorablemente, los fugitivos tuvieron que huir hacia el río, en donde los esperaban los granaderos con el sable en alto.

Enloquecidos de espanto, los milicianos salieron al río desatinadamente. Con silbidos siniestros los sables fulgurantes de los granaderos comenzaron a dar cuenta de ellos. La macabra faena duró apenas media hora. Sólo treinta y ocho milicianos escaparon con vida, al apretujarse en un claro de la arboleda y levantar bandera blanca. Los granaderos que seguían al comandante Vergara los condujeron al pueblo terminada la refriega.

Del interior de las casas de Buenavista, herméticamente cerradas, sólo salían algunos gritos de mujeres espantadas. Despreocupándose de ellas, el jefe de la caballería chilena ordenó clavar en el techo más alto la banderola tricolor de su regimiento.

—Que se enteren los enemigos de que este pueblo, el último que existe antes de llegar a Tacna, ya está en poder de los chilenos — explicó.

Enseguida comisionó al capitán Manuel Rodríguez para que fuera a Locumba y participara al coronel Amengual que la caballería había completado la ocupación del valle del Sama.

—Diga al coronel —agregó— que dejaré destacamentos guardando Sama, Yaras y Buenavista y seguiré por el fondo del valle hacia la costa para encontrarme con la artillería y la Cuarta División en el puerto de Ite.

Poco después de la partida del explorador y su ordenanza, surgieron en lo alto de la quebrada los jinetes del «Carabineros de Yungay N.º 2». Regresaban ufanos por la victoria. Los guerrilleros de Albarracín habían dejado de existir. Los carabineros los fueron sableando hasta dos leguas de Tacna. Sólo escaparon vivos unos treinta peruanos, entre ellos el coronel Albarracín. Los demás regaron con sus cuerpos atrozmente mutilados la anchura del desierto.

—¿Y no hizo usted ninguno prisionero, comandante Vargas? — indagó el teniente coronel Vergara, espeluznado.

—¿Prisioneros?… —El jefe de los jinetes sonrió con intencionada inocencia—. Usted sabe que en una carga de caballería no hay oportunidad de hacer prisioneros, mi comandante —le respondió, añadiendo con rencor—: Menos cuando esos

fugitivos fueron los que ultimaron traidoramente a los cazadores del comandante Dublé Almeyda.

El teniente coronel Vergara meneó la cabeza, impresionado.

Al anochecer de aquel mismo 18 de abril llegó el capitán Rodríguez al campamento del regimiento «Esmeralda».

El coronel Amengual esperaba la llegada de los batallones «Navales» y «Chillán» y estaba muy inquieto porque casi simultáneamente con ellos, aparecería posiblemente la Segunda División que venía desde Moquegua. Todo el mundo sabía que más de un tercio de los soldados de la división del coronel Mauricio Muñoz venían contagiados o por la viruela o por las fiebres palúdicas. Absorto por la preocupación del peligro de contaminación que amenazaba a sus esmeraldinos, el coronel recibió el parte que hablaba de la posesión del valle del Sama y lo reexpidió al ministro Sotomayor a Pacocha, con la esperanza de que éste lo liberara de sumar sus tropas a las del coronel Muñoz ordenándole movilizarlas hacia el Sama.

Pero el ministro tenía un problema al cual no veía solución: la artillería. El general Baquedano había partido ya hacia Locumba y no podía prestarle ayuda. Tan sólo estaba con él el coronel Velásquez, jefe del Estado Mayor. Todavía no había podido resolver por qué ruta debería ser enviada hacia la vanguardia chilena. La información que le mandó el capitán de ingenieros Joaquín Flores, encargado de estudiar la bahía de Ite y la ruta desde esa caleta hasta Sama, tampoco le dio una solución. Ésta explicaba:

> *El desembarco de la artillería en Ite inseguro; el mar es muy variable. Camino de Ite a Buenavista parejo, pero medanoso; lo calculo ocho leguas.*

Mar difícil, camino medanoso, ésa era la médula que el ministro desprendía del mensaje del capitán de ingenieros, pero él sabía de otra desventaja que el explorador no había mencionado en su parte: los cien o más metros de altura del acantilado que era preciso vencer para entrar a la alta meseta del desierto.

«Milagro será si logramos desembarcar nuestros cañones pesados

en Ite —pensaba Sotomayor—, pero mucho más fuerza que la de un milagro vamos a necesitar para subirlos desde la playa hasta la planicie de la pampa».

Dos hechos simultáneos lo forzaron a encarar la situación sin demora. Ambos se produjeron al fondear en Pacocha el transporte *Itata*. A su bordo llegó el capitán de ingenieros Joaquín Flores, quien corrigió su informe anterior, asegurando al ministro que la desapacible bahía de Ite tenía algunos días de calma, casi periódicos, en los cuales sería posible desembarcar la artillería pesada. En el barco llegó también un mensaje cifrado enviado por la agente secreta Leonora Latorre. En él informaba que había llegado a Tacna el nuevo presidente de Bolivia, general Narciso Campero, quien zanjó la querella por el mando del ejército aliado que mantenían el coronel Camacho y el contralmirante Montero, posesionándose de él inmediatamente después de su arribo. Y a fin de evitar las reacciones en su contra que podían nacer por causa de la inactividad en los cuarteles, ordenó que las tropas bajaran al desierto, con destino al valle del Sama.

La caballería y tres de las cuatro divisiones chilenas estaban recién llegando al Sama. La artillería y la Cuarta División, mandada por el coronel Orozimbo Barbosa, permanecían en la costa. Si se producía el choque entre chilenos y aliados en el desierto, los primeros no dispondrían de cañones para defenderse y serían arrollados.

—Es preciso enviar la artillería hacia Sama, en cualquier forma —decidió Sotomayor, sin vacilaciones—. Enviaremos una nota al general Baquedano explicándole lo que ocurre, y los cañones y la Cuarta División embarcarán inmediatamente en el *Itata* y en todos los barcos de que podamos echar mano.

La orden del ministro fue cumplida con toda celeridad. La artillería se embarcó junto con la Cuarta División, el coronel José Velásquez quedó a cargo del Cuartel General de Pacocha y el propio ministro tomó la dirección del convoy que navegaría a Ite. Comprendía que de la rapidez con que se hicieran llegar esos elementos hasta el valle del Sama dependía la suerte del ejército expedicionario.

Por fin, los barcos se encontraron frente a la bahía de Ite, pero la fuerza del mar era tanta que tuvieron que permanecer durante cinco

días esperando a que se calmara. Sólo el 3 de mayo fue posible echar a tierra las grandes piezas. Por una curiosa coincidencia, llegó ese mismo día la *Covadonga*, proveniente de Pisagua, trayendo una batería más que enviaba el jefe de la reserva, general Villagrán. Estos cañones fueron desembarcados junto con el resto del personal de la Ambulancia Valparaíso, al cual se había autorizado para dirigirse al frente de guerra.

Una vez en la playa, los rostros se volvieron hacia el acantilado que se alzaba casi recto, cerrando la perspectiva hacia el oriente; los responsables de la artillería palidecieron. Un primer tronco de mulas había sido uncido y comenzaba a tirar una de las cureñas, arrastrándola palmo a palmo por el sendero que ascendía zigzagueante.

El ministro Sotomayor meneó la cabeza, desalentado. A simple vista se advertía que el capitán Joaquín Flores se había equivocado en su apreciación de la altura del acantilado. Éste debía tener, por lo menos, doscientos metros, en lugar de los cien que él había informado. Además, el grado de inclinación de la pendiente era tal que los arneses se incrustaban en los cuellos y los pechos de las mulas, haciéndoles brotar sangre al poco rato de iniciada la faena.

—Es un crimen someter a estas pobres bestias a un trabajo semejante —dijo el ministro a su secretario—. Morirán todas reventadas por el esfuerzo. Y este calor…, ¡este endemoniado calor!…

Se quitó el sombrero de paño negro con que se protegía del sol y se secó con un gesto rabioso la nuca y el cuello. En ese momento se le acercó un hombre de anteojos.

—Don Rafael, este lugar no es conveniente para su salud. El sol pica excesivamente y el aire está demasiado caldeado.

El ministro lo miró molesto, pero al reconocerlo se apaciguó. Era el doctor Gutierrez, de la Ambulancia Valparaíso, el mismo que lo había atendido en Pisagua cuando sufrió su primer ataque cardíaco.

—Ya lo sé, doctor —admitió con voz ronca—. Pero no estoy aquí por mi gusto, sino porque es absolutamente preciso que alguien haga subir la artillería hasta el desierto.

—Que lo haga cualquier otro que no sea tan sanguíneo como usted, señor.

—No hay otro en este momento, doctor. Debo hacerlo yo.

El cirujano movió la cabeza e hizo ademán de retirarse, pero el ministro lo retuvo:

—¿Adónde van ustedes, los de la Ambulancia?

—Al campamento de Locumba, señor ministro. Teníamos instrucciones de desembarcar en Pacocha y dirigirnos hacia Moquegua, pero el capitán Orella, comandante de la *Covadonga*, nos ha informado que la Segunda División, a la cual íbamos destinados, se ha movido hacia Locumba.

—Es efectivo. Pueden ustedes dirigirse hacia Locumba. Pero ¿cómo? ¿También vienen mujeres con ustedes?

El ministro acababa de descubrir a cuatro mujeres en el grupo de personas que esperaban al doctor Gutiérrez: eran las enfermeras que había invitado a cenar a su cámara en Pisagua.

—Son enfermeras, señor —le explicó el médico.

—Sí, lo que usted quiera, doctor. Pero no podrán resistir la vida en este desierto horrible. Además, estamos a punto de trabarnos en combate con el grueso del ejército de la alianza.

—El general Villagrán dispuso que viniera la totalidad del personal de la Ambulancia, porque dijo que en el ejército había una enormidad de enfermos de viruela y paludismo.

El ministro sacudió la cabeza gravemente.

—Prohíbo…, prohíbo que esas señoritas pasen hacia el interior —determinó—. Deben regresar a Pisagua.

No obstante, quince minutos más tarde, se le acercaron las cuatro enfermeras y lo enfrentaron nerviosas. Las encabezaba, frágil pero decidida, Clementina Cobo.

—Por favor, señor ministro, no sea usted tan rígido —le dijo—. En nombre de mis tres compañeras y en el mío propio le ruego que nos deje seguir con la Ambulancia hasta Locumba.

—Señorita, no insista usted en ese disparate. Allá en el desierto no hay más que penalidades. Hasta los soldados más vigorosos caen aniquilados.

—Lo sabemos, señor. Pero nosotras estamos dispuestas a soportarlo todo con tal de seguir al ejército en su campaña. No sólo para atender a los enfermos y heridos, sino porque las cuatro tenemos un motivo particular que justifica nuestra temeridad. Mis compañeras tienen a sus hermanos y esposos en las filas, yo tengo a mi hermano, el subteniente Cobo, y a mi novio, el teniente

Torreblanca, en Locumba.

El señor Sotomayor la observó, impresionado por la firme decisión que se adivinaba tras su exterior tan frágil, y no pudo oponerse. Suspirando, les dio su autorización para continuar con la Ambulancia.

—Está bien. La Cuarta División, que manda el coronel Barbosa, va subiendo en estos momentos hacia el desierto para incorporarse al ejército que está acampado en Locumba. Agréguense a ella.

Las cuatro mujeres le agradecieron efusivamente y corrieron a participar al doctor Gutiérrez su decisión. El ministro se olvidó al momento de ellas y volvió a enfrascarse en el problema de la subida de las grandes piezas de artillería.

—Hasta otra vez, señor —se despidió en ese momento el doctor Gutiérrez—. ¡Cuídese!

Con grandes penalidades, los carros de la Ambulancia fueron ascendiendo hasta perderse de vista en lo alto del acantilado. En cambio, las dos primeras piezas de artillería que habían empezado a ser arrastradas hacia arriba no alcanzaron a ser izadas cincuenta metros. Las mulas, extenuadas, terminaron por tumbarse y no hubo forma de hacerlas continuar tirando.

Entretanto, la pequeña playa se iba llenando con los elementos descargados del transporte *Itata* y de la cañonera *Covadonga*. De esta última fue desembarcado el ganado de un batallón de caballería. Era el antiguo batallón «Carabineros de Yungay N.º 1», el cuerpo que fue aprisionado por los peruanos cuando el *Huáscar* capturó al transporte *Rímac* hacía un año. Sus jinetes fueron mantenidos prisioneros, pero se les rescató canjeándolos por los sobrevivientes del *Huáscar* que estaban cautivos en un cuartel de San Bernardo. El brillante batallón estaba de nuevo en pie de guerra. Su comandante, don Manuel Bulnes, aceleraba la faena del desembarco, impaciente por lanzar a sus jinetes hacia las líneas enemigas. Se sentía fracasado, maltratado por la suerte, y su único anhelo era demostrar el poderío de su batallón mediante alguna acción de excepcional bravura. El batallón no tardó sino unos pocos minutos en estar montado y formado. Su comandante se presentó al ministro, que permanecía en mitad de la playa, a pleno sol, pensando cómo subir los grandes cañones.

—El batallón «Carabineros de Yungay N.º 1» está listo para

partir, señor ministro.

—Ah, sí. Preséntese con su cuerpo en el campamento establecido en la aldea de Buenavista, dentro del valle del Sama, comandante Bulnes. Allí está actualmente el comandante general de la caballería, coronel José Francisco Vergara —le respondió el ministro.

—¿Dispone algo más el señor ministro?

—Nada, comandante. Parta rápido, que mucho temo que el ejército de la alianza está acercándose a estas horas a nuestro campamento del Sama. Buena suerte, comandante Bulnes.

—Gracias, señor. Con su venia.

El ministro hizo un gesto de rabia impotente.

—Se marcha la caballería, la Cuarta División ya partió… y la artillería está todavía hundida en este arenal. ¡Oh, qué maldición, Máximo, qué maldición!

Máximo Lira, el secretario fiel y discreto, estaba tan preocupado como su jefe.

—Si las mulas no fueron capaces de subir las piezas ni cincuenta metros —dijo—, no sé como podremos llegar con ellas hasta el Sama.

Pero entonces sonó a espaldas de ellos una voz firme y desenfadada.

—A tirones, pues, amigo Lira —exclamaba—; a tirones.

El ministro se volvió con profundo disgusto. No era aquélla ocasión para bromas. Pero se encontró con la mirada despejada y animosa del comandante de la *Covadonga*, el capitán Orella. Éste se sonrió, al mismo tiempo que lo saludaba con la diestra en el borde de la gorra.

—Buenos días, señor ministro. Hace rato que lo miro desesperarse porque las mulas cayeron en su intento de elevar las cureñas.

—La artillería tiene que ser llevada cuanto antes hasta Sama, Orella. Temo que nuestro ejército va a encontrarse con el de la alianza de un momento a otro. Pero ¿cómo subir los cañones hasta arriba?

El marino rió con frescura.

—Sólo queda un medio, ministro —dijo—. Subir las cureñas a tirones, ya lo dije; a brazo.

—¿A brazo de hombres? —preguntó el señor Lira, estupefacto—. ¿Lo que no fueron capaces de hacer las mulas, conseguirlo los hombres?

—Los hombres piensan, las mulas no —rió Orella—. Los senderos que ascienden al acantilado no son ni lo suficientemente anchos ni lo bastante firmes como para que suban los cañones girando sobre sus ruedas. Pues bien, los elevaremos casi en vilo, levantándolos con cuerdas desde arriba. Disponemos del regimiento de zapadores del coronel Santa Cruz y de la tripulación de mi barco. En total unos mil cien hombres. Vamos a dividir la altura que hay que vencer en seis secciones de cincuenta metros cada una. En cada una de estas seis paradillas vamos a excavar una especie de plataforma, una terraza de descanso. En ellas instalaremos cincuenta hombres, que tirarán las cureñas con lazos y cables sacados de mi barco. Mientras éstos tiran hacia arriba, otros cincuenta hombres irán empujando los cañones a brazo, y acuñando sus ruedas metro a metro.

—¡Es un trabajo de esclavos! —dejó escapar el ministro, impresionado.

—¿No dice usted que hay que hacerlo… y hacerlo rápido? —le inquirió el marino, sonriendo intencionadamente—. Pues ésta es la forma. Se la explicaremos a los soldados y marineros y yo les aseguro que ellos sabrán comprenderla también o subiremos los cañones o reventaremos todos por el esfuerzo. ¿Lo intentamos?

Ministro y secretario cambiaron una mirada. Después, Sotomayor se decidió bruscamente.

—Gracias, capitán Orella —dijo, estrechando la mano diestra del marino—. Vamos a intentarlo.

Comenzó aquella faena de titanes. El izamiento de todas las baterías de campaña, incluso los grandes cañones Krupp, fue realizado sin interrupciones a través de cuatro días de calor inclemente. Las ruedas de las cureñas fueron abriendo zanjas paralelas hasta lo alto, a medida que zapadores y marineros iban subiéndolas centímetro a centímetro. Orella, como un nuevo Sansón, dirigió la maniobra. El ministro, olvidado de sus achaques, recibía los cañones en lo alto del acantilado y los hacía ordenar en el desierto.

Al cuarto día de trabajo, cuando ya iban en tránsito hacia la

cumbre las últimas piezas, el capitán Orella llegó a la planicie acompañado por el capitán de zapadores Zelaya. Se detuvo junto al ministro y, aunque sonreía con satisfacción, se tambaleaba en forma visible.

—Ya ve, señor ministro —le dijo—, hemos superado el obstáculo… y con poco costo humano; apenas dos brazos rotos y algunas piernas magulladas. —Se llevó, de pronto, la mano a la cabeza y se apretó las sienes fuertemente.

—¿Qué le pasa, Orella? —le indagó el ministro, alarmado.

Me duele la cabeza ferozmente —respondió el interrogado—. Desde ayer en la larde tengo una fragua en los sesos… Perdónenme —se interrumpió al ver que un grupo de zapadores luchaba con una cureña que se les resbalaba en la tierra blanda. Corrió hacia ellos y trenzó sus brazos musculosos en los rayos de una de las ruedas, impidiendo la caída del cañón—. ¡Ahora!… ¡Enderecen! ¡Ya! ¡Iza!…

La cureña rodó hasta quedar a la altura de la planicie superior. Allí, con un último esfuerzo, fue dejada en la meseta. Justo en ese instante, el capitán Orella volvió a llevarse las manos a la cabeza, manoteó en el aire como si buscara un asidero y cayó en la arena. El ministro, su secretario y varios zapadores acudieron al momento a su lado. No cabía duda, era una insolación mayúscula.

—¡Capitán Zelaya, hay que ponerlo a la sombra! Que se arme una carpa aquí mismo.

Entretanto, Máximo Lira se quitaba su chaqueta y la extendía proyectando sombra sobre el marino y también sobre el ministro.

—A usted le puede ocurrir lo mismo, don Rafael: llevan cuatro días trabajando a pleno sol.

¡Qué importo yo, Máximo! —protestó el señor Sotomayor—. Mande al momento a un hombre para que vaya a buscar al médico de la *Covadonga*. Aunque no. Mejor griten hacia abajo, para que se corra la voz y venga el médico más rápidamente.

¡Un médicooooo!… ¡Que suba el médico de la *Covadonga*!… ¡Que suba el medico de la *Covadonga*…

La voz fue descendiendo hacia la playa. En ese momento era subida hasta el desierto la última pieza de la artillería y un joven teniente se cuadraba extenuado junto al ministro.

—Ya está arriba el último cañón, señor ministro. Se la ganamos al acantilado.

Sotomayor, que sostenía la cabeza del capitán Orella, tendió la mirada cansada por sobre la formación de cureñas, y la visión se le empañó. Sin poderlo evitar, estaba llorando.

La llegada de la Segunda División al campamento de Locumba agravó las preocupaciones del coronel Amengual. Iba a ser muy difícil impedir que sus tropas se contagiaran con las plagas que traían los soldados del coronel Muñoz, y aun cuando pidió a este jefe que ubicara su campamento a cierta distancia del suyo, no estaba tranquilo. El «2.º de Línea», el «Atacama» y el «Bulnes» se encontraban a más de tres cuadras del «Esmeralda», del «Navales» y del «Chillán», pero como los cocineros bajaban juntos al río por agua y como los soldados se arrancaban para bañarse en un mismo remanso, fue imposible aislar las epidemias y a los cuatro días se presentó el primer caso de viruela en el «Esmeralda». En cuanto lo supo el coronel Amengual se encaminó furioso a la hilera de enramadas en donde alojaban los esmeraldinos y ordenó levantar el campamento en el acto.

—¿Se recibió ya la orden de avanzar, mi coronel? —le preguntó, sorprendido, el comandante Holley.

—No he recibido ninguna, comandante —fue la seca respuesta —. Debíamos esperar a que se nos reuniera la Tercera División, que manda Amunátegui, pero no vamos a quedarnos aquí ni un segundo más. Ellos están entrando en el valle de Locumba, de modo que no me insubordino si doy la orden de marchar al momento.

Espoleado por la idea fija de sacar a sus soldados del foco de infección, el viejo coronel dispuso que atravesarían el desierto en línea recta hasta Buenavista. Esto representaba una travesía de ocho leguas por sobre las arenas. La caminata se haría esa noche y el principal cargamento de soldados y ganado habría de ser el agua.

Cuando la división se encontraba formada y lista para iniciar su movimiento, el comandante Holley advirtió al coronel Amengual que tal vez era preferible esperar al coronel Amunátegui, por si traía alguna orden especial del general Baquedano.

—No, comandante Holley —le replicó el veterano—. Ya se nos ha enfermado de viruela un soldado; mañana serán veinte si nos

quedamos. Y yo no adiestré hombres para que me los maten las pestes, sino para que combatan a mi lado. De modo que si en el valle del Sama hay enemigos, mejor. No se hable más; partimos ahora mismo.

La columna abandonó Locumba cuando el sol se ponía. En primer término iba el «Esmeralda»; luego, el «Chillán», y, por último, el «Navales». Obscureció y el ardor del día se trocó en un frío penetrante. Pronto se abatió la camanchaca sobre las largas hileras de soldados, empapándolos. A las tres horas de camino la lisa extensión del arenal comenzó a curvarse en ondulaciones que agotaban a los soldados por causa del continuo subir y bajar. Para mayor dificultad, el lomo de esos cerrillos estaba sembrado de piedras filudas que rodaban bajo los calamorros, provocando la caída de los hombres.

—Ocho leguas en estas condiciones nos van a dejar desarmados —gruñó el subteniente Del Solar en el momento en que uno de esos cascajos le perforó el cuero de una bota a la altura del tobillo.

—Sin embargo, hay que mantener la marcha durante toda la noche y el día de mañana —le advirtió Cobo, que caminaba a su lado—. La orden es categórica: breve descanso a medianoche, unos mordiscos de charqui y de cebolla y vuelta a andar. Otra paradilla a las ocho de la mañana, un sorbo de agua con pisco, otros mordiscos de charqui con cebolla y ¡seguir adelante!

Continuó la marcha implacablemente. La noche entera… toda la mañana, durante la tarde. A las cinco ya era imposible desentenderse de los rezagados.

El viejo Amengual vigilaba constantemente, con mirada terrible. Al tranco de su caballo recorría las filas a la inversa, inspeccionando las escuadras.

El agua de las cantimploras se había acabado en la mañana y el cansancio era excesivo.

—¡Gajes de la guerra, mijos! —sentenciaba el veterano al verlos caminar doblados hacia el suelo y con los rostros demacrados por el esfuerzo—. Pero no enfurruñarse. Yo mandé todas las mulas hacia el río Sama y pronto nos traerán agua hasta para lavarnos el traste. Así es que ¡aguantarse, mijos! Por lo demás, dentro de dos horas estaremos ya en el valle del Sama.

Pero ocurrió entonces algo inesperado La raya del horizonte del

oeste se llenó de figuras diminutas que avanzaban al trote, diseminadas en una larga extensión. Las cornetas dieron la alarma y el regimiento «Esmeralda» se detuvo en seco.

—¡Desplegarse en guerrillas con frente a la derecha…, carrera, marr! —ordenó Amengual.

Todo el mundo olvidó su fatiga y su sed, aprestándose para la lucha. Mas ésta no se produjo. En medio de la desordenada hueste, se alzó tremolando una pequeña banderola. El coronel Amengual la captó con sus anteojos de campaña y lanzó un grito de sorpresa:

—¡Son chilenos! ¿Qué carajo está ocurriendo a esos hombres que corren así?

Pronto tuvo la respuesta. Era un regimiento extraviado en el desierto y desbandado por la sed.

Un gran revuelo se produjo entre los esmeraldinos cuando contemplaron la condición en que llegaban. Desesperadamente buscaron unas gotas de agua en sus cantimploras, pero fue un estéril afán.

El coronel Amengual se metió entre los soldados que avanzaban interrogándolos a grandes gritos. Así pudo saber que eran de la Cuarta División, mandada por el coronel Orozimbo Barbosa. Extraviados por los guías veinticuatro horas después de salir de Ite, los regimientos que la componían habían terminado por desbandarse por el desierto, en el que vagaban desde hacía un día.

Gritando, secundado por los oficiales del «Esmeralda», el coronel Amengual consiguió ordenarlos junto a su regimiento. Entonces llamó al oficial de mayor graduación. Era éste un capitán, quien le informó:

—Los cuerpos extraviados son el «3.º de Línea» y el batallón «Lautaro», mi coronel. Muchos soldados andan sueltos por el desierto, buscando el río Sama.

—Estarnos cerca del río. Aguántense un poco más —empezaba a tranquilizarlos el jefe de la Primera División, cuando apareció por el sur una caballada, envuelta en una nube de polvo. Era el regimiento «Carabineros de Yungay N.º 1».

Cuando el teniente coronel Manuel Bulnes frenó su caballo junto al del comandante Amengual, éste se quedó mirándolo como quien ve visiones. Sin embargo, reaccionó enseguida y, postergando su curiosidad, preguntó:

—Comandante Bulnes, ¿sus hombres traen agua para estos desventurados que acabamos de encontrar extraviados?

El jefe de los carabineros abarcó la situación de una mirada.

—¡Carabineros a tierra! —gritó por toda respuesta—. Entreguen sus cantimploras a esos soldados.

Su orden fue obedecida al punto y los más maltrechos de los extraviados consiguieron algún alivio. Pero éste no fue suficiente. Además, era preciso socorrer al resto de la tropa del «3.º de Línea» y del «Lautaro», que seguramente vagaba por los contornos.

—Comandante Bulnes, es preciso que se dé usted un galope con sus jinetes hasta el Sama y llene todas las cantimploras y odres que sea posible, para auxiliar a la Cuarta División, que anda desbandada por esta comarca.

—Al momento, mi coronel.

Los carabineros volvieron a montar y se disponían a partir, cuando el capitán del «Lautaro» tuvo un súbito recuerdo:

—Con el «Lautaro» venía también un carro con enfermeras de la Ambulancia Valparaíso, mi comandante. ¡Dios santo, las había olvidado! ¿Qué suerte habrán corrido?

Alberto Cobo, que estaba a pocos pasos de distancia, alcanzó a oír la información del capitán del «Lautaro», se aproximó ansiosamente y, olvidado del respeto a la jerarquía, se interpuso entre el oficial y sus jefes y le preguntó:

—¿Está seguro de que eran enfermeras de la Ambulancia Valparaíso, mi capitán?

—Sí, teniente. Venían desde Pisagua y en Ite el señor ministro las agregó a nuestra división.

—¿Y dónde fueron vistas por última vez, mi capitán?

La voz tajante del coronel Amengual le cayó desde arriba del caballo como un chicotazo:

—¿Qué significa este atropello, teniente Cobo?

—Perdón, mi coronel, pero en la Ambulancia Valparaíso está mi hermana.

Alberto levantó su rostro ansioso hacia el coronel Amengual y el veterano le hizo un gesto afirmativo con la cabeza, interpretando la súplica muda que se reflejaba en esas pupilas angustiadas.

—Pida a mi ordenanza que le preste mi caballo de repuesto, y vaya con los carabineros hasta el Sama. La Ambulancia no debe

andar muy apartada de ese valle.

—Gracias, mi coronel.

Alberto saltó sobre el alto corcel rosillo del coronel, y salió como una exhalación en seguimiento de la caballada del «Carabineros de Yungay N.º 1», en dirección al valle del Sama.

El sol se ponía, cuando la cabalgata topó con el grueso de la Cuarta División, que marchaba aproximándose al cajón del río Sama. Por una afortunada coincidencia, el comandante en jefe había cambiado sus planes respecto a la ubicación del campamento general y lo instaló en ese pueblo, en lugar de hacerlo en Buenavista. Por esta causa se encontraban allí los cazadores y los granaderos mandados por el comandante Vergara, mientras el «Carabineros de Yungay N.º 2», a las órdenes del comandante Vargas, patrullaba avanzando en el desierto que separa el valle del Sama de Tacna. La oportuna intervención de estas fuerzas de caballería remedió las desventuras de la Cuarta División, que se refugió en Yaras.

Pasada la confusión de los primeros momentos, Alberto pudo preguntar si alguien sabía cuál era la ruta que había tomado el carromato que conducía a los miembros de la Ambulancia Valparaíso. El capitán José Miguel Vargas, del segundo batallón del «Lautaro», le informó que lo había visto desviarse hacia el sur cuando se produjo el desbande de las tropas. Según él, los caballos que lo arrastraban, rabiosos de sed, se habían lanzado desbocados en dirección al valle.

Cobo volvió a montar el caballo del coronel y galopó en dirección a la costa. De ese modo, obligadamente interceptaría la ruta que llevaba el carro de la Ambulancia o lo avistaría en la lisa extensión del desierto. Había recorrido unas dos leguas hacia el poniente de Yaras, cuando divisó al pesado armatoste moviéndose sobre la planicie amarillenta. Los caballos marchaban guiados por su instinto, sin que nadie les llevara las riendas, y sus gritos no tuvieron respuesta. Presa de honda angustia, cruzó su cabalgadura frente el carro y las obligó a detenerse. Luego corrió hacia la trasera y, abriendo el toldo, miró al interior. Allí, tumbados en el suelo de la caja, estaban todos los miembros de la Ambulancia, y entre ellos, Clementina.

Al verlo introducir la cabeza por la juntura del toldo le

reclamaron al unísono: ¡Agua!… ¡Agua, por favor!

Cobo trepó al coche y les tendió una de las dos cantimploras que llevaba y presurosamente se acercó a su hermana, que estaba como aletargada. Tiernamente le levantó la cabeza y le dio de beber.

—Creí que no saldríamos jamás de este desierto infernal —se quejaba el doctor Gutiérrez, algo alentado por el agua que acababa de beber.

—Estamos muy cerca del río Sama y del valle, doctor —lo informó Alberto, acomodando a Clementina en la manta en que venía envuelta—. En pocos minutos bajaremos hasta el cauce y podrán ustedes refrescarse. Daremos un breve descanso a los caballos y luego seguiremos hasta el campamento general que está en Yaras.

—¿Y Rafael?… ¿Qué has sabido de Rafael? —le preguntó dificultosamente Clementina.

—No tengo noticias de Torreblanca, niña; pero muy pronto lo vamos a ver. El «Atacama» debe venir marchando desde Locumba y se establecerá también en Yaras.

Tres horas más tarde, con noche cerrada y muy obscura, llegaban al vivac del ejército chileno en Yaras.

Era éste un mísero caserío de origen indio; apenas un paradero en el camino que llevaba a Tacna a través del desierto de Calana. Una larga callejuela paralela al río, bordeada de chozas de barro y techadas con hojas de palma, constituía todo el pueblo. En el centro, se alzaba una capilla de adobones, prolongada hacia un costado por la casa parroquial. En esta última se habían instalado el comandante en jefe y su Estado Mayor.

A ambos costados de la capilla y la casa parroquial, se habían escalonado los diversos regimientos de las cuatro divisiones.

En los días que siguieron el caserío de Yaras se transformó en una zumbadora colmena, por obra de la desbordante vitalidad de los 13 000 soldados que fueron acumulándose dentro y en torno de él.

Sin embargo, el enorme campamento no daba la impresión de que se avecinaba una gran batalla. Era corriente ver al general Baquedano y a los miembros de su Estado Mayor sentados en los escaños del corredor de la casa parroquial fumando en las horas frescas y contemplando el ir y venir de los soldados. Siguiendo los

usos implantados por el general, se celebraban rifas, torneos de ensacados, teatro de títeres y circo. Los exploradores lograban atrapar algunos barriles de vino o de pisco en las viñas cercanas, con los que alegraban las fiestas y, en tales ocasiones, las cantineras cantaban y bailaban cuecas al son de sus guitarras.

Cada grupo de soldados habitantes de una misma ramada formó lo que ellos llamaban «una carreta», en la que se compartían todos los víveres que conseguían. Durante los cuatro primeros días el rancho contó con carne de cerdo, de ternera, de cordero y hasta de gallina. De postre, membrillos, plátanos y sabrosos camotes. Pero desde el quinto día en adelante, comenzaron las dificultades. Yaras y la comarca circunvecina no eran capaces de abastecer los estómagos de 13 000 hombres de apetito formidable.

El capitán Manuel Rodríguez había formado «carreta» con varios oficiales jóvenes del «Esmeralda», y su asistente Gaspar Acosta era el encargado de proporcionarles el rancho. Al octavo día de permanencia en el caserío, llegó ante ellos con las manos vacías y muy avergonzado.

—Mi capí, no queda ni un miserable pollo en todo el valle —declaró a Rodríguez, con profunda desazón.

El oficial lo miró, sin comprenderlo.

—Pero ¿estás loco, Acosta? ¿Cómo te atreves a salirnos con una tontería semejante, cuando ya van a ser las doce? Si no hay pollo nos traes un pedazo de asado de chancho o de ternera. Pero, eso sí, bien preparadito, ¿eh?

El ordenanza frunció la boca.

—Es que… no hay *na* chancho ni ternera, ni vaca, mi capitán.

Sólo entonces, al observar el rostro contrito del ordenanza, algunos de los oficiales empezaron a columbrar la gravedad de la situación.

—¿No hay… carne? —le indagó lentamente el capitán Rodríguez.

—Se acabó todito, mis caballeros —confesó de plano el soldado —. Los tragones de los soldados no han dejado bicho vivo en todo el valle.

Los oficiales se miraron unos a otros, sorprendidos y un poco divertidos de que se les terminara tan inesperadamente aquella época de bonanza. El subteniente Del Solar, que se afeitaba frente a

un trozo de espejo, se encogió de hombros y rió con resignación:

—Bueno, ¿qué vamos a hacerle? Que los cocineros preparen el rancho del regimiento y se acabó. Volveremos a comer charqui.

El ordenanza comenzó a gimotear.

—Mi teniente… No hay rancho, ni charqui, ni *na*.

La sonrisa desapareció de todos los rostros. El recuerdo de las penalidades sufridas por culpa de la imprevisión se les vino a las mentes y se tradujo en un coro de maldiciones y protestas.

El rancho era cosa sagrada, las raciones debían haber sido repartidas a los cocineros de las «carretas»…

—No hay raciones, mis caballeros —insistió el ordenanza—. Como las tropas se habían estado alimentando con los productos del valle, *naiden* se preocupó de avisar a los encargados del avituallamiento, que están en Ite, que mandaran ligero los víveres que quedaron amontonados en la playa.

El capitán Rodríguez midió al momento las proyecciones de tal hecho, pero no estando en su mano el remedio, decidió al menos solucionar la situación de su «carreta».

—Mira, Acosta —dijo a su ordenanza—, yo siempre te consideré como un soldado de recursos. Por tanto, nos vas a arreglar este asunto.

—Pero, mi capi… —el asistente hizo una mueca de angustia. Finalmente se atrevió a decir—: Bueno, mi capi, hay dos recursos: carnear un burro. O… En la casa parroquial donde están arranchados mi general Baquedano y su Estado Mayor, hay encerradas unas cuantas gallinitas. Y yo…, yo pasé denantes por el lado de la tapia y vide… un agujerito en las tablas. Ni mandado hacer: quepo justo, justito por él.

Alberto Cobo no pudo contenerse y lanzó una vigorosa carcajada.

—Comer carne de burro o gallina del general; he ahí el dilema —planteó sin ambages.

Varios rieron con él, pero, en cambio, otros, más respetuosos de la jerarquía, se miraron preocupados. El dilema tenía que ser dilucidado en ese momento, y así lo comprendió el capitán Rodríguez.

—Mira, Acosta —dijo a su asistente—, nosotros no tenemos por qué meternos en cosas de tu servicio. ¿No es tu deber darnos

almuerzo? Pues, allá verás tú cómo te las arreglas. El caso es que me muero de ganas de comerme una cazuela de ave.

El asistente no necesitó de más.

—¡Santo Señor de los cielos, tú eres testigo! Hágase tu voluntad —exclamó con jocosa inocencia.

El 19 de mayo llegó al caserío de Yaras el ministro Sotomayor. Lo acompañaban los zapadores del coronel Santa Cruz y un escuadrón del «Cazadores del Desierto», al mando del hasta entonces gobernador militar de Mejillones, comandante Jorge Wood. En la casa parroquial lo aguardaban el general Baquedano y los jefes del Estado Mayor y divisionarios. Junto al coronel Amengual estaba el director de la Sanidad Militar, doctor Allende Padín, quien al observar el rostro demacrado del ministro hizo un gesto involuntario de alarma. Sotomayor saludó efusivamente a los militares, tratando de mostrarse animoso, y se introdujo a las habitaciones interiores con el general Baquedano.

El doctor Allende Padín retuvo al coronel Amengual y le susurró en voz baja:

—¡Qué mala cara trae el ministro, coronel!

—Seguramente es causado por el sol del desierto, doctor. No olvide que el ministro no está acostumbrado a estos trajines.

Entraron por un pasillo obscuro y se introdujeron en una sala en donde ya conversaban animadamente los jefes militares y el ministro.

El general Baquedano lo informaba de los duros aprietos por los que estaba pasando el ejército a causa de la escasez de víveres; factor que, según él, imponía iniciar el avance contra Tacna lo antes posible. Permanecer en el valle del Sama significaba el hambre a corto plazo.

—Hasta las ropas nos han hecho pasar vergüenza, ministro —agregaba—. Como las mudas quedaron en los barcos, los soldados se han llenado de piojos y otras zarandajas. Mire usted que hasta yo, el general en jefe, me encontré un par de bichos el otro día.

—¡Caramba, cuánto lo lamento! —se dolió cansadamente Sotomayor—. Pero, por fortuna, ya está todo solucionado. La acción

contra Tacna puede emprenderse tan pronto se hayan realizado todos los reconocimientos necesarios de las líneas enemigas. Hemos dejado instalado en Ite un depósito de víveres, agua y municiones suficientes para veintidós días, y además trescientos bueyes vivos. En Pacocha quedaron un cuerpo de guarnición y tres barcos listos para evacuarlos en caso de un ataque sorpresivo del enemigo. Y, por último, en otros buques ha sido embarcado todo el bagaje del ejército para que sea descargado en Arica, tan pronto como nuestras tropas se apoderen de esa plaza fortificada.

—¡Arica! —exclamó el general Baquedano y silbó suavemente—. ¡Caramba, rapidito va usted, ministro! Primero tenemos que enseñorearnos en Tacna y, según mis informes, no será cosa fácil.

—Se hará, general —afirmó confiadamente Sotomayor—. En cuanto usted dé la orden, el ejército se pondrá en marcha.

El general en jefe se irguió lentamente.

—Cuanto antes —dijo enseguida—. Pues, pasado mañana 21 de mayo podría ser, y así nuestro golpe coincidirá con el aniversario del hundimiento de la *Esmeralda*; será como un homenaje.

El ministro movió la cabeza negativamente. Dos días no bastaban para practicar un reconocimiento cabal de las líneas enemigas. En su opinión, era forzoso formarse una idea exacta de la distribución del ejército aliado.

—Este reconocimiento nos permitirá forjar un plan hábil que ahorre vidas y garantice la victoria —estaba diciendo, cuando tuvo un ahogo y se quedó con la frase interrumpida. Se quedó un momento con los ojos cerrados y el ceño dolorosamente contraído. Pero reaccionó enseguida y poniéndose de pie trató de sonreír—. Perdónenme, estoy excesivamente fatigado. Les ruego que me dispensen si los dejo por hoy, pero quisiera reposar un poco.

Los altos jefes que lo rodeaban, ignorantes del verdadero estado de salud del ministro, lo despidieron sin darle importancia al asunto, pero el doctor Allende Padín lo siguió por el pasadizo.

—Señor ministro —le dijo—, usted necesita mucho más que un simple descanso. Permítame que lo acompañe a su cuarto y lo ausculte.

—No hablemos de mí, doctor —lo atajó el señor Sotomayor, con fatalista estoicismo—. Venga usted al cuarto que me han destinado, pero será sólo para que me informe del estado de salud de las tropas

y del curso que han seguido las epidemias del paludismo y viruelas.

Fue inútil la insistencia del cirujano; el ministro no se dejó examinar. Desde la muerte de su hija menor parecía haber abandonado todo deseo de luchar por su vida.

Al día siguiente se levantó temprano y trabajó todo el día junto al general Baquedano, tomando las disposiciones para que el ejército pudiera ponerse en marcha rápidamente. A las cuatro y media de la tarde de aquel 20 de mayo salió al corredor de la casa parroquial a respirar un poco de aire menos caldeado. A la sombra del alero se sentó en uno de los escaños y comenzó a platicar blandamente con algunos jefes que tomaban también el fresco. Entre ellos estaban los coroneles Barbosa y Valdivieso, los comandantes Castro y Carvallo, el sargento mayor Baldomero Dublé Almeyda, el doctor Allende Padín y el capellán Florencio Fontecilla. Durante largo rato conversaron de intimidades de la campaña.

Al cabo de un tiempo vino a interrumpir la tertulia el secretario del ministro, quien le traía un telegrama enviado por el comandante de la *Covadonga*, capitán Orella. En él pedía autorización para navegar con su barco hasta Arica y conmemorar el primer aniversario del combate naval de Iquique disparando veintiún cañonazos contra los fuertes de esa plaza.

—Este Orella siempre tan combativo —comentó jovialmente Sotomayor, y volviéndose hacia su ayudante militar, el sargento mayor Baldomero Dublé, le dijo—: Mayor, conteste por telegrama a ese loco que puede ir a Arica y cumplir su deseo, agregándole mis felicitaciones al cumplirse el primer aniversario del hundimiento de la *Independencia*, acción en la que él tuvo tan destacada actuación.

—A su orden, señor ministro.

En el centro de la plazuela una corneta tocó a rancho. Todos abandonaron la sala y se dirigieron al comedor, que estaba instalado en una de las piezas interiores, con ventanales al amplio patio de la casa parroquial.

El ministro tomó asiento a la cabecera de la mesa, teniendo a su derecha al capellán Fontecilla y a su izquierda al coronel Castro. Dos asientos más allá se situó el doctor Allende Padín. El coronel Amengual se excusó de acompañarlos porque acostumbraba almorzar con la oficialidad del «Esmeralda».

Rafael Sotomayor comenzó a comer con verdadero apetito.

Estaba terminando de beberse la sopa, cuando regresó el mayor Dublé con el telegrama para Orella. Se lo extendió para que firmara, pero el ministro le pidió con voz distraída:

—Fírmelo usted por mí, mayor.

Y se quedó con ambas manos laxas sobre la mesa.

El capellán Fontecilla le alargó un vaso de vino y lo invitó a beber, pero cuando intentó levantar la diestra, su ademán fue torpe y pesado. Súbitamente, se llevó las manos a las sienes y se puso de pie.

Caminando rígidamente salió al pasillo. Llevaba la cabeza muy inmóvil y los ojos dilatados. Cuando bajó al patio, se aflojó un poco la corbata. Respirando difícilmente, por causa de violentas arcadas que le venían una tras otra, fue cruzando hacia un retrete improvisado en un rincón del patio, sobre una ancha acequia. Sus piernas se iban envarando más y más y sus trancos eran lentos y rígidos como los de un autómata. Al llegar a éste se apoyó tambaleante en la pequeña puerta y con un gesto de pánico animal. Los ojos se le habían enrojecido y el rostro comenzaba a amoratársele. Con trabajo abrió la puerta y entró. Durante unos segundos permaneció inclinado sobre el maloliente cajón que cumplía las funciones de excusado, intentando vomitar. Pero de súbito, se irguió como si se hubiera disparado un resorte dentro de su cuerpo, su rostro se contrajo en un gesto de dolor, se llevó las manos al cerebro, y cayó al suelo exhalando un ronco grito de muerte.

Se había cumplido el designio fatal que desde hacía meses se cernía sobre él. Eran las 4.55 del 20 de mayo de 1880.

El teniente Julián Zilleruelo, de guardia en el patio de la comandancia, oyó el escalofriante gemido y volvió la mirada hacia la casucha. Al mismo tiempo, el presbítero Florencio Fontecilla, que se había levantado de la mesa guiado por un presentimiento extraño, vio los pies que asomaban por la puerta del retrete y corrió al igual que el teniente. Cuando franquearon la entrada a la letrina, sus ojos espantados contemplaron a Sotomayor, estertoreando bulliciosamente.

Los alaridos del teniente Zilleruelo sembraron la alarma y pronto la letrina estuvo rodeada por jefes y oficiales. Rápidamente Sotomayor fue levantado en vilo y conducido hasta su cama.

El doctor Allende Padín fue llamado a toda prisa. Por el camino, advertido de los síntomas que exhibía el enfermo, había sacado su bisturí. El general Baquedano y el comandante Ricardo Castro lo miraron con los ojos desencajados cuando se inclinó sobre el moribundo. Una ojeada le bastó para formar su diagnóstico.

—¡Es un ataque de apoplejía! —exclamó—. Hay que sangrarlo al momento.

Con el bisturí rasgó la manga del brazo izquierdo de la levita y de un tajó abrió al enfermo longitudinalmente la vena mediana basílica. Con todos los nervios en tensión, esperó. Pero no brotó la sangre.

—Hay una hemorragia en el cerebro —murmuró con precipitación—. Tendré que sangrarlo por la yugular.

Con un rapidísimo giro de la mano le abrió una profunda herida en el lado izquierdo del cuello. Una masa espesa de sangre negra comenzó a escurrir lentamente del tajo, manchando la camisa y la pechera del ministro.

No salta la sangre, doctor —susurró el general Baquedano, sumamente impresionado.

El cirujano giró el rostro ansioso, y divisando una escobilla y una toalla sobre una cómoda, se apoderó de ambas y alargando la primera al capitán Gormaz, que estaba al otro lado del lecho, le ordenó precipitadamente:

—¡Frótele el cuerpo! Hay que activarle la circulación; de lo contrario, el ministro se nos muere.

Se desnudó al enfermo a tirones y varios participaron en la faena de masajearlo.

A la distancia, una banda de músicos comenzó a tocar una tonada alegre y bulliciosa.

—Es la retreta de las cinco, mi general —advirtió el teniente Zilleruelo al general Baquedano—. ¿La hago callar?

—No, no —le replicó quedamente el jefe—. Si el ministro se nos muere, que lo haga oyendo la música del ejército que él, con su tesón, contribuyó a traer hasta estas tierras.

En ese instante Sotomayor dejó escapar un ronquido atroz, se agitó convulsivamente y exhalando un bullicioso estertor, quedó laxo, con la boca y los ojos abiertos.

Todos retrocedieron, sin atreverse a pronunciar palabra. El

doctor Allende se inclinó sobre el pecho del enfermo. Luego se irguió con expresión desolada.

—¡Doctor!… ¡Doctor Allende!… —exclamó descontroladamente el general Baquedano.

—Se acabó, mi general.

Un silencio terrible invadió el cuarto. Nadie se atrevía a moverse.

Entonces entraron el coronel Velásquez y el doctor Martínez Ramos. No necesitaron preguntar nada. Los rostros inclinados hacia el cuerpo del ministro expresaban claramente que la tragedia había concluido.

—Descanse en paz —musitó gravemente el general Baquedano, con ojos húmedos—. Descubrirse, señores —ordenó a los que lo rodeaban, y juntando los tacones se cuadró respetuosamente ante el cadáver, siendo imitado con fervoroso recogimiento.

Todos los jefes derramaron lágrimas sobre el féretro del sencillo ministro.

Aquellos militares ignoraban el más grande mérito de don Rafael Sotomayor: que, teniendo facultades y credenciales de presidente de la república en campaña, jamás las usó contra los que se le opusieron, no las dio siquiera a saber, prefiriendo manejar a los hombres por medio de la convicción personal.

El presidente Aníbal Pinto recibió la noticia de su muerte como una puñalada en el corazón. Mientras las campanas de la catedral de Santiago doblaban con sones fúnebres, reunió a sus ministros y les participó la dolorosa nueva. Todos ellos se pusieron de pie al escucharla y compartieron sinceramente el dolor del Jefe del Estado.

«—Qué golpe tan inesperado y tan fatal es la muerte de Sotomayor —dijo en esos momentos el señor Pinto—. Sotomayor, por sus antiguas relaciones con los principales jefes del ejército, por el prestigio que entre ellos tenía, por el respeto que imponía su carácter elevado, mantenía la unidad y la buena armonía en el ejército. El servicio que prestaba en este sentido es inapreciable y será muy difícil encontrar quien pueda reemplazarlo de una manera satisfactoria. En cuanto a mí, tengo que lamentar la pérdida del abnegado compañero de trabajo, del eminente ciudadano y la de uno de mis más antiguos y mejores amigos».

En el campamento de Yaras, la Orden del Día del 21 de mayo estableció que se rendirían al difunto honores de General de División y que el ejército entero llevaría luto por ocho días.

El cadáver, embalsamado por los doctores Allende Padín y Martínez Ramos, fue colocado en una urna de latón herméticamente cerrada y ésta dentro de un ataúd de madera. El corazón, guardado en una caja con alcohol fenicado, fue puesto a los pies del cadáver.

Durante toda la noche del 21 los oficiales y soldados de las cuatro divisiones desfilaron por la capilla ardiente, rindiendo un emocionado tributo de admiración al ministro.

A media mañana del 22 de mayo emprendió la marcha el cortejo fúnebre. Lo encabezaba el coronel Pedro Lagos y escoltaban al carro tirado por cuatro mulas que conducía el ataúd veinticinco cazadores del desierto, mandados por el comandante Jorge Wood. Los soldados, con sus trajes de parada ya raídos por la dilatada campaña, formaban en hileras a ambos costados del camino. Noblemente emocionados iban presentando armas, batallón tras batallón, a medida que el carro mortuorio se alejaba del campamento. La banda de músicos del «Esmeralda», ubicada en el extremo más distante de la calle de tropas, despedía al ministro con los compases del *Adiós al 7.º de Línea* y de sus bronces la noble melodía brotaba como un lamento prolongado.

9

La desaparición del ministro Sotomayor creó el problema de elegir al hombre que debería seguir manejando la trama total de la campaña. El presidente y sus ministros, que no estaban en contacto directo con el general Baquedano y a quien suponían un elemento transitoriamente al mando del ejército, desconfiaban de su capacidad para seguir dirigiendo él solo la guerra. Así como una medida de transacción, el Gabinete determinó confiar la dirección de la campaña a un triunvirato, constituido por el general en jefe, el coronel Velásquez y el comandante general de la caballería, don José Francisco Vergara.

El comandante Vergara patrullaba por los alrededores de Ite cuando recibió el comunicado telegráfico, retransmitido desde Iquique por el capitán de navío Patricio Lynch. Cuando leyó: «Diga al general Baquedano que siga adelante las operaciones convenidas con el ministro, poniéndose de acuerdo en todo con los coroneles Vergara y Velásquez», se quedó atónito. Sabía que el general Baquedano no aceptaría jamás compartir su autoridad con nadie. Por otra parte, estaba convencido de que lo que necesitaba el ejército en ese momento era un solo mando, una sola cabeza que unificara las acciones.

Su estupor no duró mucho, sin embargo; porque conociendo al general Baquedano, sabiendo lo zorro que era, dedujo que no le faltaría algún recurso para burlar la orden. Y él esperaba que así sería. No deseaba participar en el mando superior; sólo quería que le dejaran al frente de la caballería, para cargar siempre en la vanguardia.

Con estos pensamientos regresó al campamento de Yaras. Efectivamente, el general Baquedano supo acomodar la orden

ministerial a su amaño. Fingiendo una absoluta inocencia, gruñó amablemente, mientras se paseaba de un extremo a otro del cuarto que ocupaba como despacho:

«—¡Pobre Rafael! ¡Pobre Rafael! En Santiago deben haberlo llorado mucho, pero parece que tienen confianza en los que quedamos en lugar del ministro, ¿eh?».

—¿Ha recibido alguna comunicación, mi general?

—Oh, sí, sí. Me indican que siga adelante con el plan convenido con el ministro. Por supuesto, quieren que estemos todos de acuerdo. De acuerdo con Velásquez, de acuerdo con usted, Vergara. Como si no fuéramos todos uno, ¿verdad?

El comandante Vergara rió entendiendo la esencia de las reflexiones del veterano.

«—Sí, mi general —le respondió, disimulando una sonrisa—. Nos encontramos felizmente en la más perfecta unión y espero estar siempre de acuerdo con usted, porque sé que me permitirá aprovechar todo el poder de la caballería y no me dejará estar de ocioso mientras quede un enemigo en armas».

—Por supuesto, naturalmente, comandante Vergara —aprobó el general con los ojos brillantes de malicia.

Allí terminó el incidente. El coronel Velásquez tomó el asunto en la misma forma que Vergara y se subordinó lealmente al general Baquedano.

Después no se habló más del reconocimiento que debía practicarse sobre las defensas de Tacna, a fin de iniciar el ataque de esa plaza lo antes posible.

El destacamento encargado de realizarlo estuvo compuesto por el «Carabineros de Yungay N.º 1», una compañía del «Cazadores» al mando del capitán Sofanor Parra y otra del «Granaderos», guiada por el capitán Temístocles Urrutia. Estas fuerzas de caballería que servirían de avanzada y cubrirían los flancos de la infantería debían partir a las dos de la madrugada del día siguiente. El grueso de la fuerza expedicionaria comprendería 200 hombres del «Esmeralda», mandados por el comandante Holley y el coronel Amengual, más todos los jefes divisionarios y los oficiales especializados.

Para medir el alcance de los cañones enemigos iba el comandante Salvo con sus ayudantes y dos piezas de artillería de campaña.

Listos todos los aprestos, el general Baquedano dispuso que los hombres que realizarían el reconocimiento se echaran a dormir.

Tacna era una ciudad de 7338 habitantes, según las estadísticas de la época. Ubicada en el fértil valle del río Tacna, es la cabecera en donde termina el desierto y el punto concéntrico de los caminos de Arica, de Bolivia y de los pueblos del centro del Perú.

En mayo de 1880 mandaba el departamento, que comprendía las ciudades de Tacna y Arica, el prepotente prefecto Pedro del Solar, favorito del dictador Nicolás de Piérola. Desde la llegada de este funcionario, el contralmirante Montero, que se había visto obligado a entregar el mando del ejército de la alianza al general Campero, se encontró con su autoridad mucho más disminuida todavía. Y cuando el general Campero le ordenó trasladar las tropas peruanas a Tacna, ni siquiera pudo alojarse en el edificio de la prefectura, sino que debió resignarse a ocupar una casa particular junto a la estación del ferrocarril, cediendo la otra al prefecto Del Solar.

Esta circunstancia fue favorable para las agentes secretas chilenas. Leonora Latorre pudo alquilar una pequeña casa ubicada a sólo media cuadra de aquel improvisado cuartel general. Aún más, la puerta falsa de la estrecha morada se abría frente al patio de la estación, a cuyo costado opuesto desembocaban las entradas de servicio de la casona que ocupaba el contralmirante.

Leonora, que aún seguía escudándose en su trabajo en la Ambulancia, acechaba los movimientos del cuartel general peruano, de los cuales informaba regularmente a El Profesor, que estaba en Pocollay, sede del campamento boliviano.

Aquella tarde del 22 de mayo fue El Profesor quien se presentó en la casa de las espías chilenas. Llegó disfrazado de pescadero cholo y se detuvo a pregonar su mercancía frente a la puerta.

—¡Pejerreyes del Caplina!… ¡Pescaditos frescos, caserita!

Leonora y Elcira reconocieron el pregón que había convenido como señal y se apresuraron a franquearle la entrada. Entonces pudieron enterarse de las urgentes noticias que lo habían movido a venir.

El general Narciso Campero no había podido trasladar el ejército

de la alianza hasta el Sama. Le faltaron elementos para transportar la cantidad necesaria de víveres y agua, por lo que tuvo que desistir de su intento y regresar a Tacna, esperando hallar un sitio adecuado para resistir el choque de los chilenos.

—¿Y lo encontró? —le interrumpió Leonora.

—Sí. No hay duda de que Campero es un general que conoce su oficio —afirmó El Profesor—. Después de reconocer todos los alrededores de Tacna, ha distribuido su ejército en posiciones tan magníficas, que parecen construidas especialmente por la naturaleza para contener un ataque proveniente del norte.

—¿Cuáles son esas posiciones, Profesor?

—La hilera de lomas que corona la meseta de Intiorco en la ribera del río Caplina. Es una especie de muralla extendida de oriente a poniente, y cuyo lomo alcanza una altura media de diez a quince metros sobre el nivel del desierto por donde deberán aparecer nuestros compatriotas.

Efectivamente, la meseta de Intiorco es un verdadero muro natural que separa el desierto del río Caplina y que cierra en una larga extensión el paso desde el norte hacia Tacna, dejando una sola abertura, por la que pasa el camino que comunica con los departamentos centrales del Perú.

El general Campero había sabido escoger bien el emplazamiento de sus fuerzas. En la cumbre de las lomas había ubicado las baterías, dejando detrás de ellas las reservas. En el camino al norte, en la retaguardia de la línea, inmovilizó la caballería presta para desbordarse como un torrente por el boquete de la muralla natural. Y el total de la infantería esperaba parapetado tras los fortines de piedra y sacos de arena levantados a toda prisa sobre la cresta de los promontorios.

El problema de los tres agentes chilenos era cómo advertir al general Baquedano el peligro que escondía la meseta de Intiorco. El Profesor lo consideraba imposible. El ejército de la alianza cerraba todo paso hacia el norte. La masa total de soldados estaba dividida en tres porciones: la primera de la derecha la mandaba el contralmirante Montero; la del centro, el coronel Miguel Castro Pinto, ayudante del general Campero, y la de la izquierda, el coronel Eleodoro Camacho.

Sin embargo, Leonora se dispuso a emprender ella misma la

aventura.

—¿A qué distancia de Tacna quedan las posiciones aliadas, Profesor? —preguntó a su jefe.

—A una legua y media hacia el norte.

—¿Y el valle del Sama?

—A ocho leguas de Tacna, o sea, a seis y media del Campo de la Alianza.

—¿Campo de la Alianza?

—Sí, Leonora; así han bautizado el lugar las altas autoridades militares de Tacna.

Leonora se quedó un instante pensativa. Por último expresó a El Profesor:

—Don Abelardo, consígame usted una mula y dos odres con agua y yo pasaré a través de la línea
perú-boliviana
para llevar el aviso al general Baquedano.

El Profesor la observó con los ojos entrecerrados, sorprendido una vez más por el coraje de que daba muestras la agente, e iba a responderle, cuando el estampido de varios cañones disparados simultáneamente a la distancia los hizo sobrecogerse. Sacudidos por la impresión, corrieron los tres a una ventana y la entreabrieron. No cabía duda, provenían del Campo de la Alianza.

—Es tarde ya —le dijo El Profesor a Leonora—. Se ha trabado la batalla. Los chilenos están enfrentando las posiciones aliadas.

En confirmación a sus palabras, las campanas de todas las iglesias y capillas comenzaron a redoblar febrilmente, dando la alarma.

—Los chilenos van a atacar Tacna —musitó, anhelante, Leonora. Y agregó con un hilo de voz—: Entre ellos debe venir Alberto. ¡Oh, Virgen Santa, protégelo!

El Profesor, oprimiéndole vigorosamente un hombro, la alentó:

—¡Ánimo, Leonora! Ahora tendremos que trabajar más que nunca. Manténganse alerta y dispuestas a realizar mis instrucciones tan pronto las reciban. Adiós.

Echándose sobre un hombro su canasto con pescados, se lanzó a la calle.

La población tacneña, arrancada en forma sorpresiva de su siesta, corría desatinadamente de un extremo a otro de la ciudad.

Muy pronto, en la pequeña plazoleta frontera a la iglesia de San Ramón fue amontonándose una muchedumbre bullente de rezos y lamentaciones. Una insoportable incertidumbre roía el corazón de los pobladores de Tacna: ¿lograrían los 13 650 soldados atrincherados en el Campo de la Alianza vencer a los chilenos que, más o menos en igual número, avanzaban a través del desierto?

En vano los religiosos de San Ramón repetían: «¡No pasarán! Jamás podrán los enemigos forzar el alto muro de arena, cañones y fusileros que cierran el paso a nuestra ciudad».

Pero ya en esa época resultaba difícil alentar a los habitantes del sur del Perú.

A las siete de la tarde, sorpresivamente cesó el cañoneo y un silencio extraño se apoderó de Tacna.

Hacia el norte, en la ceja del Campo de la Alianza, asomaron poco después varios cornetas y los toques alborozados de sus bronces llegaron hasta la ciudad. Una delirante alegría cundió en la muchedumbre. El enemigo había sido rechazado.

Pero los hechos verdaderos no eran los que imaginaron los tacneños. Lo ocurrido era que la avanzada chilena que se acercó al Campo de la Alianza para practicar un reconocimiento había terminado su misión. Los delegados de las tres armas examinaron las líneas

perú-bolivianas

en toda su longitud y regresaron al campamento general establecido en Yaras.

Aquella misma noche, el general Baquedano reunió en la casa parroquial a los jefes divisionarios y a los miembros del Estado Mayor para estudiar el plan de ataque definitivo.

—No creo que el reconocimiento que hemos realizado haya sido completo, ni mucho menos —comenzó diciendo el general Baquedano.

El coronel Velásquez opinó en la misma forma. Según él, los cañones que se les opusieron esa tarde no eran los mejores que poseían los enemigos: sabía que los bolivianos disponían de piezas Krupp con un brazo mayor de 4000 metros.

Por su parte, el coronel Amengual reconoció, como jefe de la infantería, que no se había formado una idea concreta del número y calidad de las tropas defensoras del Campo de la Alianza. Tampoco

le había sido posible ver las trincheras que tendrían que asaltar.

—El nivel por donde avanzarán nuestros hombres —concluyó— está mucho más bajo que el de la meseta que ocupan los enemigos.

—Y tenemos que pensar que hay más soldados y elementos tras esa meseta —agregó el general Baquedano—. ¿Podrán los nuestros trepar a las posiciones enemigas y caer sobre Tacna?

Las voces de varios jefes comenzaban a responder afirmativamente, cuando el comandante Vergara los interrumpió alzando el tono:

—Perdónenme, señores —dijo serenamente—, pero no creo que sea imprescindible lanzar nuestros soldados a pecho descubierto contra esas formidables defensas.

No alcanzó a exponer su idea, inmediatamente terciaron varios jefes, oponiéndose a conceder opinión táctica al que ellos seguían considerando un civil ignorante del arte de la guerra.

—¡Silencio, caballeros! —los acalló cachazudamente el general —. El señor José Francisco Vergara va a darnos una lección de táctica, aprendida en la Escuela de Leyes de Santiago.

El comandante de milicias se puso encarnado de enojo, pero se contuvo:

—El buen sentido no se estudia en las academias de guerra, mi general; se nace con él.

El jefe del ejército entendió el alcance de la punzante respuesta y las mandíbulas se le crisparon.

—¡Al grano, comandante! —lo urgió—. ¿Cuál es su plan?

—Que una parte considerable del ejército flanquee las posiciones enemigas por el oriente, cruzando hacia el sur por la hondonada que da paso al camino que lleva a Tacna, mientras la caballería cae sobre la aldea de Calana, que está en esa misma dirección e interpuesta en los caminos que comunican con Bolivia y los departamentos centrales del Perú. Así cortarían la retaguardia a los defensores del Campo de la Alianza, separándolos de Tacna e impidiéndoles luego la retirada hacia Bolivia.

El coronel Velásquez lanzó una pequeña carcajada despectiva.

—¿Dejando intactos dentro de sus posiciones a los trece mil soldados enemigos? —discurrió.

El comandante Vergara lo observó con una mirada fría y dura.

—Parece que el señor coronel Velásquez no ha reparado en que

por Calana pasa el río Caplina, que es el que surte de agua a Tacna y al ejército de la alianza. Si nuestra caballería ciega el río o desvía su cauce, los enemigos tendrán que rendirse por la sed o abandonar sus posiciones fortificadas y salir a combatirnos en el terreno que nosotros elijamos.

Un tenso silenció cayó sobre la reunión. Muchos de los jefes comprendieron que el comandante Vergara tenía razón, pero ninguno se atrevió a apoyarlo. Temieron ser tildados de cobardes.

—Magnífico plan, comandante —dijo el general Baquedano con acento mordaz—. Pero tiene un pequeño inconveniente.

—¿Cuál, mi general?

—Que nunca lograríamos hacer desfilar nuestro ejército, con sus carros cargados de municiones, sus baterías arrastradas por mulas, sus carretas con bagajes, por las cerrilladas arenosas que se alzan al oriente.

—No es necesario que vaya todo el ejército, mi general; bastará con una división.

—¿Para que se repita lo que ocurrió en Mollendo? —intervino acremente el coronel Velásquez—. ¿Para que esa división convierta Calana en una hoguera y caiga después sobre Tacna como manada de lobos rabiosos, sin importarle dejar entre ella y nosotros al ejército enemigo? ¡No, comandante, con una experiencia con divisiones autónomas basta!

—¡Basta, por supuesto, basta! —aprobó tercamente el general Baquedano y se opuso a seguir considerando el plan de Vergara—. Tenemos las líneas enemigas al frente. Nos vamos contra ellas como soldados que somos. Y se acabó.

—Pienso lo mismo —insistió el coronel Velásquez—. Toda mi vida he combatido así: pecho al enemigo.

El comandante Vergara se irguió, pálido de vergüenza y furor.

—La suya es una testarudez injustificable, coronel —dijo a Velásquez—. Si se puede evitar que nuestros soldados hayan de recibir el fuego enemigo a pecho descubierto, ¿por qué no hacerlo?

—¡Basta de debates, caballeros! —lo interrumpió secamente el general—. ¿Ninguno tiene otro plan?… Bien. Atacaremos de frente entonces: a la chilena. Mañana, al alba, partiremos. Haremos la jornada en dos etapas. La primera nos llevará hasta la Quebrada Honda, que está en mitad del desierto, a menos de una legua del

Campo de la Alianza. Dormiremos allí y al amanecer del 26 de mayo asaltaremos las defensas enemigas y nos apoderaremos de Tacna, como sea, a sangre y fuego. Eso es todo.

El consejo de guerra se disolvió en medio de la aprobación y aplausos de los jefes, impacientes por entrar pronto en una acción decisiva.

Cuando el coronel Amengual iba retirándose, el general Baquedano le detuvo con un gesto de jovial camaradería.

—Santiago, tú encabezarás la partida con tu Primera División —le dijo—. Ahora te darás el gusto: tu regimiento «Esmeralda» irá adelante.

El soberbio manco le estiró efusivamente su única mano y estrechó la diestra del comandante en jefe.

A la mañana siguiente la columna estaba en marcha. La precedía un grupo de arrieros que conducían 60 mulas cargadas con odres de agua y el escuadrón «Carabineros de Yungay N.º 1», mandados por el teniente coronel Manuel Bulnes. Como vanguardia de la infantería iban los policías del «Valparaíso». Tras ellos marchaba el «Esmeralda», seguido por los demás cuerpos de la Primera División. El coronel Amengual iba a la cabeza de su regimiento, cabalgando emparejado con el comandante Adolfo Holley. Durante las primeras seis horas de camino tuvieron pocas oportunidades de hablar, preocupados por la atención de la columna. Pero cuando el cansancio y la falta de variaciones de la ruta desértica automatizaron el avance de los hombres, se relajaron un poco sobre las monturas de sus caballos y sostuvieron un breve diálogo.

—Mi coronel —dijo repentinamente Holley a su superior—, permítame usted que le participe algo que me ha traído preocupado desde anoche.

—Ah, no me diga nada, Holley —le respondió el veterano, riendo maliciosamente—; mire que de tanto vernos la cara, ya la suya me va siendo transparente. El comandante Vergara tenía la razón, ¿no es eso?

—Efectivamente —reconoció el jefe del «Esmeralda», con cierta sorpresa—, el comandante Vergara propuso el plan más atinado.

—Claro que sí.

—Y si estaba usted de acuerdo con él, ¿cómo no lo expresó, mi coronel?

Las cejas grises e hirsutas de Amengual se arremolinaron sobre su nariz.

—¿Para que el regimiento «Esmeralda» perdiera su oportunidad? —exclamó—. ¡Oh, no, Holley! Estando los «niños» ansiosos de encontrarse, por fin, frente a las líneas enemigas, ¿tenía yo derecho para privarlos de cumplir su anhelo? ¡De ningún modo! ¿O acaso prefiere usted esa guerra inteligente, astuta, en que se corta el agua al enemigo y luego no hay más que esperarlo para recibirlo con las manos amarradas?

El comandante Holley se irguió, altivo:

—Bien sabe usted que no, mi coronel. Y me alegro que no haya abierto la boca.

Era de la misma escuela que el «viejo» Amengual; irreflexivo, imprudente, temerario.

—Iremos de frente y con uniforme de parada —resumió—. Sí, señor —reafirmó—, el «Esmeralda» hará su estreno bajo los cañones enemigos con traje de parada. Que vean bien esos carajetes que el «regimiento de los pijes» es de leones.

El coronel Amengual lanzó una carcajada estruendosa.

—¡Bravo, bravo, mi viejo querido! Vamos a pedir la autorización del general Baquedano y mañana ¡de parada se ha dicho!

—Y que nos saquen de delante de nosotros a ese cuerpo de policías del «Valparaíso» —agregó Holley—. No quiero que sean otros los que entren primero en batalla.

—Eso sí que no se va a poder —lo atajó su superior—. El Estado Mayor ha dispuesto el orden de marcha y de ataque. No se puede alterar.

El comandante Holley se alzó y giró la mirada para observar toda la columna. Descendiendo ya a la depresión de Quebrada Honda se veía el escuadrón «Carabineros de Yungay N.º 1»; detrás de él marchaba el «Valparaíso»; venía enseguida la Primera División, encabezada por el «Esmeralda»; un cuarto de legua más atrás se divisaba a la Segunda División, mandada ahora por el coronel Barceló; y en la distancia se avistaban confusamente las manchas que formaban en la planicie amarillenta la Tercera División, conducida por el coronel Amunátegui, y la Cuarta, dirigida por el coronel Barbosa. No eran visibles los cuerpos de la reserva, que iban en la retaguardia, y que eran los más probados

regimientos de línea: el «Buin», el «3.º, el 4.º» y el Batallón «Bulnes». El general Baquedano les había designado este lugar con la idea de lanzarlos en último momento y decidir con ellos la batalla.

A las dos de la tarde el «Esmeralda» asomó al borde de Quebrada Honda. Habían realizado la marcha en dos horas menos que lo proyectado. El coronel Amengual sonreía feliz. Pero, de súbito, su sonrisa se terció en un gesto de furor. En el otro lado de la quebrada acababa de aparecer un pelotón de caballería enemiga: eran del escuadrón «Húsares de Junín». Al galope tendido se abalanzaron sobre el grupo de arrieros que conducían las mulas con el agua. Por mucho que el jefe de la Primera División ordenó a gritos que salieran en la defensa de los arrieros los veinte cazadores que escoltaban al «Esmeralda», no hubo forma de salvarlos. Los cazadores sólo consiguieron rescatar a uno de los arrieros y a nueve de las sesenta mulas.

—¡Maldita sea mi suerte! —barbotó el coronel—. Nos hemos quedado sin agua para mañana.

Media hora antes el capitán Manuel Rodríguez, encargado de la protección de los carros con barriles, había venido a pedirles lazos prestados para sacarlos de los médanos en que se habían quedado atascados.

Cuando los alcanzó el general en jefe, acompañados por los miembros del Estado Mayor, el veterano estaba de un humor de los mil diablos. El general Baquedano lo caló con una mirada, pero no quiso perder tiempo en apaciguarlo.

—Aquí mismo me acampa a toda su gente, coronel —le dijo—. Descanso hasta mañana. La jornada será dura, muy dura. Diana a la primera luz y en marcha contra el enemigo. ¿Comprendido? Instale campamento de guerra. Estamos bajo las narices de los aliados. Allí, a siete mil metros apenas, están escondidos. De modo que: gran guardia, la caballería avanzando patrullas durante toda la noche, doble círculo de centinelas y pena de muerte al que se duerma. Hay que pernoctar con toda clase de precauciones, como si fuéramos a recibir el ataque sorpresivo del enemigo. ¿Entendido?

—A su orden, mi general.

El general dirigió su caballo *Diamante* y se dispuso a regresar recorriendo las otras divisiones. Pero, antes de alejarse, agregó:

—Que los capellanes confiesen y den la comunión a los que quieran, durante la noche. Al alba pasará un correo a recoger las cartas que los soldados deseen enviar a sus casas. Las demás divisiones irán llegando a su hora y ocuparán terreno detrás de la suya. ¡Buena suerte, coronel!

Levantando una nube de arena, se alejó con su escolta.

Renqueando por la avenida principal de Tacna, un indio voceaba los pescados y el cochayuyo que llevaba en un canasto. Al pasar frente a una pintoresca glorieta, detuvo su marcha y con gesto de cansancio se sentó en las graderías que le daban acceso. Por entre los párpados adormilados se quedó observando la actividad de los jinetes que llenaban grandes odres de agua y volvían a partir, en sucesión ininterrumpida. Eran los encargados de abastecer al ejército atrincherado en el Campo de la Alianza. Los sargentos que vigilaban la operación mataban el tiempo conversando animadamente entre ellos. Cada hombre que regresaba desde la línea defensiva traía una nueva noticia, la que era larga y torpemente comentada.

Después de escucharlos casi una hora, el indio prosiguió su camino. Minutos más tarde, voceaba sus pescados en la calle de la estación:

—¡Pejerreyes del Caplina!… ¡Carne blanca y sin espinas!

Obedientes a la clave de El Profesor, Leonora y Elcira se apresuraron a franquearle la puerta, con disimulo.

Las noticias que traía el jefe del servicio secreto chileno eran sorprendentes.

El general Narciso Campero acababa de renunciar al mando del ejército aliado, transfiriéndolo al contralmirante Montero. Este repentino cambio había provocado una profunda confusión entre los jefes y oficiales de las dos fuerzas.

—Las razones íntimas nadie las conoce —declaró El Profesor—, pero las públicas sí. Hoy 25 de mayo es la fecha fijada para que la Convención de Bolivia se reúna y designe un nuevo presidente, es decir, puede considerarse que hoy deja el general Campero de ser el jefe supremo del Altiplano. Y como era la dignidad del presidente

de la república la que le daba el derecho a ser general en jefe del ejército aliado, él estimó que no debía seguir desempeñando ese cargo y dimitió en beneficio del contralmirante Montero.

—Es una determinación que tendrá funestas repercusiones en el ejército de la alianza —recapacitó Leonora.

—Naturalmente. El coronel Eleodoro Camacho lo ha entendido también en esa forma y se ha opuesto férreamente a aceptar el cambio, y lo secunda el contralmirante Montero, que no quiere cargar con la responsabilidad de la batalla que se le avecina. Ante esta actitud de sus dos subalternos inmediatos, el general Campero parece decidido a recoger su renuncia, pero nada se sabe, en concreto, todavía. Esta noche se realizará un gran baile en la prefectura para celebrar el cumpleaños del contralmirante, y se espera terminar de convencer al general allí.

Leonora se quedó un instante pensativa.

—Profesor, ¿será posible que nos acerquemos esta noche a esa fiesta y tratemos de saber algo?

—Naturalmente que iremos. Sin duda se amontonará mucho pueblo frente a la prefectura y nos será fácil confundirnos con los curiosos que se colgarán de las rejas de la ventanas para admirar la fiesta.

La fiesta se realizó con tanta pompa y alegría que hizo pensar a los tacneños que el enemigo que se acercaba a la ciudad debía ser despreciable.

Poco más o menos fue lo que expresó el prefecto Del Solar en la sonora improvisación con que dio término a la comida. Aun cuando los curiosos no pudieron escucharla hasta el final, porque el prefecto ordenó cerrar las ventanas, las vibrantes frases que alcanzaron a oírle los convencieron de que el peligro de los chilenos era simplemente una majadería.

El Profesor y Leonora, mezclados con la multitud, sonreían todavía por las jactanciosas expresiones del prefecto, cuando un pequeño piquete de caballería hendió la muchedumbre, dirigiéndose a la entrada de la prefectura. Al frente de ellos iban dos jinetes que exigían paso, voceando que traían prisioneros enemigos.

El Profesor se escurrió hasta colocarse en primer plano, a fin de observar de cerca a los prisioneros. Éstos eran dos arrieros, pero el

jefe de los espías tuvo que sujetar a sus dos compañeras para que no se delataran protestando por el mal trato que se les iba dando. Con ojos ensombrecidos vieron cómo los introducían a la prefectura.

El jefe de la guardia del recinto irrumpió en el salón y comunicó discretamente al contralmirante Montero la captura de los dos chilenos. Éste participó la novedad al general Campero, quien, de inmediato, interrumpió las conversaciones y la música, y ordenó que los prisioneros fueran introducidos al recinto. Éstos fueron llevados a empellones hasta la mitad de la sala y ahí quedaron, de pie, bajo las luces de la gigantesca araña, sucios y jadeantes por la atroz carrera que habían tenido que soportar. Sin embargo, uno de ellos, el más joven, sostuvo con rostro altivo y ojos fieros la mirada dura del general boliviano.

—¿Quiénes son ustedes? —comenzó preguntándoles éste.

—Arrieros, señor; arrieros del ejército chileno —le respondió valerosamente el interpelado. Y agregó desafiante—: Y no les *tenimos* miedo, *pus*. Nos pillaron, *güeno*: pero *hei* no más, al otro lado del desierto, están los nuestros y no nos van a dejar abandonados. Antes de cuatro horas están aquí.

El prefecto Del Solar alzó la mano para cruzarle el rostro de un revés, pero el general Campero alcanzó a sujetarlo.

No, prefecto; repare en que hay damas.

Éstas, en realidad, no necesitaban de aquel gesto de violencia para ponerse nerviosas.

El general Campero prosiguió su interrogatorio, sin poder disimular su inquietud. A través de ellas todos los concurrentes se enteraron de que las fuerzas invasoras estaban ya en Quebrada Honda y que aparecerían frente a Tacna junto con la aurora.

El ánimo de diversión desapareció como por encanto. Las señoras, así como los funcionarios civiles, sólo pensaron en partir a buscar refugio en sus casas o en huir desembozadamente de la ciudad.

Los jefes militares, enardecidos por lo mucho que habían bebido durante la fiesta, rodearon al general Campero, esperando sus decisiones con rostros tensos. Éste acalló sus comentarios y se dirigió al contralmirante Montero, expresándole con voz firme:

—Don Lisardo, señores jefes, hasta hace un momento ustedes me exigían que volviera a tomar el mando del ejército de la alianza.

Pues bien, en la hora de la acción siento que me vibra el espíritu y no puedo negarme al llamado de mi alma de soldado. Acepto retomar el mando. Los chilenos están allí, en la cuenca de Quebrada Honda, decididos a atacarnos mañana. ¿Vamos a permitirlo? ¡No, señores! Nosotros nos anticiparemos a su acción. Esta noche misma, mientras ellos se entregan confiados al sueño, caeremos sobre su campamento y los aniquilaremos.

La arenga encendió los ánimos de jefes y oficiales. Ya nadie deseó seguir disfrutando de la fiesta y abandonaron el salón siguiendo al general Campero y al contralmirante Montero, que los alentaban a correr hacia el Campo de la Alianza para poner en marcha a las tropas.

Presas del ardor artificial provocado por la champaña, montaron a caballo y galoparon hasta la línea de fortines de la meseta de Intiorco. Se procedió con una celeridad pasmosa. Despertando a los soldados a voces, pronto tuvieron a las columnas formadas y en marcha. Al paso vivo, el ejército mixto de Perú y Bolivia se adentró en el desierto de siete kilómetros de anchura que se tendía hasta la posición chilena. Pero, a medida que se alejaban del Campo de la Alianza y el frío de las neblinas despejaba las mentes, una vergonzante sensación de disparate iba colándose por los cerebros de los jefes aliados. Sin embargo, ninguno se atrevía a interrumpir el sigiloso avance hacia el noroeste.

En la vanguardia marchaban dos divisiones, una peruana y otra boliviana, y la primera era mandada por el viejo coronel Belisario Suárez, el mismo que extraviara sus tropas junto al Pozo de Dolores en Tarapacá. Aquel penoso recuerdo asaltaba al coronel.

El inmenso temor de volver a perderse en el desierto lo hacía marchar callado y sombrío. Ese mismo miedo se fue infiltrando en forma creciente en el ánimo de los otros jefes. Pero ninguno se atrevía a manifestarlo, alentados por la vaga esperanza de caer sobre el campamento chileno y sorprender a sus defensores durante el sueño.

Pero aún esta esperanza nacía fallida. Muy pocos dormían en las líneas chilenas. La caballería vigilaba los flancos y los soldados, envueltos en sus mantas, conversaban con sus compañeros más próximos o esperaban silenciosos a que los capellanes les recibieran la confesión y les dieran la sagrada hostia. Desde la retaguardia, el

general Baquedano enviaba continuamente oficiales en ronda para inspeccionar la cohesión de la guardia.

Rafael Torreblanca permanecía sentado en una piedra, en medio de los hombres de su batallón, cuando acertó a pasar uno de los enviados del general en jefe.

—¿Qué hora es, compañero? —le preguntó en voz baja.

El recién llegado se detuvo y le respondió en el mismo tono:

—No deben ser más de las diez y media. No alcanzo a ver la esfera de mi reloj. ¿Quién es usted? Su voz la conozco.

—El capitán Rafael Torreblanca, del «Atacama».

El aparecido rió quedamente y se encuclilló junto al copiapino.

—Con razón lo estaba reconociendo, compañero. ¿Y usted a mí no?

Era el capitán de exploradores Manuel Rodríguez.

—Hola, Manuel —lo saludó Torreblanca—. Yo lo hacía en la retaguardia, sufriendo siempre con los abastecimientos.

—¡Y caramba que me han hecho sufrir! —bromeó el oficial—. Mi comandante Bascuñán y yo hemos tenido que sudar la gota gorda para traer un poco de agua hasta el campamento.

—¿Y qué hace usted por la vanguardia, capitán? Ya debería estar descansando.

El capitán Rodríguez se alzó de hombros, negando importancia a su misión. Iba de ronda por las primeras líneas, tenía que inspeccionar los nidos de los centinelas de la Primera División, que era la más avanzada. Si le era posible, debía llegar hasta las líneas movibles del «Carabineros de Yungay N.º 1» que patrullaba el desierto.

—Bueno, prosigo mi ronda, compañero —dijo—. El comandante del «Atacama» está de servicio en esta línea, ¿no?

—Sí, mi comandante Martínez está allí, junto a la tienda que ocupan sus dos lujos: Melitón y Gualterio.

El capitán Rodríguez hizo un guiño malicioso.

—Buen padre el viejo… y buen comandante.

Se estrecharon las manos y el explorador comenzó a alejarse. Pero regresó casi de inmediato.

—Ah, me olvidaba de algo —le dijo fraternalmente—. Llegaba con el agua a la Cuarta División, cuando me topé con las ambulancias.

Torreblanca se puso de pie.

¿Vio usted a mi novia?

Rodríguez lanzó una breve carcajada y le palmoteo un hombro, con afecto.

Ya sabía yo que usted iba a saltar. Naturalmente que vi a la señorita Clementina y estuve conversando con ella. Está algo nerviosa, pensado en usted y en su hermano, el subteniente Cobo. Quería acompañarme, pero, como es natural, no la dejaron.

El copiapino meneó la cabeza preocupado.

—¡Ah, esta chiquilla!… ¡Qué locura ha hecho viniendo a meterse a este infierno!

Rodríguez le guiñó un ojo, en un gesto de complicidad, y acercándose a un oído le dijo misteriosamente:

—Yo que usted, capitán, iba a verla ahora.

—¿Ahora?… Pero ¿cómo?… ¿Cree usted que es posible?

Los ojos del explorador chispearon maliciosos.

—No se apegue tanto a la disciplina, compañero. Vaya donde su comandante Martínez y dígale las cosas como son. Esta noche él debe estar en ánimo para comprender estos asuntos sentimentales; no le va a negar su autorización. Lo demás es fácil; hasta con seguir el escalonamiento de los batallones hasta el otro lado de la Quebrada Honda. Allí, junto al Cuartel General, están las ambulancias. No sea tonto: vaya a ver a su novia. ¿Quién puede decirnos qué pasará mañana?

—Tiene usted razón. Gracias, capitán.

Enseguida se perdió en la noche.

El comandante Martínez no estuvo tan llano a conceder el permiso que le solicito Torreblanca. Pero, al fin, terminó por aceptar, cuando el oficial le lanzó su argumento decisivo.

—Mi comandante —le dijo Torreblanca, con tristeza—, piense usted en que es posible que no vuelva a verla jamás.

—¡Caramba! ¿Qué ideas son ésas, capitán? —Aunque fingió un serio enojo, Rafael se dio cuenta de que lo había ablandado de golpe—. Está bien, vaya. Pero sólo unos instantes; digamos, una hora de ausencia en total.

Torreblanca partió al momento. Sabía que hasta la retaguardia había media hora de marcha, cuando menos, y que consumiría el permiso en ir y volver, pero lo hizo de todos modos, anhelando

aunque sólo fuera ver a Clementina. A mitad de camino creyó haberse extraviado en la obscuridad y perdió valiosos segundos en buscar a un centinela para indagarle sobre la ruta. Luego tuvo que correr más rápido todavía. Llegó hasta el carro en que estaba Clementina jadeando y sin poder hablar. Se limitó a tomarle ambas manos y estrecharselas apasionadamente.

La muchacha lo recibió con intensa emoción.

—Sabía que ibas a venir —le murmuró al oído.

—Sí…, sí… —balbuceó apasionadamente el oficial—. Vine porque sentía la necesidad imperiosa de decirte que te adoro, Clementina. Hace tanto tiempo que el vaivén de la guerra nos separa y nos junta, que apenas nos ha permitido vernos en los minutos fugaces que quedaban entre el pasar de mi batallón o la partida de tu ambulancia… Todo tan diferente de lo que fue nuestro noviazgo en Chile, de las tardes maravillosas que pasamos cuando estabas de visita en casa de Leonora Latorre. ¿Recuerdas?… Bailábamos, paseábamos…

Rafael la tomó de los hombros y la estrechó apasionadamente contra su pecho.

Con el rostro hundido en el pecho del oficial, la joven musitó desesperadamente:

—¿Hasta cuándo durará esto, Rafael? ¿Nunca llegaremos a casarnos?

—No he pensado en otra cosa durante estos últimos días, pero no había tenido la oportunidad de venir a decírtelo. —Separó un poco de sí a Clementina, y mirándola al fondo de los ojos le preguntó, temblándole la voz—: Amor, mío, ¿quieres que nos casemos? Pero te pregunto: ¿quieres que nos casemos… ahora?

—¿Ahora?… ¿Ahora mismo?

—Sí, querida. Yo buscaré a un capellán de los muchos que esta noche están recorriendo el campamento y le pediré que nos case.

La muchacha volvió hacia él el rostro iluminado por una dulce sonrisa y lo besó suavemente en una mejilla.

—Esta noche no, mi vida —le susurró—. Los capellanes están demasiado ocupados en dar la comunión a los soldados.

—Tienes razón, Clementina. Lo haremos mañana entonces; inmediatamente después de nuestra entrada en Tacna. Quizás sea mejor así. Esta victoria traerá el término de la guerra. Los enemigos

tendrán que pedir la paz. Nos casará el curita Ruperto Marchant Pereira, que es capellán del «Atacama», y los oficiales del batallón festejarán nuestro matrimonio como si fuéramos sus parientes.

Sus últimas palabras se perdieron, ahogadas por el estruendo de una fusilería. Torreblanca volvió al instante la cabeza hacia el sur. No cabía duda: las avanzadas chilenas estaban chocando con las enemigas. Quizás comenzaba ya la batalla. Impulsivamente apretó a la joven contra su pecho.

—Hasta luego, amor mío; tengo que volver junto a mi batallón.

Se besaron intensa, dolorosamente. Luego el oficial se alejó corriendo.

—Hasta después de la victoria, Clementina —le gritó.

—Hasta después de la victoria, Rafael —musitó ella, con la garganta estrangulada por los sollozos, y se quedó afirmada en un costado del carro.

El coronel Amengual maldecía mientras tendía el oído hacia las primeras líneas. Las centellas de los disparos le indicaban el sitio donde se había producido el choque, pero como eran intermitentes y ralas, no le permitían formarse un juicio cabal de lo que estaba ocurriendo. Suponía, no obstante, que el fuego era efectuado por las cuartas compañías de los dos batallones del «Esmeralda» que habían sido encargadas de formar la gran guardia en el punto más avanzado hacia sur.

Esta suposición fue confirmada más tarde por el subteniente Cobo, portador del informe enviado por el comandante del «Esmeralda».

—Mi comandante Holley me manda comunicarle que las cuartas compañías han avistado gruesas formaciones enemigas que se mueven ante nuestras líneas por el fondo de la quebrada.

—Capaces son los de la Alianza de intentar una sorpresa —barbotó el veterano—. ¡Hay que repeler a esos atrevidos al momento!

En esos instantes llegó el coronel Silva Vergara, ayudante del Estado Mayor, y fue informado rápidamente de lo que ocurría, para que lo transmitiera al general en jefe. Pero tan pronto hubo partido,

el jefe de la Primera División tomó sus propias disposiciones. Envió a su ayudante de campo, el capitán Patricio Larraín, con orden para el comandante Jacinto Niño, del batallón «Valparaíso», de desplegarlo en guerrillas y avanzar contra el enemigo que se escurría por entre la neblina.

Las descargas, que se habían extinguido, volvieron a destellar por el flanco izquierdo y bastante atrás, casi a la altura de la retaguardia chilena.

—¿Qué maquinación se traerán entre manos esos condenados de la alianza? —masculló el coronel Amengual, furioso—. Da la impresión de que quisieran flanquearnos por el oriente y caer sobre nuestra reserva.

Como si se buscara desconcertarlo aún más, inesperadamente estallaron descargas por los extremos izquierdo y derecho del frente.

—¡Oh grandísima perra! —bramó el veterano—. Es inútil que intentemos formarnos una idea desde aquí. —Y volviéndose hacia Cobo, que permanecía a su lado, le ordenó—: Venga conmigo hasta los nidos en que están ubicados las cuartas compañías del «Esmeralda».

Mientras el coronel Amengual corría hacia las avanzadas, el general Baquedano recibía información de los hechos que estaban ocurriendo a través del ayudante del comandante del «Atacama», que estaba de jefe de servicio de la línea, y de labios del coronel Silva Vergara.

—¿Qué dispone usted, mi general? —le preguntó este último, después de entregar su mensaje.

—Ya he ordenado, coronel —fue la concisa respuesta—. El mayor Frías está trasladando a toda carrera dos piezas de campaña hasta las avanzadas de la Primera División. Ésas deberán replegarse para dejar obrar a la artillería. Entretanto, tendremos que aguantarnos hasta que aclare. Vuelva adonde el coronel Amengual y dígale que haga repartir ya la munición y el agua, a fin de que las tropas estén preparadas para atacar en cualquier momento. ¡Ah, y también que se les dé un pequeño rancho! ¡No sabemos si habrá tiempo de comer desde ahora en adelante!

Las instrucciones comenzaron a cumplirse velozmente en medio de la obscuridad, aunque, de repente, el ruido de la fusilería cesó.

Las tropas enemigas parecían haberse hecho humo.

Por mucho que los centinelas aguzaban la vista escrutando la negrura en torno del campamento, no veían ni oían a las columnas aliadas por parte alguna. ¿Qué les había ocurrido?

La camanchaca había operado su desastroso efecto sobre ellas. Lanzadas desatinadamente al desierto, habían marchado a ciegas durante varias horas. El primero en comprender que los guías se habían desorientado fue el coronel Belisario Suárez, que encabezaba la marcha. Pronto el general Campero advirtió también que los batallones daban vueltas en círculo, mareados por el desierto.

Aquella circunstancia terminó de enfriar los ánimos de los jefes y, desde las dos de la madrugada en adelante, sólo anhelaron poder regresar a la meseta del Campo de la Alianza. Pero los guías tampoco supieron indicar la ruta de regreso. Quedaron, pues, expuestos a caer dentro de las posiciones chilenas.

Cabalgaba el general Campero, irritado por ese temor, cuando sonaron los primeros disparos de los centinelas del «Esmeralda». Órdenes apresuradas conminaron a las tropas a retroceder, y cundió en las filas una gran confusión. Varias veces, en su apremiado afán de alejarse, los batallones aliados volvieron a ponerse a tiro de fusil, provocando los verdaderos fuegos de artificio que surgían en los distintos flancos del campamento chileno. Por si el desconcierto fuera poco, una media hora antes de la aurora rompieron la obscuridad los fogonazos de las baterías de campaña que había avanzado el mayor Frías.

Completamente confuso, el general Campero sólo atinó a inmovilizar a sus hombres en el sitio en que se encontraban. Tendidos en el suelo, permanecieron sin hacer ruido. Ésa fue la causa de que se hicieran invisibles a los ojos de los centinelas chilenos.

Amenazándolos con pena de muerte si no eran capaces de encontrar el camino de regreso al Campo de la Alianza, el general Campero envió a los guías hacia su retaguardia, con la orden de encender grandes candelas sobre los puntos más altos de la meseta de Intiorco, las que deberían servir de faros en el repliegue de las tropas a los fortines. Sentado en el suelo y al amparo de su caballo, el general boliviano mascullaba su disconformidad, con impotentes amenazas:

—¡Oh, qué estúpida situación! Extraviados en la noche y azotados a cañonazos por los enemigos, a quienes pretendíamos sorprender.

Exasperado, cometió la insensatez de ponerse un cigarro en la boca y encenderlo. Las dos baterías del mayor Frías giraron sus cañones hacia el punto en que brilló la llama del fósforo y comenzaron a puntear de explosiones el campo en torno a las tropas aliadas. Aquel tiroteo habría tenido fatales consecuencias para la gente de Campero de no haber brotado en esos momentos la lumbre de las candelas encendidas en las fortificaciones de la meseta de Intiorco. El ejército de la alianza comenzó a arrastrarse hacia ellas. Cuando los batallones hubieron recorrido una distancia que los ponía fuera de peligro, se dio la orden de trotar y la columna corrió hacia sus refugios. Sólo entonces el general Campero vino a darse cuenta de que habían estado apenas a quinientos metros del centro de la posición enemiga. Estremecido, ordenó avivar aún más el paso a fin de ocupar sus trincheras antes de que luciera el día. Tenía la certeza de que los chilenos atacarían junto con la primera luz.

Pero el asalto no se produjo al brotar de la aurora. Eran las cuatro de la mañana cuando clareó. Las dianas atronaron el espacio poniendo en pie a los hombres del ejército chileno. Los cañones del mayor Frías seguían disparando sobre las formaciones enemigas que, a la luz del alba, se divisaban empequeñecidas en el alto terraplén de la meseta de Intiorco. Ya estaban repartidas las municiones y el agua, y la bandas de músicos formaron al costado izquierdo de sus respectivos regimientos. Pero la orden de avanzar no llegó. El coronel Amengual la esperó, devorado por la impaciencia, durante dos horas. A las seis de la madrugada se observó que los enemigos, recobrada la confianza, formaban en una larga línea al pie de la meseta de Intiorco y empezaban a movilizarse lentamente hacia las posiciones chilenas.

Para distraer su irritación por lo que él consideraba una imperdonable negligencia del comando, el coronel Amengual galopó frente a los regimientos y batallones que formaban su división, inspeccionando armas y municiones.

De pronto llegó al galope tendido otro de los ayudantes del general en jefe, el mayor Dublé Almeyda. Sentando su caballo sobre los cuartos traseros, gritó la orden que tanto se había esperado:

—¡Avanzar!… ¡Avanzar al momento y de frente contra el enemigo!

—Pero ¿avanzar específicamente contra qué, mayor? —le inquirió con acritud el coronel Amengual.

—Contra el extremo derecho de las posiciones enemigas. Sabemos que ahí se fortifican los mejores regimientos de Bolivia: el «Viedma», el «Tarija», el «Sucre» y quizá también el «Vanguardia».

—Pero no se ha colocado ni artillería ni caballería bajo mi mando y las voy a necesitar.

—No se preocupe, mi coronel. Su división irá protegida por las baterías de los capitanes Flores y Villarreal, y los granaderos del comandante Yávar galoparán a su derecha, escoltándola.

—¿Y las demás divisiones, cómo coordinarán su ataque con el mío, mayor Dublé?

—Su división abrirá la batalla, asaltando los reductos de la derecha de la línea enemiga. Luego la Segunda División, mandada por el coronel Francisco Barceló, cargará contra el centro, mientras la Cuarta, conducida por el coronel Barbosa, atacará el extremo izquierdo del Campo de la Alianza. Como refuerzo de su división y de la Segunda, que serán las que soporten los peores contraataques, irá la Tercera, bajo el mando del coronel Amunátegui. ¿Comprendido?

—Comprendido. Y diga usted al general que agradezco el honor de iniciar el asalto.

—Peligroso honor, mi coronel. No sabemos cuántos enemigos hay frente a esta división, y le advierto que, en caso de ser rechazada, no podrá contar con la reserva, que estará en la retaguardia, a dos horas de camino.

—Nos mantendremos solos. ¿Quién le ha dicho a usted que no?

—Así lo espero. —El mayor Dublé esbozó un saludo y se alejó gritando—: ¡Buena suerte, mi coronel! ¡Dé la orden de avanzar!

Los cornetas de los batallones «Valparaíso», «Navales» y «Chillán» y del regimiento «Esmeralda» vibraban transmitiendo la orden.

Se perdieron aún unos minutos en veloces evoluciones de los ayudantes que iban indicando a los comandantes los lugares correspondientes a cada cuerpo y el sistema de formación que debían llevar. Por fin, la Primera División estuvo desplegada en una

doble hilera, encabezada por el «Valparaíso» diseminado en guerrillas. Entonces el coronel Amengual, henchido de orgullo y entusiasmo, galopó hasta situarse al centro de la larga línea y girando su cabalgadura enfrentó a sus hombres. Alzando mucho la voz, para ser oído por el mayor número de ellos, los arengó con frases rudas y simples, que eran fragmentadas por el vientecillo de la madrugada:

—¡Soldados de la Primera División! Nuestro punto de ataque será el extremo derecho de la elevada meseta. Allí nos esperan miles de adversarios, la flor y nata del ejército boliviano, y están bien provistos de cañones, fusiles y bayonetas. Nuestro deber es uno solo: trepar hasta lo alto, aplastar a los defensores, saltando por sobre sus fusiles, cañones y bayonetas, y apoderarnos de sus fortificaciones. Todos vuestros jefes y oficiales irán junto a vosotros para guiarlos y daros ejemplos de coraje; y al frente de la división iré yo, vuestro coronel. Autorizo a cualquiera de ustedes para que, si me ve retroceder un palmo, me meta una bala. Porque aquel que vuelva la espalda en esta jornada es un cobarde y los cobardes no merecen vivir. ¡Mis soldados, hijos de una patria orgullosa, adelante… y viva Chile!

—¡Vivaaaa!… —coreó la división y comenzó a moverse sobre la arena lisa en pos de su coronel.

Por primera vez estaban frente a frente los dos ejércitos, literalmente lo mejor de ambos bandos. El chileno con 13 520 hombres, de los cuales entrarían en batalla 10 200. Contra la fortaleza enemiga no combatieron sino 9000, y las que sostuvieron el peso de toda la acción fueron la Primera y la Segunda División; la que mandaba el coronel Amengual contaba con 2547 infantes, 250 granaderos a caballo y 200 artilleros; la que guiaba el coronel Francisco Barceló disponía de 2130 soldados de las tres armas. En total, sostuvieron la batalla 5127 hombres.

El ejército de la alianza, según el parte del oficial mayor del Ministerio de la Guerra, encargado del Estado Mayor General del ejército boliviano, Pedro José Aramayo, contaba con 24 batallones de a 500 cada uno, 7 escuadrones de a 200 hombres cada uno y 22 cañones con un servicio de 20 artilleros por cada pieza. Lo que arrojaba un total de 13 840 soldados.

A los sones de *Adiós al 7.º de Línea*, la Primera División fue

aproximándose al sitio que ocupaban las dos columnas enemigas que habían descendido del Campo de la Alianza. Pero cuando las dos fuerzas estaban a no más de 7000 metros, las tropas aliadas volvieron a replegarse al amparo de sus fortificaciones. El coronel Amengual no detuvo su marcha. A las 7.20 de la mañana sus hombres estaban a 3500 metros de la meseta de Intiorco y las baterías de los capitanes Flores y Villarreal se adelantaban para emplazarse en la vanguardia y abrir el fuego de ablandamiento, precursor de la carga de la infantería.

Pero en ese instante llegó al galope el capellán Ruperto Marchant Pereira, quien solicitó del coronel Amengual la autorización para bendecir a los hombres antes de que se enfrentaran con la muerte.

Ferviente católico, casi fanático, el veterano lo dejó hacer.

Aprovechando aquella pausa, el coronel autorizó a los soldados para engullir apresuradamente su magro desayuno. El coronel Manuel Bulnes, que pasaba hacia la retaguardia llevando un grupo de jinetes prisioneros, se detuvo unos segundos para informar al coronel Amengual de la cantidad y distribución de los batallones aliados que defendían el sector de ataque de la Primera División. Eran todos bolivianos: el «Vanguardia», el «Sucre», el «Tarija» y el «Viedma». Había también un fortín con nueve cañones y dos ametralladoras. El centro de la línea estaba ocupado por batallones peruanos: el «Zepita», el «Misti», el «Arica» y el «Pisagua».

Al coronel Amengual no le interesó saber más. Contra el centro cargaría la Segunda División mandada por Barceló.

La artillería empezó a hacerse oír. Ahora eran todos los cañones chilenos los que disparaban, y los de los aliados les respondieron en el acto.

El coronel Amengual tuvo que gritar para hacerse oír por el comandante Bulnes, que se disponía a seguir su marcha:

—¡Diga al general Baquedano que espero impaciente su orden para avanzar definitivamente! La artillería ya está ablandando a las líneas enemigas, pero mi división está dentro del área de los proyectiles aliados ¡y pronto la metralla va a comenzar a aventarnos como a hormigas!

Pocos minutos después de la partida del comandante Bulnes, llegó muy nervioso el jefe del «Esmeralda». Las granadas bolivianas

estaban cayendo ya muy cerca de la formación.

—¡No tengo órdenes todavía, comandante Holley! —bramó exasperado el veterano—. Que sus esmeraldinos se aguanten a pie firme y les hagan el quite a las balas.

El duelo de las artillerías duró cerca de dos horas. Las piezas de campaña de Flores y Villarreal, adelantadas mil metros, fueron el blanco principal de las enemigas. Pronto se vio que los cañones bolivianos eran Krupp de largo alcance y moderno sistema; sus violentos y sucesivos disparos obligaron a los artilleros de la Primera División a replegarse a la carrera hasta mil metros a retaguardia del «Esmeralda». Este cambio de posición atrajo todos los proyectiles sobre los infantes inmovilizados. Uno de los de más grueso calibre cayó junto al grupo del Estado Mayor del coronel Amengual, pero, por fortuna, no estalló. No obstante, como las enormes balas seguían menudeando sobre los batallones, el jefe tuvo que diseminarlos a derecha e izquierda. La situación habría sido cada vez más comprometida, de no haber asestado el capitán Villarreal un impacto de su cañón justamente en el nido principal de las baterías bolivianas. Éstas suspendieron al momento su fuego, continuando sólo las del centro y el extremo izquierdo de la línea, que bombardeaban a la Segunda División.

En medio de la confusión acudió uno de los oficiales de enlace del Cuartel General, el mayor Silva Vergara. Éste gritó al coronel Amengual la orden de avanzar.

—¡Avanzar, avanzar! Pero ¿en qué dirección? —inquirió, irritado, el veterano—. Tengo al frente cuatro batallones enemigos y un fortín con nueve cañones y dos ametralladoras. ¿En qué sentido se llevará el ataque general?

—¡No lo sé!… ¡No lo sé! —le respondió el mayor, sobreponiendo su voz al estruendo de la artillería—. Las órdenes para usted son: avanzar de frente y apoderarse de las fortificaciones del ala derecha. Eso es todo. ¡Avance!…

Sin otra explicación, giró su bestia y regresó a la retaguardia.

Volviéndose hacia su corneta de órdenes, el coronel Amengual lo sacudió con un alarido rabioso:

—¡Corneta, toque «en avance»!

El tararí vibrante puso en movimiento a la primera línea; repetido por las cornetas de los demás batallones, movilizó a toda la

división.

El ojo penetrante de Amengual observó desde el primer instante que el comandante Holley se estaba desmandando; afiebrado por la perspectiva de meter por primera vez en batalla a su regimiento, lo hacía apurar el paso más y más, con la intención evidente de sobrepasar al «Valparaíso», que iba adelante, y llegar primero a las posiciones bolivianas. El jefe de la división no dijo nada. Se había dado cuenta de que ante los principales reductos enemigos habían sido excavadas zanjas paralelas, a modo de trincheras, y en ellas tendrían los esmeraldinos ocasión de lucirse, desalojando a cuchilla a sus defensores.

No habían avanzado quinientos metros, cuando vieron un jinete solitario que les venía al encuentro.

—¡Voltéelo, capitán Larraín! —ordenó sin piedad el veterano a su ayudante.

Pero cuando Larraín se echaba el fusil a la cara, se dieron cuenta de que el aparecido era el capitán de artillería Flores, que se había escondido en un repliegue del terreno cuando se ordenó a las baterías de campaña retroceder. Gracias a su estratagema pudo examinar el frente y enterarse de los movimientos de los adversarios.

—¡Los bolivianos se han retirado del ala derecha de la línea, mi coronel! —declaró—. Los observé desde cincuenta metros de la primera zanja; vi a sus batallones replegarse hacia la izquierda, como si fueran para el lado de Tacna.

—No es posible. Ésa sería una evolución estúpida —se negó a creer el coronel.

Como confirmando las palabras de Flores, el fuego del ala derecha enmudeció de pronto.

—¿Ve usted? —insistió el capitán—. Ya no hay defensores en el ala derecha de la meseta.

El viejo comandante frunció la terca boca con desconfianza y recorrió lentamente con sus anteojos de larga vista la ceja del Campo de la Alianza.

—Estarán escondidos en las zanjas esos condenados —reflexionó, receloso.

El mayor Silva Vergara volvía otra vez con la orden de avanzar:

—Ya lo ve usted —le insistió el capitán Flores—. Mi general

Baquedano se ha dado cuenta también de que el ala derecha está vacía. Avance sin cuidado, mi coronel.

—Está bien —gruñó el veterano—. Pero dejo constancia de que este repentino silencio en la línea enemiga me huele a emboscada.

—Avanzar, rápidamente, reza la orden, mi coronel —le insistió el mayor Silva Vergara—, al trote de la tropa.

—¡No, señor! —le atajó rudamente el coronel—. Iré paso a paso y con todas las precauciones posibles. ¡Corneta, toque «adelante la marcha»!

La división volvió a ponerse en movimiento. Pero como el coronel Amengual viera otra vez que el comandante Holley se apresuraba demasiado con el «Esmeralda», ladinamente le cubrió la falta alterando el orden de marcha: espació la columna en dos líneas de combate. La primera, formada por el batallón «Navales» y el primer batallón del «Esmeralda»; la segunda, por el segundo batallón del «Esmeralda» y el «Chillán». Mientras se cumplía su orden, se adelantó con sus ayudantes para observar el terreno. En la vanguardia más avanzada emparejó su caballo con el del coronel Jacinto Niño, comandante del «Valparaíso», al cual preguntó:

—Coronel, ¿ha hecho cargar a su gente?

—No, mi comandante. Mantengo al «Valparaíso» desplegado en guerrilla, como me lo ordenó.

—Pues, hágalo cargar y cuidado con una sorpresa. Sospecho que los enemigos están agazapados dentro de sus zanjas y que asomarán cuando los nuestros lleguen frente a sus posiciones.

—A su orden, mi coronel. El «Valparaíso» avanzará de inmediato.

El jefe de la Primera División retrocedió unos doscientos metros, pasando junto al primer batallón del «Esmeralda». Saludó con su sable a la tropa y siguió hasta encontrarse con el coronel Urriola, que venía al frente del batallón «Navales».

—Coronel Urriola —le dijo—, ha llegado el momento de marchar al matadero. Es preciso no dejar mal puesta la bandera.

—No quedará, mi comandante. El «Navales» sabrá ser tan fiero como su «Esmeralda».

—Siga entonces en su avance, mi amigo. Buena suerte y cuide de que no le maten a muchos de sus niños.

Lentamente, con el fusil estrechado contra el pecho y los ojos

fijos en el borde de Intiorco, los soldados de la Primera División se fueron acercando. Pronto abandonaron la planicie del desierto y comenzaron a trepar la primera de las ondulaciones del terreno antes de elevarse en el muro abrupto que sustenta la meseta. Esas ondulaciones dejaban entre ellas anchas zanjas. Los soldados del «Valparaíso» trasmontaron la primera y más pequeña de ellas y fueron subiendo a la segunda. Una cincuentena de pasos más atrás iban los del primer batallón del «Esmeralda».

Alberto Cobo iba junto a su compañía, llevando a su lado al subteniente Del Solar. Ambos estaban pálidos y nerviosos. Delante de ellos marchaba cautelosamente el capitán Florencio Baeza, escoltado por el cabo Cardemil. En aquel momento tan impresionante resaltaba extrañamente fuera de lugar la guitarra del pequeño cabo cruzada sobre su espalda.

—No sé por qué siento unas ganas locas de ponerme a reír o a gritar —confesó Del Solar a su compañero.

—¡Chist! Silencio y atención, hermano. Los del «Valparaíso» ya van a asomar sobre las posiciones enemigas. Ojalá estén vacías, como dijo mi capitán Flores.

La larga hilera de policías del «Valparaíso» llegaba al borde de la segunda zanja. Los vieron detenerse allí y erguirse; un suspiro de alivio corrió por las hileras posteriores: la trinchera estaba desocupada. Súbitamente, del fondo de la tercera zanja surgió una reja de fusiles que dispararon a un mismo tiempo sobre los desprevenidos policías. La primera hilera cayó sesgada como por una gigantesca hoz.

Como arde una ristra de triquitraques se iba encendiendo la trinchera boliviana; en una ráfaga continua corrían los fogonazos de un extremo al otro de la zanja. La masacre era incontrarrestable.

—¡Están matando a los del «Valparaíso» como a pájaros! —gritó el capitán Joaquín Pinto, de la Primera División, y echó a correr hacia adelante.

El comandante Holley cambió de mano la pistola y desenvainó su largo sable.

—¡Adelante, esmeraldinos!… ¡A la carga!…

—¡A la carga!… —repitieron todos y olvidando toda precaución saltaron adelante.

Por primera vez entraba en batalla el «Esmeralda». Enardecidos,

corrieron hacia la altura en donde eran diezmados los del «Valparaíso» y, arrojándose de bruces en el borde, comenzaron a disparar sin interrupción contra los bolivianos parapetados en la próxima zanja. Tras ellos llegaron los navales de Urriola. Los enemigos, mandados por el coronel Camacho, los regaban con una lluvia feroz de balas. Sesenta y cuatro hombres del «Valparaíso» habían caído muertos a las primeras descargas y yacían como muñecos destrozados, sirviendo de escudo a sus propios compañeros que disparaban por encima de sus cuerpos.

Cuando el fuego chileno se afirmó, los bolivianos vacilaron, perplejos por aquella inesperada y vertiginosa resistencia. Entonces el comandante Holley se levantó y, agitando su sable, volvió a lanzar el grito enardecedor:

—¡A la carga, esmeraldinos!… ¡A degüello!…

Un feroz chivateo brotó de las gargantas de sus hombres, junto con levantarse para emprender el ataque a la bayoneta. Disparando mientras corrían se acercaron a la trinchera enemiga, y saltaron adentro de ella. A culatazos, tajos y tiros destrozaron a una compañía del batallón «Tarija», machacando a los pocos sobrevivientes en el fondo de la zanja. Desde la última trinchera antes de los fortines, los bolivianos parapetados seguían cubriéndolos con una granizada de proyectiles. Allí cayeron el capitán Olguín, del «Valparaíso», y los tenientes Arístides Pinto y Aníbal Guerrero, del «Esmeralda». Ante tan comprometida situación, el comandante Holley volvió a gritar «a la carga», y la revuelta hueste salió de la zanja abalanzándose hacia la última trinchera. Pero en el trecho que tenían que atravesar se concentraron sobre ellos los fuegos de fusilería y también de las dos ametralladoras del primer fortín. Aquélla era una cortina de balas impenetrable. Los navales y los esmeraldinos tuvieron que detenerse. Los policías del «Valparaíso», que iban adelante, eran acribillados. Las cornetas tocaron a «replegarse» hasta que los soldados las obedecieron, volviendo a la zanja que conquistaron en el primer asalto.

En el caos de arena y humo, Alberto vigilaba la retirada de los hombres de su compañía, cuando vio a dos que se quedaban inmóviles en mitad del campo arrasado por las balas. Eran el «albino» Trujillo, que yacía herido en el suelo, y su inseparable

compañero, el cabo Cardemil, quien trataba de arrastrarlo fuera de la zona de peligro. La guitarra en su espalda era perfectamente visible. Cobo quiso volver para ayudarles, pero en ese momento se producía el contraataque boliviano. Una enorme masa de hombres que esgrimían bayonetas dentadas desbordó de la última trinchera y avanzó ululando por la pampa lisa. El cabo Cardemil apenas tuvo tiempo para disparar, cubriendo con su cuerpo a su compañero herido. Pero al instante una descarga cerrada se enfocó sobre él y cayó de bruces. Una docena de bayonetas le atravesaron la guitarra, cosiendo al soldado a la tierra.

Los esmeraldinos, los navales y los del «Valparaíso», rehechos, ordenaron nuevamente su fuego y sus metódicas descargas consiguieron contener al enemigo, obligándolo a regresar a su trinchera.

Desde trescientos metros más atrás, el coronel Amengual contemplaba el avance de sus hombres y la reacción de los enemigos. Comprendió que el primer batallón del «Esmeralda» y el «Chillán» iban a ceder en el próximo ataque, ahogados por el número muy superior de los bolivianos, y lanzó a la carga a su segunda línea, compuesta por el segundo batallón del «Esmeralda», mandado por el sargento mayor Enrique Coke, y el batallón «Chillán». Éstos estaban rabiosos por entrar en la refriega cuerpo a cuerpo. Habían observado la apremiada situación de sus compañeros y sólo anhelaban correr a apoyarlos, de modo que salieron de la zanja que les servía de protección, y, corriéndose por el flanco derecho de los batallones que combatían, entraron en la franja de terreno que separaba a las dos fuerzas contenedoras. El mayor Coke tenía la intención de caer sobre la trinchera enemiga por su extremo poniente, de modo de colocar a los enemigos entre dos fuegos. Corría al frente de sus hombres, sin importarle que su corpulencia lo hiciera un blanco demasiado visible para los bolivianos.

El coronel Amengual, trémulo, seguía su avance con sus anteojos de campaña, pensando en que si el total de su división no conseguía quebrar la resistencia de los bolivianos, las tropas peruanas, que ocupaban el centro de las posiciones aliadas, avanzarían por el flanco izquierdo y podrían separarlos de la Segunda División y de los refuerzos de la Tercera. Su temor creció cuando vio que el

mayor Coke caía abatido de un balazo justamente en el momento en que los bolivianos abandonaban su trinchera y volvían a lanzarse al terreno despejado. Ante este nuevo asalto, el comandante Holley ordenó la carga del primer batallón del «Esmeralda», del «Navales» y de los sobrevivientes del «Valparaíso». Despreciando la fatiga, los soldados corrieron a sumarse a sus compañeros del «Chillán» y del segundo batallón del «Esmeralda», y junta toda la Primera División recibió el choque de las fuerzas bolivianas. En la franja de tierra de no más de cien metros de ancho y de unos trescientos de largo combatían cuerpo a cuerpo más de seis mil hombres. Una nube de polvo y humo los envolvía, dificultando la lucha. Pero los esmeraldinos, siguiendo las enseñanzas de Amengual, se agruparon en un solo bloque, y codo a codo se defendían y atacaban. En la terrible confusión se reconocían y llamaban por sus nombres. Allí estaban el capitán José María Pinto, hijo del presidente; el teniente Martiniano Santa María, pariente del ministro del Interior; el «futre» José Antonio Echeverría, Ignacio Carrera Pinto, Alberto del Solar, Juan Rafael Ovalle, Félix Sanfuentes, Joaquín Prieto Concha, Santiago Peña y Lillo, todos los «pijes» de Santiago. Desgreñados, sucios de tierra y sangre, combatían con igual fiereza que los rudos soldados de línea que los acompañaban.

Semiparapetado detrás de una pequeña duna, Amengual seguía los incidentes de la batalla cuando un grupo de camilleros pasó junto a él. Los dos primeros portaban al mayor Coke, que gemía de dolor. Otros dos llevaban en sus angarillas un cuerpo inmóvil. El coronel hizo detenerse a los camilleros y se apeó de su caballo.

—¿Cómo va, mayor Coke? —preguntó al herido.

—Una bala…, en la cadera, mi coronel —le respondió el corpulento oficial.

—Menos mal; de eso no muere nadie. En la ambulancia de retaguardia sabrán dejarlo como nuevo, mi amigo.

El veterano caminó hasta la segunda angarilla.

—¿A quién traen aquí? —consultó, temblándole la voz.

—Al primer esmeraldino que cayó muerto, mi coronel —le respondió uno de los portadores—: el cabo Cardemil.

El viejo soldado se inclinó sobre la camilla, y con su única mano descorrió la guerrera, dejando al descubierto el rostro del extinto.

—¡Pobre *m'hijo*!… ¡Pobre

m'hijo!
—murmuró con la voz estrangulada—. Venir a quedarte aquí, en las puertas de Tacna. Pero te vamos a vengar,
m'hijo
querido, ¿no? Y tu nombre lo venerará el «Esmeralda». ¡Dios te halla en su reino,
m'hijo!
Descansa en paz. Llévenselo a la retaguardia, para que lo sepultemos con honores después de la batalla.

Los camilleros levantaron las angarillas y se alejaron. El coronel montó decidido a caballo.

—Hay que lanzarse adelante con todo ímpetu, niños —dijo a sus ayudantes—. Hay que aplastar de una vez por todas a esos macacos. Vamos a buscarlos allá arriba, en la meseta del Campo de la Alianza. ¡Adelante!

Picando espuelas, dejó sueltas las riendas sobre el cuello de su caballo y desenvainó su sable curvo. Dando tajos y alaridos, entró poco después en mitad de la refriega, seguido por su Plana Mayor.

La aparición del soberbio veterano fue el factor decisivo para encorajinar aún más a los esmeraldinos. Hipnotizados por la imagen quijotesca del coronel, duplicaron su esfuerzo. Siguiéndolo como a un ser invulnerable, embistieron contra el centro de la línea boliviana, la hendieron y partieron en dos; se abrieron enseguida en abanico, cargando el «Navales» hacia la derecha y el «Esmeralda» hacia la izquierda, y trataron de copar la retaguardia de los defensores de la última trinchera. Éstos se escabulleron desordenadamente, retrocediendo hasta las fortificaciones. Pero la persecución continuó despiadada. Esmeraldinos y navales se metieron entre los fuertes de barbecho y cargaron a la bayoneta hasta los mismos cañones.

El capitán Pedro Elias Beytía, del «Navales», cuya compañía acababa de apoderarse de un cañón, quiso volverlo contra sus antiguos dueños. Pero en el momento en que intentaba cargarlo, al tomar del armón el saquete con pólvora, le estalló la carga en las manos, quemándole horrorosamente el rostro y el pecho.

Nadie se detuvo a recogerlo; todos pensaban sólo en seguir hasta apoderarse de todos los fortines, pero en ese momento ocurrió algo inesperado y sobrecogedor. Primero se oyó una voz, gritando sobre

el estruendo:

—¿Quién me convida unas balas?

Casi enseguida fueron varias voces las que gritaron idénticas preguntas. Y muy pronto, en todo el sector ocupado por los esmeraldinos se oyó la misma confusa algarabía:

—¿A quién le quedan municiones?…

—¡Balas!… ¡Balas!…

Los soldados de la primera línea se iban deteniendo al comprobar que sus cartucheras estaban vacías y regresaban en busca de nuevas municiones. Pero nadie tenía. Se había cumplido lo que temió el coronel Amengual. Los cien tiros que portaban los esmeraldinos no les alcanzaron para culminar la victoria. En cambio, quedaban allí, a mitad de camino, en el lugar más expuesto del campo de batalla, sin balas para proseguir el ataque ni para defenderse.

Al mismo tiempo, la Segunda División, compuesta por el «2.º de Línea», el «Santiago» y el «Atacama», que había tenido que enfrentar a los famosos «Colorados» de Bolivia y al «Zepita» del Perú, los mismos adversarios que los destrozaron en Tarapacá, vengaban aquella derrota haciéndoles morder el polvo en sus trincheras y fortines. Pero, cuando ocupaban ya la primera línea de parapetos del Campo de la Alianza y trataban de establecer contacto con la Primera División, sufrieron el mismo contraste: se les agotaron las municiones.

Y allí quedó el total de las fuerzas de choque del ejército chileno inerme bajo las bocas de los cañones enemigos, expuesto a ser exterminado al primer contraataque.

El coronel Amengual ordenó el repliegue hasta la trinchera que acababan de dejar atrás. Los oficiales trataban de salvar la situación manteniéndoles el ánimo.

—¡Hay que aguantarse hasta que lleguen municiones!… ¡Escondan las cabezas!

Los ayudantes partieron al galope tendido hacia la retaguardia, haciéndoles el quite a las balas que se entrecruzaban.

Los aliados, desconcertados por el inesperado repliegue de las dos divisiones chilenas, no contraatacaron al momento. Aquella tregua dio oportunidad a los invasores para registrar las cartucheras de los compañeros muertos y acopiar unas cuantas balas que les

servirían para impedir que los bolivianos salieran de sus fortificaciones.

—Hay que mantenerse en esta trinchera, comandante Holley —ordenó perentoriamente el coronel Amengual—. Si el «Esmeralda» inicia una retirada, los enemigos le saltan de inmediato por la espalda y lo aniquilan.

—Es una situación que no puede mantenerse mucho más, mi coronel. Si los bolivianos nos atacan, nos funden.

—Nos defenderemos a bayoneta limpia, Holley. No queda otro remedio.

El «Atacama» estaba en igual apremio. También el comandante Martínez había mandado, a escape, a sus ayudantes hacia la retaguardia, y el batallón esperaba, con los nervios en tensión, en el fondo de la trinchera anterior a los fortines.

Rafael Torreblanca, que ocupaba con su compañía el extremo izquierdo de la zanja, y podía ver a los soldados del «2.º de Línea» disparando sus últimos tiros al pie mismo de los fortines peruanos, ordenó a su asistente, Ceferino Román, que se arrastrara hasta sus posiciones y pidiera unos cajones con municiones. Mientras esperaba su regreso, vio llegar por detrás de la zanja a su amigo el teniente Moisés Arce, jinete en una yegua de corta alzada, de la que se había apropiado en Moquegua.

—¡Estás loco, Moisés! —le gritó—. ¿Quieres que te maten? Desmonta y guarécete.

—No te preocupes, hermano —le respondió el extelegrafista, riendo—. Voy a la retaguardia a buscar municiones. Pero no quise alejarme sin saber si estabas vivo todavía.

—Ya lo ves que lo estoy; y ahora márchate, ¡márchate, antes que te bandeen! ¡Di que nos manden balas rápido, porque si los enemigos cargan ahora…!

—¡Cuídate, no te dejes matar! —alcanzó a gritar el teniente Arce antes de partir—. Recuerda que somos los únicos que quedamos de la «Hermandad del Atacama».

La ametralladora seguía buscando la zanja, pero los artilleros parecían no estar habituados todavía a su manejo y los proyectiles

caían varios metros delante del refugio de los atacameños.

—¿Ninguno de ustedes conserva un tiro de dinamita? —consultó Torreblanca a los mineros más próximos.

Uno de ellos, el sargento Elias Aguirre, el gigante copiapino que se luciera en el desembarco en Pisagua, se hurgó el cinto y extrajo un cilindro negro terminado en una larga mecha.

—Enciéndelo, adelántate corriendo y se lo echas a la ametralladora que nos está fregando la paciencia —le ordenó el oficial.

Un soldado raspó un fósforo y lo aplicó a la mecha. Ésta comenzó a arder en la mano del sargento, que saltando fuera de la zanja se echó a correr hacia el fortín peruano, en donde crepitaba la ametralladora. Sus compañeros lo vieron avanzar en zigzag, teniendo el tiro de dinamita en alto. Pero también lo avistaron los enemigos e infinidad de fusiles se apuntaron contra él. De súbito rodó por el suelo, y, durante algunos segundos, quedó como muerto. Pero afirmó una rodilla en la arena y volvió a levantarse. Tambaleándose, avanzando a cada instante más difícilmente, llegó hasta veinte metros del nido de la ametralladora. Ahí otro impacto volvió a detenerlo. Quedó durante unos segundos inmóvil, bamboleándose como un borracho. Su fantástica fortaleza le dio vitalidad para recorrer los metros que le faltaban. Se abalanzó contra la madriguera de la ametralladora, llegó junto a ella y se derrumbó al pie, manteniendo el tiro de dinamita oprimido en la diestra. La formidable explosión lo desmenuzó en el aire, pero junto con él voló el fortín con la ametralladora y todos sus servidores.

Hubo una calma después. Los mineros estaban sobrecogidos y casi no se dieron cuenta cuando regresó el ordenanza Román.

—Mi capí…, mi capitán Torreblanca —tartamudeó quedamente —. Los del «2.º de Lí… de Línea» no tienen municiones ni *pa* ellos. Dicen…, est que…, dicen que nos aguantemos como podamos.

Torreblanca le palmeó fraternalmente un hombro y se volvió hacia los hombres de su compañía.

—Calar bayoneta, atacameños. Si nos atacan formaremos el cuadro y nos defenderemos espalda contra espalda. No queda otra cosa que hacer.

El general Baquedano se quedó mirando casi con odio al capitán Manuel Rodríguez, que se cuadraba ante él con los hombros caídos, vencido.

—¿Qué está diciendo usted, capitán? —bramó.

—Que las carretas cargadas de municiones están atascadas a medio camino, mi general —le repitió el oficial, cansadamente—. No pudimos hacerlas avanzar más.

Las pupilas del comandante en jefe se inflamaron, pero al mirar al explorador se percató del enorme cansancio que manifestaba «su hombre de hierro» y comprendió que había agotado todos los recursos antes de declararse vencido. Daban cuenta, además, las manos morenas del capitán: las palmas y los huecos entre los pulgares e índices estaban enrojecidos y raspados por el violento roce de las cuerdas.

—Usted no tiene culpa, capitán —lo alentó, y volviéndose a sus ayudantes les expresó secamente—: La situación no admite demoras. Cada minuto nos cuesta docenas de vidas. ¡Capitán Patricio Larraín, tome 25 carabineros de mi escolta y corra hasta las carretas! Que cada jinete eche sobre el borrén de su montura dos cajas de municiones y llévelas al batallón «Valparaíso». ¡Capitán Maturana, haga usted lo mismo con otros 25 carabineros y transporte municiones al «Esmeralda»! ¡Usted, capitán Rodríguez, lleve balas al «Atacama»!

Uno tras otro, todos los ayudantes y oficiales que rodeaban al general recibieron una orden semejante, y cuanto partían ya a cumplirlas, el comandante Manuel Bulnes fue encargado de ir con el resto de sus jinetes a sacar las carretas de su atascamiento, a fin de trasladarlas hasta el mismo campo de batalla.

En aquellos instantes el general Narciso Campero estaba tomando sus disposiciones para lanzar una carga decisiva. La división Amengual había causado estragos entre los defensores del ala boliviana, que mandaba el coronel Eleodoro Camacho, y de no haberse interrumpido el avance hasta las tiendas del cuartel general boliviano, habrían sido arrollados por los esmeraldinos. El coronel Camacho no pudo adivinar la causa del cese del fuego, pero le advirtió que era aquél el momento de rehacerse. Rápidamente pidió refuerzos al general Campero, que dirigía el sector del centro, atacado por el «2.º de Línea» y el «Atacama». A esa misma hora se

suspendía también el ataque en esa zona, y el jefe de Bolivia pudo tomar las más atinadas medidas. Ordenó que los batallones «Sucre» y «Colorados» pasaran del ala del contralmirante Montero a la del coronel Camacho, atacando enseguida a los cuerpos que defendían el sector derecho de los chilenos. Al mismo tiempo, los batallones «Chorolque», «Canevaro» y «Ayacucho» debían acudir a reforzar el centro de la línea aliada, cargando, sin pérdida de tiempo, contra la Segunda División, que mandaba el coronel Barceló.

En unos minutos, las tropas de refuerzo peruanas y bolivianas se trasladaron por detrás de las líneas fortificadas y aparecieron coronando la ceja del Campo de la Alianza.

Como una ola amenazante, surgieron frente a los esmeraldinos los uniformes rojos de los «Colorados», el más aguerrido regimiento de Bolivia. Igual que un alud los vieron los soldados del «batallón de los pijes» precipitarse sobre ellos.

—¡Enristrar las bayonetas, esmeraldinos, y aguantar a pie firme! —rugió el comandante Amengual, y se colocó, sable en mano, en la zanja. Cuando ya los atacantes estaban a veinte metros de distancia y las balas dejaban de jugar un papel importante, gritó—: ¡A la carga! —y salió con sus hombres a combatir sobre el terreno liso.

Los «Colorados» chocaron contra la línea formada por el «Esmeralda», el «Navales», el «Chillán» y el «Valparaíso», con el ímpetu de un ariete. Durante unos minutos la lucha fue desesperada, de una crueldad bárbara; pero de pronto los bolivianos fueron envolviendo a la Primera División, estrujándola y dispersando a sus hombres en todos sentidos. Los rojos uniformes de los guerreros de Daza se confundieron con los azules de los chilenos, el suelo quedó tapizado de cuerpos ensangrentados que todos pisoteaban en la brega pavorosa.

En un momento de la refriega, se encontraron el coronel Amengual y el comandante Holley.

—Me están matando a todos «mis niños» —gritó el primero—. ¡Sáquelos de este infierno, que es imposible resistir así! ¡Que el corneta toque «replegarse»!

—Me mataron al corneta de órdenes, mi coronel —replicó el comandante Holley, consternado.

—Entonces encárguese usted de reorganizarlos a retaguardia, doscientos metros más atrás, mientras yo los voy sacando de este

matadero. —Y, despreciando su propia vida, siguió sableando a medida que gritaba—: ¡Replegarse, esmeraldinos!… ¡Replegarse, navales!… ¡Replegarse la Primera División!…

Poco a poco, todos los cuerpos empeñados en la lucha cuerpo a cuerpo fueron repasando la trinchera y reuniéndose en el terreno en que los esperaba el comandante Holley.

Los «Colorados» vacilaron ante la zanja y no se decidieron a saltarla. Allí detuvieron su avance y continuaron haciendo fuego aniquilador sobre la masa de soldados chilenos.

Por su parte, el «Zepita» y el «Ayacucho», los más fuertes batallones del Perú, secundados por el boliviano «Chorolque», cargaban contra el «Atacama» en el sector central de la línea, el «2.º de Línea» y el «Santiago». El primer choque lo recibió el «Santiago» y sus avanzadas cayeron como barridas por un huracán. El comandante Estanislao León rodó de su caballo con un brazo perforado, pero tuvo la serenidad para ordenar el repliegue de sus hombres.

El «2.º de Línea» recibió la embestida del «Chorolque», reforzado por el «Padilla», el «Inmortales de Grau» y el «Arica». Sus hileras se curvaron, ralearon y terminaron por romperse. Su comandante Estanislao del Canto luchaba desesperadamente por no abandonar el campo, pero tuvo que retroceder.

Por su parte, el «Atacama» vio venírsele encima al formidable regimiento «Zepita». A las primeras ráfagas de fusilería cayeron acribillados los dos hijos del comandante Martínez, que se habían juramentado para avanzar delante de su padre, sirviéndole de escudo. Despreciando su tremendo dolor, el veterano siguió dirigiendo la resistencia. Pero era una defensa de uno contra cinco y el comandante, viendo que iban a ser aniquilados todos, dio entonces la orden de replegarse. Cuando comenzaban a retroceder, apareció el ayudante mayor Moisés Arce, gritando exasperado:

—¡Yo no me repliego sin demostrar a esos bellacos que no es por miedo que debemos hacerlo, sino por falta de municiones! ¡Retrocederemos, sí, pero llevándonos el estandarte del «Zepita»!

Picó espuelas a su yegua moqueguana y se abalanzó rectamente contra las filas enemigas, que avanzaban en masa compacta.

—¡Moisés, vuelve acá; te van a acribillar! —intentó disuadirlo el capitán Torreblanca.

Pero el ayudante mayor avanzaba vertiginosamente, sin atenderlos, con los ojos fijos en el abanderado del «Zepita», que destacaba en medio de la formación enemiga.

Aterrado por la maniobra de su entrañable amigo, Torreblanca ordenó el alto a su compañía y dispuso que todos los soldados que tenían municiones cubrieran con sus disparos al capitán Arce.

Éste llegaba culebreando hasta la masa enemiga. Al verlo venir, los escoltas se cerraron rápidamente en torno al pendón y la cabalgadura se estrelló contra sus cuerpos.

Torreblanca vio alzarse docenas de sables y bayonetas tratando de abatir al temerario oficial, pero la yegua se revolvió frenética, atropellando a los soldados, y consiguió salir nuevamente a terreno abierto.

Centenares de voces se alzaron en la línea de los atacameños, llamándolo a grito herido.

El ayudante mayor estaba enloquecido. Con un tirón seco de las bridas contuvo a su corcel, y, haciéndolo girar lo impulsó nuevamente contra la compacta masa de soldados del «Zepita». Éstos, estupefactos, no dispararon, y la yegua volvió a chocar con ellos, hendiendo su fila. Los brazos del oficial se alzaron ávidos y consiguieron atrapar el asta del estandarte. Durante unos segundos se vio al oficial chileno luchar con el abanderado. Pero, de pronto, veinte bayonetas rasgaron el vientre de la bestia y otros tantos brazos arrastraron al jinete. Envuelto en un torbellino humano, el capitán Arce cayó al suelo y sables y yataganes se hundieron en su cuerpo con furiosa saña.

Perdido todo control. Rafael Torreblanca echó a correr hacia el sitio en que despedazaban a su amigo.

—¡Mi capitán!… ¡Mi ca… pitán, no sea loco! ¡Vuelva acá; ya lo mataron! —gimió aterrado el corneta Román, y, sin darse cuenta de lo que hacía, salió en pos del oficial.

En ese momento, toda la línea enemiga aceleró su avance y se vino encima de la Segunda División chilena como un rodillo incontenible.

—¡Van a arrollar a Torreblanca y al corneta! —se desesperó el comandante Martínez, pero no tenía cómo protegerlos.

—¡Replegarse, replegarse! —gritó con voz enronquecida el comandante Martínez y el «Atacama» siguió abandonando el

campo, alejándose de sus compañeros.

—¡Mi capi…, mi capitán Torreblanca!… ¡Espéreme! ¡Dé…, déjeme morir con *usté*!…

Al oír aquella voz tan conocida a sus espaldas, Torreblanca pareció volver a la razón y se detuvo en seco.

—¡Vuelve al batallón, Román! —alcanzó a decirle, cuando una ráfaga de fusilería lo cogió de lleno.

—¡Mi capitancito! —aulló espantado el ordenanza—. ¿Dónde…, dónde le pegaron, patroncito?

Torreblanca hizo un esfuerzo y tornó la mirada hacia el sur. La primera fila del «Zepita» estaba ya a treinta metros.

—Arranca… Arranca, Ceferino —balbuceó—. Ya vienen.

El soldado meneó la cabeza negativamente, sin querer mirarlo.

—No, mi capi… tán. Si *usté* no…, no se salva…, este que…, yo tampoco.

Torreblanca cerró los ojos, y, reuniendo todas sus últimas energías, hizo un violento esfuerzo con el cual tumbó al corneta sobre el suelo y se echó sobre él, cubriéndole con su cuerpo. La ola peruana llegaba y pasó sobre ellos. Una tras otra las bayonetas de los soldados que iban en primera fila se clavaron en la espalda, el cuello y las piernas de Torreblanca. El corneta escondido bajó él lo oyó exclamar:

—¡Clemen… tina!

Luego quedó laxo, desangrándose sobre el ordenanza. El corneta Román, alcanzado también por un feroz bayonetazo que le abrió el muslo, perdió el sentido y quedó allí, bajo el cuerpo del héroe del batallón de los mineros de Atacama.

El avance general de los aliados afectó también a la Primera División chilena. El coronel Amengual, desesperado por la falta de municiones, vio venírsele encima a la compacta ola humana que formaban el batallón de los «Colorados», el «Viedma», el «Tarija» y el «Sucre». Además, los cañones de los fortines del Campo de la Alianza menudeaban endiabladamente sus fuegos. El «Navales» y el primer batallón del «Esmeralda» fueron la compuerta que detuvo la embestida enemiga. Mas era insensato esperar que pudieran resistir

muchos minutos. El veterano manco veía aproximarse ya el aniquilamiento inevitable de sus tropas, cuando apareció el capitán Patricio Larraín al frente de un grupo de carabineros cargando sobre sus caballos cajas con municiones. Habían partido 25 desde la retaguardia, pero 15 cayeron acribillados al aproximarse a la línea de fuego. Para colmo de males, las cajas tenían sus tapas atornilladas.

—¡Sáltenselas con las bayonetas! —bramó el coronel Amengual.

Cuando los carabineros forcejeaban para forzar las cajas de municiones, llegó el subteniente Del Solar despavorido.

—¡Mi coronel, la primera compañía del segundo batallón del «Esmeralda» ha quedado encerrada entre los enemigos y la están exterminando! —gritó.

—Que carguen los granaderos por entre las filas nuestras y las de los atacantes, y nos darán tiempo para romper las cajas de municiones —dijo el comandante Holley.

—Es cierto —aprobó el coronel—. Corra usted mismo a comunicárselo al comandante Yávar.

Holley galopó como una exhalación hasta el sitio en que se estacionaba Yávar.

—¡Lance a sus granaderos en una carga por entre las líneas de combate, comandante Yávar! Es lo único que puede salvar a la Primera División.

El jefe de los granaderos lo miró irresoluto.

—Pero no tengo órdenes, comandante Holley —le respondió.

El comandante del «Esmeralda» desnudó su sable de un golpe:

—En estos casos no se esperan órdenes. Y si usted no cumple con su deber de soldado, le juro por mi honor que va a morir ahora mismo a mis manos.

El comandante José Francisco Vergara frenó su caballo junto a ellos y lo interpuso de un pechazo entre los dos.

—Pero ¿qué es esto, señores? ¿Cómo se atreven a reñir en estos momentos?

—Mi regimiento está pereciendo atacado por miles de enemigos y sin municiones para defenderse —le explicó el comandante Holley —. Sólo una carga de esta caballería nos dará tiempo para amunicionarnos y resistir.

—Los atacantes son cerca de seis mil, comandante Vergara —se

defendió Yávar—. ¿Qué pueden contra ellos mis seiscientos granaderos? Es llevarlos a una muerte cierta.

—Diez minutos que contengan a los enemigos, y nosotros seguiremos defendiéndonos solos —insistió Holley.

Vergara miró hacia el campo de batalla y comprendió que el comandante Holley estaba en lo cierto.

—¡Daremos la carga, comandante Yávar! —decidió.

Estremecidos en las fibras más hondas por el *pizzicato* del clarín, los granaderos galoparon hasta el extremo poniente del campo de batalla, y enfilaron por la franja de choque de los dos ejércitos. Con los largos sables curvos al aire, avanzaron en línea recta interponiéndose entre los combatientes. El pavoroso golpear de los cascos y el horrísono chivatear de los jinetes apagaron todo otro ruido. Los bolivianos intentaron retroceder, pero la caballería atropelló avasalladora sus primeras líneas. Sin darles oportunidad de reponerse de la sorpresa, los granaderos comenzaron un endemoniado sableo. Pese a la exigüidad de su número, la caballería consiguió separar a los dos ejércitos y pasó hasta el otro extremo de la línea. Los aliados detuvieron su avance, y los chilenos pudieron replegarse a segundo plano, para reorganizarse y recoger municiones, las que habían seguido llegando en mayor cantidad.

Al coronel Amengual le volvió el alma al cuerpo. Crispados los labios en una sonrisa cruel, azuzaba a sus soldados:

—¡Ahora vamos a cargar nosotros y como se debe! ¡A sus posiciones todos!… ¡Valor, niños, que ahora tenemos que vencer!

En ese momento apareció el coronel Pedro Lagos ante el general en jefe.

—Están diezmando a mis pobres «santiagos», mi general —le dijo desesperado—. El comandante León y el segundo Silva Arriagada están moribundos; las bajas alcanzan a un cuarto del regimiento.

—Pero la caballería acaba de traer una carga —le opuso el general.

—Sí, mi general, y ella también va a perecer si no la socorren luego las demás divisiones.

El general Baquedano frunció las cejas y lo atajó poniéndole su diestra abierta sobre el pecho.

—¡Alto, coronel! No se atormente. Más de la mitad de nuestro

ejército está intacto y la Tercera División, que manda Amunátegui, se encuentra junto a la línea de luego. Llévele usted mismo la orden de que cargue enseguida. Detrás irá la Cuarta División, de Barbosa, y yo haré avanzar la gran reserva. ¡Adelante, coronel! Ahora llegaremos hasta Tacna.

A la 1.30 de la tarde de aquel 26 de mayo, cuando el general Baquedano dio la orden de avanzar a todo el ejército chileno, los aliados tenían ganada la batalla. Los principales regimientos de la Primera y Segunda División, el «Esmeralda» y el «Atacama», habían dejado una cuarta parte de sus hombres muertos y otra cuarta parte heridos. De no haber sido por la carga de los granaderos de Yávar, todos sus efectivos habrían perecido. Pero llegó un momento en que la caballería, fusilada sin clemencia por los regimientos aliados, tuvo que retirarse al galope. Entonces, quedaron otra vez frente a frente los adversarios. Mas ya los esmeraldinos y los atacameños tenían llenas las cartucheras, y se lanzaron al ataque con rabioso denuedo. Además, cien pasos más atrás llegaba a la carrera la Tercera División, completamente fresca y sedienta de lucha. Al frente de ella trotaba el batallón «Coquimbo», cuyos hombres eran llamados «los primos del Atacama».

Como un muro de fusiles escupiendo plomo, se abalanzaron sobre el campo enemigo. La artillería de marina cargó contra los temibles «Colorados» de Bolivia, que demasiado castigados ya por los ataques anteriores, cayeron uno a uno. La Primera División, reforzada por los artilleros de marina, chocó con fuerza contra las últimas líneas bolivianas y abrió una ancha brecha, por la que se colaron esmeraldinos y artilleros, dejando una estela de cadáveres.

Finalmente, el coronel Amengual y el comandante Holley pusieron pie en las fortificaciones de la meseta del Campo de la Alianza. Desde ahí divisaron ya las casas de Tacna, hacia la izquierda.

Los soldados del «Coquimbo», exasperados por los muchos muertos del «Atacama» que fueron hallando en su avance, cargaron furiosos contra el «Zepita» y el centro de la línea peruana. Los atacameños lanzaron gritos de alegría al verlos luchando codo a codo con ellos, sintiendo reavivados sus bríos. A cien metros de las fortificaciones levantadas en el borde de la meseta, todos a una, calaron bayonetas, y al grito de ¡«a degüello»!, se lanzaron al asalto.

Los bronceados mineros entraron como una manada en las posiciones enemigas y se llevaron por delante a cuanto adversario se les opuso.

Mientras en lo alto del Campo de la Alianza se verificaba la más cruenta lucha cuerpo a cuerpo, en la depresión del desierto empezaban a levantarse los caídos y los heridos a dar manifestaciones de vida. Los angarilleros de las ambulancias y los capellanes corrían hasta ellos, arriesgando sus vidas, para retirarlos hacia la retaguardia.

Desde un hoyo muy próximo a la línea de fuego asomó la cabeza del corneta Ceferino Román gritando angustiosamente:

—¡Mi capellán!… ¡Pai…, *pairecito*, por Dios!

Del fondo del desierto, recorriendo el campo de batalla con parsimonia, como si no zumbaran por centenares las balas locas, avanzaban el capitán Manuel Rodríguez y su asistente Gaspar Acosta. Fue este último quien escuchó las voces lamentosas del corneta.

—¿Que no es mi hermano de leche?

Girando la mirada en torno, los dos exploradores descubrieron la cabeza del soldado asomada a ras de tierra.

—¡Ceferino! —gritó asustado Acosta al ver al corneta tan lleno de sangre.

—¡Gaspar!… ¡Hermanito de mi alma —gimoteó el muchacho—, venga a ayudarme, si es *güeno*! Mi cap… mi capitancito Torre…, Torreblanca está aquí debajo y yo no lo puedo sacar.

—¡Torreblanca! —El capitán Rodríguez se echó al suelo precipitadamente. Sus ojos ansiosos descubrieron el cuerpo de un hombre cubierto por un capote.

Rodríguez se deslizó dentro del hoyo y destapó el cadáver. Fuera de la rasmilladura de una bala sobre la sien, el rostro estaba intacto, pero el cuerpo no era más que una masa sanguinolenta. Crispado de horror volvió a cubrirlo. El corneta lloraba inconsolablemente.

—No llores, hombre —le dijo—. El capitán Torreblanca te hubiera reprendido por esa falta de coraje.

—No es miedo, mi ca…, mi capitán. Es pena…, pura pena.

Sólo entonces el ordenanza Acosta descubrió que su hermano de leche tenía una pierna abierta de un tajo, desde la cadera hasta la rodilla.

—Venga, hermanito —le dijo—. Son cosas de la guerra, ¡qué carajo! —Y asiéndolo de las axilas lo sacó arrastrando del hoyo y lo tendió sobre la tierra lisa. Enseguida, mientras el capitán Rodríguez recogía el cadáver de Rafael Torreblanca y lo cruzaba cuidadosamente sobre el anca de su caballo, ató un apretado torniquete en lo alto del muslo del corneta y le envolvió la horrible herida en trozos de su propia camisa. Manteniéndolo sobre su montura y estrechamente abrazado para que no cayera al suelo, marchó con él hacia la retaguardia.

De súbito, sobre lo alto de los fortines del Campo de la Alianza, comenzó una algarabía de cornetas. Era el pregón de la victoria.

El capitán Rodríguez volvió la cabeza y miró a la meseta por sobre el cuerpo de Torreblanca.

—¡La victoria! —exclamó con tristeza—. Menos mal que estas vidas no han sido sacrificadas en vano.

Era la victoria. La defensa del Campo de la Alianza había terminado. Perforada la linea
perú-boliviana
por el asalto bárbaro de los chilenos, cundió el espanto entre sus defensores. Y cuando vieron avanzar detrás a la Cuarta División y a la gran reserva, la desmoralización de los aliados fue completa. El primer batallón que volvió las espaldas fue el «Victoria», le siguió el «Coraceros» y, poco después, todos se desbandaron, huyendo despavoridos hacia Tacna y la sierra.

El «Esmeralda» y el «Atacama» fueron los primeros en coronar el Campo de la Alianza. Rabiosas e incontenibles, sus tropas hurgaron en todos los fortines y trincheras exterminando a cuanto ser vivo encontraron. El coronel Amengual, acompañado por el comandante Holley, observaba desde el promontorio más alto el campo de batalla. Las fuerzas enemigas huían en desorden más allá de Tacna, buscando treparse a los cerros iniciales de la cordillera, cañoneadas por las baterías de la división Barbosa. En la ciudad misma se advertía un atolondrado correr por las calles. Hacia el poniente, se divisaba la Cuarta División chilena avanzando para cerrar el camino que conducía hacia la costa a las tropas fugitivas para que no se

sumaran a la guarnición de Arica.

Sin embargo, algunos cuerpos aliados aún conservaban arrestos y disparaban desde las goteras de Tacna. El coronel Amengual ordenó al capitán Villarreal que cañoneara a la población hasta hacerla comprender que era inútil toda resistencia.

Media hora más tarde, el jefe de la Primera División se dispuso a entrar en la ciudad. Escoltado por 60 carabineros del escuadrón del comandante Bulnes y seguido por el «Esmeralda», avanzó hacia el camino. Cerraba la marcha el «Valparaíso», mandado por el coronel Jacinto Niño.

Eran las 3 de la tarde del 26 de mayo, y el Campo de la Alianza se veía lleno de cañones desmontados, de caballos agonizantes y de hombres despedazados.

El «viejo» Amengual y sus jinetes cruzaron el Campo de la Alianza, y en el extremo de las fortificaciones se detuvo para esperar a sus infantes. Bajo sus ojos, pasaba el camino a Tacna, cuyas calles polvorientas ya se divisaban. Por sobre los techos de las casas, se veía la torre de la iglesia de San Ramón. Entre los invasores y la ciudad se interponía, como última barrera, el cauce poco generoso del río Caplina. Llegada la infantería, el coronel dio otra orden y la columna bajó al río. Pero hacia el poniente la tropa del «Esmeralda» había desbordado de la meseta de Intiorco y, precipitándose al río, lo cruzaba para entrar a la ciudad cuanto antes. Pese al cansancio y las heridas, el «batallón de los pijes» vadeaba a saltos la turbia corriente. Al ver aquella insubordinada maniobra, el coronel Amengual exclamó, dilatando furibundo sus ojos:

—¡Más vivo el paso, soldados! Esos carajos nos quieren ganar la partida; si entran a Tacna antes que nosotros, son capaces de incendiar hasta la iglesia de San Ramón.

La columna entró al río a toda prisa y cruzó el cauce. Al salir a la otra ribera, se les interpuso un jinete. Era el sargento mayor Francisco Zelaya, enviado por el general Baquedano a exigir a las autoridades de Tacna la entrega incondicional de la ciudad.

Magnífico jinete y profundo conocedor de esa región, el mayor Zelaya logró anticiparse a todas las avanzadas hasta la entrada de la población. Pero fue recibido a tiros y tuvo que retroceder.

—La población está armada, mi coronel —participó al jefe de la

Primera División—. Será preciso entrar combatiendo.

El veterano se mesó la barba, preocupado. Si los esmeraldinos, que iban ya acercándose a Tacna, encontraban resistencia, se armaría una balacera. Volviéndose hacia el mayor Zelaya, le ordenó:

—Lleve su información al general Baquedano y agréguele que intentaré entrar a Tacna sin causar mortandad. Ahora no puedo perder más tiempo, porque tengo que sujetar a los esmeraldinos.

La columna volvió a ponerse en marcha. No obstante, una nueva interrupción la obligó a detenerse. Un parlamentario civil, montado en una mula escuálida, agitaba una amplia bandera blanca en el camino.

—¡Por la vida, otra demora! —barbotó el coronel, frenando su caballo—. ¡Capitán Juan de Dios Dinator, adelántese con cuatro carabineros y atienda a ese sujeto! Los demás esperaremos aquí.

Mientras el oficial se adelantaba hacia el individuo, el coronel Amengual no quitaba los ojos de la zona por la que se iban escurriendo los esmeraldinos, que se acercaban a Tacna por su lado oeste.

—Teniente Aguirre Peña y Lillo —llamó al segundo de sus ayudantes—, galope hasta Tacna y sujete a esos condenados de sus compañeros. Diga a los capitanes que les prohíbo terminantemente que entren a la ciudad antes que yo.

Cuando el oficial se perdía a lo lejos, regresaba el capitán Dinator con las razones del parlamentario. Éste era un cirujano de las ambulancias peruanas y venía a comunicar que Tacna estaba rendida.

El coronel no quiso escuchar más, y gritó al emisario:

—¡Regrese inmediatamente adonde sus mandantes! Diga a las autoridades del pueblo que yo, jefe de la Primera División chilena, voy a entrar inmediatamente hasta la plaza mayor y que, si encuentro resistencia, incendiaré la ciudad y la invadiré de todos modos.

El parlamentario se disponía a obedecer, cuando el coronel se fijó en las malas condiciones de la mula en que montaba.

Echó pie a tierra y le mandó su caballo con un ordenanza. El emisario lo miró aturdido. Pero a un gesto conminatorio del veterano, trepó a la silla a toda prisa y emprendió el galope.

—Yo iré en su pésima mula, ¿eh? —le gritó de atrás el coronel —. Pero ¡ay de usted no me devuelve mi caballo de batalla!

Con un gesto invitó a su comitiva a continuar la marcha.

Hubo una nueva interrupción en la marcha, causada por la artillería chilena. El general Baquedano, enterado de que su emisario había sido recibido a balazos en la entrada de Tacna, ordenó que las baterías de campaña abrieran fuego sobre la ciudad. Cuando cesaron de disparar, reinaba en ella un silencio de muerte.

Bueno, ya no habrá nadie que se atreva a chistar en Tacna —reflexionó, cachazudamente, el coronel Amengual—. Vamos allá.

En el momento de enfrentar la vía principal de la ciudad, la columna del coronel Amengual apresuró aún más la marcha. Todos sentían una enorme curiosidad por ver el interior de la base enemiga.

—¡No apurarse tanto, indisciplinados! —gritaba Amengual—. ¡No tan aprisa, que esta mula no sabe galopar! ¡Todos detrás del jefe!… ¡Detrás del jefe, como indica la ordenanza militar! —y taloneaba desesperadamente a su cabalgadura.

En tan poco digna actitud se encontró repentinamente enfrentado al cuerpo consular extranjero radicado en Tacna, que salió al encuentro de los vencedores, ceremoniosamente reunido en pleno.

El coronel Amengual compuso inmediatamente el gesto y desmontó, haciendo esfuerzos por recobrar su habitual dignidad.

El cónsul de España habló a nombre de todos: la ciudad estaba totalmente vencida, las autoridades militares y civiles la habían abandonado y sólo quedaba en ella población civil.

—Ateniéndose a esta circunstancia —concluyó el representante español—, el cuerpo consular ha extendido un acta de entrega de la ciudad. Tómela Vuestra Señoría y posesiónese de Tacna sin recelos y tratando que no haya efusión de sangre innecesaria. Nadie opondrá resistencia.

El coronel recibió el acta, y se la guardó en la abotonadura de su guerrera. Luego, indicó a los cónsules que se apartaran.

—Despejar el camino, señores. ¡Batallones, atención… marcha de desfile…, mar!

Al frente de los 60 carabineros de Yungay, llevando a su diestra al comandante Holley y detrás al mayor Wenceslao Bulnes, al

capitán Dinator y al corresponsal del diario *El Ferrocarril* Eduardo Haempel, el jefe de la Primera División ocupó Tacna. Antes de llegar a la plaza mayor le fue devuelto su caballo y en él avanzó hasta el centro de la ciudad. Al mismo tiempo, por las calles laterales se introducían los soldados del «Esmeralda», de modo que, cuando el veterano detuvo su marcha en la plaza todo el vasto cuadrilátero estaba circundado por una compacta formación de esmeraldinos, que, en posición «firmes» y con su estandarte al frente, le rendían honores.

El alcalde, Guillermo Maclean, se acercó a rogarle que contuviera a las tropas para evitar más pesares a la población.

—Los soldados chilenos son civilizados y cumplidores de la disciplina, señor —le replicó tercamente el coronel, y ordenó su arresto.

Sin embargo, cuando se le hizo presente un grupo de damas, desmontó al punto y las saludó con respetuosa cortesía.

—Señor comandante —le dijo una de las de más edad—, en nombre de las mujeres de Tacna y especialmente de las familias extranjeras residentes en la ciudad, traigo a usted este ramo de flores en prenda de paz. Son ustedes recibidos como vencedores, pero se les suplica que recuerden que tienen en sus tierras madres, esposas e hijas, y que nosotros merecemos tanto respeto como ellas.

El «viejo» Amengual carraspeó y les contestó con grave firmeza:

—Señoras, doy a ustedes mi palabra de soldado de que serán respetadas.

Inmediatamente después, Tacna fue rodeada por los hombres del batallón «Valparaíso», con órdenes estrictas de no dejar entrar ni salir a soldado alguno; y la custodia interior de la ciudad se confió al regimiento «Esmeralda».

Mientras la caballería, mandada por el teniente coronel Vergara, salía en persecución de las tropas enemigas que se alejaban hacia la sierra, las bolivianas, por San Francisco, Palca, y Tacora hacia Bolivia, y las peruanas, por San Francisco, Calientes y Tarata, hacia Puno, los esmeraldinos iniciaron el registro de la ciudad. Antes de una hora se presentó Alberto Cobo ante el coronel Amengual. Venía a comunicarle un risueño descubrimiento hecho por las patrullas.

—En un hotel llamado San Carlos se tiene preparado un banquete que encargaron el contralmirante Montero y el general

Campero para celebrar la victoria, mi coronel —le dijo—. ¿Qué destino se le da?

El veterano no pudo contener una estruendosa carcajada.

—¡Magnífico! —resolvió—. Si el banquete era para festejar a los vencedores, se cumplirá al pie de la letra. Que un soldado del «Esmeralda» lleve mi invitación al general Baquedano y a los jefes de división. Celebraremos la victoria como se debe.

El silencio había caído sobre el Campo de la Alianza. Los angarilleros y los capellanes habían recogido ya a los heridos y las patrullas encargadas de identificar a los cadáveres realizaban lentamente su fúnebre misión.

El batallón «Atacama», reducido a dos tercios de sus efectivos y con gran parte de sus sobrevivientes heridos o contusos, acampaba en lo alto de la meseta fortificada. Su comandante, Juan Martínez, permanecía sentado junto a uno de los reductos destruidos con los cuerpos yertos de sus dos hijos tendidos a sus pies. Con sus propias manos les había lavado las caras, dejándoselas limpias de arena y sangre.

Los atacameños, en respetuosa inmovilidad, compartían su viril dolor.

Cuando se presentaron en aquel escenario de muerte el general Baquedano y los miembros de su Estado Mayor, los soldados les abrieron calle en silencio.

De una mirada, el general en jefe abarcó la magnitud de la tragedia. Se acercaba condolido a palmear la espalda del comandante, cuanto éste se dio cuenta de su presencia y se cuadró rígidamente ante él.

Comandante Martínez —le dijo con gravedad el general—, me honro…, me honro en felicitarlo como jefe del aguerrido batallón «Atacama». Lo felicito como jefe, comandante, y… y como padre que es usted, le hago llegar el pésame de todo el ejército por la heroica muerte de sus hijos.

El jefe del «Atacama» permaneció inmóvil.

—Dios me los dio, la patria me los quitó —se limitó a murmurar con la voz enronquecida—. Siento que el único hijo que me queda no esté, por su edad, en estado de remplazar a sus hermanos.

Una onda de frío recorrió a todos los que oyeron sus espartanas frases. El general Baquedano tuvo que tragar saliva para poder

agregar:

—Daré contraorden para que se traigan también a este lugar los cuerpos de esos otros dos valientes de su batallón: los capitanes Rafael Torreblanca y Moisés Arce. Serán velados esta noche en el más alto montículo del Campo de la Alianza, entre las fogatas de su heroico «Atacama».

El rostro pálido y ansioso de Clementina se asomó por la abertura de una de las últimas y enormes carpas destinadas a hospitales de sangre, en la retaguardia. Durante varios minutos sus ojos fueron recorriendo los rostros de los innumerables heridos que se alineaban ordenadamente. El olor caliente y agrio que emanaba de sus cuerpos hacía espeso el aire dentro de las carpas, obligándolos a toser hasta a ellos mismos. Los médicos y las enfermeras habían tenido un trabajo abrumador durante toda la tarde y aún algunos de ellos continuaban lavando heridas, aplicando vendas o amputando miembros.

La sección de Clementina había terminado su labor y se autorizó a su personal para descansar hasta el alba próxima. Sin embargo, la muchacha no había querido aprovechar aquel permiso, pese a que se hallaba tan extenuada que caminaba tambaleándose. Presa de una inquietud creciente, tan pronto terminó su faena salió a recorrer todas las tiendas que servían de hospitales de sangre. En ningún momento pensó que en alguna de ellas podía encontrar a su hermano o a su novio heridos. Pensaba que seguramente hallaría algún soldado conocido de ellos, quien podría enterarla de la situación de los dos mozos en la batalla y del lugar al que habían sido llevados.

Sin embargo, lenta y siniestramente, un recelo vago, pero cada vez más lacerante, fue infiltrándose en su espíritu. Trémula y ansiosa siguió su recorrido.

Su rostro expectante se inclinaba muy pálido sobre los heridos y los examinaba rasgo por rasgo, con temor de que la mueca del dolor o la demacración de las penalidades pudieran esconderle las facciones de los que buscaba. Iba a abandonar una de las últimas tiendas, cuando su mirada se detuvo sobre un hombre que yacía boca abajo en un jergón. A su lado, junto al quepis, había una corneta abollada. Pero no fue eso lo que atrapó la atención de la muchacha, sino los sollozos sordos del soldado. Compadecida se

arrodilló junto a su flanco. El hombre era un amasijo de vendas y sangre de la cintura abajo. Clementina se inclinó sobre él y le susurró suavemente:

—¿Quiere que le consiga alguna medicina que calme su sufrimiento?

El soldado giró la cabeza mirándola.

—¡Señorita Clementina! —exclamó con doloroso estupor.

La muchacha lo observó atónita y espantada.

—¡Román! —balbuceó entrecortadamente—. ¿Cómo no me mandó a avisar que estaba herido?…

—Oh, yo no importo, señorita —repuso el corneta acongojado—. Mi capitán…, mi capitancito…

—¿Qué le ha ocurrido a Rafael? —inquirió con un hilo de voz—. ¿Acaso…, acaso está herido?

—No…, no… —mintió el corneta, incapaz de confesarle la verdad.

—¿Dónde está?… Usted tiene que saberlo, Román.

El soldado cerró los ojos, y respondió como un sonámbulo:

—Allá arriba…, allá.

Las manos de Clementina se crisparon en los hombros del herido. Aquel «allá arriba» le sonó en los oídos con la acepción de un presagio terrible.

—El batallón quiso tenerlo esta noche en el vivac… Está con los dos hijos de mi comandante y… y con mi capitán Arce.

La muchacha se estremeció. No hacía más de una hora que había llegado a las ambulancias la noticia de la tragedia que abrumaba al jefe del «Atacama».

—¡Román!… —Clementina se cubrió la boca con ambas manos para sofocar el alarido animal que le brotó del pecho al comprender.

—Están envueltos en la bandera, señorita —proseguía monocorde el soldado.

—¡Muerto!… ¡Muerto Rafael! —sollozó doblada en dos, ocultando el rostro entre los puños.

—Murió nombrándola, señorita. Quizás quiso verla… antes de partir. Vaya usted a su lado… Está allá arriba…, sobre la loma más alta del Campo de la Alianza.

Clementina no lo oía. Lloraba desesperadamente. Quizás cuánto

rato permanecieron así, sin hablar más, hasta que pasó junto a ellos un médico y alzando a Clementina de las axilas la sacó de la carpa.

10

La batalla del Campo de la Alianza puso a prueba los nervios de Leonora Latorre y de Elcira. El incesante cañoneo, el tabletear de la fusilería desde antes del alba y más tarde el tétrico silbido de las balas cruzando por sobre las casas las mantuvieron horas en una tensión creciente. Por orden expresa de El Profesor habían debido mantenerse encerradas en su casa sin abrir ni siquiera las ventanas para observar lo que ocurría en la calle. Solamente en caso de que comenzara a incendiarse el sector en que vivían podían abandonar su vivienda y, premunidas de lo más indispensable, tomar el camino hacia Arica, la nueva meta de los agentes.

Leonora se angustiaba pensando que entre las tropas atacantes tenía que venir Alberto, y la idea de que pudiera perecer en el momento en que el destino les brindaba la ocasión de encontrarse libremente, la atormentaba hasta hacerle castañetear los dientes de nerviosidad.

Pero cerca del mediodía, los ruidos de la calle comenzaron a advertirles que los aliados estaban siendo vencidos. A sus oídos llegaban las voces despavoridas de nutridos grupos de soldados que pasaban corriendo, fugados del campo de batalla, y los alaridos frenéticos de sus oficiales que trataban vanamente de contenerlos. Después, cuando arreció el cañoneo, fue la población civil la que empezó a desfilar quejumbrosamente hacia los campos que se tendían en la dirección de Arica. Por último, los soldados que abandonaban las fortificaciones llegaban por compañías, por batallones, por regimientos enteros.

El Profesor, que se había mantenido constantemente al atisbo de los acontecimientos, llegó a prevenir a sus compañeras que se había producido la derrota.

—Es pavoroso lo que se observa en Tacna. Leonora —le participó, jadeando todavía por la impresión y por la lucha que había tenido que librar para poder llegar hasta la casa—. Las tropas aliadas huyen en el mayor desorden hacia la cordillera, y a su paso por Tacna toman por la fuerza cuanto estiman necesario para la espantosa retirada que les espera.

—Luego…, ¿la derrota es definitiva, Profesor?

—Absoluta y terriblemente sangrienta, Leonora. Los heridos pasan de un millar. Las ambulancias trabajan con nobleza ejemplar, pero no dan abasto.

Poco más tarde, hasta las ambulancias huyeron de Tacna. Ya nadie se atrevía a quedarse en ella.

—El primero en arrancar fue el contralmirante Montero —contó El Profesor en otra de sus apariciones por la casa de las agentes—. En la plaza, sin bajarse del caballo, dijo al prefecto Del Solar que se retiraba con sus tropas por el camino de Pachía hacia Tarata para reunirse con las fuerzas del coronel Leiva, que vienen desde Arequipa. Pero no era más que un pretexto para salir cuanto antes de Tacna. El general Campero, en cambio, fue más sincero. Al tomar la ruta de Pachía declaró sin ambages que no piensa continuar la guerra. Se retira hacia La Paz con todas las tropas bolivianas que pudo reunir. Antes de comenzar la batalla había mandado ya su equipaje a Palca, que está en la ruta hacia la capital de Bolivia. Vuelve a su patria dando la guerra por perdida —comentó El Profesor.

Leonora suspiró aliviada.

—Entonces es posible que termine la guerra… —aventuró ansiosamente.

El Profesor movió dubitativamente la cabeza.

—Todavía falta abatir a los defensores de Arica —respondió—. El coronel Bolognesi, que manda esa plaza, no la entregará aunque los demás jefes aliados pidan a gritos la paz. Será preciso asaltar Arica y posesionarse de sus fuertes a sangre y fuego.

En esos momentos la artillería chilena volvía a atronar en el espacio y esta vez sus proyectiles caían directamente sobre la ciudad. Era la represalia del general Baquedano por lo acontecido. Leonora y Elcira, que se habían quedado solas nuevamente, estuvieron sintiendo durante una larga media hora las explosiones y

los derrumbes en los barrios centrales. Cuando, por fin, se acallaron los cañones, se quedaron atentas únicamente a escuchar la reiniciación del bombardeo. Pero no volvió a repetirse. Poco después regresó El Profesor.

—Ahora van a entrar seguramente los nuestros —expresó—. Ya ha terminado toda posible resistencia en Tacna.

¡Ah, gracias a Dios! —suspiró Leonora—. Por fin vamos a poder reunirnos con nuestros compatriotas.

El Profesor ladeó la cabeza, en un gesto de curioso asombro.

—No, Leonora; aún no —le objetó—. Todavía nos queda Arica. Nuestro trabajo proseguirá allá. Ésas son las órdenes que he recibido.

—Pero… en estos momentos no podemos marchar hacia Arica —le rebatió la agente, con acento atribulado—. Los caminos deben estar llenos de fugitivos…

—Es posible. Pero tampoco debemos exhibirnos junto a los chilenos. La gente de Tacna encontraría la forma de denunciarnos después.

Leonora se desesperó.

—Pero, Profesor —trató de argumentarle—, usted sabe que en las filas del «Esmeralda»…

—Lo siento, mi amiga —la atajó el jefe del servicio secreto—, no debe usted hacerse ilusiones. Bien sabe que en nuestro trabajo hay que olvidar todos los deseos personales. Si hemos de salir de esta casa, lo haremos de noche, en absoluto silencio, y solamente para conectarnos con el general en jefe o con el señor Máximo Lira, que es ahora el encargado de mantener el enlace con el servicio secreto, para comunicarles nuestros informes y recibir sus órdenes. Pero abrazar a nuestros amigos, mostrarnos ante nuestros compatriotas…, ¡no, Leonora; no creo que sea conveniente!

La joven sabía que era estéril insistir. No obstante, esta vez ella sentía que no le sería posible evitar rebelarse contra la rígida disciplina que les imponía. Llevaba dos años sacrificándose por el servicio secreto. Lo que El Profesor le exigía en ese instante atentaba contra sus deseos más hondos. No dijo una palabra, no volvió a hablar del asunto, pero tan pronto obscureció y el hombre se lanzó a la calle, exigió a Elcira que saliera también, ubicara a Cobo y lo trajera a la casa, sin explicarle quién lo llamaba. A

regañadientes, movida por la compasión, la abnegada mujer le obedeció.

Durante una hora y media Leonora se quedó sola paseándose incansablemente de una habitación a otra. Cuando sintió los golpes de su compañera en la puerta, saltó como si le hubieran gritado.

—¡Por Dios, mujer, cuánto has demorado! —le reprochó.

—No es fácil moverse por las calles de Tacna ahora —se excusó la criada—; están llenas de soldados. Pero qué gusto me daba oírlos hablar en chileno. Si hubiera abrazado a todos esos «rotos» bellacos.

A Leonora eso no le interesaba; sólo quería saber si había localizado a Alberto Cobo. Elcira movió la cabeza con desaliento.

—No, mi señorita, no lo vi.

Leonora sintió una punzada en el pecho.

—¿Cómo es posible que no lo hayas visto? —exclamó sobresaltada—. ¿Acaso… está herido?

—No, Leonorcita, no se alarme. No lo vi porque no está en Tacna. Me lo dijo uno de los oficiales del regimiento. Don Alberto pidió permiso para ir esta noche al Campo de la Alianza, porque le mataron a un amigo muy querido y lo están velando allá arriba.

Leonora sintió que los nervios se le distendían. Pero luego, lentamente, el eco de la frase dicha por Elcira comenzó a trabajar en su cerebro.

—¿Dices que ha muerto un amigo muy íntimo de Alberto? —musitó pensativa, pero enseguida, se alzó de hombros, indiferente —. Quizás cuantos amigos nuevos habrá hecho durante la campaña.

—Debe haber sido un hombre muy famoso porque todos hablaban de él —prosiguió Elcira—. Era un capitán. Se llamaba… ¡sí, se llamaba Rafael Torreblanca!

Leonora se quedó rígida, contemplándola con ojos espantados.

—¡Rafael! —articuló, con acento desgarrador— ¡Rafael muerto!… ¡Oh Señor, pobre Clementina!

Con la frente hundida entre las manos comenzó a sollozar.

Elcira, aturdida, no encontraba el modo de consolarla. De pie a su lado le acariciaba torpemente la cabeza, musitándole incoherentes frases de cariño.

—¿Lo conocía usted, Leonorcita? —le preguntó.

—Era el más íntimo amigo que teníamos Alberto y yo; y además, era el novio de su hermana, de Clementina —explicó—. Tengo que

ir a verlos…, a Alberto y a Rafael. Dame mi rebozo grande, Elcira.

—Pero, señorita, si no puede salir de Tacna sin un salvoconducto.

—Haré valer mi condición de chilena y lo conseguiré.

Elcira intentó oponer un último impedimento, aunque sin convicción.

—El Profesor nos ha ordenado no salir a la calle y mañana debemos marcharnos a Arica.

—No me importa. —Leonora se erguía vibrante y decidida—. Bastante me he sacrificado ya por el servicio secreto. Ahora sólo pienso en que Alberto debe estar desconsolado y que mi deber es llegar junto a él. ¿Quién es el jefe de ocupación?

—El coronel Santiago Amengual, Leonorcita —la informó Elcira, a disgusto—. Está en estos momentos en un banquete en el hotel San Carlos.

—Pues él será quien me dé el salvoconducto para ir al Campo de la Alianza.

Sin esperar más, se encaminó hacia la puerta de calle.

Elcira tuvo que correr velozmente al dormitorio, recoger allí el manto de su señora y salir a toda prisa para darle alcance en la calle.

—¡Ay, qué señorita tan porfiada! Tome. Cuando menos cúbrase esa cara.

Leonora caminaba rápidamente, haciendo resonar sus tacones en el empedrado. Decidida, pasó frente al edificio que ocupara el Cuartel General peruano. En él se instalaba ahora la artillería de marina chilena y en las puertas se veían centinelas con el uniforme azul y rojo. Sin alterar el ritmo de su marcha, sorda a los murmullos de los soldados, pasó ante la puerta principal del cuartel y torció enseguida hacia la calle principal, en donde estaba el hotel San Carlos. Por todas partes se veían los electos desastrosos de la batalla recién terminada. A través de los postigos cerrados de las ventanas se filtraban los ayes y gemidos de gente herida y continuamente se veían pasar parejas de angarilleros portando camillas con carga sangrienta. Tacna entera estaba convertida en un inmenso hospital de sangre.

Por una afortunada casualidad, las dos mujeres lograron pasar inadvertidas para las patrullas del «Esmeralda», que recorrían las

calles en todos sentidos. Serían las diez de la noche cuando enfrentaron al presuntuoso edificio del hotel San Carlos. Ante la ancha puerta se estacionaba un centinela, a la luz de un farol. Taconeando decidida, Leonora llegó hasta él.

—¡Alto! ¿Quién vive? —las atajó el hombre.

—Mujeres chilenas. Necesito hablar inmediatamente con el coronel Amengual.

El soldado, impedido de hablar con nadie, volteó la cabeza hacia el interior y gritó:

—¡Cabo de guardia!

Un suboficial asomó prestamente.

—Estas mujeres piden hablar con mi coronel —le informó el centinela—. Dicen ser chilenas.

—¿Chilenas en Tacna? ¡No puede ser!

—Somos chilenas —insistió firmemente Leonora—. No puedo explicar a usted por que estamos en Tacna. Lléveme ante el coronel Amengual.

Imposible. Mi coronel está comiendo con su Estado Mayor.

La agente agitó la cabeza, con enojo, haciendo caer sobre sus hombros el rebozo que le ocultaba el rostro.

—¿Cuál es el jefe de mayor graduación del regimiento «Esmeralda» entonces? —reclamó duramente.

—Mi comandante Adolfo Holley. Pero también está cenando adentro. Vuelva mañana si quiere ser atendida. Los jefes también tienen derecho a descansar.

Leonora perdió el control ante la obstinada negativa del suboficial. No había contado con un impedimento tan baladí.

—¡Necesito hablar con el jefe de ocupación de Tacna! —gritó exasperada—. Tengo sobrados derechos para ser atendida ahora mismo.

El suboficial frunció las cejas.

—¿Qué se ha creído la insolente? —tartamudeó—. Aquí nadie viene a alegar derechos…

Los tengo —porfió Leonora, alzando más la voz, como si buscara provocar un escándalo que atrajera la atención de los jefes que asistían al banquete—. Vaya usted y diga al coronel Amengual que necesita hablarle Leonora La…

La sombra de un indio, que se había acercado confundido con

los curiosos, saltó junto a la joven y la voz tajante y fría de El Profesor la atajó, tratando de no ser oído por los demás:

—¿Qué hace usted aquí? ¡Vamos, retírese inmediatamente a su casa!

La agente, sacudida en el primer instante por la sorpresa, se rehízo al momento. Volviendo el rostro, hacia su jefe, agitó la cabeza en una negativa:

—Esta vez no voy a obedecerle, Profesor.

—A ver, a ver. ¿Qué es esto? —exclamó irritado el cabo de guardia—. Dos mujeres que se dicen chilenas y un cholo que las maneja. ¡Centinela, apunte con su fusil a esta gente! ¡Quedan arrestados! —Llamó a voces—: ¡Tres hombres acá!

Mientras los soldados se acercaban, El Profesor se inclinó al oído de la agente y le musitó enfurecido:

—¡Qué tontería ha hecho usted!

—Necesito hablar con el coronel Amengual.

—Nadie le va a hacer caso, si me opongo.

Los soldados los rodearon, manteniéndolos enfocados con sus fusiles.

—Conduzcan a estas dos mujeres y al indio hacia el interior y manténganlos bajo vigilancia, mientras yo prevengo a mi coronel Amengual —ordenó el jefe de guardia.

El coronel Amengual los observaba con curiosa simpatía. Habían sido introducidos a una pequeña habitación, próxima al salón del banquete, y El Profesor le reveló, en breves palabras, sus identidades.

Abelardo Núñez había abandonado la actitud de indio manso bajo la cual se encubría y se mostraba irritado y dominante.

—Coronel Amengual —prosiguió, estrechando la mano del veterano—, es preciso que nadie se entere de quiénes somos, que la insubordinada testarudez de esta señorita no traiga consecuencias. Debemos trasladarnos a Arica mañana mismo y si alguna persona de Tacna se entera de nuestras funciones, encontrará la forma de denunciarnos.

—Comprendo.

Leonora, que había permanecido silenciosa, se acercó al coronel y le expuso con acento suplicante:

—Coronel, tengo que ir al Campo de la Alianza antes de marchar hacia Arica. Exijo que se me proporcionen los medios. He luchado en esta guerra tanto como cualquier soldado o tal vez más, porque desde antes de declararse estoy exponiendo mi vida. Tengo derecho a tomarme una licencia de dos horas.

El jefe de la Primera División la miró con amable simpatía.

—¿Y para qué quiere ir al Campo de la Alianza, señorita? —le indagó suavemente.

—El batallón «Atacama» está velando allí, esta noche, al capitán Rafael Torreblanca, amigo de toda mi vida. Y junto a su cadáver esta…, está…

—¡Su novio! —completó rudamente El Profesor—. Ya ve usted, coronel; por cuestión de amores esta señorita quiere exponer al fracaso nuestra misión en Arica.

Leonora doblegó la cabeza con un suspiro cansado.

—Debo ir, coronel Amengual —murmuró desalentada—. Él está sufriendo hondamente en estos momentos. Sé el cariño entrañable que lo unía a Rafael Torreblanca. Y…, por otra parte, quizás cuántos meses pasarán… o puede ser que nunca más vuelva a encontrarme con el regimiento «Esmeralda», al cual él pertenece.

Al oír mentar a su regimiento, el coronel alzó las cejas:

—¿Es uno de mis esmeraldinos? —preguntó orgulloso—. ¿Cuál de mis niños?

—Alberto Cobo, coronel.

La figura delgada de El Profesor se interpuso entre los dos.

—Me opongo terminantemente a que esta señorita salga de Tacna y vaya a exhibirse entre los soldados acampados en el Campo de la Alianza, coronel —protestó, presintiendo que el veterano se había convertido ya en un aliado de la agente—. Ella está bajo mis órdenes y yo sólo acato instrucciones del ministro de la Guerra, del secretario don Máximo Lira y del coronel Pedro Lagos.

El coronel sonrió imperceptiblemente bajo su ancho bigote cano.

No puede usted salir de Tacna, señorita —lamentó, pero agregó con malicia—: No obstante, yo como jefe de la Primera División, puedo perfectamente hacer regresar a faena al subteniente Cobo. A eso no puede oponerse usted, ¿verdad, Profesor?

—Naturalmente que no —refunfuñó Abelardo Núñez—. Pero comprenda. Leonora; nuestras labores se contraponen con la exhibición.

La joven volvió hacia él su rostro quebrantado por las emociones.

El Profesor dejó escapar ruidosamente su respiración y aceptó, comprensivo:

—Está bien. Recíbalo entonces esta noche misma en su casa y hágalo que se marche antes del amanecer. Si no la autorizo, usted cometerá cualquier disparate. Vaya y espérelo en su casa.

El coronel Amengual sonreía paternalmente, enternecido, y cuando la muchacha le estrechó agradecida la mano, cerró los ojos y le hizo una mueca amistosa.

—Espere, señorita —le dijo en el último instante—. La haré acompañar por un oficial, para que no tenga inconveniente en la calle. Con su permiso, Profesor, ya regreso.

El Profesor los siguió hasta la puerta de la habitación y desde allí advirtió a la agente:

—Debo entrevistarme con el general en jefe y el coronel Lagos esta noche. Si ellos lo disponen, tendremos que partir en cualquier momento hacia Arica.

El jefe de la Primera División llegó con Leonora hasta el zaguán del hotel, en donde esperaba Elcira, y haciendo venir a su propio hijo, el teniente Severo Amengual, ayudante de su Estado Mayor, le confió a las dos mujeres.

Desde que regresó del Hotel San Carlos, Leonora permaneció en ansiosa y alerta espera en su casa. Nunca, ni aun en la época en que vivió los mayores peligros en el Callao, al comenzar la guerra, había sufrido una tensión nerviosa tan intensa. Sentada en un sillón que apegó a los postigos cerrados de la ventana, envuelta en un tenue chal que le velaba el rostro. Ya había perdido casi completamente las esperanzas, cuando por la esquina de la calle, en dirección de la plaza, se oyó el pisar acompasado de un hombre. Los pasos se acercaban con lentitud, como los de un hombre que camina buscando algo, observando.

Elcira se incorporó.

—Es un soldado que viene mirando las casas, Leonorcita —susurró.

La agente asintió con un fugaz movimiento de cabeza. Cuando los pasos llegaron hasta la casa y se detuvieron frente a la primera ventana, estaba pálida, demacrada, dando la impresión que se hallaba a punto de gritar.

Los calamorros del soldado se detuvieron frente a la casa.

Quedamente sonaron tres golpes en la puerta.

Elcira inició un movimiento para abrir, pero Leonora la detuvo con un gesto angustiado.

Los golpes se repitieron, más perentorios.

—Hay que abrirle, porque de lo contrario se marcha —razonó la criada, preocupada.

—Sí —reconoció, haciendo un esfuerzo desesperado por controlarse—. Ábrele, Elcira. No le digas nada. Hazlo entrar nada más.

La mujer salió al pasillo.

—¡Voy!… ¡Voy!… ¡Ya abro!

Leonora estaba fuera de sí. Con todos los músculos rígidos se repetía quejumbrosamente, casi llorando:

—¡Ay, madre mía, madre mía! Ahora que voy a tenerlo a mi lado por fin, que voy a oír su voy diciendo mi nombre, ¿por qué sufro?… ¿por qué esta angustia?…

La puerta se abrió y enseguida se oyó, en sordina, la voz grave de un hombre saludando:

—Buenas noches. ¿Está tu patrón?

—Buenas noches, señor —respondió tímidamente Elcira—. Pase su mercé.

—No, no dispongo de tiempo. Tengo orden de entregarle esta carta en sus manos y marcharme. Dile que salga a la puerta.

—No puede ser. No puede salir. Entre *usté*.

—Está bien.

El entablado del pasillo crujió bajo los pesados calamorros y los pasos fueron acercándose a la puerta de la sala. Leonora los sintió llegar, acompasados al violento golpear de la sangre en sus sienes, y cuando la figura del soldado se recortó en el marco de la puerta, se puso de pie, vibrando.

Alberto se quedó mirándola, asombrado, confuso y sin reconocerla bajo el velo que le cubría el rostro.

—Señora… —tartamudeó turbado—, mi coronel Amengual me comisionó para que trajera una carta al dueño de esta casa, pero…

Leonora no pudo soportar más.

—¡Alberto!…, —exclamó en un grito ronco y apasionado.

El oficial se sacudió entero. Desencajado avanzó un paso hacia ella, aguzando su mirada.

—¡Nooo! —balbuceó—. ¿Quién…?

—Soy yo: Leonora. —Con un movimiento rápido se quitó el chal, descubriéndose el rostro.

Cobo se quedó paralizado unos segundos, con las manos tendidas hacia ella. Aunque tostada por el sol y más mujer; aquélla era Leonora. Dando un grito, avanzó hacia la joven y la estrujó entre sus brazos.

—¡Leonora!… ¡Leonora de mi vida!

Quedaron fundidos en un abrazo desesperado. El cuerpo frágil de la muchacha se adhirió a la figura alta y vigorosa del oficial. De los párpados de la espía rodaban incontenibles lágrimas de dicha. Alberto la estrechaba teniendo sus ojos cerrados, como elevando una oración de gracias a la providencia. De los labios de ambos escaparon atropelladas frases inconexas. Luego el frenesí del hallazgo pasó, se miraron a los ojos y se besaron larga, ardiente, dolorosamente.

—¡Cuatro años, mi vida! —exclamó después Alberto—. Cuatro años que te había perdido. ¡Ah, Dios santo, si esto parece un milagro! Te creí muerta. Leonora; te lloré perdida para siempre.

—Yo también, Alberto. ¡Cuánto sufrí buscándote por todas partes! Desde que supe el desastre de la Liga La Patria comenzó mi calvario.

Rápidamente, a grandes rasgos fue narrándole cómo lo había buscado por Atacama, luego en Bolivia y más tarde en Tarapacá; en qué condiciones había tenido la oportunidad de verlo en la estación de Conde, pero el rutinario respeto por los secretos del servicio de espionaje, que había sabido inculcarle El Profesor, la hizo callar.

A su vez, Cobo le relató en breves frases todo cuanto le había ocurrido después de que fue herido en Antofagasta, al ser sofocada la revuelta de Liga La Patria, y terminó diciéndole:

—Pero cuando la tropas chilenas tomaron posesión de esa ciudad, regresé a Santiago y allí me enteré de que tú me buscabas por Bolivia y Perú. Después todo el mundo perdió tu rastro. ¿Qué te hiciste, Leonora? ¿Cómo pudiste ser tan cruel con los que te queríamos?

—¡Ay, mi amor, si yo lo hubiera sabido…, si hubiera podido adivinar que no estabas muerto!… —se lamentó la joven—. Agoté todas mis esperanzas en tu búsqueda, y después, vencida…, sin ánimos para vivir…, no quise volver a los sitios en que nos habíamos amado.

Alberto estaba ya sereno y el cerebro comenzó a trabajarle con claridad. Sin poderlo evitar, el recuerdo de las declaraciones que le hiciera un año atrás, en Iquique, aquella mujerzuela que se hacía llamar Anita Buendía lo asaltó.

—¿Y qué has hecho durante los años que no nos vimos, Leonora? —le preguntó vacilante, sin atreverse a exponerle francamente sus dudas—. ¿Cómo es que te encuentro aquí, en Tacna, en tierra extranjera?

—He vagado pueblo tras pueblo —respondió ella, temerosa también de sus propios recuerdos—. Recorrí Perú y Bolivia, preguntando siempre por ti. Ya ni recuerdo todos los sitios por donde pasé.

Cobo tuvo que hacer un esfuerzo para preguntarle:

—¿Estuviste… en Iquique?

Leonora lo miró a los ojos, pero inmediatamente rehuyó su mirada. La mención de Iquique le traía bruscamente a la memoria la visión de sus reprobables amores con el general Buendía. Sin sospechar que Alberto pudiera tener la más mínima noticia sobre aquello, pero inevitablemente avergonzada, contestó en voz baja:

—Sí. Allí busqué refugio cuando empezó la guerra.

Alberto se puso pálido por la impresión. Había tenido esperanza de oírle expresar una negativa. Los ojos del oficial no pudieron dejar de reflejar la tormenta que lo estaba consumiendo interiormente.

Leonora lo percibió al momento.

—¿Qué tienes, Alberto? —le preguntó con labio trémulo—. ¿Por qué me miras así?

—Estuviste en Iquique y… y conociste al general Buendía,

¿verdad? —le inquirió el oficial con acento acusador y dolorido.

La agente sintió que se desplomaba el mundo sobre ella. ¿Cómo había llegado a saber Alberto que ella había tenido contacto con el jefe peruano? ¿Qué más podía conocer de aquella vergonzosa relación?

—Sí —reconoció en un susurro.

Pálido, con las mandíbulas rígidas, Cobo dijo, marcando las palabras:

—Y llegaron a llamarte la «generala Buendía».

Leonora retrocedió un paso, profundamente demudada. Jamás imaginó que fuera Alberto quien la trajera a ese terreno; siempre pensó que sería ella quien le revelara lo que le había ocurrido con el general Buendía, en un momento oportuno. Pero los hechos se habían precipitado y la cogían por sorpresa.

—Alberto, es preciso que me escuches; no puedes juzgarme sin saber antes…

Pero Cobo no la dejó seguir:

—Fuiste la «generala Buendía», ¿verdad? ¡Respóndeme!

Leonora cerró los ojos y dobló la cabeza cansadamente sobre el pecho.

—Sí; así me apodaron.

El oficial crispó los puños.

—¡No quise creerlo entonces!… ¡No quise creerlo! —rugió en sordina—. Me machaqué la cabeza con los puños para borrarme esas malditas palabras.

—Alberto, tienes que oírme. No me condenes sin saber que…

—Te había guardado idealizada en mi recuerdo, pura e incomparable, y tú, en cambio…

—Ten piedad de mí, Alberto. No me abrumes ahora que te encuentro.

—¡Piedad! ¿Puedo yo pedírsela a alguien en estos momentos, cuando los hechos fueron consumados hace meses?… ¿Hay algo que te exima, que justifique tu vergonzoso proceder?…

Elcira los contemplaba desde la puerta de la sala, espantada por el cariz insospechado que había tomado la entrevista, tan ansiada por su señora. Pero no se atrevió a intervenir. La lucha entre los dos jóvenes era demasiado íntima para que pudiera terciar otra persona.

Leonora estaba abrumada. Sin embargo, en el rictus desesperado

de su rostro había una fuerte exaltación cuando respondió al oficial:

—Sí, hay una justificación. Me llamaron la «generala Buendía», es cierto. Pero te juro que todo ocurrió porque los acontecimientos me forzaron a que permitiera que el general Buendía… —calló, sin atreverse a terminar la frase, y fue Alberto quien la completó:

—Que el general fuera tu amante. ¡Sí, eso! Dilo, no vaciles ahora, siendo que no vacilaste cuando te entregaste a él.

—¡No! ¡Alberto, no lo digas tú!

Leonora se había erguido con las pupilas llameantes. Temblaba entera mientras su novio seguía hiriéndola sin piedad:

—Fue voz pública en todo Tarapacá. Nadie de nuestro ejército desconoce la historia impúdica de la chilena que fue la amante del viejo general peruano.

—¡Calla! —gritó Leonora secamente—. Ni el amor que te he guardado, ni la ansiedad con que te esperé, son tan fuertes como para soportar que me trates así.

Cobo se quedó rígido. Durante varios segundos mantuvo su mirada dura, fija en los ojos desafiantes de la agente, y había en la expresión de sus pupilas dolor, desprecio, hasta rencor. De súbito, giró sobre sus talones, encaminándose hacia el pasillo.

—Adiós, Leonora.

Fue tan repentina su decisión, que Leonora no reaccionó sino cuando él salía ya al pasillo.

—¡Espera, Alberto! —le gritó angustiada—. No puedes irte sin saber cómo ocurrieron las cosas. Tienes que oírme.

—¿Qué más puedes decirme? —le replicó el oficial, fríamente, desde la puerta—. ¿Crees que existen palabras eficaces para borrar la escandalosa historia de la «generala Buendía»?

Leonora volvió el rostro empalidecido y contrito hacia el norte, y le expresó con dolorosa suavidad:

—Alberto, allá sobre una loma del Campo de la Alianza, están velando al que fue nuestro más noble amigo. Pues bien, por la memoria de Rafael, yo te juro que fue el torbellino de la guerra el que me obligó a hacer… lo que hice. El general Buendía no fue más que un factor indispensable en mis trabajos.

—¿En tus trabajos?… ¿Qué trabajos?

Leonora se agitó desazonada. En el primer momento, había pensado en revelarle su condición de agente secreta, pero en su

cerebro se asomó el rostro enjuto y ceñudo de El Profesor, reprochándola, acusándola.

—No…, no puedo hablarte sobre eso, Alberto —balbuceó confusa—. No estoy facultada para romper ese secreto. Debes tener fe en mí. Grábate solamente esto que ahora te confieso: tú solo has llenado mi pensamiento durante estos años. Ni aun en la época en que te creí muerto dejé de alentar la esperanza de verte aparecer algún día ante mí para decirte —la voz se le desgarró en la garganta, y terminó su frase en un sollozo—… para decirte cuánto te he querido. —Regresó al centro de la habitación, murmurando—: Ahora, vete. Es mejor así. No lograrías comprenderme jamás, ni perdonarme. Vete, Alberto.

Cobo tragó saliva y le tembló la barbilla por causa de su intensa emoción.

—Leonora… —exclamó apesadumbrado. Pero ya la joven había tomado su decisión y lo interrumpió con firmeza:

—No. Me has herido demasiado hondo. Tendremos que esperar a que cicatrice tu daño antes de volver a hablar; y es posible que la guerra se lleve a uno de nosotros dos, negándonos ese encuentro. De modo que…, adiós, Alberto. Ahora tendremos más paz los dos, sabiendo, cuando menos, que no estamos muertos todavía. — Alzando la voz, llamó a su compañera y le ordenó que acompañara al oficial hasta la puerta. Luego se adentró por el pasillo a obscuras.

Alberto se empinó sobre la punta de los pies, en un arranque de último momento, y la llamó, arrepentido:

—¡Leonora! ¡Vida mía, escúchame!

Pero la joven había entrado a una habitación interior.

A esa misma hora, El Profesor terminaba de rendir su informe al general Baquedano. Éste lo había recibido en su tienda, clavada en el llano anterior al Campo de la Alianza, y con él estaba el coronel Pedro Lagos, responsable actual de conectar al servicio secreto con el ejército.

El Profesor había presenciado la retirada de las tropas aliadas oculto en el tambo de San Francisco, en la intersección de los caminos que se internan en la sierra. Los ejércitos enemigos habían

llegado juntos hasta Pachía, pero allí se separaron; el peruano ascendió hacia el nordeste por una quebrada llamada Calientes, por donde corre la ruta hacia Arequipa; el boliviano se introdujo en otra quebrada, denominada de Palca, que asciende hacia la sierra rectamente en dirección a Bolivia.

—Pero ¿esas tropas se retiran definitivamente o pueden volver a caer sobre nosotros? —preguntó el general Baquedano a El Profesor.

—No creo probable que regresen, general. Van totalmente desmoralizadas y cargando demasiados heridos. Los peruanos han tenido más de un millar de bajas y los bolivianos sobre dos mil.

Pero el general Baquedano necesitaba la certeza de que no quedarían tropas enemigas en su retaguardia. Estaba obligado a seguir adelante con toda rapidez; el ejército chileno se encontraba en una ciudad alejada de la costa, y sólo podía ser abastecido por la ruta del mar. La comarca de Tacna había sido exprimida casi totalmente por las tropas aliadas y no era posible encontrar en ella alimentos suficientes para mantener a las tropas por más de quince días. Por otra parte, los barcos de la escuadra chilena, que portaban todos los víveres y abastecimientos, se encontraban bloqueando Arica. La disyuntiva era clara: o se apoderaban prontamente de ese puerto o el ejército comenzaría a padecer hambre. Pero antes de lanzar el ataque contra Arica, era forzoso tener la seguridad de que la retaguardia quedaba despejada. Por eso el general Baquedano dispuso que el coronel Lagos saliera al día siguiente con todos los regimientos que no habían participado en la batalla del Campo de la Alianza, y limpiara el territorio, persiguiendo a los rezagados del ejército aliado hasta tener la certidumbre de que ni las tropas del contralmirante Montero ni las del general Campero intentarían volver a la carga. Luego se iniciaría en el acto el avance sobre Arica.

—Le recuerdo que la guarnición de Arica es poderosa y que la ciudad está completamente rodeada de fortificaciones —advirtió El Profesor—. Además, sé que se han sembrado todos los caminos de acceso de minas explosivas, sepultadas bajo tierra.

—Usted tendrá que proporcionarnos planos de las fortificaciones y de las redes de minas, Profesor. Es su misión, y debe darse la mayor prisa en cumplirla. ¿Tiene medios para trasladarse hasta Arica?

—Sólo podremos hacerlo mezclándonos con los fugitivos que

huyen de Tacna, aprovechando la noche, general. Durante el día, los cañones de ustedes dominan los caminos.

—Pues, parta esta noche misma, señor.

—Bien, así lo haremos, general —aceptó el jefe del servicio secreto—. Tardaré en recoger a mis ayudantes hasta la una y media. A esa hora partiré, general. Entraré en Arica al amanecer.

—Perfecto. ¿Necesita algo?

—Tres mulas con sus correspondientes odres de agua y morrales con alimentos. Además cien soles para posibles gastos en Arica.

—Mi ayudante se preocupará de proporcionarle todo, Profesor. Véase con él al momento y no retarde ni un segundo su partida. De usted y de sus agentes depende primordialmente el éxito de nuestro ataque a ese puerto.

Alberto Cobo entró lentamente al halo de luz de las fogatas que había encendido su compañía en la alameda de Tacna. Marchaba como un sonámbulo y se sobresaltó cuando el coronel Amengual lo saludó sonriente:

—Buenas noches, teniente. ¿Vuelve satisfecho, eh?

—Bue…, buenas noches, mi coronel —se cuadró Cobo, como si despertara de golpe. El veterano rió bondadosamente.

—Supongo que me habrá perdonado por la tonta estratagema de que me valí para hacerlo acudir a la casa de su novia. Pero la victoria me tenía de buen humor, y la pobrecita estaba tan ansiosa de verlo.

—Le agradezco, mi coronel —respondió apesadumbrado.

El jefe de la Primera División no reparó en su aire cabizbajo y amargado.

—¡Ah, la juventud!… ¡Esta juventud de ahora, tan audaz, tan admirablemente temeraria! —exclamó—. ¿Dónde se registran en nuestra historia ciudadana casos de valor y de inteligencia como el de su prometida, teniente? ¡Ah, todos los chilenos se van a sentir orgullosos de ella cuando se hagan públicos los magníficos servicios que prestó durante esta guerra!

Alberto se sorprendió. Uniendo las frases del coronel con las vagas explicaciones que intentó darle Leonora, comenzaba a

entrever la realidad que él no fue capaz de vislumbrar.

—Perdóneme, mi coronel —le indagó con vehemencia—. ¿Dice usted «los magníficos servicios que prestó durante esta guerra»?

El veterano lo miró sorprendido.

—Claro, pues, hombre —exclamó—; si ella sola ha hecho tanto como un millar de soldados. Los riesgos que ha tenido que correr como agente secreta para apoderarse de los datos militares de dos naciones tienen un tremendo valor.

—¡Agente secreta!

La revelación golpeó como una maza en el cerebro del oficial.

Violentamente comprendió cuál era la justificación de sus actos que Leonora no había podido explicarle. Por conseguir los secretos militares de la alianza tuvo que resignarse a aparecer ante todo el mundo como la desvergonzada amante de Buendía. Estos pensamientos cruzaron vertiginosamente por la mente de Alberto, trastornándolo. Una desesperada ansiedad de correr a su lado y pedirle perdón lo hizo olvidarse por completo de su disciplina. Girando sobre sus talones, se dispuso a lanzarse a la carrera por donde había venido, pero lo detuvo el vozarrón del coronel:

—¡Teniente! ¿Adónde va usted?

—Perdóneme, mi coronel —tartamudeó febrilmente Cobo—. Pero he cometido una injusticia muy grande. Concédame usted media hora para ir a repararla.

El veterano lo observó extrañado, pero como la ansiedad del oficial era patente, accedió con un guiño bondadoso.

La puerta de la casa resonaba sordamente a los golpes frenéticos del subteniente, cuando pasó por ahí una de las patrullas del «Valparaíso».

—¿Qué rabia le ha dado, mi teniente, que quiere echar abajo esa puerta? —le inquirió el jefe de la patrulla, después de identificar a Cobo.

—¡Necesito hablar con la dueña de esta casa! ¡Tengo que verla al momento! —le explicó apasionadamente Alberto sin dejar de golpear.

El sargento encargado de la patrulla lanzó una carcajada

maliciosa.

—Pues llega tarde, mi teniente —se burló—; la prenda ya voló.

—¿Qué dice usted, imbécil? —Cobo se volvió furioso hacia el suboficial—. ¿Qué broma estúpida es ésa?

El sargento se puso tieso como una vara al verse tratado tan violentamente.

—Perdóneme, compañero —se disculpó Cobo—. Estoy muy angustiado. ¿Es verdad que se fueron? ¿Cómo lo sabe usted?

El hombre suavizó también su tono.

—¿Cómo no voy a saberlo, si yo mismo les revisé los salvoconductos que les dio mi coronel Lagos?

—Pero ¿hacia dónde iban, hombre, por Dios? —lo urgió Cobo, desesperado.

—Y qué sé yo, mi teniente. Los papeles decían «autorizado para salir de Tacna», y nada más. De lo único que me di cuenta fue de que las dos mujeres y el indio que las guiaba enfilaron sus mulas hacia el camino que va a Arica.

Alberto sintió que se hundía en un abismo de desesperanza. Leonora iba seguramente hacia Arica; allí se daría la próxima batalla y todo el mundo sabía que iba a ser una matanza terrible. ¿Quién podía asegurarle que ella, la agente secreta, no sería descubierta y fusilada entre las murallas de Arica?… ¿Quién podría garantizarle que él no sería acribillado en el asalto a los fortines del Morro?…

Cobo apoyó la cabeza en la puerta cerrada de la casa y ocultó el rostro en el rincón que formaba la batiente con el marco.

El sargento hizo una seña a sus hombres y la patrulla marchó silenciosamente. No era primera vez que un oficial o un soldado lloraba. Pero era mejor que lo hiciera a solas, sin testigos.

11

El ejército chileno ya estaba listo para emprender la nueva campaña. Gracias a la organización que legara el ministro Sotomayor al Estado Mayor, las fuerzas armadas marchaban sobre muy buenos carriles. Bien demostrada quedó su eficiencia en los meses que siguieron; los ataques y las victorias se sucedieron con velocidad vertiginosa. El general Baquedano, sujetando los hilos que movían a esa enorme masa de combatientes, se puso nuevamente en acción. Ordenó la partida del coronel Pedro Lagos al frente de los regimientos «Buin», «3.º» y «4.º de Línea», el batallón «Bulnes», dos baterías de montaña y los escuadrones de caballería «Carabineros de Yungay N.º 2», «Cazadores» y «Granaderos», los cuales debían perseguir a los enemigos por la sierra hasta aniquilarlos definitivamente. La salida de esas tropas de Tacna se fijó para las once de la mañana del viernes 28 de mayo. Y el mismo día, a las ocho, al capitán del «Carabineros de Yungay N.º 1», Juan de Dios Dinator, se le encargó una misión especial.

—Tome los cincuenta mejores jinetes de su escuadrón, capitán —le dijo Baquedano—, y encárguese de limpiarnos el camino hacia Arica. Siga la línea del tren, estudie en qué condiciones de vialidad se encuentra, y asómese hasta el mismo puerto enemigo, si le es posible; pero a su vuelta deberá usted indicarme cómo y por dónde podremos llegar hasta allí. Amunicione bien a sus jinetes y vaya con los ojos muy abiertos. Comprenda que la ruta que usted abra será la que seguirá nuestro ejército.

No terminaban de apagarse los pasos del oficial, cuando entró en la habitación el coronel Amengual. Su rostro reflejaba preocupación. Sin embargo, cambió el gesto al ver la cara radiante del general Baquedano.

—Se le ve satisfecho, mi general —lo saludó.

—¿Y cómo no estarlo, coronel? Estamos llegando al fin de la guerra…, estamos llegando. ¿Qué más pueden resistírsenos? Tenemos 13 000 hombres perfectamente armados en Tacna y 4000 más en Tarapacá. ¿Y cuántos tienen los enemigos en Arica?… ¿2000?… ¿3000?… La alianza está rota; este golpe de Tacna ha terminado con ella. Los bolivianos no bajarán más de su Altiplano.

—Eso cree usted, mi general —se decidió a objetarle el veterano —. Acabo de estar en la Ambulancia, donde está muy gravemente herido el coronel boliviano Eleodoro Camacho. Conversé con él unos instantes. Quise consolarlo y le dije lo mismo que acaba de exponer a usted; que la guerra está por terminar, que no puede durar más. ¿Y sabe usted qué me contestó? Textualmente esto: «La presente guerra no terminara tan pronto, a lo menos por lo que a mí respecta. Y creo que la lucha la continuarán nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos».

—¡Magnífica respuesta! —reconoció el general Baquedano, entre irónico y admirado—. Retrata muy bien la reciedumbre de ese jefe. Pero dígame usted: ¿pensarán igual los peruanos?

El coronel afirmó varias veces con la cabeza:

—Tuve la misma duda y fui a una ambulancia peruana, en donde están los heridos del batallón «Zepita». Busqué entre ellos a un jefe de alta graduación. Hablé con el sargento mayor Diego de la Haza. Me respondió: ¿«Terminada la guerra»?, y se puso a reír a carcajadas. Enseguida agregó: «Anoche estaba tendido aquí, a mi lado, el comandante general de nuestra Tercera División, coronel Belisario Suárez…, y esta mañana se fugó».

La boca del general Baquedano se torció en una mueca de fastidio y dio un breve puñetazo sobre la mesa. No obstante, siguió escuchando el relato del coronel.

—Según el sargento mayor De la Haza, el coronel Suárez dijo a los oficiales heridos, antes de fugarse: «En Arica está el coronel Bolognesi, espejo de soldados, Jamás entregará la plaza, y los chilenos se estrellarán estérilmente contra sus fuertes. Con él, todos debemos seguir luchando, igual que si la guerra acabara de comenzar. Porque la batalla decisiva será en Lima».

—¡Hum!

El general Baquedano no dijo nada y comenzó a pasearse por la

habitación. Por ultimo, se detuvo frente al coronel Amengual y le expresó lentamente:

—Bien. Haremos trizas Arica y llegaremos a Lima.

—En Arica hay siete fuertes, mi general —le recordó el veterano —, y la tierra está enteramente minada. Donde los soldados posen un pie volarán por los aires. —Guardó silencio un momento y enseguida le dijo casi con humildad—: la guerra es posible que esté sólo empezando, como dicen ellos, mi general. Y, por eso, quiero pedir a usted una licencia para ir a Chile a ver a los míos.

—¿Marchar a Chile ahora?

Sí, mi general —insistió el creador del «Esmeralda»—. Después, quizás, no tenga ocasión de volverlos a ver.

El general movió la cabeza con disgusto, pero afectado por el fatalismo del viejo comandante.

—No sé…, no sé… No diga esas cosas, coronel. ¡En fin, déjeme pensarlo! Deme de plazo hasta que reciba las noticias que me traerá el capitán Dinator y las que enviarán los agentes secretos, que ya deben estar dentro de esa plaza. Si ellas son buenas, emprenderemos el avance de inmediato, y entonces…, lamentándolo mucho…, usted no podrá ir a Chile todavía.

El Profesor, Leonora y Elcira habían abandonado Tacna poco después de las doce del 26 de mayo. A la dos de la madrugada hicieron la primera parada. Debían recorrer ochenta y tres kilómetros para llegar hasta Arica. El Profesor comprendió que le sería imposible entrar en esa ciudad antes del amanecer, lo que lo puso de un humor terrible.

—Tendremos que pasar el día en alguno de los tambos que existen junto a la vía férrea, para entrar a Arica de noche —rezongó —. No nos conviene exhibirnos mucho.

Leonora se alzó de hombros, indiferente a todo.

—Dispóngalo como mejor le parezca.

El Profesor comenzó a monologar, haciendo memoria, mientras su mula avanzaba con lento vaivén.

—Existen dos paraderos antes de llegar a Arica. Uno, llamado Hospicio, y otro, Chacalluta. El primero está a la mitad de camino y

podremos llegar a él alrededor de las diez de la mañana. Descansaremos ahí y proseguiremos la marcha a las dos de la tarde, para estar en Chacalluta, más o menos, a las siete. Arica queda a sólo diez kilómetros de ese punto; podremos entrar en ella cerca de las nueve de la noche.

Un relincho inesperado y distante lo arrancó de su enfurruñamiento. Pronto sus ojos penetrantes descubrieron un pequeño grupo de seres que marchaba más adelante, algunos a pie y unos pocos a caballo.

—Gente que huye de Tacna —reflexionó—. Démosle alcance. Será conveniente ir confundidos con ellos si encontramos alguna patrulla enemiga. ¿Conservan ustedes aún los papeles que las acreditan como enfermeras de una ambulancia peruana?

Ambas respondieron afirmativamente.

No tardaron en darles alcance y su aparición no causó ningún asombro. Continuamente durante la noche se habían estado agregando nuevos tacneños a la desordenada columna. Siguiendo la línea del tren, cabalgaron hasta el amanecer. A media mañana llegaron al tambo de Hospicio, en donde descansaron en espera de que pasaran las horas más calurosas. Cerca de las tres de la tarde volvieron a ponerse en marcha, pese a que el sol caía despiadadamente sobre sus cabezas. Avanzaron hasta las siete y media. Uno de los hombres que encabezaban el grupo gritó anunciando la aparición hacia el sur del río Lluta, llamado también Azufre por el sabor de sus aguas. Por un antiguo puente de hormigón cruzaba la línea del tren sobre el cajón de no más de cien metros de ancho.

Al paso cansino, bestias y caminantes enfilaron al puente y se disponían a cruzarlo. Pero de la otra orilla del cauce, varios hombres, aparecidos repentinamente, comenzaron a gritarles mientras agitaban los brazos con frenesí.

—¡Vuelvan atráaasss!… ¡Salgan del puente!…

La pequeña manada humana se detuvo amedrentada y confusa.

El Profesor, ejecutivo como siempre, se impuso sobre la desordenada grey.

—¡Silencio! —les ordenó—. ¡Cállense para que podamos oír!

Un hombre alto y delgado, vestido con traje de montar inglés, se había destacado del grupo de la orilla opuesta y les repetía,

haciéndose bocina con las manos:

—¡Salgan del puenteeee!… ¡Le hemos puesto dinamitaaaa!…

Entonces sí que entendieron todos claramente. Atropellándose sin consideraciones retrocedieron a toda prisa.

—¡Atrás!… ¡Atrás!… —les gritaba El Profesor, arreándolos a pechazos de su mula.

Leonora consiguió difícilmente hacer girar la suya y avanzaba entre la gente, chicoteándola sin piedad. Pero la que montaba Elcira estaba demasiado cansada y se negaba a moverse.

—¡No me dejen atrás! —gritaba la mujer, asustada, tirando con desesperación las bridas. Comprendiendo que no iba a conseguir dominar a su bestia, se arrojó al suelo y, medio a gatas, medio corriendo, se echó fuera del puente.

Justo en el instante en que rodaba sobre la tierra firme, una formidable explosión rompió el puente por la mitad, primero, y enseguida otros dinamitazos terminaron de destrozarlo por los extremos, lanzando al espacio enormes trozos de hormigón y de riel e infinitos cascotes.

Los fugitivos de Tacna habían quedado envueltos en un caos de polvo, gritos y llantos.

Cuando la visibilidad se hizo mejor, El Profesor comenzó a buscar a Leonora. Ésta se había mantenido sobre su montura y estaba ilesa.

—Me pareció oír un grito de Elcira, al producirse la explosión —dijo.

La buscaron con la mirada. La mujer estaba en cuatro pies y con la cabeza pegada al suelo. Al levantar el rostro, El Profesor pudo ver que le corría un hilo de sangre por la frente. De un salto desmontó y se acercó a ella.

—¿Qué tiene, Elcira?

—Me pegó una piedra en la frente. ¡Ay, duele mucho. Profesor!

—Chist, no me llame así. Déjeme ver su herida. —Sacó un pañuelo y le limpió con suavidad la rotura. Era apenas una raspadura, pero El Profesor decidió exagerar su magnitud—. Esta herida suya nos va a servir, Elcira —le dijo—. Vamos a vendarla como si fuera más seria de lo que es en realidad. Su condición de herida dará más verosimilitud a nuestra historia de fugitivos atacados por los chilenos.

Leonora comprendió inmediatamente el propósito de su jefe y arrancó una ancha tira del refajo de su compañera, con la que comenzó a vendarle abultadamente la cabeza.

Mientras practicaban esta operación, varios de los hombres que dinamitaron el puente ascendían desde el fondo del cajón del río.

—¿Ha sido herido alguno? —llegó preguntando el hombre vestido con traje de montar inglés y que parecía ser el jefe.

Todos respondían confusamente, asustados todavía. No, no había heridos, pero varias de las mujeres estaban enfermas de terror; una particularmente, que se hallaba en avanzado estado de gravidez, gemía y se retorcía, sobándose el vientre abultado.

—¡Mire usted lo que han hecho! —le reprochó Leonora, comenzando a jugar su comedia y señalando a Elcira.

El jefe de los dinamiteros se acercó solícito.

—Lo lamento, señorita —se disculpó—. ¿Es seria la herida de su madre?

—No es mi madre y no sabemos si es grave o no su daño. He hecho que nuestro criado la vendara rápidamente para ir a curarla al hospital de Arica.

—Sí, es lo mejor —aprobó el hombre e inclinándose ante Leonora, en quien reconoció de inmediato una dama, le ofreció cortésmente—: Yo le proporcionaré los medios para que lleguen lo antes posible. Perdóneme usted, pero no podríamos suponer que vendría gente por la vía férrea y teníamos orden de volar el puente de Chacalluta.

—Lo comprendo —aceptó Leonora, suavizando su tono—. Ustedes cumplen deberes de guerra y todos sabemos qué urgencia terrible hay de detener a los chilenos. Acabamos de sufrir el horror de la ocupación de Tacna y lo único que podemos desear es que Arica no corra igual suerte.

Al oírle expresar que Tacna había sido ocupada, el jefe de los dinamiteros levantó la cabeza asombrado.

—¿Cayó Tacna? —exclamó, profundamente impresionado—. ¡Lo que temíamos! Nadie había podido confirmarnos nuestra sospecha. Oímos ayer el estruendo de una feroz batalla hacia el lado de Tacna, pero nadie se preocupó de informar a nuestro comando. El coronel Bolognesi, en previsión de que los chilenos pudieran haber sitiado Tacna, me ordenó volar este puente. Pero jamás imaginó que

pudieran haber sido derrotados los defensores del Campo de la Alianza. ¡Qué calamidad, señorita! Perdóneme usted, pero debo ir a comunicar esta fatal noticia al coronel Bolognesi a todo escape.

Giró para marcharse, pero Leonora lo detuvo impetuosamente.

—Perdóneme usted —le dijo con la más patética de sus miradas —, pero ¿no puede disponer que alguno de sus hombres nos escolte hasta Arica? No conocemos la ruta y está por caer la noche.

El hombre tenía demasiada prisa en partir, de modo que no se detuvo a reflexionar; simplemente hizo seña a un mozo moreno y alto, que lo acompañaba.

—Como mi gente tendrá que regresar a Arica en busca de más dinamita para volar la línea del tren, ustedes podrán acompañarse con él. Voy a dar la orden a mi segundo, el subteniente Pedro Ureta.

El aludido había llegado junto a ellos y se cuadraba ante Leonora, saludándola con una sonrisa donjuanesca. Su jefe le dio las instrucciones correspondientes y partió.

—Cuando usted disponga, señorita —se ofreció galantemente el joven oficial.

—Gracias, teniente. Vamos entonces.

Como una mansa tropilla, todo el grupo de fugitivos se ordenó detrás del subteniente y de Leonora y comenzaron a descender al vado del río.

Elcira, que había montado en ancas de la mula de su señora, se fingía más maltrecha de lo que estaba, mientras en su fuero íntimo iba riéndose por la sutil habilidad con que Leonora se dejaba ayudar por el oficial.

—Teniente —le consultó aquélla al mozo—, ¿quién es el señor que platicaba conmigo hace un momento?

—El ingeniero Teodoro Elmore, señorita —le respondió el ayudante, contento de iniciar una conversación con la encantadora tacneña—. La oí decir que habían asistido a la caída de Tacna. Deben haber sufrido muchas penurias ustedes.

—Fue algo horrible, teniente…, horrible —Leonora se estremeció con fingido espanto—. Los muertos y los heridos han quedado sembrados en todas las calles. Fue inútil la desesperada resistencia de las tropas de la alianza. Los chilenos arrasaron todo, con salvaje ferocidad. Y son miles y miles, teniente. No hay poder capaz de contenerlos.

El oficial sonrió con jactancia.

—Está usted todavía dominada por el pánico, señorita —rió—; por eso es que se imagina que no hay poder capaz de contener a los enemigos. Pero ¡vaya si lo hay! Créame, en Arica no entrarán jamás. Y ¡ay de ellos si se atreven a poner un pie en los contornos de nuestro puerto! Volarían destrozados, reducidos a polvo, como ha quedado este puente.

Leonora guardó silencio un instante, ladeando la cabeza, como si tratara de captar el alcance de la afirmación del oficial. Luego le preguntó con perfecta inocencia:

—No me explico cómo se puede hacer volar por el aire a los miles de soldados de un ejército, teniente.

El mozo volvió a reír, feliz de lucirse ante aquella frágil señorita.

—Ya está todo estudiado —le respondió—. El ingeniero Elmore y yo nos hemos encargado de prepararlo todo para pulverizar a los enemigos cuando avancen sobre Arica.

—Temo no entenderle, mi amigo.

El subteniente Ureta iba cayendo inocentemente en la trampa y daba rienda suelta a su lengua, sin pensar el valor de los secretos que revelaba.

—Hemos hecho algo definitivo, señorita. ¿Me creerá usted si le digo que hemos minado Arica entera? No hay un camino que conduzca al puerto que no esté sembrado de minas explosivas. Hemos enterrado quintales de dinamita debajo de todos los senderos que conducen a nuestros fuertes y trincheras, debajo de los muelles, de la estación del ferrocarril, de los principales edificios, ¡en fin, todo el subsuelo de Arica es un inmenso polvorín! Y, por si eso fuera poco, hemos rodeado la ciudad con tres cordones de minas. Un pacto con el diablo deberán tener los que logren pasar a través de ellos y los que lo consigan no se salvarán ni aun con la ayuda de Satanás; llegando a nuestras trincheras, éstas serán voladas desde la distancia, ya que debajo de ellas hay cargas de dinamita suficientes para pulverizar un cerro entero. Ya ve usted si será posible a los chilenos apoderarse de Arica.

Leonora miró al suelo con terror y detuvo su mula.

Pero, entonces…, nosotros, al acercanos a la ciudad vamos a ser destrozados también. El subteniente Ureta lanzó una suave carcajada.

—No, mi estimada señorita, la red de alambres eléctricos que une las minas subterráneas no ha sido conectada todavía con las pilas que las harán estallar. Además, va usted conmigo. Y el ingeniero Elmore y yo sabemos bien dónde hemos dejado senderos libres de nuestras máquinas infernales.

Habían llegado al otro lado del río y una patrulla militar les interceptaba el paso.

—Con su permiso, señorita —se excusó el oficial, y se adelantó con los guardias para que les franquearan el paso.

Casi enseguida sintió la presencia del Profesor a su lado. Éste la miraba con los ojos brillantes bajo su caperuza de indio serrano.

—Leonora, ¿ha comprendido usted qué extraordinaria suerte tenemos? —le susurró.

—Tengo buen ojo y experiencia, Profesor —le respondió la muchacha con cierta tristeza.

—Es forzoso que intime usted con algunos de estos dos ingenieros. Ellos poseen los planos de ubicación de las minas que rodean Arica.

—Descuide usted. Haré cuanto sea por obtenerlos.

El subteniente Ureta regresaba envolviendo a Leonora en una mirada de desembozada admiración.

—Ya podemos seguir, señorita —le participó—. Si usted me lo permite, continuaré a su lado, para que vayamos conversando. Así se nos hará más corto el camino.

Los agentes secretos chilenos suspiraron aliviados. Ya podían considerarse dentro de la plaza fuerte enemiga.

El reconocimiento practicado por el coronel Lagos sobre las rutas y poblados de la cordillera situados al oriente de Tacna arrojó conclusiones decisivas: la retaguardia chilena estaba completamente despejada de enemigos; los ejércitos del Perú y de Bolivia se retiraban vencidos hacia Arequipa y La Paz, respectivamente. Ya podía darse la voz de ¡adelante!

El 1.º de junio de 1880, el general Baquedano reunió en el campamento del Campo de la Alianza un consejo de guerra para decidir la fecha de asalto a Arica.

El general Baquedano, de pie con la rigidez que le era característica y usando su típico lenguaje telegráfico, expuso sus puntos de vista. Desde sus primeras palabras todos comprendieron que tenía formados sus propios planes y que era preferible dejarlo hablar sin interrupciones. Éste comenzó haciéndoles ver que estaban aislados en Tacna, que no podían pensar en regresar a Ite, cruzando nuevamente el terrible desierto tendido hasta el Sama. Luego les advirtió que los 13 500 soldados y las 3000 bestias de que disponían no podrían sustentarse con los recursos de la región más de quince días. Por último, les recordó que las ambulancias y los hospitales de sangre estaban llenos de enfermos y heridos que no podían ser atendidos debidamente.

—Hay, pues, que salir de aquí —terminó diciendo—. ¿Y hacia dónde? Existe un solo camino.

—Arica —exclamaron al unísono todos sus auditores.

—Sí, Arica —repitió el general—. Ésa es la roca que se atraviesa en el camino que nos une con Tarapacá, donde está nuestro ejército de reserva mandado por el general Villagrán; Arica es, al mismo tiempo, la barrera que nos impide asomarnos al mar, dominado por nuestra escuadra, que es la guardadora de todos los elementos que precisa nuestro ejército para sobrevivir. De modo, pues, que nos es forzoso apoderarnos de ella, señores.

Todos los jefes estaban acordes en eso; pero igualmente se hallaban convencidos de que el asalto a la plaza fuerte no era una bagatela.

—¿Estamos en condiciones de atacar a Arica, mi general? —indagó el coronel Amengual—. Se dice que sus fortificaciones son formidables.

El jefe de la campaña tuvo que reconocer que no tenía datos concretos sobre las defensas del puerto. Mucho habían oído pregonar del sistema de fuertes que lo rodeaban, pero ni siquiera se sabía el número de sus defensores. Algunos prisioneros habían hablado de 3000, pero bien podían ser más. Sobre lo que sí tenía certeza era de que Arica, por su ubicación topográfica, constituía una fortaleza en sí misma. Se encontraba emplazada en un triángulo, cuyos catetos eran: el mar, por el oeste; un cordón montañoso tendido de este a oeste, que remata en el Morro, que como un inexpugnable espolón de piedra se incrusta en las olas, y el

valle de Azapa, que cruza diagonalmente desde el sureste al noroeste, para ir a desembocar también al mar. Se sabía que los contornos de este triángulo estaban demarcados por cadenas de fuertes y trincheras preparados con toda laboriosidad. Los jefes de la escuadra habían comunicado que existían tres fuertes de barbeta levantados a lo largo de la playa, cuyos cañones, además de dominar la bahía, podían girar en 180.º para cubrir el valle de Azapa y la Pampa de Chinchorro, vía de acceso obligado de las tropas que avanzaran desde Tacna.

Las vagas explicaciones del general Baquedano no satisficieron a los demás jefes y le hicieron ver que sin tener un conocimiento cabal de las defensas enemigas no se podría intentar el asalto a Arica.

—Ya tenemos dentro de la plaza enemiga a un grupo de agentes secretos —les explicó el general—. Estamos esperando que nos envíen una descripción detallada de todas las defensas peruanas, incluyendo croquis de los fuertes, de los reductos, de las líneas de trincheras, así como también de la distribución de las minas con que han sembrado todo el contorno del puerto.

—¿Y si los agentes secretos tardan demasiados días en completar su informe? —volvió a intervenir el general Amengual.

El general Baquedano mantuvo una expresión meditabunda, durante unos instantes.

—Esperaremos sus noticias sólo cuatro días más —decidió—. Entretanto, seguiremos enviando partidas de reconocimiento por la ruta a Arica. Ayer regresó la primera, que fue al mando del capitán Dinator. Este oficial consiguió asomarse hasta la costa y comunicarse por banderas con el jefe de nuestros barcos bloqueadores, el comandante Juan José Latorre. Él envió nadando hacia tierra a un marino, con un mensaje, en el cual el comandante Latorre me advierte que debemos atacar primero un fuerte situado al este del Morro y que es denominado «Ciudadela». Según él, éste sería el nudo de los fuertes que defienden Arica de un ataque por tierra. Lamentablemente, el capitán Dinator no pudo conseguir mayores antecedentes sobre el número y situación de esos fuertes, porque fue atacado por gruesas partidas de caballería y tuvo que regresar a Tacna. No obstante, mañana saldrá una segunda fuerza de reconocimiento, compuesta por los escuadrones «Carabineros de

Yungay N.º 2» y «Cazadores», mandada por el comandante Rafael Vargas Pinochet. Confío en que nos traerán datos más exactos sobre las defensas enemigas. Cuando ya estén en mi poder esos antecedentes, y los de los agentes secretos, volveré a reunirlos en consejo de guerra; entonces determinaremos el asalto definitivo a Arica. Por el momento, aguardaremos, arma al brazo, hasta el 5 de junio.

Disuelta la reunión, el general retuvo aún unos minutos al comandante Vargas Pinochet, jefe del «Carabineros de Yungay N.º 2», y le especificó:

—Llegue usted con sus escuadrones hasta el río Lluta y establezca un campamento avanzado. Una vez conseguido esto, trate de introducir hombres disfrazados en Arica.

El encuentro entre la caballería peruana y la avanzada del capitán Dinator provocó gran alarma en Arica. Se confirmaba la caída irreparable de Tacna y el propósito del ejército invasor de atacar cuanto antes a Arica.

No obstante, el ingeniero Elmore notificó al coronel Bolognesi, jefe de la plaza, que había alcanzado a destrozar la vía férrea en cinco partes, antes de la aparición de los enemigos, dejándola inutilizada para el tránsito de trenes.

El valeroso jefe peruano, sin demostrar su inquietud, aceleró más todavía los aprestos de defensa. Los cuerpos de la Séptima y Octava División, encargados de la protección de la ciudad, se distribuyeron en los fuertes, con la consigna de no abandonar la vigilancia ni de día ni de noche. Y Elmore y sus ayudantes recibieron la orden de terminar rápidamente el enlace de las minas explosivas con la central eléctrica que las haría estallar.

Ocupado en esos trabajos, el subteniente Ureta llegó al hospital el 2 de junio. Se detuvo alegremente sorprendido. Frente a él, acababa de cruzar la misma hermosa señorita que le tocara en suerte acompañar desde Chacalluta hacía unos días. Entusiasmado le dio alcance y la saludó galante.

—Buenos días, señorita. ¿No me recuerda?

Leonora se sobresaltó en el primer instante.

—¡Ah, teniente Ureta, es usted! Lo suponía trabajando en el camino a Tacna.

—No, ya terminamos esa faena. —El oficial la examinaba

extrañado de verla vestida de enfermera—. Pero ¿qué hace usted aquí y con esa indumentaria, señorita?

—¿No le dije a usted que soy enfermera?… ¿No?… —Leonora rió con perfecta inocencia—. Bueno…, debo confesarle que los nervios me traen loca en esos últimos días… Sí, soy enfermera y cuando traje a este hospital a mi compañera, no pensaba en seguir trabajando. Pero anteayer vimos traer a un grupo de soldados heridos y…, pese a nuestro terror, decidimos prestar nuestro concurso en el hospital.

—Esos heridos pertenecían a una patrulla de caballería que protegía a nuestras cuadrillas de dinamiteros. Tuvieron que luchar contra un destacamento enemigo que tuvo la osadía de asomarse hasta la costa. El ataque contra Arica no puede demorar mucho ya; en realidad creo que está muy próximo —comentó el subteniente.

Leonora fingió un profundo miedo.

—¿Cómo puede decir eso con tanta tranquilidad, teniente? ¿Qué será de nosotras si asaltan esos bandidos? ¡Ay, Virgen Santa, por qué no me quedaría en mi casa en Lima!

—Cálmese, señorita, cálmese; quizás mis apreciaciones sean exageradas. Nadie atacará a un edificio que ostente la Cruz Roja.

—Sí, sí, ya lo sé; pero es que me siento tan sola. El jefe del hospital, doctor Toribio Alaiza, no habla sino en monosílabos; parece que estuviera sufriendo anticipadamente la derrota. El cirujano, Eduardo Rodríguez, que es el otro médico, es español y sólo anhela irse cuanto antes. No hay nadie con quien conversar para aplacar los nervios.

—Estoy yo, señorita —se ofreció el oficial—. ¿Cómo me dijo que era su «gracia»? —Rosa… Rosa Uriarte.

—Créame que me daría una gran satisfacción si recurriera a mí cuando se sienta sola, señorita Rosa.

—Le agradezco, teniente, pero sus trabajos en los caminos con el ingeniero Elmore…

—Oh, no, no. No se preocupe —rió el oficial—. Mi trabajo ya no es fuera de la ciudad.

—¿Cómo?… ¿No está usted minando los caminos con Elmore?

—Esa faena ya concluyó, y ahora estoy terminando las conexiones aquí…, muy cerca de este lugar.

El corazón de Leonora latió aceleradamente. Pero éste indicó

vagamente toda la zona que rodeaba al hospital, sin precisar dónde estaba realizando las conexiones de las minas subterráneas.

—Oh, yo no entiendo nada de esas cosas —declaró la agente, fingiendo aturdimiento—. Pero, si realmente está usted trabajando cerca, ¿podría venir, de tarde en tarde, a platicar conmigo?

—Naturalmente, Rosa, y muy a menudo —afirmó el oficial, radiante—. Si estoy trabajando aquí, al lado, en el pabellón que fue antiguamente el lazareto de leprosos.

El reloj de la entrada del hospital daba en ese momento las cinco y la joven se aprovechó de ello para interrumpir la charla.

Pero al despedirse el oficial la retuvo suavemente.

—Rosa, ¿me permitiría que me tomara la libertad de invitarla a dar un paseo por la rampa esta tarde, después de que usted termine sus quehaceres?

Leonora se detuvo, fingiendo vacilación, pero terminó por aceptar:

—Perfectamente, mi amigo. Me desocupo alrededor de las siete y media.

En las dos horas y media que transcurrieron hasta que el oficial volvió a buscarla, Leonora tuvo tiempo para averiguar dónde estaba el antiguo lazareto. Cruzando el hospital se llegaba hasta una pequeña puerta falsa que se abría a un camino ensombrecido por grises olivos. A unos pocos metros a la derecha de la puertecilla estaba el lazareto, semiderruido. Una ancha puerta de pesados batientes era su única entrada. Mientras caminaban detrás de los tres fuertes que protegían a la ciudad por el lado del mar, Leonora pensaba en cómo poder introducirse en el misterioso lazareto.

El subteniente Ureta peroraba alegremente, envanecido por la compañía de esa mujer tan atractiva, que imaginaba sería fácil presa para él. Buscando deslumbrarla, le hablaba de los éxitos de su carrera de marino. Él estaba a cargo de una sección de torpedistas en la escuadra peruana. Pero, cuando el ingeniero Elmore recibió la misión de minar Arica, el coronel Bolognesi lo reclamó como un ayudante indispensable. El mozo se vanagloriaba de sus habilidades.

—No disponíamos de ningún material para la instalación de las minas terrestres: ni alambres, ni pilas, ni fulminantes. Los alambres los obtuve de jarcias viejas y enredadas, los que tuve que soldar y

envolver en cintas de papel engomado; las pilas fueron proporcionadas por mi sección de torpedistas y los fulminantes los trajimos escondidos en un vapor inglés desde el Callao.

—¡Uf, cuánto trabajo para colocar unos kilogramos de dinamita bajo tierra! —argumentó puerilmente la joven.

—¡Unos kilogramos de dinamita bajo tierra! —celebró divertido —. Pues sepa usted, Rosita, que nuestras minas, colocadas en excavaciones de 10, 12 y 18 metros de profundidad, tienen 5, 8 y 12 quintales de dinamita, respectivamente; y podrán, llegado el momento, levantar por el aire a toda Arica.

Una patrulla les interceptó el paso. El subteniente Ureta dio el santo y seña, se identificó y continuaron su paseo.

Leonora observaba con ojos ávidos todos los detalles del lugar que iban recorriendo. Marchaban paralelamente al mar, de norte a sur, en dirección al Morro de Arica. Sobre una explanada tendida en su cumbre estaba el fuerte, con los largos tubos de sus cañones. A lo largo de la playa se escalonaban tres fortines, improvisados con sacos de arena y piedras lajas, unidos como cuentas de un rosario por una larga trinchera que iba a terminar al pie del Morro. Detrás de este último, hacia el oriente y continuando las gibas del cordón de cerros, se divisaba una segunda cumbre, en la cual existían algunos parapetos. Y hacia el fondo, hacia el este, se divisaban dos fuertes más. El subteniente Ureta, sin ningún recelo, le dio sus nombres. El que estaba más al sur y frente al Morro se llamaba Fuerte del Este; el que quedaba al borde del valle de Azapa frente a la ciudad, era denominado Fuerte Ciudadela. La memoria entrenada de Leonora iba registrando los datos y la ubicación de los seis fuertes que envolvían a Arica.

El subteniente Ureta, vanidosamente, iba hablándole de las defensas del puerto.

—Arica no se rendirá jamás, Rosita, antes la destruiremos, para ejemplo de los demás pueblos del Perú.

—Nadie alcanzará a darse cuenta siquiera —rió con amarga alegría el mozo—. La explosión será simultánea en todas partes. Hay minas colocadas bajo el muelle…, en la aguada del valle de Azapa…, hasta en las galerías que horadan el peñón del Morro hemos colocado una de cincuenta quintales de dinamita que bastará para pulverizarlo, en caso de que los chilenos logren apoderarse de

él.

Leonora se cubrió el rostro con las manos.

—Oh, no, todo lo que usted me cuenta es demasiado espantoso. Yo no quiero morir. Comprenda usted; soy joven y soy mujer.

El oficial estaba embriagado con énfasis, como si se dirigiera a un auditorio numeroso.

—Todos los que hemos quedado encerrados en Arica somos patriotas auténticos y moriremos por la gloria del Perú. Nuestro sacrificio sacudirá hasta las últimas fibras del corazón de la patria, renovando sus bríos.

—Es usted un fanático, teniente —lo interrumpió Leonora—. Por favor, no hablemos más de muerte.

El oficial sonrió condescendiente y, tomando a la joven del brazo, la guió de regreso por la avenida que habían seguido.

En la puerta del hospital, el subteniente, ya más audaz, le atrapó las manos y se las besó lenta y apasionadamente.

—Buenas noches, Rosita. Y no se preocupe; los enemigos jamás traspasarán nuestras primeras líneas. No será necesario emplear nuestro supremo recurso. Vendré mañana, al crepúsculo, a buscarla. ¿Me permite?

—Hasta mañana, teniente —aceptó Leonora con lánguida sonrisa. Pero tan pronto el oficial se hubo alejado unos metros, cruzó los patios del hospital y entró al cuarto que compartía con Elcira—. Dame lápiz y papel —dijo a su compañera—. Necesito anotar al momento unos datos.

—El Profesor estuvo aquí no hace mucho. Dijo que necesita hablar cuanto antes con usted. La espera detrás de la tapia posterior del hospital —le comentó Elcira.

Leonora hizo un gesto de alarma. Allí estaba el lazareto, en donde seguramente había una guardia permanente.

El Profesor la aguardaba al lado afuera de la puerta falsa y la llamó en un susurro en cuanto ella la abrió. La joven lo tomó de un brazo y, advirtiéndole que en el lazareto había soldados, lo hizo entrar al patio del hospital.

—Leonora, tengo ya la totalidad de los datos que buscábamos —le comunicó rápidamente el hombre—. Pero temo haber despertado sospechas. Por eso he considerado prudente comunicarle a usted mis descubrimientos, por si algo me sucediera.

La agente se dispuso a escuchar y a retener cuando su jefe le dijera. El Profesor habló a toda prisa, exponiéndole los datos en forma escueta.

—Los defensores de Arica son poco más de 2000. El grueso lo forman dos divisiones de infantería: la Séptima y la Octava. Esta última es mandada por un famoso coronel de milicias de Iquique llamado Alfonso Ugarte y está compuesto por los batallones «Iquique» y «Tarapacá». La Séptima División consta de los batallones «Artesanos» y «Granaderos de Tacna» y los «Cazadores de Piérola». El total de hombres de la división es de 1491. Ya sabrá usted que existen seis fuertes. El principal es el del Morro. Está mandado por el capitán Guillermo More, excomandante de la *Independencia*. Y la dotación de este fuerte es la guarnición de artilleros que tenía la fragata en el combate naval de Iquique, los que suman 150. El fuerte que le sigue en importancia es el llamado del Este, que cuenta con 117 artilleros, mandados por un coronel Inclán. Dentro del mismo cordón de cerros, y muy próximos a Arica, está el Fuerte Ciudadela. Lo dirige el coronel Justo Arias y tiene una dotación de 100 artilleros. Los tres fuertes de la playa, escalonados desde la Pampa del Chinchorro hasta el pie del Morro, se denominan, de norte a sur, San José, Santa Rosa y 2 de Mayo. Los tres están dirigidos por un sargento mayor apellidado Ayllon y cuenta con 111 artilleros en total.

Leonora iba repitiendo las cifras en voz baja, a fin de grabárselas en la memoria.

Dijo El Profesor:

—En la bahía, como un fuerte flotante, está el monitor *Manco Cápac*; con la tripulación de ese barco el total de hombres sobrepasa un poco los 2000. Los tres fuertes de la playa forman un ángulo recto con los del Morro, del Este y Ciudadela y dentro de ese ángulo queda Arica. Ahora, los ingenieros, comprendiendo que no bastaba con proteger a la ciudad con esas dos líneas defensivas, le agregaron una tercera que cierra el ángulo, convirtiéndolo en un triángulo zigzagueante de parapetos, trincheras y fosos que pasa por los panteones. Esta línea está enteramente minada con dinamita, así como también los panteones.

—Y todos los fuertes también lo están, incluso el del Morro —agregó Leonora. Como El Profesor la mirara sorprendido, le explicó

—: Allí en el lazareto está el subteniente Pedro Ureta, que, como usted sabe, fue uno de los ingenieros encargados de minar Arica. He conseguido hacerlo intimar bastante conmigo, y de sus conversaciones he desprendido que en ese caserón está la central, la fuente de energía eléctrica que hará estallar las cargas de dinamita que volarán no sólo los fuertes, sino la ciudad entera.

El Profesor abrió los ojos desmesuradamente. Atrapándola rudamente de un brazo, le exigió:

—Eso hay que comprobarlo cuanto antes, Leonora. Es forzoso que uno de nosotros dos entre al lazareto y compruebe cómo las máquinas pueden hacer estallar las minas.

—No es difícil, Profesor. En cualquier momento puedo entrar allí, valiéndome del subteniente Ureta.

—Pues ahora mismo, Leonora. Todo el ejército está esperando nuestros informes para decidir el plan de ataque —arguyó.

—Pero…, ahora, de noche, Profesor —intentó hacerle entender Leonora—. Allí dentro está un oficial peruano que me corteja…, cuyas intenciones son para mí perfectamente claras…

El Profesor hizo un leve mohín de desprecio y de disgusto.

—Leonora, ¿qué importa ahora eso?…

La muchacha se puso roja en la obscuridad. Sí, en verdad, ¿qué importancia tenía ya su recato? ¿A qué conducían escrúpulos tardíos? El mal ya estaba hecho y las consecuencias las había sufrido con el desprecio de Alberto Cobo. ¿Qué más daba ya lo que pudiera ocurrir?

El Profesor seguía expresando:

—¡Vaya usted ahora mismo al lazareto y mire cuanto le sea posible! Son las nueve. Pasaré frente a su ventana a las once en punto y partiré enseguida hacia Tacna. Vaya, Leonora, y lúzcase, como siempre.

La agente echó a andar hacia la puerta falsa y la abrió. Caminaba como una autómata, sintiendo en el corazón la última frase de su jefe: «lúzcase como siempre». ¡Qué padecimientos morales y físicos le había costado aquel lucimiento! Su vida entera se había desplomado hacía pocos días en pago de sus éxitos como agente secreta. Lentamente, se fue acercando a la puerta del lazareto. Llegaba ya junto a ella, cuando sus pies se enredaron en algo flexible tendido en el suelo. Impresionada por la obscuridad y

el silencio, estuvo a punto de gritar. Pero sofocando su sobresalto, se inclinó y palpó el obstáculo. Era un manojo de gruesos alambres que salían del interior del lazareto y se prolongaban, abiertos en abanico, hacia los tres fuertes de la playa. No cabía duda de que eran las guías eléctricas que accionarían las minas colocadas bajo ellos. Este detalle vino a confirmar las sospechas de la agente: la fuente de energía estaba dentro del lazareto. Y allá arriba, sobre el hospital, como un cínico sarcasmo, flameaba la bandera sagrada de la Cruz Roja.

Leonora empujó la puerta; estaba trancada; aplicó el oído y oyó en el interior voces quedas. Hizo un esfuerzo enorme para calmarse y tomar la decisión exigida. Si estaba dentro el subteniente Ureta, todo sería fácil. Pero si el oficial no se encontraba presente, sin duda la arrestarían por sospechosa. No obstante, convencida de que no le era dable retroceder, golpeó discretamente.

Se acallaron las voces y durante varios segundos reinó un silencio impresionante. Leonora aguardaba con todos los músculos en tensión y el oído alerto. Bruscamente la puerta se abrió y apareció en el marco un hombre desmesuradamente alto, armado con una pistola.

—¿Quién es usted? —le preguntó amenazador, enfocándole el rostro con una linterna.

Leonora tartamudeó:

—Una enfermera del hospital… Busco… al teniente Ureta. Dígale que lo necesita la señorita Rosa.

El hombre sin volverse gritó hacia el interior:

—¡Teniente Ureta, una mujer pregunta por usted! Dice llamarse Rosa.

La joven respiró algo más aliviada al enterarse de que estaba allí su enamorado oficial.

Unos pasos sonaron en los ladrillos del suelo y por sobre el hombro del individuo que tapaba la entrada se asomó el rostro confuso del joven marino.

—Rosa, ¿cómo tuvo la idea de venir acá? —le reprochó desazonado—. Éste no es lugar para…

—Me siento mal —se lamentó ella quejumbrosamente—. Estoy terriblemente nerviosa y como usted me dijo que si lo necesitaba…

Se advertía claramente que el oficial no hallaba qué actitud

tomar. Por fin, pareció decidirse.

—Voy a ir a dejarla y…

No alcanzó a terminar la frase; en ese mismo momento surgió del interior del lazareto un tercer individuo, alto y delgado, cuya casaca y charreteras delataban su condición de alto jefe.

—¿Qué significa esto, teniente Ureta? —preguntó.

Leonora se estremeció hasta la última fibra al oír aquella voz. Quiso volver el rostro hacia la obscuridad, pero ya el recién aparecido tomaba la linterna y la alzaba hasta la cabeza de la agente. Ésta comprendió que era inútil seguir ocultándose y se volvió desafiante hacia él. En el halo de luz de la linterna quedaron las dos caras frente a frente. La del militar se contrajo en un doloroso gesto de sorpresa:

—¡Elena!… ¡Dios santo, usted, Elena!

Era el general Juan Buendía.

Aquella escena quedaba grabada para siempre en la memoria de Leonora. La impresión había sido demasiado súbita e intensa. Ante ella surgía como una manifestación de la justicia inmanente, el último hombre que ella hubiera querido encontrar allí, el general Buendía. Podía engañar al subteniente Ureta y a sus compañeros, pero al general no. Él sabía que era una espía chilena. En dos ocasiones anteriores el viejo militar, cegado por la pasión, le permitió la fuga. Pero ahora que la guerra tomaba un cariz sombrío para su país, ¿volvería el general a traicionar su causa, arrastrado por su amor senil?

Ambos permanecían contemplándose a los ojos y sus miradas eran como dos espadas cruzadas en un duelo mortal. Por fin, la tensión se rompió. El general ordenó a Ureta permanecer allí, y tomando de un brazo a la chilena, con rudeza, salió con ella a la obscuridad de la noche. Empujándola sin contemplaciones, la llevó hasta la puerta falsa del hospital. Sin palabras, a pasos rápidos, fueron cruzando patios sumidos en el silencio. Leonora sentía aflojarse la presión de los dedos del general sobre su brazo y disminuir la velocidad de sus pasos. Comprendió la lucha interior que debía estarse librando en su espíritu y sintió compasión y

remordimiento. Volviendo apenas los ojos observó la cabeza de Buendía. La había doblegado sobre el pecho denotando un hondo sufrimiento. Leonora sintió un triste deseo de consolarlo, pero no se atrevió y se limitó a murmurarle suavemente:

—Me hace usted daño, general. Suélteme.

Buendía la miró a los ojos con una expresión de amargo reproche en sus cansadas facciones.

—El ejército chileno agazapado en Tacna y usted aquí fascinando a los oficiales que tienen la clave de las defensas…, preparándoles su ruina…, como consumó la mía.

Leonora le corrigió, sin mirarlo, casi con afecto:

—No es caballeroso cargarme toda la culpa, mi amigo. Usted tuvo gran parte de ella.

—Sí…, sí, es verdad —reconoció el militar, apesadumbrado.

Entraban al amplio zaguán del hospital y se veían soldados y enfermeros cruzar de un ala a otra. Buendía le hizo la señal de callar y lo cruzaron en silencio. Llegados a la entrada, fueron bajando las gradas que descendían hasta la calle. Cuando pisaron la vereda de tierra endurecida, Leonora se detuvo y enfrentó al general.

—¿Adónde me lleva, Juan? Yo debo permanecer en el hospital.

—¡Por Dios! —exclamó en voz baja—. Tiene usted una sangre fría que desarma, Elena.

—Leonora —le corrigió la joven—. Usted sabe que mi verdadero nombre ese ése. Detengámonos aquí un momento. Usted mismo no sabe adónde me lleva.

—Es verdad…, es verdad —reconoció Buendía.

Estaban a la sombra de una hilera de pimientos y la luz de la entrada del hospital los alumbraba vagamente, encerrándolos en cierto aislamiento íntimo.

—¿Cómo es que está usted aquí y en libertad, general? —le preguntó Leonora sinceramente interesada.

—No he podido abandonar Arica —le confesó él—. El sumario, ¿recuerda?… Se me culpó de todo; de llegar tarde a la batalla, de abandonar mis deberes de general en jefe, de promover el desbande de mis tropas, arrastrado fuera del campamento por mi ciega pasión por una mujer enemiga.

—Lo siento, amigo mío. Sinceramente lo lamento.

—Me iban a condenar —decía—. Todo estaba listo para la sentencia. Pero yo no podía resignarme a terminar así. He sido un militar de carrera brillante; necesitaba rehabilitarme ante mis compatriotas. —Guardó silencio un instante y confesó avergonzado —: Hice desaparecer los expedientes. Paralicé el proceso en esa forma. Pero no pude borrar de las mentes de mis antiguos compañeros de armas lo que pensaban de mí. Pedí un puesto en la defensa de Tacna… y me lo negaron. En cambio, el jefe supremo ordenó desde Lima que se me instruyera un nuevo sumario. Se formó un tribunal compuesto por el general de brigada Ramón Vargas y otros comandantes generales. Todos llevaban ya decidido abrumarme, pero se fijó como fecha para dictar mi sentencia la del 27 de mayo… y los chilenos se apoderaron de Tacna el 26. El desastre de nuestro ejército me salvó. ¡Oh Dios santo, qué amarga solución, Elena!

—El destino lo protege, Juan.

—Todo lo contrario; el destino se ha ensañado conmigo; me tenía reservada esta última y desgarradora misión, Elena.

—Leonora, general —volvió a corregirle la agente.

—¡Oh, no! —El cansado militar con los ojos cerrados exclamó, en un rapto de incontenible sinceridad—: Como Elena la amé, Elena la llamaba en mi corazón en aquellas noches insomnes anteriores a la batalla de Tarapacá, Elena seguiré nombrándola mientras viva. Y en perjuicio de Elena Alzérreca, espía enemiga, será que deba cumplir un deber que me destroza.

Leonora lo escuchaba en silencio. Siempre había presentido que sus relaciones con el general peruano formaban un ciclo incompleto y que algún día tendría que cerrarse. Ahora se cumplía su presentimiento. Desde su ruptura con Alberto nada le importaba verdaderamente. Cuando comenzó la guerra y entró al servicio secreto era una jovencita criada entre halagos y comodidades, con una mentalidad cándida, como las de todas las muchachas de su edad y época. Sus principios sobre la virtud y sobre la moral de una mujer tenían la rigidez estipulada por generaciones de mujeres que siempre vivieron enmarcadas entre los estrechos horizontes de sus hogares, sin trastornos imprevistos. Para ellas el decoro, la decencia de una mujer dependían directamente de la conservación de la virginidad hasta el día del matrimonio. No podían admitir que se

siguiera siendo digna y límpida de espíritu sin este requisito. Así también lo estimaba Leonora hasta que la envolvió la guerra. Entonces las penurias, los sacrificios, los heroísmos de tantos seres, así como también las bajezas, traiciones y claudicaciones a que se resignaban muchos por conservar la vida, la hicieron comprender que existían otros factores y otras pruebas más valiosas que ennoblecían o degradaban a los seres humanos. Sus conceptos sobre los méritos y las flaquezas de hombres y mujeres variaron radicalmente. Ahora se sentía capaz de comprender mejor a los demás y de ser tolerante. Y la magnitud de su culpa, si así podía llamarse a sus amores con el general Buendía, ante sus ojos pasaba a tener mucho menos importancia, consideradas las razones que la movieron y los objetivos alcanzados. Instintivamente confió en que Alberto, un soldado que había sufrido los males de la época, sabría mirar las cosas desde ese nuevo punto de vista; y el que así no ocurriera la aturdió primero y la desilusionó de la fortaleza espiritual de su novio después. Por esta causa, el sorpresivo encuentro con el general Buendía la dejó fría, indiferente.

—¿Qué va a hacer usted conmigo, general? —le preguntó al verlo indeciso y torturado.

—Arica no debe caer en poder de los chilenos; es el último bastión de mi patria en el sur. Los secretos de su defensa no deben salir de la ciudad, ni de sus labios, Elena. Tendrá que venir conmigo hasta el cuartel general.

Leonora se limitó a preguntarle:

—¿Inmediatamente?

—Sí.

—Permítame llegar hasta mi cuarto y recoger un rebozo. Las noches están siendo frías ya. Le prometo que regresaré a su lado inmediatamente.

—La esperaré cinco minutos. Pasado ese plazo, daré la alarma. Vaya, Elena.

—Gracias, Juan.

Elcira la esperaba inquieta en su habitación y no quiso provocarle mayor alarma. Le dijo sin dramatismo:

—Elcira, me han descubierto. No tengo tiempo para explicarte. El general Buendía estaba en el lazareto. Me espera en la calle para conducirme arrestada al cuartel general.

La mujer la contemplaba aterrada. Su única ocurrencia fue proponerle huir, arrancar al momento.

—Es imposible. En dos minutos más daría la alarma; nos cazarían antes de dejar la ciudad. Caerías tú también y eso no debe ser.

—Pero… ¿se va a dejar apresar entonces?

—Ya no puedo evitarlo. He perdido la partida. —Cerró los ojos con un gesto fatalista, pero reaccionó enseguida y dijo animadamente a su compañera—: Por fortuna, quedas tú para entregar los datos a El Profesor o para llevarlos a nuestras líneas.

—Escúchame con atención. El Profesor va a venir a las once a recoger los datos que le prometí. Le dirás que en el lazareto está efectivamente la central de energía que hará estallar las minas de los fuertes, del muelle, de la estación y de muchos otros puntos vitales de la ciudad. Los ingenieros Elmore y Pedro Ureta poseen los planos de su ubicación; quizás también los conozca un mecánico alemán que los secunda y que me parece que se llama Müller. Eso es todo. Recuérdalo bien, repíteselo como te lo he dicho y salgan los dos de Arica enseguida, sin perder un minuto. Yo entretendré a mis captores cuando menos un par de horas, para darles tiempo a abandonar la ciudad.

Elcira se agitaba, totalmente desazonada, aferrándose a su señora, como si se negara a dejarla ir.

Desasiéndose suavemente de las manos de su compañera, le acarició fugazmente la cabeza y se encaminó a la puerta. Desde allí se volvió y le dijo cariñosamente—:

—Adiós, mi vieja querida. Que tengas mucha suerte.

El general Buendía la esperaba paseándose por la vereda, sumido en sus amargos pensamientos, seguramente olvidado del plazo que le había concedido.

—Ya estoy aquí, general. Vamos cuando usted quiera.

El militar la miró con ojos atribulados. Echaron a caminar juntos, pausadamente, muy envueltos en sus ropas, como si sintieran frío. Al cabo de un rato, el general dijo con tono decidido, pero doloroso:

—Iremos donde está el coronel Bolognesi, le haré la denuncia correspondiente y… y enseguida subiré por el valle de Azapa hacia la cordillera. Si logro pasar hacia el norte, iré a Lima y me entregaré

a la justicia militar. Ya no me importa mi suerte.

Siguieron caminando sin prisa hacia el cuartel general. Durante el resto del trayecto no hablaron más.

El reloj de la comandancia dio las doce de la noche y el general Buendía levantó la cabeza, maravillado de que hubiera transcurrido tanto tiempo desde que trajera a la espía chilena y la entregara al coronel Bolognesi. No había querido asistir al interrogatorio, prefiriendo quedarse en el despacho del jefe militar de Arica. No lo hacía porque deseara enterarse del resultado del mismo, sino porque estaba demasiado cansado, física y espiritualmente, para irse a su alojamiento. Vio pasar junto a él al teniente coronel Roque Sáenz Peña, su antiguo ayudante, que ahora prestaba igual servicio al coronel Bolognesi. No tuvo ánimos para preguntarle nada.

Por fin, poco después de las doce regresó el coronel Bolognesi. Venía con el rostro congestionado por la ira.

—¿Comprende usted la magnitud del peligro, general Buendía? —le espetó, como si el otro hubiera estado presente en el interrogatorio—. No basta con fusilar a esa mujer. En otras circunstancias lo habría ordenado al momento. Pero ahora el ejército enemigo está en Tacna y ésa espía declara tener cinco cómplices en este puerto. No podemos desprendernos de esa miserable mientras no nos proporcione datos para cazar a todos los demás.

El general Buendía levantó los ojos con expresión inquieta.

—Me imagino que no pensarán ustedes torturarla para…

—Lo primero es precisar cuánto alcanzó a sonsacarle a ese descuidado subteniente Ureta sobre la organización de nuestras defensas. Si fue por él hasta el lazareto, sin duda era para averiguar cómo es el mecanismo de nuestras instalaciones eléctricas. Tendremos que carearla con el oficial e indagarle a éste todo lo que sepa sobre las relaciones de la espía. Sólo cuando tengamos los cabos en las manos podremos aplicar a toda la gavilla el castigo que se merecen.

El viejo militar se puso de pie penosamente y preguntó cohibido:

—¿Cuál…, cuál será ese castigo, coronel?

—¿Y lo pregunta usted, general?… ¡El fusilamiento, por supuesto!

Buendía se quedó respirando con dificultad, desmadejado por la impresión.

La puerta de la sala se abrió, y se hizo presente el teniente coronel Sáenz Peña.

—¿Trajo al subteniente Ureta? —le inquirió, apremiante, Bolognesi.

—No estaba ya en el lazareto, señor. Por boca del mecánico Müller supe que partió hacia el campamento del ingeniero Elmore en el río Lluta.

—¡Qué obstáculo tan estúpido! Tendremos que esperar hasta mañana. Haga usted que la espía sea encerrada en un calabozo, con centinela de vista; y tan pronto aparezca el subteniente Ureta tráigalo a mi presencia.

—Bien, señor.

El general Buendía permaneció aún unos instantes vacilante; recogió después su quepis y pareció dispuesto a partir.

—Estimo que mi papel en esto ha terminado, coronel. En consecuencia, me retiro.

—Bien, general. Que tenga usted un viaje sin tropiezos y que consiga rehabilitarse en Lima —le respondió el jefe de la guarnición y, sin dignarse darle la mano, se volvió hacia su escritorio.

El exdirector del ejército aliado se mordió los labios, herido por la humillación, terminó por calarse el quepis y dirigirse a la puerta. Pero antes de salir, se volvió hacia el que lo había despreciado y le suplicó cansadamente:

—Coronel Bolognesi…, en cuanto a esa mujer…, le rogaría que… que ordene se la trate con ciertas consideraciones. Aunque espía, es una mujer decente y…

—Lo siento, general —lo interrumpió fríamente—. Para mí, las espías no pueden ser decentes. Se le seguirá un juicio de guerra y espero hacerla fusilar a la brevedad posible.

El general Buendía no supo qué replicar.

Al amanecer, acompañado solamente por su ordenanza y un guía, abandonaba Arica y se internaba hacia la cordillera. Laxo sobre la montura de su caballo, era la imagen viva del aniquilamiento.

Obedeciendo las instrucciones del general Baquedano, el comandante Rafael Vargas Pinochet, al frente de su escuadrón «Carabineros de Yungay N.º 2» y del «Cazadores», había partido de Tacna en la mañana del 1.º de junio. Durante todo el día avanzaron a lo largo de la vía férrea, explorando la ruta y los rieles. Tras ellos, en dos carros de mano, viajaban patrullas de pontoneros y mecánicos para reparar la línea en los sitios en que estaba dinamitada.

Como la exploración era lenta y minuciosa, la columna llegó al río Lluta alrededor de las nueve de la noche. La atmósfera estaba cortante de frío. Los caballos se detuvieron resoplando junto al destruido puente de Chacalluta y el comandante Vargas se adelantó hasta el borde del barranco, acompañado por el ingeniero Orrego Cortés y el sargento del «Cazadores» Gregorio Ríos. Buscaban el sendero que descendía al vado. Como la obscuridad era profunda, el sargento Ríos encendió una antorcha y la alzó sobre su cabeza. Aquello bastó para que, en la otra orilla, estallara una nutrida descarga de fusilería. Los proyectiles zumbaron a ras sobre las cabezas de los jinetes chilenos. Era inútil responder al fuego, porque la negrura de la noche y los fogonazos diseminados en una larga extensión, indicando al mismo tiempo que la fuerza enemiga que defendía el paso del río era bastante numerosa. A fin de no exponer a sus hombres, el comandante ordenó replegarse hasta seis cuadras más atrás. Allí esperaron hasta la madrugada, durmiendo en dos turnos y con las bridas de los caballos atadas a la muñeca derecha.

Al amanecer estaban nuevamente sobre sus monturas y avanzaban con toda cautela hacia el río. El comandante Vargas logró distinguir, con sus anteojos de campaña, la masa de soldados enemigos. Era un piquete de caballería peruana establecido en torno a una casucha de planchas de zinc. Comprendiendo que no eran adversarios de cuidado, el comandante dio la orden de avanzar y los cazadores y carabineros espolearon sus cabalgaduras poniéndolas al galope corto. Inmediatamente los jinetes enemigos recogieron bridas y se alejaron en dirección a Arica.

Llegados al nacimiento del puente de Chacalluta, los chilenos se detuvieron y su comandante descendió al vado escoltado por el

sargento Ríos. Después de abrevar sus caballos y de cerciorarse de que no había peligro aparente, hicieron señas al resto del destacamento para que bajara también. En fila india fueron haciéndolo los jinetes. Entonces se produjo la primera explosión. Una mina enterrada en mitad del sendero lanzó por los aires a los caballos y jinetes que encabezaban la fila.

—¡Alto! ¡Nadie se mueva! —gritó el comandante.

Pero una segunda explosión, producida más atrás, rompió nuevamente la fila, precipitando a hombres y bestias al río.

—¡Quietos!… ¡Sujeten los caballos!… ¡Nadie se mueva! —bramó Vargas Pinochet. Pero el ganado estaba alborotado por el estruendo y las nubes de polvo que levantaban las minas al estallar. Afortunadamente, después de un tercer dinamitazo, que sólo volteó a un corneta, sin herirlo, los jinetes consiguieron paralizar a sus animales. Así permanecieron, sin arriesgar el más mínimo movimiento. Pero aquella situación era insostenible. Buscando una solución, el comandante Vargas miró al otro lado del río. De la casucha de planchas de zinc era desde donde manejaban las minas enterradas.

—¡Sujetando a los caballos para que no pataleen, disparen todos sobre la casucha! —ordenó.

Carabineros y cazadores se echaron cuidadosamente sus carabinas a la cara, mientras sujetaban las bridas con los dientes, y rompieron el fuego. Las balas rebotaban con estridente sonido de campanazos al chocar contra las planchas de zinc. Pero muchas lograron perforarlas. Por la parte trasera de la casucha salieron corriendo agazapados cuatro hombres: dos a pie y dos a caballo.

—¡Allá van los que pusieron las minas! —Entonces se comprobó que la dinamita enterrada bajo el sendero ya dejaba de ser un peligro. No obstante, el comandante Vargas gritó a sus hombres que no descendieran por el sendero, sino que se precipitaran en línea recta al río. El sargento Gregorio Ríos encabezó la partida. Furiosos, los jinetes iniciaron la persecución. Como era natural, no tardaron en darles alcance. Un cazador emparejó su caballo al último de los que huían a pie y alzando su sable lo descargó sobre el cuello del hombre, cercenándole la cabeza. El sargento Ríos, a su turno, tumbaba a otro hecho un revoltijo entre las patas de su bestia. Simultáneamente, uno de los carabineros había disparado sobre los

que se fugaban a caballo y conseguía voltear a uno de ellos. Tan sólo el otro jinete consiguió alejarse, tendido sobre el cuello de su cabalgadura.

El sargento Ríos tuvo que usar de toda su autoridad para impedir que los cazadores y carabineros despedazaran a los dos fugitivos que habían quedado vivos. Pero, mientras eran conducidos ante el comandante, los golpearon con tanta furia que chorreaban sangre por boca y narices cuando Vargas Pinochet los examinó. Llevaban uniformes de oficiales peruanos, el más joven tenía un muslo atravesado por un balazo y apenas podía tenerse en pie. Éste era el subteniente Pedro Ureta, y el otro, nada menos que el ingeniero Teodoro Elmore.

El comandante Vargas ordenó que se formara un piquete de fusilamiento. De no haber sido por la discusión que se generó, ya que los soldados querían matarlos a sablazos, y que dio tiempo a Elmore para reponerse y pensar, habrían sido ejecutados sin remedio. Pero en breve fracción de tiempo, Elmore pudo erguirse frente a él y repetirle hasta hacerse oír:

—Comandante, no nos haga fusilar; déjenos la vida y le daremos datos valiosísimos para su ejército.

Vargas Pinochet terminó por prestarle atención:

—Somos los ingenieros que hemos colocado todo el sistema de minas subterráneas que protegen a Arica.

El primero en comprender la importancia que tendrían las declaraciones de los prisioneros fue el ingeniero Orrego Cortés, quien se la hizo ver al comandante Vargas.

En medio de las protestas de todos los soldados, los dos peruanos fueron atados sobre las sillas de sendos caballos y conducidos a escape al cuartel general del general Baquedano.

Las confesiones del ingeniero Elmore sellaron la suerte de Arica. Con los croquis de los campos minados en su poder, el general no vaciló más. La carne se había agotado en Tacna y muy pronto la tropa empezaría a sufrir privaciones. Era forzoso abrirse paso por Arica hacia el mar.

El 2 de junio, salió de Tacna un tren que conducía al coronel Lagos con los regimientos «Buin» y «3.º de Línea». A las doce de ese día descendían ante el puente destruido de Chacalluta y se extendían por la ribera norte del río. Allí los esperaban los

cazadores y carabineros del comandante Vargas Pinochet.

Sabiendo que al día siguiente llegaría a ese lugar el general Baquedano con su Estado Mayor, el coronel Lagos se dio a la arriesgada tarea de practicar personalmente reconocimientos en los terrenos que rodean Arica. Desde la cumbre de los cerros Chuños, pudo contemplar la intensa agitación que reinaba en la plaza fuerte enemiga. Pero no podía adivinar cuál era la causa principal de ella. Esta se debía a la alarma sembrada por el mecánico dinamarqués Charles Müller, el único que logró escapar cuando capturaron a los ingenieros.

La noticia de que los chilenos habían aprisionado a Elmore y Ureta y que acampaban en el río Lluta, a seis millas de Arica, dio a los jefes peruanos una noción clara de cómo se iba aproximando el peligro. El coronel Bolognesi tomó la determinación de reunir un consejo de guerra, en el que expresó a los jefes de los fuertes y de las divisiones:

—Debemos confiar en que los ingenieros Elmore y Ureta no revelarán los sistemas de minas con que hemos envuelto a la ciudad. Pero sabemos que no son sólo ellos los que pueden delatar cómo es nuestra red de defensas explosivas. Existen también los cinco cómplices de la espía arrestada, los que se hallan en libertad.

—¿Cinco cómplices tiene esa mujer escondidos en Arica? Eso representa un peligro enorme, coronel —exclamó el coronel Ugarte.

—He de advertir a ustedes que temo que ésa espía consiguió sonsacar al subteniente Pedro Ureta todos los antecedentes sobre nuestro sistema de minas —manifestó Bolognesi.

—Hay que fusilarla cuanto antes —le observó su ayudante, Sáenz Peña.

—La espía debe ser entregada a un policía experimentado para que la obligue a confesar dónde están sus cómplices —sugirió Ugarte.

—Opino lo mismo que el coronel Ugarte —afirmó Bolognesi—. Eliminados los espías, podremos estar más tranquilos. Si los enemigos no se enteran de la distribución de nuestras minas, Arica no caerá.

El hombre encargado de los interrogatorios a Leonora Latorre fue el tristemente famoso capitán Lorenzo Infantas, del batallón «Iquique», cuya crueldad tuvieron que sufrir los sobrevivientes de la

Esmeralda, mientras estuvieron prisioneros en el puerto. Las vejaciones y rigores a que sometió a la joven quedaron ocultos entre los muros espesos del calabozo en que se la había encerrado. Pero Leonora, abandonado ya todo interés por la vida, sumida en un estoico fatalismo, se mantuvo en silencio, del cual no lograron arrancarla ni las amenazas, ni los golpes, ni la privación del sueño.

Entretanto, en el puente de Chacalluta seguía engrosando el ejército invasor. El 3 de junio llegaba a ese campamento el general Baquedano con el «4.º de Línea» y el «Bulnes» y las baterías de los comandantes Salvo, Frías, Montoya y Fontecilla. Delante del general y encabezando permanentemente la columna marchaban los dos ingenieros peruanos con centinelas que tenían la orden de disparar sobre ellos al primer movimiento sospechoso que hicieran. Como Baquedano no decidiera hacer una exploración de los alrededores de Arica, les advirtió que en ese avance les iba la vida.

Elmore se apresuró a confesarle que por la Pampa del Chinchorro, sólo las habían colocado en torno a un antiguo barco norteamericano llamado *Watteree*, que varó en la mitad de la planicie en el maremoto de 1877.

—Terminada la Pampa del Chinchorro viene el río Azapa; allí se alinean los tres fuertes de la playa, en torno a los cuales todo el terreno está sembrado de minas —explicaba Elmore.

—¿Y los cerros Chuños, que espaldean esa pampa? —le indagó Baquedano.

—No tiene razón de ser colocar minas en los cerros, señor; ahí no existen senderos.

—Perfecto. Entonces realizaremos nuestro reconocimiento por esos cerros —decidió el general. Pero, pese a las seguridades que le dio Elmore, los obligó a él y a su compañero a marchar delante de su caballo durante todo el trayecto hasta la cumbre más cercana a Arica. Allí estableció su observatorio.

La patrulla se encontraba a unos ocho mil metros de la ciudad y sólo la separaba de ella el ancho valle de Azapa. No escapó a su entendimiento que las cimas de los cerros Chuños quedaban dominados por las grandes baterías del Fuerte del Morro; pero, al mismo tiempo, comprendió que ubicada la artillería chilena en ellas cubriría no sólo la ciudad, sino que cerraría la única vía de escape de los ariqueños: el callejón del valle de Azapa. Allí mismo echó las

bases de su plan de ataque. Por el norte, taponearía la Pampa del Chinchorro con sus jinetes. Por el oriente, cubriría las cumbres de los cerros Chuños con la artillería, mientras la infantería pasaría por detrás hasta descender al valle de Azapa y cortar a los enemigos la retirada hacia la cordillera. Por el poniente estaría la escuadra. Y por el sur estaba el cordón de cerros que terminaba en el Morro, y el inhóspito desierto de Tarapacá, tumba cierta de los que intentaran huir en esa dirección. Forjado ya su plan, el general Baquedano regresó al campamento de Chacalluta y sostuvo una conferencia secreta con el coronel Lagos, a quien nombró jefe del ataque a Arica. Al día siguiente, abandonaron el campamento los regimientos «Buin» y «4.º de Línea». Deslizándose por los desfiladeros de los cerros Chuños, ganaron las cumbres hacia las diez de la noche, ubicándose sobre el valle de Azapa. El escuadrón «Cazadores» les dio alcance durante la obscuridad y juntos bajaron al valle al amanecer. Entretanto, la artillería realizaba la misma marcha con dos horas de retraso, y a las dos de la madrugada, enfocaba sus bocas de fuego sobre la ciudad. Cuando amaneció el 5 de junio. Arica estaba totalmente cercada por las fuerzas chilenas. El general Baquedano decidió poner a prueba el temple de los defensores de Arica. Estimaba innecesario arriesgar hombres en un asalto a la plaza fuerte. Según él, el coronel Bolognesi comprendería que tenía la partida perdida y se rendiría. Para esto era preciso hacerle una demostración del poder de las fuerzas asaltantes. Puesto de acuerdo con el comandante Juan José Latorre para que el *Cochrane*, la *Magallanes*, la *Covadonga* y el *Loa* bombardearan los fuertes costeros cuando la artillería militar comenzara a cañonear la ciudad, se dirigió a los cerros Chuños, en donde esperó, reloj en mano, hasta las siete de la mañana. A esa hora hizo la señal de fuego al comandante José de la Cruz Salvo.

Quince cañones comenzaron a disparar sucesivamente y después en un coro ensordecedor. Los jefes chilenos observaban desde la altura a los pobladores enloquecidos de pánico, sin hallar un lugar dónde guarecerse. Pero, al mismo tiempo, se dieron cuenta, con desencanto, de que sus proyectiles no alcanzaban a llegar ni a la ciudad ni a los fuertes. En cambio, los gruesos cañones Vavasseur del Morro, que habían girado en 180.º, les enviaban sus enormes proyectiles de 250 libras con magistral puntería, obligando a los

jefes y soldados a guarecerse tras el cerro, dejando junto a las piezas sólo a los artilleros. Con amarga decepción, el general Baquedano comprendió que la posición elegida para el emplazamiento de los cañones era inadecuada. Para colmo de males, debido a un error de interpretación de las órdenes, la escuadra no participó en el bombardeo. El general Baquedano tuvo que suspender el fuego después de hora y media de tiroteo. Estaba amoratado de rabia.

No obstante, pensó que la operación había servido para demostrar a los defensores de Arica que estaban rodeados y sin escapatoria posible. Afincado en esa idea, siguió con su plan y mandó al mayor José de la Cruz Salvo con bandera de parlamentario a exigir al coronel Bolognesi la rendición de la plaza.

El artillero descendió por el valle de Azapa y llegó hasta las primeras líneas defensivas. Con los ojos vendados fue conducido a presencia del jefe de la guarnición ariqueña.

El coronel Francisco Bolognesi esperó con altiva dignidad las palabras del parlamentario.

—El jefe del ejército de Chile, que se encuentra en estos momentos rodeando por completo esta plaza, me ha encargado la misión de expresar a usted «que hallándose empeñado en evitar la efusión de sangre inútil, pide a usted, en nombre de la humanidad, la capitulación de las defensas de Arica».

El jefe peruano calló un momento, luego le inquirió:

—¿Algo más?

—Tengo orden de hacerle ver que toda resistencia es inútil. El ejército de Tacna está despedazado, y el ejército chileno es tan poderoso que perfectamente podrá poner sitio a esta ciudad o tomarla por asalto. En ese caso, el único responsable de las consecuencias sería usted, señor.

—Siempre sé asumir mis responsabilidades, oficial —le replicó y, excusándose, se dirigió a la puerta de la Comandancia y llamó a un numeroso grupo de jefes que aguardaban afuera—. Quiero darle mi respuesta en presencia de todos los jefes superiores de la defensa de Arica, señor —dijo regresando frente a Salvo—: «Señor parlamentario, el Perú no ha tenido victorias en esta guerra, pese al valor decidido de sus soldados; no ha contado con alguna acción de brillo, de esas que retemplan el entusiasmo de un pueblo. Y nosotros queremos dar este ejemplo a nuestro país».

—Recapacite, señor coronel, en que sacrificará miles de vidas por una vanidad patriótica —le advirtió el mayor Salvo, presintiendo la determinación del digno militar.

—El amor a la patria nunca es vanidad, señor —le replicó serenamente Bolognesi—. Y por amor al Perú, nosotros, todos los defensores de Arica, desde el soldado menos importante hasta el más alto jefe, defenderemos esta plaza. Vaya usted y lleve esta respuesta a su general: Arica resistirá hasta que sus soldados quemen el último cartucho.

El coronel Pedro Lagos comprendió cuánta nobleza encerraba la decisión del coronel Bolognesi. Inmediatamente mandó un propio al general Baquedano, y le participaba su determinación de tomar por asalto Arica al día siguiente, 6 de junio. Pero no bien se había marchado el mensajero, se presentó al coronel Lagos uno de sus ayudantes con el ingeniero Elmore, que había insistido a gritos en entrevistarse con el jefe del ataque.

—Señor coronel —vengo a suplicarle algo en favor de la población de Arica. Permítame interceder personalmente ante el coronel Bolognesi para pedirle que rinda la guarnición.

El jefe chileno lo contempló intrigado y, sin entenderlo del todo, negó con la cabeza.

—Es inútil —dijo—. Ya sabrá usted que le hemos hecho una proposición parecida y la rechazó.

—Tal vez yo logre convencerlo, coronel —insistió Elmore, angustiado—. Permítame que le explique mi pensamiento. Sugiero a usted que realice mañana un segundo bombardeo de las posiciones que ocupan mis compatriotas, pero haciendo participar en él también las baterías de la escuadra.

Pedro Lagos se irguió. Su primera reacción fue la de abofetear al hombre que pretendía traicionar tan desembozadamente a sus propios compañeros. Pero el gesto digno del ingeniero le hizo comprender que estaba equivocado y se limitó a inquirir extrañado:

—¿Usted, un peruano, propone eso?

—Sí, señor; y tengo razones de orgullo para hacerlo: Un nuevo bombardeo de Arica no sólo servirá para que mis compatriotas comprueben la abrumadora superioridad de los chilenos, sino que también para que quede a salvo el honor de los jefes sitiados. Nadie podrá reprocharles después que se rindieron sin intentar resistir.

El coronel Lagos comprendió entonces la nobleza que encerraba la proposición del ingeniero.

—Acepto —dijo—. Por supuesto que quiero dar a tan valerosos enemigos la oportunidad de poner a salvo su dignidad.

Elmore le agradeció con una mueca nerviosa que pretendía ser una sonrisa.

—Durante el bombardeo usted me concederá los pases correspondientes para ir adonde está el coronel Bolognesi, a fin de pedirle que capitule —puntualizó. Y como viera el recelo en el rostro del jefe chileno, se apresuró a afirmar—: Soy un hombre de honor y comprometo mi palabra de regresar a traerle una respuesta, cualquiera que ella sea. Soy peruano y la mayoría de los jefes de Arica me distingue con su amistad. Podré revelarles al enorme poder de ustedes, convencerlos de que Arica tiene, indefectiblemente, que caer. Por último, les diré que al aprisionarme ustedes, se apoderaron de los croquis de los campos minados de la plaza. ¡Tendrán que escucharme! Estoy seguro de que lograré que recapaciten y rindan Arica.

Pedro Lagos tuvo que reconocer que el ingeniero estaba en la razón. Pero le advirtió que el bombardeo se iniciaría a las once y media de la mañana del día siguiente y no sería un simulacro, sino un ataque feroz. El ingeniero debería partir hacia las líneas enemigas cuando éste se estuviera realizando, de modo que llegara a donde Bolognesi en medio de la destrucción. Y le impuso como condición inalterable que habría de regresar a más tardar a las doce de la noche. Ése sería el plazo máximo para pactar una rendición. Después no se aceptaría arreglo de ninguna especie y Arica sería tomada a sangre y fuego al amanecer.

El 6 de junio, a las 11.30 de la mañana, las baterías del ejército chileno abrieron un fuego devastador sobre los fuertes y la ciudad de Arica. Ubicadas las piezas en un nuevo emplazamiento en los cerros Chuños, dejaron caer una terrible granizada de plomo y metralla sobre los tres fuertes de la playa y los del oriente y el sur.

A las dos de la tarde, los barcos se movieron de su fondeadero y se acercaron a la costa. La *Magallanes* y la *Covadonga* concentraron sus fuegos sobre el Morro y el Fuerte Ciudadela. El *Loa* disparaba intentando desmontar los grandes cañones Vavasseur de la cumbre del Morro. Y el *Cochrane* pasaba y repasaba a los tres

fuertes de la playa, barriendo con sus andanadas las construcciones costeras de la ciudad.

Los seis fuertes peruanos respondían con fiereza. Un disparo del Morro perforó a la *Covadonga*, traspasándola por sobre la línea de flotación y obligándola a retirarse. Un proyectil del Fuerte 2 de Mayo estalló sobre un cañón del *Cochrane*, quemando horriblemente a veinticinco tripulantes. A las seis de la tarde, el coronel Lagos ordenó cesar el fuego a las baterías de los cerros Chuños y sólo siguieron las de los barcos. En ese momento se dio a Elmore la orden de partir.

El ingeniero salió agazapado y tratando de hacer visible la bandera blanca que portaba. El coronel Lagos lo siguió con sus anteojos hasta que lo vio entrar en las primeras líneas enemigas. Entonces se volvió a su ayudante y comenzó a dictarle las disposiciones necesarias para realizar el asalto a la madrugada siguiente. De súbito, había dejado de confiar en el buen éxito de la misión de Elmore.

Después de dar esas instrucciones, se sentó en la cumbre del más avanzado de los cerros Chuños y se dispuso a esperar. La escuadra seguía disparando intermitentemente sobre los fuertes y la ciudad y sus fogonazos se hacían más impresionantes a medida que entraba la noche. Obscurecía cuando se presentó en el área donde tenía su comando Pedro Lagos el mayor Dublé Almeyda, acompañado por un hombre vestido como arriero, aprehendido cuando trataba de traspasar la línea de centinelas. Conducido ante el coronel, el arriero se irguió con autoridad.

—Coronel Lagos —le dijo—, necesito hablar al momento con usted y a solas.

—¿Quién es usted que se permite usar ese tono, señor? —exclamó el coronel, amostazado.

—¿No me reconoce, coronel?

—¡El Profesor!

El coronel Lagos ahuyentó a sus ayudantes a más de diez pasos de distancia y se aisló con El Profesor.

—Mis agentes y yo hemos logrado reunir una información completa sobre todas las defensas de Arica, coronel —comenzó Abelardo Núñez y fue exhibiéndole el croquis de los campos minados, de la distribución y calibre de los cañones de todos los

fuertes y las cifras de sus respectivas guarniciones.

Lagos se apoderó de los papeles para examinarlos. El Profesor le preguntó con ansiedad:

—¿Cuándo se hará el asalto, coronel?

—Si no capitulan antes de las doce de la noche, será mañana al alba, Profesor.

—Oh, menos mal. Una de mis ayudantes cayó prisionera en los momentos en que se apoderaba del secreto de las máquinas eléctricas instaladas en el hospital San Juan de Dios, y que son las que harán estallar las minas enterradas debajo de los fuertes y de la ciudad…

—¡Minas debajo de la ciudad!…

—Se pretende volarlo todo, antes de entregar Arica. Mi agente fue apresada allí y está a punto de ser pasada por las armas.

El coronel Lagos meneó la cabeza, incrédulo.

—No creo que lo hagan durante el bombardeo. Y si esperan hasta mañana, nosotros alcanzaremos a salvarla. Comisionaré a hombres especializados para que tomen como objetivo el hospital.

Cerrada la noche cesó el bombardeo. Un silencio de muerte envolvió a la ciudad. En las dependencias del cuartel general, los soldados se movían hablando sólo en sordina.

En una celda, el capitán del batallón «Iquique». Lorenzo Infantas, pálido de rabia, observaba a Leonora Latorre. Ésta permanecía inmóvil, con la cabeza doblada sobre el pecho, reflejando su abrumadora fatiga. Desde hacía dos días, hora tras hora, en cualquier momento del día o de la noche, entraban al calabozo el capitán Infantas o sus ayudantes y la acosaban a preguntas. Pero, sobreponiéndose a la falta de sueño y al hecho de ser tenida sin comer ni beber, la joven se había mantenido en impenetrable silencio. La fortaleza de la agente exasperaba hasta el grado máximo al interrogador, quien, al momento del bombardeo, renunció a conseguir de ella la delación de sus presuntos cómplices.

—Está bien —exclamó—. Ya es estúpido prolongar esta situación; nos resignaremos a no castigar a los demás. Tú pagarás por todos. De aquí me voy al despacho del coronel Bolognesi y no

saldré de él sin la orden de fusilamiento. ¿Has entendido? Te haré ejecutar mañana mismo.

Pero el coronel Bolognesi no pudo atender al capitán Infantas. En esos momentos conferenciaba con el ingeniero Elmore la propuesta de capitulación.

El jefe de la plaza escuchó al parlamentario con muy poco interés. Él ya tenía tomada su decisión: defendería Arica hasta el fin. Sin embargo, Elmore insistía desesperadamente, haciéndole ver que era una resistencia condenada al desastre, por lo que accedió a consultarlo con un consejo de guerra.

En los momentos en que se trasladaban los jefes, el capitán Infantas aprovechó para comunicar al coronel el fracaso de su interrogatorio a la espía. Conversaban sobre la marcha. Y en la puerta de la sala lo urgió a tomar una determinación.

—¿Qué hacemos con la espía, coronel? —le preguntó.

—Que se la pase por las armas —le contestó fríamente Bolognesi —. Mañana al alba, como se acostumbra. Diga a mi ayudante que redacte la orden y me la traiga para firmarla.

La discusión del ingeniero Elmore con los jefes divisionarios de Arica duró casi dos horas. Muchas veces pareció que su misión quedaría definitivamente frustrada, pero las cifras sobre tropas, cañones y elementos del ejército invasor que exhibía Elmore impresionaron a algunos de los jefes, los que se pusieron de su parte. Tras nuevas discusiones, el coronel Bolognesi terminó por ablandarse.

—Bien —dijo—, acepto su punto de vista de que nuestra dignidad está a salvo, llano a reconocer que la defensa de nuestra ciudad puede ser infructuosa.

—¡Es suicida, coronel! —le acotó Elmore.

—Estoy también de acuerdo con los jefes que piensan que si no es dable evitar que se destruya la ciudad y sean muertos sus pobladores, debemos intentarlo. Pero eso no significa que esté dispuesto a capitular lisa y llanamente. Pero puede regresar al campo enemigo, Elmore, y decir al general chileno que «no estamos distantes de escuchar las proposiciones dignas que puedan hacerse oficialmente, llenando las prescripciones de la guerra y del honor».

El ingeniero hubiera querido abrazar al coronel. Agradeció efusivamente a todos los jefes que lo habían apoyado y se dispuso a

partir. Pero cuando recogía su quepis y avanzaba hacia la puerta, el reloj de la sala dio una campanada. Elmore se detuvo sobresaltado, como si aquel son metálico le devolviera la noción del tiempo. Lentamente, se volvió a mirar la esfera del reloj: y eran las doce y media de la noche. El plazo para llegar a un arreglo se había vencido hacía ya media hora.

El coronel Lagos esperó justamente hasta las doce y media. Pensando en que el ingeniero Elmore lo había engañado, puso en marcha su máquina de guerra.

El plan de ataque estaba basado sobre una argucia mapuche. En la tarde anterior, el coronel Lagos había ordenado al mayor Dublé Almeyda que incursionara frente a los fuertes de la playa al mando de cien jinetes. Esta operación motivó que el coronel Bolognesi, engañado, pensando que el asalto comenzaría por la Pampa del Chinchorro, sacara a la Octava División, que mandaba el coronel Alfonso Ugarte, del Fuerte del Morro y la distribuyera en los fuertes de la playa. Para confirmarlo en esta falsa apreciación, el «Lautaro» iniciaría el ataque contra los tres fuertes costeros. Atraída toda la atención de los defensores hacia ese lado, comenzaría el verdadero asalto por el lado de los fuertes del interior. El «4.º de Línea», guiado por su segundo comandante, Juan José San Martín, se abalanzaría sobre el Fuerte del Este, sobre el cual se alineaban los parapetos del Morro Gordo y el Fuerte del Morro. Uno de los otros dos regimientos, «Buin» o «3.º de Línea», atacaría el Fuerte Ciudadela, ubicado a espaldas de Arica, flanqueando las defensas del Morro Gordo, convergería también sobre el Fuerte del Morro.

El coronel Lagos no había decidido todavía cuál de los dos cuerpos realizaría esa operación y esto le creó un serio problema. Tanto el comandante Castro, del «3.º de Línea», como el comandante Ortiz, del «Buin», exigieron ese honor para su regimiento. El coronel Lagos tuvo que decidir usando el azar. Echó en un quepis dos trozos de papel. Uno que decía: «Ataque al Fuerte Ciudadela y al Morro»; y el otro, «Reserva».

Nerviosos y mirándose sin rencor, los dos comandantes metieron su diestra y sacaron cada uno su papel.

—¡Maldita sea! ¡Pobre mis buines, siempre pospuestos! —dijo Ortiz.

El asunto quedaba resuelto. El «3.º de Línea» tendría una franja de ataque paralela a la del «4.º de Línea» y el «Buin» se mantendría detrás de ellos como reserva.

El coronel Lagos entregó a los comandantes sendos sobres que contenían las instrucciones y partieron a ocupar sus puestos. Mientras se alejaban, iban repitiéndose la última advertencia que les hiciera el jefe del asalto:

—Los soldados no pueden llevar en cartucheras más de ciento cincuenta tiros. Éstos les durarán hora y media máximo. El asalto debe, pues, realizarse en menos tiempo que ése. Recuérdenlo.

A la una de la madrugada comenzaron a moverse los tres regimientos. En completo silencio fueron avanzando agazapados por las arboledas del valle de Azapa hasta el cerro Sombrero. Allí quedó estacionado el «Buin», mientras los otros dos subían a las pequeñas cumbres. En lo alto, los regimientos de avanzada se extendieron en línea y esperaron. A las tres, llegaron hasta donde estaban los comandantes los dos guías que había designado el coronel Lagos para que les señalaran la dirección de sus avances. Eran éstos los capitanes Belisario Campos y Enrique Munizaga. Ambos les comunicaron que como la camanchaca estaba muy espesa y retardaría el amanecer, el asalto no se iniciaría hasta las seis de la mañana.

Continuó la enervante espera.

El comandante San Martín, arrebujado en su manta, rumiaba su plan de ataque. Había dividido a su regimiento en dos fracciones. El primer batallón, mandado por el mayor Luis Solo Zaldívar, avanzaría directamente contra el Fuerte del Este. El segundo batallón, guiado personalmente por él, pasaría por la izquierda del Fuerte del Este, sin mezclarse en la refriega, para caer sobre las trincheras que los peruanos habían recortado en la ladera del Morro Gordo. Eliminadas esas trincheras, ascendería el cerro y ahí esperaría al primer batallón para, con el regimiento cohesionado de nuevo, dar el ataque final contra el Morro de Arica. El comandante San Martín se sonreía recordando que el coronel Lagos le había enviado la orden de esperar al «Buin» en la cumbre del Morro Gordo, pues aquel regimiento los reforzaría. Bien sabía el viejo

soldado que una vez que sus cuartinos se abalanzaran al ataque no los detendría nadie, sino la muerte. Miraba a sus hombres y se sentía orgulloso de ellos.

Poco antes de las seis de la mañana pasaron los capitanes de compañía cargando grandes odres. Era el aguardiente que se daba a los soldados antes de entrar en batalla.

—Tráguenselo luego, porque ya van a dar la orden de avanzar. Pronto serán las seis —oyó el comandante a uno de los oficiales; y cuando vio que los hombres mezclaban el ardiente líquido con pólvora, fabricando la endemoniada mixtura que ellos llamaban «chupilca del diablo», hizo la vista gorda.

El comandante San Martín hundió la cabeza por el hoyo de su manta y encendió un fósforo bajo ella, para mirar la hora en su reloj. Eran las seis de la madrugada.

—¡Avanzar! —dijo lacónicamente a sus ayudantes, y éstos fueron repitiendo la orden a los capitanes de compañía.

El mayor Solo Zaldívar había hecho lo mismo con el segundo batallón.

—¡Avanzar desplegados en guerrillas! —les indicaba el comandante, sin alzar la voz.

Los soldados del «4.º» y del «3.º» iban a cumplir su más heroica jornada. Encorvados sobre la tierra, pegajosos por la camanchaca, con los ojos fijos en sus capitanes y guías avanzaban, acercándose a los fuertes enemigos. La arena suelta crujía a cada pisada, y los hombres se mordían los labios, nerviosos, pensando que podían pisar una mina enterrada y volar por los aires, despedazados. Pero seguían, con las mandíbulas contraídas y las manos crispadas en el fusil. Afortunadamente, la condenada «chupilca del diablo» les comenzaba a hacer su efecto en ese momento, apagándoles el miedo. Se les veía a cada minuto que pasaba con los ojos más dilatados, casi fosforescentes, marchando más y más rápido, jadeantes por el esfuerzo que hacían para no arrancar de la formación y lanzarse a la carrera loca contra los fuertes, cuyas moles ya se divisaban aclaradas por la proximidad.

Al poco rato, la camanchaca empezó a tomar un color de gasa blanquecina. Clareaba. Los soldados se avistaban vagamente ya, alineados en varias hileras sucesivas, que avanzaban uniformemente como olas silenciosas. El «3.º de Línea» estaba a mil metros del

Fuerte Ciudadela; el primer batallón del «4.º» enfrentaba al Fuerte del Este desde una distancia de mil doscientos metros.

El mayor Solo Zaldívar, extremadamente nervioso, tenía que morderse la lengua para no dar el grito de «a la carga». Pero la orden era de no hacerlo hasta estar a quinientos metros del objetivo. Desde ahí en adelante el terreno era liso como una mesa y habría que avanzar a pecho descubierto contra enemigos invisibles tras los parapetos. No obstante, el propósito no pudo cumplirse; los centinelas del Fuerte Ciudadela descubrieron a los del «3.º de Línea» y a la alarma siguió la fusilería. Aquello bastó para despertar a los del Fuerte del Este, quienes abrieron fuego sobre el primer batallón del «4.º de Línea». Ya era vano retardar el ataque:

—¡Primer batallón, adelante; al trote…, marrr!

Pensó un momento en que su orden iba a ser obedecida literalmente, pero no ocurrió así. Los cuartinos se precipitaron a todo correr hacia el Fuerte del Este.

—¡No corran, muchachos! ¡No corran, que estamos a más de mil metros y se van a agotar! —intentaba contenerlos el mayor, pero nadie le oía. Entonces, enardecido, también olvidó toda prudencia y sonriendo salvajemente, gritó—: Vamos al ataque de una vez. ¡Corneta, toque «a la carga»!

Corriendo junto a sus hombres, el mayor Solo Zaldívar iba advirtiéndoles que no dispararan hasta no estar a quinientos metros y que cuidaran de no pisar en donde el suelo estaba removido. Pero seguía azuzándolos con el grito terrorífico que precedía a las cargas chilenas:

—¡A degüello!… ¡A degüello!…

En cosa de segundos. Arica y sus contornos se habían convertido en un infierno. Los fuertes del interior vomitaban fuego sobre los regimientos que se les acercaban a la carrera, mientras los del Morro y de la playa giraban apresuradamente sus cañones, aturdidos sus artilleros por la sorpresa. Poco después, también ardió la Pampa del Chinchorro, cuando los fusiles del «Lautaro» comenzaron su mortal chisporroteo.

Los grandes cañones del Fuerte del Morro se movían en todo lo ancho de su campo de tiro disparando alternativamente contra las baterías chilenas de los cerros Chuños y contra los barcos que maniobraban en la boca de la bahía. El monitor *Manco Cápac*

enfocaba sus baterías de 500 libras contra el batallón «Lautaro», que se acercaba a los fuertes costeros.

Pero la batalla más enconada se libraba en los fuertes orientales. Los soldados del «3.º de Línea», ahítos de odio, corrían a todo lo que les daban las piernas hacia el Ciudadela. Sin importarles las ráfagas que los raleaban, seguían progresando por la pendiente arenosa que los conducía a su objetivo. Pronto, se destacaron los hombres más ágiles del segundo batallón, que mandaba el mayor José Antonio Gutiérrez. Despreciando el fusil, sin prestar atención a los compañeros que caían, desenvainaron sus temibles corvos y avanzaron rugiendo. No tardaron nada más que quince minutos en llegar hasta el pie de los murallones del fuerte. Sin perder un segundo, los primeros en llegar hundieron sus cuchillos en los sacos de arena que sustentaban el parapeto y con feroces cortes los destriparon. La arena escurrió de su interior como agua derramada y los murallones se inclinaron, perdida su estabilidad. Un golpe de hombro de todos los atacantes aunados bastó para derribarlos en anchos sectores. Como un torrente demoledor penetraron los soldados por aquellas brechas. Los defensores, empavorecidos, retrocedieron al fondo del fuerte. La lucha dentro del recinto fue horrorosa. Al primer choque, muros, suelos, cañones, casernas, todo quedó destilando sangre.

El mayor Gutiérrez, sobrecogido por la atroz matanza que estaban realizando sus hombres, ordenaba inútilmente a su corneta «cesar el fuego». Ninguno de sus tercerinos quería oírlo; sus órdenes misericordiosas se perdían en el fragor espantoso.

Pero justamente cuando conseguían apaciguar a un grupo de sus soldados, una traidora mina enterrada bajo el patio del fuerte hizo explosión, destrozando a chilenos y peruanos. El teniente Ramón Amagada voló a más de ocho metros de altura y cayó al suelo completamente desnudo y con los tímpanos destruidos para siempre; al subteniente José Miguel Poblete le fue arrancada de cuajo la cabeza y el cuerpo vació su sangre sobre los sobrevivientes. Antes de que los tercerinos alcanzaran a reponerse, una segunda mina lanzó por el aire los cañones, los restos de muros y muchísimos combatientes.

Cualquier regimiento habría retrocedido, pero los tercerinos estaban ebrios de sangre y las dos truculentas explosiones

terminaron de privarlos de todo control. Aullando como lobos rabiosos, recorrieron el recinto buscando a los últimos defensores, y, con saña, fueron exterminándolos a todos, traspasándolos a bayonetazos o despedazándolos con sus temibles corvos. Sólo se salvaron los dos jefes del batallón «Tarapacá», Ramón Zavala y Roque Sáenz Peña, que consiguieron huir hasta el Fuerte del Morro, seguidos por unos pocos soldados.

En el punto más alto del Fuerte Ciudadela plantó la bandera chilena el subteniente José Ignacio López y la masa enloquecida de soldados siguió corriendo por el costado del cerro hacia Arica.

En los momentos en que hacía explosión el Fuerte Ciudadela, el primer batallón del «4.º de Línea», mandado por Solo Zaldívar, llegaba a los muros del Fuerte del Este. Vaciados a puñaladas los sacos que cimentaban los muros, la masa de cuartinos se volcó chivateando dentro del recinto. La resistencia casi no alcanzó a producirse; pasó el batallón, dejando el fuerte bañado en sangre.

Por su parte, el comandante San Martín había conducido al segundo batallón del mismo regimiento contra las trincheras excavadas al suroeste del Fuerte del Este. Sus hombres saltaron los parapetos y, pisoteando a sus defensores, se abrieron paso hacia el Morro Gordo, cumbre anterior a la que sustentaba al Fuerte del Morro. Allí, en la cima, debían reunirse con el primer batallón.

El segundo batallón se lanzó al ascenso, disparando sobre la carrera. Sus hombres iban por la cresta del cordón de cerros. Las minas enterradas en la arena iban estallando como las burbujas en un caldero de almíbar hirviente, a medida que el batallón pasaba, pero aunque la mortandad que causaban era grande, no bastaban para detener a los cuartinos. Los defensores del reducto peruano, demasiado maltratados ya por la metralla de los barcos, huyeron aterrorizados hacia el Fuerte del Morro. El batallón del comandante San Martín invadió la cumbre del Morro Gordo.

—Capitán Munizaga —gritó San Martín al guía, señalándole una caseta ubicada tras el parapeto—, allí deben estar las pilas que accionan las minas. Vaya solo y corte los alambres.

También, el primer batallón, mandado por Solo Zaldívar, llegaba

por el flanco derecho.

A los treinta y cinco minutos después de haber comenzado el avance, los dos batallones del «4.º de Línea» estaban en la cumbre del Morro Gordo. Habían completado la primera fase del ataque.

El «3.º de Línea» no siguió aquella ruta. Desde el Fuerte Ciudadela descendió sobre Arica, con la intención de atravesar la ciudad y caer sobre el Fuerte San José, que era atacado por el «Lautaro». Por esta causa, no tomó parte en el asalto del Fuerte del Morro. Persiguiendo a los fugitivos del Ciudadela, que corrían con el propósito de refugiarse en la iglesia de Arica, llegó hasta los panteones. A esa altura de la persecución, el subteniente Ricardo Walker, ayudante del Estado Mayor General, dio alcance al comandante Castro y le explicó brevemente que en el lazareto vecino al hospital estaba la central de energía eléctrica que encendería las cargas de dinamita destinadas a volar la ciudad antes de rendirla, y que necesitaba varios hombres para inutilizarla.

—¡Cabo Emiliano Palma! —gritó al instante el jefe del «3.º»—. Elija cuatro soldados de su escuadra y póngase a las órdenes del subteniente Walker.

—¡A su orden, mi comandante!

La bandera de la Cruz Roja hacía perfectamente visible el hospital, de modo que los seis hombres no tuvieron dificultad para escoger un sendero que los llevara hasta él.

La entrada del «3.º de Línea» a Arica fue una repetición de las atrocidades que esos mismos mineros cometieron en Mollendo. Despeñándose por la ladera del Cerro de la Cruz y saltando los panteones, entraron matando a cuanto ser vivo se les puso por delante. Los sobrevivientes del Fuerte Ciudadela habían buscado amparo en la iglesia levantada en la plaza y que construyera el ingeniero francés Gustavo Eiffel. Pero ni la bandera blanca que izaron en el pórtico ni su calidad de recinto sagrado fueron suficientes para detener a los tercerinos. Entrando furiosamente al templo, sacaron a todos los peruanos y los fusilaron en las escalinatas fronteras.

Por su parte, el subteniente Walker, seguido por el cabo Palma y sus cuatro soldados llegaron al hospital y como algunos hombres les hicieran fuego desde las tapias del mismo, entraron al local sanitario disparando hacia todos los lados. Cruzaban el primer

patio, cuando les salió al encuentro Elcira Carrasco. Sin contemplaciones, el cabo Palma la enfocó con su fusil, cuando la agente lo frenó con un áspero grito:

—¡Soy chilena, so bruto!

—¡Chilena!…

—No perdamos tiempo. En el lazareto están las máquinas que encienden las minas. Ahorita *mesmo* están adentro unos mecánicos listos para hacer volar la ciudad y los fuertes.

Corrieron desenfrenadamente hacia el fondo del hospital. En el jardín yacían heridos algunos hombres que les habían disparado desde las tapias. Los remataron sin detenerse. Por fin, llegaron a la entrada del lazareto.

—Mi teniente Walker, quédese aquí afuera con esta mujer, por si nos ha mentido y nos quiere llevar a una emboscada —discurrió el cabo Palma, receloso.

Dos explosiones casi simultáneas los hicieron tambalear. En la costa acababan de volar pulverizados los fuertes Santa Rosa y San José.

—¿No *vis*, so lerdo? —barbotó Elcira furiosa—. Mientras vos decís *leseras*, los enemigos están volando los fuertes desde ahí adentro.

Los tercerinos no esperaron más. De un par de puntapiés hendieron la puerta. Los soldados chilenos no hicieron preámbulo de ninguna especie. Metiendo por el marco de la puerta las bocas de sus fusiles dispararon al unísono.

Enseguida el subteniente Walker se introdujo en el lazareto, seguido por sus compañeros, y durante unos minutos se oyó el horrísono golpear metálico de las bayonetas y las espadas, mezclado con los atroces quejidos de los moribundos. Poco después salieron los chilenos y con una tenaza sacada del interior procedieron a cortar los alambres que reptaban hacia la playa. Sólo cuando hubieron terminado esta operación, la mujer sacó nuevamente la voz.

—Necesito que me ayuden a librar a mi patrona, que está presa —les rogó con ansiedad.

—¿Quién es tu patrona? —le inquirió Walker.

—La mejor agente secreta de Chile. La iban a fusilar. Está en el cuartel general.

—Vamos allá entonces. Guíanos.

La defensa del Fuerte del Morro era desesperada y heroica. Cuando el coronel Bolognesi vio que en la cumbre del Morro Gordo empezaba a flamear en lo más alto una banderola chilena, intentó virar los cañones Voruz y Parrots hacia ese lado. Pero los artilleros no consiguieron hacerlo sino con uno de los Voruz. Entonces el jefe del fuerte comprendió que la batalla estaba definitivamente perdida. Había sido burlado por la estratagema india usada por el coronel Lagos. Cuando comprendió su engaño, ya era tarde. Apenas alcanzó a regresar el coronel Ugarte con la mitad del batallón «Iquique» y un tercio del batallón «Tarapacá». El resto de la división fue exterminado por el «3.º de Línea», cuando intentaba volver al Morro.

El coronel Bolognesi contemplaba los contornos desde la cima del alto peñón. El Morro de Arica era ya verdaderamente el último baluarte peruano en el sur e iba a caer. Caería, pues, con gloria. Distribuyó los 600 hombres que quedaban en la fortaleza, repitiendo la frase convertida en su lema: «Hasta quemar el último cartucho».

Pero al frente de los chilenos venía otro hombre forjado también con el metal de los héroes: el comandante Juan José San Martín. Aunque maduro y membrudo, corría con la misma agilidad de sus desbocados cuartinos. Estaba tan cerca de la muralla del exterior del fuerte enemigo que podía ver los rostros de los defensores.

—¡Allí están! ¡Allí están! —gritaba alentando a sus hombres—. ¡A degüello, cuartillos, a degüello! —De súbito, una bala gruesa de ametralladora lo bandeó por mitad del vientre. Se detuvo en mitad de la carrera, como si se le hubiesen atascado los pies en la arena, y cayó de bruces, con las manos crispadas en el abdomen.

El mayor Solo Zaldívar llegó a su lado para auxiliarlo.

—¡Siga, mayor! Tome el mando del regimiento y apodérese del Morro. —Y como el segundo jefe hiciera ademán de llamar a dos soldados para que se ocuparan de él, lo increpó furioso—: ¡Déjese de payasadas, hombre! No distraiga ningún soldado. ¡Continúe el ataque, mayor, y tómese el Morro!

El comandante San Martín, empapado en la transpiración fría que le provocaba el dolor, los vio emprender la última carga y comprendió que la matanza que harían sería tan atroz que no escaparía vivo ninguno de los adversarios. Pensando en salvar siquiera a los altos jefes, detuvo a dos soldados que pasaban junto a él.

—¡Cárguenme en silla de manos y llévenme hasta el fuerte! —les ordenó a gritos.

Afortunadamente, los hombres a quienes se dirigió eran jóvenes y dóciles, por lo que accedieron a detenerse. Entrelazando sus manos, lo sentaron sobre ellas y lo llevaron al trote en dirección al Fuerte del Morro.

El capitán de navío Guillermo More, jefe de la guarnición del Fuerte del Morro aquel 7 de junio, comprendió que era imposible contener el avance de los enemigos. Desesperado, ordenó que los artilleros reventaran sus cañones y que los fusileros se replegaran al reducto de hormigón, construido en medio de la plazoleta. Enseguida, corrió hasta donde se encontraba el coronel Bolognesi rodeado por lo demás jefes. Éste, serenamente, iba encauzando a los soldados hacia el interior del reducto. Uno de los últimos en acogerse a ese amparo fue el teniente Daniel Nieto, ayudante de More, quien había llevado la orden de reventar los cañones. Sólo había podido ser volado uno de ellos, el Voruz, que estaba sobre el polvorín. Los demás quedaron intactos, porque sus cabos y condestables habían sido muertos.

Los chilenos desbordaban al interior de la plazoleta, cuando el coronel Bolognesi y sus acompañantes decidieron acogerse al reducto central. Estaban con él el teniente coronel Sáenz Peña, el mayor Armando Blondel, los capitanes Chocano y Martínez, y el coronel Alfonso Ugarte, que no había querido desmontar de su caballo.

—Siempre he guiado a mis tropas desde la montura, coronel —había replicado a Bolognesi, cuando éste le advirtió que ofrecía demasiado blanco, y agregó—: Quiero que mis soldados me sigan viendo como de costumbre.

Los chilenos invadían ya la despejada plazoleta, exterminando a todos los soldados que no alcanzaron a acogerse al reducto central.

—¡Oh, esto es demasiado atroz! —exclamó el comandante More al contemplar la matanza—. Bien está que nos sacrifiquemos nosotros, los jefes, pero no podemos dejar que los soldados sean destrozados. Coronel Bolognesi, ordene usted suspender el fuego para que los enemigos hagan otro tanto.

El jefe del fuerte accedió y la voz de «cesar el fuego» fue corriendo. Pero sólo la obedecieron los que estaban más cercanos; aquellos que se encontraban refugiados sobre y detrás del reducto central continuaron disparando, y la matanza proseguía con igual furia.

Entonces fue cuando se reveló el temple increíble del coronel Alfonso Ugarte. Sin alarde de ninguna especie, decidió:

—Yo saldré y, dando la vuelta al reducto, llevaré la orden de cesar el fuego a los demás soldados.

—Lo tumbarán a tiros, coronel —intentó disuadirlo Bolognesi.

—No alteraré mis principios porque crucen balas —replicó Ugarte.

—He ahí un valiente, señores —comentó Bolognesi, al verlo salir.

—Un valiente que no regresará —coreó More.

Al galope nervioso de su caballo, sereno como en sus maniobras, abandonó Alfonso Ugarte el reducto protector para ir hasta los artilleros y fusileros que estaban sobre la arista del Morro que da al mar. A una voz suya, todos los fusiles enmudecieron y los soldados, al volverse, contemplaron la soberbia estampa del coronel iquiqueño, cortada contra el fondo del océano. Lo vieron también cómo, con gesto resuelto, se desprendió de su capote y lo echó sobre la cabeza de su caballo. Luego, irguiéndose sobre los estribos, gritó con toda su alma:

—¡Viva el Perú!…

Y picando espuelas, se lanzó al vacío.

Con un grito de estupor estrangulado en las gargantas, peruanos y chilenos vieron al altivo jinete volar y, describiendo una impresionante parábola, ir a estrellarse contra las puntiagudas rocas a los pies del Morro.

Aquél fue el comienzo del fin. Incontenibles, los soldados del

«4.º de Línea» se acercaban a saltos por la plazoleta. Adelante iba el sargento Briones; en el caño de su fusil había colgado una banderola chilena y la sangre que escurría por las estrías de la bayoneta la teñía de escarlata. A su lado iba el subteniente Carlos Aldunate Bascuñán, y poco más atrás, el capitán José Miguel de la Barra. Como una marejada rugiente venían enseguida los soldados. Eran las 6.55 de la mañana. La toma del Morro había durado el increíble tiempo de 55 minutos.

El coronel Bolognesi había reunido a los jefes en torno a la elevada asta de la bandera peruana, junto a la batería Vavasseur; y allí, revólveres en mano, esperaban a pie firme la ola humana.

El subteniente Aldunate enfocó su revólver contra el pecho del valiente jefe peruano y le intimidó a gritos:

—¡Ríndase!… ¡Ríndase!

—¡Por sobre mi cadáver! —contestó Bolognesi.

—Entrégueme su espada, coronel, y ríndase —le insistió el subteniente, apresurado, intentando salvarlo de la soldadesca. Pero los cuartinos llegaban ya gritando «a degüello, a degüello» y fueron inútiles los afanes del joven oficial. Confundidos en la terrible batahola, cayeron el heroico coronel Francisco Bolognesi y el capitán de navío Juan Guillermo More, así como también el mayor Armando Blondel. Protegidos por el capitán Ricardo Silva Arriagada, salvaron los demás jefes, entre los cuales estaba el argentino Roque Sáenz Peña.

Poco después llegó el abanderado del «4.º de Línea», y el pendón del regimiento fue izado en el mástil central, al mismo tiempo que se arriaba la bandera vencida. Justo cuando subía al espacio el tricolor chileno y los soldados, trémulos de emoción, coreaban el himno nacional cuadrados junto a los montones de cadáveres aún calientes, el monitor *Manco Cápac* se hundía en la bahía. Su comandante había preferido abrir las válvulas y sepultarlo en el océano antes que rendirlo. Con su desaparición terminaba la defensa de Arica.

El héroe chileno de la toma del Fuerte del Morro, el comandante Juan José San Martín, agonizante en la cumbre del peñón famoso, en sus últimos momentos dijo a sus oficiales reunidos en torno suyo:

—«Díganle a mi coronel Lagos que me mandó triunfar y lo he cumplido; que muero orgulloso por la conducta de mis oficiales,

clases y soldados y porque veo flamear la insignia de mi patria en la cumbre del Morro».

El capitán Manuel Rodríguez alzó una ceja, intrigado. Un grupo de soldados traían, arreándolo a culatazos, a un hombre alto y delgado, vestido con una levita obscura que le quedaba muy corta y estrecha. El prisionero vociferaba, agitando un papel ante las narices de sus captores, que no querían escucharlo. El oficial de exploradores lo reconoció al momento. Era El Profesor.

—¡Déjenlo!… ¡Suelten a este hombre! Es chileno y un alto jefe.

La figura fornida y dominante del explorador valió más que sus galones. Aunque intrigados, los centinelas lo dejaron en libertad y regresaron a sus puestos haciéndose conjeturas.

El Profesor buscaba a Leonora Latorre.

—Debe haber estado presa en la cárcel pública o en el cuartel general —le observó—, y no creo que hayan alcanzado a fusilarla.

El capitán Rodríguez se quedó helado. Una sensación de pavor lo invadió al pensar que la mujer cuya imagen no lograba borrar de su cerebro pudiera haber sido ejecutada. Ayudando a El Profesor a subir a su caballo, galopó hacia el centro de la ciudad. Pero la marcha se hacía exasperadamente lenta. Las calles estaban repletas de soldados, de heridos, de carros militares; patrullas de caballería cruzaban continuamente y sin contemplaciones a todo el correr de sus animales. Por fin, llegaron a la plaza; allí fueron detenidos por un grupo de centinelas. Después de identificarse, el capitán Rodríguez inquirió a uno de ellos:

—¿Dónde está el cuartel general peruano y quiénes lo ocupan?

—Es aquel edificio rojo. Lo ocupa el «3.º de Línea».

Avanzaban hacia su entrada, cuando desde otro puesto de centinelas les llegó un taladrante grito de mujer:

—¡Capitán Rodríguez!… ¡Don Abelardo!…

Era Elcira Carrasco, a quien los soldados también impedían el paso.

A una orden del capitán Rodríguez, los centinelas le franquearon la entrada a la plaza.

—¿Dónde está Leonora?… ¿Sabe usted algo de ella? —le

preguntó El Profesor, inquieto.

—*Nadita*, mi señor, *nadita*. La iban a fusilar en este cuartel. Es lo único que sé. Cuando terminó la batalla, quise venir a sacarla, pero no pude entrar; los tercerinos se habían colado al cuartel y estaban haciendo una matanza ahí dentro. Y entre las balas y los gritos se me perdieron el subteniente y el sargento que venían conmigo.

Sin detenerse más, entraron. En la guardia, El Profesor exhibió un pase otorgado por el coronel Lagos y pidió hablar con el comandante del «3.º de Línea».

Una vez en presencia del coronel Castro, le explicó rápidamente su asunto. El jefe de los tercerinos se llevó las manos a la cabeza:

—¡Por Dios, señor! —exclamó—. Los soldados entraron en este cuartel solos, sin oficiales, y lo recorrieron íntegramente, buscando enemigos. Hubo una verdadera batalla campal dentro del recinto.

—¡Caramba, qué calamidad! Hay que hacerla buscar inmediatamente, coronel Castro. Sería terrible que sus soldados la hubiesen confundido con una mujer enemiga, y…

—¡Oh, sería el colmo de la desventura! —se lamentó el jefe del «3.º de Línea»—. Comencemos por averiguar si estaba recluida en este cuartel. Venga conmigo, interrogaremos a los prisioneros.

Después de interrogar estérilmente a varios de ellos, uno les dio una información que los puso sobre la pista de la agente.

—Esa mujer estaba confiada a la custodia del capitán Lorenzo Infantas, del batallón «Iquique» —les dijo—. Oí comentar que sería fusilada, pero no supe si se cumplió la sentencia.

—¿En dónde estaba encerrada?

—No lo sé exactamente. Creo que en uno de los calabozos que están al fondo del último patio.

No había terminado el prisionero de hablar y ya el capitán Rodríguez y El Profesor caminaban hacia el lugar indicado. Elcira, que trotaba tras ellos, comenzó a gritar el nombre de Leonora tan pronto entraron al patio. Afortunadamente, había pocos soldados y, por lo tanto, reinaba un relativo silencio. Rodríguez iba abriendo todas las puertas y examinaba los cuartos con la ansiedad reflejada en el rostro.

Elcira seguía llamando, cada vez con mayor desolación.

Ante la penúltima puerta se estrellaron los esfuerzos del capitán.

Estaba cerrada con llave. Era una pequeña y sólida puerta, de anchos tablones, y con un estrecho ventanillo cruzado por barrotes de hierro. Rodríguez miró hacia la penumbra interior y le pareció que el calabozo estaba vacío. Iba a retirarse, cuando a sus oídos llegó una voz muy debilitada que repetía:

—¡Elcira!… ¡Elcira!…

—¡Aquí está, Profesor!… ¡Aquí está! —exclamó el capitán, transfigurando por la alegría.

Al fondo de la celda, tumbada sobre un jergón, se divisaba una vaga forma de mujer.

—¡Por Dios, Leonora, qué alivio! —gritó El Profesor, asomándose también al calabozo—. Alégrese. Ya estamos aquí y vamos a sacarla.

El comandante Castro había llamado a dos soldados, para que derribaran la puerta a culatazos. Dos o tres golpes bastaron para saltar la vieja cerradura. Rodríguez entró precipitadamente, sin importarle la ansiedad de El Profesor y de Elcira. Su arrebato delataba muy claramente sus sentimientos hacia la joven. Hincando una rodilla, la tomó por debajo de los brazos y la apoyó contra su pecho, como si la abrazara.

—Señorita, por Dios, ¿qué le ha ocurrido? —le preguntó, terriblemente impresionado por el desfallecimiento de ella.

—Ya pasó todo…, ya pasó todo —balbuceaba Leonora, mientras las lágrimas le corrían por las mejillas. En la intensa palidez de su rostro se destacaban los golpes que recibiera de sus interrogadores.

Elcira, desesperada, sollozando, le acariciaba la cabellera.

—Hay que sacarla de aquí —determinó El Profesor y se inclinó hacia ella, pero el capitán Rodríguez se le anticipó y la levantó en vilo.

—Gracias a la providencia, todos estamos bien y hemos terminado otra campaña con éxito —celebró El Profesor, ya más tranquilo.

—La última, Profesor —musitó cansadamente Leonora.

—¿La última? ¡Ojalá así sea! Ojalá los enemigos comprendan que ya no pueden resistir más y se rindan. De lo contrario, habrá que tomar aliento de nuevo y seguir hacia Lima. ¿Quién no lo sabe?… Hasta apoderarnos de Lima.

Leonora cerró los ojos sobre el hombro del capitán Rodríguez;

dio la impresión de que dormía o se había desvanecido; pero las lágrimas que escurrían de sus párpados denotaban que era sólo desaliento, desolación.

12

La noticia de la toma de Arica provocó en todo Chile un clima de delirante entusiasmo. Nunca como entonces el pueblo se sintió más soldado y más capaz de realizar temerarias hazañas. Las turbas y los estudiantes recorrían las calles vivando a los diversos regimientos que se habían distinguido, cantando sus himnos y aclamando a sus héroes. Por todas partes resonaba el grito de «a Lima… A Lima». Los hombres, en su totalidad, reclamaban un sitio en las filas y ofrecían su sangre para completar la victoria. A los rumores discretos que sugerían el momento de estudiar un pacto de paz, respondían millares de voces reclamando la continuación de la guerra y el asalto al corazón del Perú.

Pero el presidente Aníbal Pinto no quería prolongar la contienda. Recluido en su gabinete de trabajo, pensaba en cuántos sacrificios nuevos, en cuántos meses de combate exigiría la prosecución de la campaña. Pensaba también en el porvenir. Perú y Chile eran dos países que no podían mantenerse en lucha; se necesitaban mutuamente. El mercado obligado de los productos peruanos era Chile y viceversa. Caer sobre el valle del Rímac significaba la ruina a esa rica región. ¿Y se conseguiría la paz a base de la destrucción de la capital enemiga?

A la opinión pública se sumaban también las voces de la mayor parte del Congreso y de varios ministros del Gabinete protestando contra el pacifismo del presidente. Pronto se creó una atmósfera de desconfianza en torno a Pinto. Alegaban que el presidente quería privar al pueblo de un legítimo derecho: el de conquistar más glorias e imponer la ley del vencedor a los que habían ofendido a la nación. Este estado de cosas no tardó en ser comunicado epistolarmente a los jefes militares estacionados en Arica.

El general Baquedano apretó las mandíbulas en su obstinado gesto habitual y resumió sus intenciones en cortantes y mal hilvanadas frases.

—No me interesa… Para mí, como si no me hubiera enterado… ¿Paz con Bolivia, que tiene todavía 3000 hombres asomados sobre nosotros desde el Altiplano?… ¿Paz con Perú, que conserva en Arequipa miles de soldados y en Lima un ejército colecticio que engrasa día a día?… ¡Bah, qué tontera, qué tontera!… Pónganse esos politicastros en el lugar del presidente de Bolivia. ¿Aceptarían firmar una paz de vencidos, perdiendo todo su litoral?… Pónganse en el lugar del general Piérola. ¿Aceptarían una paz que despoja al Perú del departamento de Moquegua y de la enorme riqueza de Tarapacá?… ¡Yo no aceptaría jamás! Perseguir una paz ahora es como tratar de encajonar un sueño. No hay paz posible mientras no se imponga por medio de la espada en el palacio presidencial de Lima. Yo, por mi parte, aumentaré mi ejército hasta 20 000 hombres, prepararé medios de transporte por mar y caeré sobre la capital enemiga en cuanto pueda. Haré de Tacna mi cuartel general marítimo, mi base entre Valparaíso y Callao, y mantendré vibrante el temple de mis soldados hasta el momento de partir.

Sin esperar resoluciones del Gobierno, comenzó a cumplir su propósito. Los cuerpos fueron abandonando Arica, quedando sólo una dotación de artilleros y la mitad de la caballería. Brigadas sanitarias quemaban precipitadamente los cadáveres, para no perder tiempo en sepultarlos, y el puerto fue quedándose solitario y envuelto en el hedor horrible de la carne incinerada.

Leonora no pudo soportar más su inmovilidad en el lecho y se levantó, aun cuando apenas tenía fuerzas para mantenerse en pie. Su anemia se traducía en una hipersensibilidad que le hacía intolerable el ambiente de Arica.

—¡Oh, cuándo saldremos de aquí, mujer! —le repetía a Elcira—. Me desespero en este sitio.

Su compañera comprendía su estado de ánimo, y creía que una de las razones principales de su desazón era la ansiedad de volver a encontrarse con Alberto Cobo. Con ese convencimiento y aprovechando un encuentro fortuito que tuvo con El Profesor en la calle, le propuso que trasladara a Leonora a Tacna. Allí estaría más cerca del caserío de Pocollay, en donde acampaba el regimiento

«Esmeralda». El jefe del servicio secreto lo meditó un momento y aceptó. No lo hizo por resolver el problema sentimental de la joven, sino pensando en que recuperara la salud y pudiera reincorporarse a las tareas del espionaje. El 11 de junio se presentó a media mañana en el alojamiento de Leonora.

—Vengo a despedirme —le dijo—. Me marcho a Tacna. En estos momentos va a salir un tren llevando a los prisioneros y me conviene ir mezclado con ellos para averiguar datos que estimo nos serán útiles en el futuro.

—¿Sigue usted pensando en ir a Lima? —le indagó, desanimadamente, la joven.

—Por supuesto, mi amiga. ¡Hum! A mí no me hablen de una posible paz. La guerra continuará y el próximo objetivo tiene que ser Lima. ¿Y quiénes supone usted, Leonora, que deben ser los primeros en introducirse en la capital enemiga?

—Yo no iré… Ya le he dicho que no iré, Profesor.

El jefe siguió hablando:

—Don Máximo Lira ha mandado llamar a Roberto Rodríguez a Iquique. ¿Lo recuerda?

—Fue mi compañero de peligros durante tanto tiempo. ¿Sanó de sus heridas?

—Supongo que sí; de lo contrario no lo mandarían a Lima.

—¡A Lima! —exclamó con amargura la agente, dejándose caer en una silla—. Yo ya he hecho bastante; no pueden pedirme más. Lo único que deseo es regresar a Chile. Mi padre está solo en Santiago.

El Profesor la miró con desaliento.

—Está bien. Transmitiré al señor Lira su decisión. Pero, si por cualquier motivo cambia de idea, hágamelo saber. Búsqueme en Tacna. Hasta la vista, mi amiga.

Le extendió la diestra, pero Leonora permaneció sin mirarlo. Se encaminaba entonces a la puerta, cuando la joven lo llamó:

—Profesor. ¿Podría acompañarlo a Tacna?

El jefe se volvió sonriente:

—Por supuesto que sí. Pero tiene que darse prisa. El tren que lleva a los prisioneros parte dentro de media hora.

Cuando Leonora abandonó la habitación para ir por sus ropas, Elcira y El Profesor cambiaron un guiño de inteligencia.

Dos hechos inesperadamente conocidos eran el comentario de

los ocupantes del tren que conducía a los prisioneros a Tacna. El más importante de ellos era que el dictador Piérola estaba tratando de formar una confederación de Estados con Perú y Bolivia, para impedir que se rompiera la alianza. El otro hecho ocurrió en el mismo tren. El capitán Munizaga venía escuchando las conversaciones de los oficiales peruanos prisioneros; de pronto oyó a uno del batallón «Iquique» contar que el domingo anterior se había oficiado una misa solemne en la iglesia de Arica y que junto al púlpito estaba expuesto el estandarte del «2.º de Línea», conquistado por los peruanos en la batalla de Tarapacá. Inmediatamente, el capitán Munizaga presionó al oficial que hizo el relato, consiguiendo saber que después de la misa la bandera fue retirada por un sacerdote que la trasladó a Tacna. El oficial chileno supo también a qué lugar había sido llevada, pero se negó a confesarlo, por temor a que los enemigos emboscados se apresuraran a hacerla desaparecer.

No obstante esa precaución, cuando Leonora, Elcira y El Profesor descendieron en Tacna, los soldados echaron a correr la noticia del hallazgo del estandarte y pronto fue de dominio público.

Los agentes se separaron, encaminándose Leonora y su compañera en la dirección que se les indicó podrían encontrar la Ambulancia Valparaíso. La joven pensaba que si Clementina Cobo no se había marchado a Chile, acompañando el cadáver de Rafael Torreblanca, la encontraría desempeñando su cargo de enfermera allí. Mientras caminaban por las calles, pudieron observar que aunque la vida de Tacna no había vuelto a la normalidad, cuando menos se deslizaba con cierto orden. El comercio había vuelto a abrirse y se veían muchos extranjeros y pobladores excluidos de la guerra transitando en paz. Una densa marejada de soldados iba y venía por la plaza. En los umbrales de las casas se observaba a numerosos soldados cubiertos de abultados vendajes. Monjas de la caridad pasaban con tarros de comida o canastos con frutas y centenares de «soldaderas» iban de un negocio a otro, comprando aliños para sus miserables pitanzas.

La Ambulancia Valparaíso había sido instalada en un antiguo teatro, levantado al término de la alameda. Hasta allá llegaron las dos agentes. Leonora se introdujo en el recinto presa de un confuso temor: tal vez por la idea de que iba a encontrarse con la hermana

de Alberto, con su amiga de toda la vida, a la que había dejado de ver hacía dos años.

Sorteando los camastros y jergones con heridos, llegaron hasta el lugar en donde trabajaban los médicos y enfermeros. Un espeso olor a medicinas y a cuerpos sudorosos cargaba el aire. Por doquier se oían quejidos sofocados y murmullos de conversaciones. Junto a ellas pasó un angarillero y Leonora lo detuvo.

—Soldado, ¿podría decirme usted si está aquí una enfermera llamado Clementina Cobo?

—Allá está, señora. Es aquella que está dando agua a un herido.

La agente vio a una figura de negro que, con la cabellera envuelta en un paño blanco, se inclinaba solícita sobre un herido.

La enfermera no la sintió acercarse, pero, como advertida por una súbita inspiración, volvió lentamente la cabeza. Las miradas de las dos se cruzaron y los ojos claros y tristes de Clementina se dilataron asombrados. No obstante, no dijo ni una sola palabra.

Leonora la esperó con la respiración entrecortada y las manos extendidas. Después de un par de interminables segundos, Clementina avanzó hacia la agente y se arrojó a sus brazos.

—¡Mi pequeña Clementina! —murmuraba Leonora, acariciándole maternalmente el cabello—. Tanto tiempo… ¡Oh, no me hagas llorar, chiquilla! He derramado tantas lágrimas durante estos años que sería absurdo llorar ahora que te encuentro.

Clementina se limpió los ojos con el extremo de una manga.

—Salgamos de aquí —musitó—. No está bien impresionar a los heridos. Vamos a mi cuarto. Alojo en la casa vecina. Ven.

Afuera un grupo de soldados hacía gran alboroto. Uno de ellos explicaba que el capitán Munizaga acababa de encontrar el estandarte del «2.º de Línea» en la iglesia de San Ramón. Estaba guardado en un cajón entre los paramentos del culto. Habían participado en el rescate el capellán Marchant Pereira y el comandante Estanislao del Canto, del «2.º de Línea».

Las dos jóvenes entraron al alojamiento de Clementina y se sentaron en la cama de la enfermera sin saber cómo empezar a contarse sus respectivos asuntos. Finalmente, Leonora fue explicándole, en frases sueltas primero, todo cuanto le había ocurrido desde que salió de Santiago.

Clementina tenía poco que contar, todo lo suyo se refería al

espantoso quebranto que le produjo la muerte de Rafael Torreblanca.

Leonora no había querido preguntarle por Alberto, confiando que su nombre surgiría naturalmente en la conversación. Pero como eso no ocurriera, se decidió a consultarle.

—No. No lo veo desde hace mucho tiempo —le respondió la jovencita—. Sé que está en Pocollay y que no le dan licencia para bajar a Tacna. Y tú… ¿lo has visto?

El rostro de Leonora se estremeció:

—Nos vimos aquí, en Tacna, la noche después de la batalla.

La expresión amargada de Leonora le preocupó a la muchacha.

—¿Qué tienes, querida? ¿Acaso algo anda mal?

—Sí. Se marchó decidido a no verme más, Clementina. Después de habernos esperado tantos años, al encontrarnos rompimos para siempre.

—Pero ¿por qué?… No puedo entenderlo.

—Y yo no puedo explicártelo, chiquilla. —La voz se le estrangulaba a Leonora—. Eres demasiado niña, Clementina; tus amores con Rafael fueron siempre tan puros y cristalinos que seguramente tampoco podrías comprenderme…, tampoco me justificarías.

La enfermera calló. Cuando habló después lo hizo con una gravedad que contradecía la afirmación de su amiga:

—No sé cuáles pueden haber sido los motivos que los separaron a ustedes, ni te los pregunto, Leonora. Pero sí sé que mi hermano vino a la guerra arrastrado sólo por su anhelo desesperado de encontrarte. Todos hemos sufrido mucho, querida. Pero ustedes dos están todavía vivos. En cambio, otros… —Se mordió los labios y los ojos se le anegaron en lágrimas—. Rafael y yo íbamos a casarnos. Lo decidimos precisamente la noche antes de la batalla… ¡Ah, perdóname! Muchos han sido los que han muerto… y uno solo no importa, no debe importar. Pero Rafael era en mi vida tanto como Alberto lo fue en la tuya. No lo dejes perderse, Leonora; no lo abandones.

La agente se había ido poniendo cada vez más pálida, su emoción era visible.

—Ahora…, ahora regreso a Chile —dijo.

—¿Regresas?… ¿Lo dejas?…

—¿Qué puedo hacer? —se desesperó Leonora—. La guerra va a continuar más terrible que nunca. Todo el ejército tendrá que seguir hasta Lima. Ante mí se presentan sólo dos alternativas; o abandono el servicio secreto y vuelvo a Chile…, o me mandan a Lima en una nueva misión. ¡Y estoy deshecha, Clementina! No tengo fuerzas para seguir.

—¡Pobre Alberto! —musitó la jovencita—. Entonces yo seguiré en la Ambulancia. Cuando menos así podré estar a su lado si es que lo hieren.

—¡Clementina, no digas eso! —Leonora aferró el brazo de su amiga, pero vio que en sus ojos había una luz fría, un triste reproche.

Entró en la habitación otra enfermera, que compartía el alojamiento con Clementina. Se les aproximó hablándoles con vehemencia:

—Mañana tendremos fiesta, Clementina. El capellán Marchant Pereira va a oficiar una misa en acción de gracias por haber sido encontrado el estandarte del «2.º de Línea». Claro es que la fiesta no está allí, sino en el hecho de que van a bajar a Tacna todos los regimientos que acampan en los alrededores.

Leonora alzó la cabeza, ansiosamente esperanzada.

—¿También el «Esmeralda»?

—¿Y por qué no?

Sobre el altar mayor de la iglesia de San Ramón estaba extendido el estandarte del «2.º de Línea» como un paño santo. Los desgarrones que las balas habían abierto en su raso estrellado dolían a los soldados de aquel regimiento como heridas propias. El cabo Cipriano Robles, que acompañara al capitán Munizaga en la búsqueda del pendón, había llorado abrazado a él cuando lo encontraron: ahora lloraban disimuladamente todos los del «2.º de Línea», mientras el capellán iba oficiando la misa.

Leonora había entrado en el templo acompañada por Clementina y Elcira. Pero sus dos compañeras habían preferido ir a arrodillarse al pie de una imagen de la Virgen del Desierto, que estaba en un altar lateral. De hinojos en un reclinatorio próximo a la puerta de entrada, oraba y esperaba. Si Alberto llegaba con su regimiento, no podría dejar de verla. Pero los minutos fueron corriendo y Cobo no aparecía.

En voz baja preguntó a un oficial que ostentaba los entorchados del Estado Mayor:

—¿Está afuera el «Esmeralda», señor?

—No, señorita; hoy le correspondía patrullar los caminos a la sierra.

Leonora sintió que todas sus esperanzas se desmoronaban. Ya no volvería a ver a Alberto hasta el fin de la guerra. Con el rostro hundido entre sus palmas, escondió sus lágrimas. De súbito, una voz viril y cálida respondió a su lado, muy próxima a su oído la oración que se rezaba:

—«Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén».

A Leonora se le sacudieron hasta las fibras más hondas del corazón. Levantó la cabeza y la volvió en dirección de la voz. Alcanzó a exclamar: «¡Alber…!», y el nombre se le truncó en los labios. Quien estaba a su lado era el capitán Manuel Rodríguez.

El oficial la contemplaba con mirada afectuosa.

No obstante, su presencia agravó la pesadumbre de la joven. Cerrando los ojos, volvió a ocultar la cara entre las manos semijuntas.

El explorador la observaba a hurtadillas, arrobado, sintiendo nacer en él un irresistible anhelo de ayudarla, de consolarla. Hubiera querido posar su mano fuerte sobre aquellas manos frágiles y traspasarle su propio vigor. Contemplándola detalladamente, Rodríguez venía a comprender qué privaciones y sobresaltos debía haber pasado aquella mujer cumpliendo su arriesgada labor de agente secreta, y el sentimiento de admiración que siempre experimentó por ella creció en su pecho.

Leonora no volvió a mirarlo durante todo el oficio de la misa y cuando ésta terminó, y Máximo Lira se llevó el estandarte para entregarlo a la custodia del general Baquedano, quien lo devolvería al regimiento, siguió inmóvil en el reclinatorio, como una imagen de la desolación.

El capitán Rodríguez se quedó cerca de ella y cuando la iglesia se estaba quedando vacía se decidió a acercársele.

—Señorita Leonora, ya terminó la misa.

La muchacha se puso de pie y salió con él, sin voluntad y algo avergonzada.

—Tiene usted que substraerse a los pensamientos pesimistas, señorita —le recomendó el explorador—. Trate de distraerse o se va a enfermar. Hoy es domingo y no hay servicio. ¿Quiere que paseemos un rato?

Leonora no le respondió y se alzó de hombros, indiferente.

Clementina, que los vio venir juntos, tuvo un gesto duro, como de reproche, que Elcira interpretó al momento.

—Déjela, señorita Clementina —dijo—. Leonorcita no está como siempre. La noté muy extraña esta mañana. Le hará bien conversar con otras personas. Además, el capitán Rodríguez es muy buen amigo nuestro.

La enfermera no dijo nada, pero la brusquedad con que se encaminó hacia la plaza denotaba su disconformidad.

El explorador y Leonora echaron a andar lentamente por la calle que conducía a la alameda. Lucía un sol pálido, pero tibio. Una banda de músicos tocaba una tonada alegre en mitad de la plaza y sus sones se esparcían plácidamente por la ciudad.

—¿Qué le ocurre, Leonora? —le indagó el capitán—. Nunca la había visto tan triste.

—Me han pasado cosas tristes, capitán.

—A todos, amiga mía, a todos, y han ocurrido muchas cosas, es verdad.

—Sí, capitán, todo ha cambiado. Pero hay quienes no pueden comprender que los que más hondas alteraciones han sufrido son los principios, los conceptos que teníamos de las cosas…, y no perdonan los actos que la guerra nos ha obligado a cometer. No entienden que la guerra nos ha enseñado que lo que antes nos habría parecido repudiable e inadmisible es muchas veces necesario. No admiten esta verdad indudable: que nos hemos vuelto esquivos, falsos, duros, ladinos y astutos.

—No, Leonora; no sea usted tan pesimista. Hay algo en el ser humano que nada puede cambiar. Ese algo es el alma.

—Sí —reconoció suspirando la joven—, el alma y su fruto: el amor. ¡Oh capitán, cómo hubiera querido yo que un hombre, creo que usted lo conoce, hubiera sido capaz de comprender que, por sobre todas las miserias y exigencias de este torbellino, se podía guardar el amor intacto! —Movió la cabeza, desalentada—. No pudo admitir que hubo momentos en que existieron para mí cosas

más importantes que el amor, que no lo extinguieron, pero sí lo redujeron a segundo término: misiones, responsabilidades, trabajos que eran vitales para toda una nación. No entendió que hay momentos en que se siente sobre los hombros el peso de diez mil vidas. Apoyó su diestra nerviosa sobre un antebrazo de su acompañante e involuntariamente le clavó los dedos—. Habríamos tenido que empezar a conocernos de nuevo… y no nos concedimos la oportunidad. Ya no puedo ser la niña plácida y resignada que él dejó en Santiago. Me creo con derecho a reclamar justicia. He vivido en plena tormenta; reconozco que he tenido que pulverizar entre las yemas de mis dedos los sentimientos de muchos hombres, que me he sentido, incluso, arrastrada por la borrasca hacia los brazos de otros. Pero no sólo me era imposible eludirlo, sino que era mi deber aceptarlo. ¿Lo comprende usted, capitán?

—Sí, Leonora; yo sí.

—Es injusto, capitán. He pesado honradamente mis actos y mi amor. Sé que es injusto que estemos separados.

Manuel Rodríguez guardó silencio, impresionado por la amargura de la joven, y herido en su oculto sentimiento hacia ella. Haciendo un esfuerzo, se sobrepuso y le ofreció, caballerosamente:

—Leonora, permítame que hable con él. Somos amigos y podré iluminar su ceguera.

—¿Ahora…, para qué? ¿Para continuar nuestro noviazgo aquí, en Tacna? ¿Alquilaría yo una casa y lo esperaría plácidamente, tejiendo, cosiendo, hasta que él viniera de su campamento cuando le den licencia? ¿Y eso hasta cuándo? Hasta que se inicie la campaña sobre Lima.

—Cásense ustedes.

—¡Oh, no! Casarse ahora sería un disparate. La guerra quizá se prolongue durante años. Y ambos tenemos puestos de combate distintos: él en la trincheras, yo en las ciudades enemigas, sonsacando secretos, enlazando mi brazo de las mangas galoneadas de los adversarios…

—Renuncie usted al servicio secreto y regrese a Chile.

—¿Para esperarlo como esposa inquieta, temiendo cada día recibir la esquela siniestra que dice: «El Ministerio de la Guerra y Marina tiene el sentimiento de comunicar a usted que su marido, el subteniente Alberto Cobo, cayó heroicamente en la batalla de…»?

¡Oh, no capitán, no! Eso es peor.

—¿Y qué hará entonces, Leonora?

—Lo decidí hace un rato, mientras asistía a la misa: seguiré mi destino. Si hay paz, regresaré a Chile; si continúa la guerra, marcharé a Lima con mis compañeros del servicio secreto. Así, cuando menos, todos iremos juntos en el mismo torrente.

El capitán Rodríguez no halló qué responderle. Le encontraba toda la razón; además, su anhelo egoísta de seguir viéndola se vería así complacido. Leonora parecía haber quedado más tranquila, como si se hubiera librado de un peso después de desahogarse contándole sus pesares.

Habían llegado a la glorieta en el centro de la alameda de Tacna y se sentaron en las gradas de la escalinata que daba acceso a la plataforma superior. Sólo entonces el oficial reparó en que ella estaba intensamente pálida, y que se estremecía a cada instante.

—Leonora —le dijo—, usted no está bien. ¿Qué le pasa?

—No sé; siento un poco de frío. Toda la mañana he estado así.

Una sospecha alarmante pasó por el cerebro del capitán. Recordó la epidemia de fiebre amarilla que estaba diezmando al ejército.

—Regresemos a su alojamiento —le indicó—. Tiene que hacerse ver por un médico.

Aun cuando la muchacha se negaba a dar importancia a su malestar, la condujo rápidamente al cuarto de Clementina, junto a la Ambulancia Valparaíso. La enfermera, también alarmada por el aspecto de su amiga, salió en busca del doctor Gutiérrez, jefe de la Ambulancia, y regresó con él. Entretanto, Elcira había obligado a Leonora a acostarse y se mantenía junto a ella, vigilando que no se desarropara.

El examen que le practicó el cirujano fue breve. Cuando abandonó el cuarto y enfrentó a Clementina y al capitán Rodríguez, que esperaba afuera, tenía una expresión preocupada.

—Es lo que tenía que ser, señorita Clementina —declaró a la jovencita—. Un diez por ciento de los soldados están postrados por el mismo mal.

—¿Fiebre… amarilla? —aventuró el capitán, con labio trémulo.

—O paludismo, capitán.

Las dos epidemias recrudecían en el ejército de 13 500 hombres inmovilizados en Tacna y en los miles de heridos peruanos y bolivianos. Cuanta casa disponible existía se habilitaba como hospital, y los doctores, jóvenes e inexpertos, se afanaban por detener los avances de las dos plagas.

Leonora desvariaba a causa de la fiebre.

Día y noche velaban a su cabecera Elcira y Clemenlina. El Profesor se inclinaba a menudo sobre la enferma y se alejaba con gesto de contrariedad. El capitán Rodríguez acudía mañana y tarde a preguntar por ella. Noblemente intentó comunicarse con Alberto Cobo y conseguirle una licencia para que viniera a ver a su novia, pero las autoridades sanitarias habían prohibido el acceso de Tacna de las tropas acampadas en los caseríos vecinos, a fin de impedir que el contagio se propagara.

A fines de junio, el general Baquedano trasladó definitivamente su cuartel general a la ciudad y se dedicó de lleno a preparar la próxima campaña.

El secretario, Máximo Lira, que desde la muerte del ministro Sotomayor tomó a su cargo la dirección del servicio de espionaje, llamó a su despacho a El Profesor para recordarle que era oportuno ya tender las redes del servicio secreto en Lima. Aunque en la capital chilena había una honda discrepancia de pareceres sobre la continuación de la guerra o negociaciones de paz, era preciso estar preparados. Según los informes que poseía Lira, el Gobierno y el Congreso estaban en abierta pugna. Los representantes del pueblo exigían la prosecución de la guerra, enviando el ejército sobre Lima; en cambio, el presidente Aníbal Pinto, apoyado por su ministro del Interior, Domingo Santa María, quería entablar negociaciones de paz valiéndose de alguna nación amiga. Esta discrepancia se agravó cuando los demás ministros, encabezados por el de la Guerra y Marina, general Gandarillas, se pronunciaron también por la campaña sobre Lima, lo que trajo como consecuencia un resquebrajamiento de la unidad del Gabinete.

—¿Y qué piensa el general Baquedano sobre esto? —consultó El Profesor.

—Usted sabe cómo es él: absolutamente personal y obstinado en

sus juicios. Para él la discusión de Santiago no existe; tiene el pensamiento puesto en un solo camino; el que conduce a Lima. De modo que a eso deberemos atenernos.

—Bien. Estoy dispuesto a partir, señor —aceptó el jefe del servicio secreto.

—Escúcheme. Nuestra escuadra está bloqueando el Callao. El comodoro Riveros ha bombardeado ese puerto. Aprovechando esa coyuntura, introdujimos en uno de los barcos que abastecen a la escuadra a Roberto Rodríguez, quien intentará desembarcar en el Callao. Usted y sus agentes harán lo mismo, empleando otros medios.

—¿Mis ayudantes, dice usted? —lo interrumpió El Profesor—. Temo que tendré que ir solo. La señorita Latorre, que es mi principal colaboradora, está postrada por el paludismo, y su acompañante, Elcira Carrasco, no querrá separarse de ella.

—¡Pobre señorita! —lamentó el secretario—. Pero confiemos en que mejorará rápido y podrá partir con usted.

—No lo creo posible. Pero si quiere podemos aguardar unos quince días.

—¡Quince días! ¡Oh, no, qué disparate! El general Baquedano está rabioso de impaciencia. Tendrá que partir usted solo.

Efectivamente, el general Baquedano estaba exasperado por la inmovilidad.

—¡Hasta cuándo esperamos, señor, dígame! —bramó no bien tuvo a El Profesor en su presencia—. No tenemos idea de lo que ocurre en Lima. No sabemos siquiera si el dictador Piérola nos esperará en la capital o establecerá su línea de resistencia más al sur o más al norte. Ignoramos a cuánto ascienden sus efectivos actuales. Tenemos una vaga información de que los enemigos piensan unirse en una Confederación
Perú-Boliviana,
nos han dicho marinos extranjeros que se ha dictado en Lima una ordenanza imponiendo el enrolamiento forzoso de todos los ciudadanos entre dieciséis y sesenta años y que el jefe peruano ha exigido los tesoros de la Iglesia para comprar armas. Hasta se ha aventurado que el arzobispo de Lima, monseñor Francisco Orueta y Castrillón, habría cedido esos tesoros…, pero nada en concreto. ¿Para qué tenemos servicio secreto, eh?

El Profesor se tragó el disgusto que le causaba aquel reproche.

—Me trasladaré a Lima en el momento en que usted lo ordene, general —acató—. Si hemos esperado unos días ha sido con la esperanza de ver aliviada a mi principal ayudante, que está enferma.

—Parta usted con quienes estime necesario, señor, pero parta. Tengo todo dispuesto para que pueda entrar en la capital enemiga sin cuidados. Lima está cerrada para todo el mundo. Nadie puede entrar o salir de ella sin salvoconducto. Pero yo puedo meter en ella a unos cuantos de los nuestros.

—¿Cómo, general?

El comandante en jefe del ejército sonrió con cierta jactancia.

—El presidente de la Cruz Roja de Lima, monseñor José Antonio Roca, valiéndose del encargado de Negocios del imperio del Brasil, don Julio de Mello e Alvim, ha solicitado de nuestro comodoro Riveras que se permita la venida de un barco transporte peruano para recoger los muchos heridos de esa nacionalidad que tenemos en Arica y Tacna —explicó—. Como ya autorizamos, hace unas semanas, para que nuestros barcos *Coquimbo* y *Luxor* transportaran al Callao los heridos peruanos, hemos decidido conceder el «pasavante» para que ese barco venga a Arica. Este es el vapor *Limeña*, que partió ya del Callao el 24 al mediodía. Llegará a su destino el 28 o 29 y demorará en recoger los heridos hasta el 3 o 4 de julio. En él irán hasta el centro del Perú los heridos, algunos muertos ilustres, las rabonas que acompañaban a los soldados y cinco monjas de la caridad que eran las sostenedoras del convento de San Ramón. Seguramente embarcarán también mujeres y niños extranjeros que huyen de nosotros. ¿Comprende usted lo fácil que nos será introducir entre ellos todos los agentes secretos que precisemos?

—Es un magnífico medio —reconoció El Profesor.

—Pues, úselo y no se hable más. Pero grábese bien esto: necesito toda la información de guerra antes del 1.º de agosto.

El Profesor aguardó hasta el último momento, con la esperanza de poder llevarse consigo a Leonora. Pero llegó el *Limeña*, los heridos fueron embarcados, se repletaron las cubiertas de familias extranjeras que huían y la agente seguía postrada en el lecho. Aun cuando ya había pasado el peligro, el doctor Gutiérrez rechazó toda

posibilidad de que ella pudiera ir a Lima.

—No se moverá de aquí, señor, hasta que la embarquemos en un buque que vaya hacia Chile, donde será recibida en Valparaíso por sus parientes. Y aún más, en su hogar deberá convalecer durante un mes, por lo menos.

El Profesor tuvo que resignarse. Aunque contrariado, se inclinó sonriendo sobre el lecho de la enferma.

—Me marcho, Leonora —le dijo—. No sabe cuánto lamento no llevarla; me hará usted una falta enorme. Pero, en fin, ¿qué hemos de hacerle? Se cumplen sus deseos.

—No son mis deseos los que se cumplen, Profesor —murmuró quedamente la joven—; es el destino. Yo había decidido seguir la campaña con usted.

El jefe del servicio secreto le estrechó la mano efusivamente.

—Bien, mi amiga —le dijo—, confío en que se mejore pronto. Va a volver a su hogar y me alegro por ello. Ha trabajado mucho en estos años y se tiene merecido un descanso. Pero recuerde: usted es un soldado en esta guerra, como todos los que estamos luchando por la victoria final. Y tiene un puesto propio en las filas que no puede ocupar otra persona…

—Por favor, don Abelardo, no me imponga que regrese.

—Lo dejo a su conciencia, Leonora. Allá, en Lima, estaremos Roberto Rodríguez y yo… esperándola. Y la patria necesitará en la campaña que se avecina su reconocida habilidad. No le digo más, amiga mía. Que se restablezca pronto. Hasta la vista, Leonora.

—Adiós, Profesor.

—No, señora. Hasta la vista he dicho. No quiero despedirme de usted por largo tiempo. Hasta la vista, Leonora.

El transporte *Limeña* iba a zarpar hacia el Callao al atardecer del 3 de julio, llevando cerca de un millar de heridos. En los últimos momentos del embarco se desató en el muelle una violenta reyerta, porque los tripulantes del *Limeña* se oponían tenazmente a que se embarcaran los heridos bolivianos. Tuvo que intervenir el comandante de armas de Arica, coronel Valdivieso, para que los oficiales del Altiplano encontraran espacio en la cubierta atestada

de heridos y extranjeros.

Mezclados entre estos últimos iban El Profesor y un mozo joven y delgado que Máximo Lira le había proporcionado como ayudante. Se llamaba Ruperto Ariztía y venía directamente del Ministerio de Relaciones Exteriores de Santiago.

Poco antes de que los agentes secretos llegaran a confundirse con los viajeros, el encargado del barco de la Cruz Roja, capitán de navío Ascárate, pidió permiso al coronel Valdivieso para recoger y embarcar los cadáveres de los coroneles Bolognesi, Raygada, More y Zavala, que estaban enterrados en las ruinas del Fuerte del Morro, donde cayeron.

El jefe de armas de Arica no sólo accedió a este pedido, sino que ordenó que los cuerpos fueran descendidos en hombros de soldados chilenos y trasladados a la iglesia, en donde se les hicieron solemnes honras religiosas. Luego, los ataúdes escoltados por dos compañías del escuadrón «Cazadores», al son de marchas fúnebres, fueron conducidos al muelle. Una comitiva presidida por el propio coronel Valdivieso los acompañó y permaneció rindiendo honores a los héroes peruanos hasta que fueron subidos al *Limeña*.

Emocionado, el comandante Ascárate se despidió de los jefes chilenos y dio la orden de zarpe. El barco Cruz Roja partió hacia el Callao llevando en su vientre, como moderno caballo de Troya, a los agentes secretos chilenos que tenían por misión abrir las puertas de Lima.

Dos días más tarde, las autoridades sanitarias del ejército chileno determinaron la evacuación inmediata de Arica y Tacna de todos los enfermos de males contagiosos.

Leonora recibió la noticia de labios del propio doctor Gutiérrez, en momentos en que la visitaba el capitán Rodríguez. Éste fue el más impresionado.

—¿No podríamos dejar a Leonora aquí, doctor? —protestó.

—Es imposible, capitán. La orden es perentoria.

—¿Cuándo me llevarán, doctor Gutiérrez? —le averiguó ansiosamente la joven.

—Mañana, señorita. Se ha fletado expresamente el vapor *Santa Rosa* para que evacúe a los enfermos. Zarpará en las primeras horas de la tarde; a las dos o las tres.

Leonora volvió su rostro exangüe hacia el capitán Rodríguez,

cuyo pesar era notorio.

—Mi estimado amigo —le dijo—, siempre lo he considerado un hombre de sentimientos y por eso me atrevo a pedirle que me haga un favor muy especial. ¿Puede usted conseguir que Alberto venga a despedirme?

Rodríguez pensó un momento y acto seguido se puso de pie:

—El «Esmeralda» anda por la sierra, a la altura de la quebrada de Calientes —le explicó—. Si no se me revienta el caballo antes de llegar, le traeré al subteniente Cobo. Pero debo partir al momento.

—Gracias, Manuel. De todo corazón, muchas gracias.

Pese a usar múltiples pretextos para retardar cuanto pudo su partida, Leonora fue embarcada en el *Santa Rosa* alrededor de las dos de la tarde del día siguiente. Se la autorizó para viajar acompañada por Elcira, que se empeñó en que también había prestado servicios que la hacían merecedora a un descanso. En el fondo, sólo deseaba no apartarse de «su señorita». Clementina las acompañó hasta el barco y se mantuvo con ellas en cubierta, mientras el doctor Gutiérrez buscaba una ubicación cómoda para la agente. Gracias a las instrucciones privadas que había dado Máximo Lira, le fue facilitada la cámara del segundo comandante del barco.

Sin embargo, Leonora se negó a descender hasta que la nave se pusiera en movimiento. Envuelta en gruesas mantas, permaneció sentada en una silla, con la mirada fija en el muelle de Arica.

Corrieron los minutos y no se hicieron presentes ni el capitán Rodríguez ni Alberto Cobo. Leonora sentía que la depresión iba apoderándose lentamente de ella.

A las tres, ya no quedaban más visitas a bordo, y el doctor Gutiérrez, que terminaba de comprobar que todos los enfermos habían sido instalados en buenas condiciones, pasó a recoger a Clementina para llevársela a tierra.

—Voy inmediatamente, doctor —le respondió la enfermera, abrazando estrechamente a su amiga—. Lo siento, Leonora. Seguramente Alberto no alcanzó a llegar. Pero yo le diré con qué ansiedad lo esperaste. Adiós, querida. Si encuentras a mi madre en Santiago, abrázala en mi nombre. Tranquilízala y dile que, en homenaje a Rafael, debo seguir trabajando en la Ambulancia. Adiós, Leonora.

Se besaron rápidamente y la muchacha se alejó en pos del

cirujano. Leonora quedó mirándola con los ojos húmedos de lágrimas.

En ese instante atracaba al costado del barco la última lancha. En ella venía, inconfundible por su estatura, su barba bíblica y su brazo izquierdo muerto, el coronel Santiago Amengual. Por un segundo, Leonora concibió la esperanza de que junto al exjefe del «Esmeralda» viniera Alberto, pero el veterano llegaba acompañado sólo por su ordenanza. Dignamente subió a la cubierta. Cuando cruzaba frente al lugar en que estaba Leonora, la joven no pudo contenerse y lo abordó:

—Coronel Amengual, perdóneme usted.

El militar se volvió y la reconoció de inmediato. En su rostro se marcó una compasiva extrañeza al verla enferma y tan desmejorada.

—Señorita —exclamó solícito—. ¿Qué le ha ocurrido?

—No es nada importante, coronel. Pero, por favor, dígame usted: ¿no ha visto al subteniente Cobo? Esperaba que viniera a despedirme.

A la memoria del coronel volvió al momento el recuerdo del servicio que había prestado a Leonora, semanas atrás, haciendo ir a Cobo desde el Campo de la Alianza a Tacna.

—No, no lo he visto —le respondió cariñosamente—. Yo tampoco pude despedirme de mis esmeraldinos. Están muy lejos, más arriba de la quebrada de Calientes, en la sierra. Es difícil y largo el camino.

Leonora comprendió; Alberto no vendría a decirle adiós. Arrebujándose en las mantas, hundió la barba en el pecho para que el coronel no la viera llorar.

Pero «el viejo» era demasiado sagaz para no darse cuenta. Fingiendo no percatarse de la tormenta interior de la muchacha, le dijo alegremente:

—¡Oh, qué bueno es que la haya encontrado,
m'hija!
Me amargaba la idea de que tendría que viajar solo, encerrado en mi cámara como una lechuza. En cambio, ahora confío en que usted me dejará que vaya a charlarle un rato todos los días a su camarote, ¿verdad? Así nos vamos cuidando los dos, ¿eh?…, como si fuéramos padre e hija, ¿qué le parece, niña?

Leonora tuvo que sonreír, mal de su grado, y al levantar la cabeza su mirada tropezó con la del viejo coronel, que la observaba con ansiosa atención. Apoyada en él y sostenida por Elcira, bajó al camarote que le habían destinado. El coronel se marchó al suyo cuando el barco comenzó a ponerse en movimiento, prometiendo volver tan pronto deshiciera su bolsa de soldado, y Leonora, más tranquila, comenzó a acostarse.

Entonces Elcira, que ordenaba las ropas de su señora, miró casualmente a través del ventanillo que daba hacia la costa y vio a dos jinetes que detenían sus cabalgaduras en la playa. Eran el capitán Rodríguez y Alberto Cobo. La mujer prefirió no escarbar más la herida de su ama y no le dijo nada.

Las olas pasaban raudas lamiendo a veces hasta el redondo ventanillo que daba luz al camarote de Leonora.

Ésta permanecía casi inmóvil, con los ojos fijos en el techo, viviendo de las imágenes de su memoria y terminó por dormirse. Al día siguiente, el crujir del barco y el ruido de las olas la mantuvieron sumida en una especie de modorra que aliviaba su espíritu.

A media tarde, el *Santa Rosa* disminuyó su andar y terminó por detenerse, con bullicioso resbalar de anclas. Dos horas permaneció allí. Se encontraban en Iquique, en donde desembarcarían algunos enfermos de poca gravedad. Al obscurecer, el barco reinició su marcha. Elcira había salido, cuando sonaron golpes discretos en la puerta del camarote. Era el coronel Amengual.

—¡Puff, cuánto me ha costado encontrar este dichoso camarote! —resopló—. ¿Cómo está usted, hija? ¿Bien? Me alegro. ¿No necesita nada?

—Nada, coronel. Gracias por venir a verme. ¿Bajó usted a tierra?

—Sí, muchacha, y vengo furioso. ¡Ah, estos condenados enemigos! ¿Quién los entiende?

—¿Malas noticias, don Santiago?

—Pésimas, niña, pésimas. Acaba de dármelas el jefe de armas de Iquique, Patricio Lynch. ¿Imagina usted lo que han hecho los

peruanos? Pues, nada menos que hundir en el Callao a nuestro transporte *Loa*, anteayer 3 de julio.

Era la demostración de su ánimo de continuar la guerra. Leonora lo captó al momento.

El *Loa* había partido hacia el Callao el 18 de junio llevando a las ambulancias peruanas y bolivianas que habían quedado en Arica. Transportaba, generosamente, a 510 heridos y a 120 enfermos. Desembarcó a los bolivianos en Mollendo y atracó en el Callao el 23 de junio. Después de desembarcar a los heridos se retiró hasta la línea en que estaban sus compañeros, los barcos bloqueadores chilenos. El 3 de julio los peruanos lo hacían volar por los aires, mediante una balandra repleta de dinamita que lanzaron contra su costado. El barco se hundió en ocho minutos, arrastrando con él a sus 200 tripulantes. Cuando los buques neutrales *Thetis, Garibaldi, Decres* y *Alaska* procedieron al salvamento, los tiburones habían dado cuenta de 118 marinos, incluido entre ellos el propio comandante Peñas.

—Y así nuestro Gobierno habla de paz —resumió el coronel Amengual—. Viendo que los enemigos están dispuestos a continuar la lucha hasta el último hombre, el presidente Pinto y su ministro Santa María sofrenan los legítimos ímpetus del país, tentando llegar a un pacto de paz. La única paz estable será la que se firme en Lima, después de una guerra a fondo. Ya me lo decía el comandante Lynch: todos los días pasan por Iquique telegramas del general Baquedano pidiendo al ministro de la Guerra que acelere el reclutamiento de nuevo contingente para elevar el ejército a 18 000 hombres. ¡18 mil soldados no más! En cuanto los tengamos en Arica, saltamos sobre Lima y, ¡zas!, se acabó la guerra.

El 9 de julio al mediodía, el *Santa Rosa* entró pausadamente a la bahía de Valparaíso. La atmósfera cada vez más fresca había aliviado considerablemente a Leonora, que ya caminaba sin necesidad de ayuda. Cuando el barco enfiló su proa hacia el muelle de la Bolsa, ella había salido a cubierta, envuelta en una manta de soldado. Aunque el día invernal estaba frío, una luminosidad blanca destacaba el pintoresco panorama de la ciudad equilibrada en los

cerros del puerto. El telégrafo había anunciado la llegada del barco y en el muelle se divisaban carros ambulancias, coches y carretas para recibir a los enfermos. En el tope de la torre del reloj flameaba una bandera tricolor y, formada detrás del muelle, una banda de músicos municipales solemnizaban el arribo de los excombatientes con sus sones.

Mientras el barco botaba sus anclas y los lanchones se ordenaban a sus costados para ir recogiendo a los pasajeros, Leonora permanecía aferrada a la borda, ansiosa de abarcar íntegramente el paisaje tanto tiempo añorado. Junto a ella estaba Elcira, enmudecida por la emoción; hacía diez años que dejara Chile; nueve de ellos los pasó en Antofagasta y el décimo, en las vicisitudes del servicio secreto.

El coronel Amengual, siguiendo hasta el último momento el papel paternal que se había adjudicado, se preocupó del desembarco. Desde Caldera había enviado un telegrama al padre de la joven y su ordenanza bajó al primer lanchón, junto con los de su jefe, los bultos de las dos mujeres.

El encuentro de don Aníbal Latorre con su hija fue enternecedor. El anciano la mantuvo apretada contra su pecho durante largos minutos, acariciándole la cabeza, mirándola a los ojos una y otra vez, como si le fuera difícil convencerse de que era realidad lo que estaba viviendo.

Con el rostro hundido en su hombro, Leonora lloraba suavemente.

El coronel Amengual, contagiado por la emoción, no se decidía a retirarse para ir en busca de su familia. Por fin, cuando vio a padre e hija más tranquilos, se despidió.

—He tenido una verdadera satisfacción al poder ayudarla, Leonora —dijo a la joven—; y espero volver a encontrarla de nuevo allá, en el norte.

—¿En el Perú otra vez, coronel? —exclamó el señor Latorre—. ¡No, no! Basta ya. Mi hija no vuelve a abandonar su casa. Vea usted cómo me la devuelve la guerra: delgada, enferma, traslúcida como un espectro.

Una voz varonil vino a interrumpirlos. Era la de Eulogio Altamirano, que surgía de entre la gente llamando al coronel Amengual.

—¡Coronel, qué gusto verlo! —exclamó efusivamente—. Creí que no iba a encontrarlo en medio de la multitud. Su esposa y sus hijas están en mi oficina de la Gobernación Marítima, esperándolo.

—Con razón no las veía por ninguna parte —rió el veterano, palmoteando un hombro del comandante general de marina—. ¿Y cómo demonios fueron a dar a su oficina, Altamirano?

—Yo las llevé. Quería tener la certeza de que lograría hablar con usted antes de que siguiera viaje a Santiago.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué ese interés tan grande? ¿Ocurre algo especial?

—Trascendental, coronel. El gabinete de Santa María ha sido derribado. No pudieron ponerse de acuerdo las dos corrientes que lo animaban. Usted sabe que el ministro Gandarillas abogaba por la continuación de la guerra, y Santa María, por la paz. Intervino la opinión pública, y el Ministerio se quebró.

—¿Y han sido designados ya los nuevos ministros, don Eulogio?

—Anteayer, coronel. —Altamirano le confió discretamente—: Y este nuevo Ministerio, aunque es en parte reflejo del presidente Pinto, se pronunciará por la continuación de la guerra.

Leonora y su padre se estremecieron. El coronel Amengual frunció las cejas, y preguntó a su interlocutor:

—¿Quiénes lo componen?

—Interior, Manuel Recabarren; Relaciones Exteriores, Melquíades Valderrama; Hacienda, José Alfonso; Justicia e Instrucción Pública, Manuel García de la Huerta, y Guerra y Marina, Eusebio Lillo.

—¿Eusebio Lillo? —saltó al punto el coronel, escandalizado. Lillo era el distinguido poeta autor de los versos del Himno Nacional chileno, diplomático de carrera, y, aunque se desempeñaba en esos momentos como secretario del comandante en jefe de la escuadra, no había sido nunca militar.

—Ahí está el quid del asunto, coronel —expresó Altamirano, con el rostro radiante de contento—. Sabemos que Eusebio Lillo no aceptará la cartera y entonces… la asumirá el comandante José Francisco Vergara, el de las audaces cargas de caballería. Le aseguro que entrará en Lima precedido por un centenar de clarines y timbaleros lanzados al galope tendido.

13

Cuando Leonora Latorre llegó a Santiago, se había operado una gran transformación de orden psíquico. El pueblo había adquirido un aplomo extraordinario; los que platicaban en las calles, en los clubes, en las casas tenían cierto airecillo discursivo y sus palabras reflejaban una seguridad absoluta en la victoria. Esta ciega y temeraria confianza era la que estaba creando un conflicto al Gobierno. El presidente Aníbal Pinto tenía atendibles razones para no desear la continuación de la campaña. El costo de la guerra había sido de 34 millones de pesos durante el año y la campaña sobre Lima representaría un desembolso de 40 millones o más. En cambio, las entradas de la nación estaban calculadas en 18 o 20 millones.

Cuando, tal como era de esperarlo, Eusebio Lillo rechazó la cartera de Guerra y Marina y Pinto se vio obligado a ofrecérsela al coronel Francisco Vergara, por no haber otro hombre que tuviera bastantes méritos para desempeñarla, tuvo que franquearse con él.

—Tengo que confiarle que existen dos corrientes secretas que están buscando un pacto de paz —le dijo—. Una que encabezan los embajadores de Estados Unidos en Lima, La Paz y Santiago, y otra que mueven los embajadores de Inglaterra, Francia e Italia. Tengo la esperanza de que una de esas dos comisiones conseguirá que lleguemos a discusiones con los gobiernos de Perú y Bolivia.

—Comprendo —reconoció Vergara—. Y en espera de que se produzcan esas discusiones no puede usted acelerar los preparativos para la campaña sobre Lima.

—Exactamente. No quiero estropear la posibilidad de terminar la guerra.

El comandante Vergara se quedó pensativo. Sabía que el pueblo

clamaba por más conquistas. Y el Congreso, por su parte, exigía más acción y el asalto inmediato de Lima.

—¿Cuál es la opinión del general Baquedano, Excelencia? —preguntó a su interlocutor.

—¡Guerra!… ¡Guerra y más guerra! Me escribe y telegrafía constantemente. Estima que necesitará 18 000 hombres para la campaña y 4000 para dejar guarneciendo la línea de Tacna y Arica. Su plan es desembarcar esos 18 000 en dos partidas en la caleta de Chala, al sur del Callao. La primera mitad se establecerá en Lurín, tres leguas al sur de Lima, y ahí esperará a la otra mitad.

A simple vista se percibía la puerilidad del plan del general. Vergara tuvo que reconocerlo.

—Dar el salto sobre Lima no es tan simple como el general Baquedano se lo figura —resumió el presidente—. Yo creo que se necesitan 20 000 soldados para atacar la capital peruana, 5000 para guarnecer Tacna y Arica y 10 000 de reserva, o sea, un total de 35 000 hombres. ¿Y de cuántos disponemos actualmente?

—De unos 16 000, incluyendo los nuevos cuerpos que se han mandado al norte.

El ministro de la Guerra guardó silencio, abrumado por las cifras. En cambio, el presidente siguió perorando con frialdad. En el fondo, él tenía otra idea.

—Debemos aumentar el ejército, estoy de acuerdo —dijo—, y acondicionarlo para que pueda entrar exitosamente en batalla en el momento oportuno, pero es imprescindible que posterguemos ese momento hasta agotar todos los recursos para llegar a un arreglo con Perú y Bolivia.

—O sea —interpretó Vergara—, no contrariar los deseos del pueblo y del Parlamento, demostrándoles que se activa la campaña a Lima, pero condicionar la verificación de ella a los resultados de las convenciones en pro de la paz, que se realizarán secretamente.

—Eso es, señor Vergara.

Leonora había vuelto a su hogar. Solícitamente cuidada por su padre y su tía Clara, que había venido desde San Felipe, la joven convalecía con rapidez. Pero una sensación injustificable de soledad

la iba envolviendo a medida que pasaban los días. Vagando por el jardín, en donde antes de la guerra sostuvieron largas conversaciones con Alberto, dejaba correr las horas, sumergida en sus recuerdos y buscando sustraerse de las noticias que agitaban a la capital. Pero inútil; la servidumbre, su padre y hasta su cándida tía Clara vivían pendientes de los periódicos y de los rumores que se oían en los corrillos callejeros. Así fue enterándose de la ruda lucha que tuvo que sostener el señor Vergara para que el Congreso aprobara su nombramiento como ministro de la Guerra y Marina, lucha en la cual el bando de la oposición esgrimió la malquerencia que existía entre él y el general Baquedano. El comandante había cometido un desliz imperdonable. Después de la batalla del Campo de la Alianza, furioso porque el general segmentó la caballería para no entregarle su mando total, viajó a Chile y declaró a los periodistas que la victoria de Tacna no era tal, ya que los ejércitos peruano y boliviano se habían retirado intactos, y que, por tanto, la batalla debía compararse al desastre de Tarapacá. Aun cuando el señor Vergara, midiendo su error, intentó después retractarse, ya el enojo del general Baquedano y del coronel Velásquez estaba encendido.

A fin de conseguir la aprobación de su nombramiento y el apoyo de la Cámara de Diputados, el comandante Vergara tuvo que negociar con el Partido Conservador. Y el precio que pagó por el apoyo de este partido, decisivo para él, fue la promesa de acelerar la campaña y llevarla hasta Lima.

Aunque cuando ella no quisiera confesárselo, estas noticias interesaban profundamente a Leonora. Igual cosa le pasaba a Elcira. Ninguna de las dos se acostumbraba a la calma hogareña, y vagaban por la casa como sombras, evitándose.

Una tarde a fines de agosto en que entró al dormitorio de Leonora llevando un tazón de chocolate, se enhebró entre ellas, sin poderlo evitar, la conversación que rehuían.

—Tómese el chocolate caliente, Leonorcita —la reconvino Elcira con autoridad—. Estamos en invierno y hace frío.

—Es verdad —suspiró la joven—. Viviendo en las tierras del norte estos últimos años no había tenido la ocasión de recordar los días fríos de Santiago. Créeme que aunque me encuentro en mi casa, en verdad sigo viviendo allá. Cierro los ojos y veo las ciudades

en donde hemos estado, el mar, la sierra…, los rostros de los soldados, de los jefes…, y, sobre todo, los de El Profesor. De don Roberto Rodríguez, de Clementina, de Alberto, del capitán Manuel Rodríguez…, y hasta el del general Buendía. ¡Oh Elcira, es que ése llegó a ser nuestro mundo! Vivimos y vibramos en él. Todo lo que tenía importancia en nuestra vida lo dejamos allá. ¿Qué somos ahora? Dos mujeres inútiles, vacías, sumidas en el vacío de una casa muerta.

—Es verdad —reconoció Elcira con un dejo de vergüenza—. Nos acostumbramos a la guerra; ya no sabremos vivir si no es en acecho, sintiendo la nerviosidad del peligro. ¿Qué vamos a hacer, Leonorcita?

—No lo sé…, no lo sé. Ojalá sobrevenga la paz. Así regresarán todos del norte y nos aquietaremos.

Aquella misma noche, al entrar su padre en el comedor enarbolando un periódico, Leonora creyó que se cumplía su deseo.

El diario informaba que había llegado a Santiago el embajador de Estados Unidos en Lima, el señor Christiancy, y que, por infidencias de empleados de La Moneda, había salido a luz que el Gobierno estaba en manejos subterráneos para pactar la paz con los enemigos.

Pero, junto con hablar de paz, todos los diarios informaban sobre una nueva ofensiva que estaba preparando el capitán de navío Patricio Lynch con tropas adiestradas por él mismo en Iquique.

—Francamente no lo entiendo —confesó Leonora después de leer las informaciones—. ¿Cómo puede el Gobierno estar pactando una paz con los enemigos y, al mismo tiempo, atendiendo a nuevos planes de campaña?

Todos los chilenos se hicieron la misma interrogación; nadie se lo explicaba. Y las calles se llenaron de gente enfurecida, que protestaba ante la perspectiva de una cesación de la guerra que dejara a los adversarios casi incólumes.

El propio presidente Pinto fue apremiado por sus ministros en un consejo especial de Gabinete.

—Hasta ahora, señores —les dijo—, había confiado en que los representantes de Estados Unidos: mister Osborn, embajador en Chile; mister Christiancy, en Perú, y mister Adams, en Bolivia, conseguirían restablecer la paz entre las tres naciones. Ayer el

embajador Christiancy vino a decirnos a su colega Osborn y a mí que tiene plena seguridad de que el Director Supremo del Perú, general Piérola, se avendrá a llegar a un arreglo de paz, aceptando las condiciones que nosotros imponemos, especialmente la que se refiere a la anexión definitiva a nuestro patrimonio nacional del territorio de Tarapacá. Pero, por otros conductos, por medio de nuestros agentes secretos establecidos en Lima, hemos sabido que el pueblo peruano no soporta la idea de perder Tarapacá, y que en la capital enemiga no se habla sino de continuar la guerra. Con los embajadores estadounidenses hemos establecido realizar conferencias a bordo del barco norteamericano *Lackawanna*, que fondeará especialmente en Arica con este objeto.

—Y consideradas las informaciones sobre el ánimo del pueblo del Perú, Excelencia, ¿cree usted que esas conferencias puedan llegar a un resultado satisfactorio? —lo interrumpió uno de sus ministros.

—Ahora comienzo a sospechar que el Gobierno de Piérola persiste en la realización de esas conferencias con una intención oculta o simplemente dilatoria —continuó el presidente—, pero mientras tengamos una posibilidad de conseguir la paz en las condiciones que exigimos, no debemos abandonar el intento. Además, nada nos impide agregar nuevos hechos que hagan que los enemigos se sientan cada vez más necesitados de aceptar la paz.

—¿Cuáles hechos, presidente?

—La destrucción de sus valles azucareros, por ejemplo; el asalto a las ricas fincas algodoneras y fruteras del norte del Perú…

—¡La expedición Lynch! —exclamaron varios ministros al unísono.

—Ustedes lo han dicho, señores. Ésa es la razón por la cual he prohijado el plan del comandante Lynch. Su propósito es el siguiente: Embarcar una cantidad suficiente de soldados de los que tiene en Iquique y vaciarlos en los departamentos del norte del Perú; recorrer con ellos los puertos, comenzando por Paita y terminando por Quilca. Internarse en los valles más productivos de esa región, imponer contribuciones a los dueños de plantaciones, destruir los ferrocarriles, en pocas palabras, desorganizar por completo la vida económica de esa región y anular, de este modo, las únicas fuentes de recursos que van quedando a la nación

adversaria.

—¿Y qué objetivo específico se conseguirá con ese vandalaje? —quiso saber el ministro de Relaciones Exteriores.

—¿Qué otro medio mejor existe para inclinar a los potentados que mandan a la nación peruana hacia la petición de paz? Derramándoles su oro, ¿no les haremos sentir en la forma más directa la tragedia de la guerra?

Todos los ministros guardaron un asombrado silencio y aprobaron con inclinaciones de cabeza. El presidente prosiguió:

—La razón que me mueve a dar mi conformidad al comandante Lynch para que emprenda su campaña se basa exclusivamente en la confianza en que la destrucción que haga en territorio enemigo será lo bastante elocuente como para convencer a sus gobernantes de que les es conveniente aceptar la paz, sin tapujos, tal como los embajadores norteamericanos, actuando como intermediarios, van a proponérsela. ¿Están ustedes de acuerdo, señores ministros?

El voto de aprobación fue unánime.

—Bien —concluyó Aníbal Pinto—. Daremos entonces el pase al comandante Patricio Lynch para que parta de Iquique con su cuerpo expedicionario.

La «Expedición Lynch» pasó el 4 de septiembre por Arica. Se componía de un batallón del «Colchagua», otro del «Talca», 800 hombres del «Buin», un escuadrón de granaderos a caballo, tres cañones Krupp de montaña y una sección de ingenieros, mandada por el infatigable Stuven. Como secretario general de la brigada iba el señor Daniel Carrasco Albano. El total de los expedicionarios sumaba 2000 hombres.

La expedición desembarcó en la bahía de Chimbote, al sur del río Santa, en donde existía una rica hacienda azucarera, a cuyos dueños Lynch impuso un cupo de cien mil soles. Amenazados éstos por el dictador Piérola de ser declarados traidores al Perú y despojados de sus bienes, se negaron a pagar. Lynch, con frialdad absoluta, ordenó incendiar la plantación. Así comenzó a galopar por los departamentos norteños del Perú la antorcha incendiaria que esgrimiría el hombre que, por estos hechos, habría de hacerse

acreedor al apodo de «Príncipe Rojo».

Pero la reacción que se produjo en el pueblo peruano fue justamente la contraria a la que buscaba el comandante Lynch.

> *Como ya te lo he indicado, explicándote el objeto de la expedición —decía en una carta al presidente Pinto—, la parte ofensiva de ella se reduciría a imponer contribuciones de guerra y a batir las fuerzas inferiores que se opusieran a mi proyecto. De ninguna manera comprendería su objeto causar daños que no nos reportaran un beneficio directo. Con operaciones de esta naturaleza, lejos de alcanzarse el fin natural de la guerra, se obliga al enemigo a negarse a toda transacción, porque con ellas se hace nacer la desesperación de unas luchas sin término ni cuartel.*

No corrieron muchos días sin que quedaran confirmadas sus palabras. El 16 de septiembre, cuando el pueblo chileno se aprestaba para celebrar las Fiestas Patrias, los periódicos publicaban una impresionante noticia. Los peruanos hundieron la goleta *Covadonga*, que bloqueaba la caleta Chancay, situada al norte de la costa enemiga. El procedimiento fue el mismo usado contra el transporte *Loa*: una enorme carga de dinamita oculta en una hermosa balandra. El jefe de la *Covadonga*, el bisoño capitán Pablo S. de Ferrari, al divisar la barca sin tripulación, próxima a su nave, ordenó que se la izara a bordo. En el instante en que la balandra se despegaba del agua hizo explosión, abriendo un enorme boquete en el costado de la cañonera. La heroica compañera de la *Esmeralda* se hundió en tres minutos, arrastrando a sus 139 tripulantes. Sólo un bote quedó a flote y en él se salvaron 29 marineros, otros 40 fueron recogidos por lanchas peruanas y apresados. El resto murieron ahogados, incluyendo al propio comandante Ferrari.

Fue un rudo golpe para el pacifista presidente Aníbal Pinto. Además, se hizo público que todos los comandantes de naves chilenas estaban enterados de este nuevo tipo de armas usadas por los enemigos y dio pie para que los parlamentarios opositores acusaran de negligencia e ineptitud a los conductores de la guerra.

El presidente no encontró la forma de defenderse. El Profesor le había informado oportunamente.

Al difundirse la noticia, se presentó ante él el ministro Vergara. Sombrío le preguntó:

—Perdóneme, Excelencia, pero ¿sigue usted manteniendo esperanzas de llegar a un acuerdo de paz en la conferencia que se realizará en Arica?

—Si he de decirle la verdad, Vergara —suspiró Aníbal Pinto—, ya no espero nada de ella. Pero, de todos modos, la realizaremos. Puede producirse un milagro.

—Sea como usted quiere, Excelencia. ¿Tiene usted ya los nombres de las personalidades que se reunirán en el crucero *Lackawanna*?

El presidente le alargó un pliego. Por parte de Chile asistirían los señores Vergara, Eusebio Lillo y Eulogio Altamirano. En representación del Perú, el abogado Antonio Arenas y el capitán de fragata Aurelio García y García. Los delegados bolivianos eran los ministros Baptista y Carrillo. La conferencia tendría lugar a mediados de octubre.

—¡Hum! A mediados de octubre —calculó Vergara—. Entonces podremos estar en marcha sobre Lima a mediados de noviembre.

—No tiene usted la más mínima esperanza en el éxito de la conferencia, Vergara.

—Categóricamente no, señor. Por eso es que no he abandonado un solo instante la preparación de nuevo contingente y lo he estado enviando al norte en todos los barcos de que he dispuesto. ¿No cree usted que la más elemental prudencia nos exige proseguir nuestros aprestos, sin dejarnos alucinar por esa remota posibilidad de paz?

—Tiene usted razón. Continúe con los preparativos. —Hizo una pausa y, súbitamente, preguntó a su interlocutor—: A propósito, ¿tiene usted información sobre el paradero de cierta agente secreta llamada Leonora Latorre?

—Tuve la oportunidad de verla en funciones en el Perú. Excelencia, pero no he sabido más de ella. ¿Por qué?

—La reclama El Profesor con gran insistencia. En respuesta a nuestros requerimientos de un mejor servicio de informaciones, exige su envío a Lima. Nuestra situación es absurda, no sabemos nada sobre las fuerzas que puede oponernos el dictador Piérola, no conocemos el terreno que tendremos que cruzar, ni por dónde podríamos desembarcar nuestras tropas, ni dónde hay agua, ni

dónde existen campos para forrajear nuestro ganado… En pocas palabras: más allá de las primeras líneas de nuestro ejército, todo es un misterio.

—El servicio secreto debe ampliar sus funciones —le observó Vergara.

—Su personal es muy escaso. No hay muchos que quieran arriesgarse a cumplir labores tan peligrosas. He escrito a nuestro embajador en Ecuador, don Joaquín Godoy, y el consejo que él me ha mandado es el mismo que indica El Profesor: «Mande a Lima a Leonora Latorre».

—Bien —dijo—. Será preciso ubicarla donde esté y mandarla. La encontraremos, Excelencia.

La corbeta norteamericana *Lackawanna* fondeó en Arica el 21 de octubre. A la mañana siguiente, todos los delegados se reunieron a bordo del barco. En él los aguardaban los representantes de Estados Unidos: mister Christiancy, embajador en Perú; mister Adams, embajador en Bolivia, y mister Osborn, embajador en Chile.

La conferencia comenzó con grandes muestras de civilización y cultura. Llegado el momento oportuno, el ministro Vergara planteó las condiciones en que el Gobierno de Chile aceptaría llegar a un tratado de paz.

—Ellas son dos —dijo—. La primera, una justa compensación de los gastos y sacrificios que ha hecho nuestro país para sostener la guerra a que fue provocado. Y la segunda, una garantía de que en un tiempo más o menos largo no será incitado a una nueva lucha por los mismos Estados que ahora se deciden a aceptar condiciones de paz.

El abogado Arenas, representante del Perú, solicitó:

—Ruego al señor plenipotenciario chileno se sirva explicar qué es lo que entiende por «una justa compensación».

—La compensación será de dos clases —le aclaró Vergara—: al Estado y a los particulares. Entendemos por particulares a los chilenos expulsados del Perú y a aquéllos cuyos bienes fueron confiscados por Bolivia.

—¿Cuál es la compensación al Estado, calculada por el Gobierno

de Chile? insistió el señor Arenas.

El ministro Vergara declaró:

—Nuestro Gobierno exige como garantía de seguridad futura y como compensación por todos los gastos que le ha demandado esta guerra, la entrega incondicional de todos los territorios ubicados al sur de la quebrada de Camarones.

Tanto los representantes del Perú como los de Bolivia se pusieron de pie como impelidos por un resorte y sus voces de protesta formaron un alboroto que duró más de un minuto. Con dificultad, el embajador Osborn consiguió aplacarlos y Vergara pudo continuar:

—Y como compensación a los particulares, nuestro Gobierno pide veinte millones de pesos, de los cuales cuatro, cuando menos, deben ser pagados al contado, guardando Chile en su poder Tacna y Arica hasta que se cancele el saldo. Además, Perú y Bolivia deberán costear la mantención de las tropas que permanecerán en esas ciudades. Terminada la ocupación, Arica sería desarmada y reducida a la condición de plaza comercial.

Otra vez volvieron a protestar los delegados de la alianza.

—Por último —dijo—, se exigirá la adopción de algunas medidas de orden político. Ellas son: la anulación del tratado secreto entre Perú y Bolivia y del Pacto de Confederación Perú-Boliviana.

Y también la devolución del transporte *Rímac*.

La conferencia tuvo que ser interrumpida, en vista de las airadas protestas de los delegados de la alianza. Aun cuando se intentó reanudarla varias veces, fue absolutamente imposible. Temerosos de que allí mismo se perdiera toda posibilidad de llegar a un arreglo, los embajadores norteamericanos levantaron la sesión hasta el 25 de octubre.

La segunda conferencia comenzó en un clima de tensión abiertamente belicosa. Después de un preámbulo apaciguador, el embajador Christiancy le otorgó la palabra al abogado Antonio Arenas, para que expresara las condiciones estipuladas por los gobiernos de Perú y Bolivia. El indicado dijo fríamente, marcando cláusula tras cláusula:

—Primero: Desocupación inmediata del territorio boliviano y peruano y retroceso a la situación existente el día de la ocupación

de Antofagasta. Segundo: Devolución al Perú del *Huáscar* y la *Pilcomayo*. Y tercero: Indemnización por parte de Chile por los gastos efectuados en la guerra por el Perú y Bolivia.

El ministro Vergara dio un violento golpe sobre la mesa.

—¡Señores, esto es un sarcasmo! —gritó—. Es buscar la continuación de la guerra. Las condiciones exigidas por Perú y Bolivia, vencidos en los campos de batalla, se contraponen abiertamente con las solicitadas por Chile.

El abogado Arenas le replicó, imperturbable, casi sardónico.

—«Señor Plenipotenciario, si se insiste en la primera base, presentándola como condición indeclinable para llegar a un arreglo, la esperanza de la paz debe perderse por completo». «Los representantes del Perú deplorarán este resultado como patriotas, como americanos y como amigos sinceros de la humanidad».

Lo que el pueblo chileno adivinó desde que comenzaron a correr los rumores de paz, se reveló entonces a los delegados del presidente Pinto: No había entendimiento posible entre los beligerantes. Y sólo entonces vinieron a descubrir cuál era el juego escondido que pensaban realizar los representantes de la alianza; encauzar las discusiones en forma tal que, finalmente, los embajadores norteamericanos impusieran un arreglo arbitral, un arbitraje forzoso que permitiría a Perú y Bolivia salvar sus territorios situados al sur de Camarones.

Entonces fue cuando el ministro Vergara y sus compañeros creyeron llegado el momento de puntualizar hasta dónde llegaría la tolerancia de Chile.

—«La paz la negociará Chile directamente con sus adversarios, y no habrá motivo alguno que lo obligue a entregar a otras manos, por muy honorables y seguras que sean, la decisión de sus destinos». —afirmó el ministro de la Guerra y Marina.

—Señores embajadores y plenipotenciarios —lo apoyó el señor Altamirano—, queremos expresar y que se entienda claramente que no hemos venido a estas conferencias con la intención de aceptar arbitrajes. Chile no admite más árbitros que sus propios gobernantes. Por último, nuestro país está intacto, en situación de soportar una guerra que dure diez años. ¿Pueden los aliados decir lo mismo?

—El ejército del Perú envuelve su capital en un círculo de hierro

—advirtió el señor Arenas.

A lo que replicó el señor Altamirano:

—Pero es ya su capital la que defienden, el último refugio. Si ese círculo de hierro es roto, los soldados chilenos caerán como un torrente sobre Lima. ¿Y qué ocurrirá entonces?

Fue el ministro Carrillo, de Bolivia, quien intervino entonces, dando un nuevo cariz a la discusión:

—«Cuando se ofreció a Bolivia la mediación del gobierno de los Estados Unidos de América —dijo—, mi Gobierno y la opinión nacional se persuadieron de que la paz era un hecho, porque esta mediación estaba acompañada de otra palabra: arbitraje».

—Nuestro Gobierno jamás habló de arbitraje con los embajadores norteamericanos —insistió el señor Vergara—. Ruego al señor embajador de Estados Unidos en Santiago la confirmación de mis palabras.

Mister Osborn se levantó ceremoniosamente:

—«Me parece oportuno, así como a mis colegas, hacer constar aquí que el Gobierno de los Estados Unidos no busca los medios de hacerse árbitro en esta cuestión. El cumplimiento estricto de los deberes inherentes a tal cargo le ocasionaría mucho trabajo y molestia y, aunque no dudo de que mi Gobierno consentiría en asumir el cargo, en caso de que le fuese debidamente ofrecido, sin embargo, conviene que se entienda claramente que sus representantes no solicitan tal deferencia».

Desde aquel momento, las reuniones que siguieron fueron estériles. Con mayor razón aún cuando por todas partes se difundían las noticias sobre la bárbara destrucción de la expedición Lynch en los departamentos del norte del Perú. Chimbote, Supe, Paita, el valle azucarero de la Chira, Eten, Chiclayo y, por último, Trujillo, eran los jalones ardientes que había dejado el «Príncipe Rojo» en su ruta. Las esperanzas de paz se desvanecían en las nubes de humo que iban marcando su paso.

El regimiento «Esmeralda» continuaba acampado en el caserío de Pocollay, a pocas leguas al norte de Tacna. El valle pródigo había hecho grata la vida de los esmeraldinos durante los cuatro

meses y medio de inmovilidad. Habían construido hileras de enramadas a la vera del camino y las habían adornado con retratos guiados por un nostálgico deseo de darles cierta apariencia hogareña. Pasadas las extenuantes horas del ejercicio diario, venían las de los entretenimientos. Los soldados diseminados por el valle se leían mutuamente sus cartas y la recordación sentimental se apoderaba del campamento.

El 27 de octubre, cuando llegó la valija con la correspondencia, el comandante Holley hizo formar al regimiento frente a la casucha que él ocupaba, y dijo a sus hombres:

—Bien saben ustedes que el comandante Amengual marchó a Santiago para reponerse de las fiebres malignas que contrajo. Su pensamiento no fue jamás abandonarnos, pero el destino ha querido otra cosa.

—Le ha ocurrido algo grande a nuestro coronel —les aclaró—. ¡General!… ¡Lo ascendieron a general!…

Los esmeraldinos se felicitaban entre ellos, como si les tocara parte de la ventura del antiguo jefe; y más se alegraron cuando supieron que había sido condecorado con una medalla de oro por su brillante actuación en la batalla de Tacna y que el Congreso lo había declarado «benemérito de la patria».

—Pero la parte triste de este mensaje, esmeraldinos —prosiguió el comandante—, es que el Ministerio de la Guerra ha designado al general Amengual miembro de la Comisión Calificadora de Servicios, cargo que lo retendrá en Santiago, obligándolo a abandonarnos. —Hizo una pausa—. El regimiento «Esmeralda» proseguirá, pues, sus campañas sin su antiguo jefe, pero comportándose en todas las acciones con la misma bravura que si al frente de su columna fuera «el viejo» Amengual, jinete en su caballo *Cabrito*.

Terminada la plática del jefe, los soldados se diseminaron por el campamento.

Los subtenientes Del Solar, Santa María y Cobo acababan de tumbarse al pie de un árbol que crecía junto al camino, cuando vieron llegar a un jinete que venía al galope flojo desde Tacna.

—¡Hola, muchachos! —los saludó alegremente.

—Buenas tardes, mi capitán Rodríguez —le contestaron los tres.

—¿Mi capitán? —les replicó el recién llegado—. ¿Acaso no

reparan en que me ha caído una estrella más?

—¡Caramba, lo felicito, mi mayor! —saltó Del Solar, y le extendió su diestra—. Conque me lo han ascendido, ¿eh?

—¿Y adónde va con su caballo tan sudado? —le inquirió Alberto.

—A Pachía, al campamento del «Lautaro». Pero quise pasar antes a saludarlos y a darles una noticia fresquita. Es algo que va a traer cola. ¡Afírmense! Terminaron las conferencias de paz en la corbeta *Lackawanna*.

—¿Ah, sí? ¿Y en qué terminaron? —le averiguó Del Solar, interesado.

—En un fracaso absoluto —les espetó el explorador con una carcajada—. Los plenipotenciarios aliados se retiraron al momento de Arica, más enemigos de nosotros que nunca. O sea, no hay paz. Proseguiremos la guerra e iremos a terminarla a Lima.

Poco antes de que el mayor Rodríguez llevara la noticia a Pocollay, el general Baquedano la recibía telegráficamente en Tacna. Eulogio Altamirano se la participaba en escuetas palabras.

La diplomacia ha dejado la palabra. La tiene ahora el ejército.

El general Baquedano no hizo ningún comentario. Se sentó a su escritorio y respondió:

Si la diplomacia ha cesado, el ejército celebrará la paz en Lima.

La información del fracaso de las negociaciones cayó como una roca sobre el presidente Pinto. Pasado el efecto de la impresión, el presidente volvía a ser el mismo hombre decidido y tenaz que diera el grito de guerra a comienzos de 1879.

Ante lo irremediable, retomaba todos los hilos de la conducción de la guerra y se lanzaba abiertamente a acelerar los preparativos para la gran campaña contra Lima. Una de las primeras personas afectadas por esta reanudación de las actividades fue Leonora Latorre. Inesperadamente se presentó en su casa el secretario privado de don Aníbal Pinto.

—Señorita Latorre —le dijo éste solemnemente—, tengo el encargo de llevar a usted ante Su Excelencia el presidente.

Leonora se quedó con la respiración paralizada. Al momento adivinó la razón por la cual se la citaba a la Presidencia.

Un coche los aguardaba a la puerta de la casa y fueron llevados en el acto al palacio de La Moneda.

Eran las ocho de la noche y habían cesado las actividades en las oficinas, de modo que el secretario la hizo entrar por los corredores del ala oriental del edificio, correspondiente a la casa del Primer Mandatario.

Aníbal Pinto la aguardaba en su salón particular. Estaba enfrascado estudiando un legajo de documentos, pero los abandonó y salió a recibirla a la puerta de la habitación.

—Señorita Latorre —le dijo con mucha amabilidad, y expresión preocupada—, le agradezco haber acudido al momento a mi llamado. La necesitaba con gran urgencia.

—Es un honor que se haya acordado usted de mí, señor —le respondió la joven gravemente, y agregó—: ¿Se han perdido todas las posibilidades de alcanzar la paz, Excelencia?

—Todas, señorita. Lamentablemente, ya no nos queda otro remedio que la guerra. Mientras menos demoremos en apoderarnos de Lima, menos sacrificios impondremos a nuestro pueblo.

—Excelencia —lo interrumpió la joven, con cierta angustia—, durante tres años he vivido fuera del país, lejos de mi familia y de mis afectos; trabajé denodadamente en servicio de la patria y creo que merezco ya…

—Por favor, señorita —la atajó Aníbal Pinto con ademán suplicante—, evíteme el pesar de oírla expresar que rehúsa seguir prestándonos sus valiosos servicios. Escúcheme un instante, primero, y enseguida yo atenderé a todas sus razones. —Leonora aceptó con un gesto cortés y él prosiguió—: Voy a ser simple y breve. Le leeré primero un párrafo de un comunicado del general Baquedano que recibí ayer: Escuche. Dice así: «*No sé si tú tendrás algunas noticias respecto a lo que ocurre en Lima, de la calidad de las tropas y armamentos, del número de cañones, de las obras de defensa, del número y calidad de las fuerzas de caballería, etc. Si algo sabes, te agradecería que me lo comunicases, porque aquí estamos completamente a obscuras. Sobre todo me sería muy útil saber, con más o menos certeza, si el dictador piensa resistir dentro de la ciudad o presentar batalla en campo abierto. De eso*

dependerá en mucha parte la adopción de nuestro plan de operaciones». —El presidente dejó el comunicado sobre el escritorio y le dijo—: ¿Ha comprendido, señorita?

—Perfectamente, Excelencia. Pero en Lima están El Profesor y Roberto Rodríguez… —intentó defenderse aún la joven.

—Puedo exhibir sus cartas —le replicó el presidente—. Son ellos quienes más la reclaman, señorita. Piénselo, piénselo. Si usted, con la habilidad que ha demostrado siempre, colabora a que el servicio secreto nos proporcione una mayor información sobre los puntos débiles del adversario, no habrá poder capaz de resistir el empuje de nuestras tropas y ahorraremos miles de vidas. ¿Me comprende usted?

—Sí, señor —reconoció Leonora—. Pero en Lima están ahora muchos jefes peruanos que tan pronto me vean me pondrán frente a un piquete de fusilamiento. Escapé en Arica por milagro.

Aníbal Pinto la miró profundamente a los ojos y se limitó a preguntarle:

—¿Cuántos chilenos han caído en esta guerra necesaria? ¿Sabe usted de alguno que haya tenido miedo de avanzar, cuando recibió la orden de hacerlo?

Leonora le sostuvo la mirada con altivez.

—No tengo miedo, Excelencia.

El señor Pinto se puso solemnemente de pie.

—Señorita Latorre —le expresó con gravedad—, como presidente de todos los chilenos, pregunto a usted: ¿Desertará de su puesto de batalla?

Leonora sintió un nudo en la garganta y también se incorporó.

—No, señor —respondió.

—¿Partirá a Lima?

La joven calló durante un segundo, y concluyó por afirmar:

—Cuando usted lo ordene, Excelencia.

—Gracias, mi estimada amiga. Regrese entonces a su casa y prepare inmediatamente sus valijas. Partirá usted mañana hacia Valparaíso.

—¿Mañana?…

—Tenemos todos sus papeles preparados. Embarcará en un barco de la carrera y viajará hasta Ecuador. En Guayaquil la esperará nuestro embajador Joaquín Godoy, quien la proveerá de

documentos que la acreditarán como ciudadana ecuatoriana y le facilitará todos los medios para introducirse en el Perú por el norte. Perdóneme por disponer tan despóticamente de su persona, pero su presencia en Lima es urgente. Compréndame: estamos en una carrera contra el tiempo.

A medida que el barco inglés de la carrera del Pacífico iba pasando frente a los puertos de Antofagasta, Tocopilla, Iquique y Arica, Leonora y su fiel compañera Elcira pudieron ir dándose cuenta del ímpetu formidable con que se preparaba la nueva campaña. Al mismo tiempo, recogían las noticias, de dominio público, que pintaban las hondas discrepancias existentes entre el ministro de la Guerra y el general en jefe del ejército. Aun cuando Francisco Vergara se presentó ante el general Baquedano con ánimo conciliador, tratando de conquistarse sus simpatías y el propio general le respondió: «Lo pasado, pasado, como humo que el viento disipa en los tejados», sus relaciones eran cada día más tirantes, llegando el general hasta a tener un grupo de incondicionales que eran sus consejeros secretos, con los cuales discutía sus planes, prescindiendo de los consejos de guerra que reunía el ministro. Vergara había llegado a Arica rodeado de un verdadero séquito, que ofendía al general Baquedano. Esta comitiva estaba integrada por los nuevos jefes militares y de la administración. Ellos eran: Isidoro Errázuriz, secretario privado del ministro; el intendente de Valparaíso, Eulogio Altamirano, designado secretario del general en jefe, en reemplazo de Máximo Lira, cambio que no aceptó el general Baquedano; el general Marcos Maturana, nombrado jefe del Estado Mayor General; el general Cornelio Saavedra, en calidad de inspector general del ejército; el general José Villagrán, que del mando de la reserva pasaba a tomar el de la Primera División; el capitán de navío Patricio Lynch, que había sido retirado del norte y nombrado comandante de la Primera Brigada de la Primera División; el general Emilio Sotomayor, recientemente ascendido, y que iba como comandante de la Segunda División, y el coronel Francisco Gana, que comandaría la Primera Brigada de la misma, en la que estaba incluido el regimiento «Esmeralda».

Todos ellos, pese a la malquerencia existente, con todo empeño para aprestar los elementos necesarios a la expedición.

Leonora y Elcira pasaron frente a Arica precisamente en los días en que más actividad se desarrollaba. Llevando en sus retinas la impresión de aquella gigantesca máquina de guerra que se echaría sobre Lima, las dos mujeres siguieron viaje hacia el Ecuador.

Arribaron a Guayaquil el 5 de noviembre. La bahía estaba repleta de botes y toda clase de embarcaciones que movilizaban a centenares de hombres, y las faenas de carga y descarga de frutas y mercaderías amontonaban otros tantos, en una confusa marea humana.

Temerosas de no poder encontrar jamás al señor Joaquín Godoy en medio de aquella atolondrada multitud, las dos mujeres pusieron pie en tierra y se dirigieron a la oficina de visaciones. Desde allí salieron a la amplia explanada que servía de paradero a todos los vehículos que venían del centro de la rústica ciudad.

—¿Y *pa* qué *lao* cortamos ahora, Leonorcita?

—Creo que lo mejor será que nos pongamos en algún sitio bien visible. Seguramente el señor Godoy ha enviado a un miembro del personal de la embajada para…

—Perdón, señora —dijo en ese instante una voz viril detrás de ellas, sobresaltándolas.

Era un mozo de cuerda, vestido con un raído pantalón blanco y una camiseta a rayas. La actitud humilde con que se mantenía inclinado ante Leonora contrastaba con sus vigorosas espaldas y sus impresionantes bíceps—. Seguramente ustedes necesitan un alojamiento en Guayaquil. ¿No es así?

La agente lo examinó con detención y, sospechando que era un enviado del embajador chileno, le dio pie para manifestarse.

—No conocemos este puerto y parece que un amigo nuestro, que quedó en venir a recogernos, se ha retrasado.

—¿Vienen ustedes del sur? —aventuró el hombre, tanteando el terreno.

—Exactamente. Mi nombre es Leonora Latorre.

Una chispa de satisfacción brilló en las pupilas del mozo.

—Ah, no me había equivocado —dijo sonriendo levemente—. Denme sus maletas, por favor. —Y agregó en voz baja—: El señor Godoy las espera en un coche, al otro lado de la plazuela.

A no más de un centenar de pasos, se detuvo junto a un antiguo coche, hermético como una caja cuadrada. Después de lanzar las valijas al pescante, entreabrió la puerta lateral y les hizo seña de subir.

—¡Ah, mi querida e inolvidable amiga! —fueron las palabras con que recibió el embajador Godoy a Leonora—. No sabe qué emoción me da volver a verla.

No habían vuelto a encontrarse desde el comienzo de la guerra, desde aquellos días en que ambos descubrieron la copia del Tratado Secreto de Alianza entre Perú y Bolivia. Mientras el carruaje corría bamboleándose por las calles desiguales de Guayaquil, recordaron aquellos momentos electrizantes.

—¡Hum, qué días aquéllos! —suspiró el embajador.

—¡Y qué días los que vienen, don Joaquín!

—En verdad, les esperan a ustedes momentos difíciles —dijo el diplomático.

—Que pueden terminar ante las bocas de ocho fusiles —acotó la joven—. El general Buendía está en Lima. Si me divisa, aunque fuera de lejos, mi suerte estaría sellada, don Joaquín.

—Oh, es usted suficientemente experta como para evitar ese desagradable encuentro. Además, estarán protegiéndola El Profesor y Roberto Rodríguez.

—Bien —resumió despreocupadamente la joven—, confiemos en que nuestra buena estrella seguirá alumbrándonos en Lima.

—Me alegro de que lo tome usted así —le celebró el embajador —. Vamos al grano entonces. No podré hablar con ustedes en otro sitio que no sea este coche. Hay muchos agentes peruanos en Guayaquil y yo soy demasiado conocido. Afortunadamente, ya he terminado mis misiones en este país y regreso a Chile en el mismo barco en que ustedes viajarán al Perú.

—¡Oh, qué satisfacción! —alcanzó a alegrarse Leonora, pero el señor Godoy se apresuró a desengañarla.

—Es una lástima, Leonora, pero no podremos ser compañeros de viaje. Soy demasiado conocido y seguramente me vigilan. Tendremos sólo dos entrevistas: ésta y otra, cuando el barco vaya navegando. Ahora voy a dejarlas en un hotel discreto, para que descansen algo. Pero esta noche, poco antes de las nueve, pasará a recogerlas mi ayudante, el mismo que las ubicó en el puerto.

Confíen ciegamente en él. Se llama Gastón Dupré, es descendiente de franceses, pero hijo de chilena, y actuará como colaborador suyo en el Perú.

—¡Ajá! —aceptó Leonora—. ¿Y para qué pasará a recogernos antes de las nueve?

—Para llevarlas al barco en que viajaremos hacia el sur. Llega esta tarde y zarpará alrededor de las diez de la noche.

—¿Regresamos enseguida? —murmuró la agente con contrariedad.

—Ya sé que es fatigoso, mi amiga, pero es preciso.

El coche acababa de detenerse y por su pequeño ventanillo enrejado se divisaba la fachada descascarada del hotel en que habrían de permanecer hasta la noche.

—Traten de descansar —les recomendó el embajador, al despedirse, y agregó sonriendo con malicia—: Pasada la medianoche, cuando todos duerman en el barco, me deslizaré a su camarote, Leonora. —Rió agitando su voluminosa cabeza cana.

—¡Don Joaquín! —lo reprendió cariñosamente Leonora.

—¡Ah, cosas de la guerra! —suspiró el embajador haciendo una mueca cómica, y poniéndose serio, concluyó—: Bien. Los documentos que hemos preparado para ustedes se los entregará Dupré. Hasta la noche y descansen.

Las disposiciones del señor Godoy se cumplieron con exactitud matemática. Poco antes de las nueve, se presentó Dupré en el hotel. Ya no vestía como changador, sino que llevaba una amplia chaqueta cazadora ceñida con un cinturón de cuero, pantalón de terciopelo color habano y una boina obscura. Pese a que su atavío parecía el de un emigrante europeo, se veía distinguido y daba una notable impresión de vigor. Era hombre parco en palabras. Le entregó a cada una varios papeles que certificaban que eran la señorita Carmen Belíndez Vilches y su tía doña Sagrario Vilches, ambas ecuatorianas.

—El motivo del viaje —dijo Dupré a Leonora— es buscar a un hermano suyo que fue enrolado en el ejército peruano. Hay muchos ecuatorianos en el ejército del Perú y sería difícil que descubrieran la falsedad, llegado el momento de una investigación.

Poco después se dirigieron al muelle y el barco zarpó casi enseguida.

El embajador Godoy cumplió su promesa de visitarla en las primeras horas de la madrugada.

—Los pasajes que me entregó el señor Dupré son hasta el puerto de Supe —fue lo primero que le dijo Leonora, cuando entró en el camarote.

—Sí —admitió el diplomático—. El Callao está bloqueado por nuestra escuadra. Es más seguro que ustedes desembarquen en Supe y vayan por tierra a Lima.

Sin pérdida de tiempo, pasó a explicarle el sistema de clave que usarían para cifrar sus mensajes. Se basaba éste en un vocabulario de costurera o sombrerera, en que los soldados serían botones; los cañones, alfileres; las trincheras, cintas, etc. Todos los comunicados serían entregados a Dupré, quien los haría llegar a la escuadra. Su condición de francés le daba facilidad para contratar embarcaciones en el Callao. Además, según el embajador, el mozo era un formidable nadador y un magnífico atleta.

—Perfectamente —aprobó Leonora—. ¿Y cómo haré para encontrarme con El Profesor y con Roberto Rodríguez? —preguntó Leonora.

—El Profesor tiene una venta de canastos en la recova principal de Lima. El distintivo para identificarlo es una estampa de San Sebastián atravesado por flechas, que ha colocado en el fondo de su tienda.

Durante más de una hora, el embajador participó a las dos mujeres lo que él sabía respecto a la situación de los peruanos, hasta trazarles un cuadro bastante completo de la vida en Lima en esos días. Cuando creyó haberlo dicho todo, se levantó de su asiento y les estrechó las manos.

—No me resta más que desearles la mejor suerte. Este vapor fondeará en puerto Supe mañana al anochecer. Dupré desembarcará primero y les buscará los medios necesarios para que viajen a Lima lo antes posible. Adiós, amigas mías. Recuerden que el ejército chileno espera los informes de ustedes para iniciar el avance final.

Mientras en un tosco vehículo las dos agentes y Dupré descendían de Supe a Lima, por el camino de la costa, en Arica se daban los últimos toques a los preparativos para la gran campaña. El 6 de noviembre se celebró un consejo de guerra definitivo y de él emanó la orden de marcha tanto tiempo esperada. El plan acordado

en aquella solemne ocasión estableció que el ejército expedicionario desembarcaría en Pisco dividido en dos fracciones. Una estaría formada por la Primera División mandada por el general José Villagrán y la primera brigada de la Segunda División, cuyo jefe era el coronel Francisco Gana. La otra, por la Tercera División completa, comandada por el coronel Orozimbo Barbosa, y la segunda brigada de la Segunda División.

La primera desembarcaría en la caleta de Paracas y tendría por misión apoderarse de Pisco y penetrar hasta Ica, tendiendo una línea entre esos puntos. La segunda desembarcaría en el muelle de Pisco y su llegada sería la señal para iniciar el avance sobre Lima, que ya no estaba sino unas pocas leguas más al norte.

El 8 de noviembre comenzaron a marchar hacia Arica los regimientos de la Primera División acampados cerca de Tacna. Los esmeraldinos los vieron pasar por Pocollay, con asombro y envidia. Primero fue el «Colchagua», después el «2.º de Línea». Entremezclados pasaron dos batallones nuevos, de reclutas recién llegados del sur, el «Melipilla» y el «Quillota». Cuando los esmeraldinos vieron desfilar al «4.º de Línea», al «Coquimbo» y al «Chacabuco», comenzaron a experimentar el mismo cosquilleo de vergüenza que cuando el difunto ministro Sotomayor los postergaba a comienzos de la guerra. Y esta sensación se convirtió en rabia cuando vieron pasar, cerrando la marcha, al bizarro batallón «Atacama».

—Todos van a Lima y a nosotros nos van a dejar aquí, lavando la ropa, como solteronas —rezongó el subteniente Del Solar.

Cabalgando junto al batallón de los mineros pasaba el mayor Manuel Rodríguez, alegre como siempre, y seguido por su ordenanza, Gaspar Acosta.

—¡Hola, muchachos! —saludó a los esmeraldinos.

—¿Es cierto que van ustedes a Lima? —le preguntó Cobo.

—Cuando menos, vamos hacia el norte —le respondió el oficial —. Desembarcaremos en Paracas, nos apoderaremos de Pisco y ahí veremos cuándo vamos sobre Lima.

—¿Y nosotros?… —quiso saber Del Solar.

—Ustedes también van, pues, hombres —los tranquilizó—. En último momento se decidió que la brigada a que pertenece el «Esmeralda» parta un poco después y se nos junte en Pisco.

—¡Ah, menos mal! —dejaron escapar, aliviados, los mozos.

—Conque se imaginaban que los iban a dejar aquí, ¿eh?, ¡ah, no se me hagan ahora los zorros rengos! Si ya se sabe que algunos de ustedes llegaron hasta a pedir que los transfirieran a otros regimientos, creyendo que los iban a dejar en Pocollay.

Los tres oficiales se miraron extrañados. Nada sabían de eso.

—¿Acaso no saben que Ignacio Carrera Pinto, entre otros, se consiguió con su pariente, el comandante Toro Herrera, del regimiento «Chacabuco», que lo transfiriera a ese cuerpo, para asegurarse de que lo llevarían al norte?

—¡Caramba! El «flaco» Carrera Pinto nos ha abandonado —exclamó Santa María—. ¡Qué carajada, hombre!

Iban llegando al término del caserío y a los esmeraldinos les estaba prohibido salir de él sin permiso, de modo que se despidieron del explorador.

Los tres subtenientes regresaron a su campamento satisfechos y repartieron la noticia entre sus compañeros. También los llevarían a Lima.

Bajo un sol tan ardiente como el que causó la muerte del ministro Sotomayor, Vergara se dio a la tarea de organizar el embarque de la Primera División y sus pertrechos. Pero, cuando todo estuvo ya listo, con asombro de sus colaboradores más inmediatos, no se decidió a dar la orden de zarpe.

¿Cuál era la causa de su indecisión?

El ministro no había conseguido ninguna oportunidad de conversar a solas con el general Baquedano. Y lo que Vergara necesitaba era recordarle ciertos deberes que le correspondían como general en jefe del ejército, conferencia difícil, que, lógicamente, tenía que ser privada. Por fin, el 14 de noviembre en la mañana, como no consiguiera todavía hablar con el general, se determinó a dejarle una nota escrita. En los párrafos esenciales decía:

> *La operación que va a emprender la Primera División del ejército expedicionario colocará a esta fuerza a pocas jornadas del grueso del ejército enemigo y de la capital*

peruana, centro de sus recursos militares y de su resistencia. Mientras el resto del ejército se alista para acudir a reunirse a la Primera División y asumir una enérgica ofensiva, parece aconsejado por la prudencia y el interés de nuestras armas que se refuerce a aquélla con algunos de los elementos de que V. S. dispone desde luego, a fin de habilitarla a mantenerse con ventaja en las posiciones que está destinada a ocupar. En esta virtud, creo de mi deber indicar a V. S. la urgente necesidad de que haga embarcarse, con toda la brevedad que la situación lo permite, con dirección a la bahía de Paracas, en donde se encontrarán las naves que conducen a la Primera División, una brigada de infantería y dos baterías de artillería de campaña, provistas de las piezas de último modelo llegadas recientemente a este puerto. Para esto tendrá V. S. a su disposición el vapor Chile*, que llegará en cuatro días más a Arica y que puede conducir a 1200 hombres y 120 caballos; el vapor* Abtao*, en el que pueden embarcarse 1000 hombres, y el vapor* Barnard Castle*, que es capaz de contener 1200. En pocos días más, se hallará igualmente en esta bahía, listo para conducir tropas, el* Matías Cousiño. *Fuera de estas naves, que podrán hacer la conducción de tropas con relativa rapidez, tiene V. S. a su disposición en la bahía los buques de vela* Elvira Alvarez, Dordrecht, Elena, Juana, Lota *y* José Muzzi*; y para hacer escoltar el convoy, los buques de guerra* Pilcomayo *y* Magallanes. *Partiendo de Arica a bordo de estas naves, en seis o siete días más las brigadas de infantería y artillería destinadas a sostener a la Primera División llegarían al puerto que dejo indicado más arriba, en tiempo oportuno para cooperar al rechazo de cualquiera intentona del grueso de las fuerzas enemigas.*

El estilo de lección en que estaba redactada esta nota enfureció al general Baquedano. Su carácter terco, que no admitía la intromisión de los civiles en el manejo de la campaña, se reveló en la respuesta verbal que envió al ministro por boca de su ayudante, el capitán José Alberto Gándara. Éste dijo a Vergara, palabra por

palabra:

—«Mi general me ordena decir a usted que devuelve a Usía esta nota; que no estando conforme con los hechos no podrá recibirla y debería contestarla protestando».

El ministro sintió en el primer momento que se le sublevaba la sangre por el desacato del general, pero prefirió no seguir la discusión adelante. Creía haber conseguido su objetivo: que el general supiera de qué medios dispondría cuando llegara el momento de embarcar la Primera Brigada de la Segunda División. Terminado este incidente, dio la orden de zarpe.

El convoy partió el 14 de noviembre. Iba protegido por el *Cochrane* y llevaba a su bordo a 35 jefes, 292 oficiales y 8090 soldados. El vapor *Limarí* llevaba víveres frescos para dos días; y la fragata *Norfolk* cargaba alimentos secos y animales en pie para mantener a la tropa durante quince días.

Navegando como por un mar propio, puesto que la fuerza naval peruana estaba reducida a la corbeta *Unión*, bloqueada en el Callao, el convoy llegó a la caleta de Paracas el 19 de noviembre en la mañana.

El general Villagrán, jefe de la Primera División, ordenó al comandante del transporte *Angamos* que siguiera ascendiendo hacia el norte hasta enfrentar el puerto de Pisco y desembarcar a un parlamentario para que exigiera de las autoridades la rendición de esa plaza. Así lo hizo el indicado, quien ordenó bajar a tierra al teniente Adolfo Rodríguez, el que se entrevistó con el jefe militar de la zona, coronel Manuel Antonio Zamudio. Una hora más tarde, regresó el parlamentario a bordo del *Angamos* portando la respuesta del jefe peruano:

> *En contestación a su intimidación verbal de la rendición de esta plaza, digo a V. S. que se puede proceder a tomarla a viva fuerza y que un solo peruano no arriará el pabellón a las huestes invasoras.*
>
> *MANUEL A. ZAMUDIO.*

Pero el envío del *Angamos* hasta Pisco y la exigencia de rendición no había sido más que una añagaza de Villagrán para concentrar la atención de los peruanos en ese puerto, en tanto que

él echaba a tierra en Paracas a una compañía de artillería de marina, mandada por el capitán Juan Rojo, y un pelotón de granaderos a caballo, dirigido por el teniente coronel Souper.

Según el informe rendido por el teniente Adolfo Rodríguez, en Pisco se concentraba una fuerza de más o menos 3000 defensores, lo que no fue inconveniente para que el impulsivo «gringo» Souper se lanzara al galope con sus granaderos en busca de aquel puerto.

—Van diez pesos, Federico, a que no encontramos un solo soldado enemigo en el camino a Pisco y a que no se atreven a dispararnos ni un solo tiro —le dijo a Stuven.

Cuando frenaron sus cabalgaduras en el amplio muelle de Pisco, el ingeniero tuvo que pagar la apuesta. No habían divisado alma viviente por el camino y el puerto mismo se veía totalmente abandonado. No obstante, en la parte del pueblo que se encumbraba en los cerros, llamada Pisco Alto, se advertían movimientos de soldados.

—Seguramente se han remontado para tener mejores posiciones —opinó Souper—. Pero me imagino que aquí, en Pisco Bajo, deben haber quedado las autoridades. Vamos a mandar a un hombre para que las busque y les intime la rendición del puerto.

Este hombre fue el propio Federico Stuven, quien, con una bandera blanca, fue recorriendo uno tras otro los edificios principales en busca de las autoridades. Al fin, las encontró en la Gobernación. Eran el coronel Zamudio, el comisario de policía y un teniente de artilleros. Su respuesta a la intimidación que le formuló Stuven fue exactamente igual a la que habían enviado al comandante del *Angamos*, como que se trataba simplemente de una copia del comunicado anterior.

Cuando el teniente coronel Souper leyó aquello se sobó las manos con maligna satisfacción.

—¡Ajá, conque el jefe de Pisco quiere pelea! —comentó alegremente—. Bien. ¡Stuven, háganme el favor de retroceder hasta donde está el capitán Juan Rojo y dígale que voy a hacer una pasada a galope con mis granaderos por las calles de Pisco Alto!

Pero el impetuoso Souper no pudo darse el gusto. El general Villagrán lo mandó regresar al momento a Paracas y pernoctar allí con sus granaderos, protegiendo el desembarco de los demás cuerpos de infantería. Pero esa operación tuvo que ser suspendida,

al caer la noche, por temor a la braveza del mar. Al amanecer se acercó al general Villagrán y le solicitó permiso para explorar con algunos granaderos por el lado de Pisco Alto. Sin medir bien el propósito del granadero, el jefe de la división le otorgó su consentimiento. Souper partió como un celaje con sus jinetes, justo cuando los soldados del campamento comenzaban a desenvolverse de sus mantas.

A las cinco de la mañana, el «2.º de Línea» y el «Atacama» recibieron orden de avanzar por la costa en dirección a Pisco Bajo. Dos horas más tarde, estaban frente al pueblo cuando se vio venir por la callejuela central al teniente coronel Souper, seguido por sus granaderos. Se acercaba riendo y exhibiendo en su diestra un curioso bastón.

—¿Qué ha pasado, teniente coronel Souper? —le preguntó, extrañadísimo, el comandante Martínez, del «Atacama»—. ¿Acaso se han rendido los defensores de Pisco?

—¿Rendido?… —se burló bufonescamente el granadero—. ¡Se hicieron humo, comandante! Después de su jactanciosa declaración, decidieron poner pies en polvorosa. Se fueron calladitos hacia los poblados del interior, que se escalonan en la sierra de Ica. —Souper se bamboleaba de risa sobre su caballo—. La plaza de Pisco me la he tomado yo solo, mi amigo, posesionándome hasta del bastón de mando del coronel Zamudio, que el jefe dejó abandonado en su fuga.

Todos los oficiales celebraron con grandes carcajadas el incidente. Sólo el comandante Martínez permaneció serio y comentó:

—Pisco en nuestro poder. Es un largo paso hacia la meta final. Señores, dense cuenta de que ya estamos casi a la vista de Lima.

Era verdad. Para completar su ocupación, el general Villagrán envió exploradores hacia la sierra. Éstos precisaron que los 3000 soldados de la guarnición peruana habían remontado el curso del río Pisco, en dirección a Huancavelica, estableciéndose en el poblado de Humay, a cuarenta y seis kilómetros de la costa. Buscando impedirles llegar a la ciudad de Ica, terminal de la línea férrea que nacía en Pisco, el jefe chileno mandó al coronel Amunátegui con su «4.º de Línea» desde Paracas al interior. Lo acompañaron 200 granaderos a caballo y una batería de montaña

transportada a lomo de mula. Después de tres días de marcha el «4.º de Línea» entró en Ica y tomó posesión de ella. De inmediato, los soldados repararon la vía férrea y echaron a andar un tren, que unió la extensa línea entre Ica y Pisco.

La Primera División se estableció muy a sus anchas en la fértil comarca. Los artilleros de marina ocuparon las míseras casuchas de Pisco Bajo; el «Atacama» y el «2.º de Línea» se instalaron en las ruinosas edificaciones, cargadas de tradición incaica, de Pisco Alto; y los demás cuerpos se diseminaron por las haciendas vecinas.

El ministro Vergara, siempre ávido de aventuras, se adelantó con doscientos infantes del «2.º de Línea» y doscientos granaderos y se apoderó de los caseríos avanzados hacia el norte, en el valle del río Chincha, denominados Tambo de Mora y Chincha Alto. Regresó a Pisco el 29 de noviembre, trayendo prisionero al subprefecto de Pisco. Agustín Matute. Éste fue encerrado en un calabozo, mientras el ministro se dirigía a la prefectura, convertida en cuartel general.

Descendía por la calle central, cuando un oficial salió de una bocacalle y le interceptó, involuntariamente, el paso. El militar, al reconocer al ministro, lo saludó con amistoso respeto.

—Buenos días, señor ministro.

—Hola, mayor Rodríguez. Pero ¿cómo es que está usted aquí?

—Me embarcaron por orden especial de mi general Baquedano, señor. Me tenían una misión particular: explorar los alrededores de Pisco y la ruta por tierra a Chilca… y a Lima, que está un poco más allá.

—Puede dejar la piel en la empresa.

—Trataré de no dejármela quitar, señor —le respondió riendo el oficial—. Todavía me siento abrigado con ella.

El ministro sonrió por el buen humor del militar.

—¿Ha visto al general Villagrán? —le preguntó.

—Está en la prefectura, señor… Aunque no, don Francisco. Me parece que mi general se fue a su alojamiento, en las casas de Molfino.

—Ah, bien. ¿Y sabe dónde está mi secretario, Errázuriz?

—Acaba de regresar de una excursión que hizo con don Eulogio Altamirano. Los vi entrar en esa gran casa roja que está allí. Es el alojamiento que le han reservado a usted, señor —agregó—. La llaman la Casa Cuello.

Vergara no pudo evitar lanzar una carcajada.

—Acompáñeme y cuénteme lo que ha descubierto en sus exploraciones —le rogó.

Siguieron cabalgando emparejados, en dirección a la casa roja en que se albergaría el ministro.

—Es ésta una región extraordinaria, señor —iba diciendo el oficial—. Ayer cacé a lazo a un par de indios y les estuve tirando la lengua para que me contaran cosas. Lo que me interesaba saber eran datos militares, pero estos indios parecen tener mecanismo cerebral diseñado por los antepasados, al igual que los bloques de piedra de sus templos. ¿Se imagina usted qué hicieron conmigo? Pues, señor, me condujeron hasta un lugar maravilloso en donde existen grandes ruinas incaicas. Le aseguro a usted que, de no ser por la guerra, me habría quedado ahí encantadísimo, para estudiar.

—¿Y en qué parte están esas cosas tan interesantes, mayor?

—Entre unas espesas arboledas que hay hacia el norte, señor. Déjeme que le explique lo que los indios me narraron, señor. Según ellos, en esta región vivían desde tiempos inmemoriales los indios chinchas, que fueron los enemigos más encarnizados de los incas.

—Uno de estos últimos, el inca Pachacútec, que fue el que penetró en el territorio chileno hasta el Maulé, logró vencerlo, a costa de mucha sangre, y estableció aquí sus cuarteles, sus templos y sus casas de recreo. Las ruinas de esas construcciones son las que he visto, señor. Están a cuatro kilómetros de aquí, en medio de un valle prodigioso por su belleza y vegetación. Son los restos de un templo al Sol y de un palacio para las Vírgenes Escogidas.

—¡Qué descubrimiento el suyo, mayor! ¿Y eso a quién pertenece?

—No me dijeron nombres, pero, por lo que me contaron, deduje que la hacienda, que se llama Caucato, es de una familia latifundista muy poderosa en el Perú. Todos los habitantes de la hacienda huyeron, dejando la mesa del comedor hasta con los manteles tendidos.

Iban llegando a la casa roja y en ese instante asomó en la puerta Altamirano, quien al divisar a Vergara alzó los brazos, aliviado, y se le acercó tendiéndole un papel.

—Registrando los documentos de la prefectura, hemos encontrado esa nota, que nos tiene profundamente alarmados,

amigo Vergara —le dijo.

El ministro tomó el papel con precaución. La carta decía:

> *Noviembre 8. Pisco.*
> *Señor prefecto comandante general del departamento:*
> *En contestación a su muy estimado telegrama fecha 5 del presente, diré a V. S. que en el momento precedí a buscar la gente, lo que no pude conseguir por falta de fuerza para hacer cumplir la orden de V. S.; tuve a bien que ocurrir al señor comandante general para que me proporcionase seis hombres de caballería; mas este caballero me preguntó con qué objeto era; y tuve que mostrar el parte de V. S. y me dijo que no había necesidad, pues él tenía todo preparado de antemano sobre dichos pozos y que su objeto era envenenar el agua; que todo estaba preparado, porque era uno de los elementos estratégicos para el enemigo. Dios guarde a V. S.*
>
> *S. P. C. J.*
> *H. FERNÁNDEZ.*

El ministro estaba pálido de impresión. Pero en su cerebro se agitaba un pensamiento lógico: Si los pozos habían sido envenenados, ¿cómo era que no había muerto ningún hombre? No cabía sino imaginar que los enemigos no alcanzaron a consumar su criminal intento. Repentinamente recordó la captura del subprefecto de Pisco. El preso les aclararía el asunto.

—Mayor Rodríguez —pidió al militar—, hágame el favor de ir al cuartel general y pida que le entreguen con custodia al prisionero llamado Agustín Matute.

El señor Vergara entró en la casa roja con expresión sombría. El peligro del envenenamiento de las aguas venía a sumarse a otra preocupación: dos semanas llevaban ya en Pisco y no se tenían ni noticias del resto del ejército chileno. Entretanto los fugitivos de la región habían tenido tiempo sobrado para comunicar a Lima la ocupación del departamento y era lógico temer que desde la capital enviaran fuerzas para expulsar a los invasores.

Como si todo se confabulara aquella mañana para alarmarlo, asomó el general Villagrán. Venía con el gesto congestionado por la

prisa.

—¡Vergara!… ¡Vergara!… —le gritó desde el corredor—. Los granaderos han tomado un montón de prisioneros en Chincha Alto y éstos han confesado que vienen tropas desde Lima por el llano de Cañete, o sea, por el camino del norte.

—¡El ejército de Lima! ¡Lo que yo temía! —barbotó el ministro iracundo. Pero su arranque de furor desapareció enseguida—. General Villagrán, ¿no confesaron esos prisioneros qué cantidad de tropas vienen?

—No, ministro. Dicen que ellos no han visto esas fuerzas, pero que en la sierra todo el mundo lo comenta.

—¡Ah! Pueden ser invenciones entonces —aventuró Isidoro Errázuriz.

—¿Y si fuera verdad? —reflexionó Vergara. Dirigiéndose al general Villagrán le expresó—: Le sugiero que envíe exploradores a batir toda la zona norte, general, y que redoble las guardias, preparándose para recibir un ataque realizado por fuerzas superiores. Entretanto, yo embarcaré hacia Arica al momento, para ver por qué no salió la brigada Gana y en qué se tropieza para enviar el resto del ejército.

El mayor Manuel Rodríguez irrumpió en la habitación con expresión desolada.

—Lo siento, señor ministro —comenzó a decir.

—¿Cómo? —lo interrumpió Vergara—. No me diga que el subprefecto de Pisco se fugó.

—No, señor. Se degolló con una navaja en su calabozo.

—General, que los doctores de la división examinen químicamente las aguas de todos los contornos y no den paso a ellas hasta que se tenga la seguridad de que está potable. Y usted, mayor Rodríguez, adelántese hacia el norte y explore el llano de Cañete. Tenemos informaciones que indican que por ahí vendrían fuerzas de Lima.

Sin pérdida de tiempo, el ministro se embarcó en el blindado de Juan José Latorre y ordenó el zarpe. El temor de que la Primera División pudiera ser sorprendida por el ejército peruano lo hacía insistirle a cada momento al comandante Latorre para que aumentara la marcha del barco. Afortunadamente, cuando salían a mar abierto, desde el horizonte del sur, se vio acercarse al pequeño

grupo de naves.

Por señales de banderas, el comandante de la *Magallanes* comunicó al comandante del *Cochrane* que el convoy conducía a la brigada Gana, compuesta por los regimientos «Esmeralda», «Buin», «Chillán» y el batallón «Quillota».

Con un suspiro de alivio, el ministro Vergara dio orden a Juan José Latorre de que siguiera navegando hacia Arica.

Cuando el *Cochrane* pasó junto al vapor *Chile* y al velero *Elena Álvarez*, que transportaban al «Esmeralda», los oficiales y los soldados lo saludaron con gran alborozo. La razón principal de ese júbilo residía en saber que llegaban vivos al puerto de Pisco. Durante toda la navegación habían estado temiendo que el pequeño velero *Elena Álvarez* se fuera a pique ahogando al primer batallón.

Tan pronto la brigada Gana pisó tierra, el general Villagrán mandó llamar a los comandantes de los regimientos que la integraban y les participó su temor de que apareciera el ejército peruano por el norte.

—Como primera medida necesito entonces un regimiento aguerrido y fuerte que se encargue de velar por la suerte de toda la división, estableciéndose como gran guardia en un punto avanzado, de modo que sirva de dique para contener el asalto en los primeros momentos.

—¡Mi regimiento, señor! —saltó al instante el comandante Holley—. Reclamo ese honor para el «Esmeralda».

—Gracias, comandante —aceptó el general, que desde el primer momento pensó en ese cuerpo—. El «Esmeralda» me merece entera fe. Montará guardia en la hacienda Caucato. La casa principal constituye una verdadera fortaleza; está rodeada por una alta empalizada y sobre las cumbres de los cerros que la rodean existen ruinas de antiquísimos tiempos incásicos, que, por su construcción en piedra, pueden servir de espléndidos parapetos. ¿En dónde está su regimiento ahora?

—Instalado en la bodega vinícola de la playa, mi general.

—Bien. Confío en que mida usted la magnitud de su responsabilidad. El «Esmeralda» montará guardia, arma al brazo, día y noche; y sacrificará hasta su último hombre antes que permitir que pase un enemigo hacia Pisco.

Al amanecer todos los esmeraldinos estaban formados en la

playa y listos para partir. En el momento en que el comandante Holley iba a dar la orden de iniciar la marcha, llegó el delegado de la Intendencia, Alvaro Alvarado, seguido por ordenanzas que conducían los sacos de la correspondencia. Habiendo llegado ésta a Arica en los momentos en que la brigada Gana embarcaba rumbo a Pisco, fue colocada entre los pertrechos. Sin romper filas, los soldados recibieron las cartas y la columna se puso en marcha sin pérdida de tiempo.

Alberto Cobo iba trémulo. Acababa de recibir una carta en cuyo sobre había reconocido la letra inconfundible de Leonora. Imposibilitado de leerla mientras el regimiento estuviera en marcha, a cada instante se llevaba la diestra al bolsillo y la palpaba, como si el tocar el papel lo hiciera anticipar las frases que en él venían escritas. Hubo un momento en que involuntariamente sacó la carta y le echó una mirada a hurtadillas. Después ya no se pudo contener y extendió la esquela ante sus ojos. Alcanzó a leer: «Alberto: Sé que voy a causarte un nuevo pesar con esta carta…», cuando la voz tajante del capitán de su compañía lo hizo arrugarla precipitadamente contra su puño.

—Teniente Cobo, las cartas pueden esperar hasta que estemos instalados en Caucato —le advertía el superior—. Estamos en territorio enemigo, ¿eh? Guarde la cartita o se la guardaré yo.

—No es necesario, mi capitán —tartamudeó Alberto—. La guardaré yo.

Cruzando por las callejuelas polvorientas de Pisco Alto, saludados por los soldados de la división Lynch, que acampaban allí, los esmeraldinos salieron al camino que conducía al norte. Pronto la visión de las banderas británicas y de los singulares pabellones triangulares, ostentando el dragón asiático, que protegían a las casas de los extranjeros, fue quedando atrás. La columna se internó en un valle decorado con esbeltas palmeras reales; después fue serpenteando por senderos que cruzaban plantaciones de caña de azúcar y de olivares. Por último, tras dos horas de marcha, los soldados entraron en un ancho callejón pavimentado con piedrecillas y vértebras de carnero que dibujaban triángulos y rectángulos a lo largo de doscientos metros. Al fondo, como arrancada de una tarjeta postal, aparecía la mansión principal de la hacienda Caucato. A los costados de ella, surgiendo por sobre

las copas de los plátanos, las palmas dátiles y los granados, se elevaban las imponentes ruinas de los templos incaicos.

La fastuosa mansión de tipo feudal fue ocupada por el comandante y la plana mayor del «Esmeralda»; los oficiales se albergaron en las bodegas, olorosas a mostos añejos, y los soldados clavaron sus tiendas bajo los olivares.

Como primera precaución, se tendió una doble hilera de centinelas alineados sobre la cresta de los cerros. Correspondió cumplir este servicio justamente a la tercera compañía del primer batallón y los oficiales encargados de distribuir a los hombres fueron Alberto Cobo y su tocayo Del Solar. Sólo cuando los soldados estuvieron repartidos en sus puestos, los dos subtenientes pudieron darse un respiro.

—¿Sabes dónde estamos, Alberto? —comentó en voz baja Del Solar, bastante impresionado—. Lo averigüé abajo, en la casa de la hacienda. Estamos en el pórtico del «Palacio de las Escogidas», o sea, el recinto sagrado en donde el Inca Pachacútec guardaba a sus princesas. —Señalando las múltiples hileras de palmas reales que circundaban las ruinas, seguía perorando, como si soñara—: Y de esos árboles esbeltos deben haber colgado los «huacos» llenos de agua perfumada, los que al ser mecidos por el viento arrullarían con su música tenue y cantarína a las Vírgenes del Sol.

Alberto no lo escuchaba. Ansiosamente había buscado en sus bolsillos la carta y la mantenía cerrada en su mano, sin atreverse a abrirla.

—¡Cállate, chiflado! —dijo nerviosamente a Del Solar.

—¡Caramba, hombre! —se resignó el subteniente sonriendo—. Decídete de una vez y entérate de lo que te dice tu novia. Estoy consumido de impaciencia, como si me hubiera escrito a mí.

Alberto extendió la esquela y temblándole las manos, comenzó a leerla.

> *Alberto: Sé que voy a causarte un nuevo pesar con esta carta* —comenzaba Leonora—*, pero, después de meditarlo serenamente, he creído que debo escribírtela. No voy a volcar en ella lo que siento; trataré de ser breve y precisa, nada más. Quiero que sepas que cuando recibas esta carta yo estaré nuevamente dentro de Lima. No pude*

negarme. Se me hizo ver que debo seguir prestando mis servicios dentro de la capital enemiga para que la batalla final cueste menos vidas. Es ésta, pues, mi despedida, Alberto. Te digo adiós en el único instante de paz que me queda antes de partir. No creo que volvamos a vernos. Parto con el presentimiento oscuro de que seré descubierta en Lima y no alcanzaré a ver el final de la contienda. Por eso es que te escribo. Quise explicarte en nuestra única entrevista en Tacna que sobre la grandiosidad del amor existen conceptos superiores; la patria es uno. Así lo entendí cuando me sacrifiqué por ella. Créemelo que es posible sea la última vez que pueda decírtelo. Nunca dejé de amarte; nunca, Alberto. Sin embargo, fui de otro hombre, es verdad. Pero qué heridas horribles tuve que infligir a mi sentimientos para resignarme a ellos. Era absolutamente necesario, Alberto. Trata de comprenderlo. Era mi deber. Nada más voy a decirte, mi inolvidable amor. Aunque la guerra me respete, no volveré jamás sobre este tema. Y si el destino quiere que volvamos a encontrarnos algún día, entenderé que has sabido comprenderme si tampoco me hablas tú de esto.

Adiós, Alberto. Si no vuelves a verme más, piensa siempre que en mi alma sólo han cabido dos amores: mi patria y tú.

LEONORA.

Alberto guardó lentamente la carta entre sus dos manos y, sin importarle el gesto de burlón asombro de su compañero, la besó suavemente, mientras clavaba sus ojos húmedos de emoción en dirección al norte. Allá, no muy lejos ya, en Lima, estaba ella.

¿Conseguiría él llegar vivo hasta allá?

Leonora estaba en Lima desde hacía dos días.

Gracias a la diligente actividad de Gastón Dupré, las dos agentes habían conseguido alquilar una pequeña casa al pie del cerro San Cristóbal, en la parte oriental de Lima. Ubicada junto al puente

central del río Rímac y no muy distante del camino que llevaba a la caleta de Chancay, les daba la oportunidad de enterarse de casi todos los movimientos de tropas de la costa a la capital y viceversa.

Al día siguiente de su llegada a Lima, las dos mujeres se habían puesto en acción para ubicar a El Profesor. Llegaron a la recova, cubriéndose el rostro con los amplios rebozos, sorteando las diversas ventas establecidas en el vasto recinto.

Se detenían en algunos puestos a comprar frutas y verduras, para no despertar sospechas. Durante más una hora recorrieron el mercado sin hallar rastro alguno de El Profesor. Desesperaban de encontrarlo, cuando fueron a dar al sector destinado a las pajarerías y los santeros.

—Estampas milagrosas… Estampas, caserita. —Un viejo les puso ante los ojos una efigie de yeso del Señor de Maa—. Tú sabes, señora; el Señor de Maa quita los dolores como con la mano —las asediaba, el hombre.

Por huir de los obstinados vendedores tomaron una de las callejuelas laterales de la recova. No habían alcanzado a caminar cinco metros cuando Leonora se detuvo con la respiración contenida. Frente a ellas había un puesto de venta de canastos. Un indio viejo, sentado en un piso de bejucos tejidos y envuelto en una sucia manta, trenzaba mimbres, mientras pregonaba con pereza:

—¡Canastos!… ¡Llévate tus compras en mis canastos, caserita! —Pese al disfraz, la agente lo reconoció al momento. Para confirmarlo, miró al interior del tenducho. En uno de los puntales del techo colgaba una estampa de San Sebastián atravesado por flechas. No cabía duda; era El Profesor—. ¿Canastos, caserita?

—Sí, buen hombre. Tengo muchas cosas que llevar del mercado. Acabamos de llegar a Lima y estamos montando la casa.

—Puedo servirlas en todo lo que manden sus mercedes —ronroneó El Profesor, con el sonsonete de los serranos—. Si lo desean, puedo llevarles mis mejores canastos hasta su casa. Sírvanse decirme en dónde queda.

—Pasada la estación del ferrocarril al Callao, en la calle Polvos Azules, al pie del San Cristóbal —le respondió Leonora, examinando un canasto—. Es la primera casa blanca, pasado el puente del río. Si se pierde, estamos en el balcón todas las tardes, a eso de las seis. Lléveme dos canastos de éstos y uno de aquellos grandes.

—Muy bien, casera. Esta tarde a las seis te los llevo.

Esforzándose para mantenerse completamente indiferentes, las dos mujeres siguieron haciendo compras hasta abandonar la recova.

Amparado por la penumbra del crepúsculo, se presentó El Profesor ante la casa de las dos agentes, quien, imitando la costumbre colonial, fingían tomar el fresco en uno de los balcones.

Con el pretexto de examinar la mercancía, se hizo entrar al canastero.

Tan pronto la puerta de la calle se cerró tras sus espaldas, el jefe del servicio secreto se irguió alegremente y estiró su diestra a la joven.

—¡Oh, Leonora, qué placer tan grande me da volver a verla, amiga mía!

La agente le estrechó la mano con verdadero cariño:

—Terminará la guerra, Profesor, y seguiré observando a todos los pordioseros, creyendo descubrirlo a usted bajo los harapos. No se imagina usted qué impresión me causó encontrarlo esta mañana en la recova.

—Y a mí, Leonora. Ya temía que no quisiera volver al servicio. Cuando las vi venir por entre la gente, se me atragantó el corazón en la garganta. —Volviéndose hacia Elcira, la palmeó cariñosamente en un brazo—: Gracias a ti también, mi buena Elcira, por haber venido —le dijo, y añadió con seriedad a Leonora—: Hay un trabajo inmenso por realizar y hay que hacerlo a toda prisa. El jefe del Estado Mayor, general Maturana, me exige informaciones totales, a la brevedad posible. Nuestro ejército se está acercando ya. Ha desembarcado una división en Pisco, o sea, a sesenta leguas de aquí.

—Averiguar los datos no será difícil —reflexionó Leonora—; lo complicado es hacerlos llegar a poder del Estado Mayor.

—Hasta ahora he podido comunicarme con nuestra escuadra —le explicó el jefe—. Mi ayudante Ruperto Ariztía está en el Callao, trabajando como albañil en las obras de fortificación del puerto. Ha sobornado a un pescador chino para que lleve los mensajes hasta la caleta de pescadores de la isla San Lorenzo, que está ubicada frente a la bahía, y en donde se lava la ropa de los tripulantes de la escuadra bloqueadora.

—Magnífico —aprobó Leonora—. Yo también he traído un

ayudante, un muchacho llamado Gastón Dupré. Es un excelente nadador y un atleta consumado. También lo he mandado a establecerse en el Callao.

—Lo pondremos en contacto con Ariztía y así aseguraremos la llegada de nuestros mensajes a los barcos chilenos.

—¿Y qué es de don Roberto Rodríguez? —quiso saber Leonora.

—Rodríguez tiene a su cargo la parte más arriesgada de la labor. Partió hace cuatro días a Chorrillos. Como usted sabe, es un balneario vecino a Lima y desde sus playas nacen las líneas fortificadas que cierran el valle del Rímac por el sur. Esas serán las que reciban el primer choque del ejército nuestro. Por esta causa, aquello está lleno de soldados; la vigilancia es tremenda. Cualquier paso en falso puede costar la vida a nuestro amigo.

—Rodríguez es sobradamente hábil —aseguró Leonora, despreocupadamente. Luego, le inquirió sobre la situación general de los peruanos en torno a Lima.

El Profesor fue explicándosela en términos concisos y rápidos. No le había sido posible averiguar las cifras exactas que precisaba el comando chileno, pero, a grandes rasgos, las defensas de Lima consistían en dos ejércitos: el de Línea y el que el dictador Piérola llamaba «la Reserva Sedentaria». En el de Línea se habían agrupado todas las guarniciones que existían en el norte y centro del país, a las que se había sumado una enorme masa de reclutas, producto de la conscripción obligatoria de todos los hombres entre dieciséis y sesenta años. Gracias a este sistema, el ejército de Línea alcanzaba a una cifra de 22 000 hombres, más o menos. Por otro lado, la Reserva Sedentaria, formada por cuerpos de voluntarios que representaban el magnífico espíritu patriótico con que los peruanos se disponían a defender su capital, estaba formada por diez divisiones, de tres batallones cada una. Esos treinta batallones estaban integrados por todos los hombres capaces de cargar un fusil, desde el más humilde pescador hasta los más destacados catedráticos e intelectuales.

—Lo más digno de alabanza —agregó El Profesor— es que esos batallones se han formado espontáneamente, agrupándose los hombres por gremios y profesiones. Así existe la división que reúne a todos los profesores de instrucción pública, desde los maestros rurales hasta los de los claustros de la Universidad de San Marcos;

la división del personal de bancos y finanzas; la del ramo de edificadores, desde albañil a arquitecto; la de los sastres, zapateros y sombrereros; la de los plateros, herreros y fundidores; la de los obreros de la prensa y periodistas, en general, de entintador a redactor en jefe; la de los bizcocheros a mozos de hotel, etc.

—Caramba —reflexionó Leonora—. Es la ciudadanía sin excepción, que se apresta a defender su capital.

—Enemigo terrible, Leonora —opinó el jefe, preocupado—. Se puede derrotar a un ejército, pero aplastar a un pueblo decidido no es tan fácil. Todo hace pensar que en la defensa de Lima lucharán hasta las mujeres.

—¿Y cuál es la fuerza del ejército de Línea, Profesor?

—Ya le dije; no conocemos el número exacto de sus tropas. Pero sí sabemos que se divide en Ejército del Norte y Ejército del Centro. El primero cuenta con cinco divisiones completas; el segundo, con cuatro. Rodríguez y yo hemos calculado, a ojo de buen varón, que deben sumar entre 22 000 y 25 000 hombres. La Reserva Sedentaria, por su parte, debe tener entre 10 000 y 12 000 reclutas. Si a estas fuerzas agregamos los restos del ejército del sur y la guarnición de Arequipa, llegaremos a establecer un total de 35 000 o 37 000 soldados. Además, el alcalde de Lima ha formado una Guardia Urbana con los comerciantes extranjeros de la capital y del Callao, la que cuenta con 3000 plazas. Como usted ve, la masa de defensores es respetable.

—¿Y poseen armas suficientes?

—Sí. Llegaron dos barcos con fusiles y cañones desde Estados Unidos y un cargamento proveniente del Brasil. Por otra parte, el alcalde Torrico ha estado pidiendo por los diarios todas las armas que los ciudadanos guardan en sus casas, ofreciendo quince soles por cada fusil Peabody, diez por una carabina Winchester, dos por cada sable y uno por cada lanza. Esta recolección les permitió armar a varios batallones de la reserva.

—¿Y cómo andan de artillería?

—Bastante fuertes. Rodríguez me ha estado informando de numerosos regimientos de artillería que pasan diariamente hacia Chorrillos y Miraflores. No podemos precisar cuántas piezas tienen y de qué calidad son, pero sabemos que son centenares. Además, aquí cerca, al pie del cerro San Cristóbal, en un lugar llamado la

«Piedra Lisa», un inglés apellidado White ha instalado una fundición, en la que forja cañones pequeños, pero capaces de lanzar proyectiles a 3000 metros. Y en el camino a Magdalena, un mestizo de nombre Grieve está fabricando otros cañones que lanzan balas de diez arrobas a 4500 metros.

Los informes de El Profesor eran lo suficientemente decidores como para hacer comprender a las agentes que la batalla por Lima sería espantosa. No obstante, no hicieron comentarios.

—¿Qué es lo primero que hay que hacer, Profesor? —consultó Leonora.

El jefe del servicio secreto comenzó a darles sus instrucciones. Era necesario conocer cuáles serían las defensas exteriores de Lima. Según él, ellas estarían ubicadas solamente en Miraflores y Chorrillos, dos balnearios elegantes levantados justamente en el camino que tendría que seguir el ejército chileno.

—La línea de Miraflores deberá estudiarla usted —afirmó El Profesor, dirigiéndose a Leonora—. Allí hay palacios veraniegos y grandes mansiones de descanso, en torno a las cuales aún se hace intensa vida social. Por otra parte, allí se ha instalado la Reserva Sedentaria y, como está compuesta de civiles, la disciplina no es muy rígida. Esto permite que Miraflores y los caminos que lo unen a Lima estén siempre llenos de mujeres que van a visitar a sus parientes. Eso le permitirá infiltrarse fácilmente en el poblado, sin despertar sospechas. Ahora bien, su misión específica será: averiguar el número exacto de las reservas, distribución de las fortificaciones y las trincheras, estudio de las minas con que pueden haber sembrado los caminos, cálculo matemático de los cañones y sus calibres; al mismo tiempo, determinación de los puntos más fuertes y de los más débiles del sistema de defensa, y, por último, trazado de todos los caminos que, viniendo del sur, permitan franquear las fortificaciones y entrar a Lima por otro lado.

—Perfectamente —aceptó Leonora—. ¿Dónde deberé instalarme en Miraflores?

—En el Hotel Español. Aquí están las señas. —El Profesor sacó un pequeño plano del balneario de Miraflores y escribió una dirección en uno de los márgenes. Junto con entregarlo a la agente, le inquirió—: ¿Tiene dinero peruano?

—Nos sobra —le respondió riendo Leonora, y le explicó que el

comandante Lynch se había apoderado hacía algunas semanas de un barco peruano llamado *Islay*, que traía al Callao más de siete millones de soles recién acuñados. De este dinero recibieron las agentes una buena cantidad.

El Profesor aprobó satisfecho. Enseguida se volvió hacia Elcira y le explicó:

—Tú te quedarás aquí, manteniendo esta casa y sirviendo de intermediaria entre su ayudante Ariztía y yo. El modo de proceder será el siguiente: Avisaré a Rodríguez que le lleve todos los informes sobre la línea de Chorrillos a Leonora; Leonora me los enviará junto con los que ella consiga sobre la línea de Miraflores por medio de su ayudante Dupré. Yo haré el resumen total, agregando mis informaciones sobre los planes de Lima, y Elcira llevará las cartas al Callao, para que Ruperto Ariztía las haga llegar hasta los barcos de nuestra escuadra. ¿De acuerdo? —El Profesor salió al pasillo y fue recogiendo sus canastos mientras advertía a Elcira—: Si hay cualquier novedad, me encontrarás siempre en la recova, ¿eh? —Se dirigió a la puerta, pero se volvió por última vez hacia Leonora y le dijo algo que acababa de recordar—: Leonora, una advertencia. El general Buendía ha sido liberado del sumario que se le instruía por su fracaso en Tarapacá y ha pasado a ser uno de los favoritos de Piérola. Actualmente le sirve de consejero o ayudante.

Leonora frunció el ceño y sus ojos se velaron con una nube de inquietud. La noticia no la sorprendía, pero no por eso dejaba de alarmarla.

—Me reconocerá en cualquier parte —murmuró casi para sí—. Y ya en Arica me hizo condenar a muerte…

—Lleve siempre una pistola cargada —le recomendó fríamente el jefe—; y esta vez no se deje arrestar. Parta mañana temprano. Buena suerte.

14

Desde el 2 de diciembre, día en que fondeó el *Cochrane* en Arica, el ministro Vergara inició una lucha desesperada contra el general Baquedano, que no había embarcado el resto del ejército para trasladarlo a Pisco. Las razones que daba el general en jefe para justificar el retardo era que no disponía del ganado suficiente, ni de municiones ni de víveres, ni siquiera del número de barcos necesarios para ubicar en ellos a todos los soldados. Gracias a una tenaz insistencia, el ministro consiguió que se requisaran todas las mulas del valle de Aconcagua y obtuvo los pertrechos que el general solicitaba. No obstante, en el último momento, el general Baquedano se negó a partir, alegando que aún hacían falta ciento cincuenta mulas más.

Ante este obstáculo, el ministro lo conminó a reunir un consejo de guerra, en el que se estudiaría la forma de solucionar el conflicto. Éste se verificó en el cuartel general de Arica y estuvo integrado por los generales Baquedano, Sotomayor, Cornelio Saavedra y Maturana, el coronel Pedro Lagos, el ministro Vergara, Eusebio Lillo y Eulogio Altamirano. Se acababa de exponer la razón que provocaba tal consejo, cuando el general Baquedano opinó.

—El ejército expedicionario no puede embarcarse mientras no dispongamos de más buques. Han llegado del sur unos 4000 reclutas y tenemos que llevarlos. En los transportes de que disponemos no caben más de 10 000 y tendremos que echar en ellos 14 000.

—Se sobrecargarán los barcos y cabrán —determinó categóricamente el ministro.

El general Baquedano ni lo miró y siguió hablando:

—Además, tengo decidido que la expedición no desembarque en

Pisco, sino que siga de largo más al norte y baje a tierra en Chilca. Esto obligará a los barcos a recoger en Pisco a la Primera División y a la brigada Gana. ¿Y en qué barcos echaremos a esos soldados? ¿Eh?

Los miembros del consejo se miraron perplejos. Pero el ministro Vergara veía ya colmada su tolerancia y no tuvo ambages en declarar amenazante:

—Quiero que se me entienda bien. Si la fecha del embarco de la expedición no queda fijada por este consejo para el viernes 10 de diciembre, estoy dispuesto a enviar inmediatamente un telegrama al presidente de la república, para que sea publicado en todos los diarios de Santiago, en el que responsabilizaré exclusivamente al general Baquedano por la demora en la salida de la expedición.

El general Baquedano, atónito, se puso de pie y propinó un fuerte puñetazo sobre la mesa en torno a la cual estaban sentados.

—¿Qué significa esto, señor?… ¿Qué significa? —bramó, rojo de cólera.

El ministro no le prestó atención, sino que volviéndose prestamente hacia el coronel Lagos, que estaba a su lado, le preguntó inquisitivamente:

—Coronel, ¿justifica usted la tardanza en embarcar su división hacia el norte? El coronel Lagos era demasiado íntegro para rehuir una respuesta.

—Mi división está lista para partir, señor —contestó.

—General Sotomayor —consultó rápidamente—, ¿la segunda brigada de su división está lista para zarpar?

Emilio Sotomayor vaciló un instante, pero enseguida afirmó con una inclinación de cabeza.

El general Baquedano, congestionado, crispaba los dedos en el borde de la mesa.

—¿De modo que soy yo el que demora la salida del ejército, eh? —exclamó, paseando una mirada retadora sobre todos sus acompañantes—. Bien, partiremos entonces en el tiempo mínimo, quizás antes del viernes 10, que fija el ministro como plazo fatal. Pero el plan de operaciones será el siguiente y no lo alterará nadie. Primero: embarcará el grueso del ejército rumbo a Chilca y no Pisco.

—Chilca está apenas a cuarenta kilómetros al sur de Lima, frente

a Lurín —le advirtió el ministro.

—En Chilca y Lurín no existen más que guarniciones pequeñas, según los informes que nos han enviado nuestros agentes secretos —insistió el general—. Además, es un magnífico punto de entrada al territorio de Lima. Segundo: la Primera División, que está en Pisco con Villagrán, marchará por tierra hasta Chilca, dejando a la brigada Gana en Pisco, donde volverán a recogerla nuestros buques después de dejarnos a nosotros en Chilca. Y tercero: reunido todo nuestro ejército en Chilca, nos apoderaremos del valle de Lurín, extendiendo nuestras tropas vueltas cara a Lima. Y tan pronto nos lleguen los informes sobre las fortificaciones enemigas, que nos mandarán los agentes secretos, emprenderemos en el acto el asalto de la capital peruana. ¿De acuerdo?

Ninguno de los miembros del consejo de guerra opuso objeciones. El plan de ataque quedó aprobado en el instante mismo.

El viernes 10 de diciembre comenzaron a embarcar las tropas y el 14 el convoy estaba listo para zarpar.

El general Baquedano se había embarcado en el vapor *Chile*, que junto con el *Blanco Encalada* debían encabezar la flota, pero, aunque los demás barcos se pusieron en movimiento a hora temprana, los dos barcos guías permanecieron inmóviles hasta las doce de la noche. La absurda razón fue que el contralmirante Riveros era tan supersticioso que jamás iniciaba una navegación en día martes.

A las 0.10 del día miércoles giraron por fin las hélices del *Blanco Encalada* y del *Chile* y los dos barcos salieron en pos de la flota. Entonces el general Baquedano exclamó, viendo alejarse la playa de Arica:

—¡Al fin se acabó el telégrafo!… ¡Ahora mando yo!

Quedaban frente a frente el ministro y el general, y este último estaba dispuesto a imponer su terca y dura voluntad.

Empujada por bonancibles vientos del sur, la escuadra navegó rápidamente hacia Pisco con los 13 000 soldados que transportaba.

Por las noches, el *Cochrane* se empavesaba con luces y marchaba al frente del convoy con la apariencia de una nave sobrenatural.

Sugestionados por la magia de las luces y el fulgor de las estrellas, los soldados se dejaban invadir por los recuerdos y la

melancolía.

El general Baquedano había enviado con varios días de anticipación al general Villagrán la orden de trasladar la Primera División por tierra, de Pisco a Chilca, dejando a la brigada Gana y a la artillería en el primer puerto citado. Pero, cuando el 18 de diciembre el convoy recaló en Pisco, el general en jefe tuvo una desagradable sorpresa. El general Villagrán había desobedecido la orden. Solamente la brigada mandada por Patricio Lynch se había puesto en caminos a través de bosques y pantanos, hacia Chilca.

El ministro Vergara encontró tan justificada la cólera que embargó al general Baquedano, que inmediatamente privó al general Villagrán del mando de la Primera División y lo envió a Santiago a ponerse a disposición del Gobierno.

La división quedó a cargo del comandante Patricio Lynch, quien, a su vez, transfirió el mando de su brigada al comandante Juan Martínez, jefe del «Atacama».

El regimiento «Esmeralda» fue embarcado en el vapor *Abtao* y el velero *Elena Álvarez*. Después de recoger a la segunda brigada de la Primera División y a la brigada Gana, el convoy de barcos volvió a navegar hacia el norte. Envuelta por los velos espesos de la camanchaca, arribó en la mañana del 21 frente a Chilca. A las diez se disipó la neblina. Como el paraje era totalmente desconocido para los comandantes de la flota, se comisionó al *Cochrane* para que explorara la costa, en busca de caletas para un desembarco.

Entretanto, el general Baquedano comisionaba para apoderarse de Chilca, que se veía abandonada, al ingeniero Stuven. Éste desembarcó con veinticinco soldados del «Bulnes» y el corresponsal del *Ferrocarril*, Eduardo Haempel, que militaba en las filas del «Esmeralda».

Efectivamente, toda la comarca de Chilca y de Lurín estaba completamente despoblada e indefensa.

En conocimiento de este antecedente y habiendo recibido informaciones del comandante del *Cochrane* que afirmaban que en la desembocadura del río Lurín existían caletas muy mansas, el general Baquedano procedió a trasladar la flota hasta ese punto de la costa. Durante la noche se tomaron las últimas disposiciones.

La brigada Gana sería la primera en tomar tierra, al amanecer.

A las tres de la madrugada, moviéndose a tanteos por la obscura

cubierta del *Elena Álvarez*, el comandante Holley se acercó a los capitanes Naranjo y Aguirre, jefes de la tercera y cuarta compañía del segundo batallón del «Esmeralda».

—A las cuatro en punto desembarcará nuestro regimiento —les dijo—. Avanzaremos rápidamente hacia el interior y nos apoderaremos del pueblo de Lurín, haya o no enemigos. ¿Comprendido?

Pero, como lo habían anticipado los exploradores, todo el valle de Lurín estaba abandonado.

Mientras los soldados de la brigada Gana se internaban por los senderos medanosos en dirección hacia el pueblo de Lurín, la noticia de la invasión volaba en alas del pavor y llegaba a conocimiento de los jefes de la primera línea de fortificaciones que defendía Lima. El Gobierno peruano dictó las últimas apresuradas disposiciones y se dispuso a recibir el choque con fe firme en la victoria.

En torno al Hotel Español, donde residía Leonora en Miraflores, el movimiento de tropas se acrecentó. A través de los visillos de su ventana, la agente contemplaba pasar a civiles y soldados, todos armados y animosos, encaminándose hacia las posiciones que les habían sido asignadas. De pronto, en medio de la muchedumbre divisó a Roberto Rodríguez, quien, vestido con una raída casaca de cuero y armado de un viejo fusil, se detenía ante la entrada del hotel. Cubriéndose con su rebozo, Leonora descendió al vestíbulo, para evitarle preguntar por ella al conserje. Guiándolo con gestos por sobre las cabezas de la gente que se apretujaba allí, consiguió llevarlo hasta su cuarto y encerrarse con él.

—¡Ay, Leonora! —exclamó Rodríguez—. Cómo quisiera disponer de tiempo para conversar con usted, para preguntarle qué ha sido de su vida, para saludarle con todo el afecto que le tengo; pero, ya ve usted, los hechos se precipitan.

—Después de la victoria conversaremos, don Roberto —lo consoló la joven.

—De la victoria o de la derrota —le rebatió el agente, con gesto sombrío.

—No diga usted eso. No tenemos derecho a pensar en una derrota, don Roberto.

—No conviene cegarse, Leonora —insistió Rodríguez, con cierto desánimo—. Vengo de Chorrillos. He conseguido filtrarme dentro del ejército peruano y he visto cuán formidables son las defensas.

—Pues, hay que describírselas a toda prisa a nuestros generales, don Roberto. Proporcióneme todos los datos que tenga y yo los haré llegar a El Profesor.

El agente se hurgó en los bolsillos interiores de su casaca y sacó algunos papeles sucios, en uno de los cuales estaban dibujadas toscamente las defensas de Chorrillos.

—Este es el plano de las fortificaciones, mi amiga: Aquí comienzan, en el Morro Solar, que es un peñón vecino al mar, más alto y tan artillado como el de Arica. Se alinean con este morro nueve cerros en cadena, que forman un espinazo que se prolonga hasta el pueblo de Monterrico. Esta cadena montañosa cierra el paso a Lima en todo el ancho del valle y es la base de la línea defensiva. En cada una de las nueve cumbres se ha levantado un fortín dotado de numerosos cañones y siguiendo el lomo de los cerros corren trincheras y parapetos foseados, tras los cuales se ocultan soldados de línea, a razón de dos por cada metro.

—¿Cuántos soldados, más o menos? —quiso saber Leonora.

—20 000.

—Los nuestros serán más entonces. Según El Profesor, sobrepasan los 24 000.

—Sí, pero tendrán que avanzar a pecho descubierto, por una planicie arenosa, lisa como una mesa, que se llama La Tablada. Los peruanos los verán venir desde mucha distancia y podrán disparar sobre ellos como si tiraran al blanco.

—Bien, pero esas defensas deben tener algunos puntos débiles.

—Sí, dos, las abras que quedan entre los cerros, portezuelos que permiten pasar de La Tablada al valle del Rímac. Una en el caserío de Santa Teresa, casi al pie del Morro Solar. La otra, más al oriente, en mitad de la línea, frente a la hacienda de San Juan.

Examinando el croquis, Leonora se daba cuenta de la invulnerabilidad de las defensas.

—Si nuestros compatriotas consiguen romper la barrera de Chorrillos, la victoria está lograda, Leonora —le expresó Rodríguez,

como si adivinara sus reflexiones—. Pero es difícil, horriblemente difícil. El embajador de Francia, que visitó hace unos días las fortificaciones exclamó: «80 000 soldados europeos no pasarían». Recapacite usted, Leonora, en que hay cuatro divisiones en trincheras protegidas por ciento veinticinco cañones de todos los calibres y veinte ametralladoras Hotschinks de oscilación.

—¡Ciento veinticinco cañones! —repitió impresionada la joven.

—Sí. Aquí tiene usted el plano con sus emplazamientos y calibres —le confirmó Rodríguez entregándole otro croquis lleno de cifras—. Guárdelo tanto como a su vida. Ahora bien, todo el terreno ante los puertezuelos de Santa Teresa y San Juan, así como las faldas del Morro Solar, están sembrados de minas enterradas en la arena, cada una de las cuales basta para despedazar a veinte hombres.

—Razón tiene usted al temer por la victoria, don Roberto —razonó—. Si los nuestros saltan la barrera de Chorrillos, se estrellarán contra la de Miraflores, y ésta es formidable también.

—Es preciso prevenir a los jefes lo antes posible —expresó Rodríguez—. Están ya en Lurín, apenas a nueve leguas de aquí, y a punto de dar el salto definitivo. ¿No tiene usted un ayudante que lleve estos datos a Lima?

—No. Gastón Dupré ha ido a dibujar las fortificaciones de la playa. Pero no se preocupe, los llevaré yo misma a El Profesor, para que él los envíe a nuestra escuadra.

—Es peligroso, pero no queda otra solución —aprobó don Roberto—. De todos modos, vendré mañana a saber de usted. Si no ha regresado estimaré que debo llevar los informes personalmente hasta los barcos chilenos.

—Comprendido.

—Salgo inmediatamente después de usted. Adiós, don Roberto.

Se estrecharon las manos con fuerza y Rodríguez salió al vestíbulo del hotel.

Leonora no demoró más que el tiempo preciso para echarse un mantón sobre los hombros y guardarse los documentos en el seno. Enseguida se lanzó también a la calle.

En la plazoleta frontera al hotel, varios coches destartalados recibían gente que regresaba a Lima. Mediante el pago de cinco soles, Leonora consiguió el último lugar en la trasera de uno de

ellos y allí se acomodó, aferrada a la barandilla del carruaje para no caer al camino.

El cochero alzó su látigo y los caballos partieron al trote. Fue en ese instante cuando Leonora alzó la vista y se quedó helada de impresión. Allá, en medio de la calle, envuelto por la multitud, sobresalía la figura delgada del general Buendía. Los ojos del viejo soldado se clavaron atónitos en los de Leonora durante unos segundos. Luego la agente lo vio hincar las espuelas a su caballo y tratar de hender la multitud, a tiempo que gritaba:

—¡Alto!… ¡Detengan ese coche!…

Afortunadamente, los pasajeros del vehículo no oyeron los gritos del general. Por otra parte, la torrentosa masa de soldados y reservistas que se atropellaban se hizo más compacta en una bocacalle que acababa de cruzar el coche. El general Buendía perdió terreno por tener que ceder el paso a una columna de reclutas, pero pronto espoleó su caballo y lo lanzó nuevamente a la persecución. La calle quedó, repentinamente, casi despejada y la cabalgadura pudo empezar a galopar. Leonora palideció al ver acercarse al coche el viejo militar; con movimientos nerviosos se sacó del pecho los documentos que le había confiado Rodríguez y, ocultando las manos bajo el mantón, comenzó a destrozarlos, dejando caer a la calle los fragmentos.

Ya el general estaba a cincuenta metros. Una voz suya habría bastado para detener el carruaje, pero inexplicablemente, no gritó. El caso fue que aquella indecisión suya resultó salvadora para la perseguida. Repentinamente surgió por una bocacalle un regimiento de artillería y sus mulas, cureñas y armones se interpusieron entre el coche y el general. Para mayor fortuna de la agente, el vehículo torció en esa misma esquina y entró al camino a Limatambo.

Lo último que vio Leonora fueron las furiosas gesticulaciones del general Buendía, tratando de abrirse paso a través de la columna de artillería. Metros más allá de la esquina, aprovechando una semidetención del carruaje, al que se le hundió una rueda en un bache del camino, se lanzó al suelo y se mezcló rápidamente con la muchedumbre. Casi corriendo, cruzó Miraflores y se encaminó a la playa. Al cabo de un largo rato de marcha, arribó al balneario llamado Magdalena Nueva, en donde alquiló un fiacre que la llevó a Lima.

Media hora después de haberla perdido de vista, el general Buendía interrogaba al dueño del Hotel Español. La descripción que el militar le hizo de la agente bastó para que el hombre la identificara.

—No puede ser otra que la señora Belíndez —aseguró, y abriendo el libro de pasajeros indicó al general un renglón en que decía: Carmen Belíndez, procedente de Ecuador.

—Carmen Belíndez, ¿eh? —Y advirtió al hotelero—: Si esta señora regresa, cosa que creo poco probable, debe usted avisar de inmediato a la superioridad militar. Es una espía chilena.

Aquella misma tarde comunicó al general Piérola la presencia de la espía en las líneas defensivas y obtuvo que se expidiera una orden a todas las prefecturas de policía para que se la buscara activamente. Al mismo tiempo, en diarios y bandos pegados en los muros se ofrecieron quinientos soles a quien proporcionara datos que condujeran a su captura.

Leonora, adivinando que iban a ser tomadas todas aquellas medidas en contra de ella, se apresuró a ir a la recova para participar a El Profesor su situación y pedirle que fuera esa noche a la casa donde estaba Elcira, a fin de repetirle verbalmente los datos que le había comunicado Rodríguez.

—Está bien…, está bien —le aceptó El Profesor nerviosamente —. Desaparezca ahora; vaya a esconderse en la casa de Elcira y no salga más hasta que se defina el resultado de las batallas.

El 23 de diciembre, la avanzada del ejército chileno, formada por el «Esmeralda», el «Buin» y el «Chillán», entró en el caserío de Lurín. La marcha desde Curayacu, a través de un páramo implacable de cinco y media leguas, había costado la vida a un oficial y a dos soldados, que perecieron de sed e insolación.

En la fuente de la plaza de Lurín y en las norias de algunas casa, los soldados pudieron saciar su sed antes de proseguir avanzando hacia el norte, hasta un pastizal en donde se establecieron como gran guardia. Mientras tanto, el general Baquedano instalaba su cuartel general en el pueblo y desde allí aceleraba el acarreo de la artillería, desembarcada en la caleta de Los Pescadores. El 24 de

diciembre, en la mañana, terminaron de desembarcar todos los regimientos y los barcos volvieron a Pisco para recoger a la segunda brigada de la Primera División.

Aquel mismo día, el «Esmeralda» recibió la orden de movilizarse hasta la ribera misma del río Lurín, para proteger un magnífico puente colgante de hierro que daba paso al camino a Lima. Se temía un ataque sorpresivo de los peruanos. La distancia que separaba a los dos ejércitos adversarios era ya demasiado pequeña.

Marchando por un ancho callejón sombreado de enormes árboles, que cruzaba por entre dos haciendas llamadas Bellavista y San Pedro, avanzaron los esmeraldinos en busca del río.

El ordenanza del teniente Santa María se escabulló unos momentos de las filas y regresó poco después, portando un enorme tubérculo.

—Mi teniente —dijo apegándose a Santa María, que marchaba con Del Solar y Cobo—, en el potrero que corre al *lao* del camino hay rumas y rumas de estas papas grandazas.

—Esas no son papas, sino camotes, ignorante —le corrigió Santa María, que no tenía ningún sentido del humor.

—¡Camotes! —exclamó entusiasmado Del Solar, arrebatándole el que traía el ordenanza—. ¡Caramba, Lorenzo!, tráete un montón grande. Esta noche es Navidad. Cuando menos comeremos camotes asados y nos haremos cuenta de que son pedazos de torta.

Aprovechando la nube de polvo que levantaban dos jinetes que los pasaban al galope, el ordenanza se escabulló nuevamente hacia el potrero. Uno de los jinetes saludó a los oficiales a gritos y sin detener su carrera.

—¡Adiós, amigos! ¡Feliz Pascua!

Era el mayor Manuel Rodríguez que, como siempre, iba a cumplir sus deberes de explorador más allá de las avanzadas.

—Ese sí que le saca el jugo a la guerra —comentó Del Solar—. Anda de arriba para abajo, como le da gana; en buen caballo y con su fiel Acosta a la siga.

—Sí, pero para sacarle el jugo a la guerra, como tú dices, expone el pellejo a cada rato —le advirtió Cobo—. ¿Te imaginas adónde va ahora tan contento? A pleno día, se va a poner a tiro de las fortificaciones de Chorrillos.

—De todos modos lo envidio —porfió Del Solar—, como envidio

a cuantos exploradores pasen hacia la vanguardia. ¡Cómo quisiera que llegáramos de una vez a Chorrillos y se terminara esta guerra de mierda!

Aquella noche, el «Esmeralda» vivaqueó a la orilla del Lurín, junto al puente colgante. Los soldados estaban un poco tristes y silenciosos. Seguramente pensaban en sus familias que los recordarían con inquietud en esa noche de Navidad. Unos de los pocos que conservaban el buen humor era Del Solar. Había celebrado como un chiquillo la aventura del ordenanza de Santa María, a quien se autorizó para que recogiera algunos camotes del potrero, y el muy pillo llegó con cuatro gallinas y hasta con un caballo esquelético. Mientras comían los camotes asados en la fogata, vieron llegar al comandante Holley. Traía una expresión cariñosa en su rostro delgado de hombre de salón.

—Buenas noches, oficiales —los saludó, y como ellos intentaran ponerse de pie, lo disuadió con un ademán—. Quédense donde están. Venía solo a saludarlos en esta noche de Pascua, antes de que nos echemos a dormir.

Los tres mozos le agradecieron en voz baja, sinceramente conmovidos. La campaña, las privaciones en común, la distancia de los seres queridos y el contacto frecuente con la muerte, los habían vuelto muy sensibles ante los pequeños actos de fraternidad.

—Afirmen los corazones, niños —siguió diciéndoles el comandante—, traten de dormirse con alguna imagen feliz. Feliz Pascua, oficiales, y buenas noches.

—Feliz Pascua, mi comandante.

Ninguno de los tres se atrevió a seguir hablando después de que se alejó el jefe del regimiento. Poco más tarde apagaron su fogata y se tumbaron envueltos en sus mantas. Un silencio profundo cayó sobre el regimiento, pero eran muy pocos los soldados que dormían.

—Feliz Pascua, mi general —dijo Máximo Lira disponiéndose a abandonar la habitación en que había estado trabajando con el general Baquedano.

—Feliz Pascua, Lira. Buenas noches —le respondió Baquedano sin levantar la mirada de los documentos que estaba estudiando.

Acababa de llegarle un largo informe de El Profesor, sobre los sistemas de defensa que emplearía el ejercito peruano, y el mayor Manuel Rodríguez le había traído también un resumen de los reconocimientos practicados por él, por el comandante Dublé Almeyda y por el teniente coronel Carlos Wood. Ese resumen detallaba los caminos que conducían a Lima. Según él, existían cuatro. Uno que iba por la playa directamente al pueblo de Villa y al Morro Solar. Otro que corría por el medio de La Tablada y conducía a Villa y a Santa Teresa. Un tercero llamado camino de Atacongo, que se deslizaba por el oriente de La Tablada hasta el caserío de Tebes, ubicado al término izquierdo de la línea de Chorrillos.

«Espléndido —pensó el general—. Avanzando por esos tres caminos abarcaremos toda la extensión de las defensas enemigas».

El cuarto camino, llamado de Manchay, corría por la sierra hasta un punto denominado La Rinconada, para introducirse desde allí en el valle del Rímac, o sea, en el territorio de Lima.

Se ofrecía aquélla como una operación interesante. Significaba evitar el ataque de frente y anular el valor de las fortificaciones de Miraflores y Chorrillos.

«Hum, muy atrayente, muy atrayente a simple vista —pensó el general—. Pero no creo que los jefes peruanos puedan ser tan ingenuos e ignorantes como para dejar sin custodia ese camino».

Anotó en un papel: Brigada Barbosa, reconocer camino de Manchay hasta La Rinconada de Ate, con una columna de 2000 hombres, comprendiendo artillería de montaña y caballería.

Unos discretos golpes a la puerta interrumpieron sus reflexiones. Entró uno de sus ayudantes, el mayor Pomar. Venía a participarle que los centinelas del «Esmeralda» habían apresado a un mensajero peruano que trataba de filtrarse hacia Chorrillos, portando comunicados de un tal coronel Sevilla. Uno de los despachos que le fueron quitados informaba que la caballería del coronel Sevilla había venido hostigando a la brigada de Lynch, sin lograr detenerla.

—Este Lynch es un coloso. Sólo él podía guiar a una brigada por terrenos imposibles y hacerla llegar intacta, sin perder ni un solo cañón —comentó Baquedano, y agregó—: El 26 llegará la segunda brigada de la Primera División desde Pisco y formaremos todo el ejército, 26 000 hombres, cara a Chorrillos. ¿Qué le parece?

—¿Tiene usted algún plan definido, mi general?

—Naturalmente, mayor. Mi única manera de hacer la guerra: ¡de frente, a la chilena, contra el medio de la línea de Chorrillos!

La vieja rencilla entre el general y el ministro retardó la iniciación de las operaciones hasta el 11 de enero de 1881. El señor Vergara se oponía encarnizadamente a la «carga a la chilena» que proponía Baquedano, argumentando justificadamente que el ataque debía realizarse por el camino de Manchay, maniobra que permitiría franquear las fortificaciones enemigas y entrar en el valle de Lima por un costado desguarnecido. Pero el general en jefe aplastó sus razones con furiosos argumentos. Sostuvo, muy atinadamente, que el objetivo de la guerra no era apoderarse de Lima, sino destruir el ejército peruano. Además, avanzando por La Tablada, las tropas mantendrían contacto con el agua del río Lurín, mientras que yendo por el camino de Manchay cruzarían solamente desiertos resecos. Una tercera razón era que manteniéndose próximos a la costa estarían siempre a la vista de la escuadra, que los protegía con sus cañones, y, llegado el momento de un desastre, podría fácilmente recoger a los soldados. Por último, hacer desfilar un ejército de flanco frente al enemigo encerraba el peligro de ser cortado en cualquier momento.

Por su parte, el coronel Velásquez agregó otros dos argumentos decisivos: la ruta a Manchay era un camino estrecho y arenoso por donde no podría pasar la artillería y, además, se había sabido por boca de los prisioneros que el general Piérola tenía tomadas todas las medidas del caso para vaciar sobre el valle de Manchay cuanto canal de regadío existía en la región, de modo de inundarlo cuando las tropas chilenas lo fueran cruzando.

Ni el propio general Marcos Maturana, creador del plan de ataque por el camino de Manchay, se atrevió a seguir defendiéndolo.

En el consejo de guerra se llegó a la decisión de que el ejército se pondría en marcha por La Tablada al día siguiente, a las seis de la tarde, avanzaría durante toda la noche y al alborear del 13 de enero se lanzaría al ataque contra la línea de Chorrillos, «de frente,

a la chilena».

Aquella misma tarde ocurrió un hecho que conmovió al campamento de Lurín. Este hecho fue la llegada de la primera brigada de la Primera División, que venía a pie desde Pisco. Cuando asomó al campamento, todos los soldados estacionados allí sintieron un escalofrío de emoción. El comandante Patricio Lynch no sólo había conseguido cruzar las selvas, los pantanos y los montes conservando su brigada intacta, sino que incorporó a ella a todos los chinos que vivían esclavizados en esa región. La columna del «Príncipe Rojo» parecía un pueblo de tártaros en marcha. Los 1500 chinos que la escoltaban habían traído con ellos a sus mujeres, a sus niños y a todos sus animales. Muchos de ellos incluso cargaban con enseres y adornos de características típicamente orientales. El «Príncipe Rojo», con la barba crecida y el uniforme roto, seguido por sus soldados, igualmente barbudos y sucios, parecía un soberano asiático de regreso de una cruenta guerra de conquista. Sonriente, erguido, y terriblemente seguro de sí mismo, cruzó el campamento y fue a detener su hueste frente al cuartel general.

Los soldados de las demás divisiones lo aclamaron delirantemente. En sus cerebros simples de hombres bravos cabía un solo pensamiento: ¡ése sí que era un guerrero! Y todos se hicieron el propósito de imitar su ejemplo. Adonde fuera el «Príncipe Rojo» allá irían ellos.

Comenzaba a oscurecer sobre el campamento de Lurín.

Lentamente, avanzando en columnas por batallón, las divisiones se acercaban con cautela a las posiciones enemigas. Sólo separaban a los combatientes 17 400 metros de desierto liso. En los oídos de todos los soldados se repetían los sones del *Adiós al 7.º de Línea*, que ejecutaban los músicos del «Esmeralda» sobre el puente de Lurín a medida que las tropas iban pasando.

A las siete de la tarde, las divisiones se habían separado ya, internándose por los tres caminos que cruzaban La Tablaba.

El comandante José María Soto había tomado el camino de la playa de Conchán, guiando al regimiento «Coquimbo», al batallón «Melipilla» y a una parte de la artillería de marina, para atacar el

Morro Solar por el sur. El comandante Patricio Lynch, al frente de la Primera División, marchó por el camino del centro de La Tablada. Su deber era comenzar la batalla, atacando al Morro Solar y las fortificaciones de Villa y Santa Teresa. Poco más al oriente caminaba la Segunda División, conducida por el general Emilio Sotomayor. Él formaba el «Esmeralda». Iba por el camino de Atacongo, directamente contra las posiciones de San Juan, centro de la línea enemiga.

Como reserva de Lynch iba la fuerza mandada por el coronel Arístides Martínez. La Tercera División, comandada por el coronel Pedro Lagos, reserva también, iba a la zaga de la Primera y Segunda División.

Doblados bajo el peso del equipo, conversando en voz muy baja con el compañero más próximo, los esmeraldinos adelantaban, como todos, bajo la espesa neblina.

—Los del «2.º de Línea» van juramentados para pelear como fieras —comentaba el subteniente Del Solar con su inseparable compañero Cobo—. Como anteayer mi general Baquedano les devolvió el estandarte que perdieron en Tarapacá, creen que van protegidos por una coraza celestial.

Alberto sonrió con escepticismo.

—Los santos van a necesitar disponer de una coraza muy grande para meter debajo a todos los juramentados —dijo—. Porque los chinos también se juramentaron, ayer, en Lurín.

Cobo había asistido a la curiosa ceremonia realizada por los 1500 chinos que llegaron con Patricio Lynch. La habían efectuado en un templo budista que había en Lurín. Uno de los orientales, que cambió su nombre por el de Quintín Quintana, ofició en el pintoresco templo, adornado con banderolas triangulares de seda. En mitad de la ceremonia, degolló un gallo negro y se bebió su sangre a medida que iba pronunciando una larga letanía en su idioma, la que era repetida con fervoroso vigor por sus connacionales. Según se supo, expresaba que así como se bebían la sangre del gallo negro, se beberían la del chino que traicionara la causa de Chile.

Un oficial de la plana mayor pasó al trote urgiéndolos a apresurar la marcha. Después de que se alejó el oficial, Cobo participó a su compañero, con acento pesaroso:

—¿Te fijaste en el subteniente Juan de Dios Santiagos? Va a tener mal fin. Recuérdalo, Alberto. Esta tarde estaba amarrando su violín sobre su mochila y, de repente, se quedó mirándolo, exclamando enseguida: «¿Para qué lo llevo si no lo voy a tocar más?». Y lo dejó colgado de un árbol.

Del Solar resopló, impresionado.

—Déjate de agorerías, tocayo. No es el mejor momento para hacerlas, te aseguro. Siguieron avanzando en medio de la obscuridad.

A la una de la madrugada, la división se detuvo en mitad del desierto. Una rojiza luna menguante los había alcanzado e iluminaba un ruinoso aprisco de piedras. En aquel corralón abandonado y pavimentado de estiércol seco de cabras se tumbaron los del «Esmeralda».

El capitán Florencio Baeza, de la tercera compañía, pasó junto a Del Solar y Cobo y se detuvo.

—Duerman, muchachos —les recomendó—; se dispone de una hora para descansar. A las dos reiniciamos la marcha, para caer por sorpresa sobre las defensas de San Juan, más o menos, a las cuatro y media.

—¿Por sorpresa? —Del Solar rió socarronamente—. Mi comandante Holley y todos los jefes que siguen para arriba son muy ingenuos o se hacen.

—¿Por qué lo dice, teniente?

Del Solar remeció a Lorenzo Astete, el ordenanza de Santa María. El hombre gruñó como un cerdo y siguió durmiendo.

—Este «gallo» —participó al capitán Baeza— nos contó que a la brigada Barbosa se le escapó un prisionero en la Quebrada de la Manzana, después de destruir y apresar a la caballería del coronel Sevilla. Este fugitivo se les perdió corriendo hacia Chorrillos, y a menos que se le haya caído la lengua de tanto correr, ya todos los defensores de la línea enemiga deben estar escrutando hacia La Tablada.

—Bueno, ¿qué le vamos a hacer? —reflexionó el capitán Baeza —. No los pillaremos de sorpresa. Mayor razón entonces para ir bien descansados. De modo que ¡a dormir, tenientes!

Se alejó para hacer la misma recomendación a los demás. Pero no había forma de obedecerle. Minutos más tarde, llegó la artillería

del coronel Velásquez con un estruendo de terremoto. El jefe de los artilleros parecía muy agitado. Se puso a conversar con Holley y el coronel Gana, al lado afuera de la pirca del corral. Cobo y Del Solar lo oían quejarse de que frente a la vanguardia se estaban cruzando fuerzas de caballería enemiga.

—Mientras no se precise qué caballería es ésa, usted no puede pensar en adelantar su brigada —decía el coronel Gana.

El comandante Holley objetaba airadamente esa determinación.

—Considero que debemos seguir adelantando, sea cual fuere la caballería que nos intercepta el camino, coronel. La división del comandante Lynch comenzará su ataque a las 4.30 de la mañana. Nosotros tenemos que asaltar el otro extremo, al mismo tiempo, para que los peruanos no puedan enviar refuerzos de un extremo a otro.

No obstante, el coronel Velásquez insistió en que se mantuviera inmovilizada la brigada hasta saber qué caballería estaba al frente. En ello se perdió media hora y el resultado fue decepcionante: los jinetes entrevistos eran los granaderos de Yávar y Pantoja, que batían el campo, delante de la vanguardia. El «Esmeralda», el «Buin» y el «Chillan» tuvieron que reiniciar la marcha a paso redoblado para recuperar el tiempo perdido. Pero, de todos modos, los sorprendió la aurora muy distantes de las líneas enemigas.

—¡Más vivo el paso, soldados!… ¡Más rápido! —pasaba urgiéndolos el capitán Baeza.

—Mi teniente, ¿no divisa usted algo así como un farol rojo moviéndose en medio del cordón de cerros? —le indicó Astete a Del Solar.

Efectivamente así era. Y muy pronto no fue sólo una luz la que se recortó contra el cielo, sino varias. No cabía duda: los enemigos se hacían señales de un fuerte a otro.

Entonces un ronco coro de cañonazos estremeció la atmósfera. El fulgor de los estampidos fue perfectamente visible hacia el lado de la costa y el Morro Solar se iluminó durante unos instantes como un volcán.

—¡Caaa… rajo! —barbotó el capitán Baeza, enfurecido—. ¡Entró en batalla la Primera División!

Todos comprendieron lo que aquello significaba.

Exacto como un cronómetro entraba en la batalla el «Príncipe Rojo». Había conseguido llevar a sus tropas hasta cuatrocientos metros de las fortificaciones de Villa y Santa Teresa, cuando las baterías peruanas abrieron fuego sobre La Tablada. Una lluvia de plomo envolvió a la Primera División. Pero Lynch siguió avanzando impertérrito y sólo cuando estaban a trescientos metros desplegó la división en guerrillas y dio la orden de fuego. El «4.º de Línea», el «Chacabuco», el magnífico «Atacama», el «Talca», el «2.º de Línea» y el «Colchagua» avanzaron al trote, disparando sin cesar.

El Morro Solar, envuelto en un capuchón de niebla, vomitaba llamas por todos sus costados; el cordón de colinas que circundaban Villa y Santa Teresa derramaba una granizada de balas sobre la planicie que iban recorriendo los soldados. Sin embargo, la línea chilena avanzaba, avanzaba sin quebrarse. Formidable e impresionante, alcanzó la primera trinchera que circunvalaba Villa. Los soldados tricolores saltaron los parapetos y cayeron dentro de los fosos como fieras iracundas. Pronto surgieron al otro lado y continuaron avanzando. Una segunda y una tercera trinchera fueron deshechas. Los enemigos retrocedían a las colinas, bajo el amparo de sus cañones. Los chilenos volaban, a veces, despedazados por las minas enterradas, pero no detenían su carrera. Cuando la batalla se prolongaba ya media hora, el «Príncipe Rojo» vio escurrirse nutridos refuerzos por el lomo de las colinas. Se producía lo que había temido el general Baquedano. El comandante Lynch soportó bravamente el contraataque de los enemigos, pero, finalmente, tuvo que pedir refuerzos.

El general Baquedano, furioso con el general Sotomayor, que no conseguía todavía hacer entrar en acción a sus fuerzas, lanzó a la batalla al «3.º de Línea», a los «Zapadores» y al «Valparaíso».

Entretanto, la primera brigada de la Segunda División había llegado a dos mil metros de las fortificaciones de San Juan. Los proyectiles de cañón comenzaban a caer sobre ella con peligrosa frecuencia y se tornaba imperativo sacarla de allí, hacia la retaguardia. Sin embargo, el coronel Gana ordenó el alto y la inmovilizó en el sitio, sujetándose estrictamente a que no había recibido la orden de avance, que debía provenir del jefe de la

división. En estas circunstancias, el comandante Holley plantó su caballo al lado del coronel Gana y le habló con exasperada rudeza.

—Es que no he recibido la orden de mi general Sotomayor —se disculpó el jefe de la primera brigada.

—¡Ah, caramba! En momentos como éste no se esperan órdenes, coronel —le objetó el nervioso comandante—. Los jefes del «Buin» y del «Chillán» piensan lo mismo que yo y me han comisionado para venir a decirle que hay que cargar al momento. Le habla la experiencia de tres campañas, coronel.

El coronel Gana se puso pálido. No era la primera vez que los veteranos de las campañas anteriores le echaban en cara el tener mando sin haber estado nunca en una batalla. La guerra ponía insolentes a los subalternos.

Sin embargo, el recurso empleado por Holley dio el resultado apetecido. El coronel Gana giró hacia su corneta de órdenes y le hizo seña de que tocara «en avance».

Mientras la brigada Gana entraba en combate, el general Baquedano había lanzado desesperadamente a la reserva del coronel Arístidez Martínez a tapar los vacíos que la muerte abría en la Primera División. Los feroces mineros del «3.º de Línea», el «Zapadores» y el «Valparaíso» entraron por entre el «4.º de Línea», el «Atacama» y el «Chacabuco» y cargaron con ímpetu irresistible contra las fortificaciones extendidas entre Villa y Santa Teresa. La defensa peruana vaciló. Sus hombres caían traspasados como muñecos. Los mineros saltaban de un foso a otro, locos de furor.

Los regimientos de la división Lynch pudieron tomar un descanso. Pero éste no se prolongó demasiado. El «Príncipe Rojo» volvió a batir su espada en el aire y electrizó a sus hombres con el bárbaro grito de «¡a degüello!».

Con escalofriante chivateo, todos los regimientos bajo sus órdenes volvieron a la carga, sumándose la reserva. Como fieras irrefrenables empezaban a escalar las colinas artilladas. Aquel poderoso avance los puso a la vista del caserío de Villa. En ese instante, abrían sus fuegos el «Esmeralda» y el «Buin», por la derecha de la línea. Habían llegado ya frente a las colinas laterales del portezuelo de San Juan. Fue entonces perfectamente visible el desconcierto en las posiciones peruanas. La que se oponía al «2.º de Línea» retrocedió al verse baleada por el flanco derecho por los

buines. Aquella demostración de debilidad perdió a sus defensores. Las piezas de montaña de Errázuriz y Fontecilla comenzaron a remachar justamente sobre ese punto.

Quedó limpio el terreno frente al portezuelo de San Juan. Pero tanto los hombres del «Esmeralda» como los del «Buin», que avanzaban hacia él, sabían que las dos colinas que le servían de pórtico eran un erizamiento de cañones y fusiles. No obstante, ninguno de ellos vaciló.

Desde la cumbre de un cerrillo en la retaguardia, el ministro Vergara y el general Baquedano los observaban con la respiración contenida. Cuando los dos regimientos empezaban a escalar las colinas, los anteojos del general en jefe se corrieron hacia la extrema izquierda del campo de batalla. La división Lynch estaba entrando en Villa, después de destrozar todas las defensas anteriores, y hacía una conversión para atacar el Morro Solar por el flanco. A su vez, la brigada volante del «huaso» José María Soto trataba de escalarlo por el lado del mar.

Por su parte, el ministro Vergara, atento sólo a la acción que desarrollaban el «Buin» y el «Esmeralda», gritó a su ayudante, el mayor Alberto Stuven:

—El «Buin» no ha tenido ocasión de lucirse en ninguna batalla. Sus hombres deben estar ansiosos de demostrar lo que valen. Corra usted al sitio en que combaten y diga a su comandante que daré el grado de capitán al primero que clave nuestra bandera en la cumbre de las colinas que guardan el portezuelo de San Juan.

La oferta del ministro tardó veinte minutos en llegar a oídos del comandante del «Buin». Pero no fue necesario que éste la participara a los soldados; además, no habría podido hacerlo. Los hombres ascendían la colina sordos a todo lo que no fuera el estampido de su fusil.

Por su parte, los esmeraldinos trepaban la colina de la derecha del portezuelo combatiendo con la misma ferocidad, como si existiera una competencia entre ellos y los buines por llegar primero a la cumbre.

Alberto Cobo corría a la derecha de su compañía junto con Del Solar. Poco más adelante iban el capitán Baeza y el teniente Santa María. No muy lejos ascendía la primera compañía, en la que iba el teniente Aguirre Peña y Lillo. Hubo un momento en que Alberto lo

vio saltar un ancho foso, esgrimiendo el sable y una pistola; y, como una ráfaga fugaz, le pasó por la memoria el recuerdo de la fiesta fastuosa a la que le tocó asistir como el primer recluta del «Esmeralda», en la mansión que los Aguirre Peña y Lillo tenían en Santiago. Qué distinta apariencia tenía ahora el elegante oficial de aquella época. Iba sin quepis, desgreñado, y con el uniforme sucio y roto en varias partes. Un hombre surgió de un hoyo casi al lado de Aguirre y tumbó de un balazo a un soldado de su compañía. El oficial se le fue encima como una fiera, le disparó su pistola en mitad de la cara y enseguida lo remató a sablazos, tajándolo con saña, como un leñador que echara un tronco extendido en el suelo. Luego siguió trepando, con los ojos desorbitados.

Llegaban a una curva del sendero. Un grupo de peruanos se cobijaba tras los hierros de dos ametralladoras ya inservibles. El capitán Baeza y Santa María fueron los primeros en asomarse junto a ellos. Un negro gigantesco se vino encima del teniente y levantó su fusil para despedazarle el cráneo.

Pero Santa María era famoso por su fuerza hercúlea; de un salto, le atrapó el fusil en el aire y quedaron ambos sujetos del arma, forcejeando. En ese instante, llegaba el ordenanza Astete. Sin detenerse casi, sacó su corvo del cinto y metiéndose agachado entre los dos hombres, de un tajo horizontal le abrió la barriga al negro.

Cobo estaba a cuatro metros del capitán Baeza, cuando un enemigo surgió de un montón de cadáveres. No llevaba más arma que la pesada baqueta de un cañón de montaña. Velozmente la hizo girar y propinó un terrible golpe en la nuca al capitán de la compañía. Alberto no alcanzó a advertir a su jefe, pero al verlo caer fue tal la furia que lo invadió, que saltando llegó hasta el hombre de la baqueta y con el plano de la culata de su fusil lo golpeó en una oreja. Luego, lo clavó cuatro o cinco veces, bárbaramente, con su bayoneta.

Todos procedían con igual salvajismo. Atacaban sin dar ni pedir clemencia.

A las 7.05 de la mañana, después de dos horas de combate, la división Lynch, había destrozado las defensas de Villa y Santa Teresa y se acercaba a Chorrillos, flanqueando el Morro Solar. En la cumbre de la colina más alta de Villa, el capitán Antonio María López, del «Atacama», había clavado la primera bandera chilena.

Luego lo hacía en la portada de San Juan el sargento del «Buin», Daniel Rebolledo, quien ganaba el ascenso a capitán en el campo de batalla. Pero simultáneamente el abanderado del «Esmeralda» se erguía en toda su estatura en la cima de la colina vecina. En cuarenta y cinco minutos de lucha, el batallón de los «rotos» y el batallón de los «pijes» dejaban libre el camino a Chorrillos, que era el mismo que conducía a Lima. Frenando su caballo entre los cañones volcados, y los montones de cadáveres, el comandante Holley dio un breve descanso a su tropa.

—Si el ministro nos hubiera mandado decir a nosotros también lo de la bandera —les expresó—, quizás hubiéramos podido clavarla primero, muchachos, pero nada supimos. En fin, allá abajo, en las casas de San Juan y en el pueblo de Chorrillos, nosotros seremos los primeros. ¡Adelante, niños!

El regimiento volvió a ponerse en movimiento, descendiendo la colina hacia el lado del norte.

Una descarga cerrada de fusiles y ametralladoras los envolvió, de súbito. Varios soldados rodaron por la ladera, hechos pelotas. Cobo y Del Solar se arrojaron de cabeza dentro de una zanja y ahí aguardaron, encogidos. Las balas de los enemigos reorganizados en el valle picoteaban el cerro y zumbaban con ruido siniestro.

—Abajo debe haber, por lo menos, ocho mil soldados —reflexionó Del Solar, limpiándose la boca que se le había llenado de tierra—. Rodean la hacienda por todos lados.

—No nos levantemos hasta que sintamos silbar los disparos hacia otro lado —le recomendó Cobo y rotó el cuerpo hasta quedar de espaldas—. Anoche te reíste de mí porque te dije que al subteniente Santiagos le iba a ir mal —recordó a su compañero, con expresión de desaliento.

—Hombre, ¿vas a volver a contarme la tontería del violín?…

—Al pobre Santiagos lo mató una bala cuando veníamos trepando este cerro —declaró con voz enronquecida.

—¡Ah, malditos pendejos! Cinco me voy a cargar por el pobre Santiagos.

La artillería comenzó a tronar en algún punto a la derecha y apagó a la fusilería del valle.

—Vamos ya. Corramos cerro abajo —determinó Cobo, y ambos saltaron fuera de la zanja y se precipitaron por la ladera.

Los soldados del «Esmeralda» se volcaban por el faldeo, como una jauría azuzada por los cuernos de caza. El «Buin» corría siempre a su lado.

El potrero, abajo, estaba cruzado de acequias y tapiales, desde los cuales el enemigo les disparaba, a medida que se replegaba hacia las casas de la hacienda. Cuando los chilenos llegaron al llano, toparon con una ancha extensión cubierta de cañaverales. Tuvieron que meterse en ellos, recibieron tiros ciegos de peruanos que se mantenían encuclillados entre los matorrales. Muchos esmeraldinos cayeron allí, pero los demás lograron salir al otro lado. La cantidad de enemigos crecía a medida que se acercaban a las casas de la hacienda. Les disparaban hasta desde las copas de los árboles.

Encabezado por Holley, el «regimiento de los pijes» llegó hasta ellas como un tropel de potros, en el claro que las rodeaba. Los enemigos se retiraron a arboledas y los potreros de los contornos, pero desde la casa central y también de una capilla contigua a ella seguían lloviendo los proyectiles.

—¡Contra la casa, esmeraldinos! ¡Respetar la capilla! —gritó el comandante Holley, pero el capitán Baeza, con la cabeza vendada con un sucio trapo blanco, le hizo ver que la iglesia estaba llena de enemigos que les hacían fuego desde la torre—. Entonces asáltela también, capitán Baeza —determinó, y se marchó con el capitán Joaquín Pinto Concha y la primera compañía hacia la casa principal.

Baeza reunió a varios de su compañía y les ordenó derribar la puerta de la capilla. Pero los maderos resistieron el envión. Mientras el tronco, manejado por diez hombres, se estrellaba con eco sordo contra la puerta, los peruanos refugiados en la torre les disparaban balas sobre las cabezas, como si las vaciaran con cántaros. Por fin, la puerta crujió y al próximo golpe se hendió por el medio.

—¡Veinte fusileros emplácense en el hueco de la puerta y mátenme a todos los que hay adentro! —gritó Baeza.

Diez hombres rodilla en tierra y otros diez de pie más atrás empezaron a disparar hacia el interior de la capilla con tal profusión que era como si regaran la nave con una manguera.

Pronto no quedó un solo enemigo vivo en la planta baja de la

capilla. Entonces entraron los esmeraldinos. En el silencio impresionante que siguió al tiroteo resonaban fuertemente sus voces y sus botas. Del Solar miró hacia arriba. Por detrás del altar subía una escalera de caracol hasta una baranda circular que contorneaba la torre por dentro. Allí habían quedado atrapados varios soldados peruanos. El pánico los inmovilizaba de tal modo que no intentaron ni siquiera pedir clemencia.

—¡Bájenmelos a tiros, como si fueran palomos! —gritó Baeza enfurecido. Y la capilla se llenó de humo de los disparos.

Varios de ellos cayeron dando volteretas en el aire. Otros quedaron tumbados en la alta cornisa. Uno de los últimos sobrevivientes era un muchacho muy joven. Asomó arriba portando un estandarte azul y blanco. Despreciando las balas, saltó sobre la cabeza de los atacantes. Lo recibieron cuatro o cinco bayonetas apuntadas hacia el techo.

El soldado José Santos Astudillo recogió el estandarte. Tenía bordado un título en letras doradas: «Batallón Manco Cápac N.º 81».

—Consérvelo, soldado Astudillo, y entréguelo al comandante Holley cuando termine la acción —le ordenó el capitán Baeza.

El son vibrante de numerosos clarines los hizo abandonar la capilla. Era la caballería que llegaba a cumplir su misión de despejar el camino hacia Chorrillos.

Los esmeraldinos, reunidos en torno al comandante Holley, los vieron pasar sintiéndose orgullosos de su bizarría. Iban adelante los granaderos del comandante Yávar y los seguían los jinetes del «Carabineros de Yungay N.º 1», que mandaba Manuel Bulnes. Incontenibles, sembrando el terror y la muerte. Sus caballos pasaban como un huracán, destrozándolo todo.

Los defensores de la hacienda San Juan se habían agrupado en cuadro en el medio de un vasto potrero abierto detrás de las casas. La ola de jinetes llegó, atronadora, hasta la alambrada que lo cercaba y de un salto la traspuso. Allí una descarga tumbó al comandante Tomás Yávar. Sus jinetes, que lo adoraban, rugieron de cólera. Su rabia vengadora se contagió a los carabineros de Bulnes y el alud de centauros cayó sobre el cuadro enemigo destrozando y matando.

Media hora duró la refriega. Al cabo de ella, sobre el potrero de San Juan yacían más de cuatrocientos cuerpos despedazados.

Como un símbolo, en actitud estatuaria, el caballo del comandante Yávar montaba guardia, inmóvil, junto al cuerpo de su amo.

A las diez de la mañana, sólo se oían los distantes disparos de la división Lynch que luchaba por tomarse el Morro Solar. San Juan estaba en poder de los chilenos. Sólo entonces llegó el jefe de la Segunda División, general Emilio Sotomayor.

—Lo felicito, comandante Holley —dijo acercándose al jefe del «Esmeralda»—. Hemos seguido con orgullo la brillante acción de su regimiento.

—Gracias, mi general, pero no hemos hecho más que cumplir con nuestro deber —le respondió el aludido.

—¿Y el coronel Gana?

—Está en el otro extremo de la hacienda, organizando la persecución de los enemigos que lograron salir hacia Chorrillos.

La mirada del viejo general cayó en el estandarte del «Manco Cápac», que ya tenía en su poder el comandante Holley.

—¿Y ese estandarte? —le preguntó.

—Lo capturaron mis hombres, mi general.

El general Sotomayor extendió la diestra, con ademán autoritario.

—Démelo. Yo lo conservaré.

El comandante Holley se irguió en la montura, entre sorprendido y molesto.

—Perdóneme, mi general —le objetó en tono cortés, aunque firme—, pero no es lo justo. Este trofeo pertenece al «Esmeralda» y quiero guardárselo.

—¿Cómo es eso, Holley? —increpó a su interlocutor—. ¿Me desobedece usted?

—Quiero no hacerlo, mi general —se excusó el comandante sin ablandarse—. Pero este trofeo recuerda el heroísmo de mi regimiento.

—¿Ah, sí? Pues bien, si es tan heroico vuelva a la batalla.

Los oficiales del «Esmeralda», que los rodeaban, apretaron las mandíbulas, presas de la más legítima indignación.

Holley se limitó a llevarse la diestra al quepis.

—A su orden, mi general.

—Su regimiento procederá enseguida a lanzarse al camino, lo

despejará del enemigo y se apoderará del pueblo de Chorrillos.

—¿El «Esmeralda» solo, mi general? —le inquirió Holley, sin poder dar crédito a lo que oía.

—Solo, coronel. ¿Acaso hay miedo?

Los oficiales creyeron por un instante que el comandante Holley iba a cruzarle el rostro de una guantada, tan pálido se puso ante la afrenta. Pero se limitó a responderle:

—Se ampara usted en sus charreteras para ofendernos así, general. Con su permiso. Partimos al momento.

Sin esperar la venia de su superior, giró el caballo y se dirigió hacia sus hombres.

—¡A formar el «Esmeralda»! ¡Vamos a cargar contra Chorrillos!

En columnas de a cuatro, el regimiento tomó el camino que llevaba a Chorrillos por el norte. Las baterías de base del Morro Solar les disparaban sus proyectiles de 300 libras a ras de tierra. Los soldados veían venir las enormes balas desde la distancia y se ponían en cuclillas, dejándolas pasar por sobre sus cabezas. Al cabo de cuarenta y cinco minutos de marcha, enfrentaron la primera calle del pueblo. La amplitud de las avenidas del lujoso balneario permitía una fácil visión de lo que ocurría en el interior. Los jefes chilenos pudieron contemplar, con repugnancia, cómo los soldados desbandados de las fortificaciones peruanas se entregaban al más ávido saqueo. El aire estaba lleno de alaridos de mujeres y del griterío de los soldados saqueadores.

El comandante Holley lo examinó todo con sus anteojos de campaña. Vio la plaza repleta de enemigos, distinguió en el extremo opuesto del pueblo otra masa de soldados y calculó el número de los que pululaban por las calles. Seguramente sumaban una cifra mayor que la del «Esmeralda». Pero, al mismo tiempo, volviendo la mirada hacia atrás, divisó a varios regimientos de la división Lagos, que se acercaban por el sur. Eso lo decidió.

—Mayor Fernando Lopetegui —dijo a su segundo, que reemplazaba al mayor Coke, herido en Tacna—, tome el mando del segundo batallón y cruce el pueblo por la avenida principal, limpiando de enemigos todas las calles que quedan a la izquierda. Yo iré con el primer batallón por la avenida paralela y me apoderaré de todas las manzanas de casas que quedan a la derecha. Nos reuniremos en el otro extremo, detrás de la estación.

El regimiento se partió en dos y las fracciones se separaron. Reinaba en ella una quietud sospechosa.

«Preocupados de saquear las mansiones de los ricachones, los soldados no se han enterado de nuestra presencia», pensó Alberto Cobo.

Pero el capitán Baeza, que se había hecho una reflexión parecida, decidió tomar precauciones. Dividió a la tercera compañía en dos hileras. Una marcharía por la vereda del sur y la otra por la del norte.

—Los que vayan apegados a las casas de la izquierda vigilarán las ventanas de las de la derecha y viceversa —instruyó a sus hombres.

Fueron avanzando lentamente, con el dedo puesto en el gatillo y todos los sentidos concentrados en los ojos.

De súbito, la quietud de la calle se rompió estridentemente. Numerosos disparos comenzaron a salir de todas partes, de las ventanas, de los tejados, de las puertas entreabiertas.

—¡Fuego a discreción! —gritó Baeza—. ¡Volteen a cuanto bicho descubran!

Siguieron avanzando por entre una lluvia de balas hasta un sector de la calle en que las casas eran más altas y mejores. Allí los aguardaba un nuevo enemigo. El primero en sufrirlo fue el soldado Astudillo, el que recogiera el estandarte del «Manco Cápac». Iba escurriéndose apegado al muro frontero de la mansión, cuando de la azotea le vaciaron encima un caldero de agua hirviente. Se retorció con alaridos de dolor, cubriéndose el rostro abrasado con ambas manos. Luego fueron otros los soldados que recibieron la lluvia quemante de aceite, alquitrán y cera líquida. Eran las mujeres de Chorrillos, enemigo inesperado.

—¡No tengan compasiones con nadie, esmeraldinos! —rugió el capitán Baeza—. Todos son enemigos: hombres y mujeres.

En medio de la caótica batahola, Cobo y Del Solar se encontraron en el quicio de una puerta. El segundo estaba pálido y le temblaban los labios.

—¿Qué tienes, hombre? —le preguntó Alberto alarmado.

—Dios santo. Cobo —le confesó su amigo—. Maté a una mujer que levantaba un brasero encendido sobre la cabeza de mi comandante Holley.

—Es horrible, Del Solar, horrible. Pero es nuestro pellejo el que tenemos que defender. Ven, sigamos; no nos quedemos atrás.

Desalojando a los enemigos casa por casa, defendiéndose de la agresión que les venía de todas partes, los esmeraldinos fueron avanzando hasta el corazón del pueblo, matando con saña y muriendo en gran cantidad. Las filas del primer batallón raleaban con rapidez tan alarmante que el comandante Holley dio orden de apresurar la marcha hacia la estación. Al verlos correr, los enemigos salían de las casas y les cerraban la calle a sus espaldas. De las calles adyacentes surgían más y más soldados peruanos y pronto se vio que no había retirada posible para los esmeraldinos. En esos momentos asomaban a la estación por una callejuela estrecha. Pero justamente cuando corrían pensando en fortificarse en el edificio de ella, hacía su aparición un largo tren blindado, cargado de reservas peruanas, desde Miraflores.

Tres de las compañías del primer batallón alcanzaron a darse cuenta del peligro a tiempo y se escurrieron por calles laterales. Pero la tercera compañía quedó embotellada ahí.

Los refuerzos llegados en el tren se lanzaban a tierra sobre la marcha y tomaban posiciones de inmediato.

No fueron necesarias las explicaciones para que los esmeraldinos comprendieran la magnitud del peligro.

—Vaya, niños —reflexionó el comandante Holley, que había quedado con ellos—. Parece que estamos en aprieto serio. ¿Cuántos somos todavía? —Los contó de una ojeada. No eran más de cincuenta—. Bien —agregó—, nada se saca con hacer gestos de héroes ahora. Simplemente tenemos que resolvernos a morir matando. Nos atrincheraremos en los quicios de las puertas, en los árboles o simplemente disparando tumbados en el suelo hasta que se nos terminen los cartuchos o hasta que vengan nuestros compañeros a sacarnos. ¿Están dispuestos?

No cabían más palabras. Los esmeraldinos escogieron sus parapetos y corrieron a ubicarse.

Entonces se acercó al comandante Holley, que llevaba su caballo del diestro, el subteniente Desiderio Ilabaca. Era un jovencito delgado y fino, pero famoso por su habilidad como jinete y por su maestría con el sable.

—Mi comandante —dijo a su jefe—, es tonto resignarnos a

morir sin intentar salvarnos. Deberíamos mandar un voluntario para que rompa el cerco enemigo y llegue adonde el general Baquedano a pedir refuerzos.

—¿Cómo pasaría él sobre la muralla de enemigos que cierran la calle por los dos extremos?

—Hay mucho polvo y mucho humo, mi comandante. Quizás se logre engañarlos un momento y acercarse a ellos. Por último, todo es cuestión de disponer de un buen caballo y tener la muñeca firme para abrirse paso a sablazos.

—¿Y quién será el voluntario que hará la hazaña? —le preguntó el comandante, casi divertido por la vehemencia del subteniente.

—Yo, señor —dijo el muchacho, cuadrándose rígidamente.

El aguerrido comandante lo contempló con verdadera emoción y meneó la cabeza cariñosamente.

—No, niño. Eso es pedirme que le anticipe la muerte.

—La eternidad de la gloria es mucho más larga, señor.

—Bien, monta en mi caballo y Dios te bendiga.

Al galope tendido se lanzó el subteniente Ilabaca hacia la barrera humana que cerraba la calle por el sur. Aprovechando la cortina de polvo y humo que flotaba en el aire, consiguió llegar frente a los peruanos, gritando:

—¡Victoria para el Perú!… ¡Victoria para el Perú!… ¡Hemos vencido en Chorrillos, camaradas!… ¡Paso, paso, para ir a dar la gran noticia!

Durante unos segundos pudo engañarlos y la masa de enemigos se abrió para franquearle el paso. Pero, al acortar la distancia, los vivos colores de su uniforme lo traicionaron.

—¡Es un chileno! —exclamaron furiosamente decenas de voces y haces de manos se tendieron hacia él para derribarlo del caballo.

Pero Ilabaca tenía la muñeca muy firme, como él decía, y haciendo fulgurantes remolinos con su sable segó los brazos y dedos como si fueran espigas de trigo. Hincando violentamente los espolines en los ijares del caballo, lo lanzó sobre el cordón de enemigos hasta abrir una brecha, que amplió a golpes de sable, y por ella pasó adelante. Al galope desenfrenado se perdió calle abajo, envuelto en las balas que le lanzaban los peruanos.

Quince minutos después se presentaba ante el general Baquedano. Su caballo había caído a corta distancia, desangrado

por siete heridas. El ayudante Wenceslao Bulnes recibió la orden de alcanzar al «3.º de Línea», que se encontraba al norte de Chorrillos, para comunicar a su comandante que entrara al pueblo y salvara a los esmeraldinos.

Entretanto, la tercera compañía estaba reducida ya a treinta y un soldados. Comprendiendo que iban a perecer todos si no apelaban a algún recurso supremo, el comandante llamó a los tres hombres que tenía más cerca: Del Solar, Cobo y el ordenanza Lorenzo Astete.

—Muchachos —les dijo rápidamente—, necesito hombres resueltos a sacrificarse por salvar al resto de la compañía.

—A su orden, mi comandante —respondieron los tres.

—Les advierto que los consagro a la muerte.

—Disponga, señor —aceptó Cobo.

Uno de los lados de la callejuela estaba cerrado por una tapia de anchos adobones. El comandante la indicó con la diestra.

—Trépense sobre esa tapia —les dijo— y disparen sin cesar sobre los enemigos, para atraer todo el fuego de ellos sobre ustedes. Se mantendrán ahí, disparando hasta morir, para permitir que el resto de la compañía pueda salir, apegada a los muros, y romper la barrera de enemigos que cierran la calle por el sur.

—Listos, mi comandante. ¡Vamos, Del Solar! ¡Vamos, Astete! —aceptó Cobo.

Los tres hombres treparon a la tapia, y se parapetaron tras una torrecilla de unos sesenta centímetros de alto, que indicaba la línea divisoria de los patios de las casas. Pero era aquél un amparo pueril. Equilibrándose sobre las tejas que coronaban el filo de la tapia, sólo podían esconderse al lado sur o al lado norte de la pequeña torrecilla, o sea, al protegerse de los disparos del enemigo de un lado ofrecían la espalda al del otro. Pero ése no era nada más que un detalle; los tres hombres habían subido a sus puestos decididos a morir. Cobo y Del Solar se ubicaron al sur de la torrecilla, apuntando con sus fusiles hacia los enemigos que venían de la estación, mientras el ordenanza Astete lo hacía por el lado opuesto, vuelto hacia los peruanos que avanzaban por la calle desde el sur. Del resto de la compañía no volvieron a saber, pero supusieron que se había alejado apegada a los muros; y era tan nutrida y estruendosa la fusilería, que disparaba sin ton ni son, que no se

podía deducir por las descargas si los veintiocho sobrevivientes habían embestido o no contra los enemigos que encerraban la calle.

Los tres esmeraldinos disparaban incesantemente, buscando atraer el fuego enemigo. Como Del Solar derribara de su caballo a uno de los oficiales que venían comandando a las tropas de refuerzo, la atención se concentró sobre ellos. Por precaución los jefes dieron la voz de «alto».

Cobo y Del Solar adivinaron al punto lo que iba a ocurrir enseguida y se tendieron de bruces en el lomo de la tapia, escondiendo las cabezas tras la torrecilla. Pero Astete se hallaba por el otro lado, sin nada que lo cubriera de las balas disparadas desde la estación.

—¡Tiéndete, Astete, y tápate la cabeza! —quiso gritarle Alberto, pero la estruendosa descarga simultánea de una cincuentena de fusiles apagó la voz.

El ordenanza no alcanzó a hacer ni un movimiento, cayó a la calle con un ruido sordo. Sus dos compañeros se quedaron helados, paralizados por la impresión. Del Solar sintió que le venían vómitos a la garganta y se escondió detrás de la torrecilla haciendo arcadas. Pero tuvo que sobreponerse, porque en ese instante comenzaban a dispararle desde el techo de una casa ubicada frente a ellos, por el otro lado de la calle.

—Aquí nos embroman, Del Solar —pronosticó Cobo—. Tenemos que reventar a todos los que se asomen en ese techo antes de que puedan disparar, o nos bandean ellos a nosotros.

Dispararon sobre los que habían aparecido al frente. Se produjo un movimiento confuso de desbande, tal vez alguno rodó herido hacia el interior de la casa, pero, mientras los dos esmeraldinos volvían a cargar sus armas, reaparecieron en el filo del tejado. Sus proyectiles silbaron siniestramente en torno de los dos mozos, pero los peruanos tenían mala puntería. Cobo y Del Solar dispararon casi enseguida. Entonces sí que cayó hacia la calle uno de los atacantes, mientras los demás se apresuraban a esconderse tras el lomo del techo.

Sin embargo, los esmeraldinos no alcanzaron a alegrarse. Las tropas de refuerzo habían instalado una ametralladora pesada en medio de la calle y los rociaban de balas.

—¡Apégate bien a las tejas, Del Solar! —gritó Alberto y los dos

adhirieron sus cuerpos a la parte superior de la tapia, escondiendo la cabeza tras la torrecilla. Durante largos segundos la ametralladora estuvo envolviéndolos con sus proyectiles. Los impactos arañaban como zarpazos la torrecilla y la tapia, arrancándoles trozos de polvo.

Preocupados únicamente de la metralla que les venía desde la estación, los dos oficiales se olvidaron por completo de los enemigos que les habían estado disparando desde el techo del frente. Y no pudieron ver cuando varios de ellos asomaron en la parte más alta y les apuntaron impunemente. La descarga de sus fusiles se perdió ahogada por el estruendo de la ametralladora, pero Cobo dio un salto y se retorció de dolor. Habría rodado del muro de no haberlo sujetado Del Solar.

Alberto se mordía los labios y tenía el rostro contraído en una mueca horrible de dolor.

—¡El codo! —pudo articular por fin.

Su compañero levantó la cabeza apenas unos centímetros y lo examinó. Una bala de gran tamaño, seguramente de antiguo mosquetón, había destrozado el codo izquierdo a Alberto. El brazo le colgaba inerte y la sangre le corría a chorros, empapándole la mano.

Cobo, enloquecido por el dolor, se revolvió y quiso incorporarse, pero Del Solar se arrastró sobre el vientre y lo sujetó tendiéndose sobre él y aplastándolo con su cuerpo.

—¡No te muevas, tocayo, no te muevas! —le gritaba en la oreja —. ¡Aguántate!… ¡Aguántate! —Hasta que lo sintió que se desmayaba.

Las balas seguían zumbándoles en torno. En un momento, Del Solar lanzó un breve quejido. Una le había raspado la espalda.

Nunca pudo saber cuánto rato permaneció en aquella posición. Repentinamente, sobrepasando a las descargas, se oyó el son de un tambor y una corneta tocando «a la carga». Eran los del «3.º de Línea» que llegaban y cargaban desde el extremo sur de la callejuela.

Del Solar aflojó los músculos y apoyó su rostro transpirado sobre la espalda de su desvanecido compañero. Casi enseguida oyó por el lado de la estación unos sones que le llegaron al alma. Una banda de músicos tocaba el *Adiós al 7.º de Línea*. Era el segundo batallón

del «Esmeralda» que atacaba también. El subteniente sintió que un nudo le estrangulaba la garganta y un raudal de lágrimas incontenibles le acudió a los ojos.

La limpieza de la callejuela no demoró mucho. Los peruanos, cogidos entre dos fuegos, huyeron por las calles laterales, se refugiaron en las casas o arrojaron sus armas.

Diez minutos después, el comandante Holley frenaba su caballo junto a la tapia y buscaba ansiosamente a sus dos subtenientes. Con él venía el mayor Manuel Rodríguez, que había sido uno de los primeros en el ataque. Él fue quien cargó sobre el cuello de su caballo a Cobo, que seguía desmayado, mientras Del Solar montaba al anca de la cabalgadura del comandante Holley.

El jefe del «Esmeralda», frenético de rabia por la mortandad que los peruanos habían hecho entre sus hombres, urgió a todos los batallones chilenos a salir del pueblo, porque la artillería tomaría represalias.

La artillería, llegada al galope, había emplazado sus cañones al norte y al este de Chorrillos. Tan pronto como los hombres del «3.º de Línea» y del «Esmeralda» terminaron de salir, comenzó un terrorífico bombardeo. Sistemáticamente, los gruesos proyectiles fueron destruyendo barrio tras barrio el elegante balneario, repleto de enemigos encastillados en sus casas. Pronto fue aquél un espectáculo dantesco. Los soldados peruanos corrían por las azoteas y los tejados, tratando de escapar a las llamas y eran cazados a tiros por las patrullas chilenas que observaban desde las afueras del pueblo. Los que huían por las calles eran pulverizados por las balas de los cañones.

A las dos de la tarde cesó el bombardeo y un silencio espantoso se enseñoreó de Chorrillos. Sólo se oía el chisporrotear de los edificios que ardían y, de vez en cuando, el ruido sordo de los techos que se hundían.

En el Morro Solar había concluido también la batalla. La división Lynch, apoyada por la columna volante de José María Soto y por el regimiento «Santiago», logró trepar la cumbre y exterminar a sus defensores. Pero cuando el comandante Fuenzalida clavaba allí la bandera del «Santiago», caía a su lado, bandeado por una bala loca, el valiente «huaso» José María Soto.

La línea de Chorrillos, desde el Morro Solar hasta Monterrico,

había sido destrozada. Sólo defendían Lima las fortificaciones de Miraflores.

A las dos y media de la tarde, el «Esmeralda», simétricamente formado, como en sus mejores momentos, desfilaba por un costado de Chorrillos hacia un enorme edificio llamado Escuela de Cabos, levantado junto al camino a Lima, a ocho cuadras al norte del pueblo recién dominado. La banda de músicos iba al frente, y acompasaba la marcha de los soldados con su ya glorioso himno. Muchos heridos caminaban apoyados en sus compañeros y en las escuadras habituales se veían enormes huecos; cerca de la mitad de los hombres del primer batallón no volverían a oír jamás los sones orgullosos del *Adiós al 7.º de Línea*. De la tercera compañía habían sobrevivido apenas trece. No obstante, el comandante Holley iba tieso sobre su caballo, con la frente alta, casi sonriente.

—¡Arriba la cabeza, esmeraldinos! —los alentaba—. ¡Sacar pecho!… ¡Firme el paso! ¡Así desfila el «Esmeralda»!…

En la Escuela de Cabos se habían amontonado los heridos. El primer cálculo arrojaba: 700 muertos y 2500 heridos. Las pérdidas de los enemigos no era posible precisarlas todavía. Como los campos que rodeaban las fortificaciones de San Juan y Santa Teresa estaban tan minados, las ambulancias peruanas no se atrevían a entrar en ellos a recoger a sus heridos. Algunos jefes aprisionados calculaban sus bajas en unos 7000 hombres. Los prisioneros eran más de 3000. En el Morro Solar, el comandante Lynch apresó a 1500, entre los cuales estaban el ministro de la Guerra de Perú, coronel Miguel Iglesias, y el comandante Guillermo Biltenghurts.

Las incidencias del día no habían terminado. Inesperadamente, los mineros del «3.º de Línea» y algunas compañías del «Santiago», burlando la vigilancia, se lanzaron al interior de Chorrillos y se entregaron al saqueo. El general Baquedano empeoró la situación enviando al batallón «Bulnes», formado por los policías de Santiago, a someterlos a la disciplina. Los mineros odiaban a los del «Bulnes» y los recibieron como a enemigos. Las calles de Chorrillos volvieron a ser escenario de la más cruenta matanza. Esta guerrilla se prolongó durante toda la noche.

Desde la Escuela de Cabos, en donde los doctores y enfermeros se multiplicaban para atender a los miles de heridos, se oía el continuo tableteo de la fusilería y hora tras hora iban llegando nuevos pacientes, pero éstos venían destrozados por sus propios compañeros.

Alberto Cobo había sido dejado en un rincón del vestíbulo del primer piso y pasaban las horas sin que recibiera atención alguna. El mayor Rodríguez le había hecho un vendaje con un pañuelo, pero su herida se empeoraba a simple vista. Aprovechando un momento en que Alberto del Solar vino a ver a su compañero, el explorador salió en busca de un médico. Sorteando los cuerpos desparramados por los suelos, consiguió encontrar al cirujano del «Esmeralda», doctor Emeterio Letelier.

El médico, demacrado de cansancio, terminaba del vendarle el pecho a un oficial, cuando Rodríguez lo remeció de un hombro.

—Le ruego que vaya a atender a un amigo mío, doctor. Es el teniente del «Esmeralda» Alberto Cobo. Tiene un brazo despedazado que se le está enconando.

—¡Ya voy, ya voy, mayor Rodríguez! —protestó débilmente el cirujano—. Estamos todos como locos, 2500 heridos y no hay cómo atenderlos. Todos los medicamentos se han perdido; hasta las vendas que hicieron las mujeres de Santiago. Y esos salvajes de los soldados nos mandan más y más heridos. El comando superior ha tenido que enviar a los «Carabineros de Yungay» para que entren al pueblo y los separen a caballazos.

Por fin llegaron junto a Cobo. Éste había recobrado el conocimiento y estaba vuelto hacia el muro, quejándose sordamente.

El cirujano se arrodilló a su lado y de un tajo de bisturí le rasgó la manga de la guerrera hasta el hombro.

—¿Quién le puso este trapo inmundo sobre la herida? —rezongó.

—Yo, doctor —confesó el mayor Rodríguez—. Se estaba desangrando. Déjeme que se lo quite; está pegado a la herida.

—No, hombre, no tengo tiempo que perder.

Deshizo el nudo y de un tirón arrancó la venda. Alberto exhaló un gemido terrible y se revolvió sobre la manta.

—¡Sujétenlo! —ordenó perentoriamente el doctor y le cargó las

piernas con sus rodillas y le examinó con atención el brazo destrozado—. ¡Hum! —exclamó después, con un gesto de desaliento.

Otro médico llegaba, saltando por sobre los heridos, y lo llamaba con grandes aspavientos.

—¡Doctor Letelier! La matanza en Chorrillos es cada vez más fiera. ¿Sabe usted a quién acaban de traer? Al comandante Baldomero Dublé Almeyda. Entró en el pueblo a apaciguar a los soldados; creyó que hablándoles del patriotismo y del honor los iba a calmar: le metieron una bala en el corazón.

El doctor Letelier se llevó las manos a la cabeza y pareció que se iba a poner a llorar.

—¡Dios santo, Dios santo! —exclamó—. ¡Qué suerte espera a Lima si los soldados entran combatiendo en ella!

El mayor Rodríguez se puso duro.

—Después filosofa, doctor —le dijo con aspereza—. Ahora atienda a mi amigo.

—Por el momento no hay nada que hacer —se excusó el médico, compungido—. Mañana, con la luz del día, lo operaremos.

—¿Operar?… —Manuel Rodríguez y Del Solar se quedaron con la respiración contenida; para ellos ese término significaba «correr cuchillo».

—La carne y los huesos están hechos polvo —les explicó con indiferencia—. No queda otra cosa que amputarle el brazo.

Alberto, que había permanecido con el rostro hundido en la manta, levantó bruscamente la cabeza y clavó sus ojos en el cirujano.

—¿Cortarme el brazo?… —le preguntó.

—Es la única forma de salvarle la vida, mi amigo. Usted sabe: la gangrena…

El general Baquedano estaba satisfecho. Pese a la revuelta de algunos cuerpos, todo se había realizado según sus planes. La victoria en Chorrillos era decisiva. El ejército enemigo había quedado reducido a la mitad y ya faltaba sólo un envión más para entrar a Lima. Lo haría al día subsiguiente al alba, para no dejarles

tiempo de reponerse. Y si concedía veinticuatro horas de tregua era solamente para atender a los heridos y permitir que la escuadra le descargara municiones por el muelle de Chorrillos. Pero el ministro Vergara creyó que podría darse otro desenlace al asunto.

—Esta derrota ha sido un golpe lo bastante rudo como para que los gobernantes de Lima comprendan que les es más conveniente capitular —expresó—. Antes de que usted lance su ofensiva contra la línea de Miradores, déjeme intentar la rendición de los enemigos.

El general Baquedano frunció las cejas con disgusto.

—¿Cómo podría conseguirlo, señor Vergara?

—Tenemos en nuestro poder al ministro de la Guerra del Perú, coronel Miguel Iglesias. Llevará nuestra exigencia de rendición al general Piérola. Lo acompañará mi secretario Isidoro Errázuriz y tendremos una respuesta a breve plazo.

El general terminó por aceptar. Pero concedió solamente veinticuatro horas para el desarrollo de las gestiones.

—De todos modos —concretó—, haré avanzar mis divisiones hasta la ribera del río Surco y las enfrentaré a las fortificaciones de Miraflores. Si mañana en la noche no se ha llegado a una rendición incondicional, daré la orden de ataque.

Durante el día 14 el general Baquedano se olvidó de las gestiones de la rendición, dejándolas a cargo del ministro, y se dedicó a organizar el avance de la Tercera División, mandada por Pedro Lagos, hasta la orilla sur del río Surco. Por la tarde, tomó cuenta de la recolección de los heridos de los campos de batalla. Supo también que las degradantes luchas de la noche en el interior de Chorrillos habían dejado el lamentable saldo de doscientos cincuenta muertos.

En la noche, el ministro Vergara se presentó en la hacienda San Juan, donde había trasladado su Cuartel General el jefe del ejército. Venía cabizbajo y con expresión sombría. Su gestión había fracasado. Los generales peruanos no dejaron pasar al secretario Errázuriz y el coronel Iglesias habló a solas con el dictador Piérola. Según informó a su regreso al campamento chileno, su jefe respondió a la exigencia de rendición diciendo que sólo trataría con un ministro debidamente autorizado.

—¡Ajá! Conque quiere ganar tiempo, ¿eh? —discurrió el general Baquedano enojado—. Pues, no, señores. Aquí se acabaron las

gestiones de paz. Dije que mañana 15, al alba, lanzaría el ataque definitivo contra Lima y mantendré mi palabra.

El mayor Rodríguez regresaba a todo galope desde el río Surco. Había salido en misión de reconocimiento mucho antes del alba y durante todo el rato que exploró el terreno colindante con el riacho no hizo sino pensar en la operación a que sería sometido en la aurora Alberto Cobo. Su preocupación no era tanto por él, sino por Leonora. Adivinaba qué terrible golpe sería para ella que el subteniente muriera. Presa de gran nerviosidad, desmontó frente a la Escuela de Cabos y se introdujo en el inmenso vestíbulo repleto de heridos. A trancos largos se dirigió al rincón en donde había estado Cobo, pero no lo encontró. Una monja le indicó el cuarto de las operaciones. Estaba al fondo del recinto y había sido antes un retrete. Cuando llegó hasta la entrada, estaba allí el subteniente Del Solar apoyado en el marco de la puerta y pálido como un papel.

—¿Y qué pasó con Cobo? —le preguntó ansiosamente.

—Ya lo operaron, mi mayor —respondió apenas el joven.

—¿Sufrió mucho?…

—Al comienzo sí. Pero cuando le empezaron a cortar el hueso se desmayó. ¡Menos mal! Fue algo terrible. Creí que me iba a morir de impresión. Tuve que arrancarme.

Hace un momento volví a entrar; estaba recobrando el conocimiento; pero no soporté ver cómo sufre mi pobre amigo. Entre usted, mi mayor. Le harán bien sus palabras.

Manuel Rodríguez traspuso la puerta y al momento sintió que el estómago se le iba a dar vuelta. Había allí tres o cuatro mesas cubiertas de latón, y sobre ellas numerosos médicos trabajaban como carniceros. Apegados a los muros, tendidos en jergones, estaban los heridos que habían sido atendidos ya.

El mayor dio con Alberto casi por casualidad. Lo reconoció por la forma de la cabeza, ya que estaba cubierto por una manta y con él rostro vuelto hacia la muralla. Iba a hablarle, cuando lo sintió que musitaba algo en voz muy baja y dolorida. Acercando su oído le escuchó repetir:

—¡Leonora!… ¡Leonora!…

El oficial cerró los ojos. El balbuceo entrecortado del herido le oprimía el corazón como una garra.

—¡Leonora!… ¡Leonora!, ¿dónde estás?…

Rodríguez no pudo resistir más y abandonó el recinto.

La noche cubrió los campos de batalla vecinos a Chorrillos, borrando el espectáculo de los miles de muertos insepultos y de los heridos que no habían sido ubicados durante el día. Las ruinas de Chorrillos humeaban todavía y un tétrico silencio envolvía la campiña. Tan sólo en la Escuela de Cabos se desplegaba una actividad ininterrumpida.

Los regimientos chilenos dormían en los mismos sitios donde habían combatido y sólo los de la Tercera División avanzaban sigilosamente, bajo las órdenes del coronel Pedro Lagos, en dirección al río Surco. Al pasar junto al lujoso villorrio denominado Barranco, el jefe de esta división, temeroso de que se produjeran aquí los desmanes promovidos por las tropas de Chorrillos, hizo que sus oficiales le prendieran fuego por los cuatro costados.

El general Baquedano, rodeado por los miembros del Estado Mayor y el ministro Vergara, contempló desde las casas de San Juan los fulgores del incendio y pensó que aquellas llamas, perfectamente visibles desde Lima, debían estar provocando un pánico atroz entre los pobladores de la capital enemiga. Lamentó en su fuero interno todas aquellas crueldades, pero se consoló recordando que el ministro Vergara había hecho un intento de paz. Fracasado éste, el asalto a Lima se realizaría al alba siguiente en forma impostergable. Ya tenía trazado su plan de batalla. Por los informes de los agentes secretos, sabía que las defensas de Miraflores se basaban en un fuerte y siete fortines unidos entre sí por murallones aspillerados dotados de troneras abiertas a la altura de los ojos de los fusileros. El fuerte, alzado junto a la playa, había sido bautizado Alfonso Ugarte, en homenaje al heroico comandante del batallón «Iquique». Estaba provisto de grandes baterías que dominaban todos los caminos que iban de Miradores a Lima.

Tras los siete fortines se escudaban las divisiones de la Reserva Sedentaria, engrosadas por los sobrevivientes del desastre de

Chorrillos.

El plan del general Baquedano era lanzar la división de Pedro Lagos contra el Fuerte Ugarte, o sea, contra el ala derecha de la línea enemiga, mientras la división del general Sotomayor atacaría el ala izquierda, encargándose a la brigada Gana la misión de destruir unas fortificaciones denominadas «de Vásquez». Al centro le daría poca actividad; avanzaría contra él la Primera División, la del comandante Lynch, demasiado raleada por la lucha en el Morro Solar.

A los preparativos de esa batalla había agregado un nuevo factor: la escuadra. Retiró el *Huáscar* y la *Pilcomayo* del bloqueo del Callao, reemplazándolos por el *Cochrane*, y formó en una línea frente a Miradores a la flota completa. Dada la orden de atacar, los gruesos cañones de los barcos batirían al Fuerte Alfonso Ugarte, apoyando el asalto de la División Lagos. Cuando la acción hubiera llegado a su grado máximo en ese sector y los peruanos volcaran toda su atención sobre el ala izquierda, abriría fuego por el ala derecha la división Sotomayor, mientras la división Lynch, sin avanzar, entretendría a las tropas del centro. Ablandada la resistencia, las dos divisiones de los extremos avanzarían hasta juntarse en la retaguardia del enemigo, envolviéndolo.

A las diez de la noche estaba comunicando a sus ayudantes las órdenes de movilización, para que las transmitieran a los jefes divisionarios, cuando se presentó ante él el mayor Manuel Rodríguez, designado como el hombre de enlace del Estado Mayor.

—Acaba de presentarse en Chorrillos un tren protegido por bandera blanca, mi general —le comunicó—. Trae representantes del Cuerpo Diplomático acreditado en Lima. Han pedido al comandante Holley ser recibidos por usted.

Una ansiosa esperanza prendió en el alma del ministro Vergara.

—¿Quiénes son los que vienen, mayor? —indagó fieramente el general.

—El decano del Cuerpo Diplomático y el embajador de El Salvador, señor Jorge Tezanos Pinto; el embajador de Gran Bretaña, mister Spencer Saint John, y el embajador de Francia, monsieur Vorges.

El general se quedó un instante pensativo. Eran, sin duda, los diplomáticos más importantes y más dignos de crédito. Sin

embargo, a él le dolía perder todos los aprestos realizados y no dar la ambicionada batalla.

—Está bien —se resignó—; los recibiremos, pero no ahora. Necesitamos descansar para la acción que nos espera. Regrese a Chorrillos y diga a esos diplomáticos que los atenderé mañana en la mañana en este Cuartel General.

El señor Vergara lo observó con mirada recelosa.

—Podía haberlos recibido ahora mismo —le expresó con leve acento de reproche.

—¡Ah, todos estos tanteos son inútiles, ministro! Pero, de todos modos, dejaremos sin efecto las órdenes de movilización hasta platicar con esos señores.

Alberto Cobo había sido llevado nuevamente al amplio vestíbulo de la Escuela de Cabos y allí permanecía tumbado, con la manta subida hasta la barba, silencioso, casi agresivo con todos los que se le acercaban. La idea de que estaba manco para siempre lo atormentaba salvajemente y entonces mordía la manta para que no lo oyeran llorar. A ratos la debilidad lo vencía y se quedaba dormido; pero al despertar lo asaltaba el mismo obsesionante pensamiento: ver por última vez a Leonora y suicidarse.

Temprano en la mañana sintió pasar tropas hacia el norte. Era la división Lynch que avanzaba a ocupar posiciones en el centro de la línea.

Después fue un tren el que pasó hacia Chorrillos. Durante la noche había oído los comentarios sobre la intervención del Cuerpo Diplomático y supuso que eran sus representantes los que regresaban para entrevistarse con el general Baquedano.

«¡Paz —pensó—, paz ahora! ¿Para que me sirve ya? ¿Qué me importa ahora la guerra o la paz, la muerte o la vida?».

La conferencia entre los representantes del Cuerpo Diplomático y el general Baquedano en el Cuartel General fue breve. El embajador Saint John comenzó explicándole que el espanto se

había apoderado de la población no combatiente de Lima, pero que la resistencia se realizaría desesperadamente porque la Reserva Sedentaria, que no había luchado, estaba enardecida y reclamaba una oportunidad para demostrar el coraje de sus hombres.

El Cuerpo Diplomático se había reunido la tarde anterior en la legación alemana con los comandantes de tres naves de guerra europeas, fondeadas en el Callao. Aquéllos eran el almirante Stirling, británico; el almirante Du Petit Touars, francés, y el capitán Sabrano, italiano. Allí debió apelar al sentido de humanidad del general chileno pidiéndole que no se consumara la destrucción de Lima.

—Señores…, señores embajadores —los interrumpió con cierta impaciencia el general Baquedano—, ¿cuál es exactamente la petición que ustedes traen al comando del ejército de Chile?

El embajador Tezanos Pinto le extendió un papel que decía en su parte pertinente:

> *1.º Abrir los caminos hacia la paz, por medio de un armisticio o suspensión de las armas.*
> *2.º Evitar otro combate o el asalto armado de Lima.*
> *3.º Qué Lima no sea destruida y los elementos civiles y extranjeros no sean atacados.*

El general leyó parsimoniosamente el pliego, pidió luego algunas aclaraciones complementarias y se retiró a estudiar la proposición con el ministro Vergara y los señores Eulogio Altamirano y el exembajador Joaquín Godoy.

Diez minutos más tarde, regresaron a la estancia donde aguardaban los diplomáticos y el general Baquedano les expresó categóricamente:

—Señores embajadores, hemos resuelto que no habrá suspensión de armas para discutir el asunto de paz, si no se nos hace previamente una entrega incondicional del Callao, con todos sus fuertes.

El embajador británico abrió los brazos en un gesto consternado.

Los diplomáticos se consultaron entre ellos en voz baja y, por fin, el embajador Tezanos Pinto resumió la opinión de todos:

—Señor general, no podemos responder a vuestra exigencia. Aunque autorizados para dar este paso por el propio general

Piérola, no podemos discutir términos de rendición. Pero, eso sí, nos comprometemos a usar de toda nuestra influencia para convencer al Gobierno de Lima de aceptar la entrega del Callao. Naturalmente, necesitaremos algunas horas para llegar hasta Miraflores, donde está el señor Piérola, y para someterle el parecer de Vuestra Señoría.

El general Baquedano movió la cabeza testarudo.

—Caballeros, no suspenderemos nuestros aprestos de ataque mientras no se nos entregue formalmente el Callao —les dijo, anticipándose a la petición que intuía le iban a hacer.

—General, extreme su generosidad al máximo —le rogó el embajador Saint John—. Conceda una suspensión de fuego hasta que nosotros hablemos con el general Piérola.

—Acuerde una tregua por el día de hoy —se le sumó el embajador francés—. Ese plazo nos bastará para resolverlo todo.

El general seguía negando, porfiadamente con la cabeza; pero el ministro Vergara lo tomó de un brazo y lo llevó aparte durante unos segundos. Por último, el militar volvió junto a los diplomáticos, y aceptó:

—Sea. Concederemos una tregua durante el día de hoy, pero solamente hasta las doce de la noche.

Los embajadores suspiraron aliviados. El señor Tezanos Pinto se comprometió a obtener que el ejército peruano se mantendría inmóvil durante ese plazo. Pero concluyó diciendo algo que hizo dar un respingo al general Baquedano.

—Se paralizará la guerra completamente durante todo el día.

—¡Oh, no, señor; tanto como eso no! —protestó escandalizado —. Entendámonos. Mis tropas no dispararán contra enemigos durante la tregua, pero me reservo la facultad de terminar algunas movilizaciones que estoy realizando.

El embajador francés quedó consternado.

—¡Oh, en esa forma es imposible garantizar la suspensión del fuego, general! Si los defensores de la línea de Miraflores ven que está usted avanzando tropas hacia ellos no podrán mantenerse sin hacer disparos. La tregua debe comprender la inmovilidad de los regimientos.

El general Baquedano se opuso obstinadamente. Él no pretendía avanzar más sus tropas acercándolas a las líneas peruanas, sino,

simplemente, colocarlas a la altura de su gran guardia.

Por fin, lograron ponerse de acuerdo y se estableció que ninguno de los dos ejércitos aprovecharía la tregua para sobrepasar con sus tropas las posiciones más avanzadas que mantenían en ese momento, y esta situación sería respetada hasta las doce de la noche.

—Ni un minuto más, señores —les recalcó el general Baquedano.

Los representantes diplomáticos regresaron a Miradores en el mismo tren que los había traído a Chorrillos. A las diez de la mañana se entrevistaron con el general Piérola, quien ordenó se citara al Consejo de Estado, a la Corte Suprema y a todos los generales y altos dignatarios del Gobierno para una reunión que se celebraría aquella misma tarde en Lima.

En la capital el desconcierto era terrible. Las casas estaban herméticamente cerradas. Las calles se veían llenas de una multitud empavorecida que iba de un extremo a otro, buscando una salida o un refugio seguro.

La noticia del armisticio no tardó en divulgarse, y la gente salió en mayor cantidad a las calles, tratando de aprovechar aquella tregua para abandonar la capital.

Sin embargo, causó sorpresa al ver que desde el mediodía adelante, comenzaron a cruzar al trote todos los cuerpos armados que defendían el Callao en dirección a Miraflores.

Leonora, encerrada en la casa que compartían con Elcira, al pie del cerro San Cristóbal, no dejó de notar estas maniobras y se paseaba con nerviosa impotencia por las habitaciones, asomándose a las junturas de los postigos de sus ventanas.

Poco después del mediodía, llegó a la casa Gastón Dupré. Leonora lo recibió contrariada, reprochándole que hubiera abandonado su puesto en el Callao.

—Tuve que hacerlo, señorita —le explicó el mocetón—. Es preciso que les trajera una información importantísima. La tregua está rigiendo, es verdad; pero los peruanos la están aprovechando para concentrar el mayor número posible de tropas en las defensas

de Miraflores.

—¿Cómo lo sabe usted?

—He marchado desde Callao detrás de la Guardia Chalaca, la reserva encargada de defender el puerto. La totalidad de la guarnición ha sido trasladada a toda prisa a Miraflores; sólo han quedado mil hombres en la costa. Hasta los grandes cañones Vavasseur han sido arrastrados también para colocarlos detrás de los fortines.

—¿Comunicó a El Profesor estas noticias? —le preguntó Leonora.

—Fui a buscarlo a la recova, pero la encontré cerrada. Afortunadamente, en la casucha que ocupaba El Profesor a la orilla del Rímac hallé a don Roberto Rodríguez, que lo buscaba también. Él partió hacia Miraflores, decidido a traspasar las líneas y llevar el mensaje al comando chileno.

—Pero eso es una locura —protestó la agente—. ¿Pasar de una línea a otra durante la tregua cuando habrá miles de ojos alertos abarcando toda la planicie que separa los dos ejércitos?… ¡Oh, es imposible!

—Era forzoso intentarlo, señorita —insistió Dupré—. Sospechamos que la tregua va a ser rota. Piense usted que hasta la Columna Constitución, que manda el capitán de navío Fanning, y que era la encargada de suministrar guarnición militar a los barcos de la escuadra peruana…

—Dupré —lo interrumpió secamente Leonora—, ¿no debió haber sido usted quien se arriesgara a cruzar las líneas, siendo más joven y más fuerte que Roberto Rodríguez?…

El mozo se puso rojo.

—Fue mi intención, señorita —se defendió—, pero el señor Rodríguez se opuso argumentando que cada cual debía cumplir con lo suyo. Según él, nadie conoce mejor la comarca entre Miraflores y Chorrillos. Piensa llegar hasta una casa de propiedad de una italiana llamada Antonina Montecinos y Bregante, desde la cual cree poder pasar hasta el campamento chileno. Además, agregó que yo tenía una misión importante que cumplir aquí.

—¿Cuál?

—Sacar a usted y a su compañera hasta algún barco.

—¿Sacarnos de aquí ahora que van a entrar los chilenos?… —

Leonora lo contemplaba con la más viva estupefacción.

Dupré se explicó a medias palabras. La batalla por Lima iba a comenzar, aseguró, y no quedaría piedra sobre piedra; nadie estaría seguro en la cuidad. Serían 20 000 soldados embriagados de sangre los que realizarían el asalto y éstos no harían distingos con nadie. La prueba de que esto sucedería la estaban dando los barcos extranjeros anclados en el Callao, los cuales estaban llenando sus bodegas y cubiertas con cuanta mujer y cuanto niño podían recoger.

Leonora sacudió la cabeza tercamente, negándose a aceptar los temores del agente.

—Confío en la civilización de los soldados de mi patria —afirmó — y en que sus jefes sabrán mantenerlos dentro de los marcos de la humanidad.

Dupré no quiso discutirle.

—Como usted quiera, señorita —aceptó el joven, encogiéndose de hombros—. Pero hasta el último momento estaré pendiente de su seguridad. Si el asalto se produce, vendré nuevamente a buscarla. Por si acaso, tenga sus cosas en orden, para salir al momento… Me marcho, señorita. Trataré de encontrar a El Profesor. Con su permiso.

Antes de abrir la puerta para lanzarse a la calle tuvo que aguardar a que se alejara el ruido de un regimiento de artillería que llegaba desde Chancay.

—¿Ve usted? —dijo a Leonora—. Ésos también van a Miraflores. Adiós.

El coronel Lagos había establecido a la Tercera División más allá del río Surco y una cuadra al norte de Barranco. Sus regimientos se protegían tras unas leves cerrilladas arenosas que nacían de la playa y se extendían hasta la líneas del ferrocarril que cruzaba de Chorrillos a Lima. Frente a estas posiciones se abría una apenas ondulada planicie, salpicada de raquíticos matorrales, que se extendía por cuatro mil metros hasta el pueblo de Miraflores. Los únicos obstáculos que encontraba la vista en tan dilatada llanura eran la finca de doña Antonina Montecinos y Bregante, mansión adornada con cinco torrecillas, y un molino de viento que

pertenecía al capitán de navío Aurelio García y García.

Poco antes de pactarse la tregua, el coronel Velásquez había adelantado hasta el molino sus baterías de campaña, estableciendo en su torre un observatorio, servido por el capitán Juan Brown Caces. Él fue el primero en darse cuenta de los sospechosos movimientos de los enemigos: un continuo llegar a Miraflores de trenes con soldados de columnas de artillería y de masas de civiles armados. Informado el coronel Velásquez, acudió al instante al molino y su única reflexión fue:

—«Nos atacan. Como que hay Dios, nos atacan».

La situación de la artillería chilena era peligrosísima. Había quedado adelantada ocho cuadras a la infantería de Pedro Lagos, y, llegado el momento de un ataque sorpresivo, no podría defenderse sola. Pero el respeto a la tregua impedía al jefe de la Tercera División adelantar tropas en su socorro. Inútilmente le pidió Velásquez que le mandara a los regimientos «Santiago» y «3.º de Línea».

Poco más tarde, fue el jefe del Estado Mayor, coronel Gorostiaga, que se había adelantado hasta la finca de doña Antonina Montecinos y Bregante, quien agregó su voz de alarma. El coronel Lagos comprendió que la situación se estaba tornando cada vez más grave, pero no se decidió a faltar al acuerdo de tregua. En compañía del comandante Barceló examinó las posiciones que ocupaban las tropas chilenas. En la primera línea sólo estaban en alerta los regimientos de la primera brigada. El batallón «Navales» y el regimiento «Aconcagua», de la segunda brigada, avanzaban por la vía férrea desde el sur de Chorrillos. Por otra parte, la Primera División, mandada por Lynch, no llegaba a ocupar su puesto en el centro de la línea, ni la Segunda, de Sotomayor, aparecía por el extremo opuesto de la misma.

Inquieto, el coronel Lagos se trasladó a la retaguardia para consultar con el general el jefe.

El general Baquedano era demasiado cazurro para no comprender el riesgo que significaba mantener dos ejércitos frente a frente y separados apenas por unos centenares de metros; pero, leal al compromiso contraído, se negaba a realizar cualquiera acción que rompiera la tregua. No obstante, se trasladó hasta la línea de Barranco acompañando al coronel Lagos y se adelantó hacia la

vanguardia hasta la casa de los cinco miradores, en donde estaba el coronel Gorostiaga. También había vuelto del molino de viento el coronel Velásquez y fue el primero en enfrentarse a su jefe superior.

—Esos demonios están acumulando tropas y cañones detrás de sus fortificaciones —le espetó—. No podemos permitírselo, general Baquedano. Mañana, cuando ataquemos, tendrán todos los caminos copados con cañones, y mi artillería, aislada y sin protección, será deshecha en un santiamén. ¡Manuel, permítame usted que cañonee esas fortificaciones que tenemos al frente! Le garantizo que los barro en un minuto.

—No, no. Armisticio, armisticio, Velásquez. Hasta las doce de la noche nadie aprieta el gatillo. Pero eso sí: manténganse en constante observación. Si un tiro sale del frente, descargue usted todas sus baterías sin contemplaciones. ¿Entendido?

Velásquez tuvo que resignarse a seguir esperando.

Por su parte, el general Baquedano continuaba inspeccionando el futuro campo de batalla en compañía del coronel Lagos. Cabalgando hacia la derecha, cruzaron la línea férrea y entraron al llano donde deberían instalarse la Primera y la Segunda División. En esos momentos llegaron, desde Barranco, el ministro Vergara, don Eulogio Altamirano y don Joaquín Godoy.

—¡Oh, qué demonios tendrán que hacer en el campo de batalla los «cucalones»! —gruñó el general con fastidio, pero se resignó a esperarlos y a seguir estudiando el terreno con ellos.

Iban marchando a pleno sol. Eran las dos y veinte minutos de la tarde.

Durante más de diez minutos pasaron y repasaron a seiscientos metros de la línea de fortificaciones enemigas. Cualquiera a simple vista, y mejor con anteojos de campaña, podía percatarse de que aquel grupo que deambulaba por la planicie era el comando superior del ejército chileno.

Y en las trincheras peruanas que enfrentaban a la franja de paseo del general Baquedano y los suyos estaban ubicados los dos batallones más belicosos de las fuerzas que defendían Lima. Uno era el batallón de la Reserva N.º 4, compuesto por estudiantes y profesores, cuerpo exaltado por el idealismo: el otro, el batallón de marina del comandante Fanning, cuerpo compuesto por instructores de las guarniciones de la armada.

El primero en darse cuenta de la imprudencia que estaban cometiendo fue el coronel Francisco Barceló, a quien hirió la vista el espejear del sol sobre los cañones de algunos fusiles que se movieron en la trinchera peruana más próxima.

—Mi general —dijo a Baquedano—, alejémonos de este sitio al instante. Estamos demasiado cerca de la línea enemiga; apenas de un tiro de pistola.

Un tiro silbante surgió de la línea peruana, dejando una nubecilla de humo suspendida en el aire. El caballo que montaba el general Baquedano se encabritó, herido en una de las manos.

No hubo tiempo de razonar. Todos los fusiles abrieron fuego simultáneamente.

—¡Traicionaron el armisticio! —gritó Baquedano.

—¡Han iniciado la batalla! —bramó nerviosamente Lagos.

El caballo que montaba el jefe superior, enloquecido por el dolor de su herida, galopaba desenfrenadamente hacia el campo chileno. El ministro Vergara, Eulogio Altamirano y Joaquín Godoy lo siguieron con dificultad.

Los coroneles Lagos y Barceló se apartaron, manteniéndose dentro del campo de tiro, para ir a ponerse al frente de la única división que estaba en condiciones para sostener el ataque ya desencadenado.

—¡Lagos, mantenga la línea como pueda, aunque le maten a todos sus hombres! —había sido lo último que el general Baquedano alcanzó a gritar y el vencedor de Arica se dispuso a cumplirlo.

Pero la situación no podía ser más comprometida. El ejército chileno había sido tomado completamente por sorpresa. En esas circunstancias, el refuerzo que más rápidamente podía llegar en auxilio de la división Lagos era la división Lynch, y ésta demoraría, cuando menos, cuarenta y cinco minutos en llegar a la línea de fuego.

Sin embargo, el presidente del Perú acusó a Chile de haber traicionado la tregua. Piérola se encontraba a esa hora en la quinta del banquero Schell, en Miraflores, y almorzaba con los almirantes Stirling, Du Petit Touars y Sabrano, quienes habían ido a pedirle autorización para levantar carpas en la playa de Chancay y amparar bajo sus banderas a cuantos civiles fuera posible.

Faltando dos minutos para las dos y media, llegó el Cuerpo Diplomático en masa y el general Piérola estiraba la diestra al embajador británico Saint John, cuando se produjo la descarga simultánea de todas las armas de las fortificaciones. La explosión fue tan violenta que destruyó los vitrales del techo de la mansión, haciéndolos caer en pedazos sobre las cabezas de los diplomáticos.

Demacrado por la ira y la sorpresa, el general Piérola se alejó gritando:

—¡Traición, traición!… ¡Los chilenos han roto la tregua!… ¡Mi espada y mi caballo!…

Los diplomáticos se quedaron paralizados, mirándose entre ellos.

—Caballeros —reaccionó el embajador británico—. Miraflores va a ser pronto un infierno de balas. Tenemos que salir de él al momento o, de lo contrario pereceremos como todos sus defensores.

La furia de los cañonazos aumentaba segundo a segundo. Los embajadores se lanzaron hacia el exterior de la quinta, como un tropel asustado.

Mientras los soldados de la división Lagos se esforzaban por poner orden en sus filas y corrían de un lado a otro buscando fusiles y municiones, para tomar posiciones, la artillería del coronel Velásquez, aislada en torno al molino de viento, se vio obligada a retroceder al galope de sus mulas para tomar distancia conveniente para sus tiros. Aquello estuvo apunto de provocar el desbande de las tropas chilenas, pues los soldados creyeron que la artillería huía incapaz de seguir resistiendo. Afortunadamente, los comandantes de los regimientos lograron mantener la disciplina entre sus hombres.

Entretanto, el general Baquedano, que había conseguido sofrenar su caballo en el camino a Chorrillos, se aferraba a una sola esperanza: que llegara a tiempo la división Lynch.

Pero transcurría el tiempo y la fuerza del comandante Lynch no aparecía. La división Lagos se mantenía con heroicos sacrificios en sus posiciones. Mas los suyos eran 4300 soldados contra 11 000 enemigos. Lentamente, los extremos de la línea peruana se iban cerrando en torno de ellos.

La noticia de la angustiosa situación de esos hombre llegaba a la

retaguardia en labios de los numerosísimos heridos. El batallón «Bulnes», que se encargaba de sepultar a los muertos habidos en la batalla anterior, dejó abandonadas las palas, y sus hombres, movidos por un impulso espontáneo, comenzaron a trotar hacia el frente de batalla.

Los esmeraldinos que, desde la amplia terraza de la Escuela de Cabos, escudriñaban hacia el norte, los vieron pasar y prendió entre ellos el ansia de lanzarse también a la refriega. El comandante Holley hizo encerrar a los 3000 prisioneros en los pabellones del subterráneo y se dispuso a partir con sus ayudantes. En la puerta del enorme edificio se dirigió a un grupo de sus oficiales:

—Señores, voy a la línea de combate. Estén ustedes listos para salir con el regimiento a la carrera cuando reciban una orden mía. Temo que la sorpresa ha creado una situación difícil para nuestro ejército.

—¿Y por qué no vamos a luchar al momento, mi comandante? —gritaron numerosas voces.

El «Esmeralda» estaba encargado de cuidar a los 2500 heridos, además de los prisioneros; no podía moverse de la Escuela de Cabos sin una autorización expresa del general en jefe.

—A eso voy a la línea —concluyó el comandante—: a pedir al general que autorice a nuestro regimiento para entrar en la lucha. Espérenme alertos. Queda al mando del regimiento el mayor Lopetegui.

Cuando el comandante Holley partió al galope, escoltado por sus dos ayudantes, todos los oficiales del «Esmeralda» se apiñaron en la alta terraza del edificio para verlo alejarse. Estaban nerviosos e impacientes. La tropa también se movía inquieta. Poco a poco los heridos leves se levantaron de sus mantas y comenzaron a aparecer en la terraza. El estruendo de la fusilería constante los enervaba a todos.

Alrededor de media hora más tarde, se vio aparecer en el camino una enorme cantidad de mujeres y hombres que se replegaban corriendo y gritando empavorecidos. Eran las «camaradas» de los soldados de la Primera y Tercera División y los chinos del servicio.

El mayor Lopetegui hizo detener en el camino a una de las mujeres y desde la terraza le preguntó a gritos qué ocurría.

—¡Los cholos envolvieron a la división de mi coronel Lagos y la están haciendo «*peure*», señor! —le respondió histéricamente la interrogada—. ¡Hay que arrancar!… ¡Hay que arrancar!

El sargento que la había detenido en su carrera la obligó a callarse.

Pero los oficiales del «Esmeralda» la habían escuchado y comentaban enardecidos.

—¡Van a venir hacia acá! —reflexionó el subteniente Del Solar con los ojos llameantes—. Tendrán que venir hasta aquí…, y aquí los recibiremos.

—Está usted loco, teniente —le reprochó el mayor Lopetegui—. ¿Qué podríamos hacer 700 soldados y 2500 heridos contra el ejército peruano?

—Los heridos tomaremos también las armas —dijo una voz ronca detrás de ellos.

Del Solar se volvió como pinchado por una aguja. Aquella voz era la de Alberto Cobo.

Estaba pálido y tambaleante. Venía sin guerrera, con la camiseta de tela burda manchada por la sangre seca de su amputación y el muñón del brazo izquierdo envuelto en un montón de vendas; pero empuñaba en la diestra su largo sable curvo.

Del Solar corrió a su lado.

—Alberto, ¿cómo has hecho este disparate? ¿Quieres morir desangrado?

—¿Qué más me da? No podía quedarme allá abajo, tumbado como un fardo, sintiendo el retumbar de los cañonazos.

—Vuelve a tu manta, por favor.

—No, déjame.

—Cuando menos, mantente sentado en el suelo y con la espalda apoyada en la baranda.

Lo ayudó a ubicarse y se quedó de pie a su lado contándole todo lo que iba viendo.

En verdad, la división Lagos estaba a punto de ser envuelta y de desaparecer aplastada por la masa enemiga. El general Marcos Maturana vino a decírselo al general Baquedano.

—Ya no podemos resistir más, general. Ha muerto una mitad del batallón «Navales» y un tercio del «Aconcagua». No hay forma de seguir luchando.

Baquedano sacudió la cabeza con rabia e iba a dar la orden de repliegue cuando una sucesión de formidables detonaciones se produjo por el lado del mar. Los generales volvieron al mismo tiempo la cabeza. Era la escuadra chilena que, puesta en línea frente a Miraflores, comenzaba a hacer fuego.

—¿Que no hay forma de seguir luchando? —profirió arrebatado de entusiasmo el general Baquedano—. Pues, ahí tiene la respuesta.

El *Blanco Encalada*, la *O'Higgins*, el *Huáscar* y la *Pilcomayo*, vaciaban ininterrumpidamente sus enormes baterías sobre las fortificaciones enemigas, creando una cortina de metralla entre los dos ejércitos. Aunque al comienzo sus proyectiles no dieron en blancos valiosos, su estruendo, su vistosidad y su constante granizada aterraron a los peruanos. Los regimientos que habían dejado sus fortificaciones para envolver a la división Lagos regresaron al amparo de ellas a toda carrera.

El general Baquedano rió largamente, demasiado nervioso.

—Ya podemos despreocuparnos del flanco izquierdo de nuestra línea —se ufanó.

Como si la balanza de la fortuna se inclinara ya en favor de los chilenos, en ese momento comenzaban a disparar también las baterías de campaña del coronel Velásquez. Había logrado ubicar sus cañones en la retaguardia y sus tiros cubrían el flanco derecho de la división Lagos.

—¡Perfecto! —vociferó el general—. Todo se está ordenando como en un tablero de ajedrez. Si los cañones logran contener a los enemigos hasta que llegue la división Lynch, todo está salvado.

—¿Y si los peruanos se dan cuenta de que los cañones no bastan para impedirles el paso y se lanzan al ataque ahora? —discurrió el general Maturana con inquietud.

—¡Ah, vamos, Marcos, no pienses en eso! —le reprochó acremente Baquedano.

Alberto Cobo, extenuado por el esfuerzo que hiciera para llegar a la azotea de la Escuela de Cabos, levantó la cabeza al oír gritar su nombre. Uno de los sargentos de la guardia de entrada lo voceaba. Cuando lo ubicó, le dijo:

—Mi teniente, acaban de traer a un prisionero herido que se pasó desde la línea enemiga. Dice ser chileno y amigo suyo. Mi capitán ordena que vaya a identificarlo.

—Bien. Ayúdeme a levantarme y a bajar a la guardia.

El fornido sargento se cruzó sobre los hombros el brazo derecho de Cobo, lo abarcó con uno de sus propios brazos por la cintura y lo condujo hasta el piso bajo casi en vilo.

Pese a su agotamiento, Alberto iba haciéndose conjeturas sobre quién podía ser aquel prisionero. Cuando estuvo frente a él, no acertaba a reconocerlo. Era un civil alto, muy delgado, con el cabello grisáceo. Yacía tendido en el piso de la sala de guardia, con los ojos cerrados. La camisa y el pantalón los tenía cuajados de sangre seca. Se advertía que sobrevivía por un milagro de la voluntad.

—Tiene cuatro balazos en el cuerpo —le informó en voz baja el capitán de guardia—. No durará cinco minutos más. Está casi desangrado.

—¿Cómo es su nombre? —preguntó Cobo bondadosamente.

El herido hizo un esfuerzo penosísimo por abrir los ojos. Cuando logró hacerlo, instantáneamente fue reconocido por Cobo.

—¡Don Roberto Rodríguez! —exclamó profundamente afectado.

El veterano del servicio secreto tuvo una contracción en los labios, que era un esbozo de sonrisa.

—Gracias —murmuró—. Leonora me contó… que usted servía en este regimiento.

Alberto le atrapó ansioso una mano y, como el otro volviera a cerrar cansadamente los ojos, lo remeció.

—¿Dónde está Leonora, don Roberto?

—En… Lima.

—¿Está a salvo?

—Nadie está seguro en Lima en estos momentos.

El capitán jefe de la guardia vertía unos sorbos de aguardiente en la boca del moribundo. La fuerza de la bebida pareció darle un poco más de aliento.

—Quise traspasar las líneas antes de que terminara la tregua, para prevenir al general Baquedano de los aprestos de los peruanos, pero no alcancé a llegar… Rompieron el fuego antes… Quedé encerrado en un corral…, bajo la doble cortina de balas. Decidí correr hacia las posiciones chilenas, pero…, ya ve usted…

Alberto tuvo que apegar uno de sus oídos a su boca para captar lo que decía.

—Mejor así…, —le oyó musitar—. No veré el desastre de nuestro ejército… La división Lynch era la salvación…, pero no pudo pasar…, no pudo. La artillería de campaña del coronel Wood había agotado sus municiones y alguien tuvo la torpe idea de ordenarles retroceder para reaprovisionarse. Las cureñas corrieron llenando el camino. Junto a ellas corrían las «camaradas», los chinos y los heridos… Yo entre ellos… De este lado avanzaba la división Lynch… Se encontraron en el camino… Las mulas de la artillería atropellaron a los atacameños… Se formó un taco terrible… Para colmo, la caballería, que estaba en Barranco, recibió orden de avanzar por el mismo camino hacia el frente…

El capitán de la guardia se había arrodillado también junto al herido y lo escuchaba. Roberto Rodríguez, fiel a su deber hasta el último instante, concentraba sus energías para informar lo que sabía:

—Todo se confundió en un revoltijo infernal… Aunque Lynch trataba de abrirse paso con su espada… gritando…, hendiendo la masa humana con el pecho de su caballo…, no pudo pasar… Tuvo que apegar a sus hombres a la pared del camino y esperar a que cruzaran la artillería, la caballería, los chinos, las mujeres…, todo. —Tuvo un acceso de tos y comenzó a ahogarse. Después quedó inmóvil. Sin embargo, no estaba muerto y dejó escapar por entre los labios resecos—: ¡Caer vencidos al borde de la victoria final!… —Suspiró muy hondo, con gran alivio, como si ya no sintiera sufrimiento. Cobo comprendió que se estaba muriendo y le preguntó con despiadada inclemencia:

—Don Roberto, ¿en qué parte de Lima está Leonora? ¿Dónde la encontraré si logramos pasar más allá de Miraflores?…

El agente secreto hizo un esfuerzo enorme, pero no le salió sonido alguno. Clavó en Alberto su mirada opacada ya por la proximidad de la muerte: movió la cabeza y ésta se le cayó

bruscamente sobre un hombro. Había muerto.

Alberto sintió que un sollozo le crispaba los labios. Vencido por su debilidad y por los golpes psíquicos que había sufrido, se quedó inclinado sobre el cadáver, llorando como un niño.

El general Baquedano sintió que había perdido la última jugada. Ante él el mayor Manuel Rodríguez, polvoriento y agotado, le informaba que en la división Lagos había cundido el desaliento. Un soldado del «Colchagua» se había arrastrado hasta los pies del coronel Pedro Lagos y le gritó con voz desesperada: «Mi coronel, estamos derrotados. ¿A qué seguir luchando?». Y el jefe sólo supo responder: «Fusilen a este miserable». Pero era una medida estéril. La lucha no podía proseguirse así.

—¿Cuánto más cree usted que podrán seguir resistiendo esas tropas, mayor? —le consultó el general con labio trémulo.

—Poco más, mi general; muy poco más —le respondió sombríamente Manuel Rodríguez. Pero casi enseguida su rostro cambió: Entre el ruido de la batalla, se sentía algo así como un son marcial, como música de banda. El explorador se llevó la diestra a la vista del quepis, solicitando permiso al general, y se alejó a galope tendido hacia el norte.

Mientras el caballo ganaba terreno, el sonido se iba haciendo más y más preciso. Pronto tuvo la certeza de que era una banda militar; luego reconoció el himno que tocaban, era el *Adiós al 7.º de Línea*, que, aunque oficialmente pertenecía al «Esmeralda», lo usaba también en sus cargas el «2.º de Línea». Con el alma en suspenso, condujo su caballo hasta la cumbre de un morrillo desde la cual podía dominar el campo de batalla. Ante sus ojos se desplazaba ¡la Primera División, mandada por Patricio Lynch, que había conseguido llegar al campo de batalla!

Manuel Rodríguez dio un formidable alarido de contento.

Allá abajo el incontenible batallón «Atacama» cargaba como un ariete sobre el centro de la línea peruana.

Eran las 3.20 de la tarde. Aquellos infantes de bronce, que dos días antes habían luchado durante siete horas en la toma de Chorrillos, corrían al ataque como si no vinieran de realizar una

durísima caminata de catorce kilómetros.

Contemplados por el «Príncipe Rojo», que impávido los iba distribuyendo a medida que llegaban, entraron en la línea de fuego el «2.º de Línea», el «4.º de Línea», el «Coquimbo», el «Colchagua», el «Atacama» y el «Talca». La lucha cuerpo a cuerpo que iniciaron fue horripilante. Avanzaron rabiosos como demonios, cayeron dentro de las trincheras, sacaron a sus defensores clavados en sus bayonetas, y siguieron adelante, saltando fosos, volando despedazados por las minas eléctricas, muriendo y matando.

El general Piérola, viendo comprometida la situación de sus tropas próximas al mar y fronteras a Miraflores, se corrió por la retaguardia hasta las fortificaciones de Vásquez, en el otro extremo de la línea. Pero en ese mismo momento entraba también en batalla la brigada del coronel Barbosa justamente por ese punto.

—Si esa brigada enemiga logra flanquearnos por nuestra izquierda y rompe las fortificaciones de Vásquez, doblará hacia el poniente y caerá sobre nuestra retaguardia —razonó el jefe peruano.

Para impedirlo, ordenó que los Lanceros de Torata, reforzados por su propia guardia, cargaran a galope tendido para detener a las tropas de Barbosa y despedazarlas.

Pero el general Baquedano, enterado ya del cariz que tomaba la batalla, ordenó que el coronel Bulnes cargara con su regimiento «Carabineros de Yungay N.º 1», destruyera a la caballería enemiga y limpiara el campo de toda infantería contraria.

El escuadrón de jinetes escogidos cruzó el llano como un celaje; los rostros contraídos en un gesto feroz, los sables curvos relampagueantes bajo el sol.

Faltaban minutos para las seis de la tarde. El retumbar del cañón y el repicar de la fusilería llegaban constantemente a los oídos de los esmeraldinos desde hacía cuatro horas. La tensión nerviosa de los soldados y de los heridos era insoportable. Alrededor de las cuatro habían llegado al galope los carros de la artillería y todos los esmeraldinos debieron entregarse a abrir los cajones de munición guardados en la Escuela de Cabos. Las noticias que les comunicaban

los conductores eran deprimentes: los jefes habían perecido en gran número, los muertos formaban pirámides al pie de los reductos enemigos, las líneas chilenas cedían.

Por otra parte, las ambulancias, en procesión interminable, traían más y más heridos. El suelo, los muros, la tierra de los contornos estaban empapados de sangre. Alineados contra los muros, quietos y silenciosos, estaban los heridos menos graves, pero junto a la sala de banderas, una habitación se iba llenando de muertos.

Los esmeraldinos ya no miraban hacia el norte desde la terraza; habían bajado a los patios y al pórtico de la Escuela de Cabos y se esmeraban como enfermeros. Pero este desempeño les iba dando cada vez más crueles sorpresas. Con qué escalofríos reconocían a los amigos entre los heridos o entre los muertos.

El capitán Luis Larraín Alcalde, del «Coquimbo», hermano de Patricio, el ayudante general del «Esmeralda», llegó con el rostro deshecho de un balazo. Murió serenamente, conversando con su primo Clemente Larraín, herido en una pierna. El comandante del «Zapadores», Guillermo Zilleruelo, estaba muerto con una bala entre los ojos. El comandante Marchant, del «Valparaíso», tenía el pecho atravesado de tres balazos. El subteniente de artillería Eusebio Segundo Lillo, hijo del poeta, cayó con el vientre reventado por una bala de cañón. El comandante Dardignac, el bravo entre los bravos, como lo llamaban todos los de caballería, llegó con una pierna hecha astillas. El audaz capitán de artillería Joaquín Flores no tenía cabeza cuando lo recogieron. Del «Atacama» trajeron muertos a los capitanes Gregorio Ramírez y Manuel Zorraindo.

Del Solar y Cobo estaban helados de ver tantos amigos muertos, cuando se les acercó el capitán Florencio Baeza, despeinado y con los ojos un poco extraviados.

—Muchachos —dijo, dirigiéndose al grupo de oficiales reunidos en el pórtico del edificio—, ¿hay alguno de ustedes dispuesto a salir en busca del comandante Holley o de mi coronel Gana? Los capitanes hemos decidido pedir que nos dejen ir a la línea de combate.

Varios se ofrecieron. Pero el más impetuoso fue Del Solar.

—Tú —le dijo el capitán, tuteándolo por primera vez—. Acaban de traer el cadáver de un hombre, cuya muerte no podemos dejar

sin vengarla. El coronel Juan Martínez, comandante del «Atacama».

Todos los oficiales se miraron, desencajados, sintiéndolo como si les hubiera anunciado la muerte de su propio comandante.

—Cayó como sus dos hijos, con el vientre perforado —declaró el capitán con rabia dolorosa—. Pero eso no es todo. También están muy malheridos el coronel Francisco Barceló y el comandante del «Santiago», Demófilo Fuenzalida, quienes encabezaban la batalla de la división Lagos. —Agregó con acento deprimido—: Creo que estamos siendo derrotados, compañeros.

—Pues, hay que ir adelante, mi capitán —se rebeló Cobo, angustiado—. Si es el «Esmeralda» el único regimiento que permanece entero vamos a luchar de una vez, a decidir la batalla en favor nuestro o a morir todos juntos a los demás compañeros.

Se pusieron todos de pie, rígidos, fanatizados. Cruzaban el pórtico para llegar al camino cuando los sobresaltó la corneta llamando a formar. Eso indicaba que había llegado el comandante Holley y que los reunía para llevarlos a combate. Corrieron como gamos hacia el camino. Cobo no tenía fuerzas para moverse con igual presteza y gritó a su compañero de siempre:

—¡Del Solar, no me dejes, ayúdame!

El teniente se detuvo y lo miró afectuosamente a los ojos.

—No, tocayo, tú no puedes. Quédate aquí.

—Si no me ayudas, me voy solo detrás. Te lo juro.

Había tan desesperada resolución en las pupilas de Cobo que su amigo no se atrevió a negarse.

Fue aquélla una marcha de pesadilla. El comandante Holley iba al frente de la columna, silencioso y con el ceño contraído. De los 1200 hombres del «Esmeralda» quedaban vivos 700 y entre ellos más de 200 iban heridos. Pero marchaban firmes, viriles como nunca.

«Si los viera el coronel Amengual…», pensaba Holley.

Parecía una cuadrilla de bandoleros por lo raído de sus uniformes, las barbas desgreñadas, los botines abiertos. Muy pocos conservaban el quepis y los terciados, pero todos acariciaban el fusil y la bayoneta.

El fuego de cañones había raleado y el tableteo de la fusilería se oía ora lejos, ora cerca y en distintas direcciones. Todo indicaba que la batalla estaba en sus últimos asaltos. En las mentes de los

esmeraldinos se mantenían fijos los rostros de los compañeros muertos. Marchaban con un propósito clavado en el alma: enfrentar las trincheras adversarias y correr con la bayoneta calada, destruyendo cuanto se les pusiera por delante, hasta caer acribillados.

Pronto entraron al campo de combate. Poco después divisaron las tapias aspilleradas de los enemigos; eran las primeras trincheras de la línea de Miraflores.

A izquierda y a derecha del regimiento se combatía. Pudieron divisar perfectamente los estandartes del «Santiago» y del «Coquimbo». Pero la lucha se iba corriendo hacia el norte, envuelta en una confusa nube de humo y polvo.

Saltaron los primeros parapetos. Venía enseguida una sucesión de fosos y trincheras. Fueron diseminándose entre ellos. Y luego corrieron hacia una pequeña depresión del terreno, donde grupos del «Atacama» se batían salvajemente con tropas enemigas.

El «Esmeralda» entró en la refriega sin saber cuántos eran los enemigos, y se mezcló en la furia de la mortandad.

Alberto Cobo, demasiado debilitado para seguir el ímpetu de sus compañeros, había ido quedándose cada vez más atrás. Cuando entró en la pequeña hondonada el regimiento se alejaba, luchando codo a codo con el «Atacama». Haciendo un esfuerzo terrible, consiguió alcanzar a los últimos soldados. Pero ya la sofocación lo ahogaba y el sable le pesaba como si hubiera sido de piedra. Tuvo que detenerse. Estaba casi solo entre un montón de cuerpos caídos. Hundió la punta de un sable en el suelo y se apoyó en él como un báculo. Entonces, de entre varios cuerpos caídos, se levantó un hombre, apenas un muchacho. Alberto hizo un esfuerzo para identificar si era compatriota o enemigo, pero una nube de desfallecimiento le velaba los ojos. El mozalbete alzó una lanza y se vino hacia él. Sólo entonces, por su actitud agresiva, vino a comprender que estaba ante un adversario. Sintió el pinchazo de la lanza, pero sacando fuerzas del más primitivo instinto de conservación, alzó el sable y se lo dejó caer en la cabeza, poniendo en el brazo todo el peso de su cuerpo. Como a través de un vidrio mojado vio la imagen del otro empequeñecerse hacia la tierra y sintió que caía también, azotándose contra la tierra dura.

El «Esmeralda», confundido con el «Atacama», había llegado hasta las afueras del pueblo de Miradores, que ardía como una pira funeraria. Ya no había más enemigos a quienes sablear.

Poco después comenzaron a sonar cornetas victoriosas y bandas de músicos. Aparecieron los oficiales de enlace y se supo la noticia: era la victoria definitiva.

El propio general Baquedano vino a confirmarlo más tarde. Acompañado por el ministro Vergara y su Estado Mayor.

—Los enemigos han sido derrotados totalmente, comandante Holley. Los bravos del «Santiago» rompieron sus líneas, los «Carabineros de Yungay» dispersaron a sus sobrevivientes y el «Coquimbo» les dio el golpe de gracia. Los hemos derrotado.

Luego giró su caballo y lo condujo en dirección hacia Lima. Iba a inspeccionar las avanzadas y a felicitar a Patricio Lynch. En aquel preciso instante, en el fondo del cielo apareció un súbito arco iris, extendido desde el mar a la sierra, exactamente sobre Lima.

15

Aquella noche, bajo la fría camanchaca, los regimientos se entregaron a un reposo alerto en los sitios mismos en que los coronó la victoria; y no alteró sus sueños la hoguera de Miraflores, cuyas llamas lamieron el cielo hasta el amanecer. El comandante Lynch, que había envuelto aquella hoguera con un cordón de tropas de su división, montaba guardia con el rostro moreno vuelto hacia Lima.

El general Baquedano velaba en su tienda. Mientras dictaba a su secretario una carta con reproches al decano del Cuerpo Diplomático, por haber sido traicionada la tregua, comenzaron a llegarle noticias de Lima. Fue el mayor Rodríguez quien apareció en la tienda. En el campamento de Lynch se había entregado prisionero un coronel peruano de apellido Canevaro y sus declaraciones hicieron saltar a los jefes que lo escucharon.

—El general Nicolás Piérola —las repitió Rodríguez— ha abandonado su capital, retirándose a Canta, que está en los contrafuertes de la sierra. Con él huyen los miembros de su Estado Mayor, el general Juan Buendía y el contralmirante Lisardo Montero.

El general Baquedano se puso de pie, con los ojos radiantes de satisfacción. Aquélla era la confirmación absoluta de su triunfo. Pero las informaciones que siguió dándole el explorador le ensombrecieron el ceño y le hicieron abatir la cabeza, pensativo.

Lima estaba postrada. Tres mil soldados sobrevivientes de la derrota de Miraflores habían entrado en la ciudad, desbandados, convertidos en una horda que se entregaba al saqueo. El alcalde Rufino Torrico, que había tenido que investirse con la máxima autoridad por la desaparición de los miembros del Gobierno, vivía horas desesperadas.

El general Baquedano decidió seguir esperando. La rendición no tardaría en producirse. Aquella noche también apareció El Profesor.

Había salido de la capital en un tren robado por un grupo de extranjeros, desesperados por el infierno en que estaba convertida Lima.

—El saqueo va en aumento, general —participó al jefe—. El cuadro que presenta la ciudad esta noche es pavoroso. Las tiendas y las mansiones son saqueadas. Los soldados se han embriagado en los almacenes de licores y están entregados al más bárbaro pillaje. Nadie puede asomarse fuera de las casas sin verse expuesto a morir asaltado. Los civiles de cierto valimiento se han asilado en las embajadas, en los consulados y en los barcos extranjeros. Los diplomáticos neutrales han habilitado grandes casas para cobijar en ellas a centenares de familias. La embajada de Francia solamente ha amparado a 2800 personas en un palacio antiguo, cerca de Ramaditas. Y como el éxodo de las familias principales es incontenible, los jefes de los barcos ingleses, franceses e italianos han declarado neutral una zona de la playa de Chancay, desembarcando allí a su marinería, para proteger grandes carpas hechas con el velamen de sus barcos, y en las cuales han asilado a no menos de 2000 personas.

La única forma de detener aquella orgía de sangre estribaba en que el ejército chileno ocupara la ciudad cuanto antes. Así lo comprendió el general Baquedano, pero primero quiso conseguir la rendición formal. Los almirantes extranjeros también eran partidarios de que se oficializara una rendición, pero el alcalde Torrico no aparecía.

—Vendrán mañana al alba, tenga usted la certeza —le aseguró El Profesor—. Yo lo sé. Los almirantes Sabrano, Stirling y Du Petit Touars estaban esta noche conferenciando con él.

—Está bien. Lo aguardaré hasta mañana —razonó el jefe del ejército chileno—. Como general mi misión ha terminado. No quiero derramar sangre inocente si puedo evitarlo.

El Profesor se veía inquieto. Cuando hubo terminado con los asuntos oficiales, se acercó más al señor Baquedano.

—General, necesito su ayuda. Tres miembros del servicio secreto han quedado encerrados en Lima. Dos son mujeres. Pese a todos mis esfuerzos no pude llegar al barrio en que viven, y ése es

precisamente el que se encuentra más agitado. Las calles de Bodegones, Melchor Malo, Polvos Azules, Albaquitas y Hoyos están convertidos en verdaderos campos de batalla…

—Pero ¿qué puedo hacer yo, señor? —lo interrumpió el general —. Tendrá que esperar a que entren nuestras tropas para auxiliar a sus agentes.

—No, para entonces puede ser tarde, general. Lo que quiero expresarle es que, si un grupo de hombres armados, vestidos de civil, entraran conmigo…

El general lo atajó con un ademán tajante.

—No puedo enviar miembros del ejército a una operación que no es militar y que encierra tanto peligro. Tendrían que ser voluntarios, pero…, pero preferiría que buscara ayuda entre los «cucalones» que siguen al ejército y que andan ansiosos de aventuras.

Las pupilas de El Profesor se empequeñecieron pétreas. La jactancia contra la cual había tenido que chocar tantas veces, volvía a presentársele en el camino convertida en menosprecio hacia el servicio secreto. El carácter violento de Abelardo Nuñez estuvo a punto de rebelarse. Pero prefirió callarse. Ni siquiera hubiera sido entendido. Afuera de la tienda lo esperaba el mayor Manuel Rodríguez.

—Mi general ha dicho que pueden ir voluntarios con usted —se limitó a expresarle—. Venga conmigo. Sé quiénes más quieren entrar en Lima.

Lo llevó hasta la tienda del ministro Vergara, que estaba a pocos metros. Terminando sus aprestos para partir, estaban allí Isidoro Errázuriz, secretario del ministro; Eduardo Haempel, corresponsal de *El Ferrocarril*; Rafael Gana y Luis Castro, corresponsal de *La Época*. Comprendieron desde el primer instante las razones del apuro de El Profesor y, provistos de un salvoconducto otorgado por apuro del ministro Vergara, emprendieron la marcha hacia Lima. Comenzaba el amanecer, cuando llegaron a la línea de centinelas de la gran guardia establecida por el comandante Patricio Lynch. El «Príncipe Rojo» no los dejó pasar. El alcalde de Lima y los almirantes extranjeros se presentarían de un momento a otro para discutir las condiciones de la rendición. Los caminos debían quedar totalmente despejados. Toda la insistencia se estrelló contra la

voluntad de hierro del marino. El Profesor y Manuel Rodríguez, mordiendo su impotencia, tuvieron que resignarse a esperar.

El alcalde Rufino Torrico, acompañado por los embajadores de Gran Bretaña y Francia y los almirantes Sabrano, Du Petit Touars y Stirling, llegaron a Chorrillos en un tren protegido por bandera blanca. Custodiados por un guardia de oficiales, fueron trasladados al Cuartel General.

El jefe del ejército chileno los recibió con expresión serena y digna. Los preámbulos fueron breves, pues todo protocolo estaba de más. El alcalde de Lima, alentado por su amor patrio, intentó obtener ventajas sobre la rendición, pero Baquedano lo interrumpió con mesurada firmeza:

—Pierde su tiempo, señor alcalde. Toda conversación será estéril mientras no conduzca a la entrega incondicional de Lima. No hablemos más.

El señor Torrico doblegó la cabeza apesadumbrado y tuvo que resignarse. El general chileno exigía la rendición y entrega inmediata de la ciudad, junto con las armas de todas las fuerzas organizadas que aún permanecieran en la capital y en el Callao, así como también la artillería y la escuadra. Aceptó. Pero solicitó un plazo de veinticuatro horas para desarmar las tropas que vagaban por Lima y para entenderse con el jefe militar del Callao, comandante Astete. Con mano temblorosa firmó el acta oficial de rendición.

Pero en Lima los acontecimientos se habían precipitado aquel 16 de enero, durante la ausencia del alcalde. Tropas desbandadas que habían permanecido ocultas en las quebradas vecinas y en los caminos, entraron sorpresivamente en la ciudad. Esos soldados, hambrientos y amargados, cayeron brutalmente sobre los depósitos de comestibles y licores, y muy pronto engrosaron las hordas saqueadoras que recorrían las calles. Los desórdenes aumentaron por la llegada de trescientos cincuenta militares provenientes del Callao, que irrumpieron en las calles disparando sus fusiles y corriendo de una plaza a otra, clamando venganza contra los jefes que habían llevado a Perú al desastre. Las luchas callejeras fueron

horribles.

Los vecinos permanecían detrás de sus puertas atrancadas, provistos de cuchillos y armas viejas y defendían sus bienes luchando desesperadamente con los saqueadores.

En la barriada del norte, más allá de los puentes del Rímac, al pie del cerro San Cristóbal, donde vivían Leonora y Elcira, el crimen se enseñoreó.

Desde la tarde del 15 hasta el mediodía del 16, las dos mujeres habían permanecido alerta tras la puerta atrancada con una gruesa viga. Entre ambas existía un convenio tácito. Leonora mantenía empuñado el revólver que le dejara Gastón. Si los saqueadores derribaban la puerta dispararía tres tiros; los últimos dos serían para ellas mismas.

Afortunadamente, al mediodía del 16 se presentó Gastón Dupré. El atlético agente venía en estado que daba compasión. Había tenido que abrirse paso a garrotazos, sus ropas estaban hechas tiras y su rostro y sus brazos ostentaban largas cuchilladas de bayonetas y sable. Sin embargo, conservaba el ánimo y la decisión de defender a sus compañeras hasta morir.

—¿Cómo podemos salir de aquí, Gastón? —le consultó Leonora.

—Imposible, señorita —jadeó el mozo.

—¿Y si esos bandidos vienen a asaltar esta casa? —terció Elcira.

—Nos defenderemos como podamos —respondió el joven, y sacó dos revólveres, uno de los cuales cedió a Elcira—. Lo principal es tener mucha calma y no denunciarnos. Creo que el ejército chileno no tardará en hacer su entrada.

En la calle se sintió el correr de numerosos pies y el griterío desaforado de una turba enfurecida. Los tres fueron silenciosamente a apostarse tras la puerta. Con los revólveres listos esperaron. La turba pasó y fue a estrellarse contra el bazar de un árabe, ubicado ochenta metros más allá. Dupré fue al comedor y trajo tres sillas. Sin hablarse, tomaron asiento y permanecieron tras la puerta, con las armas sobre las rodillas.

Durante toda la noche se oyeron en las calles de Lima los disparos y los gritos de muerte. Por todas partes surgían incendios y los bomberos que intentaban extinguirlos eran rechazados a tiros por la turba. El alcalde Torrico tuvo que proporcionarles armas.

Los extranjeros organizaron guardias urbanas para defender sus

vidas e intereses. Pero cuando esta guardia salió a la calle dio origen a batallas campales más sangrientas aún. En medio de aquel caos surgió la aurora del 17 de enero.

El general Baquedano acababa de abandonar su catre de campaña, cuando su ayudante Wenceslao Bulnes llegó a mata caballo desde la Escuela de Cabos y le entregó un pliego que llevaba la firma del alcalde de Lima, Rufino Torrico:

Lima, enero 17 de 1881
Señor general
A mi llegada ayer a esta ciudad encontré que gran parte de las tropas se habían disuelto y que había un gran número de dispersos que conservaban sus armas, las que no ha sido posible recoger. La Guardia Urbana no estaba organizada, armada hasta ese momento; la consecuencia ha sido que en la noche los soldados, desmoralizados y armados, han atacado las propiedades y vidas de gran número de ciudadanos, causando pérdidas sensibles, con motivo de los incendios y robos consumados.
Con estas condiciones, creo de mi deber hacerlo presente a V. E. para que, apreciando la situación, se digne disponer lo que juzgue conveniente. He tenido el honor de hacer presente al honorable Cuerpo Diplomático esto mismo y han sido de opinión que lo comunique a V. E. como lo verifico. Con la expresión de la más alta consideración, me suscribo de V. E. su atento y seguro servidor,

R. TORRICO.

El general Baquedano se quedó un instante silencioso.

—Esta nota equivale a pedir la entrada de nuestro ejército para poner término al saqueo —resumió. Y volviéndose a su ayudante le dijo calmosamente—: Hágame el favor de llamar al ministro Vergara, a los jefes del Estado Mayor y el general Cornelio Saavedra. Vamos a tomar las disposiciones para entrar a Lima al momento.

A aquella misma hora, en el Callao, se consumaba el derrumbe del poderío peruano. El gobernador militar, comandante Astete, y el jefe del puerto, comandante José María García, volaban con dinamita todas las instalaciones. Por medio de guías eléctricas colocadas con anticipación bajo los fuertes, los pulverizaban uno a uno. A las siete, voló por los aires el Fuerte Zepita, luego el Junín, más tarde los de la Merced, Pichincha, Abtao, Independencia y Provisional.

Cuando la formidable serie de explosiones cesó y el humo y el polvo fueron disipados por el viento del mar, los comandantes de los barcos chilenos contemplaron, sobrecogidos, la destrucción total de las defensas de la base naval. Pero casi enseguida tuvieron que lanzarse sobre las armas y ocupar sus puestos de combate. Los barcos peruanos, los últimos exponentes de la escuadra que creara Miguel Grau, avanzaban solemnemente al medio de la bahía. Adelante iba la célebre corbeta *Unión*, que nunca pudo ser atrapada.

La seguían el monitor *Atahualpa* y los transportes *Talismán, Chalaco, Rímac, Limeña* y *Oroya*.

Los jefes de los barcos neutrales clavaron sus anteojos en las naves, pensando que iban a ser espectadores de la última lucha de los marinos que las tripulaban. Pero, súbitamente, una lancha que conducía al gobernador Astete se desprendió del costado de la *Unión* y se apegó a la fragata francesa *Victorieuse* y, acto seguido, la corbeta torció rumbo y fue a vararse en la playa. Llamaradas surgieron de sus escotillas y la nave ardió de proa a popa. La tripulación, debidamente instruida, se lanzó a los botes y ganó la orilla.

En menos de media hora todos los barcos peruanos habían seguido la misma suerte.

Los marinos chilenos desembarcaron aquella misma mañana.

Conducidos por el contralmirante Riveros, se apoderaron de las ruinas del Callao.

Después de las formidables explosiones del Callao, que estremecieron a los pobladores de Lima, la capital quedó sumida en

un silencio impresionante. La Guardia Urbana había ahuyentado a tiros a los saqueadores y nadie se atrevía a salir a la calle, ni aun para recoger a los heridos.

Por eso resultó doblemente extraño para Leonora y sus dos acompañantes oír a varios hombres que se acercaban corriendo por la calle. Los pasos llegaron, sin precauciones, y se detuvieron al otro lado de la puerta. Leonora, Dupré y Elcira retenían la respiración ansiosamente, cuando oyeron la voz inconfundible de El Profesor llamándola:

—¡Leonora!… ¡Elcira!… ¡Abran, por Dios!…

Las dos agentes sintieron que las fuerzas que las habían sostenido hasta entonces se les terminaban de repente. Dupré arranco de un manotón la tranca y franqueó la entrada.

—¡Gracias a Dios!… ¡Leonora, niña querida! —El Profesor se había precipitado al interior y abrazaba estrechamente a la joven—. ¡Cuánto temí no verla más y que pereciera en esta ciudad infernal!

Inmóvil en medio del marco de la puerta estaba el mayor Manuel Rodríguez. Sonreía, pero estaba pálido y respiraba agitadamente. Leonora lo vio a través de las lágrimas. Sintió una ola de ternura tan honda al comprobar la abnegación y firmeza de sentimientos de aquel hombre sin tacha, que, desprendiéndose de los brazos de su jefe, se fue hasta él y lo estrechó apasionadamente contra su corazón. Unida su mejilla con la del explorador, musitaba:

—Gracias…, gracias…, gracias…

El mayor Rodríguez no habló. Pero sus brazos encerrando el cuerpo esbelto de la joven estaban rígidos, unidos en un solo anillo, como si no quisiera soltarla jamás.

Pero entonces, desde el fondo de las calles, desde el otro extremo de Lima, llegó claro y nítido el son de una banda de músicos. Tocando la marcha *Adiós al 7.º de Línea*. El himno del «Esmeralda» había pasado a ser la marcha de guerra de todo el ejército.

Musitó con un nudo en la garganta el mayor:

—Es nuestro ejército que entra en Lima.

Isidoro Errázuriz, que había permanecido en la puerta junto con los corresponsales de los diarios de Santiago, un poco extraños al encuentro de los demás personajes, lanzó un alarido.

—¡El ejército de Chile que entra a Lima! —gritó. Le siguieron

riendo con lágrimas en los ojos.

—Nuestras tropas en su última jornada —balbuceó Leonora, transida de emoción, llorando sobre el hombro de Manuel Rodríguez.

—¡Viva Chile, hermanos! —dijo gravemente El Profesor, y por las magras mejillas le corrían las lágrimas.

—¡Vamos a recibirlos!… ¡Vamos a verlos entrar! —les urgió Elcira, disimulando su enorme emoción.

—¡Sí, vamos, vamos! —aprobaron todos.

—Es peligroso todavía —les advirtió El Profesor.

—¡Qué importa el peligro ahora! —profirió explosivamente Elcira—. Yo voy a aclamar a mis «rotos» victoriosos.

Marciales y viriles, dignos dentro de sus destrozados uniformes blanco, azul y rojo, los soldados de Chile hacían su entrada triunfal en la capital vencida.

Serenos y altivos, cruzaron Lima desde el palacio de la Exposición, por la avenida de la Unión, hasta la plaza principal. Frente a la catedral, erguido sobre su corcel, el viejo general Cornelio Saavedra los revistaba con ojo exigente para que el desfile no empañara el honor de las armas patrias.

Ante el asombro y admiración de los extranjeros estacionados en las calles y de los propios peruanos, marchó a través de la ciudad a los acordes del *Adiós al 7.º de Línea*, cuidadoso de no ahondar más la amargura de los vencidos con los sones desafiantes de su Himno Nacional.

Corriendo junto a las filas Leonora y Elcira indagaban a los soldados:

—¿Y el «Esmeralda»?… ¿Dónde viene el «Esmeralda»?…

Atrás, a la zaga del «Buin» y del «Bulnes», venía el primer batallón del regimiento, lo que quedaba de él, apenas 370 hombres. El segundo batallón permanecía cuidando a los heridos en Chorrillos.

El comandante Holley cabalgaba al frente de sus esmeraldinos, más orgulloso que nunca. En sus propias manos traía el estandarte escarlata con su gran estrella de oro.

El Profesor ubicó al batallón. Y riendo nerviosamente, lo señaló a Leonora.

¡Ahí esta el «batallón de los pijes»! —la habló a gritos.

Leonora corrió en sentido contrario a la marcha del ejército, seguida discretamente, a cierta distancia por el mayor Rodríguez, que temía que tanta impresión la dañara. La agente fue revisando la formación, rostro tras rostro, para no perder a Alberto.

La primera compañía. Al frente venía el capitán Joaquín Pinto Concha. La segunda con su capitán Juan Aguirre. En la tercera debía venir Alberto. Se detuvo un instante cuando estuvo junto a ella; luego comenzó a caminar al lado de los soldados. No había ningún rostro que le fuera conocido.

El capitán Florencio Baeza la observaba con asombro; lo mismo los tenientes Desiderio Ilabaca y Vicente Calvo. De pronto, Alberto del Solar, que marchaba mirando hacia otro lado, volvió el rostro hacia ella. Una sospecha le brotó inmediatamente en el cerebro. Su compañero Cobo le había mostrado muchas veces el retrato de su novia y le había dicho que estaba en Lima. No podía ser otra. Iba a preguntárselo, pero Leonora se le anticipó:

—Teniente, ¿dónde está Alberto Cobo?…

Del Solar sintió que se le estrangulaba la garganta. No lo sabía. En el ataque final contra Miraflores lo perdió de vista. Después nadie volvió a saber de él. Suponían que murió allí. Sin embargo, no se atrevió a decirlo a la joven.

—Está en Chorrillos —le mintió—. No se alarme. Un poco herido nada más.

Leonora sintió que sus piernas se negaban a seguir andando. Miró a los ojos al oficial y le vio en las pupilas tanta tristeza, que adivinó que le mentía. El golpe fue tan rudo que se le doblaron las rodillas y cayó desvanecida.

El mayor Rodríguez y Elcira corrieron a su lado y la recogieron. Luego llegaron El Profesor y Gastón Dupré y entre todos la llevaron a una habitación del hotel Maury, en donde se instaló la administración civil del ejército.

Llevando el caballo de la brida, el mayor Manuel Rodríguez caminaba lentamente por la tierra martirizada por las explosiones, el paso de las ruedas de los cañones y las pezuñas de la caballería.

Cincuenta metros más allá iba su asistente, el leal Gaspar Acosta.

Ambos marchaban inclinados hacia el suelo, examinándolo atentamente.

Allí se había producido el último choque de los ejércitos y, según Alberto del Solar, en ese sitio dejó de ver al teniente Cobo. Ya habían pasado por allí las patrullas de misericordia, sepultando a los muertos y las ambulancias recogiendo a los heridos, pero el mayor Rodríguez quería comprobar que el novio de Leonora no había quedado perdido en alguna zanja o en un repliegue de la tierra despedazada.

Hacía cuatro horas que lo buscaban. No estaba en los hospitales de sangre improvisados en torno a Miraflores, ni en las enfermerías volantes que se movían por el camino. Y entretanto, las patrullas de enterradores iban cumpliendo su triste misión a toda prisa. Quizás Alberto Cobo iba a quedar sepultado sin que nunca llegara a saberse dónde desapareció.

Manuel Rodríguez se afanaba desesperadamente. Era la única prueba de su amor que le podía dar a Leonora. Pero no aparecía ni vivo ni muerto. Él y su ordenanza disputaban los cadáveres insepultos a los enterradores, y los observaban uno a uno, mirándolos atentamente al rostro. Así fueron hallando a tantos conocidos, a tantos amigos. Incluso Acosta lloró inconsolable sobre el cuerpo yerto de su «hermano de leche», el corneta Ceferino Román, del «Atacama».

Lo enterraron y le hicieron una cruz. Después siguieron examinando el terreno, palmo a palmo, hacia Chorrillos.

Obscurecía cuando llegaron a la Escuela de Cabos. Allí estaba el segundo batallón del «Esmeralda». Mandaba la guardia el capitán Elías Naranjo, de la cuarta compañía, quien conocía al mayor Rodríguez. Le preguntó interesado:

—¿Qué tiene usted, mi mayor?

—Estoy desesperado, capitán. No puedo hallar a un amigo. Creo que murió.

—¿Quién era?

—Un oficial del regimiento de ustedes, el teniente Alberto Cobo.

El capitán abrió los ojos, y remeció al explorador suavemente.

—¿Muerto?… No, mi mayor. Está aquí. Venga conmigo.

Rodríguez suspiró hondo. Echaron a andar rápidamente por entre los centenares de heridos que pavimentaban el vestíbulo del

edificio.

El capitán Naranjo iba explicando a su acompañante lo ocurrido.

—Lo hallaron anoche los angarilleros de la Ambulancia Santiago. Estaba tumbado en un hoyo profundo y cubierto por el cadáver de un peruano. Si a uno de los angarilleros no se le ocurre tocarlo, para ver quién era, lo habrían sepultado minutos más tarde los de la patrulla de la misericordia que venían detrás de ellos. Pero el camillero lo encontró tibio y descubrió que aún no había muerto.

—¿Está muy gravemente herido?

—Una lanzada en el costado derecho. Le alcanzó a rasmillar el pulmón. Pero lo peor es que se hallaba muy débil porque le acababan de amputar un brazo.

—¿Y ahora como está?

—Entre la vida y la muerte, mi mayor.

Llegaban al segundo piso y entraron en un pasillo al que desembocaban las puertas de numerosas celdillas.

—Aquí está, mi mayor —indicó Naranjo.

Rodríguez se asomó al interior y se quitó respetuosamente el quepis. Frente a él, vestida rigurosamente de negro, estaba Clementina Cobo. A su lado, en un lecho esmeradamente limpio, yacía su hermano Alberto.

El rostro del herido, demacrado, casi translúcido, con la barba crecida, parecía el de un doloroso Cristo. Pero la manta que le cubría el pecho subía y bajaba con ritmo tranquilo.

16

El 13 de febrero se oficiaron en la capital de Lima unas solemnes honras fúnebres en memoria de los caídos en la guerra. El regimiento «Esmeralda» formó por última vez con todo su personal, incluso los mutilados y heridos leves, en el pórtico del templo. Ya se había dado la orden de desmovilización y pronto regresaría a Chile más de la mitad del ejército. Alberto Cobo no pudo asistir. Convalecía muy lentamente en la misma casa de la calle Polvos Azules que ocuparan las agentes secretas durante las últimas semanas de guerra, atendido solícitamente por Leonora, Clementina y la buena Elcira.

El presbítero Salvador Donoso, que ofició en esta ocasión, pronunció una oración de paz:

—«… henos aquí sobre el sepulcro de tantos millares de victimas inmoladas por el sublime amor a la patria, con la frente en el polvo y el alma fija en vuestra infinita misericordia, pidiéndonos la paz. Concededla, Señor, rey de los cielos y de la tierra; concededla por vuestro amor de padre a los muertos y a los vivos. Llamad con vuestra secreta y misteriosa inspiración a los pueblos del Perú y Bolivia y decidles que ya basta la sangre derramada y las víctimas inmoladas para calmar vuestra justicia… Demos a nuestros ilustres muertos el adiós de la paz eterna. *Requiescat in pace*».

Pero su llamado no fue oído; no hubo paz. Los restos del ejército peruano se reagrupaban en los pueblos de la sierra y en Puno y Arequipa se formaban nuevos regimientos. El general Piérola seguía predicando la guerra en los montes de la cordillera.

No obstante, el ejército chileno se disgregó para que una mitad de él regresara a la patria. Partieron el invencible «Atacama», su primo el «Coquimbo», la artillería naval, el «Valparaíso», el

«Quillota», el «Aconcagua», el «Chacabuco», el «Melipilla», el «Victoria», el «Colchagua», el «Curicó», el «Chillán» y el segundo batallón del «Esmeralda». El primer batallón del «regimiento de los pijes» quedó encargado de la honrosa misión de custodiar Lima.

Meses más tarde, al comenzar junio, en el mismo día se oficiaban dos ceremonias. En una de las capillas laterales de la catedral de Lima se reunió un grupo pequeño de personas. Sobresalía entre ellas, por su estatura y su actitud de mando, el general Santiago Amengual, venido a Lima para cumplir el anhelo más grande de su vida. Mientras llegaba la hora de la ceremonia tan esperada, asistía a una boda como padrino.

Bajo la voz grave del órgano, una mujer pálida, de grandes ojos ambarinos, y un hombre alto y moreno con una manga de la guerrera vacía y cuatro condecoraciones adornándole el pecho, arrodillados ante el sacerdote, pronunciaban el juramento nupcial.

Eran Leonora Latorre y Alberto Cobo. La juventud de sus corazones reclamaba sus derechos y, aunque en el fondo de sus ojos asomaba a ratos la sombra de amargura que deja el espectáculo de la guerra y la presencia de Clementina vestida enteramente de negro, en duelo eterno por Rafael Torreblanca, les traía irremediablemente el hálito de la tragedia, ambos sonreían, sonreían cándidamente cuando pasaron bajo el arco de espadas que les tendieron en el pórtico los oficiales del «Esmeralda».

Aquella misma tarde se reunió el regimiento en su cuartel, para la realización de la gran ceremonia que había traído a Lima al general Amengual.

Las cuatro compañías del batallón formaban un cuadrilátero en medio del patio amarillento de sol. Frente a la primera compañía estaba el comandante Adolfo Holley, y diez pasos más adelante, junto al abanderado que portaba el estandarte rojo con la estrella de oro, tieso como un huso, se erguía el «viejo» Amengual.

Viniendo desde la comandancia, apareció el coronel Patricio Lynch, ahora comandante en jefe del ejército de ocupación. Vestía su uniforme de parada y el rostro moreno le irradiaba satisfacción.

Después de que la banda de músicos ejecutó el Himno Nacional de Chile, desplegó un rollo de papel adornado con sellos y cintas tricolores y lo leyó con voz tonante al regimiento:

—«En atención a los servicios prestados en la guerra por el

batallón movilizado “Esmeralda” —rezaba el documento—, el Supremo Gobierno ha decretado incorporarlo al Ejército de Línea, con fecha 6 de junio de 1881.

»El regimiento “Esmeralda”, en activo ejercicio de campaña en el Perú, por su magnífico pie de instrucción y disciplina, por sus heroicas acciones en las campañas y por la abnegada generosidad con que ha prodigado la sangre de sus hombres en aras de la patria, se ha hecho acreedor a esta distinción, justo reconocimiento de sus méritos.

»Por este decreto, el batallón movilizado “Esmeralda” pasará a formar en las filas del Ejército de Línea de Chile con el título de “Regimiento de Infantería Esmeralda 7.º de Línea”».

Las trompetas de la banda de músicos tocaron vibrantes *Adiós al 7.º de Línea*, que acompañara al regimiento en las privaciones y en las victorias.

El «viejo» Amengual, estremecido de emoción, con los ojos fijos en el estandarte que bordaran manos de mujeres elegantes para el cuerpo que él creara, sin poderlo evitar, lloraba. Su «batallón de los pijes» había llegado a ser tan fiero como sus heroicos «séptimos» de las guerras de la Araucanía, como sus antiguos infantes de bronce.

Mientras los nobles compases del *Adiós al 7.º de Línea* se elevaban todavía en el aire fresco de la tarde, por la calle que pasaba por el cuartel se alejaba lentamente el regimiento «Chacabuco». Partía hacia los pueblos altos de la cordillera para continuar la lucha. Precediéndolo, avanzados en más de un kilómetro, pisaban ya el camino de tierra dos jinetes solitarios: el mayor Manuel Rodríguez y su inseparable ordenanza Gaspar Acosta. Iban, como de costumbre, oteando cuidadosamente hacia el frente y los flancos, con todos los sentidos alertos. Sin embargo, al ordenanza le parecía que el brillo de los ojos de su superior no era sólo producido por el reflejo del sol sobre las piedras candentes.

Llegados a un altozano, el mayor Manuel Rodríguez giró lentamente el cuerpo para contemplar la ciudad de Lima. Su rostro era grave y su mirada muy triste. Acomodado nuevamente en la montura, indicó a su ordenanza el camino que se empinaba hacia la sierra. Picaron espuelas y fueron alejándose al trote lento. Volvían a lanzarse en la incertidumbre de la guerra…

JORGE INOSTROSA CUEVAS, escritor chileno, (Iquique, región de Tarapacá; 30 de marzo de 1919 - Santiago; 5 de enero de 1975).

Nació en Iquique, en 1919, de padre abogado y madre profesora. Estudiante pobre, pues su padre muere cuando él tiene 3 años, se las ingenia en el Internado Barros Arana para obtener unos pesos escribiendo las cartas de amor de sus compañeros. Es la primera señal de su vocación de escritor.

Ya bachiller, ingresa al Instituto Pedagógico a estudiar matemática e historia. Quiere ser profesor, como su madre. Pero ésta enferma y queda hemipléjica, por lo que él y sus cinco hermanos deben abandonar los estudios para ganarse la vida.

Hace toda clase de trabajos: kinesiólogo, camionero, retratista… Y tras la muerte de su madre empieza a recorrer los pueblos ofreciendo retratos al pastel, para los que tiene gran facilidad. «Aprovechaba esto», cuenta el propio Inostrosa, «para realizar uno de mis mayores anhelos. Les contaba largas historias, cuentos, anécdotas arregladas por mí, que yo había aprendido rebuscando en la Historia de Chile». Era agnóstico, carrerista y amante del boxeo. A fines de la década de 1930, conoció en San Bernardo a Violeta Wood, con quien se casó y tuvo dos hijas: Verónica y Francisca

Javiera.

Mas tarde ingresa a la Agencia Havas como reportero y luego a la radio Cooperativa Vitalicia, primero como sonidista, pronto como libretista de radioteatros, y después como director de éstos.

En Radio Corporación, creó y transmitió *El Gran Teatro de la Historia* con una compañía de actores que bajo su dirección y con sus libretos dio vida a episodios de la historia de Chile y a sus héroes en radioteatros.

En esa radioemisora en 1948, estrenó su obra *Adiós al Séptimo de Línea*, uno de los programas más exitosos de la radiofonía chilena. Posteriormente, fue convertida en la novela homónima e inspiró una historieta, creación de Isidro Arteaga en 1960, una pieza musical, el álbum ¡*Al 7.º de Línea*! del grupo Los Cuatro Cuartos en 1966, y una serie de televisión en 2010.

Aunque el programa fue un éxito, tres años después de su transmisión Inostrosa estaba en mala situación económica. Siguió entonces el consejo de un amigo: «¿Por qué no llevas tus libretos a Zig-Zag y propones transformarlos en novela?».

El enorme éxito de la obra detonó definitivamente al talentoso escritor que había en Inostrosa. En 1955 publicó su libro más conocido, *Adiós al Séptimo de Línea*, una novela en cinco tomos —*La frontera en llamas, Las cruces del desierto, Los infantes de bronce, Los batallones olvidados y El regreso de los inmortales*— basada en el guión para radioteatro que se había transmitido con mucho éxito en la radiofonía chilena a fines de los años 1940. Siguieron las novelas históricas *Hidalgos del mar, Prat y Grau* (1959), *El corregidor de Calicanto* (1960), *La justicia de los Maurelio* (1961), *Los Húsares trágicos* (1965), *Bajo las banderas del Libertador* (1966) y ¡*Se las echó el Buin*! (1970). A las que hay que agregar los volúmenes de relatos históricos *El rescatado por Dios* (1962), *Fantasmas y retratos de la tradición* (1963) y *Huella de siglos* (1966), ademas de *Siempre una mujer* (minibiografías, 1974) y *El ministro Portales* (1976).

Para facilitarle las investigaciones que se propuso hacer cuando

escribió la biografía de Simón Bolívar (*Bajo las banderas del Libertador*), el gobierno de Chile le dio un cargo diplomático en Colombia y Venezuela.

Jorge Inostrosa falleció de un accidente vascular a los 56 años en Santiago el 5 de enero de 1975.

Según señaló *El Mercurio* el día de su muerte, *Adiós al Séptimo de Línea* vendió «más de cinco millones de ejemplares, con lo cual el libro constituyó uno de los más grandes best-sellers de la historia literaria del país». Diversos medios de prensa han estimado el número total de copias vendidas entre cinco y siete millones.

Jorge Inostrosa Cuevas dejó un legado importante en la literatura chilena, siendo reconocido por su contribución a la divulgación histórica y su capacidad para acercar la historia al público de una manera entretenida y agradable. Su trabajo sigue siendo valorado y apreciado hasta la actualidad.

OBRAS:

Adiós al Séptimo de Línea, 5 tomos, 1955.

Bajo Las Banderas del Libertador,3 tomos, 1959.

Hidalgos del Mar, Prat y Grau, 1959.

El Corregidor de Calicanto, 1960.

La justicia de los Maurelio, 1961.

El Rescatado por Dios, 1962.

Fantasmas y Retratos de la Tradición, 1963.

Los Húsares Trágicos, 4 tomos, 1965.

Huella de Siglos, 1966

¡*Se las echó el Buin*!, 1970.

Pueblo de los Techos Negros, Madrid, 1971.

Hotu, el oceánico, Madrid, 1971.

Siempre Una Mujer, 1974.

El Ministro Portales, póstuma, 1976.